

TODAS LAS
CANCIONES
DE AMOR
QUE SUENAN
EN LA RADIO

CRISTINA PRADA



zafiro[♥]

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Para el hombre de mi vida

Me calzo mis botas color camel de media caña sin tacón y con tachas, y me levanto de un salto de la cama. Voy hasta el baño y lucho frente al espejo para domesticar mi indomable melena castaña, pero es una batalla perdida y al final opto por hacerme una cola de caballo. Vaya, así se me ven aún más las ojeras. Quedarse estudiando toda la noche tiene sus consecuencias. Debería maquillarme un poco.

Me asomo a la puerta y, poniendo en compromiso mi integridad física, consigo inclinarme lo suficiente para ver el reloj de la cocina. Son las nueve y veinticinco. ¡Es tardísimo!

Salgo al salón ajustándome la camiseta nadadora blanca y el jersey azul marino de punto con escote muy ancho que deja uno de mis hombros al descubierto. Ya estamos en julio, pero no te puedes fiar del tiempo en Nueva York en esta época del año. Llevo mi falda azul con lunares blancos. Tiene algo de vuelo y me queda por encima de las rodillas. Me encanta esta falda. Además, me trae suerte y la necesitaré para mi examen, ya que, para colmo de males, es con el señor Adreson.

Álex, mi mejor amiga, está sentada en el borde de mi sofá, mordiéndose las uñas compulsivamente. Me alegra comprobar que no soy la única que está sufriendo un ataque de nervios interno por este examen. ¡El último!

—¿Estás lista, Maddie? —me pregunta levantándose enérgicamente.

Voy a responder, pero Álex me lo impide haciéndome un gesto con la mano a la vez que se lleva su BlackBerry al oído. Yo aprovecho para buscar mi bolso, escondido en algún punto del salón.

—Bajamos en un segundo... lo sé... lo sé —responde mecánicamente—. Hasta ahora.

Guarda su móvil en el bolso.

—James nos espera abajo. Está muy nervioso y muy pesado —dice poniendo los ojos en blanco. Es una de sus más arraigadas costumbres, sobre todo si habla de su hermano James.

Yo sonrío y por un momento me distrae de los nervios que siento.

—Será mejor que no le hagamos esperar.

Bajamos desde mi cuarto piso sin ascensor en la 10 Oeste con la calle Bleecker. Vivir en el West Village es caro. Vivir en un cuarto sin ascensor en un diminuto apartamento, es menos caro.

—¿Cuándo dejaremos todo esto y nos mudaremos a Martha's Vineyard? —protesta Álex mientras entra en el viejo Chevrolet Camaro convertible de su hermano.

—No te quejes —le replico—. Te encanta esto. No sobrevivirías ni quince minutos sin ver un taxi amarillo.

Me siento en la parte de atrás y busco en mi bolso el brillo de labios. Mientras me lo doy mirándome en el espejo retrovisor central, mi mirada se cruza con la de James.

—Señorita Parker —me saluda con fingida cortesía profesional.

—Señor Hannigan —le respondo de igual modo y ambos sonreímos.

Pone el coche en marcha. En el equipo de música suena *The lazy song*, de Bruno Mars. Cómo me gustaría estar haciendo ahora mismo todo lo que dice la letra de ese tema, sobre todo eso de tumbarme en la cama jurando que hoy no pienso hacer absolutamente nada. Sonrío ante esa posibilidad justo antes de que toda mi atención vuelva a concentrarse en los nervios que atenazan mi estómago.

James aparca frente al edificio Arthur L. Carter cerca de la Sexta Avenida. Los tres tenemos esta mañana nuestro último examen del Máster en gestión de publicación impresa que hacemos en la Universidad de Nueva York. No puedo creerme que sea el último. Hace exactamente un año estábamos licenciándonos en Periodismo en Columbia y este día parecía lejanísimo.

—Bueno, chicos, hagamos este examen y pasemos tres días quemando la ciudad —nos arenga Álex.

Los tres vitoreamos esa idea y salimos del coche.

Tengo que respirar hondo cuando veo al profesor Adreson atravesar la puerta del aula 7B. Señala a uno de los alumnos de la primera fila y éste se levanta diligente y comienza a repartir bocabajo los exámenes.

Estoy muy nerviosa, más de lo que creí que estaría. Tengo que pensar en algo para relajarme, por ejemplo, en lo que haremos cuando salgamos de aquí. Iremos a tomar Martinis Royale a The Vitamin. Bueno, yo sólo uno. Tengo una entrevista de trabajo en el centro para el puesto de ayudante de editor en la revista de arquitectura *Spaces*. Es mi puesto soñado, aunque no en mi revista soñada. Aun así, necesito el trabajo. Dejé mi empleo en la tienda del señor Bolton hace tres semanas para poder estudiar los exámenes finales, por lo que debo a mi casero exactamente tres semanas de alquiler. Está teniendo mucha paciencia. Es un buen hombre, y su mujer y él siempre me han tratado muy bien, pero no puedo evitar preocuparme cada vez que regreso a casa por si me encuentro una nota de desahucio clavada en mi puerta.

Exactamente a las diez en punto el señor Adreson nos autoriza a darle la vuelta a los exámenes. Sonrío casi al borde del colapso al comprobar mi tema por desarrollar: «La influencia del Pop Art en las ediciones estadounidenses durante la década de los sesenta. Comparen las figuras de Andy Warhol, Briton Hadden y Henry Luce.» No podría haberme ido mejor. Es mi tema estrella. Definitivamente, mi falda de la suerte nunca falla.

Una hora y cuarenta y dos minutos después, volvemos a encontramos en el *hall* del edificio y, absolutamente eufóricos, nos encaminamos a The Vitamin.

—¿Y por qué aceptas un trabajo en una revista de arquitectura? Suena muy aburrido.

Álex finge dar una cabezada sobre el hombro de Charlie, el mejor amigo de su hermano, para escenificar el tedio que sólo nombrar una revista de arquitectura produce.

—Porque necesito el trabajo. Hace tres semanas que dejé mi empleo en la tienda.

—¿No tendrás problemas de pasta?

Odio que Álex me conozca tan bien.

—Claro que no.

Me mira suspicaz.

—No tengo para un crucero por las islas griegas, pero estoy bien.

No puedo contarles la verdad. James, Alex y yo nos conocimos el primer día de universidad. Ellos viven en un apartamento mucho más grande que el mío, pero en la misma planta. Su padre, uno de los médicos más importantes de Nueva York, se lo compró cuando decidieron estudiar aquí. Son una familia más que adinerada. Sé que, si les cuento mis apuros económicos, querrán ayudarme y pondrán a funcionar la chequera de su padre o la de su hermano mayor, el doctor Sean Hannigan, y eso es algo que ni mi amor propio ni yo podemos permitir.

—Alex, es una buena oportunidad —intento convencerla—. Además, sabes que mi sueño es ser editora.

—Sí, pero de la revista *New Yorker*, no de *Spaces*.

—Es un primer paso.

Se toma unos segundos para sopesar mis palabras y finalmente sonrío. Yo suspiro aliviada mentalmente porque el tema de mi crisis económica personal haya quedado atrás.

Un Martini Royale después, estoy en el andén de la estación de metro de la 42 con Bryant Park, esperando el tren que me llevará hasta el edificio del Riley Enterprises Group, el conglomerado empresarial al que pertenece la revista *Spaces*. Un tren llega extrañamente tarde. Miro mi reloj y me doy cuenta de que llevo casi quince minutos esperando. ¿Qué estará ocurriendo? Echo un vistazo a mi alrededor intentando comprobar si hay algo fuera de lo común, pero todo parece normal. Entonces dos mujeres de mediana edad se colocan tras de mí y comienzan a comentar lo injustas y poco profesionales que son las huelgas de metro. ¿Huelgas de metro? Mi cerebro, creo que a causa de la falta de sueño, tarda un segundo de más en procesar lo que eso significa. ¡Llegaré tarde a la entrevista!

Salgo disparada de la estación y corro las catorce manzanas de trayecto hasta el edificio del Riley Enterprises Group, en la 58 Oeste. Cuando por fin lo veo al otro lado de la calle, por un momento, olvido toda la urgencia que me ha llevado hasta aquí y sólo puedo pensar en lo majestuoso que es. Construido en ladrillo visto oscurecido y con el nombre corporativo en elegantes y discretas letras color vino tinto. De repente vuelvo a la realidad y cruzo la calle obviando el peligroso tráfico.

El vestíbulo está presidido por un enorme mostrador de madera clara con dos guardias de seguridad perfectamente uniformados.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me pregunta uno de ellos amablemente.

Me inclino un segundo apoyando las manos en mis rodillas para recuperar el aliento. El guardia, un hombre afroamericano de unos cincuenta años, me mira paciente esperando mi respuesta.

—Sí —digo finalmente tras incorporarme—, tengo una entrevista de trabajo en la revista *Spaces*.

—¿Su nombre, por favor?

—Maddison Parker.

El guardia comprueba una lista sujeta a una carpeta de metal y asiente, imagino que al encontrar mi nombre. Ahora la que lo mira impaciente soy yo.

—Planta veintisiete. Ascensor del fondo. —Me tiende una tarjeta identificativa con mi nombre rotulado—. Lleve la identificación visible en todo momento.

Asiento y corro hacia los ascensores.

Los números de cada piso que alcanzo aparecen en una pequeña pantallita mientras golpeo nerviosa mi pie contra el suelo. Al fin las puertas se abren y vuelvo a salir acelerada. Miro a mi alrededor intentando orientarme y descubro horrorizada que no hay nadie, ni un solo empleado. Quizá el guardia se ha equivocado de piso.

Veo a una mujer al fondo de la prácticamente diáfana planta saliendo de una sala acristalada y me acerco hasta ella.

—Hola.

—Hola —responde secamente.

—¿Podría ayudarme? Tengo una entrevista de trabajo para la revista *Spaces*, pero aquí no hay nadie y no sé si me han indicado la planta correcta.

La chica me dedica una media sonrisa de lo más arisca y rígida y comienza a caminar.

—No se han equivocado. Las entrevistas son en esta planta.

Sonrío y decido seguir su perfecto moño de ejecutiva. Parece ser que aún estoy a tiempo. La mujer se detiene frente a otra puerta de cristal a través de la que se extiende una sala de la mitad del tamaño de la actual, llena de decenas de cubículos idénticos dispuestos en perfecta fila.

—Como le decía —continúa girándose hacia mí—, las entrevistas son en esta planta, pero finalizaron hace quince minutos.

—Lo sé —intento explicarme—, pero había una huelga de metro.

—Señorita —me interrumpe y baja su fría mirada para leer mi tarjeta identificativa— Parker, comprendo sus circunstancias, pero para nosotros cada minuto cuenta.

Sin darme siquiera tiempo a reaccionar, cruza la puerta de cristal y la cierra tras de sí. Intento llamarla, pero *miss cada minuto cuenta* se marcha sorteando cubículos y desaparece sin mirar atrás.

Dejo caer mi frente sobre el cristal. No sé si me siento más triste o más desesperada. Mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolso y miro la pantalla. Es el señor Stabros, mi casero. Rechazo la llamada y vuelo a guardar el teléfono. Ahora no se me ocurre ninguna excusa.

Dios, voy a quedarme sin casa.

Camino unos pasos y me siento, exasperada, sobre uno de los escritorios. Resignada, me quito la identificación de un tirón. ¿Qué voy a hacer? No tengo ni la más remota idea. No me gustaría preocupar a mis padres, pero tampoco quiero tener que volver a Carolina del Sur con ellos.

En mitad de esta acuciante reflexión vital, oigo pasos al otro lado de la sala. Alzo la mirada y observo a dos hombres que caminan desde el pasillo del fondo. Están hablando. Uno de ellos debe de rondar los treinta años. Tiene el pelo castaño claro y unos preciosos ojos azules. Lleva un traje de corte italiano gris marengo con camisa blanca y corbata roja. Es muy guapo, probablemente el chico más guapo que he visto en mi vida. No sé qué es, pero tiene algo que me impide apartar la mirada de él.

De pronto pierde su vista en la sala y repara en mí. Yo me ruborizo al instante y aparto mi mirada de la suya. Espero que no se haya dado cuenta de cómo lo observaba.

Es realmente atractivo, me recuerdo, como si me hubiese sido posible olvidarlo. Muy muy atractivo, me reitero y, antes de que pueda darme cuenta, vuelvo a mirarlo de una manera mucho

menos sutil de lo que pretendo.

Él sigue conversando, así que me tomo la licencia de contemplarlo. Me fijo en pequeños detalles, como la manera en la que se pasa la mano por el pelo y después la deja en su nuca en un gesto reflexivo o cómo, mientras presta atención a su interlocutor, se coloca los dedos índice y corazón sobre los labios. Mmm... sus labios parecen muy sensuales.

Pero ¿qué me pasa?, me digo obligándome a volver a la realidad y a dejar de contemplarlo. ¿Por qué no puedo parar de observarlo?

Sin embargo, antes de que pueda contestar mi propia pregunta, vuelvo a hacerlo y él me pilla otra vez, mirándolo completamente embobada. Aparto la vista aún más rápido que la primera vez y me ruborizo de nuevo. Esto es ridículo.

De reojo, veo cómo se despide del otro hombre. Tierra trágame, está viniendo hacia aquí. Avergonzadísima y calibrando si podría alcanzar el ascensor antes de que él llegara, clavo mi vista en la impoluta pared de enfrente.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Estoy perdida. De cerca es aún más guapo. Tiene unos ojos indescritiblemente bonitos y azules, muy azules.

—No, muchas gracias.

Creo que el que sea tan atractivo me pone demasiado nerviosa.

—¿Está segura? Por la manera en la que se dejaba caer sobre el cristal hace un segundo, parecía necesitar ayuda.

—Tenía una entrevista de trabajo, pero he llegado tarde por culpa de la huelga de metro.

Me asombra haber sido capaz de decir la frase sin titubear.

—Parece muy contrariada. ¿Le hacía mucha ilusión trabajar aquí?

Se apoya en la mesa frente a la mía a la vez que cruza los brazos. Se le ve realmente interesado.

—No, no especialmente, pero necesitaba el trabajo.

Mi móvil comienza a sonar. Sin mirarlo, ya sé quién es. El señor Stabros insiste, pero yo sigo sin tener una respuesta para él. Rechazo de nuevo la llamada y guardo el teléfono otra vez en el bolso. Todo bajo su atenta mirada.

—¿Para qué puesto era la entrevista?

—Ayudante del editor.

—¿Quiere ser editora?

—Algún día, sí.

—¿Y qué tal se le da la arquitectura?

—Si le soy sincera, no sé mucho de arquitectura.

Frunce el ceño. Parece que mi respuesta no le ha gustado.

—He estudiado periodismo en Columbia y tengo un máster en gestión de publicación impresa por la Universidad de Nueva York. Aprendo rápido y, aunque no sé mucho de arquitectura, sí del

mundo de las revistas.

Él me mira, espero que satisfecho por mi respuesta, y yo me descubro embargada por el deseo de complacerlo. ¿Cómo puede ser posible? No lo conozco. Su opinión no debería importarme.

—¿Así que la Universidad de Nueva York?

—Sí, hoy he hecho mi último examen.

—Enhorabuena.

—Gracias —musito.

Acompaña su comentario con una sonrisa y, por un segundo, temo desmayarme.

«¡Tranquilízate, Parker!»

Creo que es la sonrisa más maravillosa que he visto nunca, capaz de desarmar a la mujer más escéptica.

Mi iPhone suena otra vez. El señor Stabros comienza a impacientarse. Rechazo la llamada.

—Parece que hay alguien muy interesado en contactar con usted.

—Es mi casero.

Me freno antes de contarle toda la historia. Ni siquiera sé su nombre. Sin embargo, él me mira esperando a que continúe. Sus ojos parecen hipnotizarme y, por un momento, pierdo el hilo. Tengo que esforzarme para poder recordar de qué estábamos hablando.

—Le debo tres semanas de alquiler. Si no le pago, me quedaré sin casa. —Hago una pequeña pausa—. No sé por qué le estoy contando esto. Supongo que debe estar preguntándose lo mismo.

—No, me gusta escucharla.

—Gracias.

Siento que las mejillas me arden. No entiendo por qué estoy reaccionando así. No suele ser mi comportamiento habitual. Normalmente soy una persona extrovertida, al menos lo suficiente como para poder pronunciar más de dos frases sin que el rubor tome mis mejillas.

—¿Ha probado a hablar con el director ejecutivo de la empresa? Quizá si le explica lo ocurrido...

—No creo que a alguien como Ryan Riley le interese mi situación.

—Dicen que es un tipo bastante corriente.

—Corriente no creo que sea la palabra que mejor lo define —contesto con una leve sonrisa en los labios.

—¿Y cuál sería? —me pregunta imitando mi gesto.

—No lo sé, pero, si tuviera que imaginármelo, diría que es un multimillonario presuntuoso que mira el mundo desde su castillo en la parte más alta del barrio de Chelsea, rodeado de mujeres guapísimas que pronuncian su nombre en diversos idiomas.

Su sonrisa se ensancha.

—Pero me gusta lo que hace con su empresa. Dedicar mucho dinero a fundaciones benéficas, ayuda a mucha gente y lleva a cabo todos esos programas de reconversión ecológica. Me gusta que

intente cambiar el mundo. —Recapacito sobre mis propias palabras—. Supongo que, al final, es un buen tío.

—¿Ah sí?

—Sí, pero lo del harén multicultural seguro que también es verdad.

Me sonrío de nuevo y en su mirada veo algo diferente. Sus ojos azules se llenan de ternura, pero también de algo que no logro identificar.

En ese momento, el mismo hombre con el que hablaba antes se acerca a nosotros.

—El coche le espera, señor Riley.

¿Qué? ¿Qué? ¡¿Qué?!

Me levanto de un salto. Él me sonrío una vez más mientras se incorpora grácilmente.

—En seguida voy.

El hombre se retira ante mi atónita mirada. No puedo creer lo que está sucediendo.

—Finn —lo llama de nuevo—, avisa a Bentley Sandford y dile que la señorita...

Me mira invitándome a decir mi nombre.

—Maddie, Maddison Parker —susurro aún demasiado perpleja.

—Maddison Parker es su nueva ayudante. Empezará mañana. Yo mismo le he hecho la entrevista.

El hombre asiente.

Estoy tan alucinada que no soy capaz de articular palabra. ¡Es Ryan Riley! Sólo puedo pensar en la cantidad de tonterías que he dicho sobre él. Afortunadamente también he dicho algo bueno.

Su ayudante o su asistente o lo que sea se marcha y nos quedamos en silencio. Ryan Riley me observa. Creo que está intentando sopesar mi reacción, pero la verdad es que ni siquiera yo me he planteado todavía cómo me siento.

—Señorita Parker, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, claro.

Casi tartamudeo. Estoy demasiado nerviosa.

Él vuelve a sonreír. Parece que esta situación le divierte y entonces lo veo claro: se está riendo de mí. Todas las preguntas que me ha hecho han sido con ese propósito. Me siento furiosa y ofendida, y esos sentimientos por fin me dan el impulso necesario para reaccionar.

—Espero que se haya divertido a mi costa, señor Riley.

Me mira con los ojos como platos, sorprendidísimo de mi comentario. Yo giro sobre mis talones y comienzo a caminar tan deprisa como puedo sin llegar a correr. Él reacciona y me toma por el brazo, obligándome suavemente a darme la vuelta. Por un momento ese contacto me embriaga y me paraliza como si todo mi cuerpo estuviese deseándolo.

—Espere un momento. Creo que me ha malinterpretado.

Me suelta y entonces vuelvo a recordar lo enfadada que estoy.

—¿Qué había que malinterpretar? Me ha mentido y ha dejado que diga todas esas tonterías sobre usted.

—Lo de cambiar el mundo ha estado bien —replica con una sonrisa arrogante en su rostro.

—No sabía que usted era Ryan Riley —me defiende aún más ofendida si cabe.

—¿No lo habría dicho de haberlo sabido?

—Probablemente sí, porque realmente lo pienso. —Me freno a mí misma. No pienso regalarle los oídos ni un segundo más—. Pero ése no es el caso. Me ha engañado —sentencio.

Mi frase le hace entornar los ojos. Puedo ver cómo sus perfectos labios se aprietan hasta formar una delgada línea.

—Yo no la engaño. No tengo la culpa si se muestra tan receptiva con los desconocidos.

—¿Qué?

¿Cómo se atreve?

—Y si se tranquiliza, podemos ir a tomar un café y podrá seguir contándome todas sus penas.

No puedo evitar que una carcajada escandalizada escape de mis labios. ¿Cómo se puede ser tan capullo?

—Por supuesto que no. Ahora mismo no me cae nada bien, ¿sabe?

—Nunca me habían dicho eso —responde y parece realmente sorprendido.

—Para todo hay una primera vez, señor Riley —replico con sorna.

—¿Aceptaré el trabajo?

¡El trabajo!, por un momento lo había olvidado. Necesito ese puesto, pero me niego en rotundo a deberle nada.

—No lo sé, no lo creo.

—¿Cómo que no lo sabe?

Suena impaciente y molesto. Cualquier amago de sonrisa que mi enfado le despertara ha desaparecido.

—No parece que su casero sea un hombre muy paciente y no creo que aguante mucho viviendo en la calle.

Definitivamente, ésta ha sido la gota que ha colmado el vaso. Pero más que las propias palabras, ha sido el tono tan prepotente que ha usado al pronunciarlas.

—Me gustaría marcharme.

Gracias a Dios mi voz ha sonado lo suficientemente segura y firme, sobre todo teniendo en cuenta el nudo que se ha formado en mi garganta y que apenas me deja respirar. Nunca me había sentido así.

Ryan Riley no se aparta y yo, que como precaución había clavado mi mirada en el suelo, trago saliva y alzo la cabeza, entrelazando nuestras miradas.

—Por favor.

Mis palabras tienen un eco en sus ojos azules que me miran intentado leer los míos. Finalmente se aparta y consigo llegar hasta los ascensores. Pulso el botón y espero. Puedo notar cómo él sigue a mi espalda, separado de mí apenas unos pasos, observándome.

Un quedo pitido anuncia que las puertas de acero van a abrirse.

—Adiós, Maddison.

Se despide con su voz grave y comprendo que, más que sus ojos o su sonrisa, lo que más trabajo me costará sacar de mi cabeza será su voz salvaje y sensual.

—Adiós, señor Riley.

No me giro. Doy el paso definitivo que me hace entrar en el ascensor y rezo porque las puertas se cierren. No quiero tener la posibilidad de volver a mirarlo ni tampoco quiero sentir cómo él lo hace.

Entro en mi apartamento y lanzo con fuerza mi bolso contra el sillón. Estoy furiosa. ¿Cómo ha podido reírse así de mí? Me dejo caer en el sofá y pierdo mi mirada en el techo. He quedado como una tonta de la manera más estrepitosa. Le he contado todos mis problemas. ¡Si hasta le hablé de mi casero! Seguro que ahora debe estar en su castillo de Chelsea riéndose de todas las idioteces que dije sobre él. «Me gusta que intente cambiar el mundo.» Dios, qué ridícula puedo llegar a ser. Y él, qué capullo.

Llaman al timbre y por un momento pienso que es Ryan Riley. Automáticamente me tengo que recordar que eso es totalmente imposible. Pero ¿acaso quiero que sea él? Me levanto y sacudo la cabeza. Claro que no quiero que sea él. Ryan Riley ha pasado a ser mi enemigo número uno.

Finalmente abro la puerta. Es Álex.

—Uf, qué cara. Imagino que la entrevista no te ha ido muy bien.

Le hago un mohín y vuelvo al sofá. No sé si quiero hablar de lo ocurrido, pero Álex me conoce demasiado bien y ya se ha dado cuenta de que algo me ronda la mente.

—¿Qué ha pasado? —pregunta a la vez que se sienta en el sillón atrapando una de sus piernas bajo ella—. Maddie... —me apremia ante mi silencio.

—Llegué tarde por culpa de una huelga de metro. Cuando por fin lo hice, una ejecutiva horrible me dijo que ya no me hacía la entrevista y entonces...

No sé si continuar. Contárselo a otra persona me hace sentir aún más ridícula.

—¿Y? —vuelve a apremiarme. La paciencia nunca ha sido su punto fuerte.

—Apareció un chico guapísimo —me veo obligada a reconocer— y empezamos a charlar.

Parezco estar interrumpiendo la historia tantas veces a propósito para darle más emoción. No es mi intención, pero desde luego, si así fuera, lo habría conseguido plenamente porque la cara de Álex ahora mismo es toda curiosidad e intriga.

—Y resultó ser el mismísimo Ryan Riley. Me engañó, se rio de mí y acabó ofreciéndome un trabajo como ayudante del editor —concluyo de un tirón casi sin respirar.

—¿Qué? —exclama perpleja moviendo la cabeza en un intento de asimilar toda la información que acabo de darle.

Me levanto y voy hasta la cocina.

—Lo que has oído.

Cojo un par de botellines de refrescos, de Coca-Cola para mí y de Sprite para Álex. Es una de las pocas personas en el universo a las que no les gusta la Coca-Cola.

—Para que me aclare... —toma el botellín y espera a que vuelva a sentarme para continuar—... conociste a Ryan Riley. ¿Cómo es?

—No está mal.

En mi mente traidora se ha encendido un neón gigantesco en el que no para de parpadear la palabra *mentirosa*. Y, para ponerme las cosas aún más difíciles, me recuerda su pelo castaño claro, sus maravillosos ojos azules, su sonrisa y, como guinda del pastel, su voz. El neón cambia a la palabra *espectacular* y yo sonrío para mí completamente rendida a la evidencia.

—¿Y por qué se rio de ti?

Al prepararme para contestar esta pregunta en concreto, mi monumental enfado regresa.

—Porque no me contó quién era y dejó que dijera un montón de tonterías de cómo creía que era el gran Ryan Riley.

Mi mejor amiga sonrío, aunque intenta disimularlo cuando la asesino con la mirada.

—Dije que lo imaginaba viviendo en un castillo en la parte más alta del barrio de Chelsea rodeado de mujeres.

—¿En serio? —pregunta al borde de la risa mal disimulada.

—«Harén multicultural» creo que fue la expresión exacta que use.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá y me tapo los ojos con el antebrazo. Álex vuelve a ahogar una carcajada en un carraspeo y se mueve hasta el borde del sillón para estar más cerca de mí.

—¿Y qué? Probablemente sea verdad. No es para tanto —me consuela.

—Sí, sí lo es, porque después dije algo así como que me gustaba que intentara cambiar el mundo.

—Vaya, eso suena un poco peor.

—Álex —digo incorporándome—, he hecho el ridículo más espantoso.

—¿Por qué? Es un poco cursi, como de aleteo de pestañas, pero no ha sido tan horrible. Además, a pesar de todo te ofreció el trabajo, ¿no?

—Ayudante del editor de *Spaces* —aclaro.

—¡Maddie, eso es genial!

—No lo es —me apresuro a rebatirle—. Me ofreció el trabajo como una obra de caridad por los problemas que le conté.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

Lo que me faltaba, que Álex se acabara enterando de mi crisis económica personal.

—Pues los problemas que tenemos todos: recién licenciada, sin trabajo, sin ahorros.

Ella asiente con empatía y yo suspiro aliviada.

—Aun así, deberías aceptarlo. Como tú misma dijiste, es una gran oportunidad.

—Lo sé, pero no quiero deberle nada.

—Te entiendo, pero eres brillante, profesional y con un don innato para saber lo que es noticia. Si aceptas el trabajo, pronto se dará cuenta de que el más beneficiado es él.

Sonrío agradeciendo sus palabras. Si Álex es mi mejor amiga, entre otras muchas cosas, es precisamente por esa habilidad indisoluble para hacerme sentir mejor.

—Y ahora vamos a casa a cenar. James está preparando *spaghetti carbonara*.

Estiro mi sonrisa. James cocina de muerte. Además, un rato con los hermanos Hannigan es justo lo que necesito para olvidarme de todo lo que ha ocurrido hoy.

Cenamos y vemos *Un cadáver a los postres* en la televisión. Para James y para mí, esa película contiene algunos de los momentos más hilarantes de la historia del cine.

Una hora y treinta y cuatro minutos después, mientras los créditos avanzan por la pantalla, nos levantamos aún sonrientes y recogemos los platos y demás restos de la cena.

—Dora, querida, el mayordomo es ciego —me dice James imitando a David Niven a la vez que se dirige al fregadero con un par de platos y varios vasos sujetados entre los dedos.

—Pues que no te aparque el coche, Dick —respondo cerrando el frigorífico tras guardar el bol con parmesano rallado e imitando, por supuesto, las líneas de Maggie Smith.

—Sois insoportables.

Por este motivo Álex nunca quiere ver esta película con nosotros. Nos pasamos parafraseándola e imitando a los personajes durante días.

Cuando dejamos todo listo, decido volver a mi apartamento. Es tarde y tengo mucho en lo que pensar.

—Hasta mañana, muñeca —se despide James. Esta vez al estilo del personaje de Peter Falk.

—Hasta mañana, chicos —respondo sonriendo.

Después de cerrarse la puerta, ya en el pasillo de vuelta a mi apartamento, puedo oírlos discutir. Se pasan el día a gritos, pero cualquiera que esté con ellos más de cinco minutos adivinaría que se quieren con locura.

En mi habitación me pongo el pijama y me meto en la cama con el portátil. Decido que, si voy a pasarme la noche devanándome los sesos sobre si aceptar el trabajo o no, lo justo sería tener toda la información.

En la página web del Riley Enterprises Group leo toda su historia corporativa. En 1940, el abuelo de Ryan Riley, Elliott Riley, fundó la compañía para ayudar en la producción de guerra. Un año después marchó al frente y volvió en 1945.

La empresa fue creciendo y, menos de una década después, se convirtió en una de las más importantes de la costa Este del país. Con el paso de los años fue diversificándose, consolidándose en cada sector nuevo al que se abría, hasta llegar a ser lo que es hoy.

Carson Riley tomó el mando de la empresa a mediados de los ochenta. Ahora es su hijo pequeño, Ryan, quien la dirige.

También investigo un poco sobre la revista *Spaces*. Pasó a ser parte del Riley Group a finales de 2005. Es una de las publicaciones más relevantes del sector, y marca tendencia incluso fuera de él desde su refundación ese mismo año.

Todos los sitios que consulto la describen como una publicación innovadora, fresca e inteligente. Parece un sitio genial para trabajar y lo haría para Bentley Sandford. Ha sido su editor desde su refundación y *extraordinario* es la palabra que más se repite en todos los artículos que hablan de él.

Cierro el portátil, lo dejo en el suelo y me tumbo en la cama. Con la luz apagada pierdo una vez más la vista en el techo. He indagado sobre el Riley Group, sobre *Spaces* y sobre Bentley Sandford, pero sobre lo único que no he investigado es, en realidad, lo más determinante para mí. Suspiro hondo, vuelvo a incorporarme y cojo otra vez el ordenador. Introduzco Ryan Riley en la página de inicio de Google y pulso la tecla «Enter». Inmediatamente la pantalla se llena de fotos del hombre guapísimo que conocí esta tarde. Fotos de él en galas benéficas y en presentaciones de empresa. Es tan guapo como recordaba, aunque no sé qué esperaba. Los pies de las fotografías lo describen como un joven brillante, determinado, líder de una nueva generación de empresarios americanos. Lo ensalzan, pero también le acusan de ser un mujeriego empedernido.

Deslizo el dedo índice por el ratón táctil del portátil y veo imágenes de él en un yate. Lleva bañador y camiseta, gafas de sol negras Ray-Ban Wayfarer y el pelo revuelto por la brisa. Parece más joven, más despreocupado. Tuerzo el gesto al ver que comparte fotografía con varias chicas y una de ellas es ¡Bar Refaeli!

Cierro el portátil de un golpe, lo dejo de nuevo en el suelo y, enfadada, me deslizo bajo la colcha. Mujeriego empedernido, yate, Bar Refaeli... ahora son conceptos que sobrevuelan mi mente. No debí mirar esa maldita foto.

El capitán me saluda con amabilidad mientras me acompaña a cubierta. La madera clara reluce ante los rayos de sol y todo se mece dulce y evocadoramente. El olor me seduce. Podría pasarme horas respirando este aroma.

—Señorita Parker, está preciosa con ese bañador.

Ryan Riley se acerca a mí y, tras dedicarme su espectacular sonrisa, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y deja su mano en mi mejilla. Su solo contacto me estremece y me llena por dentro. Él se da cuenta de mi reacción y su sonrisa se ensancha.

Se oyen risas y decenas de chicas salen del interior del yate y se lanzan al agua. Entonces una voz susurrante llama a Ryan Riley con un perfecto acento. Ambos alzamos la cabeza hasta el mástil más alto y desde allí salta Bar Refaeli. Su cuerpo estilizado entra en el agua sin salpicar una sola gota.

El señor Riley se acerca a la barandilla del barco, sonrío a todas las chicas, supermodelo incluida, que lo llaman desde el agua y se lanza al Mediterráneo olvidándose de mí. Ya sólo lo oigo reír en la distancia.

Me despierto sobresaltada. Tengo la respiración acelerada y me siento confusa y triste. Definitivamente no debí mirar esa fotografía.

A las siete de la mañana suena mi despertador. Lo apago y suspiro profundamente. No he podido volver a dormir desde que me despertó ese extraño sueño. Desde entonces llevo dándole vueltas al tema del trabajo. Como pros están el hecho de lo importante y significativa que ha resultado ser la revista *Spaces*; el trabajar para alguien como Bentley Sandford y, sobre todo, el hecho del trabajo en sí. Necesito con urgencia el dinero. Y como contra, sólo uno, pero enorme: Ryan Riley.

«En realidad tres: Ryan Riley, el yate y Bar Refaeli.»

Me doy una ducha. Me pongo un bonito vestido azul marino prácticamente sin mangas con estampados camel y mis Oxford y un cinturón en el mismo color. Me cepillo los dientes, me maquillo y me seco el pelo con el secador. Me lo recojo en un moño de bailarina que lo cierto es que me queda un tanto desastroso, pero estoy muy nerviosa. Aún no sé qué voy a hacer y sólo me quedan un par de horas para decidirme.

Voy hasta la cocina y me preparo el desayuno: tostadas, fruta y una gran taza de café. Sentada en la encimera de la cocina con una manzana en la mano, miro el reloj: son las siete y media. Si pienso aceptar el trabajo, éste es mi particular punto de inflexión. Me muerdo el labio inferior a la espera de una postrera inspiración que me ayude a tomar la decisión correcta. Ahora mismo me siento como Marty McFly decidiendo si sigo montada en la locomotora o me quedo para siempre en 1885.

Mi móvil suena y me saca de mi ensoñación. Al mirar la pantalla, recibo el último empujón que necesitaba para aceptar: es el señor Stabros. No contesto. Lo llamaré esta tarde cuando sepa cuándo cobraré mi primera nómina.

Suspiro profundamente una vez más haciendo acopio de toda mi determinación, cojo mi bolso y salgo de mi apartamento en dirección al Riley Group.

A las ocho menos diez estoy delante del guardia de seguridad que me recibió el día anterior. Me sonrío amable. Creo que recuerda perfectamente la última vez que nos vimos. Me fijo en su chapita identificativa: se llama Ben Rosswall.

—Buenos días, hoy es mi primer día de trabajo en la revista *Spaces*.

—¿Su nombre, por favor?

—Maddison Parker.

Comprueba la lista y vuelve a sonreír. Definitivamente me recuerda.

—Señorita Parker, el señor Sandford la está esperando. Planta veinte. Tome el ascensor de la derecha.

—Muchas gracias.

Le devuelvo la sonrisa y comienzo a caminar en dirección a los ascensores.

—Y enhorabuena.

—Gracias —contesto girándome y continuando mi camino de espaldas durante unos pasos para poder mirarlo.

Al abrirse el ascensor en la planta veinte, la redacción de la revista *Spaces* se extiende ante mí. Hay decenas de personas en sus mesas y otras tantas corriendo de acá para allá. Cada una con una clara misión, estoy segura, pero conjugando entre todas el clásico aspecto de caos absoluto de una redacción.

Me sorprende lo jóvenes que son todos. La media de edad de este lugar no debe superar los treinta y cinco años.

A mi derecha veo una sala de reuniones y, al fondo de la redacción, una puerta de madera clara en la que puede leerse sobre una placa de metal «Bentley Sandford, editor jefe».

Me encamino hacia allí con paso decidido. Suspiro exhalando todo el aire que los nervios habían retenido en mis pulmones y golpeo suavemente la puerta con los nudillos.

—Adelante —oigo decir desde el interior.

Abro la puerta y entro. La antesala de la oficina es bastante amplia. Hay una mesa con un ordenador y dos sillas. Justo detrás hay varios archivadores y, en la pared opuesta a la puerta, dos estanterías rojas. La mitad superior de la pared que comparte con la oficina principal es de cristal, por lo que puedo ver a un hombre de unos treinta años, muy concentrado, mirando unas diapositivas en una mesa de arquitecto.

—Adelante —repite sin levantar su vista de la mesa.

Doy un paso al frente y me quedo bajo el umbral de la puerta que comunica ambas estancias. Curiosamente, el despacho principal es algo más pequeño pero con espacio suficiente para albergar un escritorio, un archivador y un sofá un poco viejo pero con una pinta comodísima, además de la susodicha mesa de arquitecto.

—¿Señor Sandford? —pregunto.

—Sí —contesta girándose en su taburete y mirándome al fin—, tú debes ser Maddison Parker.

Es moreno con los ojos verdes y una mirada que inmediatamente despierta simpatía.

—Llámame Maddie, por favor.

—Y tú, a mí, Bentley.

Asiento sonriendo.

—Ryan me dijo que te hizo la entrevista, pero no sé si hablasteis del puesto en concreto.

Por un momento temo que piense que he conseguido este trabajo en la cama. La sola idea hace que se me revuelva el estómago.

—Respecto a eso señor Sandford, Bentley —rectifico—, no sé qué te habrán dicho pero...

—Maddie —me interrumpe—, no tienes que preocuparte. Sé que estabas en la lista de entrevistas, que llegaste tarde y que Ryan acabó haciéndote unas preguntas por pura casualidad.

Sonrío ruborizada al recordar lo ocurrido, pero me alegra que a grandes rasgos sepa lo que pasó.

—Verás lo que espero de ti. —Al oír estas palabras, cuadro los hombros y tomo mi actitud más profesional—: Básicamente, es que sigas mi ritmo. Me gusta controlarlo todo hasta el más mínimo detalle. No me malinterpretes. Doy libertad creativa a mis redactores, pero la revista tiene una línea y para mí lo más importante es mantenerla. Al fin y al cabo, es lo que nos define.

Asiento entusiasmada. Aquellos artículos de Internet no se equivocaban.

—Hacemos reuniones semanales con los redactores y, dos veces al mes, con el resto del Riley Enterprises Group. Aunque somos parte del *holding* empresarial, nos dejan bastante a nuestro aire, así que no suele haber problemas. Te encargarás de mi agenda, el teléfono, me acompañarás a todas las reuniones y, como te he dicho, sígueme el ritmo. Soy más de manos derechas que de asistentes, ¿entendido? —concluye con una sonrisa.

Asiento diligente una última vez.

—¿Con qué quieres que empiece? —pregunto.

—Lo primero es que subas a Recursos Humanos, planta veintisiete, y firmes el contrato. No te

retrases. En media hora tenemos la reunión de redactores.

—Entendido.

En el ascensor, mientras espero a llegar a mi planta rodeada de ejecutivos que van subiendo y bajando en los pisos intermedios, me pregunto si me encontraré con Ryan Riley en algún momento. Tengo que recordarme que no quiero verlo y reafirmarme con un enérgico asentimiento que incluso sobresalta a uno de los enchaquetados que está a mi lado.

Firmo mi contrato, me entregan mi identificación y, al fin, maldiciendo por todo el tiempo que me han hecho perder, regreso a la planta veinte. Cruzo la redacción y entro de nuevo en el despacho.

—Señor Sandford, Bentley —rectifico una vez más.

Coloco mi bolso sobre la mesa, saco mi bloc y comienzo a rebuscar tratando de encontrar un lápiz.

—Mientras venía hacia aquí —le explico—, he pensado que, si te parece bien, podríamos usar el iCloud para las agendas y el correo interno. ¿Tienes iPhone?

Por fin encuentro mi lápiz y, apenas a un paso de la puerta de su despacho, alzo la vista, y entonces lo veo, a Ryan Riley, apoyado en la mesa de arquitecto. Lleva un traje de corte italiano gris con una camisa blanca y una delgada corbata también gris. Está guapísimo y me mira con su espectacular sonrisa colgada del rostro, maravillosa y abrumadora como en mi sueño. No hay rastro de Bentley. Por un momento su proximidad y el hecho de que estemos solos me hacen sentir algo tímida y muy muy nerviosa. No quiero hablar porque, francamente, temo tartamudear y considero que ya he hecho bastante el ridículo en su presencia. Además, estoy enfadada con él. No sé por qué siempre tengo que recordármelo.

—Buenos días, señorita Parker.

Su voz, había olvidado su sensual y salvaje voz.

—Buenos días, señor Riley.

Hago todo lo posible por sonar firme.

—Me alegro de que decidiera aceptar el trabajo.

—Es un buen trabajo —me defiendo.

—Además, piénselo, trabajando conmigo podrá ayudarme a cambiar el mundo —responde luciendo una vez más su maravillosa sonrisa.

¿Qué? No me lo puedo creer. ¿Cuánto ha tardado en reírse de mí otra vez? ¿Quince segundos? Le lanzo una furibunda mirada que sólo hace ensanchar su sonrisa. Parece como si disfrutase haciéndome enfadar.

En ese momento entra Bentley y cualquier rastro de sonrisa en él desaparece. Con esa gracia natural que ya descubrí en nuestro primer encuentro, se incorpora y se abotona la chaqueta.

—Maddie, ya estás aquí, genial. ¿Ryan? —comenta algo sorprendido por encontrarlo en el despacho.

—Venía a preguntarte si comíamos juntos.

—Claro, ¿en Marchisio's?

—Sí, por qué no. Pasaré a buscarte.

Bentley rodea su escritorio y comienza a teclear algo en su ordenador. El señor Riley se encamina hacia la puerta pero, justo al pasar junto a mí, se inclina discretamente.

—Señorita Parker, Marchisio's a la una y media. Apúntelo en su iPhone —me susurra.

Ryan Riley sale del despacho y yo me quedo allí como una idiota, petrificada por su voz salvaje y sensual. Pero, en cuanto mi parte racional vuelve, me apunta que ha vuelto a reírse de mí, dos veces para ser más exactos.

—¿Lista? —pregunta Bentley de nuevo a mi lado.

—Lista —respondo intentando recuperar toda mi compostura y volviendo al modo Maddie profesional.

Cruzamos la redacción y llegamos a la sala de reuniones. Allí Bentley me presenta a la plantilla y me pone al día de los temas que se tratarán en este número.

En poco más de una hora regresamos a la oficina.

Bentley me explica el sistema de trabajo que sigue. Es muy eficiente y organizado. Le propongo un par de cambios que acepta con gusto. Presiento que va a ser un jefe fantástico del que aprenderé muchísimo.

Mientras estoy revisando la lista de *freelances* con la que solemos trabajar, llaman a la puerta.

—Adelante —digo sin mirar.

—¡No puede ser! Maddie Parker, mi compañera de Martinis Royale, trabaja aquí.

Alzo la cabeza y no creo lo que veo: Lauren Stevens, una de mis mejores amigas en la universidad, está de pie frente a mí. Sin dudarle, me levanto y nos damos un efusivo abrazo.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —me pregunta sorprendidísima.

—Hoy es mi primer día.

—¡Maddie, es genial! Escucha, ahora tengo que volver, mi jefe necesita unos papales, pero a la una y media nos vemos en la cafetería de en frente, Marchisio's.

Frunzo el ceño un segundo. Es el mismo sitio donde Bentley y el señor Riley han quedado para comer.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta?

—No, no pasa nada. Nos veremos allí —respondo con una sonrisa.

—Perfecto.

Ella me devuelve la sonrisa y yo regreso a mi mesa para darle los papeles que necesita. Me encanta la idea de que trabaje aquí. Álex, ella y yo éramos inseparables en la universidad; además, James y ella eran novios. Pero, cuando nos graduamos, Lauren ganó una beca para la escuela de económicas de la Northwestern en Chicago y le perdimos la pista. Ya me estoy imaginando a Álex. Va a dar saltos de alegría cuando se lo cuente. De hecho, voy a darle una sorpresa a ambas y le diré a Álex que venga a comer.

A la una y cuarto le mando un mensaje a Álex dándole la dirección del Marchisio's y, como él mismo me pidió, le recuerdo a Bentley su cita para comer.

He pensado mentalmente todo lo que le diré al señor Riley cuando venga a recogerlo: uno, deje de reírse de mí; dos, no me susurre cosas al oído, no susurre en general, y tres, ¿podría no parecer un modelo salido de la portada de *Esquire*, por favor? Obviamente, esta última no pienso decírsela, aunque no voy a negar que me ayudaría.

Sin embargo, mientras me arengo mentalmente, Bentley recibe una llamada y me avisa de que se marcha. No sé por qué, me siento un poco decepcionada.

Lauren me espera en la puerta de Marchisio's. Se trata de un gastropub fantástico. Estos pequeños restaurantes con la cocina siempre abierta son el último grito entre los ejecutivos de Manhattan.

Todo el local tiene un aspecto sofisticado en acero y madera de haya, con grandes techos y fotografías en blanco y negro por toda la pared.

Involuntariamente, lo primero que hago cuando entro es buscar a Ryan Riley, pero no lo encuentro y, de haberlo hecho, ni siquiera sé cómo habría reaccionado. Odio sentirme tan confusa y, sobre todo, tan abrumada sólo por la posibilidad de poder verlo.

—Sentémonos ahí —dice Lauren indicando el fondo del restaurante—. Mi amiga Linda nos espera. Te caerá genial.

Caminamos hasta la mesa.

—Linda, ella es...

—Ya nos conocemos —la interrumpimos al unísono.

—Bentley nos ha presentado esta mañana —le aclaro.

Linda es redactora y estuvimos juntas en la reunión.

En ese momento suena mi móvil: una llamada perdida de Álex que me indica que está en la puerta.

—No os mováis de aquí.

Sonrío ante la mirada confusa de Lauren y me dirijo a la puerta del local. Justo cuando voy a empujarla para salir, alguien tira de ella para entrar y, en menos de un segundo, Ryan Riley seguido de Bentley aparecen frente a mí. Nuestras miradas se entrelazan y, casi sin quererlo, por un único instante, nos quedamos así, contemplándonos.

—Hola, Maddie, ¿ya te marchas? —pregunta Bentley extrañado.

—No —musito.

Tardo un segundo más de lo necesario en apartar mi mirada del señor Riley y llevarla hasta Bentley.

—He quedado. Me están esperando fuera.

—Este sitio te va a encantar. Lo mejor, los ravioli de *ricotta* al pesto —me comenta Bentley con una sonrisa.

—Muchas gracias.

Me siento nerviosísima. Aunque no me guste admitirlo, está claro que la proximidad de Ryan

Riley tiene ese efecto en mí.

—Será mejor que salga.

Pongo un pie en la acera y suspiro al sentirme libre de su mirada. Si no fuera tan guapo, me digo. Definitivamente, si no fuera tan guapo, las cosas serían mucho más fáciles.

—Aquí estás —se queja Álex por mi retraso.

—Tengo una sorpresa para ti.

Y al recordar por qué le he pedido que viniera, vuelvo a sentirme divertida, sacudiéndome toda la confusión y la timidez de hace unos segundos.

—Sí, ¿cuál? —pregunta contagiándose de mi renovado estado de ánimo.

—Entra y lo verás.

Volvemos al gastropub y, al hacerlo, me doy cuenta de que el señor Riley tenía la vista fija en la puerta. Supongo que espera a algún otro ejecutivo o cliente, pero por un momento he pensado que podría ser por mí y un montón de mariposas han despertado en mi estómago.

«Odias a Ryan Riley, no te gusta», me repite una vez más mi autocontrol exasperado.

Álex protesta mientras cruzamos el local pero no me molesto en darle la más mínima explicación. Sin pistas, así es más emocionante. Cuando al fin ve a Lauren, comienza a chillar y ella tarda aproximadamente un microsegundo en responderle igual al tiempo que se abrazan encantadísimas del reencuentro. Después de los clásicos «cómo es posible» y «no me puedo creer que estés aquí», nos sentamos y comenzamos a ponernos al día.

—¿Qué tal te está yendo tu primer día? —me pregunta Linda.

Es una chica rubia, aún más que Lauren, de nuestra edad y, por lo que parece, divertida y algo introvertida. Aunque al lado de Lauren hasta la mismísima Madonna parecería tímida.

—Hasta ahora, muy bien. Bentley parece un tipo genial.

—Lo es —afirma Linda—. El mejor jefe del mundo.

Lauren sonríe y pone los ojos en blanco. Me recuerda mucho, muchísimo, a la sonrisa que ponía cada vez que hablábamos de James el primer año de universidad.

—Tenemos que hablar de esa mirada —le comento justo antes de que llegue el camarero.

Lauren me responde como me respondía entonces, frunciendo el ceño y sonriendo, casi riendo, nerviosa.

—¿Qué tomarán las señoritas? —pregunta el camarero.

—¡Cuatro Martinis Royale! —exclama Lauren.

—Chicas, no sé si deberíamos. El señor Riley está ahí —apunta Linda.

—¿Ryan Riley? —interviene Álex mirando a su alrededor—. Maddie me ha dicho que es guapísimo.

—Yo no te dije eso —protesto.

—Sí, es cierto. Dijiste que no estaba mal mientras ponías una sonrisita de lo más estúpida recordando, seguro, lo buenísimo que está.

—Álex —le reprocho.

Lauren me mira como yo la he mirado hace unos dos minutos.

—Bueno, ¿vais a decirme quién es?

—El chico de pie junto a la barra con ese increíble corte de pelo castaño claro, un traje a medida y los ojos más azules del mundo es Ryan Riley, el nuevo amor de Maddie —comenta con sorna Lauren.

—Y el chico moreno de ojos verdes con el que habla es Bentley Sandford, el nuevo amor de Lauren.

Le hago un mohín de lo más infantil que ella responde de la misma absurda manera y ambas acabamos riendo al vernos como si el tiempo no hubiera pasado desde la universidad.

—Ahora en serio, chicas. Ryan Riley es el último hombre en el que me fijaría —me apresuro a aclarar—. Lo único que ha hecho desde que lo conocí ha sido reírse de mí. Es odioso.

—Odioso, malhumorado, arrogante, mujeriego y la lista sigue y sigue —apunta Lauren.

Yo asiento cada una de sus palabras y me doy cuenta de que todo lo que había sospechado sobre él, yate y Bar Refaeli incluidos, es verdad. Aunque lo cierto es que no sé cómo me siento a ese respecto. La parte de mí que esperaba que esa imagen fueras sólo pura fachada y detrás hubiera un hombre maravilloso está algo decepcionada y algo triste, pero ahora más que nunca tengo claro que no me conviene en absoluto.

—Basta de hablar de chicos por muy guapos que sean —dice Álex señalándonos a Lauren y a mí— y vamos a ponernos al día.

Apenas unos minutos después ya somos todo risas, Martinis Royale y ensaladas mediterráneas con pollo crujiente y salsa César. Nos divertimos tanto recordando viejos tiempos que comenzamos a resultar algo escandalosas, pero no nos importa.

—Linda, no te lo crearás porque acabas de conocer a estas individuos —dice Lauren en referencia a Álex y a mí. La miramos durante un segundo y después lo hacemos entre nosotras con fingida indignación a la vez que repetimos la palabra en cuestión—, pero en la universidad eran terribles —continúa—. No había lío en el que no estuvieran metidas.

—Claro, porque tú sólo nos mirabas sentada inocente en un rincón —le reprocho, y todas volvemos a reír.

La hora de la comida pasa volando y, antes de que podamos darnos cuenta, estamos despidiéndonos de Álex en la puerta y prometiendo firmemente quedar la noche del viernes para quemar la ciudad.

Cuando regreso a la oficina, Bentley ya está allí. Está sentado en su mesa de arquitecto, jugando con un rotulador rojo entre los dedos mientras corrige lo que supongo es un artículo.

—Hola, Bentley.

Dejo mi bolso en el perchero y me siento a mi mesa.

—Hola. Parece que lo has pasado bien en el almuerzo —comenta socarrón en clara referencia a nuestro reencuentro universitario.

—Muy bien, de hecho —respondo con una sonrisa inmensa que él me devuelve.

Enciendo el ordenador y tomo una de las carpetas con material para repasar y archivar que Bentley ha dejado sobre mi mesa.

La reunión con las chicas era justo lo que necesitaba.

El teléfono de mi escritorio comienza a sonar. Rápidamente pienso cómo debo contestar y descuelgo.

—Despacho del señor Sandford, editor jefe de *Spaces*. ¿En qué puedo ayudarle?

Él sonrío. Creo que he sido un pelín ceremoniosa.

—El señor Riley quiere los informes de previsiones de temática y la portada del número de este mes.

Sin darme tiempo a responder, cuelgan. Me repito mentalmente lo que me han pedido, me levanto y voy hasta la mesa de mi jefe.

—Bentley, han llamado del despacho del señor Riley pidiendo la previsión de temática y la portada.

Me mira extrañado.

—¿Quién te lo ha pedido?

—No me ha dicho quién era, pero imagino que sería la secretaria del señor Riley.

La expresión de Bentley parece aún más confusa.

—Está bien —dice al fin—. Los archivos están en mi ordenador. Imprímelos y llévalos a su despacho.

Ahora la que lo mira confusa soy yo. ¿Dónde está su despacho?

—Perdona, olvidaba que es tu primer día —responde con una sonrisa a modo de disculpa—. El despacho de Ryan está en esta planta, pasando la sala de reuniones, el pasillo de la izquierda.

Asiento. Busco los archivos en su ordenador, los imprimo y preparo un dossier con toda la documentación. Cruzo toda la planta hasta llegar a la oficina de Ryan Riley. En la antesala de su despacho hay una mujer de mediana edad con el pelo recogido en un elegante moño italiano, sentada a un escritorio decorado con varias fotos familiares en marcos de plata. No es la secretaria que imaginé que tendría.

—Buenas tardes, me envía el señor Sandford con la información que nos habían solicitado.

Pensaba dejar los documentos con la secretaria y marcharme, pero ella me sonrío con dulzura y pulsa un botón del intercomunicador digital de su mesa.

—Señor Riley, la señorita Parker está aquí con la documentación.

—Que pase —contesta secamente desde el otro lado.

¿Está enfadado?

Llamo suavemente a la puerta doble de caoba y la abro. Ryan Riley está sentado a su enorme mesa de diseño exclusivo. No quiero quedarme mirándolo embobada, así que me giro, cierro la puerta y aprovecho para inspirar hondo.

«Tranquilízate, Parker.»

Cuadro lo hombros y camino hasta colocarme frente a él.

—Señor Riley, traigo...

—Señorita Parker —me interrumpe sin ni siquiera mirarme—, la próxima vez que llame a la puerta tenga la delicadeza de esperar a que le den paso.

¡Se puede ser más capullo! Ya lo había hecho por el intercomunicador. Quiero gritarle todo lo que pienso de él, pero entonces clava sus ojos azules en los míos y me hipnotiza a pesar de la distancia, robándome cualquier tipo de reacción.

—¿Va a darme la documentación o sólo ha venido a que la contemple de pie en el centro de mi despacho toda la tarde?

¿Qué demonios le pasa? ¿Y qué demonios me pasa a mí? ¡Reacciona, Maddison Parker!

Al fin consigo mandar el ansiado impulso eléctrico a mis piernas para que caminen hasta su mesa. Le entrego los papeles y me dispongo a salir de su oficina.

—Puede retirarse.

—No soy el servicio, señor Riley —respondo molesta, girando sobre mis pies.

—Lo sé. Usted es la atracción principal del Marchisio's —contesta recostándose sobre su sillón.

Me siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies.

—Ha sido muy interesante ver cómo todos los ejecutivos del bar estaban más pendientes de ustedes que de sus almuerzos.

Mi indignación y mi enfado suben a un ritmo vertiginoso. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Y supongo que entre ellos no estaba usted.

—Claro que no. A mí los numeritos de crías universitarias no me van.

Su tono es de lo más arrogante y presuntuoso. Y se ha permitido llamarme cría. Tengo veintitrés años. Soy una adulta competente y profesional.

—Pues mejor para los dos.

Claramente una respuesta muy madura, que, sin embargo, parece sacarlo de sus casillas. Se levanta enérgico y camina hasta colocarse frente a mí. Me alegra que esté tan enfadado como yo. Sus ojos azules están endurecidos y la manera en que me mira consigue hacerme sentir intimidada.

—Señorita Parker, no se olvide de que, durante su jornada laboral, aunque sea la hora de la comida, representa al Riley Enterprises Group, así que compórtese.

En su mirada puedo notar un brillo de rabia pero también ¿de deseo? Sin quererlo, vuelvo a sentirme abrumada. Quiero odiarlo, abofetearlo, marcharme... pero siento como si mi cuerpo pretendiese impedírmelo. Mi respiración se acelera y a nuestro alrededor se genera un campo de fuerza, una electricidad que se alía con mi cuerpo y me impide dar un paso en cualquier dirección, alejarme de él de cualquier modo.

—Ahora vuelva al trabajo —susurra, pero tarda unos segundos más de lo necesario en apartarse. Cuando lo hace, me doy la vuelta y me marcho en silencio, incapaz de decir una sola palabra. Me siento conmocionada.

Mientras cierro la puerta tras de mí, me permito observarlo una última vez. Está de pie, de espaldas a la puerta, inclinado sobre la mesa apoyando ambas manos en ella.

Lo cierto es que no sé cómo reaccionar y ver cómo lo está haciendo él me confunde aún más.

Vuelvo a la oficina y me alegra comprobar que Bentley no está. Me dejo caer en mi silla y me llevo las manos a la cara mientras suspiro. Ryan Riley es mi jefe. Es demasiado guapo, demasiado rico, demasiado arrogante y cualquiera de esos *demasiado* me complicará la vida.

Tomo una determinación: sumergirme en el trabajo y bloquear cualquier pensamiento mínimamente relacionado con el señor Riley. Quizá así salve el día de hoy.

«Y sólo ha sido el primero.»

Estoy concentradísima asimilando el sistema de maquetación de Bentley. Me asombra lo audaz que es. Mucho mejor que el de la mayoría de las revistas del mercado. Cuando me doy cuenta de que son más de las cinco, despejo mi mesa y, mientras se actualiza mi iPhone con el iCloud, me levanto y cojo y cuadro la pila de ejemplares, uno de cada número de *Spaces* del último año, para llevármelos a casa. Quiero ponerme al día con la revista.

—Maddie, ya son más de las cinco, puedes marcharte —dice Bentley saliendo de su despacho—. Mañana nos veremos a las ocho. Quiero que te lleves los números del último año para que comprendas mejor el estilo de la revista.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Qué ocurre? —pregunta divertido.

—Había pensado lo mismo —contesto mostrando las revistas que sujeto entre mi antebrazo derecho y el pecho.

—Chica lista.

Ambos sonreímos.

—Y ahora vete a casa. Ha sido un primer día muy completo.

Asiento, recojo mi bolso y salgo de la oficina. Ya en el vestíbulo me despido de Ben y cruzo las enormes puertas de metal y cristal. Una bocanada de aire fresco me envuelve y siento que por fin puedo volver a respirar después de este primer día tan intenso en todos los sentidos.

Mi móvil suena y me devuelve a la realidad. Saco mi iPhone, no sin cierta dificultad, pues llevo doce revistas de ciento veinticuatro páginas, y sin dejar de caminar miro la pantalla. Es mi padre.

—Hola, papá.

—Hola, pequeñaja.

Tengo veintitrés años y mi padre me sigue saludando igual que cuando me recogía de preescolar.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta.

—Bien. Acabo de terminar mi primer día de trabajo —contesto con una sonrisa inmensa.

—¡Eso es fantástico! Te llamaba para ver cómo te había ido el último examen y me das esta noticia.

—No te he contado nada antes porque todo surgió muy rápido. Tuve la entrevista después del último examen.

Soy consciente de que esta reducida versión omite muchos detalles, pero es mejor así.

—¿Y dónde trabajas?

—De ayudante del editor de la revista *Spaces*.

—¿*Spaces*?

—Una publicación de arquitectura.

Puedo notar la cara de incredulidad de mi padre al otro lado de la línea telefónica.

—Sé que nunca he mostrado especial interés por la arquitectura, pero me gusta el trabajo. Además, Lauren también trabaja aquí.

Mi padre, y en realidad toda mi familia, adoran a Lauren y a los Hannigan. Desde el primer curso, todos los veranos pasábamos unos días en mi ciudad natal, Santa Helena, en Carolina del Sur. Y mis padres, solos todo el año con sus tres hijos lejos, adoraban el jaleo y la revolución que traíamos con nosotros.

—Bueno, si Lauren y tú estáis juntas, seguro que encontráis la manera de hacer emocionante una revista de arquitectura.

Ambos sonreímos.

—¿Qué tal está mamá?

—Muy bien, como siempre. Ahora ha decidido que quiere aprender a montar en moto.

Río a carcajadas y, al hacerlo, tengo que hacer un movimiento digno de un contorsionista profesional para evitar que se me caigan las revistas.

—¿Mamá es consciente de que, para aprender a montar en moto, tendrá que montarse en una moto?

Sé que suena obvio, pero hablamos de Evelyn Parker, la misma mujer que se quedaba blanca palidísima cuando mi padre le hacía montarse en su Triumph. Recuerdo cómo se agarraba a su cintura cada vez que él aceleraba sin llegar a poner la moto en movimiento.

—Lo sé, lo sé —oigo su risa—, pero dice que es hora de hacer todo lo que aún pueda hacer.

—¿Crisis de los cincuenta? —pregunto sorteando a las decenas de personas con las que me cruzo en plena Columbus Circle.

—Temo que cualquier día aparezca con las llaves de un Porsche.

Vuelve a arrancarme una sonrisa.

—¿Y tú cómo estás?

Me paro junto a la boca de metro. Sé que el tema que se avecina es el motivo real de su llamada.

—Sabes que estas fechas son algo duras para mí, pero estoy bien.

Suspiro llena de ternura. Lo cierto es que siempre me sorprende escuchar esas palabras de mi padre. Mi madre murió hace diecinueve años y lleva unos doce casado con Evelyn, una mujer estupenda a la que tanto mis hermanos como yo queremos con locura y, sin embargo, cada vez que se acerca el cumpleaños de mi madre, la misma tristeza atenaza su corazón.

—Papá —murmuro porque no sé qué decir que consiga consolarlo.

Lo único que querría es poder estar con él y abrazarlo, por lo menos, hasta una semana después del día en cuestión.

—Lo sé, pequeñaja.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti. —Hace una pequeña pausa y lo oigo suspirar al otro lado—. Tengo que dejarte. Sam y los chicos me esperan para ir a ver el partido.

—Hablamos esta semana, ¿de acuerdo?

—Claro, pequeñaja.

Cuelgo el teléfono y lo conservo en mi mano, observándolo. Hasta ahora siempre me las había arreglado para pasar estas fechas con mi padre en Santa Helena, pero este año, faltando tan poco tiempo, no creo que lo consiga. Todo pasaría por pedir vacaciones y no puedo permitirme ese lujo llevando sólo un día en la empresa.

Suspiro una vez más, tengo la sensación de que llevo haciéndolo todo el día, y bajo las escaleras de la boca del metro.

Veinte minutos después estoy subiendo las de mi apartamento. Justo cuando me paro delante de mi puerta, suena el pitido de mi móvil avisándome de que tengo un nuevo mensaje. Aún con más dificultad de la que tuve que salvar antes, llevo media hora cargando con las revistas, saco el iPhone del bolso.

«Ven directamente a nuestro apartamento. Álex.»

Miro hacia la puerta de mis vecinos y sonrío.

Sin dudar, voy hasta allí y llamo.

—Está abierta —oigo decir desde el interior.

Vuelvo a sonreír. ¿Qué estarán planeando? Muerta de curiosidad, entro.

—¡Feliz primer día de trabajo! —gritan Álex y James en el centro del salón.

Por Dios, incluso han hecho una pancarta.

Me echo a reír y francamente lo necesitaba.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto divertida.

—Yo, por mi parte —dice Álex—, devolverte la sorpresa que me diste en el almuerzo y festejar que no has muerto de aburrimiento en tu primera jornada laboral en una revista de arquitectura.

—Yo finjo que me sigues cayendo bien después de que no me llamas para el reencuentro universitario —se queja James enfadado, dejándose caer sobre el sillón.

Dejo la pila de revistas sobre la barra de la cocina y me acerco hasta él. Apoyo mi cabeza en la

espalda de su asiento, colocándola a la misma altura que la suya.

—Vamos, Hannigan —digo con mi mejor y más estudiada voz de arrepentimiento. Mezclada, eso sí, con una risa incipiente por ver cómo frunce el ceño.

—Parker, sabes que conmigo esa vocecita no te vale de nada.

Y eso que no ha visto la mirada que le he puesto.

—Lo sé —digo haciendo un mohín.

Vuelvo a incorporarme, aunque dejo una mano apoyada sobre el sillón.

—Pero también sé que no puedes vivir enfadado mucho tiempo conmigo porque eso significa que sólo te queda Álex para charlar.

Ahora es él quien hace el mohín. Al final, se gira para mirarme.

—Tienes razón, pero seré rigurosamente invitado a la próxima reunión —me exige levantándose, acompañando sus palabras con el índice alzado como un perfecto profesor de escuela.

—El primero —le confirmo imitando su gesto.

—Y tendrás un castigo.

—¿Cuál? —pregunto divertida.

—Espera y verás —concluye pasando a mi lado.

Lo observo alejarse, disfrutando de la expectación que ha creado. ¿Qué habrá planeado? Es la segunda vez que me hago esta pregunta en menos de diez minutos y la única respuesta que se me ocurre es que, tratándose de James Hannigan, nada bueno.

—Chicos, poned algo de música. Me aburro mientras preparo la cena —nos pide Álex desde la cocina.

Misterio desvelado.

—No habrás sido capaz —le espeto alarmada.

James me sonrío como respuesta.

Álex es mi mejor amiga. Una chica guapísima, divertidísima, inteligentísima y un montón de «ísimas» más, pero el desastre más escalofriante que haya visto una cocina. Creo que, para compensar, por eso James es tan buen cocinero.

—Ése es tu castigo —sentencia mientras coge el cedé «Nothing but the beat» de David Guetta y lo pone en el reproductor.

A los pocos segundos comienza a sonar *Where them girls at*.

—No tiene mucho sentido, Hannigan. Tú también sufrirás el castigo.

La sonrisa de James se ensancha al tiempo que comienza a chocar el puño con la palma de su otra mano al ritmo de la música que cantan Nicki Minaj y Flo Rida.

—Hermanita —la llama—, no cuentes conmigo. Charlie me hizo picar algo con él cuando salimos del cine.

—Sin problemas, hermanito.

—Sucio bastardo —murmuro enfatizando cada sílaba que pronuncio.

Sin perder la sonrisa, frunce los labios y empieza a mover la cabeza también al ritmo de la música. No lo puedo negar, esta batalla la ha ganado él.

Unas cinco canciones después, estoy sentada a la mesa de Ikea de los Hannigan cenando lo que la propia Álex confiesa que empezó siendo pollo al horno y ha terminado siendo enchiladas. Por un momento agradezco que sean tan picantes, así se disimula el sabor que pretendió darle a este pollo. Después de dos bocados, cuando Álex se levanta y nos retira los platos, todos nos echamos a reír y finalmente James se apiada de nosotras, se levanta y nos prepara algo decente de cenar.

Como intercambio de castigo, me ofrezco a ayudarlo y en quince minutos preparamos ensalada de patata y salvamos lo que queda de pollo en el horno.

Cuando llego a mi apartamento, prácticamente me muero de sueño, aunque ha merecido la pena. Me he reído muchísimo, en realidad como siempre que estoy con esos dos.

Me pongo el pijama y me meto bajo la colcha. Envuelta en ella me doy cuenta de que comienza a hacer calor, pero es una sensación demasiado agradable. Opto por quitarme el pijama y dormir únicamente con las bragas y la nadadora antes destaparme.

Ojeo, o por lo menos lo intento, las revistas, pero menos de cinco minutos después tengo la mirada clavada en el techo y me sorprendo de nuevo inmersa en un montón de pensamientos sobre Ryan Riley. Recuerdo nuestra conversación, lo molesto que parecía porque llamáramos la atención en el bar a la hora del almuerzo. «Es la atracción principal del Marchisio's.» Suspiro bruscamente. Es un capullo arrogante y presuntuoso y pienso concentrarme únicamente en eso porque, si no, corro el riesgo de preguntarme por enésima vez por qué me miró como me miró justo antes de decirme que volviera al trabajo. Me llevo la almohada a la cara y suspiro con fuerza otra vez. No tengo ni la más remota idea de qué pensar sobre él.

El despertador suena implacable a las siete menos cuarto de la mañana. Agradecida por no haber soñado con Ryan Riley, yates o Bar Refaeli, me levanto de mucho mejor humor.

Me doy una ducha y delante de mi armario, envuelta en una mullida toalla y con mi pelo mojando todo el suelo de la habitación, elijo mi vestuario para hoy: un vestido rosa y vino tino sin mangas y mis botas de media caña camel sin tacón y con tachas.

Enciendo el iPod conectado a sus propios altavoces y comienza a sonar *If we ever meet again*, de Timbaland y Katy Perry. La canción es tan animada que casi sin darme cuenta comienzo a cantar:

Say If we ever meet again.

This free-falls, got me so, kiss me all.

Night, don't ever let me go.

I'll never be the same, if we ever meet again.

Cuando caigo en la letra que estoy cantando, no puedo evitar pensar en Ryan Riley otra vez. ¡Maldita canción!

Voy hasta la cocina y me preparo algo de desayunar. Al terminar, me seco el pelo con el secador y me lo recojo en una cómoda cola de caballo. Me cepillo los dientes y me maquillo.

—Lista para un nuevo día, Parker —me arengo frente al espejo.

Cojo mi chaqueta vino tinto, mi bolso y salgo del apartamento.

Camino un par de manzanas hasta la parada de la calle 4 Oeste. A las ocho menos diez saludo a Ben, el guardia de seguridad, y voy hasta los ascensores. Cruzo la redacción y, puntual como un reloj, entro en la oficina. Me gusta ser puntual pero, la verdad, es algo que rara vez ocurre. Por ese motivo, cuando lo consigo, me siento orgullosísima.

—Buenos días, Bentley.

—Buenos días, Maddie. ¿Preparada para un segundo asalto?

—Por supuesto —respondo sentándome a mi mesa y encendiendo el Mac.

La agenda de Bentley se abre a doble página frente a mí. Tiene toda la mañana ocupada con una reunión con Marketing, otra con Maquetación y la revisión del material fotográfico de este número. Mientras espero a que se abra el directorio de las fotografías, me llega un mensaje al móvil. Es de Lauren.

¿Marchisio's a la una y media? Acabo de entrar y ya estoy pensando en la hora del almuerzo.

Sonrío y trato de encontrar una respuesta inteligente, pero es demasiado temprano.

Cuenta conmigo. Aunque, como yo tengo un jefe fantástico (del que estás enamorada), el día no se me hará tan largo.

Una risita maliciosa se me escapa. Algo que no le pasa desapercibido a Bentley.

—¿Todo bien, Maddie?

Su tono suena divertido.

—Sí, no es nada. Lauren me ha mandado un mensaje para quedar para comer.

—¿A las ocho y cuarto de la mañana? —pregunta, ahora sorprendido, a la vez que mira el reloj.

—Es que el día se le está haciendo muy largo —contesto socarrona.

—Maddie —lo noto dudar. Creo que está sopesando si atreverse a continuar o no—, ¿hace mucho que conoces a Lauren?

—Fuimos juntas a la universidad. Es una de mis mejores amigas. ¿Por qué? —inquiero claramente con doble intención e intentando disimular una sonrisa que amenaza con inundar mis labios.

—No, por nada —se apresura a contestar antes de volver a los quehaceres de su escritorio.

Mmm. Qué interesante. Parece que el señor Bentley Sandford tiene cierto interés en Lauren. Harían una pareja fantástica. Ya los imagino haciéndose arrumacos. Tengo que idear un plan. Creo que voy a necesitar la ayuda de Álex.

Mi iPhone vuelve a sonar. No necesito mirarlo para saber que es otro mensaje de Lauren:

No empieces una guerra que no puedes ganar. El señor Riley acaba de entrar en el despacho de mi jefe y, cuando lo veas, te vas a desmayar.

Saber que un día más está guapísimo no ayuda nada, pero, siendo sinceros, tampoco me sorprende. Lo que definitivamente no juega a mi favor es el hecho de que ahora mismo me muera de ganas por verlo. Sacudo la cabeza intentando quitarme esa idea de la cabeza. No quiero verlo, me autoconvenzo, y soy consciente de que rozo el autoengaño.

Me concentro en el trabajo. Repaso el correo electrónico de Bentley y también el ordinario. Me parece increíble la cantidad de gente que sigue mandando cartas, comprando sobres, sellos y toda la parafernalia. Unos suaves golpecitos sobre la puerta abierta me distraen.

«Deseo concedido, Parker.»

—Buenos días, señorita Parker.

—Buenos días, señor Riley.

Agradezco a Dios haber podido pronunciar cada palabra, porque he estado en serio peligro de tartamudear. Lauren tenía razón. Está guapísimo. Lleva un traje de corte italiano azul marino, una inmaculada camisa blanca y una corbata azul. Decir espectacular sería quedarse corta, demasiado corta.

Ryan Riley atraviesa mi despacho y se asoma al de Bentley.

—¿Riley, no nos hemos visto hace diez minutos? Creo que te aburres demasiado en ese salón de congresos que tienes por despacho —le dice jocoso.

—Necesitaba saber si se había concretado —responde ignorándolo.

No ha entrado en su despacho, sigue apoyado en el marco.

—No, aún no. Espero la llamada.

—Házmelo saber en cuanto te digan algo.

—No te preocupes.

El señor Riley gira sobre sus pasos y se encamina de nuevo hacia la puerta exterior de la oficina.

—Señorita Parker —se despide.

—Señor Riley —musito.

Cielo santo, ¿por qué tiene que ser tan atractivo?

Suena el teléfono de mi mesa y me saca de mis lamentos. Le paso la llamada a Bentley y continúo con mi trabajo.

Recojo los artículos de corrección y de regreso me paro en la mesa de Linda y cotilleamos un poco. Ya en la oficina, entro en el despacho de Bentley para entregarle las correcciones.

—Aún faltan los artículos sobre los nuevos modelos de arquitectura sostenible. Max ha

prometido darse prisa.

Sonríe.

—Estoy seguro de que lo hará. Tengo un nuevo encargo para ti: busca toda la información que puedas sobre Harry Mills. Mañana tenemos un almuerzo con él. Será la portada de este número.

—Genial —contesto sonriendo. Mi primera reunión fuera de la empresa.

—Genial —y se contagia de mi sonrisa.

Vuelvo a mi mesa y comienzo a recabar toda la información sobre Harry Mills. Concentrada e intrigada por los titulares de los artículos que estoy recopilando, el tiempo pasa volando y antes de que me dé cuenta son la una y media y Bentley se acerca.

—Maddie, me voy a comer. Estaré en Marchisio's.

Mi jefe sale de la oficina. Yo guardo toda la información en mi iPhone. Esta noche la repasaré con tranquilidad. Me levanto, cojo mi bolso y bajo al vestíbulo. Lauren ya está allí. Apuesto a que salió despedida en cuanto dieron la una y media.

A unos pasos de distancia, veo cómo abre su bolso y saca una cajetilla de Marlboro Light. Me acerco sigilosa y, justo cuando va a llevarse el cigarrillo a los labios, doy un salto hasta colocarme a su espalda.

—No irá a fumar aquí, señorita Stevens —digo agravando mi voz todo lo que puedo.

Lauren se sobresalta y deja caer el pitillo al suelo.

—Voy a matarte, Maddie.

Se agacha para recogerlo, lo sopla y le da unos toquitos.

—¿Sabes cuánto cuestan?

—Hace mucho que no fumo, pero, si tuviera que apostar, diría que más o menos como los derechos de las canciones de los Beatles.

Ambas sonreímos y finalmente salimos. Cruzamos la calle y entramos en Marchisio's. Como me pasó ayer, lo primero que hago es buscar con la mirada a Ryan Riley. Veo a Bentley en una de las mesas del fondo con otros ejecutivos, pero él no está.

Lauren y yo nos sentamos en una de las pequeñas mesas de acero junto a la ventana. Los rayos de sol atraviesan decaídamente los cristales semiahumados y hacen brillar el metal. El camarero no tarda en acercarse. Me pido un sándwich de pavo y tomate en pan de centeno y una Coca-Cola. Lauren refunfuña durante unos minutos sin dejar de repetir a un nivel casi inaudible «hamburguesa con queso, hamburguesa con queso» y finalmente ordena una ensalada mediterránea y agua con gas.

—¿Qué tal el día? —pregunto.

—Aburridísimo —responde estirando cada letra—, y ¿el tuyo?

—No ha estado mal, pero sospecho que lo mejor viene ahora —comento socarrona.

—¿Ahora?

La voz de Lauren suena confusa mientras remueve la ensalada.

—Sí, porque me estoy debatiendo sobre si contarte o no que Bentley me ha preguntado por ti.

—¿Qué?

Tose. La sorpresa ha hecho que casi se atragante con un trozo de rúcula. Bebe un trago de agua y carraspea para aclararse la voz.

—¿Qué? —vuelve a preguntar fingidamente sosegada.

¡Ay, amiga!, la primera reacción es la que cuenta.

—Pues eso, hoy me ha preguntado si hacía mucho tiempo que nos conocíamos y, cuando le he preguntado por qué quería saberlo, me ha dicho que por nada. Pero lo importante ha sido la intención. Créeme, le gustas.

Lauren asiente intentando mostrarse indiferente, pero la conozco demasiado bien.

—Lauren, te conozco y sé que a ti también te gusta.

—Puede —responde displicente.

—¿Puede? —insisto con sorna.

—Puede —sentencia al fin.

No tengo más remedio que echarme a reír pensando que ya somos dos las que flirteamos con el autoengaño.

Mi móvil comienza a sonar. Me limpio las manos y lo saco del bolso. Miro la pantalla pero no sé quién es, no tengo el número registrado.

—¿Diga?

—Señorita Parker, soy Tess Simons, la secretaria del señor Riley.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunto solicita y a la vez curiosa.

—El señor Riley necesita lo antes posible todos los artículos y editoriales relacionados con Harry Mills. Además de un estudio exhaustivo del seguimiento realizado por la revista de la aplicación de las energías renovables en el proceso de reconversión ecológica en la arquitectura actual.

Trago saliva. Eso no ha sonado como algo que una encuentra en un archivo en el escritorio de un ordenador, es más bien el proyecto de fin de carrera de un alumno de arquitectura.

—¿Y para cuándo quiere el señor Riley esa documentación?

Puedo sentir su compasión al otro lado de la línea.

—Señorita Parker, el señor Riley no es un hombre paciente.

—Me pondré inmediatamente a ello.

Lauren me mira como si acabara de declararme profeta de una nueva religión. Yo sonrío con desgana mientras cuelgo y saco mi cartera para pagar el almuerzo que no me voy a poder terminar.

—¿Te marchas?

—Sí, el señor Riley quiere un montón de documentación y no es un hombre paciente —repito las últimas palabras cargada de ironía.

—¿Y el señor Riley no tiene una secretaria para que le consiga esa documentación?

—Se trata de información relacionada con la revista. Además, esa mujer debe tener el cielo ganado sólo con aguantarlo.

—Podría dejarte almorzar, que él se alimente de rabia y autosuficiencia no significa que los demás no necesiten comer.

El comentario de Lauren me hace reír.

—Te veo luego.

—Claro.

Salgo del gastropub y regreso a la oficina. En el ascensor todavía me pregunto si realmente le es tan urgente toda esa documentación o sólo quiere fastidiarme. La idea de que me odia y vive para torturarme cada vez cobra más peso.

Cruzo la casi desierta redacción, todo el mundo está comiendo, y llego hasta mi oficina. Enciendo el Mac y por un momento tengo que hacer un ejercicio de memoria casi prodigioso para recordar todo lo que me pidió Tess.

La información sobre Harry Mills ya está lista, es la misma que guardé en el iPhone para mí. En cuanto al estudio exhaustivo del seguimiento realizado por la revista blablablá no tengo ni idea de por dónde empezar. Comienzo con una búsqueda en los directorios de archivos de *Spaces*. Recopilo artículos, informes, editoriales, incluso declaraciones de objetivos internas.

Más de dos horas después, tengo una decena de carpetas apiladas sobre mi escritorio. Me muero de hambre y la imagen de un sándwich de pavo se pasea por mi mente. Es tal mi desesperación que incluso podría comerme algo que hubiera cocinado Álex. Entonces recuerdo que he visto unas máquinas expendedoras en alguna parte. Dejo la impresora láser terminando con los últimos documentos y, haciendo uso de mi malísima orientación, llego hasta el pasillo junto a los ascensores, el que acaba en las escaleras de emergencia, y compro un par de chocolatinas Hershey's y una paquete de Skittles. Un almuerzo de lo más nutritivo.

Al volver a mi oficina, la impresora ya ha terminado. Meto las chocolatinas y el paquete de caramelos en mi bolso y cojo toda la documentación. Pesa exactamente todo lo que parece pesar.

Llego hasta la antesala del despacho del señor Riley y me paro frente a la mesa de la señora Simons.

—Traigo la documentación que pidió el señor Riley.

—Pase, señorita Parker.

—Maddie —la interrumpo.

Ella sonrío con dulzura.

—Maddie, puedes pasar. El señor Riley te está esperando.

Golpeo suavemente la puerta y, recordando perfectamente lo que me dijo ayer, espero a que me dé paso.

—Adelante.

Juraría que le he oído reír antes de decirlo.

Abro la puerta y la cierro tras de mí. El señor Riley está de pie junto a la ventana hablando por

teléfono. Me mira durante unos segundos y después vuelve a perder su vista en el cielo de Manhattan.

—Diles que no. Smith tendrá que ajustarse al presupuesto... Me da igual el volumen de venta y me da igual cuánto tiempo lleve siendo cliente nuestro. No va a pasar por encima de los intereses de la empresa... Pues Mackenzie debería saberlo y, si no lo sabe, es realmente estúpido.

Procurando no hacer ruido, camino hasta el centro del despacho y, con cuidado, dejo la pila de documentos y carpetas sobre su mesa. Lo miro de reojo. Está concentrado, con una de sus manos en la nuca. Los rayos de sol juegan a esconderse y aparecer redibujando su bello rostro. Bajo esta luz, su pelo castaño claro pasa a ser casi rubio. Se le ve determinado y muy sexi.

—Dos millones son el tope. Si no se deciden en esta semana, el tope bajará a uno. Llámame cuando tengas los documentos redactados.

Cuelga, se gira y se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón que le queda endiabladamente sexi, más ahora que no lleva la chaqueta.

—Hola, señorita Parker —me saluda apoyándose contra la ventana.

—Hola, señor Riley. —Siento la boca seca—. Le traigo la documentación que pidió.

—Gracias —susurra con una media sonrisa dibujada en su perfecto rostro.

Su sonrisa hace que me quede contemplándolo unos segundos más de lo estrictamente necesario. Cuando me doy cuenta, la única reacción que se me ocurre es clavar la mirada en el suelo e incluso ruborizarme levemente. Dios, qué estupidez.

Pero, por muy consciente que sea de lo ridículo de mi comportamiento, al notar sus maravillosos ojos azules sobre mí, la sensación de que no soy capaz de moverme va abriéndose paso y poco a poco la atmósfera va cargándose de una suave electricidad.

—Si no me necesita para nada más —musito y no sé por qué lo digo, en el fondo no quiero irme. Mi frase parece descolocarlo y hace que se incorpore rápidamente.

—De hecho, sí la necesito, señorita Parker.

Hace una pausa dejando que sus palabras calen en el ambiente.

—Esa documentación parece muy amplia. Preferiría que la organizara mejor.

No puede hablar en serio. Claro que es amplia, es más, es amplísima. Yo lo sé porque la he recopilado y él debería saberlo porque me mandó hacerlo. No puedo creerme que vaya a tener que volver a mirar cada estúpido papel otra vez.

—Me la llevaré y la traeré organizada, mejor.

No puedo evitar pronunciar la última palabra con algo de desdén.

—Puede hacerlo aquí.

Lo miro algo atónita. De entre todas las respuestas posibles, ésa era la última que me esperaba.

—Siéntese —me pide señalando la silla al otro lado de su mesa a la vez que él ocupa la suya.

La verdad es que no sé qué hacer. Ryan Riley me observa impaciente y yo me doy cuenta de que, más allá de lo que mi hiperactiva imaginación quiera elucubrar, no es más que un jefe pidiéndole a una empleada una tarea. Con esa idea en la cabeza, me siento y comienzo a revisar la primera carpeta.

En este despacho hace calor, o por lo menos quiero pensar que realmente hace calor y no que mi cuerpo traidor está revolucionado ante la presencia del señor Riley. Me quito la chaqueta y la cuelgo del respaldo junto a mi bolso. Estamos en el más absoluto silencio. Sólo se oye su tecleo ocasional y mi pasar de hojas.

Entonces alzo discretamente la cabeza y me atrevo a mirarlo. Parece concentrado, como antes al teléfono, pero también muy cansado. Empiezo a sentirme mal por haber pensado que me torturaba deliberadamente al hacer que me saltara el almuerzo. Seguramente él tampoco haya comido.

—Señor Riley —lo llamo casi en un susurro.

—¿Sí? —contesta llevando su mirada hacia mí.

Necesito unos segundos. Sus increíbles ojos azules me han hecho perder por completo el hilo.

—No le vi en Marchisio's a la hora del almuerzo y tiene aspecto de no haber comido.

Cojo mi bolso y saco de él las dos chocalatinas y el paquete de Skittles.

—Y bueno, había comprado esto en la máquina expendedora —concluyo tendiéndoselos.

Ryan Riley me mira con una expresión inescrutable y yo me siento más ridícula a cada instante que pasa. Finalmente, como si ya no pudiera disimularlo más, una incipiente sonrisa va apareciendo en sus labios.

—Sabe que hay más restaurantes aparte del Marchisio's, ¿verdad, señorita Parker? Pero no, no he comido.

Toma el paquete de caramelos y yo sonrío al ver que no he vuelto a caer en el bochorno más absoluto. Con mi sonrisa, la suya se ensancha.

—Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que comí uno de estos —comenta aún sonriente y toda su expresión parece relajarse un poco.

Yo dejo una de las chocalatinas en su lado de la mesa y abro la otra.

—Si los comparto con usted, es porque me siento culpable —aclaro.

—¿Por qué? —pregunta confuso.

—Cuando su secretaria me llamó, estaba a punto de almorzar y pensé que había elegido justo ese momento sólo para torturarme. Al caer en la cuenta de que usted tampoco ha podido comer, me he sentido mal por todas las cosas que le he llamado camino de su despacho.

Ríe sorprendido.

—¿Sabe? No estoy acostumbrado a que me traigan chocolate y caramelos y después me confiesen que me han llamado cosas.

—Podrían no ser todas cosas malas.

—Permítame dudarle, ya me dijo una vez que no le caía bien.

—Se lo merecía —sentencio sin más.

Ryan Riley vuelve a dedicarme su fabulosa sonrisa.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Sigo cayéndole mal?

—Aún no lo sé.

Nuestras miradas permanecen entrelazadas. La electricidad se hace más latente y por primera vez me pregunto qué pasaría si este carísimo escritorio de diseño no estuviera entre nosotros.

—Será mejor que volvamos al trabajo. Nos queda mucho por hacer.

Asiento algo nerviosa y llevo mi vista de nuevo a las carpetas. ¿Por qué no puede ser siempre así de encantador? Ahora mismo la palabra *odioso* y todas las demás que utilizó Lauren para describirlo parecen muy lejanas.

Dos carpetas y tres dosieres después, la silla se me antoja incomodísima y casi sin pensarlo me revuelvo y opto por otra postura, sentándome sobre una de mis piernas. No estoy del todo cómoda, pero algo he mejorado. Ryan Riley me mira de reojo y sonrío. Intento concentrarme en el informe sobre el impacto medioambiental de la tecnología Iris respecto a las instalaciones de tuberías de diámetros superiores a los dos centímetros, pero sólo con ese título es imposible no caer en el más profundo de los sueños. Sin darme cuenta, suspiro. El señor Riley vuelve a mirarme y su sonrisa aparece otra vez en su sensual boca. Se está riendo de nuevo de mí, me apunto.

—Me encanta divertirme como siempre, señor Riley —comento algo molesta.

—No entiendo a qué se refiere, señorita Parker.

—A lo mucho que le gusta reírse de mí. A eso me refiero.

La indignación comienza a sacudirme y hace que vuelva a sentarme correctamente y cuadre los hombros, adoptando una perfecta actitud profesional. Parece que mi reacción le hace aún más gracia.

—Nunca me reiría de usted —replica—, al menos no como piensa.

Su sonrisa no lo abandona y en su mirada vuelve a estar ese brillo que no sé leer pero que me hipnotiza.

—Será mejor que volvamos al trabajo.

Esta vez soy yo quien lo dice, sobre todo para obligarme a apartar mis ojos de los suyos. No quiero quedarme embobada dejándole que vea todas las cosas que despierta en mí, ni las que me permito admitir ni las que no.

Un par de horas de miradas furtivas después, casi he terminado con toda la documentación. Son más de las seis. Si no fuera por lo tedioso de la información, habría dicho que no llevo aquí más de

unos minutos.

—¿Tiene lo que le pedí sobre Harry Mills? —me pregunta.

—Sí, claro.

Conecto mi iPhone con su Mac y le paso los archivos directamente a su ordenador. Él asiente satisfecho y comienza a examinarlos.

—Señorita Parker —me llama.

—¿Sí?

—Quizá me equivoque, pero apostaría a que esta foto no tiene nada que ver con Harry Mills.

No entiendo nada, pero entonces gira la pantalla y veo una foto de Álex, Lauren y yo en la playa, en Santa Helena, el último verano de facultad. Me ruborizo al instante. Debo haber confundido los archivos que le he enviado.

—Lo siento, señor Riley. Me he equivocado de archivos.

—Una playa realmente bonita —comenta ignorando mis disculpas—. ¿Dónde es? —pregunta curioso.

—Santa Helena, en Carolina del Sur —musito.

—¿Vacaciones?

—Sí, pero en realidad soy de allí.

—Parece un lugar precioso.

—Lo es.

Un agudo pitido nos interrumpe y, tras él, oímos la voz de Tess al otro lado del intercomunicador.

—Señor Riley, una chica llamada Bridgitte Riber —pronuncia el nombre con dificultad— desea hablar con usted.

No puedo evitar sonreír, casi reír, al recordar mi frase del harén multicultural. Diría que él también la recuerda, porque por una milésima de segundo le noto algo incómodo.

—Coja el recado.

—De acuerdo, señor Riley. Si no necesita nada más, me marcho.

—Muy bien, Tess. Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor Riley.

Intento volver a recuperar una expresión indiferente, pero lo cierto es que la situación me resulta de lo más cómica.

—¿Quién se ríe ahora de quién, señorita Parker?

—Jamás me reiría de usted, señor Riley. —Pero, por mucho que intento disimularla, mis labios siguen dibujando la misma sonrisa.

—Al final va a resultar de lo más impertinente —se queja divertido.

—No soy impertinente —me defiendo—, pero entenderá que la situación tiene algo de gracia.

—No se preocupe, tomo nota. Seguro que la señorita Riber —pronuncia en un perfecto acento francés— también le encuentra el lado divertido cuando se lo cuente en la cena esta noche.

¿Esta noche? La idea del harén multicultural deja de hacerme gracia instantáneamente. No sé por qué no había caído en la cuenta de que esa Bridgitte Riber seguramente sea uno de sus ligues. De pronto me siento incómoda y molesta. Sólo quiero salir de aquí.

—Señor Riley, me gustaría marcharme a casa, son más de las seis.

Él me mira algo confuso y diría que contrariado, pero decido ignorar esa mirada y concentrarme en recoger mis cosas para abandonar su despacho lo antes posible. Una carga pesada y sorda se asienta en mi estómago pero también opto por ignorarla. Tengo que salir de aquí ya.

Cojo mi móvil y reenvío los archivos asegurándome de que esta vez son los correctos.

—Le he enviado la información correcta sobre Harry Mills a su Mac. Le agradecería que borrara las fotos que le mandé por equivocación. Son privadas.

Visiblemente irritado, se incorpora sobre su silla, teclea algo en su ordenador y suena un ronroneante pitido.

—Hecho —me espeta en un golpe de voz a la vez que vuelve a dejarse caer en su sillón de ejecutivo.

Me levanto y llevo los distintos montones de carpetas en los que he dividido la información hasta un elegante archivador de madera que no levanta más de un metro del suelo y que se extiende a lo largo de toda la pared opuesta a la de las ventanas.

—La documentación ya está ordenada. La última carpeta no la he mirado —me adelanto a cualquier cosa que fuera a decirme— porque sé que contiene una declaración de objetivos del arquitecto jefe que proyectó el rascacielos al norte del Bronx.

Recojo mi bolso y mi chaqueta y giro sobre mis talones para salir del despacho. Mi enfado prácticamente esta descontrolado y, si lo pienso fríamente, ni siquiera sé por qué.

—¿Por qué está tan enfadada?

—No estoy enfadada —me apresuro a responder.

—Pues no lo parece.

—¿Y qué si lo estoy? Es asunto mío.

—Entonces, lo está.

—Eso no le concierne —mascullo.

—Definitivamente lo está —replica presuntuoso.

—Señor Riley, es usted un imbécil exasperante.

Y sin dudarle salgo del despacho dando un portazo. Me alegra que Tess no esté.

Sólo necesito dar un paso más allá de la puerta de su oficina para darme cuenta de la estupidez que acabo de hacer. ¿Le he llamado imbécil? Me detengo en medio de la redacción desierta. Le he llamado imbécil, me confirmo a la vez que me llevo la mano a la frente.

—Genial, Parker —me reprocho.

Pienso en volver a su despacho, pero una dignidad y un orgullo salidos no sé muy bien de dónde me lo impiden. Perfecto, actualmente cuento con dignidad y orgullo, pero probablemente no con trabajo. En mitad de esta reflexión oigo unos pasos acelerados llegar a mi encuentro. No necesito girarme para saber quién es. Aún así lo hago no me queda otra.

—¿Acabas de llamarme imbécil? —pregunta en un tono calmado, demasiado calmado, lleno de una rabia apenas contenida que resulta de lo más intimidante. Definitivamente mil veces peor que un grito.

—Sí —musito y mi voz es un finísimo hilo.

El orgullo y la dignidad acaban de salir huyendo sin mirar atrás.

—¿Alguna vez te paras a pensar en que soy tu jefe? ¿Lo piensas cuando me dices que no sabes si te caigo bien, me ofreces chocolatinas o me llamas imbécil? Contéstame, ¿lo piensas?

—No lo pienso. Me sale sin más.

—¿Por qué te has enfadado?

—No lo sé.

Cierra los ojos y suspira exasperado a la vez que se pasa las manos por el pelo.

—Soy tu jefe. El hecho de que te permita algunas licencias no cambia que lo soy, y lo que está claro que no puedes hacer es enfadarte así, llamarme imbécil y marcharte de mi despacho dando un portazo.

Asiento.

—¿Sigo teniendo trabajo? —pregunto en un golpe de voz sin atreverme a mirarlo.

—Sigues teniendo trabajo y ahora vete a casa.

Se da la vuelta y vuelve a su despacho. Yo me quedo unos segundos de pie, inmóvil. Creo que lo único que me impide caer de bruces contra el suelo es la adrenalina fluyendo por mis venas. Mi cuerpo está desbocado, ansioso, anhelante, y es la prueba más incuestionable de que debería poner punto y final a todo lo que tenga que ver con el señor Riley, porque, aunque sólo vaya a permitirme admitirlo una vez, me he enfadado tanto porque hay una mujer francesa de nombre impronunciable esperándolo para cenar y, sobre todo, porque cuando me dijo que la vería esta noche me moría de ganas de que las carpetas se multiplicarían por mil y pasar con él toda la noche en su despacho. Suspiro hondo y alzo la cabeza. Se acabó, Ryan Riley se acabó. Se ha convertido en una cuestión de supervivencia.

Llego al apartamento y lo primero que hago es conectar mi iPod a los altavoces. Busco y rebusco y ahí está mi canción, la que me animaría aunque un huracán hubiera asolado todas mis pertenencias: *Stronger*, de Kelly Clarkson.

Con la primera nota doy un grito para sacar toda la tensión y la confusión que me ahogan por dentro. Me quito el bolso y la chaqueta y comienzo a bailar en el centro del salón pero sin alejarme mucho de la puerta. Esta canción es como la *batseñal* para Álex y James.

Efectivamente, antes de llegar al estribillo llaman a mi puerta. Sin embargo, para mi sorpresa no hay nadie. Doy un paso hacia el rellano y miro a ambos lados, pero nada. Entonces me doy cuenta de que una bolsa de papel cuelga del pomo de la puerta. La cojo y vuelvo al apartamento.

Mientras Kelly Clarkson canta *what doesn't kill you makes you stronger. Stand a little taller. Doesn't mean I'm lonely when I'm alone. What doesn't kill you makes a fighter. Footsteps even lighter*, algo dentro de mí me dice que, aunque me niego a creerlo, sé de quién es esa bolsa. Cuando la abro y aparto el papel de seda rosa que cubre el interior, me doy la razón. Sencillamente no puedo creerlo. La bolsa está repleta de chocolatinas Hershey's y paquetes de Skittles. Toda la confusión de la que me había liberado con mi catártico grito vuelve a mí y no sé por qué lo único que se me ocurre es echarme a reír, una risa nerviosa y descontrolada pero risa al fin y al cabo.

Vuelven a llamar a la puerta. Mi cuerpo se tensa de inmediato y dejo de reír. Sin embargo, cuando llaman de nuevo y esta vez lo hacen al ritmo de la música, no tengo ninguna duda de que son Álex y James.

Miro por última vez la bolsa y la dejo sobre la encimera de la cocina. Una bolsa llena de chucherías acaba de trastocarme por completo. Creo que da igual lo complicado e inadecuado que me repita que es todo, estoy metida hasta el fondo.

A la mañana siguiente me despierta la alarma del reloj, pero me saca de la cama el timbre de la puerta. A pesar de que las mariposas de mi estómago estén empeñadas en creer, sé que no son más chocolatinas. Debe de ser Álex en busca de desayuno.

Aun así, no puedo evitar soltarme la coleta y colocarme bien un mechón de pelo justo antes de abrir la puerta.

—Eres ridícula, Parker —me reprocho al caer en la cuenta de lo que he hecho y rápidamente vuelvo a recogerme el pelo.

Abro la puerta y, efectivamente, es mi vecina y hermana adoptiva, Álex Hannigan. Está al otro lado, en pijama y completamente adormilada.

—James se ha marchado con Charlie a no sé qué parque a jugar a no sé qué estúpido deporte y no tengo nada para desayunar —me explica.

—¿Capitán Crunch? —propongo.

—Capitán Crunch —responde en un bostezo.

Me sigue hasta la cocina y de un salto se sienta en la encimera. Yo saco dos tazones, echo los cereales, la leche y mi toque secreto: un poco de sirope de arce. Le entrego uno de ellos y una cuchara y, como hizo ella unos minutos antes, de un salto me subo a la isla de la cocina.

—¿Qué tal te fue ayer con Ryan Riley?

Me quedo en blanco con la cuchara de cereales suspendida en el aire. No me esperaba esa pregunta, por lo menos no tan temprano.

—No sé a qué te refieres —contesto intentando mostrarme todo lo indiferente que puedo.

—Ayer hable con Lauren por teléfono y me dijo que ni siquiera pudiste almorzar porque el señor Riley necesitaba no sé qué papeles y que después no te vio en todo el día.

—Hoy tenemos una reunión con un arquitecto muy importante y necesitaba mucha documentación.

Me relajo instantáneamente. Pensé que la pregunta iría por otros derroteros más en la línea de

«¿por qué el jefe de tu jefe te regala golosinas? o ¿por qué te enfadas ante el hecho de que tenga una cita?»

—¿Entonces fue bien?

—Sí.

—¿Y anteayer fue bien también?

—Sí.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Fingimos que no he visto la bolsa del supermercado *gourmet* más caro de Chelsea con una decena de chocolatinas que tienes ahí o me cuentas qué está pasando?

¡Cómo de idiota puedo llegar a ser!

—Álex.

Intento que suene como una queja, porque en realidad no sé qué decir.

—Álex, ¿qué?

Su tono de voz es imperturbable. Esta mujer podría competir en nivel de interrogatorio experto con el mentalista.

—Está bien —claudico al fin—. Ayer pasé toda la tarde trabajando con el señor Riley. Al final me enfadé porque... —Hago una pausa. ¿Realmente quiero contarle esa parte?—. Me enfadé, le llamé imbécil y me marché dando un portazo y él me dijo que, aunque me permitía ciertas licencias, seguía siendo el jefe y no podía hacer esa clase de cosas. En cuanto a la bolsa, sospecho que me la envió él, pero la dejaron en la puerta sin tarjeta.

—¿Eso es todo?

—En realidad, no. En mi primer día, después del almuerzo, parecía irritado por el comportamiento que tuve en el bar. Me dijo que tenía que comportarme porque en horario laboral representaba a la empresa. Y, la verdad, no sé qué pensar. Bueno —rectifico—, sé que no quiero pensar. No quiero darle más vueltas y me había hecho ese propósito ayer, pero entonces llegó la bolsa y no sé —me repito—. Dios, ¿no es lo más ridículo que has escuchado en tu vida?

Álex no dice nada. Se limita a hacer un mínimo gesto con los labios mientras remueve los cereales con su cuchara.

—Álex —le digo para llamar su atención.

Yo no quería hablar del tema. Si ella tampoco quería, podría haberse limitado a fingir que le convencían mis respuestas monosilábicas.

—A lo mejor no es tan ridículo —comenta al fin—. Yo estaba en aquel almuerzo. Vi cómo te miraba y, sobre todo, vi cómo miraba a otros tíos que se fijaban en ti.

—Creo que te equivocas —digo, aunque una parte de mí está dando saltos de alegría, prácticamente volteretas—. A veces pienso que incluso me odia.

Y la otra parte realmente lo cree.

—No le regalas chocolatinas a alguien a quien odias.

—Probablemente tengas razón, pero tampoco demuestra lo contrario. Entre el chocolate y los celos hay un trecho muy largo.

Las dos continuamos con nuestros desayunos en silencio.

—¿A ti te gusta?

Y ahí está, a las siete y veintitrés de la mañana, la pregunta que llevo días temiendo hacerme.

—No lo sé —musito.

—Maddie.

—De verdad que no lo sé, Álex. A veces siento que me odia y yo le odio a él y otras lo miro y...

No me atrevo a continuar esa frase ni siquiera en mi mente.

—Estoy cansada de repetirme lo complicado que sería sólo empezar a contemplar la posibilidad de pensar si me gusta.

Álex abre los ojos como platos al escuchar mi retahíla.

—Pero, cuando más convencida estoy, hace o dice algo, que además probablemente malinterpreto, y vuelvo a sentirme totalmente confundida.

Suspiro hondo pero mi determinación, que últimamente va y viene como suben y bajan las bragas de una puta, se instala de nuevo en mí.

—Pero todo eso da igual. Ryan Riley es mi jefe. No tiene nada que ver conmigo y nunca podríamos estar juntos en ningún sentido.

—Mientras tú lo tengas claro.

Sé que su frase ha sido como echarle un salvavidas a alguien que se ahoga. Quiere dejarme patente que confía en mí, pero en el fondo sé que tiene mucho más que decir, aunque en este momento no piense hacerlo.

—Lo tengo claro —sentencio.

Y quiero pensar con todas mis fuerzas que es verdad.

Álex se baja de un salto, deja el tazón en el fregadero y se vuelve para mirarme.

—Eres una chica lista. Siempre lo has sido. No pierdas eso ahora.

Le sonrío porque no tengo nada que añadir. Tiene razón. Álex me conoce como un libro abierto y, si me ha dicho eso, es porque sabe que ahora mismo necesito que me lo recuerden. Aunque francamente creo que sería mucho más efectivo si pagara a un tipo para que me siguiera con ese mensaje en un cartel luminoso.

—Pues si ya he desayunado y ya te he dado la charla, mi trabajo aquí ha terminado.

Gira sobre sus pasos y se dirige hacia la puerta.

—Que tengas un buen día —se despide.

—Lo mismo digo.

Cuando oigo la puerta cerrarse, me tomo unos segundos repasando toda la conversación y me arengo para que todas estas palabras no caigan en saco roto.

Me doy una ducha, me cepillo los dientes y vuelvo a mi habitación para vestirme. Hoy es la reunión con Harry Mills, así que decido que es hora de sacar mis galas más profesionales. Me pongo un traje de falda y chaqueta azul marino con los ribetes deshilachados y mezclados con un tono

champagne. La falda me llega por encima de las rodillas y tiene cierto vuelo. Me gusta mucho, pero no es un auténtico *look* de ejecutiva como veo en otras mujeres de la oficina.

Sigo probándome otros conjuntos hasta que un vistazo al reloj me hace darme cuenta de que llego estrepitosamente tarde. No tengo más remedio que volver a la primera opción, a la que añado unos botines de tacón color crema.

Me asomo a la ventana para comprobar el tiempo y parece que va a llover. ¡El clima está loco! El tener que escoger abrigo me complica las cosas, pero el reloj manda, así que cojo mi única gabardina también en color crema y también por encima de las rodillas.

No me da tiempo a secarme el pelo ni a maquillarme. Quería parecer profesional y a saber cómo llego a la oficina. Mi día mejora por momentos.

Busco mi bolso y salgo a toda velocidad del apartamento.

En el metro repaso toda la información de Harry Mills que no me leí ayer por culpa de Álex, James y una reposición de la serie «Enredo» que emitió la ABC.

Harry Mills resulta ser un arquitecto que, en realidad, nunca ha diseñado ningún edificio. Son sus teorías sobre cómo deberían ser y, sobre todo, cómo deberían estar en armonía con las ciudades que los albergan, las que lo han convertido en la figura que es. Es un ferviente defensor de los edificios clásicos «para que no sean derribados y sustituidos por monstruosidades posmodernas sin alma». Promete ser, cuanto menos, interesante.

Al cruzar las enormes puertas del Riley Group, Ben me hace un discreto gesto con la mano para que me acerque.

—Maddie, el señor Sandford me ha pedido que te diga que te espera directamente en el garaje. Al parecer la reunión se ha adelantado.

¡Mierda! Tenía que ser justo el día que llego quince minutos tarde.

—Gracias, Ben.

Salgo disparada hacia los ascensores y me coloco al fondo para poder mirarme en el espejo. Genial, me digo siendo toda ironía, parece que sales de una discoteca que ya ha empezado a pinchar los grandes éxitos de Tony Bennett.

Antes de que pueda decidir cómo ponerle remedio, el agudo pitido del ascensor me indica que las puertas están a punto de abrirse.

El parking es grande, muy grande, pero por suerte no tardo en ver a Bentley. Está de pie frente a una fabulosa limusina negra. Conforme me acerco y el resto de coches aparcados no me obstaculizan la visión, puedo ver al señor Riley apoyado en la carrocería con los brazos cruzados, charlando con mi jefe. Lleva un fantástico traje negro de corte italiano, camisa blanca impecable y una corbata delgada y negra. Está espectacular. Nunca había conocido a un hombre al que los trajes le sentarán tan bien.

—Buenos días. Siento el retraso —digo casi sin aliento al llegar junto a ellos. Caminar, casi correr con estos tacones y tantísimas carpetas en la mano, no es nada fácil.

Al verme, el señor Riley se incorpora rápidamente.

—No te preocupes, Maddie —me consuela Bentley—. La secretaria del señor Mills llamó para

decir que debíamos adelantar la reunión.

Intento prestarle toda mi atención a Bentley, que continúa hablando sobre otros compromisos del prestigioso arquitecto y demás, pero no puedo evitar notar la mirada de Ryan Riley sobre mí. Siento sus ojos azules escrutando cada centímetro de mi anatomía. El corazón me late cada vez más deprisa. Sonrío nerviosa sin dejar de mirar a Bentley y asiento solicitamente.

—Y él es George, nuestro chófer —continúa presentándome al hombre que esperaba a unos pasos de ellos—. George, la señorita Parker.

—Maddie —digo estrechándole la mano que me tiende.

—Encantado, Maddie.

—Lo mismo digo.

El señor Riley carraspea y George inmediatamente se acerca a la puerta trasera del coche y la abre. Los tres se quedan de pie y tardo unos segundos en darme cuenta de que esperan a que me suba. Aunque en un primer momento me alegra que Bentley sea quien se sienta a mi lado, me doy cuenta de que no había calibrado lo perturbador que podría ser tener frente a mí al señor Riley en un lugar tan pequeño durante veinte minutos.

La limusina se pone en marcha y rápidamente se incorpora al tráfico.

—He traído unas carpetas con cosas que quiero que revisemos. No me gustaría que diéramos toda la mañana por perdida —me avisa mi jefe.

—Claro.

En ese momento mi mirada se cruza con la del señor Riley y rápidamente la aparto. Intento concentrarme en cualquier otra cosa y recuerdo entonces mi desastroso aspecto.

«Por eso te mira tanto, idiota.»

—El mes pasado cedimos demasiado espacio al reportaje sobre Le Corbusier. Este mes tenemos el especial del Empire State y me preocupa que comencemos a parecer una revista de un único tema por número.

Asiento mientras rebusco, sin dejar de mirar los documentos que me señala, unas horquillas en mi bolso y me recojo el pelo en un moño de bailarina alto. Soy consciente de que algunos mechones caen del recogido, pero con la limitada cantidad de horquillas que tengo no puedo hacer más.

—¿Y qué te parece si pasamos los artículos sobre construcciones en los países emergentes a las páginas centrales? Así les damos más importancia. El especial del Empire State quedaría casi al final, aunque no perdería páginas —propongo.

Bentley sonrío. Parece que mi idea le ha gustado. Medita unos segundos y finalmente me enseña el esquema de maquetación de este número.

—Me gusta. Así el artículo de Newman y el de Foster no quedarían tan descolados al final de la sección. Me gusta —repito—. Me gusta mucho.

Yo sonrío orgullosa, saco la barra de carmín de mi bolso, me pinto los labios y vuelvo a guardarla rápidamente. El señor Riley carraspea otra vez y pierde su vista en la ventanilla. Su teléfono suena casi al instante.

—Riley... Sí, ésa era la cifra, pero no estoy contento con la implicación de la empresa... Unos

diez.

Me tomo la licencia de observarlo sabiendo que ahora mismo él no me presta atención. Con la vista fija en los retazos de ciudad que ofrece la ventanilla, parece concentrado en la llamada, pero al mismo tiempo responde de forma automática.

—Eso no me vale... No, hay factores más importantes por tener en cuenta. Llama a Mackenzie cuando esté todo listo. Y esta vez no quiero errores.

Cuelga y yo me apresuro a devolver la mirada a mi propia ventanilla.

—Ryan, ¿encontraste lo que querías en la información sobre Mills que pediste a la revista? —le pregunta Bentley al señor Riley y me sorprende que no le llame precisamente así, señor Riley. Aunque, ahora que lo pienso, no es la primera vez que lo hace.

—Sí.

—No entiendo por qué necesitabas tanta documentación sobre Mills, prácticamente lo sabes todo sobre él.

La respuesta de Bentley me llama la atención aún más. ¿Por qué estará Ryan Riley interesado en alguien como Harry Mills? Y, puestos a dilucidar, ¿por qué ha venido a esta reunión?

—¿Y tú, Maddie, pudiste indagar sobre Mills? —pregunta mi jefe sacándome de mis reflexiones.

—Sí.

—¿Y bien?

—Me parece un hombre extraordinario. Todo eso de esforzarse en armonizar los edificios con las ciudades y no permitir sinsentidos de cientos de plantas, me impresionó. Además, ¿sabías que fue él quien impidió que se demoliera el viejo hotel Maxwell Padafield?

—Sí, lo sabía.

Me ruborizo al comprobar que el señor Riley y Bentley me miran con una sonrisa en los labios, sin duda alguna por la efusividad que he mostrado.

—Me sorprendió —musito un poco avergonzada.

—Harry Mills es como una estrella del *rock* de la arquitectura. Si te ve así de entusiasmada, va a concedernos una entrevista por número —comenta Bentley.

Sonrío pero la sensación de timidez aún me acompaña, sobre todo por lo que he sentido cuando mi mirada se ha cruzado con los indescritiblemente bonitos ojos azules del señor Riley.

Apenas unos minutos después, George aparca la limusina frente al hotel St. Regis en el centro de Manhattan, muy cerca de Central Park. No entiendo muy bien por qué hemos venido en coche cuando sólo estábamos a un par de manzanas.

Nuestro simpático chófer me abre la puerta. Al poner un pie en la acera, y tal y como viene siendo habitual, el aire fresco de principios de julio, incluso hoy que parece que va a llover, me ayuda a relajarme. El objetivo de esta reunión: ser profesional, muy profesional, y no pensar en Ryan Riley, ni en fantásticos trajes de corte italiano, ni en chocolatinas Hershey's, ni en francesas llamadas Bridgitte Riber.

Afortunadamente, la increíble fachada del hotel y su no menos increíble entrada roban toda mi atención. Tiene dos escalinatas de acceso y en el centro un adorable quiosco *vintage*. El portero nos saluda servicial y se apresura a abrirnos una de las puertas. Los botones dorados de su chaleco verde, incluso con el poco sol que hace, refulgen brillantísimos.

Cruzamos el majestuoso vestíbulo con mullidos sofás Chesterfield en color chocolate y coronado por decenas de lámparas de araña. Lo imagino tiempo atrás, en los años cuarenta, lleno de humo de cigarrillos y música de Cole Porter, abarrotado de hombres de uniforme y mujeres con preciosos vestidos celebrando el fin de la segunda guerra mundial. Este lugar despide ese aire clásico que evoca destellos de historias de amor, reencuentros, grandes eventos. Todo ocurrido entre sus elegantes paredes de papel pintado.

Bentley y el señor Riley caminan delante de mí. A unos pocos pasos de los ascensores, mi jefe recibe una llamada y se aleja de nosotros. Yo sigo embobada, con la vista perdida en cada detalle, y sólo paro de andar por inercia al notar que el señor Riley también lo hace.

—Me encanta cómo mira este lugar —me susurra inclinándose sobre mí, con su boca a escasos, escasísimos centímetros del lóbulo de mi oreja—, quizá algún día me mire a mí de ese modo.

Alzo la mirada y él me dedica su encantadora sonrisa. Claramente es juego sucio y me roba la reacción. Francamente comienzo a preguntarme seriamente si este hombre es bipolar. O quizá se está permitiendo una de sus pregonadas licencias. Yo continuo mirándolo, apremiando a mi cerebro para que las palabras se ordenen y salgan de mis labios. Quiero decirle tantas cosas...

—¿Por qué hace esto?

Es lo único que alcanzo a preguntar y, aunque no ha sido la frase más elocuente de mi vida, resume bastante bien cómo me siento ahora mismo. Sin embargo, antes de obtener cualquier respuesta, Bentley regresa. Como pasó en la oficina, en cuanto se une a nosotros, Ryan Riley cesa en su sonrisa y da la conversación por finalizada. Me siento frustrada.

—Maddie.

Debe llamarme Bentley para sacarme de mis pensamientos cuando las puertas del ascensor se abren.

—Perdona, estaba distraída.

Entro en el ascensor y ellos me siguen.

Caminamos por un largo pasillo hasta una de las *suites* del hotel. De nuevo ellos van delante. Bentley llama a la puerta y, mientras esperamos a que nos abran, observo un gesto en el señor Riley, uno casi imperceptible, pero que sin duda muestra que está nervioso: ha cuadrado los hombros.

—Relájate o tu ídolo se dará cuenta de que lo es y será de lo más humillante —le susurra jocoso Bentley.

Ryan Riley lo asesina con la mirada. Incluso yo me he sentido intimidada, pero Bentley sonrío y vuelve su vista al frente. Deben conocerse muy bien y desde hace mucho, lo que también explica que nunca lo llame señor o jefe. Otra pregunta que acaba de quedar contestada es por qué se ha molestado en venir a esta reunión. Nunca habría dicho que Harry Mills es su ídolo. Lo imaginaba admirando a hombres como Henry Ford o John D. Rockefeller.

Una mujer de unos treinta años nos abre la puerta. Mira a mi jefe y al jefe de mi jefe y automáticamente centra toda su atención en el señor Riley, al que le dedica una espontánea sonrisa. Me alegro de estar detrás de él y que no pueda ver cómo frunzo el ceño. Sé que le serviría para reírse aún más de mí.

—Señor Riley, señor Sandford, pueden pasar. El señor Mills los está esperando.

Les hace un gesto invitándolos a pasar y ellos entran. La que asumo secretaria del famoso arquitecto ni siquiera me saluda. Parece que al lado del señor Riley me he convertido en invisible.

La seguimos a través de un pasillo dejando atrás el coqueto *hall*. No puedo evitar fijarme en su atuendo: una elegante falda de tubo gris marengo y una chaqueta a juego. Bajo ella, una camisa blanca y, completando el *look*, unos elegantes tacones de aguja infinitos. Paso mi mano sobre mi gabardina y pienso en lo poco acertado de mi conjunto. Quería parecer profesional y no lo he conseguido en

absoluto. No es que mi ropa no sea bonita, es que la palabra que buscaba era *adecuada*. Algo que sugiriese *eficiente secretaria no cóctel benéfico en Central Park con Olivia Palermo*. Y todo sin contar con mi pelo, que sólo Dios sabe cómo estará.

Al pasar a la sala principal, diviso un espejo a unos pasos de mí. Disimuladamente me echo un vistazo y, si bien mi pelo no está del todo mal, quiero que la tierra me trague cuando veo el color de labios que llevo: un rojo intenso, casi fuego, muy al estilo *pin-up* y del todo inadecuado, una versión de la palabrita en cuestión, para esta reunión. Acelero mi paso y vuelvo a colocarme detrás de Bentley.

«Definitivamente va a ser un gran día.»

—¿Y usted es?

La pregunta la formula Harry Mills posando toda su atención en mí e incluso acercándose unos pasos.

—Soy la señorita Parker, Maddie —aclaro.

Él sonríe y asiente. Parece que las presentaciones se hicieron mientras yo me compadecía de mi vestuario.

—Siéntense —nos propone Mills señalando los mullidos sofás color crema.

Bentley, solícito, se coloca a mi espalada y me ayuda a quitarme la gabardina. Al hacerlo, vuelvo a recordar toda la retahíla sobre mi ropa, pero opto por no continuar martirizándome.

—Gracias —susurro.

Él sonríe y ambos tomamos asiento. Rápidamente saco mi bloc y mi bolígrafo. Ya estoy preparada para tomar notas de cualquier cosa que sea necesario.

—¿Desean tomar algo? —pregunta la secretaria.

—Café —responde Bentley.

—¿Y usted, señor Riley?

La sonrisa vuelve a sus labios a pesar de que él ni siquiera la está mirando. Qué irritante.

—Café estará bien.

Ella se queda unos segundos más de lo necesario plantada en el centro de la habitación, esperando la sonrisa de Ryan Riley, que llega con cierta desgana. Por un momento me siento victoriosa al pensar que las que me dedica a mí sí son auténticas, pero después me pregunto si yo, involuntariamente, también me he quedado inmóvil de pie frente a él no porque no pudiera reaccionar, sino esperando alguna respuesta por su parte, como el perro que espera la galletita. Dios, qué humillante. Y, por cierto, no quería café, ni té, ni agua, gracias, le digo mentalmente a la secretaria cuando la veo marcharse.

—En primer lugar, queríamos agradecerle que nos concediera esta entrevista —dice Bentley.

—No les mentiré. Si he aceptado esta entrevista es porque el Riley Group ha despertado mi curiosidad, sobre todo usted, señor Riley.

—Muchas gracias.

Y en su voz puede leerse un deje de orgullo.

—Hoy en día es difícil encontrar empresas que tengan una política arquitectónica tan definida como la suya.

—Una parte muy importante de nuestro grupo empresarial lo forman constructoras, así que es lógico que dediquemos cierto empeño a esa labor —contesta Riley muy profesional.

—Lo entiendo —continua Mills—, pero una cosa es dedicar cierto empeño y otra es licenciarse por Harvard summa cum laude en Arquitectura.

Ryan Riley sonríe y de nuevo ese deje de orgullo asoma en él. ¿Esta licenciado en Arquitectura? ¿Y summa cum laude? Definitivamente hoy estoy obteniendo retales de información muy valiosos.

Los cafés llegan y, obviamente, se produce una pequeña pausa logística. Dado que yo no tengo café que remover, me permito observar la habitación. En la cuidada mesita de centro frente a nosotros está el *New York Times* abierto, seguramente lo ojeaba cuando llegamos, y bajo él, apilados, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal* y *Le Monde Diplomatique*. Lo mejor es que, debajo de todos ellos, reconozco la esquina superior derecha de la revista *Spaces* y un inmenso orgullo corporativo me embarga.

—Caballeros, si les parece, podrían explicarme qué es lo que quieren de mí para esta entrevista —inquire Mills perspicaz.

Con esta pregunta como verdadero pistoletazo de salida, la reunión comienza. Hablan durante más de dos horas acerca de las teorías y preceptos de Mills sobre lo que debería ser la arquitectura urbana. Sin embargo, el que verdaderamente brilla es Ryan Riley. Sus acertados comentarios e incluso sus teorías y dogmas propios impresionan a Mills. Los observo empapándome de todo ese conocimiento y siendo mudo testigo de cómo la entrevista se convierte en una auténtica mesa redonda sobre el mundo de la arquitectura.

Mills me observa durante apenas un segundo.

—¿Y usted qué opina, señorita Parker?

La pregunta me pilla por sorpresa, no porque estuviera distraída, sino porque no pensé que mi opinión fuera a resultar relevante.

—Me temo que mi opinión no estaría a la altura.

Harry Mills sonríe ante mi respuesta.

—Permítame una pregunta: ¿cuál de los dos es su jefe directo?

¿A dónde pretende llegar con todo esto?

—El señor Sandford, soy su ayudante.

—¿Y qué opina de él?

—¿Qué?

No entiendo el giro que ha tomado esta entrevista. Bentley me sonríe animándome a contestar.

—Es un excelente editor, probablemente uno de los mejores del país. Tengo mucha suerte de trabajar para él.

—Buena respuesta. —Asiente satisfecho con mi contestación—. Y ¿qué opina del señor Riley?

Mi «¿qué?» es ahora mental, porque, de haberlo pronunciado, lo habría hecho con una voz de lo

más aguda.

—El señor Riley es inteligente y determinado.

—¿Diría que es un buen ejecutivo?

—Por supuesto —asiento acompañando mi respuesta.

—¿Y un buen arquitecto?

Dudo.

—No lo sé.

—Ése es el problema —le espeta a Ryan Riley obviándome por completo—. Al final da igual cómo de brillantes sean sus ideas sobre la arquitectura actual, siempre quedarán supeditas a su deber y a su importancia como ejecutivo de una gran empresa.

—Un par de comentarios no me definen, señor Mills.

Lo noto molesto y no sé si es por la insinuación del señor Mills o por el par de comentarios.

—Pero actos como que el Riley Group construyera un enorme rascacielos en el norte del Bronx, sí. No entiendo el sentido de esas construcciones y su idea de arquitectura.

—Todo tiene sentido al final.

Las palabras salen de mis labios incontroladas antes de que pueda pensarlas con claridad. Los tres me observan sorprendidos por mi interrupción. Llegados a este punto, más vale que tenga algo importante que decir.

—El Riley Enterprises Group compra manzanas enteras en zonas deprimidas de Brooklyn o Queens —prosigo—. Los convierte en prósperos ecológicamente, haciendo que sus inquilinos rebajen los gastos en luz y agua y mejoren su calidad de vida. Y eso se subvenciona con los rascacielos. Puede que no concuerde exactamente con sus teorías, pero, si sigue el principio de que la arquitectura debe estar al servicio de las personas y no al revés —hago una pequeña pausa—, así es cómo todo tiene sentido al final. Ésa es la manera de cambiar el mundo.

La vehemencia con la que he defendido mis argumentos y al Riley Enterprises Group por un momento les deja sin habla. Me temo que parte de esta pasión por defender la empresa la ha provocado el querer defender al señor Riley en realidad, pero no voy a permitirme pensar en eso ahora, no cuando ninguno de los tres ha dicho nada todavía.

—Lo siento —me disculpo. Tengo la sensación de haber metido la pata hasta el fondo.

—No se disculpe —me corrige Mills—. Si todos los empleados de su empresa la defienden con esa pasión e idealismo, es usted un tipo afortunado, señor Riley.

—Sí, lo soy —responde sin dudar.

Nuestras miradas se cruzan durante un instante. Sus ojos azules vuelven a brillar, pero una vez más no sé leer el porqué. Nuestro contacto se rompe demasiado pronto. Él vuelve a centrar su atención en Mills y yo aún me siento avergonzada por mi pequeño discurso.

Una media hora después dan la entrevista por concluida. Todos nos levantamos y de nuevo comienza la ronda de apretones de manos. Bentley lleva las carpetas, así que sólo tengo que coger mi gabardina, que me doblo sobre el brazo.

—Muchas gracias por concedernos su tiempo —se despidió Bentley.

—Ha sido un verdadero placer atenderlos.

La secretaria se coloca junto a la puerta y comienza a andar cuando nos encaminamos hacia su dirección.

—Señorita Parker —me llama Mills.

Me detengo y me reúno de nuevo con él.

—¿Sí, señor Mills?

Ryan Riley también se detiene. No se gira directamente, pero sé que está atento.

—Tome.

Me entrega una tarjeta de visita con lo que parece su teléfono personal escrito a mano.

—Por si le apetece seguir hablando de arquitectura —añade.

—Me temo que le aburriría. Creo que ya he hecho uso de todos mis conocimientos esta mañana.

—No parece que sea el tipo de chica con la que uno pueda aburrirse.

Sonrío amablemente. La verdad es que me siento halagada.

—Señorita Parker —me llama Ryan Riley.

Me giro para mirarlo, pero no me muevo del lado del Mills.

—¿Sí, señor Riley?

—Deberíamos marcharnos. Tenemos trabajo que hacer.

Asiento y dirijo mi mirada de nuevo a Harry Mills.

—Parece que ya tiene a alguien dispuesto a hablar de arquitectura con usted —murmura sonriendo.

Me ruborizo y aparto mi mirada de la suya.

—Señorita Parker —me reclama el señor Riley de nuevo y su voz tiene un toque de impaciencia.

—Debo marcharme —comento.

—Por supuesto —responde Mills cómplice sin que la sonrisa lo abandone.

Comienzo a andar en dirección a la puerta. El señor Riley me observa y, cuando paso junto a él, tira de mi gabardina y la sujeta para que pueda ponérmela. Yo tardo unos segundos en reaccionar. No me lo esperaba, pero sobra decir que dejo que lo haga. Cuando me la pone, no retira sus manos inmediatamente y durante un instante sus dedos rozan mi nuca con el contacto de una caricia furtiva pero totalmente intencionada que logra estremecer mi piel.

Después de eso tengo que concentrarme para poder echar a andar. Ryan Riley me sigue. Me giro disimuladamente para poder mirarlo. Tiene la expresión endurecida con la vista al frente. Parece molesto pero, tratándose de él, nunca se sabe.

—Por fin —se queja Bentley al vernos.

Nos despedimos del asistente y vamos hasta el ascensor.

—Ha sido muy interesante —continúa mi jefe mientras esperamos—. Definitivamente es el John Lennon de la arquitectura, y te hacía ojitos —me dice socarrón.

Yo vuelvo a ruborizarme y miro de reojo a Ryan Riley, que se limita a fingir una sonrisa con desgana, sin ocultar su irritación y sin apartar la mirada de las puertas de acero.

—¿Dónde comemos? —pregunta Bentley.

—¿Marchisio's? —replica el señor Riley automáticamente.

Las puertas se abren y una docena de ejecutivos japoneses salen del ascensor.

—Es temprano, ¿por qué no vamos a Of Course? —inquire de nuevo Bentley—. Tienes un reservado permanente allí, ¿no? Además, si no daría igual, serían capaces de construirte uno al instante.

—Como quieras —contesta malhumorado, esquivando al último nipón rezagado y entrando por fin en el ascensor.

Bentley y yo lo seguimos. Otra vez me coloco tras ellos.

—Genial. Maddie, tú también vienes, ¿verdad? —pregunta Bentley volviéndose hacia mí.

—No lo sé.

Al oírme, Ryan Riley ahoga una sonrisa exasperada en un suspiro, como si ya no fuera capaz de controlar el monumental enfado que lo corroe.

—Iré —musito, porque por algún extraño motivo creo que le ha enfadado aún más la posibilidad de que no lo haga.

—Perfecto —responde Bentley ignorando, o fingiendo ignorar, todo lo que pasa a su alrededor.

El señor Riley no dice una palabra en todo el trayecto. Bentley está muy concentrado repasando unos artículos. Yo decido perder mi vista en la ventanilla, comprobando si es verdad eso que dicen de que una ciudad se ve diferente a través del cristal de una limusina, y lo cierto es que tiene su encanto.

A pesar de haber tardado menos, hemos cruzado casi todo Manhattan hasta llegar al barrio de TriBeCa. El tráfico en Nueva York es así de impredecible.

Tomo nota de que estamos muy cerca de mi barrio. Me vendrá bien por si tengo que salir huyendo del señor Riley. Mi propia idea hace que una sonrisita se me escape.

La *maître* sale de detrás de su atril como un resorte y se acerca más que complaciente al ver al señor Riley. Pestañea tan rápido que podría provocar un vendaval en cualquier momento. Tal y como pasó con la asistente de Mills, yo paso de lo más desapercibida mientras todo lo que escucho es «Estamos encantados de que haya decidido venir; es todo un placer» y la que sin duda alguna ha sido mi preferida porque, en absoluto de manera accidental, ha omitido el plural de cortesía: «Estaré encantada de atenderle en cualquier cosa que necesite.» Casi me echo a reír allí mismo.

Nos conducen a un reservado precioso con las paredes pintadas de blanco y todos los muebles en morado. Una enorme lámpara de cristal transparente, una única pieza sin duda soplada a mano, de líneas suaves y ondeadas, corona el techo sobre nosotros. En el centro de la sala hay una mesa algo más baja de lo habitual para que resulte cómodo comer en los elegantes sillones.

Ya junto a la mesa, el señor Riley, tomándome de nuevo por sorpresa, termina de bajarme la

gabardina por los hombros y retira mi silla para que me siente. Lo hago y vuelve a arrimarme, pero no hay dulzura en su gesto, simplemente arraigados modales y el hecho, sospecho, de que no lo haga otro hombre.

Él se sienta frente a mí y Bentley entre los dos. Mientras la *maître* nos entrega las cartas, el móvil de mi jefe comienza a sonar. Rápidamente desliza su dedo por la pantalla táctil y lo deja sobre la mesa.

Todo en la carta tiene un aspecto delicioso, aunque no negaré que no entiendo la mitad de los platos que están en un perfecto francés. Mientras trato de hacerme una idea de lo que será el *pigeon aux amandes*, el sonido del iPhone de Bentley vuelve a distraerme. Lo mira durante un segundo y finalmente se levanta.

—Perdonad, chicos. Es importante. Empezad sin mí. Intentaré tardar lo menos posible.

Sale del reservado. Su voz, ya al teléfono, se va apagando en la distancia y, en escala opuesta, mis nervios por estar a solas con Ryan Riley van creciendo, sobre todo si pienso que estoy a solas con Ryan Riley malhumorado.

—¿Han decidido qué tomarán los señores? —pregunta el camarero.

—Vino —responde—: Château Ausone del 2012.

Asiente y se retira.

—Señor Riley, tengo que volver al trabajo, preferiría agua.

Al oírme, el camarero regresa en espera de nuevas instrucciones.

—Es cierto —contesta molesto—. Olvidaba que a la hora del almuerzo sólo toma Martini Royale.

El capullo insoportable ha vuelto. Pienso seriamente en levantarme y marcharme, pero hay algo en la manera en que me mira que me hace imposible moverme.

—Agua —musito reafirmandome, aunque lo hago en un patético hilo de voz sin ni siquiera poder mantenerle la mirada. Cuando adopta esta actitud, me intimida demasiado.

—Château Ausone —repite al camarero, pero noto que clava sus ojos azules en mí— y agua, San Pellegrino sin gas, para los dos —concluye en un tono más relajado.

—Gracias —susurro alzando mi mirada y entrelazándola directamente con la suya.

Nos quedamos así, en silencio, pero él aparta su mirada y la concentra de nuevo en la carta. Aunque por un segundo ha parecido relajarse, vuelve a parecer molesto e irritado como si no estuviera de buena gana aquí. Recordando que él ni siquiera propuso venir, comienzo a pensar que le enfada tener que comer con alguien a quien apenas conoce ahora que Bentley no está.

—Señor Riley, como el señor Sandford no está, si quiere, podemos olvidar la comida.

—¿Por qué? Es la hora del almuerzo.

—No parece que le apetezca mucho estar aquí.

—Créame, señorita Parker, si no quisiera estar aquí, no estaría —responde sin levantar su vista de la carta.

En ese instante decido que callada estoy mucho más guapa.

¿Dónde se habrá metido Bentley? Discretamente miro la puerta rezando para que aparezca.

—A lo mejor la que no quiere estar aquí es usted —comenta malhumorado.

—No se trata de eso.

Y es la verdad. Algo dentro de mí se quedaría a vivir con él en este reservado. Pero, al mismo tiempo, cuando se comporta así, me siento demasiado nerviosa e intimidada, como si estuviera tocando el fuego y pretendiese no quemarme.

—Yo también estoy donde quiero estar —sentencio.

La determinación de mis palabras le hace alzar la cabeza y mirarme con esa versión propia de azul en sus ojos.

Una vez más nos miramos sin decir una sola palabra y siento cómo entre nosotros va generándose pura electricidad, un campo de fuerza que va llenándolo todo. Su mirada me abruma y me desarma por dentro, pero me gusta, despierta mi cuerpo y lo incita.

El camarero se acerca a nuestra mesa con las bebidas y rompe el momento. Cuando vuelvo a ser consciente de dónde estamos, me doy cuenta de que mi respiración se ha acelerado. Tengo que suspirar y concentrarme muchísimo para relajarme de nuevo.

—¿Han decidido qué desean para comer?

—*Steak avec légumes du chef et sauce aux figues douces.*

—¿Y la señorita?

—*Morue* —pronuncio con dificultad— *aux champignons sauvages et...*

—La señorita tomará *surlonge avec des herbes et ratatouille tarte* —me interrumpe el señor Riley.

¿Qué? A la señorita le gustaría decidir lo que quiere comer, gracias. Sin esperar más respuesta por mi parte, el camarero se retira.

—¿Por qué ha hecho eso?

Francamente estoy muy molesta. Él da un trago a su copa de vino.

—Porque sabía que lo que iba a pedir no le gustaría.

—Por supuesto, después de compartir una chocolatina conmigo conoce perfectamente mis gustos culinarios —comento con tanto desdén como ironía, lo que claramente le enfada hasta el punto de bajar su tono de voz, llenándola de una tensa e intimidante serenidad en oposición radical a cómo debe gritarme en su mente.

—El *morue aux champignons sauvages et noix de pin* —pronuncia en un perfecto y sensual francés que por un momento me hace perder el hilo— tiene un sabor demasiado ácido y demasiado fuerte. No es un plato apropiado para alguien que ni siquiera sabía lo que pedía.

—Podría haberlo dicho y ya está, no elegir por mí como si tuviera diez años o como si... —me freno a mí misma porque me siento demasiado furiosa y ofendida y no quiero decir algo de lo que me arrepienta.

—¿Como si qué, señorita Parker?

Vuelve a usar ese tono presuntuoso y exigente de jefe tirano que hace que me hierva la sangre.

—Como si fuera uno de sus estúpidos ligues que probablemente necesitan que le indiquen la diferencia entre cuchillo y tenedor.

Me dejo caer en la silla y levanto la carta que no sé por qué aún conservo si ya lo tengo a él para que me diga lo que debo comer. Estoy furiosa. Entonces veo sus masculinos dedos posarse en la parte superior de mi carta y tirar de ella hacia abajo. Al mismo ritmo, me incorporo y lo descubro mirándome con una media sonrisa en el rostro y sin rastro de enfado.

—Señorita Parker —susurra con un tono que mezcla a la perfección la dulzura y las ganas de jugar—, ahora no me negará que está enfadada.

Sonríó exasperada por este cambio de humor y porque muy en el fondo con esa sonrisa me tiene ganada.

—El *ratatouille* le encantará.

—No lo dudo.

Nuestras sonrisas se ensanchan y parecemos haber firmado una tregua.

—Menos mal. Por un momento pensé que tendría que salir corriendo en busca de chocolatinas y Skittles —comenta.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué dejó la bolsa en mi puerta?

—Porque sabía que estaba enfadada conmigo y no me gustaba esa idea.

Me siento algo tímida por su confesión.

—Podría haber esperado a que hubiese abierto —musito.

Me mira escrutándome, intentando leer en mis ojos mientras sopesa su respuesta.

—Eso no habría sido una buena idea. Además, tenía una cita, ¿no lo recuerda?

La última frase la pronuncia con esa media sonrisa tan sexy en sus labios. Sin duda alguna, sabe perfectamente lo que ha dicho y lo ha hecho con el único fin de hacerme rabiar. ¡Como si hubiese podido olvidar a Bridgitte Riber!

Me temo que él ha sabido leer demasiado bien las cartas que yo le he mostrado y conoce hasta qué punto me pone de los nervios que hable de sus citas con otras mujeres, tal y como pasó en su despacho, pero hoy tengo la sensación de que sé cómo devolvérsela.

—Claro que lo recuerdo —contesto fingiéndome desinteresada.

Bebo de mi copa de agua obviando a propósito el delicioso vino que tengo frente a mí.

—Harry Mills me pareció un tipo muy interesante. Todo lo que leí sobre él era verdad.

Su expresión cambia por completo. Su mirada vuelve a endurecerse y la sonrisa desaparece de sus labios.

—Supongo —contesta displicente.

—Todo eso de las teorías arquitectónicas sobre ciudades mejores en mundos mejores, me cautivó.

No dice nada. Se limita a fijar la atención en su copa de vino y beber un largo trago de ella.

—Y no voy a negar que me sentí halagada cuando me dio su número.

—¿Piensa llamar a Harry Mills? —me pregunta interrumpiéndome.

Su fingido desinterés se ha transformado en un cristalino enfado.

—No lo sé, supongo que no.

El fuego acaba de quemarme.

—¿Sólo lo supone? —inquieta impaciente.

—No —contesto en un golpe de voz.

Pero ¿quién se cree que es? Esta situación es de lo más ridícula.

—Harry Mills no es más que otro cincuentón gilipollas que pierde la cabeza por unas bonitas bragas universitarias.

Con esa frase acaba de llegar a mi límite. Se ha pasado de la raya. Me levanto llena de furia y dignidad a partes iguales y me encamino hacia la puerta.

—Joder —le oigo farfullar mientras se levanta atropellado y me agarra del brazo para que me detenga.

—Es un gilipollas —le digo girándome.

Al oír el cariñoso adjetivo que le dedico, sus ojos azules se oscurecen aún más. Sé que le ha enfurecido pero no dice nada.

—Llamaré a Harry Mills si quiero, y si pierde, ha perdido o perderá la cabeza por mis bonitas bragas universitarias, es asunto mío y de Mills, pero no suyo.

—Entonces no me haga perder el tiempo en la *suite* de un hotel esperando a que se concreten sus planes.

Sigo sintiéndome intimidada por su mirada, pero la furia me ayuda a sobreponerme aunque me tiemblen las rodillas.

—Era libre de marcharse.

—Y perderme cómo Mills intentaba parecerle interesante a una cría de veintitrés años.

—No necesitaba intentarlo. Fue muy agradable charlar con él.

—Es cierto, se me olvidaba lo receptiva que se muestra con los desconocidos.

¿Qué? ¿Cómo puede ser tan capullo? No quiero estar ni un segundo más en la misma habitación que él. Salgo del reservado caminando tan rápido como mis tacones me permiten. Siento que me sigue, pero no pienso detenerme.

Ya en la calle, respiro hondo y miro a mi alrededor pensando qué hacer. ¿Vuelvo a la oficina? ¿Finjo estar enferma y regreso a casa? Y a todo esto, ¿dónde demonios se ha metido Bentley?

Sabía que no iba a acabar bien, pero su proximidad me impide pensar con claridad y lo único de lo que soy consciente es de cuántas ganas tengo de estar cerca de él. Incluso ahora, lo odio con cada fibra de mi ser pero me muero porque vuelva a tocarme aunque sea rápido y por sorpresa como cuando me puso la gabardina.

—Señorita Parker —me llama a mi espalda.

Dentro de su enfado suena más tranquilo.

—¿Quién se está tomando las licencias ahora, señor Riley? —pregunto sin girarme, cruzándome de brazos para protegerme del viento cada vez más frío y amenazante de lluvia.

—¿Me lo pregunta la que me ha llamado gilipollas?

Me doy la vuelta y lo contemplo un segundo.

—Señor Riley, hablo en serio. Tiene que dejar de hacer esto, de comportarse como si... —¿estuviera celoso? Me freno en seco a mí misma. Es imposible que sienta algo por mí—. ¿Por qué me odia tanto? —pregunto al fin.

Me siento tan cansada, como si llevara batallando cien años. El Ryan Riley combativo tiene ese efecto en mí. Además, llegados a este punto, es mejor ser sinceros. Si la respuesta es sí, quiero saberlo ya para olvidarme de todo esto de una vez por todas.

—Yo no te odio, Maddie. A veces creo que es todo lo contrario.

Su frase, pronunciada con una dulzura que no había escuchado antes en él, se queda entre nosotros y nos silencia a los dos. Seguimos mirándonos, sintiendo cómo todo a nuestro alrededor desaparece al mismo tiempo que esa atmósfera eléctrica se expande una vez más, dominándolo todo. De repente caigo en la cuenta de que me ha llamado Maddie y, al recordarlo, no puedo evitar sonreír como una tonta.

—Será mejor que vuelvas a la oficina —susurra ronco, salvaje.

No, no, no. No quiero irme pero cuando veo cómo mira a George indicándole que se acerque, me doy cuenta de que la discusión está perdida incluso antes de empezarla.

—George, lleva a la señorita Parker de vuelta a la oficina.

—En seguida, señor Riley.

Me observa una última vez y su mirada vuelve a dejarme sin palabras. Por sus ojos azules cruzan un reguero de emociones: frustración, rabia, determinación, pero creo que también deseo. Ahora mismo sólo Dios sabe cómo me gustaría que no fuera tan hermético, poder leer en él al menos una parte de lo que estoy segura que él puede leer en mí.

No quiero irme, pero no me atrevo a decirlo en voz alta porque probablemente se reiría de mí. El viento continúa soplando fuerte y frío, pero no me importa. En este preciso momento he dejado de sentir cualquier cosa que no sean sus ojos azules sobre los míos.

—Adiós, señorita Parker —susurra.

Y sin ni siquiera esperar mi respuesta, gira sobre sus pasos y, con su habitual elegancia, regresa al restaurante.

—Adiós, señor Riley —musito, pero lo hago para mí contemplando cómo atraviesa las puertas de cristal ahumado y desaparece.

Abatida como pocas veces me he sentido en mi vida, camino hasta la limusina y entro en ella. George cierra la puerta tras de mí y ocupa su asiento. Apenas un minuto después estamos incorporados al frenético tráfico de Nueva York, pero yo siento que un trozo de mí se ha quedado en esa acera, el trozo que estaba convencido de que podía escapar de todo esto, poner freno a lo que sentía por Ryan Riley e incluso olvidarlo.

Todo lo que queda de mí está confuso, abrumado. «A veces creo que es todo lo contrario.» ¿Qué ha querido decir con eso? Ya no sé qué pensar y es una sensación que se instala en mi estómago y me impide respirar. Me siento superada por las discusiones, porque sea mi jefe, por todo lo que lo odio y, al mismo tiempo, las ganas que tengo de que me bese.

—Maddie, ¿te apetece que ponga algo de música? —pregunta George animado, y agradezco que no repare en el lamentable estado en el que me encuentro.

—Claro —contesto fingiéndome alegre.

Un par de segundos después, la limusina se inunda de la voz de Justin Timberlake cantando *Mirrors* y yo sólo quiero tirarme del coche en marcha. Definitivamente hoy no es mi día. No me queda otra que reír absolutamente exasperada por la situación: yo luchando por no pensar en Ryan Riley y una canción que habla de almas gemelas saturando cada átomo de aire a mi alrededor.

Cuando entramos en el parking del Riley Group, suspiro mínimamente aliviada, por lo menos no tendré que escuchar más canciones de amor.

Nos despedimos junto a la limusina y me apresuro a coger el ascensor antes de que las puertas se cierren. Sólo son las dos. Aún me quedan tres horas aquí y lo único que deseo es llegar a casa y meterme bajo las sábanas.

Camino del despacho recuerdo el pintalabios y mi desastroso peinado, así que, antes de ir a mi mesa, entro en los lavabos. Frente al espejo vuelvo a examinar mi aspecto. El rojo de mis labios parece aún más decadente si cabe, como si respondiese a mi deplorable estado de ánimo. El moño de bailarina ha aguantado bastante bien el tipo, pero de todos modos me lo quito. Dejo las horquillas en el mármol del lavabo y me froto los labios hasta que cualquier resto de carmín desaparece. Me dejo el pelo suelo y salgo del baño.

Vuelvo a sopesar la posibilidad de fingirme enferma, pero el señor Riley sabría que no es verdad y no quiero darle la satisfacción de saberme afectada.

Antes de que llegue a mi mesa, mi móvil suena avisándome de que tengo un mensaje. Lo saco del bolso y observo la pantalla. Es Álex.

James ha comprado en devedé *La pantera rosa* (la de Peter Sellers). Ven a cenar a casa. Si me dejas sola con él y esa horrible película, no te lo perdonaré.

Sonríó levemente, sobre todo por su aclaración entre paréntesis, y guardo el iPhone de nuevo en mi bolso. Tenía la intención de meterme directamente en la cama, pero, pensándolo mejor, me vendrá bien distraerme un poco.

Las horas en la oficina pasan divididas entre vuelcos al corazón cada vez que oigo pasos acercarse a mi mesa, cosa bastante frecuente ya que trabajo en el despacho del editor de una redacción, y suspiros bruscos cada vez que miro el reloj y observo cuánto tiempo me queda para salir de aquí.

Inconscientemente me llevo la mano a la nuca en un inocente gesto, pero mi propio contacto me recuerda al del señor Riley y vuelvo a sentir cómo me tiemblan las rodillas. Absolutamente desesperada y sin tener la más mínima idea de qué será de mí, cruzo los brazos sobre la mesa y hundo la cabeza en ellos. Me paso así más de diez minutos maldiciendo esta situación que se me está yendo de las manos por momentos.

A las cinco en punto recojo mi bolso y mi gabardina y salgo de la oficina. Bentley no ha vuelto y creo que el señor Riley tampoco. Me pregunto dónde estarán.

Intento pasar el viaje en metro sin pensar. Me he dado cuenta de que no tiene ningún sentido seguir dándole vueltas a esto. Siendo prácticos, estrictamente pragmáticos en realidad, sólo fue una discusión con mi jefe. Las miradas y sus palabras o, mejor dicho, lo que yo quisiera interpretar de ellas, al final son sólo eso: interpretaciones.

Trato de no reírme mentalmente de mí misma y arengarme para fingir que las cosas son como tienen que ser y que no hay ninguna *situación* de la que deba preocuparme. Me siento ridícula por darle tantas vueltas. Me gustaría que el metro tuviese bandejas reclinables como los asientos de los aviones para abrir una de ellas y nuevamente cruzar los brazos y hundir mi cabeza para poder maldecir la inexistente *situación*.

Antes de ir a cenar a casa de los Hannigan, entro en mi apartamento y me cambio de ropa. Directamente me pongo un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes. Sin preocuparme de coger unas zapatillas, cruzo mi piso y el rellano y finalmente llamo al timbre de mis vecinos.

—Me está volviendo loca —dice Álex nada más abrir la puerta.

Sonrío. Definitivamente esto era lo que necesitaba.

—¡Parker! —grita James a su espalada.

—Hannigan —respondo—, no la martirices.

—Me ha convencido para que viésemos una serie de la tele por cable —se queja Álex—, diciéndome que iba de unos chicos jóvenes, uno de ellos muy mono, que tenían un bar y que me reiría porque salía Danny DeVito.

Sé inmediatamente, sobre todo por la cara de James, que se refiere a «Colgados en Filadelfia», una de nuestras series favoritas.

—Y no me he reído nada, ni siquiera una vez.

—Repita en riguroso orden —dice James emulando una de los mejores momentos de la serie—: Absolutamente.

—Absolutamente —no puedo evitar responder.

Álex suspira exasperada, coge su abrigo del perchero junto a la puerta y se va maldiciendo y jurando que la tele por cable no debería emitir esas tonterías.

—Álex —la llamo divertida.

—Paso de vuestras chorradas. Me voy al cine con Sean.

—Te quiero —le grito.

Sostengo la puerta abierta esperando su respuesta que sé que llegará aunque tenga que chillarla desde el portal.

—Yo también te quiero, pero sigo pasando de ti y del gilipollas de mi hermano.

—Te has llevado la peor parte —le digo a James cerrando la puerta.

—Como siempre —contesta sonriendo, volviendo a los fogones donde está cocinando algo que, como siempre, huele delicioso.

Me siento en uno de los taburetes de la isla de la cocina y observo a James. Nos conocemos desde hace más de cinco años. Nos hemos visto en todo tipo de situaciones: gloriosas, bochornosas y muy bochornosas. Él me acompañó a pedir la píldora del día después a una clínica de Brooklyn porque me aterraba ir sola. Y yo fui la primera persona a la que fue a ver cuando rompió con Lauren hace más de un año. La única vez que le he visto llorar. Sé que puedo confiar en él y es un hombre, así que por mi cerebro cruza la idea de que quizá pueda explicarme por qué Ryan Riley se comporta así y, sobre todo, por qué se ha comportado así hoy.

—James, ¿puedo hacerte una pregunta? —me envalentono.

—Claro que puedes, somos amigos. No tienes que preguntarme si puedes preguntarme algo, pero, si preguntármelo sirve para que te sientas mejor con la pregunta que vas a preguntarme después, pregúntamelo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Y pico a sabiendas con una sonrisa. Es el chiste más viejo del mundo, pero el humor me puede.

—Claro, ya te he dicho que podías —contesta divertido.

Ambos sonreímos. Comprendo que Álex se sienta exasperada alguna que otra vez con nosotros.

—No sé si sabes que la revista donde trabajo es propiedad de Ryan Riley —le pongo en antecedentes.

Él asiente mientras mueve la salsa que se cuece a fuego lento en una olla de exclusivo diseño italiano.

—Y tampoco sé si sabes que conseguí el trabajo porque él me entrevistó. Aunque, cuando lo hizo, no me dijo quién era.

—¿Una entrevista trampa?

—Algo parecido, pero totalmente fortuito. Sin embargo, me dio la sensación de que se rio de mí y me enfadé.

—¿Te enfadaste con tu multimillonario jefe? —pregunta mitad divertido, mitad perplejo.

—En ese momento no lo era —aclaro—. El caso es que, desde que empecé a trabajar para él, han pasado cosas que me han hecho pensar cosas.

Sí, señor. Toda mi capacidad argumentativa puesta sobre la mesa.

—Espera, espera. Define *cosas* y *cosas* —me pide perspicaz.

—Mejor contéstame algo.

Prefiero un cambio de estrategia antes de tener que enfrentarme en voz alta a las *cosas* y las *cosas*.

—¿Alguna vez has odiado a una chica y al mismo tiempo la has deseado?

—Parker, millones de veces —contesta casi en un grito—. Es la atracción más vieja del mundo. Odias a alguien, te desespera, te vuelve loco, pero al mismo te la follarías contra la primera pared que vieses. Para los tíos es muy común. No os entendemos la mayor parte del tiempo y es frustrante, pero al mismo tiempo nos atraéis y eso es aún más frustrante. Sin embargo, como somos tíos, no le damos más vueltas y buscamos la pared.

—James —me quejo divertida.

—Es la verdad, Maddie —responde riendo.

Yo también río, pero las dudas que provoca en mí esta nueva teoría no tardan en silenciarme y dejarme pensativa. James me observa durante unos segundos.

—Lo que te voy a decir ahora también es verdad: los tíos buscamos la pared, las chicas a veces también, pero en ocasiones pensáis que después de la pared vendrán otras cosas y no siempre es así.

Asiento e interiorizo su último comentario. ¿Y si Ryan Riley está en ese punto conmigo?

«Di más bien que te gustaría que estuviese en ese punto contigo.»

Suspiro bruscamente. El montón de dudas sigue ahí, en el fondo de mi estómago.

—¿Y cómo sabes si un tío está en ese punto?

—Somos básicos, Maddie —contesta de espaldas a mí removiendo la salsa—. Cuando una chica nos vuelve locos, por mucho que a veces queramos estrangularla, no nos gusta que nadie más la toque. Los chicos no comporten sus juguetes.

Vaya, este sabio apunte sí parece haber aclarado un poco más mis pensamientos. Quizá el enfado por Harry Mills fue precisamente eso. De pronto la pesada carga de mi estómago se ha convertido en un millón de mariposas desbocadas y me descubro a mí misma sonriendo como una idiota.

«Cuanto más subas, peor será la caída.»

Pero ahora mismo la sola idea de gustarle a Ryan Riley lo eclipsa todo.

—Espero haber resuelto todas tus dudas —asiento sin poder ocultar que en este momento me siento de lo más feliz—, porque la cena está lista: macarrones con salsa boloñesa.

James camina hasta la mesa de centro con dos platos servidos. Tienen una pinta deliciosa. Yo salto del taburete, voy hasta la cocina y cojo dos latas de Coca-Cola, el parmesano y una cesta que James ha preparado con pan.

La cena, como aventuré, está buenísima, y la peli no puede ser mejor. Nos reímos muchísimo.

Camino de mi apartamento me doy cuenta de que al final parece que el día no ha sido tan extraordinariamente horrible.

Justo al girar la cerradura, mi móvil, al otro lado de la puerta, comienza a sonar. Corro hasta la habitación, busco el bolso y por fin lo encuentro, pero llego demasiado tarde, ya han colgado.

Miro la pantalla del iPhone y tengo varias llamadas perdidas. Una de mi hermana Leah y tres

del señor Stabros, mi casero. La que he estado a punto de coger era de él. Automáticamente recuerdo que no lo he llamado todavía para decirle que ya tengo trabajo y que podré ponerme al día con el alquiler en un par de semanas.

Echo un vistazo al reloj. Es algo tarde pero obviamente está despierto, así que decido devolverle la llamada. En ese momento el móvil suena de nuevo sobresaltándome. Es mi casero una vez más.

—Señor Stabros.

Pongo sobre la mesa mi mejor voz de niña buena, la misma que me servía para que mi padre me levantara los castigos.

—Maddie, cariño, llevo intentando contactar contigo durante días.

Ahora mismo me siento fatal. El señor Stabros y su mujer siempre me han tratado de maravilla. Debí haber estado más atenta y llamarlos en cuanto conseguí el trabajo.

—Lo sé, señor Stabros y lo siento. He estado un poco liada. Acabo de encontrar un nuevo trabajo.

—Lo imaginé cuando recibí tu cheque.

—¿Mi cheque? —pregunto extrañada.

Debe haber sido mi padre pero ¿cómo? No le conté que estuviera mal de dinero. Nadie lo sabía. Nadie excepto él. La sangre me empieza a hervir y el corazón me martillea aceleradísimo en el pecho.

—Sí. Tu jefe, el señor Riley, me llamó y fue muy simpático. Me explicó que habías pedido que me enviaran directamente el dinero en vez de cobrarlo tú y así hacerlo todo más rápido. La verdad es que te lo agradezco, cariño. No habría podido aguantar mucho más.

¡Dios! ¿Cómo ha sido capaz? ¿Cómo demonios ha sido capaz? Estoy más que enfadada, más que indignada. Comienzo a dar pequeños e inconexos paseos por mi dormitorio. ¿Cómo ha podido atreverse a hacer algo así?

—Siento que haya tenido que esperar, señor Stabros.

Tengo que luchar para que mis palabras atraviesen mi garganta. La exasperación y la rabia prácticamente me están ahogando.

—No te preocupes, cariño. Lo importante es que hayas encontrado un trabajo y estés bien.

Su frase agudiza aún más la sensación amarga e hiriente que va concentrándose en mi estómago. El señor Stabros me quiere muchísimo, siempre ha cuidado de mí y ahora, gracias a Ryan Riley, le estoy mintiendo. No quiero imaginar la cara de desaprobación que pondría si se enterara de que un multimillonario al que apenas conozco va por ahí pagando mis deudas.

—Porque estás bien, ¿verdad? —pregunta.

—Sí, lo estoy. —Ahora mismo me siento miserable—. Es sólo que hoy he tenido mucho trabajo y estoy muy cansada.

—Me alegra oír que estás bien.

Noto cómo sonrío aliviado al otro lado del teléfono y me siento todavía peor.

—Buenas noches, Maddie.

—Buenas noches, señor Stabros.

Cuelgo el teléfono y suspiro exasperada mientras me lo llevo a la frente. Cierro los ojos intentando aclarar mis ideas, pero no soy capaz. Creo que nunca me había sentido tan furiosa.

Casi sin darme cuenta, salgo de mi apartamento en dirección al de Álex. Necesito hablar con ella o con James para desahogarme, pero en mitad del rellano me doy cuenta de que no puedo hacerlo. No les conté que tenía problemas de dinero, así que ¿cómo voy a hablarles de todo lo demás obviando ese detalle? Giro sobre mis talones y suspiro todavía más exasperada. Álex y yo siempre nos lo hemos contado todo, por eso estamos tan unidas, y no poder hacerlo ahora me molesta demasiado.

Justo cuando alcanzo de nuevo mi puerta, oigo otra abrirse.

—Parker —Es la voz de James.

—Hannigan.

Me concentro muchísimo en sonar despreocupada.

—Álex acaba de regresar y dice que nos perdona si jugamos con ella una partida a la Wii.

—Ahora no, James. Estoy muy cansada.

No me he girado, lo que hace que todo parezca más extraño.

—Maddie, ¿estás bien?

Oigo sus pasos acercándose. Definitivamente voy a tener que darme la vuelta, así que me armo con mi mejor sonrisa fingida.

—Estoy bien, James Hannigan. No seas impertinente —bromeo girándome.

—¿Segura? —inquire desconfiado.

—Segura.

—Podría mandar a Álex a interrogarte —me desafía.

—No, ten compasión.

Con lo enfadada que estoy me sacaría la verdad en medio minuto. Aun así, la idea de que use a su hermana como arma me hace sonreír de verdad.

—Sólo quiero meterme en la cama y dormir dos días. —Y asesinar a Ryan Riley, pero eso mejor me lo guardo para mí.

—Está bien. Si cambias de opinión, ya sabes.

Asiento con otra fingida sonrisa y entro en mi apartamento.

Tras unos segundos caminando de un lugar a otro sin mucho sentido ni orden, me doy cuenta de que ahora mismo lo único que podría hacerme sentir mejor sería plantarme en casa de Ryan Riley y gritarle todo lo que pienso de él y de su dinero, pero me veo obligada a desechar la idea. No sé dónde vive.

Tras el primer descarte, decido pensar un plan para devolverle el dinero mañana mismo. A primera hora iré a Contabilidad y pediré un adelanto. Probablemente tenga que pasarme tres semanas

comiendo sopa de bote y galletitas saladas, pero en estos momentos la indignación es mi mejor alimento. Es un capullo arrogante y presuntuoso que se ha atrevido a hacer algo así sin ni siquiera consultarme.

Me meto en la cama pero soy incapaz de conciliar el sueño. Repaso una y otra vez lo que diré a los de Contabilidad para pedir un adelanto el cuarto día de trabajo. Va a ser ridículamente bochornoso. Estoy empezando a cansarme de sentirme avergonzada. Francamente pensé que había tocado techo cualquiera de los días anteriores. Cuando me dijo que era la atracción principal del Marchisio's, cuando me marché dando un portazo o con todo lo que ha ocurrido hoy, pintalabios rojo incluido. Pero parece ser que aún puedo llegar un poco más alto.

A pesar de todo, creo que lo que más me molesta es que, al margen de lo enfadada, enfadadísima que estoy, no puedo evitar que el estómago me dé un vuelco al recordar todo lo sucedido.

Cojo la almohada y me tapo la cara con ella. He pasado de exasperada a desesperada. Nunca hubiera creído que mi existencia se complicaría tanto la última semana. Cuando desperté el lunes, toda mi preocupación era hacer bien un examen. Comparado con esto, «Teoría del discurso editorial» parece un juego de niños.

Arengándome para mañana, me quedo dormida.

La madera clara vuelve a cegarme. Los rayos de sol son aún más intensos. Sigo sintiendo ese olor, a espuma de mar y brisa fresca. La atmósfera es serena, calmada, y me siento muy relajada. Suspiro profundamente sin que la sonrisa me abandone y me dejo envolver por el cálido ambiente.

Unas risotadas francas y distendidas suenan a mi espalada. Me giro curiosa y camino siguiendo el sonido que desprenden. Entro en el camarote y veo a Ryan Riley, al señor Stabros y a mi padre sentados a una elegante mesa. Están bebiendo coñac en copas de balón y fumando habanos.

—No os preocupéis, yo me ocupo de Maddie.

Mi estómago se encoge y siento ganas de vomitar al verlos reír satisfechos ante las palabras del señor Riley. Antes de que pueda protestar, decenas de modelos salen no sé de dónde, cruzan el camarote en dirección a cubierta y se lanzan al agua.

—Deja que se ocupe de ti como lo hace de nosotras, podrás vivir en un yate.

La sugerencia viene de Bar Refaeli de pie a mi lado. Sonríe a Ryan y le saluda con la mano a la vez que hace una sensual caída de ojos con sus kilométricas pestañas. Después también corre a cubierta y salta con elegancia al mar.

Me despierto sobresaltada con el corazón latiéndome acelerado. Tengo la boca seca y el caos por respiración. Me levanto, voy hasta el frigorífico y cojo una botellita de agua. Miro el reloj de la cocina. Son las tres y cuarto de la madrugada. Doy un salto y me siento en la encimera. Abro la botella y comienzo a beber. No puedo creerme que haya vuelto a soñar con su estúpido yate. Aunque, en realidad, lo que más me molesta es no saber si mi desasosiego viene por lo que le decía a mi padre y al señor Stabros o por verme rodeada de chicas de las que también *se ocupa*.

Vuelvo a la cama pero, como ya imaginé, no soy capaz de dormir.

El despertador suena a las siete de la mañana. Lo apago de un golpe y me levanto. Opto por

poner algo de música para evitar sumergirme otra vez en toda esa vorágine de pensamientos que siempre parece acompañarme desde que pisé el edificio del Riley Group. Pero nada de canciones de amor. Quiero algo que me cargue las pilas. Necesito a los Rolling Stones. Necesito *You can't always get what you want*.

Me meto en la ducha e intento relajarme y encontrar, debajo de todas las capas de enfado, de indignación, de mariposas, de confusión, a Maddie Parker, la chica que soy en realidad. Gracias a la voz de Mick Jagger cantando que no siempre se puede alcanzar lo que se quiere, pero que, si alguna vez lo intentas, simplemente te puedes encontrar con que alcanzas lo que necesitas, creo que lo consigo.

Envuelta en una toalla recorro mi habitación sintiéndome un poco mejor. El sol brilla radiante y decido ponerme uno de mis vestidos favoritos. El primer paso para que el día vaya como espero. Se trata de un vestido blanco de tirantes por encima de la rodilla, bastante vaporoso y con estampados muy pequeños rojos con tonos rosa fucsia. Me pongo un viejo chaleco vaquero y mis botas de media caña sin tacón marrón oscuro. Me encanta el conjunto.

Me cepillo los dientes, me maquillo y me seco el pelo. Me queda ondulado y algo salvaje, así que decido dejármelo suelto. Busco mi bolso bandolera también marrón oscuro y salgo de la habitación.

No desayuno. Quiero llegar al trabajo lo antes posible. Necesito solucionar el tema del dinero ya.

En Contabilidad suelto el discurso ensayado y perfeccionado en mis horas de insomnio y parece surtir efecto porque, a pesar de la mala cara que me pone el señor Woods, me concede el adelanto de setecientos dólares que le pido.

A unos pasos del despacho del señor Riley, todos mis nervios se concentran en mi estómago. La idea de su proximidad hace que todas esas sensaciones que me abruman vuelvan a mí, pero, al mismo tiempo, sólo necesito una mirada al cheque que sostengo entre las manos para recordar todo el enfado y la indignación que sentí ayer cuando hable con el señor Stabros.

—Vamos, Parker. No te echés atrás ahora —me animo.

Llego hasta la puerta de su oficina y, con la mano en el pomo, respiro hondo una vez más y finalmente lo giro. Tess está muy concentrada en unos documentos, pero alza su mirada inmediatamente al oír cómo me acerco a su mesa. Me sorprende que la puerta del despacho del señor Riley esté abierta.

—Buenos días, señora Simons.

—Buenos días, Maddie —contesta con una afable sonrisa.

Sólo la he visto tres veces, pero parece una mujer muy amable y serena. Justo lo que el arrogante e irascible Ryan Riley precisa.

—Necesito ver al señor Riley.

—Me temo que no va a ser posible.

—Está bien, Tess —la interrumpe Ryan Riley desde su mesa.

Hubiera apostado a que ni siquiera había reparado en mi presencia.

—Puedes pasar, Maddie —me indica la secretaria, que me sonrío una vez más y vuelve su mirada y su atención a los papales sobre su escritorio.

Recorro la pequeña distancia entre la mesa de Tess y la puerta del señor Riley, pero me detengo en el umbral. Por mucho que haya pensado en este momento, a pesar incluso de todo lo que creí que su proximidad me provocaría, el verlo frente a mí parece engrandecerlo todo.

Tiene un codo apoyado en la mesa y los dedos índice y central sobre sus perfectos labios. Está muy concentrado en la pantalla de su Mac último modelo. No puedo evitar recordarme una vez más que, si no fuera increíblemente guapo, todo esto sería mucho más fácil.

No soy consciente del tiempo que paso observándolo y lo hago hasta que él posa sus maravillosos ojos azules en mí.

—¿Qué quería, señorita Parker?

Ahora mismo a ti. Mi automática y, gracias a Dios, mental respuesta es culpa de su irresistible aspecto y de ese magnetismo animal que desprende, pero también de su voz. Una voz salvaje y sensual que definitivamente no mejora mucho las cosas para mí.

Entonces vuelvo a verlo: el cheque entre mis dedos, y por algún asombroso milagro mi determinación regresa.

—Quería devolverle esto.

Antes de que la convicción vuelva a abandonarme, camino hacia el centro de su despacho.

—Cierre la puerta —me interrumpe en mi paso firme.

Algo desconcertada, vuelvo hacia la puerta, la cierro y, al girarme, observo cómo se ha levantado y rodea su mesa. Se apoya en el escritorio sin llegar a sentarse y lleva sus manos hasta el borde de la madera, agarrándose a ella, haciendo que los músculos se marquen en sus antebrazos descubiertos por las mangas de su camisa perfectamente remangadas. Es una preciosa camisa blanca, como siempre, que contrasta con sus pantalones de traje gris marengo. Lleva la corbata roja algo aflojada y los primeros botones desabrochados. A pesar de que apenas son las siete y media de la mañana, parece cansado. Creo que su día empezó hace horas.

—¿Qué es lo que quiere devolverme?

Su voz me saca de la fotografía mental que le estaba realizando. Clavo mi vista en el suelo. Necesito un segundo sin perderme en él para reordenar mis ideas.

—Esto es suyo.

Le ofrezco el cheque. Él se inclina curioso y observa el trozo de papel que sostengo. Apenas un segundo después, comprende de lo que se trata y una media sonrisa algo dura pero increíblemente sexy se dibuja en sus labios.

—No pienso aceptarlo —dice sin más.

—¿Cómo que no piensa aceptarlo? —Es el colmo—. Además, soy yo quien no lo acepta. No debió pagar la deuda con mi casero. Eso forma parte de mi vida privada, señor Riley.

—Debería agradecérmelo. Su casero no parecía estar muy dispuesto a esperar.

Su tono de voz es tan condescendiente que me hace recordar exactamente por qué toda esta situación me enfada tantísimo. No sólo se trata de deberle un favor de este calibre a alguien a quien

apenas conozco, se trata de debérselo a un estúpido arrogante como él.

—No es asunto suyo.

—No lo entiendo. ¿Preferiría estar debajo de un puente? Porque es donde habría acabado de no ser por mí.

—¿Qué? ¿Cómo puede hablar así? El señor Stabros nunca me habría dejado en la calle y, de todas formas, ésa no es la cuestión.

Gilipollas.

—¿Y cuál es?

—No debió hacerlo, ésa es. Y ahora acepte el cheque.

—No.

—¿Acaso cree que dejo que todos los multimillonarios que conozco paguen mis facturas?

—Doy por sentado que soy el único.

Mi pregunta parece haberle molestado muchísimo, como si la posibilidad de que no fuera así le enfadaría sobremanera.

—Yo... —No sé qué decir. Su contestación, su reacción me han desarmado— ... no quiero su dinero.

Me reafirmo estirando de nuevo nerviosamente la mano con el cheque doblado en ella, intentando recuperar la compostura, pero el hecho es que otra vez me siento desconcertada. Más aún cuando veo una arrogante sonrisa aparecer en su rostro. Parece que mi reacción acabe de confirmarle lo que ya sabe, que, efectivamente, es el único, en muchos sentidos.

—¿Sabe cuánto dinero tengo?

—No lo sé. Supongo que una cantidad ridículamente desorbitada.

Su sonrisa se ensancha sincera y yo no puedo ver más allá de ella.

—Entonces entenderá que setecientos dólares no son nada para mí.

—Pero lo son para mí.

Me observa durante unos segundos intentando leer en mi mirada. Finalmente se lleva las manos a la cara y se frota los ojos con fuerza.

—Señorita Parker, es usted exasperante.

Suena realmente así, exasperado, y también molesto, y ya es demasiado. Si alguien tiene derecho a sentirse así aquí, soy yo.

—¿Yo? ¿Y qué hay de usted?

—Explíqueme cómo piensa vivir habiendo pedido la nómina de las próximas dos semanas por adelantado.

—Lo tengo todo controlado.

Tengo ganas de gritarle que se meta en sus asuntos.

—¿Tan controlado como lo tenía con su casero? ¿Piensa vivir de adelantos? Además, no sé si

es consciente de que, al final, ese adelanto también se lo he dado yo.

Tiene razón, pero yo la tengo en que es un bastardo insufrible. Eso también me gustaría gritárselo a la cara. ¡Qué frustrante!

—Acepte el maldito cheque. —Ahora soy yo la que suena exasperada.

—¿Por qué te molesta tanto que pagara esa factura?

De repente hemos dejado de ser el señor Riley y la señorita Parker. Su mirada se oscurece y la sensación de pura electricidad vuelve a rodearnos, a envolvernos.

—Porque no quiero deberte nada —susurro. La intensidad de sus ojos azules me hacen clavar la mirada en el suelo. Nunca me había sentido tan tímida y nerviosa en toda mi vida—. No sé qué pensar de ti. Haces que me sienta confusa y tímida y abrumada.

Ryan Riley lleva su mano a mi cadera y me atrae hacia él. Vuelvo a alzar la mirada, pero lo cierto es que su contacto no me sorprende. Creo que todo mi cuerpo lo deseaba.

—¿Hago todo eso? —susurra ronco y salvaje con una media sonrisa tan dura como tremendamente sexy y yo me derrito por dentro. Mi respiración se acelera y sólo soy capaz de asentir nerviosa.

—Por favor, acepta el cheque —musito.

Lentamente sube su otra mano por mi espalda hasta mi nuca, incendiando mi piel a su paso.

—Ni hablar —murmura a escasos centímetros de mi boca.

Y entonces me besa apremiante y lleno de deseo. Sus labios son suaves y dulces y conquistan los míos. La manera en la que me besa, en la que sigue reteniéndome por la cadera y la nuca con sus dedos bajo mi pelo, es exigente y primaria y despierta un deseo en mí que nunca había sentido.

Ryan me estrecha contra su cuerpo y yo me dejo envolver por él. Gimo contra sus labios y lo noto sonreír contra los míos. Sin dejar de besarme, desliza su mano desde mi cadera hasta mi rodilla para volver a subirla, esta vez bajo mi vestido. Vuelvo a gemir cuando siento sus dedos contra mi piel.

Todo mi cuerpo arde por él.

Pero de pronto un pitido chirriante y agudo dando paso a la voz de Tess al otro lado del intercomunicador nos sobresalta.

—Señor Riley —le llama.

Nos separamos y al instante una maraña de pensamientos satura hasta el último rincón de mi cerebro. Ryan Riley me mira y en sus ojos veo la confusión y la vulnerabilidad que estoy segura que reflejan los míos. ¿Qué hemos hecho? Ha sido un error. Ha sido un terrible error.

—Señor Riley —repite.

Se pasa las manos por el pelo, rodea de nuevo la mesa y pulsa el botón del intercomunicador digital mientras se estira la corbata.

—¿Sí, Tess?

—Le esperan en la sala de juntas de la planta veintiuno para la reunión con el departamento Inmobiliario.

—De acuerdo, Tess.

El señor Riley vuelve a entrelazar su mirada con la mía, pero ahora, separados por su imponente mesa de director ejecutivo, me siento aún más vulnerable, incluso despojada. Por un momento temo lo que vaya a decirme, así que, sin darle tiempo a reaccionar, salgo corriendo de su despacho.

Sólo disimulo lo atropellado de mi huida al pasar junto a Tess. Cruzo toda la planta rezando para que nadie repare en mi presencia y me encierro en el baño. ¿Qué ha pasado? ¿Qué demonios ha ocurrido? Mi respiración aún acelerada resuena contra los brillantes azulejos. Abro el grifo y meto las manos bajo el agua helada. Necesito refrescarme. Me siento apabullada por todos los pensamientos que me inundan: es mi jefe, es arrogante, es presuntuoso, es irascible y ni siquiera tengo claro que no me odie. Además, está la multimencionada colección de demasiados: demasiado guapo, demasiado atractivo y demasiado rico. Ninguno de esos *demasiado* me conviene, me repito por enésima vez. Y, sobre todo, lo que más me asusta es que algo dentro de mí me está gritando a pleno pulmón que acabará haciéndome daño.

Respiro hondo intentando calmarme. Necesito poner la mente en blanco aunque sólo sea un minuto. Sin embargo, cuando lo consigo, es mi perdición. Casi sin darme cuenta me llevo los dedos a los labios y ese contacto automáticamente me hace recordar el extraordinario beso que Ryan Riley acaba de darme. Ha sido maravilloso. El mejor que me han dado en toda mi vida. Sentir su deseo ha encendido el mío como nunca me había sucedido. Aún ahora todo mi cuerpo sigue revolucionado por él.

Aparto los dedos rápidamente como si mis labios ardiesen y respiro hondo otra vez.

—Se acabó, Parker. Supéralo —me exijo.

Sin darle más vueltas, me obligo, negándome cualquier resquicio de posibilidad de otra cosa, a dejar de suspirar, de recordar, y a volver a ser una persona normal aunque sólo sea externamente. No puedo pasarme toda la mañana encerrada en este baño. Sólo ha sido un beso; de acuerdo, un beso espectacular, probablemente el mejor que me han dado, pero se acabó el recrearme.

Me retoco el maquillaje y el pelo y salgo del baño.

La redacción ya vuelve a mostrar su aspecto bullicioso de siempre, lo que me hace sospechar que es más tarde de lo que creía.

—Buenos días, Bentley —le saludo entrando en el despacho.

—Buenos días, Maddie.

Me siento a mi mesa y enciendo el ordenador. Un par de minutos después la agenda de mi jefe se abre a doble página ante mí. La observo intentando concentrarme, apartando de mi mente cualquier pensamiento relacionado con Ryan Riley y sus maravillosos labios.

—Maddie —me llama Bentley.

Me levanto y camino hasta el umbral de su despacho.

—Necesito que vayas al archivo. ¿Recuerdas lo que hablamos del reportaje de la arquitectura en países emergentes?

Asiento.

—No estoy muy contento con el material gráfico. Quiero algo menos típico pero sin dejar de ser

contundente, por ejemplo fotos de A. P. Kanvide.

Asiento de nuevo, aunque no tengo ni idea de a quién se está refiriendo. Ya me he dado cuenta de que con Bentley puedo permitirme fingir estas cosas porque, cuando se pone a hablar de lo que quiere, las ideas parecen cruzarle a tal velocidad que no cae en cuestiones menores como que su ayudante no tenga ni remota idea de lo que habla.

—No me traigas todo lo que encuentres, preselecciona. Confío en tu criterio.

—Ahora mismo me pongo a ello.

Enfrascada en mis pensamientos, abro la puerta del archivo y me llevo un susto terrible al ver a Lauren sentada sobre uno de los gigantescos archivadores.

—¿Qué haces aquí? —casi le grito cuando recupero el aliento.

—Aquí es donde vengo a esconderme cuando no soporto más a mi jefe, el señor Miller —me aclara cargando de desdén el apellido del director del departamento de Contabilidad.

—Ya te lo dije en la universidad, los números son aburridos —respondo socarrona mientras tiro de uno de los cajones. Decenas de carpetas aparecen en perfecto orden frente a mí. No, esto no va a ser divertido.

—Puede que lo sean, pero te cuentan cosas, como que una amiga ha pedido un adelanto de dos semanas de su nómina.

Automáticamente dejo de pasar carpetas. Ella se baja de un salto y da un único paso hasta colocarse a mi lado.

—¿Estás bien?

—No le digas nada a Álex, ¿de acuerdo?

Lauren asiente.

—Me he retrasado un poco con el alquiler y ya conoces a los Hannigan: de haberlo sabido, habrían intentado solucionarlo.

—¿Y ya está todo arreglado?

—Esa parte, sí.

No quiero mentirle, pero no creo que el archivo de la redacción sea el lugar ideal para contarle todo lo que me pasa por la cabeza ahora mismo.

—¿Cómo que esa parte sí?

—Lauren, ahora no puedo hablar. Bentley me está esperando.

Mi amiga me mira suspicaz. No le ha gustado mi respuesta en absoluto, así que, antes de que continúe preguntando, abro los brazos y cojo todas las carpetas del cajón.

—No me mires así. Necesita esta documentación.

Hablo con dificultad porque las carpetas pesan muchísimo. Debí haber pensado en los hándicaps de esta idea antes de llevarla a cabo.

—¿Comemos juntas? —me pregunta mientras salgo del diminuto cuarto.

—Sí, claro.

En mi mesa, escondida tras decenas de carpetas, comienzo a revisar la información. No tardo en descubrir que A. P. Kanvide era un importante arquitecto indio. Mientras busco fotografías sobre sus principales trabajos, Bentley sale de su despacho y camina hasta mi mesa.

—Maddie, misión urgente. Ve al despacho de Ryan —¿Qué?! ¿Qué?! ¿Qué?!— y dile que hay que reorganizar la reunión del miércoles con el Riley Group si quiere que esté presente.

—Claro —murmuro.

Espero a que Bentley regrese a su despacho, porque mis rodillas ya tiemblan sólo con pensar que en apenas unos segundos veré a Ryan Riley.

Cruzo la redacción hecha un manojo de nervios sin saber siquiera cómo comportarme cuando lo vea. Al llegar a la mesa de Tess, necesito toser para aclararme la voz, porque hasta esa parte de mi cuerpo parece estar desconcertada.

—Buenos días, señora Simons.

—Puedes llamarme Tess, Maddie —replica con dulzura.

—Buenos días, Tess. —Ella sonrío—. El señor Sandford me envía para coordinar una reunión con el señor Riley.

Tess me sonrío de nuevo y avisa a su jefe por el intercomunicador. Su voz al otro lado del aparato altera todo mi cuerpo. ¿Cómo es posible? Todo esto se me está yendo de las manos.

—Puedes pasar —me indica la secretaria.

Le devuelvo la sonrisa y, con paso lento, casi titubeante, cubro la distancia hasta la puerta de su despacho. Llamo suavemente con la mano temblorosa y espero a que me dé paso. Cuando lo hace, entro y me giro para cerrarla tras de mí.

Me quedo un instante con la vista clavada en la puerta, prácticamente inclinada sobre ella. Siento la sangre y la adrenalina fluyendo desbocadas por mis venas. Necesito tranquilizarme. Suspiro suavemente y hago acopio de todas mis fuerzas para soltar el pomo y darme la vuelta.

El señor Riley está trabajando en su ordenador. Me da la sensación de que ni siquiera ha reparado en mi presencia.

Camino lentamente hasta colocarme frente a él. Ahora mismo me gustaría tomarme una de esas licencias y acomodarme en su regazo.

Sacudo la cabeza discretamente porque esa línea de pensamientos no me ayuda y espero a que diga algo, pero no lo hace, ni siquiera me mira.

—Señor Riley —lo llamo al fin y me siento ridícula por llamar señor a quien hace más o menos cuatro horas me estrechaba entre sus perfectos brazos—, el señor Sandford me envía para reorganizar la reunión del miércoles. Tiene un compromiso muy importante y, si quiere que asista, tendrá que cambiarla de hora.

—Cualquier horario de la mañana estará bien —contesta sin levantar su vista de la pantalla.

—De acuerdo —musito.

No sé por qué no me marchó y debería hacerlo. Está claro que el beso no ha significado en absoluto lo mismo para los dos. Pero por algún motivo sigo allí, inmóvil, con mis ojos posados en él. Mírame, le suplico, mírame porque ahora mismo me siento la persona más insignificante de la tierra.

—Señor Riley —vuelvo a llamarlo.

—¿Sí, señorita Parker?

Haciendo caso de la petición que no llego a pronunciar, Ryan Riley alza la mirada y sus preciosos ojos azules se posan en los míos.

Dios. Me he convertido en una de esas chicas que lo siguen rendidas a sus encantos y que están desesperadas porque él les preste atención. ¡Estoy esperando la galletita!

—Déjelo, era algo sin importancia —me disculpo.

Doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta. No me reconozco.

—Señorita Parker.

—¿Sí?

Mi voz ha sonado bochornosamente esperanzada. Doy pena.

—La reunión con el señor Sandford me vendría bien a las once.

—Claro —susurro.

Esta vez es la decepción la que inunda mi voz y todos y cada uno de los centímetros de mi piel.

Salgo del despacho del señor Riley y me cuelgo una sonrisa fingida en respuesta a la que Tess me ofrece. La verdad es que me siento aún peor que cuando huí de aquí esta mañana. Me siento estúpida como esas crías que se enamoran de su profesor y creen que cada gesto que hace es para ellas. Qué ridícula puedo llegar a ser.

Vuelvo a mi oficina, cierro la reunión con Bentley en las once y media y, decepcionada, molesta, triste y un sinfín más de adjetivos, me siento a mi mesa y vuelvo a parapetarme tras las decenas de carpetas y dossieres de arquitectos de países emergentes.

A la una y media Lauren viene a buscarme para comer. No tengo hambre pero, si le digo que no, se preocupará y casi con toda seguridad se aliará con Álex, para entre las dos, averiguar qué me pasa.

Cuando estamos a unos pasos de la puerta del Marchisio's, me paro en seco. Me niego a entrar. Me niego a encontrarme con el señor Riley.

—Lauren, me apetece comer en otro sitio.

—¿Dónde?

Sospecho que, aunque lo disimule muy bien, Lauren come en el mismo gastropub cada día para ver a Bentley. Así que, conociéndola como la conozco, sólo me quedan dos ases en la manga para salirme con la mía.

—Podríamos comer en el Tang Pavilion. Está sólo a un par de manzanas. Ya sabes, arroz con coco, sopa de wonton, tofu frito con salsa de soja.

Con cada palabra que pronuncio, la boca de Lauren va haciéndose agua. Sé que la comida china es su perdición. Aun así, no termina de convencerse. Esto me sirve para confirmar lo que sospechaba: Bentley le gusta muchísimo.

—A no ser que haya alguien a quien quieras ver en el Marchisio's.

El rostro de mi amiga cambia automáticamente intentando mostrarse de lo más indiferente.

—¿Yo? ¿En el Marchisio's? Son las mismas caras que veo todos los días. Nada en especial.

Sonrío y Lauren comienza a andar calle abajo hacia el Tang Pavilion. Me da pena que no haya podido ver a Bentley, pero creo tener una ligera idea de cómo compensarla.

Una hora después caminamos por la misma calle de vuelta a la oficina. Lauren maldice por haberse saltado la dieta, pero yo le recuerdo que el tofu, aun frito, sigue siendo tofu.

—Ya, pero la bandejita de rollitos de chocolate tailandeses creo que no llevaba tofu —puntualiza y ambas sonreímos.

Trato de concentrarme en el trabajo, pero no soy capaz. Todo en lo que puedo pensar tiene que ver con el guapísimo jefe de todo esto y siempre acaba con la misma idea: cómo he podido ser tan estúpida.

Tal y como aventuré, el día pasa tedioso y extraño. Dan las cinco y, en lugar de levantarme de mi silla como un resorte para marcharme a casa, comienzo a pensar que, si espero a que nos quedemos solos, cuando todos se hayan marchado, podríamos hablar. Soy consciente de lo patético que suena, pero algo dentro de mí, todo mi cuerpo en realidad, suplica para que nos dé esta última oportunidad.

Bentley no tarda en salir de su despacho. Lleva un lápiz en la oreja y un montón de artículos corregidos con un rotulador rojo en la mano. La perfecta mezcla entre el arquitecto y el periodista, entre Frank Lloyd Wright y Harry Rosenfeld.

—Maddie, puedes marcharte a casa.

Sin esperar mi respuesta, se gira y se encamina a su despacho.

—Si no te importa —mis palabras le hacen detenerse y prestarme atención otra vez—, me gustaría quedarme. Aún no estoy al día con la revista.

Rezo para que no me haga muchas preguntas. Me preocupa que sean demasiado evidentes mis verdaderos motivos para quedarme.

—Genial —responde sin más justo antes de volver a su despacho con la vista otra vez perdida en los papeles que sostiene.

Respiro aliviada.

Poco a poco la redacción va vaciándose. Ya ha anochecido y hace más de una hora que Bentley se marchó. Cada vez que oigo pasos acercándose al ascensor, me asomo discretamente, pero el señor Riley no ha dado señales de vida. Molesta y, no voy a negarlo, desolada, decido darme por vencida. Apago el ordenador, despejo mi mesa y salgo de la oficina. No puedo evitar suspirar cuando observo cómo la luz de mi despacho se apaga. No imaginé que me sentiría tan mal. Quizá ha sido lo mejor. Si me ha afectado tanto cuando sólo nos hemos dado un beso, cómo sería si nos acostáramos o mantuviésemos una relación. El *después* sería terrible.

Esperando a que las puertas del ascensor se abran, me freno a mí misma antes de empezar con el consabido repaso de todo lo ocurrido hoy. Me niego a martirizarme más de lo que ya estoy.

Un agudo pitido avisa de que las puertas van a abrirse. Noto unos pasos acercándose y

finalmente deteniéndose tras de mí. Tal y como pasó unos días atrás, no necesito girarme para saber que es él. No sé qué hacer. De repente tengo la revelación de que no debería ponerle las cosas tan fáciles y, sin mirarlo, doy un paso y entro en el desierto ascensor. El señor Riley me sigue y se coloca a mi lado.

Las puertas se cierran. Mi respiración se acelera.

Despacio, una suave electricidad va inundando hasta el último rincón del ascensor. Puedo notar su mirada sobre mí. Siento sus increíbles ojos azules despertando mi cuerpo, haciéndolo suyo sin ni siquiera llegar a tocarme. Mi respiración se vuelve aún más irregular, pero también noto la suya desordenada, lo que significa que esta situación también lo afecta.

No me atrevo a mirarlo. Temo que, si lo hago, descubra cómo me hace sentir y no quiero darle esa satisfacción.

Observo en la pequeña pantalla cómo el número de los pisos va decreciendo y, conforme esta particular cuenta atrás va llegando a su final, más incapaz me siento de decir nada.

¿Por qué me beso? ¿Por qué no dijo nada cuando volví a su despacho? ¿Por qué no lo hace ahora? Las preguntas se forman en mi mente, pero se diluyen en mi garganta antes de que pueda pronunciarlas. Me siento nerviosa y abrumada, pero todo eso desaparece cuando pienso en cuánto deseo que vuelva a besarme.

Un nuevo pitido se hace eco entre nosotros. Las puertas van a abrirse en la planta baja. En apenas unos segundos mi suerte estará echada y las mariposas de mi estómago dan buena cuenta de ello. A estas alturas sobra decir que sólo le bastaría una palabra para que no saliera nunca de este ascensor.

Finalmente el ascensor se abre y, como una estúpida, incluso me quedo unos segundos esperando algo que está claro que no va a llegar. Me siento dolida pero al mismo tiempo noto cómo una renacida dignidad en compañía de un renacido orgullo me embargan y con paso firme salgo del ascensor sin mirar atrás, sin comprobar si me sigue, aunque sé que no lo hará.

—Hasta mañana, Ben —me despido al pasar junto al enorme mostrador de seguridad.

—Hasta mañana, Maddie —responde.

Salgo a la calle y, aunque el aire fresco de las noches de principios de julio me toma por sorpresa, no me detengo y prácticamente corro hasta el metro.

Sentada en un vagón atestado de gente, siento unas inmensas ganas de llorar, pero es un sentimiento lleno de rabia, de impotencia. ¿Por qué me beso? ¿Por qué no pudo dejar las cosas como estaban? No eran en absoluto perfectas, pero por lo menos no tenía que lidiar con la dolorosa idea de resultarle tan insignificante.

«Por enésima vez, eres estúpida, Parker.»

Una estúpida porque, muy en el fondo, cuando he salido corriendo de su despacho esta mañana, una sensación maravillosa, casi pletórica, una sensación que no me permití siquiera contemplar se había instalado dentro de mí. Y es que Ryan Riley, a pesar de lo odioso, arrogante, presuntuoso y mujeriego que sea, a pesar del yate y Bar Refaeli, me gusta, me gusta muchísimo y, pensar que yo también le gustaba incluso con toda la confusión y las dudas que eso conllevaba, me hizo feliz.

Llego a mi apartamento, voy hasta mi habitación, me meto bajo las sábanas, me tapo hasta las

orejas y comienzo a llorar. No entiendo cómo no lo he visto venir o, lo que es aún más deprimente, lo vi venir y, aun así, he caído de lleno. ¿Cuántas veces me he repetido que Ryan Riley me complicaría la vida? Y esa idea, mi enfado, todo se diluyó cuando noté su mano en mi cadera, cuando probé sus labios. Sencillamente era todo lo que quería.

A la mañana siguiente me despierto con la misma ropa del día anterior dando gracias por no haber soñado con él.

Me arrastro hasta el salón y me siento en el sofá con un tazón de Capitán Crunch. Enciendo la televisión, pero no la veo ni siquiera al empezar «Rockefeller Plaza», una de mis series favoritas. No llevo más de media hora de autocompasión cuando mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Lauren.

—¡Maddie! —grita animada.

—Hola, Lauren.

Mi tono de voz es el perfecto contraste del suyo.

—Prepárate, esta noche nos vamos de fiesta.

—No me apetece —murmuro.

—Vamos, Maddie —me pide lastimosa—. Álex y James también se apuntan. Iremos a un sitio súper de moda en el centro. Una chica del departamento de Marketing me ha dicho que será una fiesta alucinante.

—Lauren, no quiero salir.

—¿Estás bien?

Es demasiado temprano siquiera para plantearme esta pregunta, así que opto por una respuesta estándar, es decir, una mentira.

—Sí, estoy bien.

—¿Entonces? —vuelve a preguntar—. Maddie, va a ser genial. Pienso convencer al disc-jockey para que ponga nuestra canción. Sé que tiene un par de años y es en ruso, pero seguro que lo consigo.

La idea de volver a escuchar nuestra canción me hace sonreír, pero la de alejarme de este sofá no es algo que pueda contemplar ahora mismo.

—Pasáoslo muy bien.

—Eres lo peor, Maddison Parker.

—Créeme, lo sé.

—Prométeme que, por lo menos, lo pensarás.

—Lo pensaré.

Pero lo cierto es que no tengo nada que pensar. Es un sábado horrible después de una semana horrible y no pienso salir de este apartamento.

Nos despedimos y vuelvo a dejar el teléfono sobre la pequeña mesa de madera frente al sofá.

Intento centrarme en mis cereales pero, como era obvio que pasaría, comienzo a pensar de

nuevo en Ryan Riley. Recuerdo cuándo nos conocimos y cómo me ocultó quién era. Recuerdo cómo me habló después del primer día en Marchisio's o el día de la reunión con Harry Mills. Me dijo que me permitía ciertas licencias, pero que no podía olvidar que seguía siendo el jefe. ¿Acaso lo recordó él cuando me besó?

Me siento triste, confundida y enfadada. Una parte de mí quiere llamar a Lauren y decirle que en realidad no estoy bien, pedirle que venga para contarle todas mis penas, pero la otra se niega en rotundo.

Decido aferrarme a la segunda mitad. Ryan Riley me ha arruinado cada día de la semana, no pienso dejar que me arruine también la noche del sábado.

«Se acabó el autocondolencia, Parker.»

Con esta energía renovada, me levanto, llevo el tazón de cereales al fregadero y voy hasta mi habitación. Enciendo los altavoces del iPod y elijo *Cheating*. La voz de John Newman no tarda en hacerse presente en cada rincón de mi apartamento. Subo el volumen.

Nunca he sido una persona que se centre sólo en lo negativo y no pienso empezar ahora. Muchas cosas buenas han pasado esta semana: me he reencontrado con Lauren, tengo un nuevo trabajo que me encanta y Bentley es un tipo genial. Dado que hoy es sábado, pienso salir a celebrar todas esas cosas.

Me doy una ducha cantando a pleno pulmón. Cuando salgo, añado el baile y así me pongo mis vaqueros favoritos y una camiseta verde hierba.

No necesito a Ryan Riley para nada.

Me inclino para que mi melena caiga ante mí y poder secármela.

No necesito a un hombre malhumorado, arrogante y todas las cosas que Lauren sabiamente dijo.

Suena el timbre con bastante insistencia. Después de varios «ya voy, ya voy» que no hacen que quien esté llamando deje de hacerlo, finalmente alcanzo la puerta. Lauren y Álex me esperan al otro lado de la puerta mirándome con cara de pocos amigos y con decenas de bolsas y lo que parece un secador profesional de pie.

—Vas a venir —me espeta Álex.

—Voy a ir.

Mi respuesta frena en seco la charla que estaba dispuesta a darme para convencerme de que fuese. Eso, unido a mi incipiente sonrisa, les hace lucir expresiones de lo más confusas.

—¿Vas a venir? —pregunta Lauren. Asiento—. Pues sí que ha sido fácil. Debes tener una especie de don —le dice a Álex a la vez que entra en mi apartamento.

Diez minutos después hay decenas de vestidos esparcidos por mi pequeño salón y la música de Icona Pop, *All night* para ser más exactos, suena mientras nos pintamos las uñas de los pies.

—¿James vendrá esta noche? —le pregunto a Álex.

—Sí, vendrá con Charlie.

—¿Y cómo está James?

La voz de Lauren suena tímida. Álex y yo nos miramos y sonreímos disimuladamente. Las dos sabemos que está tratando de hacer esa pregunta desde que volvimos a encontrarnos.

—¿Te refieres a física o a emocionalmente? —inquiero con sorna.

Ella me hace un mohín y yo suelto una risilla.

—Parece mentira que no conozcas a Lauren —responde Álex muy seria, tanto que empiezo a tener la sensación de que he metido la pata. Entonces veo cómo sus labios comienzan a arquearse dibujando una sonrisa que ya no puede disimular más—. Está claro que lo que le interesa saber es si aún sigue pareciéndose a James Franco o ahora está calvo y gordo.

Ambas reímos ante una exasperada Lauren.

Al fin me apiado de ella.

—Está bien. Lo pasó mal un tiempo cuando lo dejasteis, pero se recuperó hace mucho y ahora sólo quiere tenerte como amiga.

—Así que, ¿no me odia por haberme ido a más de mil kilómetros ni nada parecido?

Niego con la cabeza mientras intento no salirme con la laca de uñas. Lauren suspira aliviada.

—Y sigue estando buenísimo —digo exagerando la última palabra, provocando las risas de Álex y Lauren—. James Franco total, pero no el James Franco tan pseudointelectual y posmoderno, si no el atractivo hasta decir basta, el que tenía que haber protagonizado *Crepúsculo*.

—Totalmente cierto. Es mi hermano y lo odio, pero está como un tren —sentencia Álex.

Seguimos unos minutos en silencio, concentradas y escuchando cómo salta la siguiente canción.

—Ya hemos hablado de James, ¿no toca ahora hablar de Bentley?

Una casi desesperada Lauren ríe sarcástica y finge no oírme.

—¿Ése no es el chico del que está enamorada? —pregunta Álex haciéndose la inocente.

—Muy enamorada —respondo.

—Chicas, Bentley me parece mono, nada más.

—Claro. Por eso casi tengo que hacerte la maniobra de Heimlich cuando te dije que me había preguntado por ti.

Álex y yo sonreímos.

—Ya hemos hablado de James y de Bentley, ¿no toca ahora hablar de Ryan Riley? —inquire Lauren socarrona mirándome.

Me contengo en mi reacción, porque estas chicas me conocen demasiado bien y de verdad que ni quiero ni puedo soportar una charla sobre Ryan Riley ahora mismo.

—No hay nada que hablar sobre Ryan Riley —respondo con una sonrisa a la vez que cierro el bote de laca de uñas—. Además, lo que tenemos que hacer es elegir ya lo que nos pondremos.

Las dos me miran en silencio sopesando si van a dejarme escapar o no.

—Lauren, ¿de dónde has sacado todos estos vestidos?

Mi intención de cambiar de tema es clara.

—¿Tú qué crees? —se apiada finalmente aparcando el tema Ryan Riley—. Mi MasterCard se ha quedado echando humo.

—Bueno, siempre podemos hacer como en la universidad: doblar las etiquetas y devolverlos al día siguiente —comenta Álex.

—Te refieres al método Stevens para la adquisición de vestuario —aclaro.

—Gracias a eso llevé un vestido de doscientos veintiún dólares a mi primera cita con David Ascot —comenta orgullosa Lauren.

—¿David Ascot no resultó ser gay? —pregunto.

—Sí, y debí sospecharlo cuando adivinó que mi vestido costaba exactamente doscientos veintiún dólares.

Álex y yo asentimos.

Las tres contemplamos en silencio lo vestidos mientras Madonna sigue cantando.

—Bueno, ¿con cuál os quedáis? —pregunta Álex—. Yo no puedo decidirme.

—Creo que me quedo con éste —digo señalando un precioso vestido negro palabra de honor con un cinturón de tachuelas plateadas relucientes a la cintura y el forro rosa chicle insinuándose en el bajo. Con mis *peep toes* negros quedará fantástico.

Álex y Lauren también eligen unos vestidos fabulosos. Guardamos los demás y, dado que aun sin saberlo hemos elegido los tres más caros, procedemos a prepararlos para el método Stevens para la adquisición de vestuario. Doblamos y pegamos con cinta adhesiva y mucho cuidado las etiquetas. Hay cosas que nunca cambian.

Preparamos algo de comer y dedicamos el resto de la tarde a seguir charlando, pintarnos y repintarnos las uñas y martirizarnos las unas a las otras mientras recordamos viejos amores y situaciones de lo más bochornosas.

A las nueve llevamos nuestras mejores galas, estamos perfectamente maquilladas y peinadas y esperamos con los que son nuestros segundos Martini Royale a que James y Charlie vengan a buscarnos.

Noto que Lauren está un poco tensa por el reencuentro. No digo nada. Me limito a cogerle la mano con la que golpea nerviosamente mi encimera y apretársela con fuerza, trasmitiéndole así que estoy absolutamente convencida de que todo saldrá bien. Unos minutos después suena el timbre. Álex va a abrir y juraría que Lauren deja de respirar hasta que James aparece en el salón, le sonríe y la abraza.

—Estás genial, Lauren.

—Tú también, James.

Lauren se ha relajado al instante. Para ella era muy importante comprobar que todo estaba bien entre ellos y saber que podía seguir contando con James como amigo.

Con una sonrisa enorme en los labios, le doy un trago a mi cóctel. La noche empieza bien.

En menos de media hora llegamos al club en cuestión. Un local en la calle 42 con una cola casi kilométrica en la puerta, pero James Hannigan pone su encanto a funcionar. A veces me pregunto si será cierto ese farol que siempre se tira de que conoce a cada uno de los relaciones públicas y porteros de la ciudad de Nueva York. Objetivamente tengo que reconocer que, yendo con él, jamás hemos hecho cola y que todos lo saludan como si fuera su mejor amigo.

El club es espectacular. Tiene una pista de baile inmensa y varias barras cubiertas de vinilos sobre los que se proyectan imágenes para que dé la sensación de que son peceras gigantes. En la segunda planta abierta pueden verse elegantes reservados con camas con dintel. Están albergadas bajo decenas de sábanas color *champagne* colgadas del techo y que caen en los lugares oportunos para impedir miradas indiscretas.

Al poco de entrar comienza a sonar *Love me again*, de John Newman. Ya me han conquistado.

Todos vamos moviéndonos lentamente, intentando cruzar la pista de baile para llegar a la barra, pero es bastante difícil cuando cada dos segundos nos paramos para cantar o bailar.

Finalmente lo conseguimos. James nos mira dispuesto a preguntar qué beberemos, pero él mismo se da cuenta de que la respuesta es obvia y se frena antes de llegar a decir nada.

—¡Dios, Maddie! ¡Mira quién está ahí! —grita Lauren a punto de tener un ataque.

Miro hacia donde su mano señala torpemente y veo a Bentley sentado en la barra. Parece estar solo.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto con una sonrisa, aunque sé de sobra la respuesta.

—¿Tú qué crees? —inquire a su vez exasperada—. Deseo acercarme, pero no quiero parecer desesperada ni demostrarle nada.

—¿Qué tendrías que demostrarle? No te gusta, ¿no? Sólo es mono.

La sonrisa me delata, podría pasarme toda la noche torturándola.

—¿Quieres que te acompañe y sea yo quien lo salude para que tú puedas seguir fingiendo que no te interesa?

—Más o menos.

—¿Y no sería mejor que te comportases como la adulta que se supone que eres y fueras a hablar con él?

—¿Me lo pregunta la persona que inventó la técnica Vicky Mendoza?

Touché.

—Está bien, vamos.

Con menos dificultad que la primera vez, volvemos a cruzar la pista de baile. De reojo observo cómo Lauren se recoloca el pelo a unos pasos de Bentley.

—Hola, Bentley —digo con una sonrisa de oreja a oreja al llegar hasta él.

—Maddie —me saluda sorprendido—, ¿qué hace una chica como tú en un sitio como éste?

Sonrío de nuevo ante la pregunta de Bentley y, disimuladamente, miro a Lauren para que se acerque más.

—Hola, Lauren.

—Hola.

Nunca había visto a Lauren así. Incluso por un momento se ha ruborizado.

—Una chica de Marketing nos habló de este sitio —comento intentando sacar un tema de conversación.

—Jennifer Reynolds —agrega Lauren.

—Debe ir a comisión, porque a nosotros también nos habló de este local.

¿Nosotros? Una lucecita dentro de mi cerebro se enciende y, antes de que pueda convertirse en un pensamiento firme, Ryan Riley se acerca a nosotros. Lleva un traje de corte italiano negro y una camisa negra. Sin corbata. Está guapísimo, qué novedad, aunque parece molesto, otra novedad.

No repara en nosotras. Se apoya en la barra y busca al camarero con la mirada.

—No sé cómo he dejado que me convencieses para venir aquí —masculla malhumorado.

—Ryan, saluda. Que no se diga que no te he educado bien.

El señor Riley vuelve la vista y al fin nos ve. Juraría que su mirada cambia cuando sus ojos azules se cruzan con los míos.

—Señorita Stevens, señorita Parker.

—Señor Riley —respondemos casi al unísono.

—Por el amor de Dios, Ryan. No estamos en la oficina.

No dice nada. Sigue con la mirada fija en algún punto frente a él. Yo aún no sé muy bien cómo reaccionar. La verdad es que no me esperaba verlo aquí. Sigo siendo consciente de cómo me siento después de todo lo que pasó, pero no puedo obviar cómo me afecta su proximidad.

—El local tiene una pinta estupenda —comenta Lauren.

—Sí. Creo que está muy de moda —responde Bentley.

Se miran sin saber muy bien cómo seguir. Hablar del local en un local es el equivalente a charlar del tiempo.

—¿Y habéis venido solas? —pregunta Bentley.

—No, con unos amigos.

Al escuchar la respuesta de Lauren, el señor Riley vuelve a prestarnos atención. Por un momento me gustaría decir que nos acompaña un equipo entero de fútbol, pero me contengo. A saber cómo reaccionaría.

—La música es genial.

—Sí, me encanta esta canción.

Suspiro exasperada pero divertida. Está claro que esta conversación tan *interesante* que están manteniendo demuestra, uno, los nerviosos que se ponen mutuamente y, dos, que ninguno de los dos quiere que el otro se vaya, aunque no sepa muy bien cómo conseguirlo.

Ser espectadora de todo esto es un poco aburrido, pero pensar cómo martirizaré a Lauren después e incluso a Bentley, en cuanto tenga un poco más de confianza con él, lo hace más ameno.

Sin darme cuenta, vuelvo a dirigir mi mirada hacia Ryan Riley, que habla con el camarero. Como me niego en rotundo a que me pille mirándolo embobada, comienzo a fijarme en los detalles de la barra, sobre todo, en el vinilo sobre el que se proyecta la pecera. Lo toco curiosa y, al hacerlo, la luz se refleja en mi mano dando la sensación de que también está dentro del agua. Es asombroso.

Inconscientemente alzo la vista cuando veo cómo colocan frente a mí un Martini Royale con

mucho hielo. También de manera instintiva, miro a Ryan Riley. Aunque su expresión es imperturbable, ya no parece tan enfadado. Sus ojos azules están endurecidos, pero también tienen ese brillo que logra hipnotizarme.

Recuerda lo que bebo, me apunto, y ese ínfimo detalle me desarma.

—Gracias —musito y aparto mi mirada de la suya, si no, no sé cómo acabará esto y no pienso volver a darle la oportunidad de reírse de mí.

Afortunadamente Lauren no ha visto nada de lo ocurrido.

—Bueno, será mejor que volvamos con los demás —dice mi amiga girándose hacia mí.

—Claro. Supongo que ya nos veremos —responde Bentley.

Lauren y yo comenzamos a andar de vuelta a la pista de baile.

—La noche es larga —contesta Lauren volviéndose para mirarlo una última vez.

—Buena despedida —le apunto en un susurro.

—Lo sé —me responde satisfecha—. ¿De dónde has sacado esa copa? —pregunta extrañada reparando en mi cóctel.

—¿De dónde crees? —contesto como si fuera obvio. Le hago un mohín de lo más infantil y ella me responde con otro.

Me he librado.

Cruzamos de nuevo la pista y regresamos con Álex, James y Charlie, que ya han pedido una nueva ronda y bailan entusiasmados, sobre todo James, que ya ha llamado la atención de un par de chicas.

Me lo estoy pasando muy bien, pero no puedo evitar mirar más de una vez al otro lado de la pista. El señor Riley y Bentley siguen en la barra, charlando. Un grupo de chicas al otro lado los observan entusiasmadas y finalmente una de ellas, rubísima y muy guapa, arengada por las demás, se acerca.

La chica los saluda y ellos responden. La sangre comienza a hervirme. Ella no es más que sonrisas y ellos parecen darle conversación. Decido no seguir mirando porque estoy peligrosamente cerca de montar una escena.

Me giro e intento concentrarme en la música, en mi copa, en la conversación, pero no soy capaz. El corazón me martillea dentro del pecho como si fuese un motor a reacción. Vuelvo a mirar y la chica sigue allí. ¡No me lo puedo creer!

Un deseo de ir hasta allí y darle un beso a Ryan Riley delante de esa rubia me va envolviendo. Estoy enfadada, muy enfadada. La chica se acerca un poco más y le susurra algo al oído. Se acabó. No aguanto más.

Cruzo de nuevo la pista, esta vez en dirección a la salida. No pienso darle la satisfacción de montar una escena, pero tampoco quiero quedarme a ver lo bien que lo pasa.

En la calle respiro hondo mientras doy rápidos e inconexos paseos como si fuera un ratoncito

encerrado en una jaula. Estoy muy nerviosa y en el fondo lo único que quiero es entrar de nuevo, echar a la rubia y gritarle a él que no puede hacer esas cosas. Aunque obviamente sí puede. No somos nada. Sólo me besó y pasó de mí. Creo que eso no me da derecho a tener un ataque de celos. Podría simplemente acercarme a hablar con Bentley y ver cómo reacciona el señor Riley.

—Pero qué patética eres, Parker.

Mi comentario, que pronuncio más alto de lo que había calculado, hace reír, aunque les agradezco el disimulo, al portero y a las dos primeras personas de la fila. Frunzo el ceño y me alejo un poco.

—Realmente patética —y esta vez lo murmuro para asegurarme de que nadie me oye.

Mi móvil comienza a sonar. Imagino que será Álex o Lauren para saber dónde me he metido. Como llevo un diminuto *clutch* de fiesta, encuentro mi iPhone al instante. Me sorprende al ver que no son las chicas, sino mi padre, y mi preocupación también es instantánea. No suele llamarme tan tarde.

—Papá, ¿estás bien?

—Pequeñaja, no quería preocuparte.

Suena cansado y muy triste.

—No lo has hecho, papá. Es sólo que, como nunca me llamas tan tarde, me ha sorprendido. ¿Cómo estás?

—He estado mejor.

—No sé si me gusta esa respuesta. —Hago una pequeña pausa—. No puedes dormir, ¿eh?

—He dormido mejor.

—Esa respuesta tampoco me gusta.

Ambos sonreímos débilmente.

Desde que mi madre murió, aunque es feliz casado con Evelyn y con su vida, una parte de él nunca ha dejado de estar triste. Una parte que se esfuerza en ocultar a todos, pero a menos de un mes para el cumpleaños de mi madre se le hace muy difícil.

—Cuéntame, ¿qué haces?

—He salido a tomarme algo con los Hannigan y Lauren.

—Y yo te he interrumpido —se lamenta.

—No, no me has interrumpido. Había salido a tomar un poco el aire.

—¿Estás sola? ¿De noche? ¿En la calle? ¿En Nueva York?

De pronto su tono se ha transformado en pura alarma.

—Papá, hay como cien personas en esta misma acera.

—Preferiría que entraras.

—Y yo que intentarás dormir.

—Prometo que volveré a la cama. Buenas noches y diviértete.

—Buenas noches, papá, y puedes llamarme cuando quieras. Tú nunca interrumpes nada.

—Gracias, pequeña. Te quiero mucho.

—Y yo a ti papá.

Cuelgo y vuelvo a suspirar. Espero que se vaya a la cama de verdad y no se quede viendo repeticiones de viejos partidos de los Carolina Panthers en la tele por cable. Trabaja mucho y necesita descansar.

A regañadientes, regreso al club. Lo que realmente me gustaría ahora mismo es estar en Santa Helena con mi padre. El portero me sonrío cómplice al verme entrar.

«Sí, la patética vuelve al ataque.»

Cuando apenas he dado un par de pasos en el local, siento que me llaman.

—Señorita Parker.

Esa voz ronca y sensual acabará siendo mi perdición, lo sé.

Giro sobre mis talones y lo observo apoyado de lado contra la pared. Infinitamente atractivo. Infinitamente guapo. Me mira como sólo él sabe hacerlo, despertando mi cuerpo a pesar de lo enfadadísima que estoy con él por lo del beso en general y por lo de esa rubia de la barra en particular.

—¿Ahora no me hablas? —pregunta socarrón con una media sonrisa dibujada en sus labios.

Me temo que esa forma de sonreír también será mi perdición.

—La verdad es que no.

—No sé cómo tomarme eso —replica divertido.

—Yo tampoco sé cómo tomarme que me besen y después pasen de mí.

Consigo ponerle el toque preciso de enfado para que no parezca que la idea lleva torturándome dos días.

—Maddie, yo no he pasado de ti.

—Vaya, ya no soy la señorita Parker. —Y el preciso enfado ha pasado a ser precisa ironía.

Él frunce el ceño. Está claro que mi enfado le ha cansado. Pero ¿qué pensaba que ocurriría? ¿Qué me sonreiría dos veces y lo olvidaría todo? Supongo que está acostumbrado a que eso le funcione.

—Precisamente por este motivo lo que pasó fue un error.

Sin dar más explicaciones, pasa por mi lado y comienza a andar en dirección a la pista de baile.

—¿Y lo que yo tenga que decir no cuenta? —grito exasperada para hacerme oír por encima de la música.

—¿Y qué tienes que decir después de salir huyendo de mi despacho? —responde enfadado a la vez que se gira y desanda sus pasos.

—Yo no salí huyendo —me defiendo—. Simplemente no iba a quedarme allí esperando a que me echara.

—¿Y qué te hace pensar que te hubiera echado?

—Es lo que hace siempre. Diez segundos encantador y después el capullo insoportable.

Suspira exasperado.

—¿Y qué hay de ti? Te pasas poniéndome ojitos la mitad del tiempo y llamándome gilipollas la otra mitad.

—Porque se lo merece.

—¿Los ojitos o llamarme gilipollas?

Parece que otra vez tiene ganas de jugar, pero yo comienzo a desesperarme. Discutir con él es agotador.

—Señor Riley —resoplo.

Mi comentario hace que su sonrisa se ensanche.

—Me hace gracia que sigas llamándome señor Riley —dice dando un peligroso paso hacia mí.

—No quiero tomarme más licencias —murmuro abrumada por sentirlo tan cerca.

—No deberías —susurra.

Está tan cerca que ya puedo sentir su cálido aliento sobre mis labios. Dios, no quiero estar en ningún otro lugar ahora mismo.

—Lo recordaré la próxima vez que me bese —replico ahogando un suspiro en mis palabras.

Aunque quiero mostrarme molesta o por lo menos irónica, sentirlo así anula todo lo demás. Su mirada sobre la mía se hace más intensa. Ese brillo tan perturbador se ha instalado en sus preciosos ojos azules.

—No habrá próxima vez, aunque me muera de ganas.

Nuevamente sin dar más explicaciones, decide dar la conversación por terminada. Gira sobre sus talones y se marcha. Esta vez no lo detengo. No puedo. Lo que ha dicho y cómo lo ha dicho me han dejado inmovilizada, permitiéndome únicamente la posibilidad de observarlo mientras me pregunto ¿por qué?

Cuando decepcionada llego de nuevo hasta los chicos, Lauren y Álex no están. James me tiende una copa con una sonrisa cómplice.

—Iba a salir a fumar un cigarrillo y te he visto. ¿Todo bien?

—Todo bien —respondo automática. Lo último que necesito es hablar de ello.

Imagino que James sabe que acabo de mentirle descaradamente, pero aun así me da un poco de cuerda y decide aceptar mi respuesta.

En ese momento una música de lo más familiar comienza a sonar. Antes de que pueda identificarla, Álex tira de mí hacia la pista de baile.

—¡Es nuestra canción! —grita entusiasmo mientras me arrastra esquivando a un montón de personas que lo dan todo en la pista de baile—. Me ha costado media hora de flirteo con el disc-jockey, pero lo he conseguido.

En el centro de la pista nos espera Lauren y, cuando nos reunimos, comenzamos a bailar y a cantar a pleno pulmón el *Mama Luba* de Senebro. Nuestro ruso deja mucho que desear, pero, tal y

como ocurría en los viejos tiempos, lo pasamos genial. Incluso consigo que por un instante lo que me dijo Ryan Riley deje de tener importancia.

Antes de que pueda darme cuenta, un chico tira de mi muñeca y me atrae hacia él.

—¿Qué haces? —me quejo zafándome de su mano.

Es un chico de unos treinta años con pinta de ejecutivo pasado de copas.

—Venga, vamos a bailar.

Da un paso hacia mí y yo rápidamente reacciono empujándolo. Lauren y Álex se percatan de lo que ocurre y se colocan a mi lado.

—¿Por qué no te largas de una vez? —le pido.

—Vamos, baila conmigo —vuelve a decir intentando agarrarme de la cintura.

—No pienso bailar contigo.

—Déjala en paz, tío —clama Álex.

El tipo vuelve a intentar cogerme y yo vuelvo a empujarlo.

—Lárgate, gilipollas —le digo.

—¿Y si no quiero? —me espeta con chulería.

—La señorita te ha pedido amablemente que te largues.

La voz de Ryan Riley se abre paso desde la espalda del chico. Es curioso cómo ni siquiera ha necesitado gritar, la música se ha aliado con él para resultar de lo más intimidatorio.

—Coño, Riley. ¿Qué haces aquí?

—Evitar que sigas haciendo el gilipollas —contesta como si fuera obvio.

—Que esta chica trabaje para ti no significan que sea tuya.

—No podrías estar más equivocado.

¿Qué?

—Y ahora lárgate —continúa—. No pienso repetirlo.

—¿Y si no quiero?

Ryan Riley dedica al infinito su media sonrisa un segundo antes de darle al tipo un puñetazo y mandarlo al suelo. Todas las personas que bailaban a nuestro alrededor se giran y se alejan alarmadas. Yo observo al chico tumbado en el suelo quejándose de su mandíbula y alzo mi mirada, que se entrelaza al instante con la de Ryan Riley. Se está controlando, pero puedo sentir su monumental enfado desde aquí.

Sin decir nada, me coge de la mano y, tirando toscamente de mí, me hace cruzar la pista de baile.

—¿Dónde vamos?

—Fuera —masculla.

—No quiero ir fuera —replico enfadada. Me hace caminar más rápido de lo que mis tacones me permiten—. Vas a hacer que me caiga —me quejo, pero no ralentiza su paso.

Cuando por fin salimos del local, el señor Riley me suelta la mano y, antes siquiera de que la idea se cristalice en mi mente, lo abofeteo.

¡Estoy furiosa!

Él se lleva lentamente la mano a la mejilla y me mira con los ojos absolutamente endurecidos. Empiezo a arrepentirme de lo que he hecho.

—¿Me has abofeteado? —pregunta con sus ojos clavados en los míos y con esa voz suave como el terciopelo pero tan dura, durísima.

—Sí —musito y no sé muy bien cómo me envalentono—, porque no puedes hacer esto. No puedes comportarte como si estuvieras celoso, besarme, pasar de mí y después aparecer de la nada y salvarme.

Él da unos pasos hacia mí e instintivamente yo los doy hacia atrás.

—No voy a dejar que ningún imbécil te ponga las manos encima y no puedes imaginar lo poco que me importa que te guste o no. No pienso disculparme por ello.

—Claro que no. Tú jamás te disculparías por nada.

Su arrogancia y su enfado alimentan el mío.

—No tengo por qué hacerlo.

—Pues yo tampoco. Además, ningún imbécil puede tocarme a mí pero a ti sí puede susurrarte cosas la primera rubia estúpida que lo intente.

—¿Qué? —pregunta confuso.

—Te vi en la barra con esa chica.

Al caer en la cuenta de a quién me refiero, sonrío, pero apenas dura un segundo en sus labios.

—Esa chica no era nadie. Por el amor de Dios, sólo fui amable. No le hice el más mínimo caso.

—Por mí puedes revolcarte con medio club. Me da exactamente igual. Pero deja de hacer esto, porque esta misma noche acabas de decirme que no volverás a besarme nunca.

—Sé lo que he dicho —replica alzando la voz.

—Pues entonces...

—Entonces —me interrumpe—, está claro que estás volviéndome loco.

Ryan Riley camina los pasos que nos separan, toma mi cara entre sus manos y me besa. Vuelvo a sentir sus perfectos labios sobre los míos y le respondo. Me besa sensual y salvaje, despertando todo mi cuerpo, haciendo que se llene de ansia por él.

Se separa de mí, me coge brusco de la mano y me lleva hacia un callejón apartado unos metros de la entrada del club. Me deja caer contra la pared y me aprisiona entre ella y su cuerpo. Sigue besándome apremiante y yo sigo recibéndolo, llamándolo. Nunca me había sentido así, rendida por completo con un solo beso.

Suspiro contra sus labios cuando noto su mano subir desde mi rodilla, por debajo de mi vestido, hasta mi muslo.

—Maddie.

La voz de Lauren es casi un susurro en el que se mezclan la alarma y un reproche inusitado en ella.

Ryan Riley y yo nos separamos al instante. Por un momento nos miramos directamente a los ojos antes de intentar recolocarnos la ropa todo lo rápido que podemos.

Su mirada está llena de deseo, como seguro que lo está la mía.

El señor Riley se separa de mí, pero no se marcha. Yo estoy de pie sin saber muy bien qué hacer. No me gusta cómo me mira Lauren. Nunca lo había hecho de esa forma.

Tras unos segundos de lo más incómodos en los que ninguno de los tres habla, Lauren balbucea una pobre excusa y regresa al club.

Solos de nuevo, quiero decir algo pero no se me ocurre el qué. Lo observo. Está nervioso y también enfadado, pero parece un enfado diferente. Tiene las manos en la cintura y no ha vuelto a mirarme desde que nos separamos.

—Vuelve dentro, Maddie.

—No —protesto.

—Maldita sea. Vuelve dentro.

Por fin me mira. Sus ojos brillan y el deseo sigue allí, pero ahora entremezclado con la frustración y la rabia apenas contenidas.

Asiento nerviosa, tímida, intimidada, pero sobre todo dolida por su reacción. Rezo por oírlo salir atropellado detrás de mí y tomarme por el brazo para que no me marche, pero no lo hace.

Todo esto debería valerme para darme cuenta en el lío en el que me estoy metiendo. Sin embargo, ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en lo bien que me he sentido en sus brazos y las ganas que tengo de que vuelva a besarme de esa manera tan salvaje.

Entro en el local y, cuando apenas llevo unos pasos, alguien me toma del brazo. Sé que es Lauren.

—Maddie, siento mucho haberos arruinado —hace una pausa tratando de encontrar la palabra adecuada— el momento.

—No has arruinado ningún momento, Lauren —murmuro.

—Vale. Entonces ya no me siento tan mal preguntándote esto: ¿qué estás haciendo? Es Ryan Riley, un arrogante, irascible...

—Para, Lauren —la interrumpo—. Me sé la lista de memoria, créeme.

—Mujeriego —sentencia a pesar de mis palabras.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Mientras, la voz de Emeli Sandé cantando *Heaven*

hace que centenares de personas en la pista de baile agiten sus brazos en el aire cruzado por láseres de colores.

—No vas a decirme nada que no me haya dicho yo antes. Sé quién es, Lauren.

—Pues, sí lo sabes, no entiendo a qué estás jugando. Va a hacerte daño.

—Me gusta muchísimo.

Mis palabras la dejan boquiabierta. Al ver que no reacciona, alzo la cabeza y suspiro exasperada. Realmente es lo último que necesito, que al decirlo en voz alta parezca que haya violado la Convención de Ginebra.

—Lo siento, Maddie. Me ha pillado por sorpresa —se disculpa intentando mostrar un cambio de actitud—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis liados?

—¿Qué? No estamos liados.

—¿Y qué estabais haciendo en ese callejón tan pésimamente iluminado? ¿Contaros historias de miedo?

—Lauren, sólo nos hemos besado dos veces. Ahora y ayer en su despacho.

—¿Qué? —grita escandalizada—. ¿En su despacho? —pregunta con una voz extremadamente baja para compensar el tono anterior.

—Me beso él a mí.

—¿Y te gustó?

—Mucho.

—Te estás metiendo en un lío gordísimo —me dice con una débil sonrisa llena de empatía.

—Lo sé —musito.

Realmente lo sé. Esto no tiene ninguna posibilidad de acabar bien para mí.

Lauren coloca su brazo en mi hombro y me obliga a caminar de nuevo hacia la pista de baile donde cantan casi como si fuera un mantra *Oh heaven, oh heaven, I wake with good intentions*. Me parece que en este club no soy la única que se deja arrastrar y hace lo que se muere de ganas por hacer aunque no deba.

—O a lo mejor no sale mal y eres lo que necesita para dejar de devorar almas humanas —apunta absolutamente convencida y su comentario me hace sonreír sinceramente.

El resto de la noche consigo desconectar de Ryan Riley intermitentemente. Me río, me divierto, pero no puedo evitar pensar en cómo me pidió que me marchara. Tengo la sensación de que estaba arrepentido de lo que pasó, sobre todo si recuerdo lo claro que dijo que, aunque se muriese de ganas, no volvería a suceder. Pero ¿por qué? Creo que lo peor de todo es no ser capaz de entenderlo.

Llego a mi apartamento a una hora totalmente indecente. Me meto en la cama e intento relajarme y dejar de pensar. Sin embargo, me duermo repasando todo lo que ha sucedido esta noche e involuntariamente sonriendo como una idiota cuando he revivido el maravilloso beso de Ryan Riley.

El domingo pone el punto y final a una semana horrible. Como siempre que tenemos una resaca descomunal, los Hannigan y yo pasamos el día en el parque de la plaza Washington, comemos los revitalizantes perritos del puesto de Joe y vemos las horas pasar tumbados en el césped. Todo desde

detrás de nuestras gafas de sol.

Me siento cansada física y emocionalmente. No paro de repetirme que necesito dejar de darle tantas vueltas a todo, pero la teoría es infinitamente más fácil que la práctica.

De vuelta en casa, James prepara macarrones con queso, otro clásico de los días de posfiesta, y vemos *El soltero de oro*, la película favorita de Álex.

Cuando suena el despertador a las siete de la mañana, lo primero que mi mente aún adormilada piensa es que es lunes y existe la más que probable posibilidad de que vea a Ryan Riley en la oficina.

Delante del espejo, después de haberme cepillado los dientes, recogido el pelo y maquillado, golpeo nerviosamente uno de mis Oxford blancos contra el suelo. Me observo con mi vestido rosa con flores blancas bordadas en la parte de abajo que suben hasta la cintura y con una estratégica abertura para dejar el inocente tramo de espalda bajo mi nuca al descubierto. Y me doy cuenta de la estupidez que he hecho. He elegido esta ropa pensando en estar guapa para él y es lo último que debería permitirme hacer en estos momentos. ¡Basta de Ryan Riley!

A pesar de mi propio sermón, no me cambio de ropa.

Puntual como un reloj, saludo a Ben camino de los ascensores. Para mi sorpresa, Bentley no está en la oficina. Dejo mi bolso en el perchero y me siento a mi mesa. Enciendo el ordenador y pocos segundos después tengo su agenda ante mí. No tiene ninguna reunión. Es extraño que se retrase, nunca lo hace, aunque en realidad tampoco creo que tenga importancia.

Ha pasado una hora y Bentley aún no ha llegado. Sopeso la idea de llamarlo para ver si está bien pero, al fin y al cabo, él es el jefe. Si quiere venir más tarde y no llamar, está en su perfecto derecho.

Ya son casi las doce y Bentley aún no ha dado señales de vida. Comienzo a preocuparme seriamente. Cojo el móvil y vuelvo a sopesar la posibilidad de llamarlo. ¿Y si está tirado en el suelo, atrapado por una viga en su apartamento en llamas, confiando en que su fiel asistente se dé cuenta de su ausencia y lo rescate? De acuerdo que es poco probable, pero no imposible. Cuando estoy a punto de deslizar mi dedo pulgar sobre el botón de llamada, mi jefe entra en el despacho.

—Buenos días, Maddie.

Interior y gafas de sol. Parece que la juerga para algunos continuó el domingo.

—Buenos días, Bentley.

Se mete en su despacho y se deja caer sobre la silla absolutamente destrozado. No puedo evitar sonreír. Nunca imaginé que trabajaría para uno de los mejores editores del país y que lo vería de resaca en menos de una semana.

—Maddie, por favor, ve al archivo, encuentra las fotos que hizo Ross del Maxwell Padafield y llévaselas a Max.

—No te preocupes.

—Dile también que quiero ver el artículo de Harry Mills con los cambios que le pedí antes de que lo envíe a rotativas. Déjale bien claro que ese artículo no se imprimirá si no lleva mi firma o la de Ryan.

—Entendido.

Antes de marcharme al archivo, voy hasta los ventanales del despacho de mi jefe y echo las persianas. Me lo agradece con algo a medio camino entre un suspiro y un gruñido, lo que me hace volver a sonreír.

Cruzo la redacción y no puedo evitar mirar a mi alrededor buscando a Ryan Riley. Me permito decir una única vez que me muero de ganas de verlo. No pienso caer en la autocompasión y la autodestrucción a partes iguales un lunes por la mañana.

Cuando abro la puerta del archivo, me llevo exactamente el mismo susto que me llevé el viernes al volver a encontrarme a Lauren fumando un cigarrillo sentada sobre los archivadores del fondo.

—Podrías poner un letrerito en la puerta. Me vas a matar de un susto —protesto.

Lauren sonríe por respuesta indicándome así lo poco que le importa mi salud cardiovascular.

—¿Qué tal el domingo? —pregunta.

—Nada del otro mundo. Resaca.

Me coloco frente al enorme archivador junto a la puerta. No medirá más de un metro de altura, pero ocupa media pared de ancho. Sólo abrir el cajón ya supone un esfuerzo considerable.

—Lo mismo digo —contesta en cuclillas sobre uno de los muebles para exhalar el humo de su última calada y tirar el cigarrillo por la ventana.

—Te vas a matar —le advierto divertida.

Lauren se sacude las manos, cierra la ventana y vuelve a sentarse sobre los archivadores.

—¿Te llamó?

—¿Quién?

No tengo ni idea de a quién se refiere.

—¿Quién va a ser? —me contesta con un mohín—. El señor Riley.

—Claro que no. ¿Por qué iba a llamarme?

—No lo sé, porque te echaba de menos —responde burlona.

Le lanzo lo que tengo más a mano: un dossier sobre las placas solares de fabricación china con policomponentes reciclados de la industria del motor. Más de cien páginas. Le ha dolido. Ella se queja y yo suelto una risilla malvada como respuesta.

—Me encanta ver que continúan encontrando la manera de divertirse en horario laboral.

Creo que al oír esa frase las dos hemos dejado de respirar al unísono. Alzo la mirada y veo al señor Ryan Riley en la puerta. Nos observa malhumorado con los brazos cruzados.

—Señorita Stevens, ¿no debería estar en su departamento haciendo el trabajo por el que le pago?

Lauren se baja de un salto de los archivadores, algo que tiene bastante merito ya que lleva unos Louboutin de muchísimos centímetros, y sale escopetada sin volver la vista atrás.

Yo bajo la mirada rápidamente y vuelvo a concentrarme en los archivadores. Estoy muy nerviosa y se nota por la torpe manera en la que paso las carpetas.

Puedo sentir cómo me sigue observando desde la puerta.

Tras unos segundos, suspira bruscamente y entra en la diminuta habitación cerrando la puerta tras de sí. Está muy cerca, tanto que puedo sentir la suave tela de su precioso traje carbón rozar mi hombro desnudo.

Esa electricidad tan familiar vuelve a rodearlo todo, a tirar de mí, a despertar mi cuerpo. Siento su olor a gel de afeitado y lavanda fresca. Es delicioso.

Mi respiración se acelera presa de toda esta situación, de su proximidad, y me alegro sobremanera al comprobar que a él le pasa lo mismo.

El señor Riley se inclina sobre mí. Sin saber muy bien de dónde saco el valor y me giro para que estemos frente a frente. Sus preciosos ojos azules se posan en los míos. Creo que son los más maravillosos que he visto nunca. Brillan de deseo y, el saberlo, enciende aún más mi piel. Bésame, bésame por favor.

No dice nada, sólo me mira. Deja que el sonido de nuestras respiraciones llene el ambiente, aislándonos del mundo que sigue girando a unos pasos de nosotros.

Estira su mano y por un momento creo que va a tocar la mía. La idea me coloca casi al borde del colapso, pero en el último segundo la desvía, coge una carpeta y, suspirando bruscamente, se dirige de nuevo hacia la puerta. Visiblemente molesto, se pasa una mano por el pelo justo antes de salir de la habitación.

Con la respiración jadeante, observo la puerta sin comprender muy bien todavía que es lo que ha pasado, pero con mi cuerpo pidiendo a gritos que regrese.

Apoyo las dos palmas de las manos sobre los centenares de carpetas del cajón aún abierto. Todavía puedo sentir su olor. Necesito unos minutos para recuperarme.

Mientras estoy en el ascensor bajando para ver a Max, me preocupa que resulte demasiado obvio lo alterada que estoy. Lo cierto es que lo único que quiero hacer es correr hasta su despacho y pedirle que me bese de nuevo. Sacudo la cabeza para hacer desaparecer esa idea. No pienso plantarme delante de él, pedirle algo así y ver cómo, con casi toda seguridad, se ríe de mí. Aunque no siempre aparezca, y a menudo en los momentos más inoportunos, tengo dignidad.

Le doy al jefe de Maquetación, del que siempre me sorprende lo joven que es para tener un puesto de tanta responsabilidad, las fotografías de Ross y le comunico la orden de Bentley. Él asiente y me responde que no tengo por qué preocuparme. El artículo estará sobre la mesa de Bentley mañana a primera hora.

Cuando regreso de nuevo a mi oficina, me acerco al despacho de mi jefe y golpeo la puerta abierta con suavidad. Sigue exactamente dónde y cómo lo deje.

—Max ya tiene las fotos del Maxwell Padafield. Ha prometido que tendrás el artículo de Harry Mills sobre tu mesa mañana a primera hora.

—Gracias —responde él en un tono casi inaudible.

—¿Quieres un café? —pregunto compasiva y divertida a la vez.

—Lo necesito.

Vuelvo a cruzar la redacción y voy hasta el pequeño cuarto de descanso de la planta. Comienzo

a cargar la cafetera, aunque lo cierto es que no sé cómo lo toma. Me llevo la lata de moca a los labios mientras pienso si alguna vez le he escuchado pedir café. Al final decido arriesgarme con un café solo con azúcar. La elección estándar del ejecutivo medio.

Cuando Bentley lo ve, sonrío pero no se incorpora de la silla. Desde luego su resaca debe ser monumental.

Lo dejo en la penumbra de su despacho y me siento a mi mesa para continuar con el trabajo. El cierre de la revista es mañana y todo tiene que estar perfecto.

Poco después de la una, Bentley me llama. Sonríó una vez más ante el panorama que me encuentro. Sigue recostado sobre su sillón aún con sus Ray-Ban Aviator puestas.

—¿Pero se puede saber qué hiciste anoche?

—Muchas cosas, ninguna buena —susurra.

Mi sonrisa se transforma casi en risa.

—Te daría el título de asistente más adorable del mundo si bajaras a buscarme algo de comer, por favor.

—¿Y me harías un cartelito para la mesa con mi nueva condición? —pregunto con sorna.

—Y hasta una placa para la puerta.

Sin que la sonrisa me abandone, cojo mi bolso y salgo de la oficina. Mientras estoy en el ascensor rodeada una vez más de ejecutivos del Riley Group, se me ocurre una idea genial. En la planta baja camino hasta el mostrador de seguridad y le pregunto a Ben dónde puedo encontrar a George, el chófer. Hace una llamada y me comunica que me espera en el parking.

—Hola, George —lo saludo al encontrarnos en el garaje.

—¿En qué puedo ayudarte, Maddie?

—Necesito que me lleves al parque de la plaza Washington y me traigas de vuelta en unos quince minutos, ¿podrás?

—Sí, claro.

—Es una sorpresa para Bentley —aclaró.

George me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. Me cayó bien al instante y sé que el sentimiento fue mutuo.

—Si quieres que lleguemos al Village y volvamos en tan poco tiempo, tendremos que ir en el A8 —me anuncia mientras nos acercamos a un imponente coche negro.

—¿El A8?

—Sí, el Audi A8. Uno de los coches del señor Ryan Riley.

Nuestras sonrisas se vuelven traviesas como la de dos niños que están comiendo galletas sin permiso.

Se trata de un flamante Audi A8 negro. Parece exactamente lo que es, el espectacular coche del CEO de una de las empresas más importantes del país.

Me abre la puerta del copiloto y me monto encantada. Por dentro es tan lujoso como por fuera.

El interior es de distintos tonos de grises. Me gusta que no sea color crema como casi todos los coches caros. Así tiene más estilo.

—¿Podemos escuchar música? —le pregunto cuando ocupa su asiento.

—Claro. Pero te advierto que toda la música que hay es del señor Riley.

Aprieto uno de los botones de la pantalla que sube desde el salpicadero y comienza a sonar *Ho Hey*, de The Lumineers. Es una de mis canciones favoritas. Nunca hubiera dicho que el señor Riley escuchara este tipo de música. Sonríe como una idiota ante este detalle y tengo que frenarme a mí misma para no imaginarnos en este mismo coche, escuchando esta misma canción y quizá besándonos salvajemente sobre esta misma tapicería.

George atraviesa el tráfico de Nueva York y detiene el coche frente al puesto de Joe en la entrada del parque. Compró tres perritos completos y tres Coca-Colas heladas y regresamos a la oficina. Sólo tardamos diecisiete minutos. Sin duda debe ser un récord mundial o algo parecido.

Salimos del coche y le entrego uno de los perritos y uno de los refrescos a George.

—Esto es para agradecerte el favor. El mejor de la ciudad —le grito mientras corro parking a través.

Su «*gracias, Maddie*» lo oigo de lejos justo antes de llegar al ascensor.

Entro en la oficina y coloco la bandeja de cartón sobre la mesa de Bentley. Él me mira extrañado, o por lo menos eso creo, porque sigue con las gafas de sol, y después de nuevo la comida.

—Es el mejor remedio contra la resaca. Eficacia garantizada.

—¿De dónde los has sacado?

—Una chica tiene sus trucos.

Él sonrío y yo le respondo de igual forma.

—Y ahora come tranquilo. Yo me encargo de todo.

Me giro para volver a mi mesa.

—No, Maddie, espera. Come conmigo.

—¿Seguro? —pregunto extrañada.

Bentley no contesta. Se limita a hacerme un gesto con la cabeza del que después se arrepiente por el mareo que le provoca.

Me siento en la silla al otro lado de la mesa, reparto los perritos y abro los refrescos. Tras el primer bocado, Bentley suspira encantado.

—Está buenísimo, Maddie.

—Lo sé —contesto satisfecha por haber acertado—. Y ya verás cómo tu resaca mejora milagrosamente.

Sonríe mientras continúa comiendo. Bentley es un tipo genial como jefe y sospecho que como amigo.

—Con este almuerzo acabas de convertirme en la mejor ayudante que he tenido.

—Gracias, aunque no te creo. Debes haber tenido un montón de ayudantes.

—No tantos, aunque en siete años... —Calla un momento, como si cayera en la cuenta de algo—. ¿Siete años ya? Empiezo a sentirme demasiado viejo.

Ambos sonreímos.

Le doy un trago a mi Coca-Cola. Está helada y deliciosa.

—Tuvo que ser emocionante refundar una revista.

Recuerdo lo que leí en aquellos artículos sobre él.

—Lo fue —dice acercándose la lata de refresco a los labios—. Todavía recuerdo el primer día que Ryan y yo pusimos los pies en esta revista.

—¿Quién era el editor entonces? Supongo que sería el responsable de la refundación.

—Fue Ryan.

—¿Qué?

Es absolutamente imposible.

Bentley me mira sonriente por la expectación que acaba de despertar en mí. Deja la lata sobre la mesa y se incorpora.

—Desde que éramos niños, Ryan siempre quiso ser arquitecto. El último año de instituto su padre le dijo que se olvidara de esa tontería, que debía estudiar empresariales como habían hecho su hermano y él mismo. Ryan sabía que era inútil discutir, pero también tenía claro lo que quería, así que se matriculó en empresariales y, a escondidas, en arquitectura. Acabó licenciándose suma cum laude en las dos.

Uau. Ahora entiendo su admiración por Harry Mills.

—¿Y qué dijo su padre?

—Estaba encantado. Nunca le he visto más orgulloso de que le desobedecieran. Como regalo de graduación, le compró una revista de arquitectura decadente y ruinoso y Ryan la convirtió en lo que es hoy.

—Sabía que había sido el Riley Group, pero nunca hubiera imaginado que fue él personalmente.

—Tendrías que haberlo visto. Mejor que cualquier máster de gestión de publicación. Fue espectacular. Así es Ryan cuando quiere algo, implacable.

Estoy anonadada. Ryan Riley es el responsable de una de las conversiones más geniales de la historia de la prensa escrita actual.

—¿Y desde entonces eres editor jefe?

—Sí.

Su voz está llena de orgullo.

—Debe confiar mucho en ti.

—Igual que yo en él. La lealtad es muy importante para los dos.

Sabía que Bentley podría darme otra imagen del señor Riley, pero nunca pensé que sería la de un arquitecto idealista que se convirtió en lo que quería a pesar de todo.

—No imaginaba que fuera así —susurro.

Bentley sonríe.

—Ryan no es como se empeña en hacer creer que es. El problema es que a veces incluso él mismo lo olvida.

Esa frase despierta aproximadamente un millón de preguntas en mí, pero antes de que pueda hacer ninguna llaman suavemente a la puerta. Alzo la mirada y veo a un hombre de treinta y tantos entrar con paso firme y rodear la mesa hasta colocarse frente a Bentley. Es alto, corpulento y guapo, y no ha dejado de sonr er desde que ha entrado.

— Resaca, Sandford?

Bentley se señala las gafas de sol como única respuesta.

—Menuda juerga os corristeis anoche mi hermanito y t .

Entonces el hombre perfectamente enchaquetado repara en mi presencia.

—Disculpa mis modales. Soy Spencer Riley —dice tendi ndome la mano.

Cuando mi mente racionaliza el nombre que acaba de oír, me levanto como un resorte.

—Señor Riley.

 Por qué todos los Riley me pillan siempre con la guardia baja?

—Tranquila. Puedes sentarte. Yo no soy mi hermano.

Los dos hombres se miran y se sonríen cómplices. Parece que la sombra del irascible señor Riley es alargada.

—Es Maddie Parker, mi ayudante —me presenta Bentley.

—Encantado, señorita Parker.

Spencer Riley me tiende la mano y entonces caigo en la cuenta de que antes no se la di.

«Con los Riley siempre dando una buena impresión, Parker.»

—Maddie, señor Riley —contesto estrech ndosela.

—Spencer —replica divertido.

Justo después me hace un gesto con la cabeza para que vuelva a sentarme y él lo hace en el lateral de la mesa.

Ahora que lo miro con más detenimiento me doy cuenta de que se parece a Ryan. Los dos son altos y muy guapos, aunque Spencer lo es de una manera más calmada y serena, sin ese magnetismo salvaje de Ryan.

—Estábamos hablando de tu hermano —comenta Bentley.

— De lo encantador que est  últimamente? —pregunta Spencer sardónico.

Bentley vuelve a sonr er.

—El sucio bastardo me tuvo bebiendo bourbon hasta las seis y cuarto de la mañana.  D nde demonios estabas?

—En casa, con mi mujer y mis hijos. Ya no tengo treinta años —contesta como si fuera obvio.

Bentley se queja de la espantosa mañana de resaca que lleva y Spencer se queja de no poder

tenerla ya. Nos reímos muchísimo. Spencer Riley es divertidísimo y, por la manera en la que habla con Bentley, se ve que son muy buenos amigos. Los imagino a ellos con Ryan Riley en la época de la universidad quemando la ciudad de bar en bar.

En mitad de todo aquello y sin que ninguno de los tres nos demos cuenta, Ryan Riley entra en el despacho. Está enfadado, sus ojos lo demuestran. Centra su mirada en mí durante un segundo, que rápidamente me levanto, y después la dirige a su hermano y a Bentley.

—¿Qué es esto? Joder, a veces tengo la sensación de que soy el único que trabaja aquí.

—Hola a ti también, hermanito —lo saluda socarrón.

—¿Y a ti qué coño te pasa? Esto parece una cueva —le pregunta malhumorado a Bentley, que no se molesta en contestarle.

Diligente, voy hasta los ventanales y subo las persianas. El cambio de luz molesta a Bentley, que se revuelve en su silla y deja caer las gafas de sol. Me agacho, las recojo, las limpio con suavidad en el bajo de mi vestido y vuelvo a colocárselas.

—¿Mejor? —inquiero con dulzura.

—Mejor.

—Señorita Parker, tres cafés.

Ordena, ya que en absoluto pide, el señor Riley sentándose en la silla que antes ocupaba yo. Tardo un segundo en reaccionar. Mi trabajo no es traer cafés a las reuniones improvisadas, aunque no me importa hacerlo, pero agradecería un «por favor» o un «gracias».

—Supongo que, aparte de servir de entretenimiento al señor Sandford y a mi hermano en la hora del almuerzo, podrá traernos tres cafés —comenta presuntuoso.

¿Qué le pasa? A veces me sorprende lo capullo que puede ser utilizando una sola frase.

Le miro a los ojos y están endurecidos hasta parecer casi metálicos. Sabía que estaba muy enfadado, pero como siempre tengo la sensación de que parte de ese enfado es por mí y ni siquiera sé qué he podido hacer para molestarlo de esta manera.

Me gustaría gritarle que no soy el entretenimiento de nadie, él incluido por si lo dudaba, pero no quiero montar una escena delante de Bentley y Spencer.

—Ahora mismo, señor Riley —musito apartando mi mirada de la suya y saliendo del despacho.

—Joder, Ryan —oigo protestar a Bentley cuando me marchó.

Camino de la sala de descanso pienso de cuántas maneras diferentes podría envenenar el café del señor Riley. Todavía no puedo creer que me haya tratado así, aunque tampoco sé de qué me sorprende. No es la primera vez que se comporta como un perfecto gilipollas y a estas alturas debería tener claro que no será la última. De cualquier forma, debo agradecerle que lo haya hecho. Todo el tiempo que me imagino asesinándolo, al menos no lo hago besándolo.

Regreso con una coqueta bandeja y tres cafés en ella. Con mi entrada los tres se callan y, aunque intento obviarlo, noto su mirada clavada en mí, siguiéndome por toda la habitación mientras dejo con cuidado los cafés de Bentley y Spencer sobre la mesa.

—Gracias, Maddie, eres un sol —se apresura a decirme Bentley.

—No hay de qué, es mi trabajo.

Con menos cuidado, aunque sin llegar a ser brusca, coloco el café de Ryan Riley en la mesa.

—Su café, señor Riley.

Mi voz es fría y seca. Ahora mismo estoy muy cabreada con él. Sin ninguna duda de que fuera a pasar lo contrario, toma su café y no se molesta en darme las gracias. Bentley lo mira con cara de pocos amigos, pero él frunce el ceño como si no supiera cuál es el problema y comienza a beber.

Malhumorada, regreso a mi mesa y me sumerjo de lleno en el trabajo. Sin embargo, me resulta muy complicado, ya que, cuando accidentalmente llevo la mirada hacia la oficina de mi jefe y veo a Ryan Riley, siempre acabo teniendo las mismas tres reacciones sincronizadas al segundo. Primero me quedo embobada con alguna parte de su anatomía, como sus ojos, o algún gesto, como apartarse el flequillo de la frente con la mano o llevarse los dedos a sus sensuales labios. A veces es el conjunto en general con pregunta retórica incluida: ¿estará tan abrumadoramente atractivo sin traje como con traje?

Después llega la segunda reacción: el vertiginoso enfado conmigo misma, por permitirme estos momentos que claramente no me ayudan en nada, y con él, por ser tan capullo (y tan atractivo).

Y por último, la tercera fase: el autoengaño. No es él, es el traje. Seguro que, lo llevara quien lo llevase, el efecto sería el mismo.

El final siempre es igual. Me pongo los ojos en blanco a mí misma y vuelvo a intentar concentrarme en el trabajo.

Ya llevan un par de horas en la oficina de Bentley. Yo he adelantado bastante a pesar de mis constantes interrupciones-fantasías. Sólo me queda imprimir los últimos archivos y habré terminado por hoy.

—Señorita Parker —me llama el señor Riley—, vaya a mi despacho, busque en mi ordenador el archivo 226 en la carpeta Ixium, imprímalo y tráigalo.

—¿En su ordenador?

¿En su despacho? Pensé que ahí se guardaban todos los secretos de Estado de esta empresa. Me sorprende que me dé libre acceso a él.

—Sí, mi ordenador, esa cosa blanca y brillante. Estoy seguro de que, si lo busca con atención, lo encontrará.

Y nuevamente el premio al gilipollas del año es para el señor Ryan Riley.

Giro sobre mis talones y salgo de la oficina farfullando y protestando por haber sido tan estúpida de dejar que me besaré dos veces. Alégrate, Parker —me animo—, odiarlo es mucho mejor que desearlo en secreto. Aunque me temo que, en mi caso, son las dos caras de una misma moneda.

Saludo a Tess y le indico que el señor Riley me ha pedido que imprima una información de su ordenador. Ella me dedica una amable sonrisa y me hace pasar.

Muevo el ratón y la pantalla se enciende instantáneamente. No voy a sentarme en su silla. No quiero tomarme más licencias, me digo irónica mientras pongo los ojos en blanco.

Busco la carpeta Ixium pero no la encuentro. Pruebo a mirar en documentos recientes, quizá la haya abierto hace poco. Cuando la pestaña se despliega, sorprendida veo un archivo fotográfico con

el nombre «Maddie», mi nombre. Sería demasiada casualidad que fuera de otra chica. Sin embargo, con un mujeriego como se supone que es, supongo que esa posibilidad deja de ser tan remota. Sé que no debería, pero la curiosidad puede conmigo y pincho sobre el archivo JPG. Casi no puedo creerlo cuando veo una foto mía en Santa Helena. Estoy sentada en la arena al atardecer y llevo una enorme sudadera roja con capucha de James. Tengo las piernas recogidas con mis propios brazos; el pelo, suelto, alborotado por el viento; el rostro, bañado por los últimos rayos de sol, y sonrío feliz.

Es una de las fotografías que le mande desde mi móvil por error pensando que era la documentación de Harry Mills, pero él me dijo que las había borrado. De hecho, tras un rápido vistazo compruebo que de toda la carpeta que envié sólo ha conservado ésta.

No sé qué pensar. Resulta de lo más agotador. El jefe arrogante, presuntuoso e insufrible que de repente guarda una foto mía en su ordenador. ¿Por qué se comporta así?

Lucho por reactivarme. Torpemente, por lo nerviosa y perpleja que aún me siento, busco la carpeta Ixium e imprimo el documento 226. Con el papel en las manos, me aseguro de cerrar todos los archivos y me dirijo hacia la puerta del despacho. Cuando estoy a punto de alcanzar el pomo, alguien la abre desde el otro lado. Alzo la mirada y, aunque debería sorprenderme, no lo hago al darme cuenta de que es el señor Riley.

Entra y sin ni siquiera mirarme camina hasta su mesa y comienza a buscar entre las carpetas que tiene apiladas en una esquina de su escritorio. Sigo sin entender por qué está tan enfadado y, lo que es peor, tengo la sensación de que no hablándome me está castigando y eso ya me parece el colmo.

—Señor Riley, ya he impreso el documento 226, así que regreso a mi mesa.

—Sí, no vaya a ser que Bentley necesite que vuelvan a colocarle las gafas de sol y usted no esté allí para hacerlo.

Al oír sus palabras, me detengo en seco y me vuelvo hacia él, que ni siquiera se ha molestado en mirarme para decirme semejante lindeza.

—La próxima vez también podría pasarle la mano por el pelo, ya sabe, para relajarlo.

No tengo por qué soportar esto. Estoy muy cabreada desde que me mandó a por los cafés.

—A lo mejor el problema es que necesita que se la pasen a usted.

—No se preocupe. Yo tengo todas mis necesidades bien cubiertas.

Suena tan arrogante que resulta odioso, pero por algún motivo también increíblemente atractivo. Creo que es esa cara de perdonavidas.

Comienzo a sentir un calor inusitado mientras la sensación de que me muero porque me toque a pesar de cuánto le odio en este momento va creciendo más y más dentro de mí.

—Apuesto a que con alguna rubia estúpida.

—O con varias.

Se acabó. Tengo ganas de gritar y de llamarlo gilipollas y de tirarle cosas y de besarlo y de quitarle el traje y de desnudarme para él. ¡Qué frustrante es todo esto!

—Es realmente odioso.

Giro sobre mis pies y camino hacia la puerta, pero él sale corriendo tras de mí. Cuando apenas la he abierto, la cierra de golpe a mi espalda con la palma de su mano y se queda detrás de mí, tan

peligrosamente cerca. Siento su acelerada respiración a mi espalda y otra vez todo vuelve a empezar, otra vez toda esa electricidad envolviéndonos. Siento de nuevo su olor. Han pasado casi ocho horas y sigue oliendo deliciosamente bien. Es casi una tortura.

—Te advertí de que no podías tomarte estas licencias —susurra con la voz más sensual que he oído en mi vida.

—¿Y qué hay de usted? —musito.

Se deja caer sobre mí. Hunde su nariz en mi pelo e inspira suavemente. Al notar su cuerpo contra el mío, suspiro presa de un placer anticipado que recorre mi piel, mis venas, cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Dios, Maddie —murmura.

—Esto es una locura —contesto ahogando un nuevo suspiro en mis palabras.

Siento su mano deslizarse hasta el centro de mi vientre y apretarme contra él. Suspiro otra vez, casi gimo.

—Lo sé —vuelve a murmurar—. Lo sé. —Y algo en su voz ha cambiado.

Ryan Riley se separa de mí dejándome totalmente desamparada. Apoya su frente sobre mi cabeza una vez más, apenas un segundo, y finalmente se incorpora.

—Será mejor que vuelvas a tu mesa.

A la vez que pronuncia estas palabras, para mí las más tristes, retira lenta, casi agónicamente, su mano de mi vientre.

Asiento y sin mirar atrás salgo del despacho. Tengo unas horribles ganas de llorar. Me alegro de que Tess no esté. Me pregunto si el señor Riley le habrá dicho que se marchara. No me gusta esa idea. No quiero acabar siendo la comidilla de toda la empresa, aunque en el fondo sea verdad y lo merezca.

Respiro hondo antes de salir a la redacción, pero no es suficiente. Algunas lágrimas comienzan a rodar descontroladas por mis mejillas. Todo esto es demasiado complicado e intenso para pretender que no me afecte. Me apoyo contra la pared e intento recuperar la compostura, pero lo único en lo que puedo pensar es en él. Respiro hondo de nuevo temiendo que no pueda contener más el llanto. Me seco las lágrimas bruscamente con el dorso de la mano y me envalentono para salir. Que un par de redactores me vean con los ojos enrojecidos es mucho mejor a que el señor Riley salga y me encuentre llorando como una magdalena.

Antes de regresar a mi mesa voy al baño. Me lavo la cara con agua helada y consigo disimular mis ojos vidriosos.

Cuando vuelvo al despacho de Bentley, el señor Riley aún no ha llegado. Dejo el papel sobre la mesa de mi jefe y sonrío para disimular el huracán que ahora mismo me asola por dentro.

—Bentley, son casi las cinco, ¿te importa si me marchó ya a casa?

—Claro que no. Gracias por todo lo de hoy, Maddie.

—No tienes que dárme las.

Él me sonrío por respuesta.

—Adiós, Spencer —me despido del mayor de los Riley.

—Hasta mañana, Maddie.

Los dos me miran con cierta ternura y bastante empatía y por un momento me preocupa que sepan lo que ha pasado en el despacho de Ryan Riley. Sin embargo, acto seguido comprendo que no se trata de eso. Su compasión la despierta lo capullo que ha sido conmigo aquí y eso, francamente, ya no sé si ni siquiera me importa.

Una parte de mí me dice que debería esperar a que regresara para marcharme, pero lo cierto es que necesito salir de aquí, alejarme de él, tranquilizarme y pensar.

Llego a casa una media hora después. Lo primero que hago es quitarme el vestido y ponerme el pijama: desde que el mundo es mundo, el uniforme oficial de los deprimidos o de los que, como es mi caso, no tienen ni remota idea de qué hacer con sus vidas.

No quiero estar sola, no después de haberlo sentido tan cerca, así que, sin ni siquiera ponerme los zapatos, toda una costumbre por mi parte, cruzo el rellano y voy hasta el apartamento de los Hannigan. Cuando Álex me abre protestando por James y los dos se echan a reír treinta segundos después, me doy cuenta de la gran suerte que tengo de poder contar siempre con ellos. Son como mi otra familia.

Pedimos unas pizzas a Lombardi's y nos pasamos la noche jugando a las cartas, al Gin para ser más exactos. Álex nos da una soberana paliza y pierdo cinco dólares. Sin embargo, los considero los que mejor he invertido en mi vida. He dejado de pensar en Ryan Riley aunque sólo sea un rato y la pesada carga de mi estómago se ha vuelto un poco menos sorda.

Pero, cuando vuelvo a mi silencioso apartamento y me meto en la cama, todo se recrudece. Lo ocurrido con Ryan Riley se repite en mi mente una y otra vez y, sobre todos los recuerdos, uno en particular me hace imposible dormirme: su voz susurrante, cómo pronunció ese «Dios, Maddie», llenándome por dentro como nunca nadie lo había conseguido.

Estoy muy cerca de pasarme la noche en vela si sigo así y necesito dormir, relajarme un poco. Enciendo la pequeña televisión de mi dormitorio y me quedo dormida con Jimmy Fallon y su *late night* de fondo. Lo último que recuerdo es que, ya con los ojos cerrados, me río con un chiste genial sobre Nixon, el Empire State Building y los sacapuntas de colores, aunque no soy capaz de recordar el chiste en sí.

Me despiertan los rayos de sol antes de que lo haga el despertador. Anoche debí olvidar correr las cortinas.

Aprovechando que me he levantado con tiempo, he estado bajo el agua más de media hora. Me ha servido para pensar con más claridad, siempre he creído que el agua caliente tiene ese efecto, y llegar a la conclusión de que tengo que intentar racionalizar todo lo relativo a Ryan Riley y, sobre todo, ahora que aún tengo la mínima posibilidad de no salir muy mal parada, tengo que procurar ser fuerte y mantenerme alejada de él.

Envuelta en una toalla, voy hasta la habitación y enciendo el iPod. Inmediatamente la música de Franz Ferdinand comienza a sonar y ya me siento un poco mejor. Me pongo un vestido azul marino con estampados de pájaros blancos y mis botas de media caña marrones. Me hago un moño alto de bailarina y me cepillo los dientes.

Cojo una manzana y me la como camino del metro. Hoy es un día importante en la revista y quiero llegar lo antes posible. El cierre de edición suele ser una locura en cualquier redacción. Imagino que ésta no será una excepción.

Tras el metro y caminar un par de manzanas, llego al precioso edificio del Riley Group. Después de todo lo que descubrí ayer, me pregunto si Ryan Riley tuvo algo que ver en su diseño.

Estoy a punto de perder el ascensor, pero uno de los ejecutivos que van dentro mantiene la puerta abierta. Se lo agradezco y me escabullo hasta el fondo. Mientras espero paciente a que llegue a la planta veinte, entre parada y parada, no puedo evitar escuchar la conversación que el amable ejecutivo mantiene con su compañero.

—Riley está insoportable. No ha aceptado ni uno solo de los puntos del acuerdo con los surcoreanos y casi se come a Mackenzie por el error del contrato con Julian Dimes.

—¿Sólo eso? Ayer creí que iba a despedir a todo el departamento de Contabilidad. Nunca ha tolerado los errores y mucho menos la incompetencia, pero de un tiempo a esta parte está siendo...

El hombre calla ante las palabras que iba a pronunciar. Su interlocutor sonrío.

—Puedes decirlo, un bastardo exigente.

—Siempre ha sido un bastardo exigente —le corrige—, por eso es el mejor, pero ahora está

cabreado con el mundo.

Los dos ejecutivos se sonríen con frialdad por lo acertado del comentario y yo me descubro frunciendo los labios a punto de saltar para defenderlo. Es el jefe y, si quiere ser exigente o muy exigente, puede serlo. Pero no voy a montar una escena. La asistente del editor poniendo a dos ejecutivos en su sitio defendiendo al jefe de todo esto. Un titular horrible.

Me bajo en la planta diecisiete para no seguir escuchándolos y subo los tres pisos restantes por las escaleras.

Al llegar a la redacción me encuentro lo que ya me esperaba. Decenas de personas corriendo como locas, teléfonos sonando y ordenadores prácticamente echando humo.

Cuando entro en mi oficina, dejo mi bolso en el perchero y compruebo si Bentley ha llegado. Lo ha hecho, aunque ahora no esté en su despacho. Como siempre, enciendo el ordenador y reviso su agenda. Mientras organizo su correo, un portazo me sobresalta. Es Bentley y está enfadadísimo.

—No lo puedo creer. No lo puedo creer —farfulla dando pequeños paseos frente a mi mesa.

—¿Qué ha ocurrido?

Ha conseguido alarmarme.

—Vengo de Maquetación. Un problema informático ha arrasado con sus ordenadores. Toda la maquetación de este número se ha perdido, incluyendo el diseño de portada y el artículo de Harry Mills. ¡Joder! —grita exasperado.

—¿Y aún no lo han solucionado?

—Sí, afortunadamente sí, pero no han podido recuperar el trabajo. Tendremos suerte si la revista entra en rotativas a última hora.

—Seguro que llegará a tiempo. —Me tomo un segundo para pensar—. Sólo tenemos que agilizar el trabajo. Conservas tus correcciones manuscritas de los artículos, ¿verdad?

Bentley asiente.

—Se las entregaremos a cada redactor y ellos realizarán los cambios para que lleguen a Max listos para entrar en la maqueta.

—Perfecto.

El rostro de mi jefe cambia visiblemente. Sigue estresadísimo, pero vislumbra una esperanza.

—Mandaremos al diseñador a trabajar directamente en la portada —continúa—. Las pruebas de impresión ya están hechas, así que podrá empezar directamente con los colores y el grafismo que quiera.

—¿Y qué hacemos con el artículo de Mills? No hay corrección manuscrita.

—Pero tenemos la última prueba que le enseñe a Ryan. Seguro que la tiene en su despacho. Trabajaremos a partir de ella.

Sonríó pero en mi mente rezo para que no me pida a mí que vaya a buscarla. Me he propuesto mantenerme alejada de él e, ir a su despacho cuando no llevo ni una hora en el edificio, no me parece lo mejor para lograrlo.

—Maddie, busca las copias manuscritas de los redactores y repártelas. Después baja y

explícale a Max todo el plan. Yo voy a hablar con el departamento de Diseño Gráfico para que envíen a alguien a Maquetación y después recogeré el artículo de Mills.

«Un reparto de trabajo extraordinario, jefe.»

Asiento y comienzo a buscar las correcciones en las carpetas de la estantería mientras Bentley sale disparado hacia Diseño Gráfico.

El día se convierte en una auténtica locura. Ni siquiera tenemos tiempo para comer. Lauren se apiada de mí y me trae un sándwich de ensalada de pollo de Marchisio's y yo me apiado de Bentley y lo comparto con él.

Tengo que aguantar unos diez minutos de fingida conversación de estos dos tortolitos conmigo para que puedan dedicarse todo tipo de miradas y sonrisitas. Sin embargo, como siempre, Lauren se marcha sin que ninguno de los dos se atreva a dar el paso.

No he visto al señor Riley en toda la mañana y lo agradezco. Ya que está claro que no soy capaz de asimilar lo poco que me conviene, cuanto más lejos me mantenga de él, mejor. Además, hoy necesito estar concentrada.

Hacia las seis la nave está casi salvada. Todos los redactores entregaron sus artículos y la revista está maquetada. Max y los chicos hicieron un trabajo genial con la portada. Y Bentley estuvo extraordinario reescribiendo el artículo de Harry Mills. Nunca deja de asombrarme su talento.

Ahora estoy sentada a mi mesa, con los cascos puestos, escuchando música y trasteando un poco con el ordenador, mirando mi Facebook, el correo, nada importante. No me he marchado a casa porque debo esperar a que Max me envíe un mensaje al móvil para poder bajar a recoger la prueba completa de la revista, enseñársela a Bentley y, cuando la haya revisado y firmado, devolvérsela a Max para que entre en rotativas.

Ya no queda nadie en la redacción. Con todo el trabajo y el estrés que hemos tenido, Bentley ha decidido que se fueran marchando a casa conforme fuesen acabando. Todo está en calma y silencio. La perfecta contraposición a cómo estábamos hace unas horas.

Escucho *Crazy*, de Au Revoir Simone. Una canción que cuadra perfectamente con este momento.

Uh, you girls, you drive me crazy.

Uh, you girls, you drive me crazy.

Aunque estoy sola, canto bajito. Me da vergüenza pensar que alguien pueda oírme.

Me parece oír un ruido. Alzo la mirada pensando que es Bentley, pero estaba equivocada. Sonrío nerviosa al ver al señor Riley guapísimo como si no hubiera un mañana junto a mi mesa. Me observa con una preciosa sonrisa colgada en sus labios. Sus ojos denotan algo de sorpresa, aunque no sabría decir por qué. Ya no lleva la chaqueta, lo que es casi peor, porque deja al descubierto la forma tan atractiva en la que le caen los pantalones azul marino sobre las caderas. Tiene la corbata gris marengo algo aflojada y, como siempre, una inmaculada camisa blanca, ahora remangada hasta los codos.

Tardo unos segundos en reaccionar, vaya novedad, pero cuando lo hago me quito los cascos de un tirón y me levanto rápidamente.

—Ya he terminado todo el trabajo —me disculpo, aunque no sé muy bien por qué lo hago—. Sólo debo esperar a que Max mande un mensaje para recoger la prueba de la revista.

Él no dice nada, pero tampoco aparta sus maravillosos ojos de mí. La canción continúa sonando a través de los cascos abandonados en la mesa. Me gustaría decir algo, pero parece que, una vez más, todas y cada una de mis neuronas prefieren suspirar y contemplarlo a ayudarme a soltar algo inteligente.

¿Por qué no dice nada él? Continúa observándome y yo me siento tímida y halagada al mismo tiempo. Estoy a punto de bajar la cabeza ruborizada, pero con el sentimiento inmenso dentro de mí de que no quiero que deje de contemplarme por nada del mundo.

En ese momento el pitido de mensaje entrante suena en mi iPhone.

—Es Max —musito señalando el teléfono que cojo nerviosa antes de rodear mi mesa para ir hacia la puerta.

Al pasar junto a él, la electricidad que se crea entre nosotros se vuelve aún más fuerte y turbadora. En estos instantes sólo quiero que me tome entre sus brazos y me bese. Las mariposas revolotean en mi estómago a una velocidad de vértigo. Me siento revolucionada por dentro y, sin quererlo, he recibido una dura lección: puedo pasarme el día entero sin verlo, esforzándome en no pensar en él, pero el verlo sólo un segundo, aunque no me toque, aunque ni siquiera me hable, hace que todo mi cuerpo se rinda. Nunca había sentido nada remotamente parecido por otro hombre.

Ya en el ascensor respiro hondo y logro recuperar la compostura.

En Maquetación, Max me espera sentado en la mesa de su secretaria. Parece totalmente agotado, con unas ojeras casi infinitas y los vaqueros y la camiseta manchados de tinta.

—Llevo aquí desde las cuatro de la madrugada —dice entregándome la prueba de la revista—. Estoy deseando irme a dormir. No nos conocemos mucho, pero eres mi mayor esperanza. Haz que la firmen, Maddie.

Yo sonrío y cojo la carpeta que me tiende.

—No te preocupes, en diez minutos estarás saliendo del edificio.

—Te tomo la palabra y te advierto de que éste es un momento crucial para nuestra futura amistad.

Mi sonrisa se ensancha hasta convertirse casi en risa y vuelvo al ascensor. Justo al salir de él, recibo un mensaje de Bentley: Estoy en el despacho de Ryan. Tráeme la prueba aquí.

«Genial.»

Y por un momento no sé si con sorna o no.

Tess ya se ha marchado. Me acerco a la puerta del despacho del señor Riley, que apenas está encajada, y me dispongo a llamar.

—Por el amor de Dios, Ryan. Echa un polvo porque estás insoportable.

La grave voz de Spencer retumba por todo el despacho y mis nudillos se detienen a escasos centímetros de la puerta.

—Que te den, Spencer —le contesta su hermano malhumorado.

—El problema es que Ryan se nos ha vuelto un tanto exquisito y no le vale cualquier chica — continúa Bentley.

No puedo negar cuánto interés acaba de despertar en mí esa frase.

—¿Qué? —inquire Spencer sorprendido y sin ocultar ni un ápice la diversión que la situación le provoca—. ¿Y quién es?

—No tengo ni la más remota idea —responde Bentley.

—Vamos, hermanito. ¿Es una de esas chicas con pinta de supermodelo que te siguen como un perrito?

—No —responde tajante Bentley—. Si fuera una de ellas, no habría ningún problema.

—¿Una chica de la oficina, entonces?

¿Qué?

Debo recordarme que estoy escuchando sin que me hayan invitado porque la última pregunta de Spencer me hace casi gritar.

—Joder, dejarlo ya. —Está verdaderamente irritado—. No hay ninguna chica. Ni necesito echar ningún polvo.

—Es cierto. Con ese carácter de mierda que te gastas últimamente necesitarías por lo menos un maratón de una semana —responde Spencer justo antes de que Bentley y él mismo se echen a reír.

—Largaos de aquí. ¿No tenéis trabajo que hacer?

—¿Torturarte no es un trabajo? —pregunta un jocosos Bentley.

Ryan farfulla algo que no logro entender completamente exasperado. Realmente está de un humor de perros.

—Vale, cálmate —le pide su amigo en tono de tregua—. Además, quiero que hablemos de algo.

—¿El qué?

—Tienes que relajarte un poco con Maddie Parker.

¿Qué? ¡¿Qué?!

—No sé de qué estás hablando —se defiende.

—Sí lo sabes. Es una buena chica y tú, por algún motivo, te estás comportando como un auténtico cabrón con ella.

—¿Qué pasa? ¿Quieres follártela? —pregunta molesto.

—No. —Puedo notar la sonrisa de Bentley aún sin verla—. ¿Y tú?

—Claro que no —responde sin dudar.

Siento una punzada de desilusión en el estómago. Reconozco que no era la respuesta que esperaba.

Oigo a Bentley acercarse a la puerta y rápidamente llamo.

—Adelante —dice Ryan Riley dándome paso.

Empujo la puerta y entro en el despacho. El señor Riley me mira apenas un segundo y después

clava su vista de nuevo en el ordenador. Su apariencia casa totalmente con lo que mostraba su tono de voz. Parece cansado, exasperado y enfadado. Una gran combinación.

—Bentley, te traigo la prueba de la revista.

—Genial.

Mi jefe me coge la carpeta de las manos y va hasta la mesa de Ryan Riley, que al oír que traía la revista se ha levantado y sale a su encuentro. Spencer los observa apoyado en uno de los archivadores.

—La portada es fantástica —comenta el señor Riley y por un momento parece que parte de su ira se ha evaporado.

Esta revista debe significar mucho para él si el hecho de que salga todo bien le calma instantáneamente.

Pasan con cuidado cada una de las páginas y comentan y señalan entre ellos.

—No sé cómo puede importaros tanto esa revista —se queja Spencer.

Ambos lo ignoran y siguen revisando la prueba.

—Has hecho un trabajo genial, Bentley —dice su amigo orgulloso a la vez que se incorpora.

Mi jefe sonrío, se saca un bolígrafo del bolsillo trasero de los vaqueros, firma la portada y vuelve a meterla en la carpeta. Finalmente se incorpora, camina hasta mí y me la entrega.

—Dile a Max que puede entrar en rotativas. Después puedes irte a casa. Hoy has hecho un gran trabajo, Maddie.

Una sonrisa casi infinita henchida de orgullo se abre paso en mis labios.

—Gracias.

Salgo del despacho feliz laboralmente pero, como ya comienza a ser desastrosamente habitual, confusa emocionalmente. ¿Tan claro tiene que nunca se acostaría conmigo? ¿Y por qué me afecta tanto que así sea?

«Porque tú sí que te acostarías con él.»

Max casi me abraza de la alegría cuando le digo que la prueba está firmada.

Cuando llego a mi apartamento, estoy cansadísima. Me dejo caer en el sofá sin ni siquiera quitarme el bolso. El día ha sido agotador y escuchar esa conversación entre los Riley y Bentley ha sido la guinda del pastel.

Decido que me he ganado una cerveza y con tal propósito voy hasta la nevera y cojo una Budweiser helada. Sin embargo, como dicen que beber solo nunca es una buena idea, cojo otras dos cervezas y voy a casa de los Hannigan.

—¿Qué celebramos? —pregunta James al verme con los botellines al otro lado de su puerta.

—Mi primer cierre de revista —contesto orgullosa.

—Bravo, Parker. Estoy muy orgulloso de ti —responde tomando una de las Budweiser.

Sonrío y le doy un trago a mi cerveza mientras entro en el apartamento.

—¿Dónde está Álex? —inquiero extrañada al no verla por aquí quejándose.

—Se está arreglando. Tiene una cita.

—¿Qué? ¿Con quién?

Estoy muy sorprendida. No me ha contado nada.

James bebe un largo trago de su cerveza dejándome claro que, sea quien sea el afortunado, no le hace ninguna gracia.

—Con Charlie —responde, casi sentencia, al fin.

—¿Qué?

Mi tono ha pasado de sorprendido a escandalizado.

—Sí. Es mi mejor amigo y va a revolcarse con mi hermana.

James se revuelve como si un escalofrío de pura aversión le hubiera recorrido todo el cuerpo. En ese momento Álex aparece en el salón con un precioso vestido.

—Eres lo peor —protesto muy seria—. Te ibas a una cita con Charlie y no pensabas contármelo.

Ella me mira sin saber muy bien qué responder.

—Tendrías que haberlo hecho desde el principio, porque así podría haberme pasado más tiempo torturando a James.

Mi sonrisa tiene un rápido reflejo en la de Álex, que comenzaba a sentirse de lo más culpable, mientras James me dedica un mohín y se deja caer en el sofá.

—¿Charlie? —pregunto acercándome a ella.

Asiente algo ruborizada y mi sonrisa se hace aún más amplia.

—Charlie es un tipo fantástico —sentencio.

—Charlie es un capullo —se queja James.

—Hannigan, nosotras no dijimos nada cuando tú te liaste con Lauren —comento.

Álex vuelve a asentir, esta vez entusiasmada. Parece que en la discusión que deben haber mantenido durante toda la tarde olvidó este crucial argumento.

—Eso era diferente.

—¿Por qué? —pregunta Álex.

James abre la boca dispuesto a decir algo y vuelve a cerrarla. Vuelve a abrirla y vuelve a cerrarla.

—No lo sé, pero era diferente —concluye absolutamente exasperado.

Álex y yo nos echamos a reír.

—Diviértete —le digo mientras la observo meter el móvil y demás en su *clutch* de fiesta—. Y quiero todos los detalles.

—Cuenta con ello. *Ciao*, hermanito.

Un enfurruñado James no contesta mientras bebe su cerveza.

—Hannigan —le reprendo.

—Que te diviertas, hermanita —se despidе de mala gana.

La acompaño hasta la puerta y cierro tras ella.

—¿Qué te apetece hacer?

—Morirme.

—James —le reprocho con una sonrisa—, qué dramático.

—Y tú, ¿qué tal estás?

—Bien.

Salvo por el hecho de que tiene claro que no se acostaría conmigo.

—Mentirosa.

Vaya, parece que hoy no está de humor para concederme más treguas.

—Estoy bien —me reafirmo.

—No, no lo estás. Tienes ganas de morirte como yo, así que, vamos, admítelo.

—No pienso hacerlo.

—Tienes ganas de morirte porque ese megamillonario tipo el gran Gatsby pasa de ti.

No puedo evitar sonreír ante la comparación.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí lo es. Así que reconócelo para que podamos pasar de cenar y directamente bebamos como cosacos hasta caer rendidos.

—James —me quejo, aunque no voy a negar lo atractiva que comienza a parecerme esa idea.

—Sólo dilo y serviré dos vasos de whisky escocés con soda.

Realmente atractiva.

—Y mucho hielo.

—Tengo ganas de morirme —claudico al fin.

—Gracias —dice justo antes de levantarse e ir hasta la cocina para preparar las prometidas copas.

Niego un par de veces con la cabeza mientras sonrío al comprobar cómo James acaba de conseguir que admita algo que, por otra parte, supongo que debe de resultar de lo más obvio.

—¿Tan mal te ha sentado que Álex salga con Charlie? —pregunto a la vez que me levanto y camino hacia la cocina.

Se toma unos segundos para pensar su respuesta.

—Supongo que no —contesta echando el whisky en los vasos.

El hielo se revuelve y resquebraja al contacto con el cálido líquido.

—¿Entonces?

—Es un poco de todo. No voy a negar que no me gusta que mi mejor amigo y mi hermana salgan juntos, pero es sólo la gota que colma el vaso. Hay que añadir el hecho de que no tengo trabajo y mi

padre me presiona, y que Lauren ha vuelto, y me alegra, pero no me alegra tanto verla tontear con tu jefe.

Yo finjo una cara de absoluta sorpresa, a la que James me devuelve el gesto universal de «a otro perro con ese hueso».

—Pero, sobre todo —continúa— es por ti. Sé que no quieres hablar —se anticipa a la interrupción que pensaba hacerle— y me parece bien, pero sé que necesitas desahogarte. Os vi juntos en el club. Me di cuenta de cómo te miraba y me di cuenta de cómo lo mirabas tú. Te conozco demasiado bien, Parker.

Sonrío aunque no me llega a los ojos y cojo la copa que me tiende.

—Salud —digo levantándola.

James sabe que con ese gesto acabo de darle la razón.

—Salud —responde devolviéndome la sonrisa.

Nos bebemos un par de copas más mientras nos sumergimos en una sesión doble con Peter Sellers. Primero *Hay una chica en mi sopa* y después *I love you, Alice B. Toklas!* James pretende que me beba una tercera, pero le recuerdo que mañana tengo que estar, bloc de notas en mano, en una reunión del Riley Group y necesito tener una concentración sin fisuras casi felina.

Llego a mi apartamento cansada y con la mente aturdida por el sueño, la cerveza y los dos whikies con soda. Me quito el vestido y, sin ponerme el pijama, me meto en la cama. El estrés de todo el día ya evaporado ha dejado paso a un satisfecho cansancio y todo unido consigue que me quede dormida prácticamente en minutos.

El despertador suena a las siete y lo apago de un golpe. Doy un par de vueltas en la cama y finalmente me levanto. Aún algo adormilada, camino hasta mi armario y pienso qué ponerme. Me decido por mi vestido blanco. Es un vestido precioso con mangas al hombro cortado a la cintura. Tiene encajes en el bajo y otros que forman la silueta de una mariposa justo bajo la nuca y ocupando todo el hueco entre los omoplatos. Añadiré mis botas de media caña camel con tachas. Me siento con las energías renovadas.

Me doy una ducha y me seco el pelo con secador. Como cada vez que consigo que me quede ondulado y algo rebelde, opto por dejármelo suelto. De vuelta en el dormitorio, me visto en apenas un par de minutos.

Desayuno huevos revueltos, bacón y una taza de café. Me cepillo los dientes, me maquillo y me retoco el pelo.

Ya estoy lista para un nuevo día, uno importante además, hoy es mi primera reunión conjunta del Riley Group.

Justo después de saludar a Ben, mi iPhone comienza a sonar. Tras un vistazo a la pantalla, descuelgo rápidamente. Es Bentley.

—Maddie, he tenido que salir a una reunión muy urgente en el West Side. Parece ser que van a demoler el viejo hotel Alexander Maritiman. Me suena a tirar la piedra y ver las hojas que mueve, pero nunca se sabe.

—No te preocupes. Comparado con el cierre de ayer, hoy va a ser un día tranquilo. Si te parece bien, le diré a Lewis que te sustituya en la reunión con los redactores.

—No, prefiero que la cambies a mañana.

—Está bien.

—Y lo más importante, probablemente llegue a tiempo pero, si no, quiero que vayas tú a la reunión del Riley Group. Ya hice que Ryan la cambiara de día, así que quiero que haya alguien en representación de la revista.

Todo mi estado zen recuperado esta mañana se ha evaporado por arte de magia.

—Pero, Bentley, esa reunión es muy importante y yo...

—Tú lo harás genial —me interrumpe—. Cuando llegue tu turno, te harán un par de preguntas sobre producción y poco más. No hagas caso a ninguna de las peticiones de Marketing y todo irá bien.

Lo último que quiero es ir sola a una reunión así. Además, mi primera del grupo. Y, además, con Ryan Riley. Pero ¿qué puedo hacer?

—De acuerdo.

Suspiro nerviosa.

—Nos vemos después.

—Llega a tiempo.

—Lo intentaré.

Bentley cuelga. Me quedo unos segundos observando el teléfono en mi mano. Finalmente respiro hondo y me encamino a los ascensores.

«Valor, Parker.»

Durante las primeras horas de la mañana no tengo mucho que hacer. La reunión no será hasta las once, así que aprovecho para adelantar trabajo.

La última vez que miro el reloj antes de levantarme resignada y salir del despacho son las once menos cuarto. Bentley no llegará a tiempo. Me doy cuenta de que, si tengo que enfrentarme a esto, lo mejor será no parecer un gatito asustado, así que vuelvo a respirar hondo y me parapeto tras mi fingida pose de «hoy es un día como otro cualquiera».

Cuando entro en la gigantesca sala de reuniones, estoy a punto de perder todo el valor autoinfundido. Su sola apariencia impresiona. Es enorme. Toda la pared frontal es una gigantesca cristalera del suelo al techo que permite ver cómo el precioso Central Park se yergue en mitad de los edificios más increíbles del mundo.

En el centro de la sala hay una mesa de reuniones de caoba, apuesto a que trabajada a mano. Debe haber espacio para una treintena de ejecutivos. Detrás de la silla de presidencia se levanta una especie de titánica columna forrada de maderas de diferentes tonos, imitando el tronco de un árbol. Una manera original y fantástica de separar espacios.

En la pared opuesta al magnífico ventanal está dispuesta una hilera de sillas para los asistentes y ayudantes y, sobre ellas, varios televisores LED se suceden anclados a la inmaculada pared color crema.

Doy un paso más hacia el interior, intentando no parecer demasiado impresionada. En ese

momento veo a Lauren salir de detrás de la enorme columna.

—Hola, chica —me saluda espontánea al verme.

—Hola —le respondo caminando hasta ella.

Lauren lleva una elegante falda de tubo gris y una camisa morada. Miro mi vestido blanco y mis botas y no puedo evitar volver a pensar que, una vez más, mi atuendo no es para nada el adecuado.

Al menos esta vez no me he confundido con la barra de labios.

—¿Dónde está tu jefe?

—¿Tu amor? —pregunto sardónica robando una uva de un perfecto racimo colocado sobre una mesita auxiliar a la espalda de Lauren. Ella me hace un mohín de lo más decadente que recibe mi sonrisa por respuesta—. Está en una reunión y no podrá venir. ¿Y tú qué haces aquí?

—Yo organizo la reunión.

—Que orgullosa estoy de ti.

Sueno irónica otra vez.

—Hoy te has levantado graciosa.

—Mecanismo de defensa para ocultar el pavor que me da estar aquí. Es mi primera reunión del Riley Group, y sin jefe.

—No te preocupes, todo irá bien. Normalmente estas reuniones suelen ser de lo más aburridas, aunque lo cierto es que la mañana ha sido una auténtica locura. Mi jefe está de los nervios porque el señor Riley, Ryan Riley —específica—, está apretando a todos los departamentos con la productividad, la eficiencia y esas cosas. Nunca ha sido el colmo de la amabilidad, pero de un tiempo a esta parte está insoportable.

Asiento y cojo otra uva mientras que, por primera vez, pienso si últimamente está de tan mal humor por nosotros, por lo que ha pasado y por lo que no. Me sorprende y casi inmediatamente me reprocho por fantasear con la idea de que él esté tan afectado como yo.

—Si vuelves a cogerme otra uva, te mataré —me espeta Lauren con una sonrisa que refuta totalmente esa posibilidad.

Yo levanto las manos en señal de tregua y, por supuesto, me alejo prudencialmente de la mesita auxiliar.

En ese mismo instante decenas de ejecutivos que estaban relajadamente charlando en la entrada y sus respectivos asistentes entran en tromba en la sala y a prisa comienzan a ocupar sus asientos. Justo después entra Ryan Riley, atractivo hasta decir basta con un traje de corte italiano negro, una camisa con finas rayas grises, negras y azules y una corbata gris oscuro.

Cruza la habitación con determinación hasta llegar a la cabecera de la mesa y se sienta.

—¿Qué te dije? Da miedo —me susurra Lauren a la vez que ocupamos nuestro sitios junto al resto de los asistentes en la hilera de sillas de la pared.

—Comencemos con la reunión —dice el señor Riley—. Señor Cooper, me gustaría que me explicara por qué seguimos sólo en el dos por ciento de reconversión ecológica en los edificios de Brooklyn.

—Señor Riley, son edificios viejos. El sistema de tuberías exige un coste en...

—¿Sabe lo que significa la palabra reconversión? —lo interrumpe con su tono de voz suave pero tremendamente duro, como si condensara toda la calma que precede a una tormenta.

—Sí, claro que sí —musita.

—Pues apuesto a que entenderá que, si fueran edificios nuevos y relucientes, no sería necesaria.

—Claro, señor Riley.

—La reconversión estará lista antes de septiembre. De ella dependen el agua caliente y la calefacción de esos edificios.

Levanta su vista de los gráficos que observaba y mira directamente a los ojos de su interlocutor.

—Y, señor Cooper, le advierto de que, si un sólo inquilino de esos inmuebles estornuda una sola vez porque usted no cumple con los plazos, le despediré, ¿entendido?

—Sí.

Mason Cooper tiene más de cincuenta años. Probablemente ya era alto ejecutivo cuando Ryan Riley iba a la escuela primaria, pero ahora acaba de recibir la reprimenda laboral de su vida.

Lauren y yo nos miramos de reojo y ella agita su mano con disimulo. Tiene razón. Está de un humor de perros.

Poco a poco se va merendando a los directores de cada departamento. Ninguno de ellos le tose, no porque sea el director ejecutivo de la empresa o el hijo del dueño, lo que se respira en esta sala es auténtico respeto y subordinación. Ryan Riley es el macho alfa. Un puesto ganado a pulso por la profesionalidad, la determinación y el carisma que irradia. Además, claro está, de esa cara de perdonavidas que suele poner y que le hace rematadamente sexi.

Casi cuarenta minutos después en los que he mirado la puerta con la esperanza de que Bentley apareciera en intervalos de dos minutos, llega el turno de *Spaces*. Trago saliva, intento olvidar lo nerviosa que estoy y me levanto.

—El señor Sandford no ha podido venir. No pudo aplazar una importante reunión.

Ryan Riley asiente sin mirarme.

—Señorita Parker, en el futuro le agradecería que no se apresurara a dar respuestas que nadie le ha pedido.

No sé dónde meterme. Tengo la sensación de haber empequeñecido hasta medir sólo dos centímetros.

—La revista produce beneficios pero es un gráfico plano. Su superávit no crece en los últimos dieciocho meses.

Ese comentario viene de una de las ejecutivas de Marketing. Teniendo en cuenta lo que dijo Bentley, mis enemigos naturales en esta reunión. Es una mujer pelirroja, muy guapa, que sonrío discreta aunque claramente encantada cuando el señor Riley, sin mirarla, asiente sus comentarios. Parece que ya tengo dos motivos para que sea mi enemiga natural dentro y fuera de esta sala.

—Creo que la clave está en la publicidad. Los estudios sobre nuestro público objetivo nos sugieren que las marcas más potentes de los principales sectores, como Hugo Boss, Gillette o Ford,

estarían interesados.

—Pero eso vulneraría por completo el espíritu de la revista —la interrumpo dando un paso hacia delante—. Nos leen profesionales del sector y entusiastas de la arquitectura. Si quisieran saber cuál es la colonia de moda o la mejor cuchilla de afeitar, leerían otras publicaciones. *Spaces* es un referente precisamente por ser lo que es, fresca, dinámica, y hablar de arquitectura. No es una colección de anuncios de cien páginas.

La pelirroja me mira con el ceño fruncido y el odio escapando por cada poro de su piel. De pronto un sepulcral silencio toma la sala. El resto de los ejecutivos me miran mientras esperan la reacción del señor Riley. Se les ve expectantes, sólo les faltan palomitas. Incluso el ninguneado Mason Cooper. Ya no me das ninguna pena.

Ryan Riley se gira lentamente hasta que sus ojos azules se encuentran con los míos. Me observan ardientes. Creo que casi podrían traspasarme. Comienzo a arrepentirme de esta especie de brote revolucionario. Su mirada se endurece y de nuevo parece metálica. Ahora mismo lo único que me mantiene en pie es la adrenalina corriendo por mis venas.

—Señorita Parker, parece que no puede guardarse sus opiniones para sí, así que lo mejor será que se marche. Esta reunión es para ejecutivos y sus ayudantes y, puesto que el ejecutivo al que usted asiste no se encuentra aquí, su presencia no tiene mucho sentido.

¿Qué? Me está echando. Me esperaba cualquier reacción menos ésa.

—¿No me ha oído? Márchese —repite sin alterar un ápice su tono de voz, con la mirada perdida de nuevo en sus papeles.

Enfadada como me he sentido pocas veces en mi vida, giro sobre mis talones y salgo de la sala. Cuando cierro la puerta, mis ojos se cruzan una vez más con los suyos y apuesto a que puede ver en ellos cómo me siento, porque durante un segundo hace un imperceptible gesto que lo muestra contrariado.

Cruzo la planta como una exhalación hasta llegar a los ascensores. Estoy más que enfadada. No creo que me mereciera ese trato. Pero ¿quién se cree que es?

«El jefe, el jefe de todo esto.»

Bajo hasta la planta veinte. Por fin en la oficina, y creyéndome a solas, suspiro bruscamente y lanzo un grito apenas conteniendo toda la indignación y la rabia que siento.

—Diría que la reunión ha ido muy bien.

La voz de Bentley desde su despacho me sobresalta. Pensé que aún seguiría en su reunión en el West Side.

—Qué pronto has vuelto —me disculpo acercándome hasta su mesa de arquitecto donde está trabajando con decenas de diapositivas esparcidas sobre ella.

—Tenía razón. No tenían ninguna idea en concreto. Sólo querían dejar saltar la liebre. Nunca demolerán ese edificio. —Hace una pequeña pausa y, sin dejar, de observarme sonrío—: ¿Qué ha pasado?

—Ryan Riley es un completo capullo —digo sin más.

Bentley ríe ante mi comentario.

—Lo siento. A veces se me olvida que es tu mejor amigo.

—Es cierto, es mi mejor amigo. Y, porque lo es, sé que en ocasiones puede comportarse precisamente así. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Me ha hecho quedar como una estúpida cría delante de un montón de ejecutivos del Riley Group. Sólo le ha faltado mandarme al despacho del director.

Mi jefe vuelve a sonreír sin apartar su vista de las diapositivas.

—Y todo porque no me quedé callada cuando una ejecutiva de Marketing que no paraba de hacerle ojitos propuso inundar la revista de publicidad.

—Bueno, estoy seguro de que le dejaste las cosas claras.

—Sí, pero el señor Riley se encargó de recordarme a mí y a todos los presentes que no soy más que una asistente bocazas.

—Estoy seguro de que él no te ve así.

—Tienes razón. Él, además, cree que soy idiota.

Bentley me sonríe una vez más por respuesta y yo decido sentarme en mi mesa y cubrirme hasta las orejas de trabajo. No quiero desperdiciar ni un segundo más hablando del señor Ryan Riley, director ejecutivo.

Apenas una hora después, Lauren se asoma a mi oficina. La reunión debe de haber terminado.

—Maddie, ¿comemos juntas?

—Sí, claro. Dame un segundo.

Me levanto y despejo algunos papeles de mi mesa.

—Te espero en el bar.

Desaparece sin darme tiempo a responder. Pero ¿qué le pasa? Mi pregunta se responde cuando veo a Ryan Riley apoyarse en el marco de mi puerta.

Lauren Stevens, eres una cobarde.

—Señorita Parker, quisiera ver las fotografías del...

—Bentley —me permito interrumpirlo a pesar de cuánto me intimida su mirada—, el señor Riley quiere hablar contigo. Me temo que, como soy una simple asistente, no podría atenderlo adecuadamente.

Mi voz está llena de desdén. ¡Sigo muy enfadada!

Ryan Riley frunce el ceño y su mirada perpleja se mezcla con algo de confusión.

Antes de que pueda reaccionar, salgo del despacho. Noto cómo apenas un segundo después, me sigue atropellado. Cuando entro en el ascensor, me escabullo hasta el fondo y observo las puertas suplicando mentalmente para que se cierren antes de que llegue. Pero justo al creer que ya puedo respirar aliviada, un ejecutivo lo ve a unos pasos y bloquea el ascensor para mantener la puerta abierta. Maldito Mason Cooper.

Entra y me busca con la mirada. Camina hasta el fondo del ascensor y se coloca a mi lado, pero estoy tan enfadada que me niego en rotundo a mirarlo.

El elevador comienza a bajar. Se detiene y arranca de nuevo en cada planta. Sube más gente que baja y poco a poco va llenándose. Noto cómo sus ojos azules están posados sobre mí. Sin que pueda hacer nada al respecto, mi respiración va acelerándose. Cuerpo traidor, su sola presencia le embauca.

Cuando el ascensor se para en la planta quince, Ryan Riley aprovecha el movimiento de ejecutivos entrando y saliendo y, de un paso, se coloca tras de mí. Yo intento alejarme, pero pone su mano en mi cadera y vuelve a atraerme hacia él.

Suspiro al sentir su cuerpo chocar contra el mío.

El señor Riley se inclina sobre mí. Su cálido aliento incita mi cuello. Sus labios casi rozan el lóbulo de mi oreja.

—Al ver cómo has defendido la revista, he querido abalanzarme sobre ti y follarte en la mesa de reuniones, pero soy el jefe y no puedo dejar que te comportes así, aunque eso me vuelva loco.

Sus palabras, pero sobre todo su voz, me estremecen. Todo mi cuerpo se enciende al pensar en lo que quería hacerme.

Lentamente desliza su mano desde mi cadera hasta el centro de mi vientre, electrificando mi piel a su paso.

—No quiero que te enfades conmigo.

Otra vez su voz, otra vez su espectacular y salvaje voz.

Su mano continúa su torturador viaje bajando por mi muslo hasta alcanzar el bajo de mi vestido. Ahogo un suspiro en el dorso de mi mano cuando lo remanga y toca mi piel. Con la misma lentitud vuelve a subir acariciando mi pierna, esta vez hasta mi ropa interior.

El deseo me está consumiendo.

Al tocar mi sexo por encima de la tela de algodón, su respiración se acelera. Tengo que taparme otra vez la boca con la palma de la mano para ahogar un nuevo gemido.

Estoy nerviosa, excitada, abrumada, confusa. Cualquiera de las personas de este ascensor sólo tendría que girarse para ver lo que me está haciendo, lo que está provocando en mí.

Ryan Riley desliza sus dedos bajo mis bragas y comienza a acariciar mi sexo lenta y seductoramente.

Intento controlar mi respiración, no gemir, pero cada vez es más difícil.

Esto es una locura.

Ryan vuelve a inclinarse y me besa justo debajo de la oreja a la vez que introduce dos de sus dedos en mi interior. La corriente eléctrica que desata en mí me hace volver a gemir y apenas puedo disimularlo.

—Ssssh —me pide al oído—. Ellos no pueden oírte, sólo yo.

Esto no está bien, no está bien. Podrían vernos. Él es el director ejecutivo de esta empresa, no puede perder la cabeza así. Pero al mismo tiempo no quiero por nada del mundo que se detenga. Se está adueñando del placer de mi cuerpo y yo deseo, necesito, que lo haga.

Vuelvo a ahogar un gemido.

Sus dedos continúan implacables, entrando y saliendo, moviéndose dentro de mí. El placer comienza a enredarse en cada centímetro de mi cuerpo. Me revuelvo contra el suyo pero Ryan me sostiene por la cadera y me estrecha aún más contra él. Entonces noto su erección dura y maravillosa contra mi trasero.

Posa el pulgar sobre mi clítoris añadiendo una nueva tortura. Lo acaricia, perfectamente acompañado con sus otros dedos que me penetran cada más rápido.

—Dios... —susurro en un tono de voz casi inaudible.

Cierro los ojos.

Me siento completamente entregada.

El placer amenaza con desatarse dentro de mí. Vuelvo a revolverme involuntariamente, acomodando mi trasero en su entrepierna. Su polla grande y dura papita tras sus pantalones a medida. Alzo el culo y busco de nuevo la fricción contra ella.

Ryan gruñe y acelera sus movimientos.

El ascensor se para en la segunda planta. Si nada lo remedia, alcanzaré el orgasmo rodeada de personal del Riley Enterprises Group.

Me agarro con una mano a su brazo lujurioso cuando todo mi cuerpo se tensa. Me llevo la otra a la boca y la muerdo para ahogar los gemidos que no consigo impedir pronunciar.

Ryan introduce sus dedos una vez más y hace un preciso círculo en mi interior con ellos. Deliro de placer y repito el mismo mantra en mi cabeza «no puedo gritar, no puedo gritar».

Apoya toda la palma contra mi sexo, introduce un tercer dedo y, tras varias estocadas, vuelve a repetir el mismo círculo, más largo, más profundo, más intenso. Y antes de que pueda darme cuenta, estallo en mil pedazos de placer. Un espectacular orgasmo recorre todo mi cuerpo y yergue cada una

de mis terminaciones nerviosas. Me aprieto contra su cuerpo, contra su erección y me agarro con fuerza a su antebrazo.

Quiero gritar a pleno pulmón, pero me contengo milagrosamente.

Tengo la sensación de que la temperatura en este ascensor ha subido a cien grados centígrados.

Ryan saca sus dedos de mí y con ese gesto vuelve a activar mi cuerpo. Ante mi atenta mirada, con una provocativa media sonrisa dibujada en sus labios, se los lleva a la boca y los chupa, saboreando los restos de mi placer. La imagen me abruma. Me parece lo más sensual que he visto en mi vida.

Las puertas del ascensor se abren en la planta baja. Sin saber si mis piernas serán capaces de hacerme caminar, doy un paso hacia adelante para disponerme a salir, pero Ryan me toma del brazo y me atrae de nuevo hacia él.

Mi respiración, que no había llegado a calmarse del todo, se vuelve irregular otra vez.

Tímida, alzo mis ojos y entrelazo mi mirada con la suya, que brilla de puro deseo.

Sin separarnos un milímetro el uno del otro y sin dejar de mirarnos por un solo segundo, esperamos a que las puertas vuelvan a cerrarse y se abran en el parking. Cuando las pocas personas que aún quedan en el ascensor se bajan, Ryan toma mi mano y me conduce por una puerta lateral hasta llegar a las desiertas escaleras.

Me empuja suavemente contra la pared. Ahora mismo sólo somos deseo y respiraciones aceleradas que poco a poco van devorando el silencio del lugar. Se toma unos segundos para contemplarme justo antes de besarme de la manera más salvaje y apremiante en la que lo han hecho nunca.

Vuelve a deslizar sus manos desde mis rodillas hasta mis caderas, remangando mi vestido a su paso. De un acertado tirón, rompe mis bragas y el sonido de la tela deshaciéndose me excita muchísimo. Torpemente, ahogada por el deseo, le desabrocho el cinturón y los pantalones y se los bajo lo suficiente para liberar su increíble erección.

Me levanta tomándome por las caderas y con un único movimiento entra en mí.

Inmediatamente toma mi boca para acallar el grito que sabía que daría al recibirlo.

Su miembro grande y duro lo llena todo, conquistando centímetros de mi interior inexplorados hasta entonces. Necesito un segundo pero no me lo da. Comienza a moverse con fuerza, sin piedad y me arrastra con él al placer más increíble y espectacular. Lo está dominando todo hasta apagar la parte racional de mi cuerpo.

Suspiro con fuerza.

Gruñe y yo enrosco mis piernas a su cintura. Así llega aún más profundo.

—Joder, Maddie —masculla contra mis labios.

Sus embestidas son cada vez más bruscas, más fuertes. Sus manos ancladas en mi culo me mantienen firme, mientras sus estocadas entran profundas con un ritmo endiablado que no me deja asimilar todo el placer que me está provocando.

Dios, es maravilloso.

Trato de controlar mi respiración, mi cuerpo, pero es una empresa inútil. Cada vez que su

miembro se desliza en mi interior, pierdo la cordura y sólo puedo sentirlo duro y grande dentro de mí.

Mis caderas se activan y salen en su busca y lo despiden impacientes.

—Maddie —vuelve a gruñir.

Nunca lo había sentido así, tan carnal, tan irracional.

Me besa el cuello, lamiendo con su cálida lengua el camino entre sus besos y entonces me muerde. El placer y el dolor se funden y sólo puedo agarrarme con fuerza a su espalda intentando no desvanecerme entre su boca, su miembro y todo mi placer.

Gimo aún más fuerte y echo la cabeza hacia atrás. Estoy perdida.

Sus movimientos se hacen todavía más implacables. Aún más fuerza, aún más brusco, más profundo, más delicioso, más todo. ¡Dios!

Hunde sus manos en mis caderas.

No aguanto más. Todo mi cuerpo se tensa y un segundo orgasmo aún más intenso que el anterior me invade y me sacude. Otra vez necesito gritar, pero su boca posee la mía. Continúa moviéndose, alargando mi clímax, haciendo que mi cuerpo se convulsione.

Su respiración es cada vez más acelerada. Sus brazos se tensan y sus manos se clavan aún con más fuerza en mis caderas. Me embiste una vez más haciéndome gritar contra sus labios y se pierde en mí susurrando mi nombre. El sonido más maravilloso y abrumador que he oído en mi vida.

Volvemos a ser únicamente respiraciones exhaustas y entrecortadas.

Cierra los ojos y apoya su frente en la mía.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero reconozco que no me importaría que el momento durara horas. Ya no tiene valor cuánto me enfadé o la indignación que me sentí hoy en la sala de reuniones, ni siquiera lo imbécil que ha podido ser conmigo. Ahora no puedo sentir más que su dulce aliento sobre mis labios, mi piel vulnerable por su contacto y su olor. Creo que su olor es lo mejor de todo.

Cuando vuelve a abrir los ojos, la determinación ha vuelto a ellos y con ella comprendo que lo ha hecho el señor Ryan Riley, mi jefe, no Ryan, el que me ha acariciado bajo el vestido en el ascensor.

Se separa de mí y suavemente sale de mi interior. Con cuidado me baja hasta que mis pies tocan el suelo.

Me gustaría decir algo, en realidad, preguntarle muchas cosas, pero no soy capaz de articular palabra.

Se abrocha los pantalones y por fin vuelve a mirarme directamente a los ojos. Los suyos encierran mucha confusión, pero siguen brillando de deseo.

Ryan Riley posa su mano en mi mejilla, alargando unos segundos de más su caricia, y finalmente se marcha, dejándome sola y echa un auténtico lío en las escaleras del parking del edificio del Riley Enterprises Group.

Me aseguro de llevar bien el vestido y de que mi pelo no dé muestras demasiado evidentes de lo que ha pasado y me dispongo a salir cuando recuerdo que mi ropa interior está rota y tirada en el suelo. Avergonzada con la idea de que alguien pudiera haberla encontrado, me agacho rápidamente y

la recojo.

Estoy conmocionada, más aún cuando caigo en la cuenta de que ni siquiera hemos usado protección. Doy volteretas mentales por haber decidido empezar a tomar la píldora hace unos meses, pero casi al mismo tiempo comienzan a flotar sobre mi cabeza decenas de panfletos de enfermedades de transmisión sexual. Ahora mismo me arrepiento de haberlos leído tan concienzudamente.

Voy hasta el vestíbulo, aunque no estoy muy segura de por qué. Ahora mismo, por mucho que lo intente, no soy capaz de pensar con claridad. Cuando las puertas del ascensor se abren, he de recordarme que tengo que salir. Pero apenas un par de pasos después vuelvo a quedarme inmóvil. El señor Riley está en el mostrador de seguridad hablando con Ben. Revisa unos papeles que el guardia le entrega. No se le ve alterado en absoluto. Nadie diría que acaba de tirarse a una empleada en las escaleras.

Decido armarme de valor y acercarme a hablar con él. Tengo muchas preguntas. La primera y más importante: ¿por qué ha hecho esto?

Necesito una respuesta. No puede actuar como cuando me besó, pretendiendo que lo olvide al instante y siga como si nada hubiese pasado.

Pero, cuando estoy a punto de dar el primer paso hacia él, oigo que me llaman desde algún punto del vestíbulo.

—Maddie, por fin llegas.

Lauren camina hacia mí desde la puerta principal. Al llamarme también despierta la atención de Ryan Riley, que repara en mi presencia. Por un segundo nuestras miradas vuelven a entrelazarse. No soy capaz de interpretar la suya. Decenas de emociones parecen querer abrirse paso en ella. Lo noto frustrado, molesto, confuso. Es la misma manera en la que me miró cuando nos besamos en el callejón junto al club.

—Llevo esperándote más de media hora. Estoy muerta de hambre.

Lauren tira de mi mano para que salgamos. El señor Riley frunce los labios durante un segundo y vuelve a centrar su atención en los documentos que tiene en la mano. Yo no sé qué hacer. Bueno, sí lo sé, pero no creo que a él le hiciera mucha gracia.

—Espera, he olvidado el bolso. Tengo que volver arriba.

Me hace un mohín exasperada y comienza una retahíla de quejas acerca del hambre que tiene y lo poco que parece importarme. Yo miro a Ryan Riley suplicándole internamente que me haga algún tipo de señal, algo que me indique que no me estoy volviendo loca y que lo que ha pasado hace menos de diez minutos ha sido real. Pero no lo hace. Se limita a mirarme de nuevo un instante y finalmente volver a sus papeles.

—Te invito a comer pero, por favor, vámonos ya.

Asiento decepcionada y sigo a Lauren fuera del edificio.

En el Marchisio's nos sentamos en una de las mesas junto a la ventana. Creo que un par de almuerzos más y podremos decir oficialmente que es *nuestra mesa*.

Lauren realmente debe estar hambrienta, porque por un día se olvida de su dieta y pide la hamburguesa con queso por la que siempre suspira. Yo, en cambio, no tengo hambre. Mi estómago se ha cerrado de golpe.

—¿Maddie, estás bien? —pregunta al oírme pedir sólo una botella de agua sin gas.

—Sí —digo con poco convencimiento.

—Maddie.

Ya no aguanto más. Llevo días callándome o contando las cosas a medias. Necesito desahogarme.

—Lauren, acabo de acostarme con Ryan Riley —le suelto de un tirón.

Me siento liberada.

—¿Qué?

Estoy segura de que Lauren hubiese querido gritar a pleno pulmón, pero la sorpresa y la alarma le han robado la voz y han hecho que acabe pronunciando un gritito agudo y casi ininteligible.

—¿Cuándo ha pasado?

—Después de la reunión.

—Maddie, ¿estáis locos? En la oficina.

—No fue premeditado.

—Pero ¿por qué estás así? ¿No estuvo bien?

No necesito hacer memoria para contestar. Mi piel se estremece sólo con escuchar su nombre.

—Lauren, fue alucinante. El mejor sexo que he tenido en mi vida.

No puedo evitar que una pletórica sonrisa se dibuje en mis labios cuando respondo a su pregunta. Realmente lo ha sido.

—Tiene pinta de ser un dios del sexo —responde como si fuera obvio.

El camarero nos interrumpe trayendo nuestras bebidas.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que no sé por qué lo ha hecho ni lo que ha significado para él. Cuando terminamos, se marchó sin decir una palabra. Igual que las dos veces que nos besamos.

—A lo mejor está un poco confundido.

—¿Confundido con qué? Fue él quien empezó. ¿Sabes?, estoy cansada de tener siempre esta sensación de no saber muy bien qué sentir o qué esperar.

—A ti te gusta, te gusta muchísimo, está claro, y tú a él también. No quieras saber la suerte que corrió el pobre desgraciado que tuvo que rendirle cuentas después de que te echara de la reunión. —Deja que sus palabras hagan mella en mí—. Creo que deberíais hablar.

—Yo quiero hablar pero él...

—Pero él, nada —me interrumpe—. Cuando volvamos a la oficina, te plantas en su despacho y le pides que se explique. Algo tipo: «Señor Riley, ¿después de follarme de esa manera tan perturbadora tiene usted pensado dedicarme unas palabras en algún momento?»

El diálogo tipo de Lauren nos hace reír.

—Supongo que tienes razón, aunque, si no te importa, voy a usar mis propias palabras.

—Lo importante es el mensaje —sentencia sin que la sonrisa la abandone.

Media hora después estamos de pie a unos metros de la puerta del despacho del señor Riley.

—Ánimo, Maddie —me arenga empujándome suavemente para que empiece a caminar.

No sé por qué, estoy muerta de miedo.

A un último paso de la puerta, me giro y miro a Lauren. Ella sonrío y me hace un gesto para que llame de una vez. Lo hago, entro y voy hasta la mesa de Tess.

—Buenas tardes, Maddie.

—Hola, quería saber si sería posible hablar con el señor Riley.

—Me temo que no. El señor Riley está reunido con su padre y su hermano y ha pedido expresamente que nadie lo moleste.

El hincapié que ha hecho en la palabra *nadie* no me ha gustado nada, como si en realidad fuera un mensaje cifrado para referirse a mí.

Sonrío como respuesta, giro sobre mis talones y salgo del despacho.

Lauren ya no está, así que me marcho a mi oficina. El lugar de donde me largué sin decir nada y al que debería haber vuelto hace más de quince minutos. Genial, justo lo que necesitaba, descuidar mi trabajo de esta manera cuando no llevo ni dos semanas en el puesto.

—Lo siento, Bentley. Me he distraído —me disculpo en cuanto pongo un pie en el despacho.

—No te preocupes —dice levantándose de su mesa y acercándose a la mía—. Quiero que archives todas estas cartas al director y después revises la documentación del artículo de Graham Pessoa. No estoy convencido de que pueda hacerse cargo de ese artículo, pero no quiero darle carpetazo sin asegurarme.

—Entendido.

—¿Estás bien? —pregunta entregándome un par de carpetas.

—Sí.

Si obviamos el hecho de que me he acostado con tu mejor amigo.

Bentley da un par de golpecitos con los dedos sobre mi mesa a la vez que me mira perspicaz. Aunque obviamente no está muy convencido, decide no seguir preguntando y vuelve a su despacho.

Estoy inmersa en el trabajo. Archivar las cartas al director es una tarea mecánica que permite a mi mente volar libre y pensar y repensar todo lo ocurrido, pero, sobre todo, me da la oportunidad de rememorar: sus manos, sus labios, su voz. Su solo recuerdo sirve para que mi cuerpo se encienda una vez más. Realmente nunca me había sentido así.

Me saca de mi ensoñación el móvil de Bentley recibiendo una llamada entrante. Descuelga, habla unos segundos y sale de su despacho.

—Maddie, voy un momento a la oficina de Ryan. No tardaré.

Bentley se marcha y yo me quedo pensando en la idea de que, si Ryan Riley lo ha llamado para que vaya, es por el más que probable hecho de que él no quiera venir y encontrarse conmigo.

¿Por qué?

Comienza a ser de lo más frustrante y molesto. Me llevo las manos a la cabeza y me dejo caer contra la mesa. No sé qué hacer. No tengo ni la más remota idea de qué hacer.

Bentley no tarda en volver pero, como es lógico, no me comenta qué quería el señor Riley.

Cuando dan las cinco, mi jefe me ofrece marcharme a casa pero, con la excusa de terminar todo el trabajo que me pidió que hiciera, le digo que me quedaré. En realidad, al igual que el día que me besó, lo que estoy esperando es que la redacción se vacíe y así quizá poder hablar con él.

Lauren me manda varios mensajes preguntándome si ya he podido verlo. Mi contestación estándar se limita a dos palabras: *aún no*.

Poco a poco los redactores, ejecutivos y demás empleados van marchándose hasta que el edificio, o por lo menos nuestra planta, queda totalmente desierta.

Haciendo de mi propia Lauren, me animo para ir a ver al señor Riley. Quizá podamos hablar tranquilamente y pueda preguntarle todas las cosas que necesito saber. Aprovecho que Bentley ha bajado a ver a Max y voy hasta el despacho de Ryan Riley.

La puerta está abierta. Respiro hondo, entro y, una vez más, camino hasta la mesa de Tess.

—Maddie, ¿aún por aquí? —inquire con dulzura.

—Sí, verás, necesitaba hablar con el señor Riley y me preguntaba si ya sería posible.

—Maddie, el señor Riley se marchó hace horas.

¿Qué? ¿Sin ni siquiera intentar hablar conmigo?

—Hace horas —repito como una idiota.

—Sí.

Tengo que hacer un enorme esfuerzo para conseguir despedirme. Estoy colapsada.

—Gracias, señora Simons. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Maddie.

Salgo del despacho sin saber muy bien cómo. Todo mi cuerpo se sostiene débilmente por mis temblorosas piernas.

Quería saber cómo se sentía, lo que había significado para él, pues ya lo sé: me folló en las escaleras del parking y más allá de eso le importo una mierda.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. Se acabó. Esta tontería se acabó y he tenido que llegar hasta este bochornoso punto para saberlo, pero por lo menos ahora lo tengo claro. Esto es lo que pasa cuando no pones límites con alguien tan arrogante y déspota como él. Es lo que pasa cuando te tomas licencias, maldita palabra. Es lo que pasa cuando dejas que te pague las facturas y te bese en lugar de aceptar tu cheque. Es exactamente eso.

Camino de mi oficina me encuentro a Lauren sentada en la mesa de una de las redactoras.

—¿Qué haces aquí?

—Quería saber cómo te había ido.

—¿Y te has quedado trabajando hasta ahora? —pregunto extrañada.

—Tendrías que haber visto al señor Miller. Estaba alucinando de que no hubiera salido

disparada en cuanto dieron las cinco.

Sonríe levemente mientras me siento junto a ella.

—¿Qué tal ha ido? —inquire de nuevo.

—No quiero hablar de eso.

—Ha ido mal —sentencia.

—Lauren, se ha marchado y ni siquiera se ha molestado en verme. No quería una declaración de amor, pero por lo menos podría, no sé, haberse dignado a decir algo.

—No te tortures.

—Todo es culpa mía.

—No digas tonterías.

—No lo son. —Dudo si continuar o no, pero necesito sincerarme—: Dejé que me pagara una factura y supongo que eso le cree con derecho a hacer esto.

Lauren me mira con la boca abierta y una expresión de lo más escandalizada que intenta disimular sin mucho éxito.

—Vamos por partes —me pide perpleja—. ¿Qué es eso de que te pagó una factura?

—Tuve que dejar el trabajo para estudiar para los exámenes del máster y me retrasé con el alquiler. El día de la entrevista, el señor Stabros no paraba de llamar y yo le conté lo que me ocurría no con la intención de que se hiciera cargo; Dios, ni siquiera sabía que él era él. —Entiendo lo absurdo de mis palabras, pero son la pura verdad—. Yo sólo quería desahogarme.

—¿Y? —me incita a seguir.

—Y la semana pasada descubrí que había pagado todo lo que debía. Intenté devolvérselo, pero se negó a aceptar mi cheque y acabó besándome.

—Por eso pediste el adelanto.

Asiento.

—Fui una estúpida, debí insistir en devolvérselo y ya no puedo porque usé parte del dinero para pagar otras facturas y hacer la compra. Ya no me queda ni la mitad.

Ahora es Lauren la que asiente. Las dos nos quedamos en silencio unos minutos con la vista clavada al frente.

—Vamos a ponerle solución ahora mismo —me dice bajándose de la mesa de un salto—. Nos vamos a tu apartamento. Coge tu bolso. Nos vemos abajo.

La miro confusa sin entender muy bien a qué se refiere. Ella me devuelve la mirada apremiándome para que me levante.

Vuelvo a mi oficina, me despido de Bentley, recojo mi bolso y me reúno con Lauren en el vestíbulo del edificio.

Estoy a punto de meter la llave en la puerta de mi apartamento cuando Lauren me coge del brazo y tira de mí hasta que nos ponemos delante de la puerta de los Hannigan. Entonces lo veo claro, quiere que le pida el dinero a Álex. Antes de que pueda decir nada, llama al timbre.

—Lauren, no pienso hacerlo.

—¿Quieres seguir sintiéndote así?

—No, claro que no.

—Pues ésta es tu única solución.

A los pocos segundos Álex nos abre.

—¡Chicas! —exclama divertida por la sorpresa, pero, casi en el mismo instante, al ver nuestras caras, su expresión cambia—. ¿Qué pasa?

Álex se hace a un lado para dejarnos pasar. James está preparando la cena, huele delicioso, pero mi estómago sigue cerrado a cal y canto.

—Hola —saluda James sin levantar su vista de la olla.

—¿Vais a contarme qué pasa?

Al oír a Álex, su hermano se da la vuelta rápidamente y se acerca a nosotras.

—¿Qué ocurre? —pregunta confuso.

Yo no sé por dónde empezar. Ahora mismo sólo puedo pensar en cuánto van a enfadarse, porque les mentí con lo del dinero y no confié en ellos.

—Cuéntaselo, Maddie —me anima Lauren.

—Lo primero es que tenéis que prometerme que no os enfadaréis.

—No te lo prometo —me espeta James.

—Yo tampoco —continúa Álex.

—Genial —concluyo exasperada.

Lauren me hace un gesto con la cabeza para que arranque de una vez.

—Me he acostado con Ryan Riley.

James sonrío y Álex creo que no podría abrir más la boca.

—El problema es que no sé por qué pasó. Quiero decir que, cuando terminamos, se marchó sin decir una palabra y tampoco es que habláramos mucho antes. Intenté verlo, pero se había largado.

—Necesitará un poco de espacio. Además, al contrario de lo que pensáis, a los hombres no nos gusta mucho hablar —comenta James socarrón.

—Hay algo más —continúo sin saber muy bien cómo hacerlo.

Los Hannigan me miran realmente preocupados.

—Maddie —sigue Lauren apiadándose de mi imposibilidad momentánea para hablar— se siente fatal porque piensa que Ryan Riley se ha acostado con ella porque se cree con derecho a hacerlo.

—¿Y por qué iba a pensar eso? —La voz de James está rayando el enfado, como si se estuviera preparando para cruzar la ciudad e ir a darle una paliza.

—Porque dejé que me pagara una factura de setecientos dólares.

—¿Qué? —pregunta Álex escandalizada.

—¡Joder, Maddie! —exclama James y su voz ya no raya el enfado, ahora está enfadado, mucho.

—Yo no quería que lo hiciera y no lo supe hasta días después. Con los exámenes del máster no pude seguir trabajando y me retrasé con el señor Stabros. El día de la entrevista se lo conté y él decidió hacerse cargo sin decirme nada —repito poniendo énfasis en cada palabra—. Cuando lo supe, quise devolverle el dinero, pero él no lo aceptó y me besó.

—Maddie, me mentiste.

Sé que Álex no está enfadada, está dolida.

—En The Vitamin te pregunté si necesitabas dinero y me dijiste que no.

—Álex, no quería que le pidieras dinero a tu padre o a tu hermano Sean. Podía apañármelas.

—Sí, ya veo cómo.

Álex suspira bruscamente.

—Ryan Riley es muchas cosas —se apresura a continuar Lauren—. Yo misma se las he recordado a Maddie decenas de veces, pero no creo que piense eso. Aun así, lo mejor sería que le devolviese el dinero.

—Sí —contesta Álex.

Lauren y yo asentimos.

—Iré a ver papá —dice James dejando el trapo de cocina sobre la encimera.

En estos momentos me siento miserable.

—Papá está en el barco con el tío Clint —le recuerda Álex.

—Entonces iré a ver a Sean al hospital.

James se dirige hacia la puerta.

—Espera un momento —lo llamo—. No quiero que hagáis esto.

—Maddie...

—Ya sé lo que vas a decirme, Álex —la interrumpo—. Sé que vuestro padre y vuestro hermano son muy ricos y que, para ellos, setecientos dólares no suponen nada, pero no los quiero.

—¿Y qué prefieres? ¿Debérselos a él? —me pregunta Álex.

Ahora soy yo la que suspira bruscamente a la vez que me llevo las manos a la cara. Sabía que todo podía complicarse, pero esto es demasiado.

—Maddie, mírame —me pide James con dulzura apartándome las manos de la cara—. Yo tampoco creo que Ryan Riley se crea con derecho sobre ti. Pienso que, sencillamente, vio que podía hacer algo y lo hizo sin darle más vueltas. Pero a ti te gusta mucho, es obvio, y, si no le devuelves ese dinero, la duda de por qué lo hizo siempre va a estar planeando sobre ti. Sé que no te gusta que te prestemos dinero, pero si Álex o yo o la metomentodo de Lauren...

—¿Eh? —la oigo quejarse a mi espalda, lo que me hace sonreír levemente.

—... tuviéramos un problema y estuviera en tu mano ayudarnos, ¿no lo harías?

—Claro que sí —respondo sin dudar.

—¿Aunque fuera con dinero?

Asiento y él sonríe al ver que he comprendido su argumento.

—Además, siempre puedes devolvérselo con trabajos para la comunidad, como ayudarme a torturar a Álex.

—O ayudarme a torturar a James —apunta su hermana.

Vuelvo a sonreír.

—¿Puedo irme ya a por ese cheque, Parker? —inquire igualmente dulce, inclinando la cabeza para poder encontrar mi mirada con la suya.

—Sí.

—Genial.

James me da un beso en la mejilla y sale del apartamento.

Las tres nos quedamos en silencio hasta que la puerta se cierra. Álex va al frigorífico y coge tres Budweiser. Gran idea. Ahora mismo realmente necesito una cerveza.

Le da una a Lauren y, cuando me entrega a mí otra, me mira intentando decirme que, a pesar de lo enfadada que está, me quiere muchísimo. Sé de sobra que esa patentada mirada significa un automático perdón y, la verdad, hace que me sienta un poco mejor.

Nos sentamos en el sofá. El inicio de la noche ha sido agotador; en realidad, por un motivo o por otro, todo el día lo ha sido.

—Bueno, ¿y qué tal ha sido? —pregunta Álex en clara referencia a mi escarceo amoroso con Ryan Riley.

—Alucinante —respondo sin poder ocultar mi sonrisa—. Fue...

Intento buscar las palabras para definir lo que sentí, pero tengo la sensación de que todas son insuficientes para dibujarlo a él, a su forma de moverse, el placer que provocó en mí.

—Alucinante —concluyo al fin con la mente enredada en los recuerdos de ese fantástico momento.

—Bueno, ¿y tú qué tal con Charlie? —inquire Lauren incorporándose para poder ver la cara de Álex ante su pregunta.

—No estuvo mal.

Perfectamente coordinadas, Lauren y yo asentimos lentamente y le damos un trago a nuestras cervezas. Las dos sabemos de sobra que para Álex un «no estuvo mal» equivale a «me muero por decir que fue la cita de mi vida, pero no lo haré porque yo soy una mujer contenida y analítica con demasiado sentido común como para dejarme llevar así».

—¿Y cuándo os casáis? —pregunto socarrona justo antes de que Lauren y yo nos echemos a reír.

—Ja, muy gracias. Me casaré con Charlie el día que Lauren se case con tu jefe.

Un «uuuhhh» seguido de la risa que esta vez comparto con Álex me convierten en el blanco de la mirada asesina de Lauren.

—Y yo me casaré con tu jefe el día que tú te cases con el jefe de tu jefe.

—Espero haber entendido bien esa frase, pero en cualquier caso os llevo un polvo de ventaja a todas —sentencio.

—A mí, no —comenta Álex como quien no quiere la cosa.

—¿Qué?

Lauren y yo nos miramos fingidamente escandalizadas y los «uuuhhh» vuelven a surgir.

—No le digas a James que te has acostado con Charlie o le dará un infarto —le sugiero aún sorprendida.

—¿Y qué tal fue? —pregunta Lauren.

—Maravilloso —responde ruborizándose.

Las tres volvemos a reír y sólo paramos para dedicarnos *amables* comentarios o seguir charlando de nuestras vidas sentimentales.

Me siento mucho mejor que hace unas horas. Nunca me cansaré de repetirme la suerte que tengo por contar con James y las chicas.

Un par de horas después, regreso a mi apartamento. Dejo a Lauren y a Álex con la quinta cerveza cantando una versión bastante peculiar del *Papa don't preach*, de Madonna.

Ya en mi piso, me pongo el pijama y me preparo para dormir cuando llaman a la puerta. Por un momento pienso que puede ser Ryan Riley y el corazón me da un vuelco. Acto seguido me doy cuenta no sólo de lo improbable que es eso, si no del flaco favor que me hago pensándolo.

Finalmente abro la puerta. Es James.

—Aquí tienes —dice sin más entregándome un cheque—. Mi hermano Sean ha querido invitarme a cenar y después yo a él a tomarse unas cervezas. Ese chico nunca se divierte.

Su comentario me hace sonreír.

—Eso está mejor, Parker. No te preocupes, el megamillonario se dará cuenta de la suerte que tiene de estar con alguien como tú.

Mi sonrisa se ensancha.

—Muchas gracias por todo.

—Deja de darme las gracias, idiota —responde James caminando hacia su apartamento.

Cuando está a punto de meter la llave en la cerradura, la música y los alaridos que salen del interior le hacen pararse en seco.

—¿Madonna? —pregunta aterrado.

—Aún peor, Álex y Lauren cantando Madonna.

—Pensé que cuando lo dejamos para que se largara a Chicago, me había librado de esto.

Sonríó una vez más y casi río al ver la cara de James cuando definitivamente abre la puerta y la música y las voces aumentan de volumen.

—Buena suerte, Hannigan —le grito.

—Créeme, la necesitaré.

Cierro la puerta y por fin me meto en la cama. Lo primero que pienso es en la determinación que debo asumir: a partir de ahora en la oficina debo recuperar a la Maddie profesional cuando esté con el señor Riley. Se acabaron las sonrisitas o el quedarme embobada mirándolo. Es mi jefe y por mi bien necesito convencerme de una maldita vez de que lo mejor es que sea sólo eso. Suspiro bruscamente y me dejo caer sobre la mullida almohada.

He dejado el cheque sobre la mesita de noche y, contemplándolo, no puedo evitar pensar que mañana va a ser un día de lo más intenso.

El despertador suena a las siete. No he pegado ojo en toda la noche intentando adivinar qué pasará hoy, cómo reaccionará cuando le dé el cheque. Me doy la vuelta y clavo mi mirada en el techo. No tengo ni idea de qué ocurrirá y, siendo sincera, tampoco me apetece descubrirlo. El despertador vuelve a sonar. Son las siete y cinco. Decido que es demasiado pronto para lamentarse y me levanto.

Me doy una ducha rápida y me seco el pelo con la toalla. Dado que mi estómago sigue como anoche, total y absolutamente cerrado, me salto el desayuno y directamente me cepillo los dientes. Me pongo un vestido verde hierba abotonado por delante. Elijo un cinturón marrón para darle vida y unas sandalias planas de cuero también marrones. Me recojo el pelo y me maquillo.

Antes de salir del baño, miro mi reflejo en el espejo y suspiro hondo.

«Hoy vas a tener que echarle valor, Parker.»

En el metro estoy tan nerviosa que releo unas diez veces todas las estaciones de la línea *A* y unas cinco el anuncio de la última ganadora de siete premios *Tony*.

Cuando entro en el edificio del Riley Group, saludo a Ben, pero la sonrisa apenas me alcanza los ojos. Mis nervios están llegando a unos límites insospechados.

Al salir del ascensor, voy directamente hasta a la oficina del señor Riley. Afortunadamente Tess no está. La idea de tener que pedirle otra vez hablar con él, y que volviese a decirme que no, me resultaba de lo más bochornosa.

La puerta de su despacho está cerrada. Con el poco valor que consigo reunir llamo a la puerta y, con la lección bien aprendida, espero a que me dé paso.

—Adelante —oigo decir desde el interior.

Abro la puerta y, pretendiendo que mi paso sea lo más firme posible, entro en su despacho.

—Buenos días, señor Riley.

Está de pie, leyendo unos documentos apoyado en la ventana. Obviamente está guapísimo, con un traje de corte italiano negro, camisa blanca y una corbata roja.

Al verme, alza la cabeza y me mira fijamente con esos preciosos ojos azules. Me atrevería a decir que él tampoco ha dormido bien.

—Buenos días, señorita Parker.

El tono de su voz ha cambiado. Se ha vuelto más grave, pero al mismo tiempo más sensual. Siento cómo me observa. Una mirada que una vez más enciende mi cuerpo. Tengo que hacer un

esfuerzo titánico para recordarme a mí misma por qué estoy aquí y la decisión que tomé anoche. Cuando al fin lo consigo, camino hasta su mesa y dejo el cheque sobre ella.

—Señor Riley, vengo a devolverle esto.

Aún sin verlo, sabe perfectamente a qué me refiero.

—¿A qué viene esto?

—Viene a que necesito que lo acepte porque me siento como si fuera una...

«Putá». Sólo que no me atrevo a pronunciar esa palabra en voz alta.

—¿Es porque no hablamos ayer? —pregunta incorporándose.

—Nosotros no hablamos nunca —me apresuro a responder.

El silencio calla el ambiente de la habitación.

—Yo no soy así. No me siento bien dejando que crea que puede disponer de mí cuando quiera sólo porque me pagó esa factura.

—¿Qué?

Suena tan sorprendido como molesto, pero yo debo aprovechar este momentáneo ataque de valentía para decir todo lo que tengo que decir.

—Puede que me sienta obnubilada por usted, pero ya tengo claro lo que es y lo que quiere de mí.

—Te estás equivocando. —Su tono de voz se ha endurecido.

Tengo la sensación de que su mirada, tan intimidatoria como siempre, me abrasa, pero tengo que ser fuerte. Sólo un poco más.

—¿En qué exactamente me estoy equivocando? Es un déspota y un aprovechado y, si quiere despedirme por tomarme esta *licencia* —pronuncio la palabra llena de desdén—, lo entenderé, pero entonces será aún más tirano. En cualquier caso, ahí tiene el cheque, porque no pienso dejar que setecientos dólares le hagan creerse con derecho a acostarse conmigo y después ni siquiera dignarse a mirarme.

La cara de Ryan Riley es un auténtico mar de emociones. Está enfadado, muy enfadado, pero también parece librar una batalla consigo mismo enorme, compleja. Yo sigo en silencio, centrando todo mi valor en no apartar mi mirada de la suya. Hoy más que nunca tengo que demostrarle mi determinación, por mucho que me tiemblen las rodillas.

—Señor Riley, su padre está aquí.

La voz de Tess nos interrumpe una vez más. Casi en ese mismo instante, la puerta se abre y el señor Carson Riley entra con paso decidido y seguro. Definitivamente algo que sus hijos han heredado de él.

—Hola, hijo.

—Papá —responde incómodo.

—Tengo que regresar al trabajo —digo escuetamente girando sobre mis talones.

—Señorita Parker...

Ryan Riley me llama a la vez que da unos pasos en mi dirección.

—¿Usted es la señorita Parker? —inquire Carson Riley.

La pregunta de su padre me frena en seco. Puedo permitirme ignorar al Riley con el que me ha acostado, pero no a los dos.

—Bentley me ha hablado mucho de usted. Dice que debemos agradecerle que el cierre de este número de *Spaces* se consiguiera.

—No fue para tanto. Sólo hice mi trabajo. Todo el mérito es de Bentley, señor Riley.

—Me gusta esa actitud. Siempre he pensado que nunca tenemos que esperar que se nos felicite por el trabajo que debemos hacer. Aun así, enhorabuena.

—Gracias, señor Riley. Ahora, si me disculpa, Bentley me está esperando.

—Por supuesto. No la entretengo más.

Mi mirada se cruza una vez más con la de Ryan Riley, pero la aparto rápidamente. Esos ojos azules conseguirían seducirme en cualquier circunstancia, incluida ésta.

De vuelta a mi mesa, tengo que concentrarme para tranquilizarme, aún estoy muy nerviosa. También sigo sintiéndome confundida, pero por lo menos creo que he marcado un punto de inflexión al entregarle el cheque.

Estaba increíblemente sexi. Sin duda alguna, es el hombre más atractivo que he conocido jamás. Pero es algo más que eso. Me siento atraída por él de un modo que me supera, que se escapa por completo a mi control. Creo que ése es en parte el gran problema, sentir que, cuando estoy con él, mi control sobre mí misma se evapora. Las ganas de que me bese, de que me haga todas y cada una de las cosas que me hizo en las escaleras, me abruman y me dejan sin aliento, pero al mismo tiempo me emborrachan de deseo y me descubro insaciable, siempre anhelante de más. Ni siquiera creo que hoy, a pesar de todo lo que ha pasado, hubiese podido resistirme si él hubiera intentado besarme.

En lo referente al trabajo, el día transcurre tranquilo. Lo único significativo es la reunión con los redactores. Bentley reparte los temas, acepta algunas sugerencias y desecha otras, lo normal. Yo tomo notas sentada junto a él y voy pasándole los dosieres que va necesitando cuando los va necesitando. Algo muy mecánico. En cierta manera, justo lo que necesitaba. Hoy mi nivel de concentración deja mucho que desear.

A la hora de comer oigo unos tacones acelerados acercarse a la puerta de mi oficina. Antes de verla, sé que es Lauren. Entra y mira a nuestro alrededor con disimulo, comprobando si estamos solas.

—Bentley ya se ha marchado a comer —le aclaro.

—¿Cómo ha ido? —pregunta sentándose en mi mesa.

—Supongo que bien.

—¿Aceptó el cheque?

Asiento.

—¿Hablasteis?

Niego con la cabeza.

—Le dije cómo me sentía respecto al dinero y ya está. Su padre nos interrumpió.

—Seguro que encontraréis otro momento para hablar.

—No lo sé, Lauren. Quizá no quiere hablar. Creo que lo mejor sería que esto se acabara aquí.

Mira cómo estoy y sólo nos hemos acostado una vez. ¿Qué futuro me espera?

—¿Verdad o Roger H. Prick?

«¿Verdad o Roger H. Prick?» era nuestro código personal. Este Roger en cuestión era un compañero de facultad que jamás, hicieras lo que hicieras, desde robarle los apuntes a acostarte con su novia, tenía una palabra desagradable. Así que «¿verdad o Roger H. Prick?» era nuestra manera de preguntarnos si queríamos sinceridad pura y dura o que nos reconfortaran.

—Verdad.

—Ryan Riley tiene treinta años. Es el director ejecutivo de una de las empresas más importantes del país. No es un tío sensible ni amable. Es implacable, duro y arrogante, y probablemente lo sea también en su vida privada. Es obvio que le gustas, pero a lo mejor ya consiguió de ti todo lo que quería.

Cruzo mis brazos sobre la mesa y hundo la cabeza en ellos. Tiene razón, pero escucharlo en voz alta duele muchísimo porque, me esfuerce en negarlo o no, me gusta.

—¿Qué tal un poco de Roger H. Prick, por favor? —suplico aún con la cabeza hundida en mis brazos. Desde allí puedo percibir sonreír a Lauren.

—Si Roger H. Prick estuviera aquí, te diría que, al final, el único que sabe lo que Ryan Riley siente es el propio Ryan Riley y a lo mejor está loco por ti.

No voy a negar que esa idea me reconforta. Incluso me animo a sacar la cabeza de mi nido de avestruz particular.

—¿Comemos? —pregunta Lauren.

—Comemos —le confirmo, aunque mi estómago no esté muy por la labor.

Vuelvo de comer y continúo con el trabajo. Como sucedió con la mañana, la tarde acontece de lo más calmada. Suele ser lo habitual después de la vorágine que supone el cierre de edición. Los primeros días del nuevo número son como la calma después de la tormenta.

Cuando falta poco menos de una hora para que den las cinco, Bentley recibe una llamada del departamento de Recursos Humanos y debe subir a la planta veintisiete. No sabe cuánto tardará, así que me dice que, cuando termine con el poco trabajo que queda, puedo marcharme a casa.

Unos minutos después comienzo a despejar mi mesa. Cojo el dossier que estaba repasando sobre las cartas al editor para este número y lo dejo sobre la mesa de Bentley. Casi no puedo creerlo cuando, al darme la vuelta, lo veo allí, a Ryan Riley.

—Maddie —me saluda.

—Señor Riley —le contesto intentado mostrarme lo más fría posible.

—Tenemos que hablar.

—Claro, ¿en qué puedo ayudarlo?

Suspira bruscamente sin dejar de mirarme. Sin duda, que me muestre en esta actitud tan profesional y distante, no le gusta.

—Tenemos que hablar sobre lo que me dijiste en mi despacho.

—Señor Riley —lo interrumpo—, sé que no he mantenido una actitud muy profesional con usted desde que entré a trabajar aquí, pero creo que empezar ahora, a pesar de todo lo que ha pasado, sería lo más conveniente.

—A la mierda lo más conveniente —alza la voz malhumorado—. Crees que me acosté contigo porque te pagué una factura. No voy a dejar que sigas pensando eso.

Esta conversación no es buena para mí.

—Señor Riley, estaré encantada de ayudarlo con cualquier tema relacionado con la revista.

—Joder, Maddie —masculla pasándose la mano por el pelo—. Para con este rollo de perfecta ayudante.

—Pero es que es lo que soy —alzo la voz. No puedo más. Me afecta demasiado para mantenerme fría y calculada— y lo que estoy haciendo ahora es lo que debí hacer desde que empecé a trabajar aquí, estoy parándome a pensar quién es el jefe.

En sus ojos azules puedo ver que él también recuerda el día que pronunció esa frase y todo lo que ella implica. Las licencias puestas sobre la mesa.

—¿Qué quiere de mí? —concluyo con la voz menos firme de lo que me hubiera gustado.

—Quiero que entiendas que me acosté contigo porque quise hacerlo, porque en realidad llevaba queriendo hacerlo desde que vi esa cabecita apoyarse sobre el cristal de la puerta de Recursos Humanos, no porque crea que tengo derecho sobre ti.

—¿Y por qué no se molestó en hablar conmigo ayer?

—¿Y por qué no hablé contigo ayer das por hecho todo lo demás? —pregunta irritado.

—No, lo doy porque en realidad nunca hablamos. Nos hemos besado, discutido, acostado y nunca hemos hablado. Ni siquiera sé qué piensa de mí.

—Pienso que eres preciosa.

Ryan Riley camina los pocos pasos que nos separan y me besa tomando mi cara entre sus manos. Yo lo recibo encantada. Nunca pensé que pudiera echar algo tanto de menos sin ni siquiera saberlo.

Me besa apremiante, despertando mi cuerpo, consiguiendo que la electricidad que siempre nos rodea me traspase y me ate a él.

Sin separarnos un ápice, me lleva hasta la pared. Sus manos bajan por mis costados y llegan hasta mis caderas.

Comienza a besarme el cuello, a morderlo, dejando que su experta lengua consuele mi piel donde me ha enseñado los dientes.

Suspiro con fuerza y echo la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso. Ryan sonrío contra mi piel. Acabo de dejarle muy claro que me encanta lo que me está haciendo.

Me estrecha contra su cuerpo y siento su miembro duro chocar contra mi vientre. Apremiante, pasea sus manos de mis caderas a mi trasero.

Gimo cuando lo aprieta con fuerza a la vez que me muerde de nuevo.

—Esto es una locura —me recuerda mi mente y pronuncio las palabras en voz alta.

—Lo sé —contesta él.

Pero no se detiene y yo por nada del mundo quiero que lo haga.

Pasa sus manos por debajo de mi vestido y vuelve hasta mi trasero. Lo aprieta con más fuerza con las dos manos y rápidamente lleva una hasta la tela húmeda de mis bragas.

—Joder— gruñe al sentirla.

Ya sólo soy jadeos.

Mi mente pretende recordarme que aún hay muchas cosas que quiero preguntarle, cosas que necesito que hablemos, pero poco a poco van diluyéndose en mi deseo hasta dejar de importar por completo.

Desabrocha hábilmente los botones de mi vestido y deja mi sujetador al descubierto.

Suelto un largo gemido cuando me muerde el cuello una vez más antes de bajar sus labios hasta mis pechos, dejando una cálida y húmeda estela a su paso. Toscamente retira la copa del sujetador con la boca, toma mi pezón entre sus dientes y tira de él con fuerza.

Vuelvo a gemir y todo mi cuerpo se arquea contra la pared dejando mi piel aún más expuesta a él. Ha sido alucinante.

Sonríe sin separar un ápice sus labios de mí y continúa besándome, mordiéndome, imitando los mismos gestos con sus dedos en el otro pezón.

Es una tortura exquisita y maravillosa.

Sonríe extasiada mientras mis dedos siguen perdidos en su pelo. Cuando siento oleadas de placer a punto de desatarse en mí, él alza la cabeza y me mira directamente a los ojos con una mezcla de sensualidad y perversión que resulta casi adictiva.

Me sonrío justo antes de volver a besarme y yo sólo puedo dejarme llevar.

Otra vez coloca sus manos en mis rodillas y, tal y como hizo en las escaleras, las sube hasta mis caderas remangando mi vestido con ellas.

Gimo al imaginar lo que vendrá después.

Sube de nuevo hasta mis labios y toma mi boca con decisión mientras relía sus dedos en mis bragas. Atrapa mi labio inferior entre los suyos y me mira con sus ojos azules ávidos y exigentes justo antes de que la tela se deshaga en sus manos.

No podría estar más excitada.

Con más seguridad que la primera vez, creo que por la mirada que me ha dedicado, le desabrocho el cinturón y los pantalones y libero su increíble miembro duro y fuerte.

Me levanta por las caderas y se introduce en mí brusco, con un solo movimiento.

Cierro los ojos y ahogo un grito de puro placer en un gemido, extasiada y colmada, saboreando lo grande que es y lo profundo que llega.

Se queda dentro de mí sin moverse, como si él también quisiera disfrutar el momento.

—Abre los ojos —me ordena en un susurro.

Lo hago y su seductora mirada atrapa la mía. Sus ojos azules llenos de deseo me retan y yo acepto el reto. Subo mis piernas y las enrosco a su cintura. Él sonrío sexy y duro a partes iguales y comienza a moverse. Sus embestidas son bruscas, profundas.

Me agarro con fuerza a sus hombros y me dejo llevar mientras mi espalda se desliza arriba y abajo por la pared presa de sus implacables movimientos.

Dios, nunca había sentido nada remotamente parecido a cómo me hace sentir él.

Sorprendiéndome una vez más, Ryan me mantiene entre sus brazos y sin salir de mí me sienta en la mesa de Bentley. Dejo caer mis piernas. Él me agarra del trasero, tira de mí hasta llevarme al borde y comienza a moverse de nuevo.

Su primera estocada es aún más fuerte que las anteriores. Por un momento temo que mi cuerpo ni siquiera sea capaz de asimilarla, pero ese pensamiento se sumerge en una nube de placer puro y absoluto.

Gimo, casi grito.

Ryan vuelve a besarme para acallar cualquier sonido y continúa embistiéndome salvaje. Alzo las piernas y lo rodeo otra vez, quiero que llegue todo lo profundo que desee. Si me parte en dos, moriré feliz.

Con una de sus manos me quita las horquillas del pelo. Tintinean al chocar contra la mesa y el suelo. Sonríe contra mis labios cuando mi melena cae sobre mis hombros. Hunde su mano en mi pelo y me atrae aún más contra él, no hay un solo milímetro de aire entre nosotros.

—Por favor —suplico contra sus labios, aunque estoy tan extasiada que ni siquiera sé qué pido exactamente. Que no pare. No quiero que pare nunca. Quiero que nos pasemos días así, encerrados en esta habitación, sin comida ni agua, alimentándonos sólo de esto.

Acelera el ritmo aún más. Ancla las manos en mi cadera y una parte de mí espera que sus dedos se queden marcados en mi piel.

Gimo descontrolada. Mi respiración jadeante no me permite otra cosa.

Mis caderas salen a su encuentro y el placer de sus embestidas se multiplica para los dos. Se retira hasta casa salir y después me penetra con fuerza, rápido.

Me dejo caer sobre la mesa, no aguantaré mucho más este ritmo demencial.

Me muerdo el labio con fuerza. Sólo quiero gritar. Dios...

Un placer desmedido estalla en mi sexo y llena mi cuerpo, traspasándolo, bañándolo, asolándolo por completo.

Él continúa moviéndose y yo continúo recibéndolo, maravillada en la euforia de mi orgasmo interminable. Comienza a moverse en círculos y yo aprieto las caderas contra él. Es una puta locura.

Me agarra con más fuerza las caderas y ese gesto me hace abrir los ojos. Quiero ver cómo se pierde. Tiene la mandíbula apretada, intentando contenerse para seguir con estos círculos enloquecedores. Cierra los ojos con fuerza, puro y sexy autocontrol que me tiene en el paraíso. Pero entonces alzo las caderas y me empotro contra su miembro. Ryan reacciona de inmediato. Abre los ojos y se humedece los labios al comprobar la sonrisa de puro placer que le dedico. Me sonrío sexy y perturbador, me agarra aún con más fuerza y me embiste otra vez y otra, y otra, fuerte, tosco, salvaje, y sin remedio los dos caemos en un increíble orgasmo.

—Dios, Maddie —susurra justo antes de dejarse caer exhausto sobre mí.

Siento su respiración pausándose lentamente. Es un sonido maravilloso. Un sonido que ahoga cualquier duda, cualquier pregunta. Tiene la cabeza apoyada en mi vientre y yo sólo quiero perder mis dedos en su cabello, así que alzo mi mano y suavemente lo hago. Sin embargo, sólo deja que la caricia dure unos segundos, ya que se levanta y comienza a vestirse.

Al verlo, la misma sensación que tuve cuando me besó, de encontrarme en la más absoluta vulnerabilidad, me envuelve. Me incorporo sobre la mesa, me bajo y comienzo a vestirme intentando no hacer ruido, menuda tontería después de lo que acaba de pasar. Ahora mismo sólo puedo pensar en que el paraíso con Ryan Riley tiene el tiempo limitado.

Por algún extraño motivo que no logro comprender, ni siquiera me atrevo a mirarlo. No sé qué está pensando de él, de mí, de esto. Tengo miedo de que diga algo que, si después de nuestro primer beso pensé que no soportaría, ni siquiera quiero imaginar cómo me haría sentir ahora.

—Esto no puedo volver a pasar —dice justo antes de girarse y empezar a caminar hacia la puerta.

Algo como eso.

Le oigo suspirar bruscamente y por fin me atrevo a mirarlo. Lo hago para ver cómo se pasa la mano por el pelo y la deja en su nuca. Se detiene un escaso segundo justo antes de alcanzar la puerta y mi estúpido corazón se hincha de una esperanza que pronto le abandona. Ryan Riley sale sin mirar atrás.

Durante unos minutos me quedo inmóvil en el centro del despacho de Bentley demasiado asustada de que la frase que acaba de pronunciar sea verdad. He vuelto a tener el sexo más intenso, más delicioso, y también, cuando todo ha acabado, he vuelto a sentirme confusa y abrumada. No puede volver a pasar, pero yo sencillamente me muero porque suceda.

Sacudo la cabeza. Necesito salir de aquí. Necesito alejarme de él. Si fuera posible, desearía que ni siquiera compartiéramos continente.

Me abotono el vestido, me lo recoloco y busco las horquillas repartidas por el suelo de todo el despacho. Me agacho, encuentro un par de ellas y me hago un rápido recogido en el pelo. Lo último

que quiero es que toda la redacción me vea con pinta de acabar de echar un polvo.

Ya en el metro, sentada en un vagón atestado de ejecutivos enchaquetados, intento aclarar mis sentimientos. Que me gusta y me siento atraída por él, está claro, pero no sé si estoy preparada para que nos acostemos y después desaparezca como si hubiera cometido el mayor error de su vida. Aunque lo cierto es que no creo que tenga mucha elección. Intenté asumir que no me convenía, después concentrarme en cuánto lo odiaba, incluso centrarme en ser profesional y olvidarme de todo lo demás, pero nada funciona porque, en cuanto lo siento cerca, sólo cuenta la manera tan salvaje en la que me atrae y todo lo que su proximidad despierta en mí.

Justo después de cerrar la puerta de mi apartamento, llaman al timbre. Deshago el par de pasos que me había alejado de la puerta y abro. Es Álex.

—Hola.

—Hola —respondo.

—¿Tienes planes para el sábado? —pregunta abriendo mi frigorífico y cogiendo un Sprite para ella y una Coca-Cola para mí.

Hago memoria. Más allá de pasarme horas desesperada intentando entender a Ryan Riley, creo que estoy libre.

—No.

Me quito el bolso y me siento en el sillón. Oigo las chapas de los botellines de refresco caer sobre la encimera. Álex camina hasta el sofá, me entrega el mío y también se sienta.

—Mi madre organiza una fiesta benéfica en casa y había pensado que quizá te apetecería venir.

Lo pienso unos segundos y ¿por qué no? Me vendrá muy bien despejarme un poco.

—Sí, claro. Así cambiaré un poco de aires, lo necesito.

—¿Todo bien?

Asiento.

—No quiero hablar de ello. ¿Qué tal con Charlie? —pregunto porque de verdad me interesa, pero también con la idea de que no haya segundas preguntas sobre ese «no quiero hablar de ello».

—Genial. Irá a la fiesta.

Ella sonrío y yo me contagié de su sonrisa.

—¿Y sabes quién más acudirá? Sean —se responde a sí misma ceremoniosa.

—¿Sean? —pregunto fingiéndome perpleja. Ella asiente con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Tu hermano? —vuelvo a preguntar exagerando tanto esta vez que Álex al fin comprende que bromeo.

—Muy graciosa. Sé que puede parecer obvio, pero, si he hecho la puntualización de que vendrá, es porque él me ha preguntado si acudirás tú.

Sean es el hermano mayor de Álex. Tiene treinta y dos años y es guapísimo, encantador e inteligente como todos los Hannigan. Aunque nunca me ha pedido que salgamos ni nada por el estilo, desde los últimos años de universidad siempre he sabido que le gustaba. La verdad, pensaba que ya habría conocido a una doctora guapísima, encantadora e inteligente como él y se habrían prometido o

algo por el estilo.

—Álex, sabes que adoro a Sean, pero lo que estás pensando no va a pasar.

—¿Por qué? ¿Por el gran Gatsby?

—¿Quién?

Aunque rápidamente entiendo a quién se refiere.

—No, no es por él.

«Desde hace exactamente diez días sí, sí es por él.»

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? Álex, ya lo sabes, entre Sean y yo nunca habrá nada.

—Está bien —claudica—. Tenía que intentarlo. Pero vendrás a la fiesta, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Perfecto. Saldremos a las siete.

Se levanta de un salto.

—¿Dónde vas? —inquiero extrañada.

—A ver a Charlie —contesta feliz—. La verdad es que creí que me llevaría más esfuerzos convencerme y pensé que no me daría tiempo a verlo, pero ha sido más fácil de lo que esperaba.

Sonríó ante su respuesta y por lo feliz que se la ve cada vez que pronuncia el nombre de Charlie. No entiendo cómo no lo vi venir.

Álex se marcha. Voy hasta mi habitación y me pongo el pijama. La verdad es que no quiero recordar todo lo ocurrido hoy una y otra vez. Es agotador y tampoco saco nada en claro, así que me siento en el sofá y enciendo la tele. Me paso horas haciendo *zapping* sin dejar nada en concreto hasta que en la CBS comienza «The Big Bang Theory». Durante un rato, me río bastante y consigo mi objetivo de no pensar en Ryan Riley.

No ceno. Sigo sin hambre.

Me voy a la cama. Estoy cansada y necesito dormir. Repito la misma operación y me pongo la tele para no pensar. Ya ha empezado el programa de Leno. Me lo paso todo con los ojos cerrados, pero no consigo dormirme. Exactamente una hora entera. Soy consciente de ello cuando, tras unos anuncios, oigo la sintonía del programa de Jimmy Fallon. Sigo con los ojos cerrados, pero también sigo sin poder dormir. Otra hora después, lo sé porque oigo cómo Fallon se despide y cómo Carson Daly da la bienvenida a los noctámbulos; me doy cuenta de que esta noche, por mucho que quiera, no voy a poder pegar ojo.

El despertador suena implacable, cumpliendo su misión, a la siete en punto. Apenas he podido dormir y, como constato unos minutos después frente al espejo, tengo un aspecto horrible.

Opto por darme una larga ducha. La necesito.

Envuelta en una toalla, y para no perder la costumbre empapando todo el suelo, regreso a mi habitación. Lo primero que hago es conectar el iPod a los altavoces. Quiero oír algo animado que me recargue las pilas. Eso también lo necesito. Elijo a Calvin Harris. Música electrónica. Puro ritmo.

Voy hasta el armario para decidir qué ponerme. Me decanto por un vestido de tirantes blanco con pequeños estampados negros. Frente al espejo me veo algo sosa, así que busco mi camiseta de encaje azul marino de manga corta y me la pongo encima. El conjunto ha quedado genial. Me lleno el brazo de pulseras de madera y vuelvo a ponerme mis sandalias de cuero.

Me visto mientras Calvin Harris y Ellie Goulding cantan y, poco a poco, casi sin darme cuenta, comienzo a prestarle más atención a la letra:

*I've been a stranger ever since we fell apart.
I feel so helpless here.
Watch my eyes are filled with fear.
Tell me, do you feel the same?
Hold me in your arms again.*

Estoy devastada. Me siento exactamente así.

*I need your love.
I need your time.*

Me tumbo en la cama y clavo mi mirada en el techo mientras todos los pensamientos sobre Ryan Riley y lo que pasó en el despacho de Bentley, todos los que no me permití tener ayer y que me han mantenido despierta toda la noche, me envuelven.

Lo que pasó fue sencillamente maravilloso. Su manera de besarme, de tocarme, me hicieron sentir demasiadas cosas a demasiados niveles. Fue salvaje, arrollador, y me muero porque vuelva a pasar, por volver a sentirme entre sus brazos.

*Now I'm dreaming, will I ever find you now?
I walk in circles but I'll never figure out.
What I mean to you, do I belong?
I try to fight this but I know I'm not that strong.*

No podría describirme mejor. Esto es ridículo.

Debería olvidarme de todo. Fingir que no ha pasado. Pero no puedo. Y es precisamente eso, ridículo. Toda esta situación lo es porque sólo hace diez días que lo conozco y, cuando le escuché decir que lo que había pasado en el despacho de Bentley no podía volver a pasar, me sentí como si me hubieran despojado de un pedazo de mí. Me sentí demasiado vulnerable.

*I need your love.
I need your time.*

Definitivamente va a ser un día horrible.

Salgo de mi apartamento con la canción aún sonando en mi cabeza. Camino hasta la estación de metro y espero paciente en el andén a que llegue mi tren. Para intentar distraerme, me fijo en pequeños detalles a mi alrededor, pero es inútil. Todos mis pensamientos tienen un único motivo y dirección.

En el trabajo todo está tranquilo. Entro en el despacho de Bentley para comprobar si ha llegado, pero aún no está. Asomada a su oficina miro la mesa y me tiemblan las rodillas. No debí dejar que pasara, no donde trabajo. Jamás conseguiré volver a ver ese escritorio como una simple mesa.

Frente al ordenador, compruebo la agenda de mi jefe, reviso su correo y con dos viajes al archivo preparo el material fotográfico que quería revisar hoy.

Más o menos una hora después llega Bentley.

—Buenos días, ayudante —me saluda de pie frente a mi mesa ojeando el correo que le entrego.

—Buenos días, jefe.

Ambos sonreímos y él entra en su despacho. Parece de muy buen humor.

El resto de la mañana acontece sin mayor novedad. Me tomo un café con Linda y otras redactoras en la sala de descanso y, como siempre, quedo para comer con Lauren, quien curiosamente también parece muy feliz. Mmm, me pregunto dónde llegaría si me diera por atar cabos esta mañana.

De vuelta en el despacho, antes de que llegue a mi mesa, Bentley me llama.

—Maddie, lleva esta documentación a Spencer. Necesitamos que la Biblioteca de Nueva York nos ceda material gráfico. Tiene que tramitarlo lo antes posible, es para un artículo del próximo número y, si no nos van a dejar usar esas fotos, debo saberlo ya.

Asiento diligente y cojo la carpeta que me tiende.

—Planta veintisiete. No vuelvas sin una respuesta.

Vuelvo a asentir y salgo de la oficina.

Después de lo que parece una eternidad en el ascensor para subir sólo siete plantas, cruzo todo el departamento de Recursos Humanos. No puedo evitar quedarme mirando como una boba la puerta de cristal y los dos escritorios donde Ryan Riley y yo hablamos por primera vez, pero rápidamente vuelvo al *modo profesional* y continúo con el trabajo.

—Buenos días.

—Buenos días —me responde la secretaria de Spencer, una mujer afroamericana de unos cincuenta años sentada tras una elegante mesa gemela a la de Tess.

—Me envía el señor Sandford con documentación para el señor Riley.

La secretaria habla con Spencer por el intercomunicador y finalmente me da paso con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Maddie —comenta sonriente al verme.

—Buenos días, Spencer —respondo caminando hasta su mesa.

—¿Qué me traes?

—Bentley te envía los papeles para la cesión de material gráfico por parte de la Biblioteca de Nueva York. Es muy muy urgente.

Spencer sonrío de nuevo.

—Cuándo no lo es.

Le devuelvo la sonrisa y le tiendo la carpeta que coge y abre. Aunque apenas lo conozco, me cae genial. Es una persona muy cálida y amable. Trasmite un halo de protección como los superhéroes en esas películas en las que se les ve de viejos.

En ese momento la puerta se abre y entra Ryan Riley. Lo hace concentrado en unos papeles. Está guapísimo con su traje gris marengo, la corbata azul y una impoluta camisa blanca. Apuesto a que huele increíblemente bien como siempre.

—Quiero que te encargues de revisar el contrato con Dimes. La propuesta que nos han mandado es inaceptable.

Cuando sin dejar de caminar al fin alza la cabeza y me ve, sus ojos azules se quedan durante unos perturbadores segundos posados en mí. No me esperaba y la lógica sorpresa se refleja en ellos. Todo mi cuerpo arde bajo su mirada. Absolutamente en contra de mi voluntad, sonrío con disimulo y creo que es por el simple hecho de verlo. Él, en cambio, no hace un solo gesto y desvía la mirada hacia su hermano. Está claro que mi presencia no le afecta en lo más mínimo.

—Tienes que hablar con el departamento Jurídico y desmontar punto por punto esta propuesta. Habla con Wallace —continúa con esa maravillosa voz.

Se para frente a la mesa de su hermano, apenas a un paso de mí.

—Señorita Parker —me saluda.

—Señor Riley —musito profesional.

Tal y como hizo conmigo, Spencer toma los papeles que le tiende y los revisa.

—¿Qué quieres exactamente que haga? —pregunta con la mirada perdida en la documentación.

—Quiero que ajustes sus exigencias al mínimo y las nuestras al máximo —responde Ryan Riley apoyando los puños en la mesa e inclinándose sobre ella—. Ese cabrón piensa que puede pedirnos lo que quiera y nosotros aceptaremos. Si cree que dirá «salta» y yo preguntaré «cómo de alto», no me conoce en absoluto.

Su voz, su expresión corporal, su mirada vuelven a encumbrarlo exactamente como lo que es, el implacable director general de una de las empresas más importantes del país, capaz de doblegar a cualquier adversario y que jamás dejará que le digan lo que tiene que hacer sólo porque sea mucho más joven que cualquiera de los que ocupan un puesto mínimamente parecido al suyo.

La erótica del poder echa persona.

Nunca pensé que este tipo de cosas me afectarían, pero lo cierto es que ahora me parece aún más sexi, aún más sensual, aún más todo. Un oscuro sentimiento de que me ordene a mí de igual

modo y de cualquier otro toma todo mi cuerpo. Otra cosa que nunca pensé que iría conmigo; sin embargo, ahora lo que deseo es que me mande de esa manera tan exigente y yo obedezca. Cuando literalmente estoy a punto de relamerme, sacudo discretamente la cabeza y vuelvo al presente, donde Ryan Riley es mi jefe y yo no acabo de descubrirme al otro lado de la frontera del BDSM.

—Me pondré con ello ahora mismo —responde Spencer—. Sólo dame unos minutos para solucionar este tema —dice señalando la carpeta que le entregué— para la señorita Parker.

—Yo me encargo de la señorita Parker —se apresura a replicar Ryan Riley a la vez que coge la carpeta del escritorio. Por un momento sus palabras han conseguido que todo me dé vueltas—. Dimes es la prioridad —concluye.

Spencer lo mira sorprendido, pero su hermano no le da posibilidad de responder al dirigirse hacia la puerta. Cuando va a salir, la mantiene abierta y tras unos segundos clava su mirada en mí.

—¿No piensa acompañarme, señorita Parker?

Asiento y camino deprisa hacia la puerta. Tengo que esforzarme en ocultar la nueva sonrisa que amenaza con asaltar mis labios. Aunque lo cierto es que no entiendo muy bien por qué lo ha hecho. Quizá quiera pasar tiempo conmigo. Esta nueva sonrisa soy incapaz de ocultarla.

Salimos de la oficina de Spencer y cruzamos el departamento de Recursos Humanos en silencio. El señor Riley observa la documentación de la carpeta y finalmente saca su móvil, marca un número y espera a que descuelguen al otro lado.

—Baker... Necesito que gestiones la cesión de material fotográfico con la Biblioteca de Nueva York... Para *Spaces*.

Pulsa el botón de llamada del ascensor.

—Sí, sólo material gráfico... Para el número de este mes.

Entramos en el ascensor, que por primera vez desde que comencé a trabajar aquí está desierto.

—De acuerdo. Llámame en diez minutos.

El señor Riley cuelga el teléfono, lo mete en el bolsillo interno de su chaqueta y me entrega la carpeta.

Aunque claramente ninguno de los dos quiere intensificar el momento, la situación en sí comienza a volverse en nuestra contra. El campo de fuerza que siempre nos rodea poco a poco va creciendo a nuestro alrededor. Siento su respiración, su olor, y estoy segura de que él puede sentir los míos. Me juré a mí misma intentar ser más profesional, huir de este tipo de situaciones pero ¿cómo lo haces en un ascensor? Ahora mismo me siento atraída por él hasta el punto de no poder pensar en otra cosa.

Cometo el gran error de observarlo y tiene la vista clavada al frente. Parece imperturbable. Pero entonces se pasa una mano por el pelo y puedo ver que, aunque sólo sea un poco, esta situación también le afecta.

Caigo en la cuenta de lo cerca que involuntariamente están nuestras manos. Sólo tendría que extender mis dedos y tocaría los suyos, los mismos que hicieron que me corriera en este ascensor.

Su respiración se vuelve irregular como la mía y me permito el lujo de imaginar que piensa en nuestras manos, como yo.

Comienzo a debatirme sobre hasta qué punto sería una locura que lo hiciera, que levantara el dedo índice y simplemente rozara sus nudillos. Todo mi cuerpo desea ese ínfimo contacto. Quiero hacerlo, quiero que él lo haga. Sus dedos, sus sensuales dedos, sus maravillosos dedos que han estado dentro de mí.

Entonces, rompiéndolo todo, suena su móvil.

Prácticamente en un segundo recupera la compostura y saca el iPhone del bolsillo interno de su chaqueta. Cualquier rastro de estar mínimamente afectado por la situación desaparece.

—Riley... sí... sí... ¿En serio? ¿Qué estamos, en la Edad de Piedra?

El ascensor llega a la planta veinte, las puertas se abren y yo comienzo a caminar para salir, pero entonces Ryan Riley me toma de la muñeca y vuelve a llevarme dentro. Las puertas se cierran y el ascensor arranca de nuevo. Sigue al teléfono, ni siquiera me mira, pero ahora mismo soy pura felicidad. Continúa agarrando mi muñeca y yo, por fin, tengo ese contacto por el que suspiraba.

Parece darse cuenta de que aún no me ha soltado porque al fin me mira, directamente a los ojos con los suyos azules.

—Claro... un problema informático —responde automáticamente. Toda su atención está puesta en mí y en nuestras manos.

No puedo dejar de mirarlo, no quiero.

—Está bien... sí, está bien.

Ryan Riley cuelga el teléfono y deja que el momento se haga aún más intenso. Nuestras miradas continúan entrelazadas y puedo ver cómo sus ojos se van oscureciendo, llenándose de deseo. Mi respiración, que nunca llegó a calmarse del todo, se acelera sin remedio.

El pitido del ascensor nos anuncia que las puertas van a abrirse y ambos sabemos que el momento se ha acabado. Ryan Riley suelta mi muñeca pero su dedo índice, rezagado de los demás, me acaricia por última vez el dorso de la mano hasta retirarse del todo. Cuando finalmente las puertas se abren, el señor Riley suspira bruscamente y sale de nuevo como si nada hubiese ocurrido, guardándose su iPhone en el bolsillo interno de su chaqueta. Yo sigo conmocionada y necesito un par de segundos, pero al fin logro recuperarme y también salgo.

Camino diligente tras él hasta el mostrador de Ben.

—Avisa a George —le dice sin más al guardia de seguridad.

El señor Riley se dirige hacia las enormes puertas de salida y las atraviesa sin mirar atrás. Yo le sigo, aunque no sé si debo hacerlo. Cuando apenas llevamos unos pasos, el imponente Audi A8 conducido por George aparece desde un extremo de la calle y se detiene elegantemente frente a nosotros.

El chófer se baja, nos saluda sonriente y presto abre la puerta de atrás del coche, pero Ryan Riley le hace un gesto imperceptible y éste cierra la puerta y le entrega las llaves.

—Señor Riley —me apresuro a llamarlo antes de que se monte en el coche.

—¿Sí, señorita Parker? —contesta girándose.

La verdad es que ahora no sé qué decir más allá de un «no te vayas o por lo menos no sin mí». Odio esta sensación de estar confundida y apremiada por un deseo al que, en realidad, ni siquiera

debería escuchar.

Él me observa impaciente. Lo hace directamente a los ojos y yo vuelvo a quedarme inmóvil casi hipnotizada por la manera en que me mira.

—¿Qué debo decirle a Bentley sobre la Biblioteca?

Opto por la profesionalidad. Esa cualidad que su proximidad siempre parece hacerme olvidar.

—Dígale que me estoy ocupando personalmente. La Biblioteca ha sufrido un fallo informático a gran escala y hay que presentar todas las instancias en persona.

—Bentley me pidió que no regresara hasta haberlo solucionado.

En realidad lo que te estoy pidiendo es que me lleves contigo aunque sólo sea a la Biblioteca a unas manzanas de aquí.

—Puedo solucionarlo solo.

Tengo la sensación de que acaba de decirme que no a otras muchas cosas, no sólo a acompañarlo. Supongo que será porque yo también le he preguntado muchas cosas más.

—Será mejor que vuelvas a la oficina.

Su voz suena más cálida, como si intentara reconfortarme, y eso me reafirma más en la idea de en cuántos sentidos acaba de rechazarme.

—Claro —musito.

El señor Riley se monta en el coche y desaparece calle arriba por la 58.

Sabía que sería un día horrible.

Regreso a la oficina y, sentada a mi mesa, espero a que el resto de la mañana pase. A la una y media Lauren llama a mi puerta para que nos vayamos a comer. Bajamos al Marchisio's y, aunque la comida que pido, ensalada del chef con brotes de soja y dados de mozzarella, tiene una pinta estupenda, tengo que obligarme a comer. Mi estómago vuelve a estar completamente cerrado.

Sé que Lauren está dándole vueltas a algo, pero no quiero presionarla. Me lo contará cuando esté preparada. Sin embargo, tengo una ligera idea de qué puede tratarse.

A la vuelta del almuerzo, me entierro de nuevo en una montaña de trabajo para evitar pensar en el señor Ryan Riley y en su velado rechazo. Una parte de mí está deseando verlo aparecer por mi puerta, aunque sea para hablar con Bentley. La otra, repite la misma cantinela de todos los días: no te conviene, no te conviene, no te conviene. Desde que lo conozco, estoy hecha un lío, ¿por qué hoy iba a ser diferente?

A eso de las tres Lauren vuelve a tocar mi puerta. Por su expresión puede adivinarse que está aburridísima.

—¿Qué te pasa?

—Aburrimiento total y absoluto —dice haciendo grande y pesada cada palabra.

—Los números —respondo con sorna.

Ella hace un mohín y se sienta en mi mesa.

—¿Tienes planes para este fin de semana? —pregunta jugueteando con los bolígrafos de mi

lapicero.

—La fiesta de los Hannigan. Tú también vienes, ¿no?

—No puedo, tengo otros planes.

—¿Qué otros planes?

Pero antes de que pueda responder mi pregunta, Lauren se levanta como un resorte y automáticamente sé quién está a punto de entrar.

—Buenas tardes, señor Riley.

—Señorita Stevens.

Ryan Riley entra en mi oficina y me dedica una mirada de apenas un segundo antes de dirigirse al despacho de Bentley.

Cuando los oye hablar y ya se siente a salvo de su atención, mi amiga rodea mi mesa discretamente y me obliga a levantarme.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Calla y levanta. He tenido una idea brillante.

¿Una idea brillante? Ya estoy temblando.

Tira de mí hasta que nos colocamos en el umbral del despacho de mi jefe.

—Bentley —lo interrumpe llamando la atención de ambos—, ¿Maddie podría salir hoy antes del trabajo?

¿Qué?

—Es que, verás, mañana tiene una cita —añade.

¡Lauren!

Sonrío ruborizada, pero en el fondo lo que quiero es asesinarla.

La expresión del señor Riley cambia por completo. En su mirada reconozco su síntoma de enfado más claro: los ojos azules endurecidos hasta parecer casi metálicos. Rápidamente aparto mi mirada, porque siento como si pudiese traspasarme con ella.

—No es una cita —aclaro en un susurro—. Sólo es una fiesta.

—Una fiesta espectacular —se apresura a continuar Lauren— y necesita comprarse un vestido nuevo.

—No, en realidad no hace falta —aclaro de nuevo intentando que mi voz suene más firme esta vez.

—Sí, sí hace falta.

Lauren me mira directamente a los ojos y con un discreto gesto me señala al señor Riley. ¡No me lo puedo creer! Lo está haciendo a propósito. Ahora sí que tengo ganas de asesinarla.

—Claro —responde Bentley sacándonos de nuestro particular duelo de miradas—. Has trabajado mucho estos días y te mereces una compensación. Divertíos.

Mi amiga, que en breve dejará de serlo, sonrío encantada e incluso da unas palmitas. Yo miro

por última vez al señor Riley, que parece realmente molesto aunque, como siempre, dentro de un control de sí mismo que nunca lo abandona.

Recojo mi mesa en silencio ante una encantada consigo misma Lauren. La miro mal un par de veces y a todas ellas responde con un mohín de lo más infantil. No quiero pedirme el resto del día libre para comprar ropa, soy una profesional, pero, sobre todo, no quiero que el señor Riley piense que tengo una cita. Además, ni siquiera es verdad.

En cuanto las puertas del ascensor se cierran, golpeo a Lauren en el hombro.

—¿Por qué has hecho eso? —casi le grito.

—Relájate. Lo he hecho para matar una serie de pájaros de un solo tiro.

—Explícate.

—Nos vamos de compras. No quería seguir trabajando, por el amor de Dios, es viernes. Y lo más importante: Ryan Riley se estaba subiendo por las paredes. Estaba celoso —comenta satisfecha.

—¿Y no has pensado que a lo mejor yo no quiero ponerlo celoso?

En realidad me siento extrañamente halagada.

—A otro perro con ese hueso. Estás encantada.

—Lauren, tú no lo conoces, debe de estar cabreadísimo.

—Pues que le sirva de lección. Maddie, estás dejando que él tenga todo el poder.

—¿Qué?

¿En qué punto esta conversación se ha convertido en un análisis de mi relación con Ryan Riley?

—Lo que oyes. Él aparece, él te besa, él te pide que te vayas, él te folla. Ya va siendo hora de que se entere de que tú también tienes algo que decir aquí.

—¿Mintiéndole sobre que tengo una cita? —pregunto irónica.

—Casi. Demostrándole que tienes una vida, una parte de ti que él no puede controlar porque sucede fuera de estas cuatro paredes.

Aunque esté enfadada con ella por no haberme avisado, lo cierto es que tiene razón.

—Está bien —claudico—, pero la próxima vez avísame.

—Te he avisado. Te he dicho que tenía una idea brillante —comenta como si fuera obvio.

—Es cierto. Tenías la misma mirada que cuando intentaste convencerme para que emborracháramos al profesor de Literatura Creativa y le presentáramos a tu tía Dina, para que después nos aprobara a cambio de convencerla de que él había muerto y así quitársela de encima. Mis planes nunca fueron mucho mejores, pero por lo menos no incluían a tu tía Dina.

Ambas sonreímos.

—¿Sabes que se casó?

—¿Quién? ¿Tu tía Dina?

—No, el profesor de Literatura Creativa. Mi tía Dina se está preparando para entrar en el próximo *reality* de la NBC.

Y esta vez reímos a carcajadas.

Vuelvo a mi apartamento sesenta y cuatro dólares con cincuenta más pobre pero con un precioso vestido palabra de honor verde con grandes flores *vintage* verdes y moradas, por encima de la rodilla y con un fantástico cinturón negro. Lauren me ha prestado sus Jimmy Choo, también negros. Unas sandalias espectaculares y que de ningún modo me podría permitir. Así que ya tengo todo el conjunto para la fiesta.

Aunque pensé en irme pronto a la cama, me recuerdo a mí misma que es viernes noche y que después de todo lo que ha pasado esta semana me merezco un descanso y dejar de martirizarme por Ryan Riley. Así que llamo a Lauren, Álex y James y nos vamos todos a The Vitamin a tomar Martinis Royale mientras escuchamos buena música hasta que el dueño y prácticamente el sol nos echan de allí.

A la mañana siguiente casi no puedo moverme, algo lógico por otra parte. La cabeza va a estallarme y los recuerdos de chistes malos y buena música, siempre con un Martini Royale en la mano, inundan mi embotada mente.

Me arrastro hasta la ducha y creo que paso allí horas. La purificadora agua caliente hace que mi dolor de cabeza mejore un poco. Me pongo el pijama que no me puse ayer, ya que dormí con la ropa puesta, y voy hasta la cocina.

Sobrevivo gracias a un tazón de Capitán Crunch, a falta de las tortitas con bacón de James, mi mejor aliado para pasar la resaca, y un maratón de «30 Rock». En los anuncios entre episodios veo el avance del esperado nuevo *reality* de la NBC y entonces creo recordar que llamamos a la tía Dina en algún momento, aunque no estoy del todo segura.

A eso de las dos llamo a Lauren para asegurarme de que está bien y también a Álex y James. Ellos tuvieron que levantarse temprano e irse a casa de sus padres. Su madre quería tenerlos pronto allí para asegurarse de que no se perdían la fiesta e iban adecuadamente vestidos. Y es que la señora Mira Hannigan es así, una auténtica dama al más puro estilo de las novelas de Fitzgerald.

Mientras estoy preparando mi ropa para la fiesta, llaman a la puerta. Imagino que será Álex que habrá huido de la mansión y de su madre. Con una sonrisa y un comentario pensado, abro la puerta, pero no podría estar más equivocada.

No puedo creer que haya venido. Estoy de pie sujetando la puerta pero realmente estoy paralizada, congelada. Está aquí. Ryan Riley está aquí. He imaginado muchas veces cómo sería esta situación, pero ahora que por fin está ocurriendo ni siquiera sé qué hacer.

—Hola.

—Hola —susurro.

Está guapísimo. Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta azul grisáceo de botones en el cuello con los primeros desabrochados. Debe estar refrescando, porque tiene puesta una chaqueta vaquera azul marino. Es un modelo clásico de Levi's, al igual que los vaqueros. Aunque impolutos, ambos se ven gastados, como si fueran sus prendas favoritas desde hace años.

No puedo dejar de mirarlo. No puedo creerlo. Está aquí, Ryan Riley está aquí.

—¿Puedo pasar?

Asiento porque ahora mismo no soy capaz de articular palabra.

El señor Riley pasa y se detiene en el centro del salón. Yo cierro la puerta y respiro hondo intentando tranquilizarme. Al hacerlo, reparo en mi aspecto. Un viejo pantalón de pijama y una camiseta de tirantes blanca. Podría ser peor.

Titubeante, camino hasta él.

—Lo imaginaba diferente —comenta mirando a su alrededor.

—¿El qué? —pregunto confusa.

—Tu apartamento. Cuando le envié el cheque al señor Stabros, no imaginé tu casa así.

—¿Y cómo pensaste que era? —inquiero curiosa.

—No lo sé. Diferente.

Me mira directamente a los ojos y yo me siento paralizada otra vez. Su mirada me abruma y al mismo tiempo enciende mi cuerpo. Ni siquiera sé a qué ha venido y el deseo ya comienza a inundarlo todo.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto a la vez que camino hasta la cocina para escapar de su mirada.

Cojo dos vasos del armario y, nerviosa, los pongo sobre la encimera. Me vuelvo y tomo hielo del congelador. Aún más nerviosa, intento sacarlo de la cubitera sin ningún éxito. La cuadrícula de plástico repiquetea una y otra vez contra la encimera con cada uno de mis intentos.

Ryan Riley, que no ha dejado de observarme, finalmente camina hacia mí.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunta a mi lado, muy cerca.

—Porque aún no sé qué haces aquí —respondo en un golpe de voz.

Siento su olor, su delicioso olor a gel de afeitado y a lavanda fresca. ¿Cómo es posible que una

persona huelo tan bien?

—¿Y por eso estás tan nerviosa?

Su cálido aliento acaricia el lóbulo de mi oreja.

—Señor Riley, ¿a qué ha venido?

—No lo sé —susurra inclinándose sobre mí.

Su proximidad me hace suspirar y acelera mi ya desordenada respiración, más aún cuando lentamente lleva su mano sobre la mía y me hace soltar la cubitera. Con más lentitud, como si quisiera que el momento fuese casi agónico, sube su mano hasta mi mejilla y me obliga a girarme.

Frente a frente, con mi cara entre sus manos, vuelve a mirarme directamente a los ojos y entonces me besa calmando todo el deseo que él mismo ha despertado. Me aferro a sus brazos y dejo que me estreche contra su cuerpo.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunta separándose apenas unos centímetros de mis labios.

—Al fondo —musito.

Ryan me dedica su media sonrisa justo antes de separarse de mí, tomarme de la mano y llevarme hasta el dormitorio.

Se detiene en el centro de mi habitación y tira de mi mano para atraerme hasta él. Volvemos a mirarnos a los ojos pero, antes de que pueda pronunciar cualquiera de las preguntas que embotan mi mente, me estrecha contra su cuerpo y me besa lleno de pasión, de esa forma tan salvaje y primaria que hace que me sienta deseada y me envuelve de una excitación casi desesperada.

Se separa de mí, toma mi camiseta por el bajo y me la saca por la cabeza dejando mi bonito sujetador de algodón de rayas rosas, blancas y grises al descubierto. Él sonrío al verlo y yo me ruborizo. Ahora mismo me gustaría llevar el que había preparado para la fiesta, algo negro y de encaje. Sin embargo, cuando alzo la cabeza y nuestras miradas se entrelazan, creo adivinar que le gusta lo que ve. Me siento aún más deseada y excitada. Pero no puedo mantener su mirada mucho tiempo, por algún motivo también me hace sentir tímida.

Levanta su mano y con la punta de los dedos va siguiendo lentamente el contorno de mi sujetador.

Cuando detiene su mano en el centro y comienza a bajar hasta mi vientre, suspiro bajito y él sonrío de esa manera tan dura y sexy a la vez. Sabe perfectamente lo que está haciendo.

Se quita la chaqueta, la deja caer al suelo y se sienta al borde de la cama. Suavemente tira del cordón de mi pantalón de pijama para que me acerque. Observo, llena de un deseo que poco a poco va ahogando todo lo demás, cómo acerca sus labios a mi vientre.

Suspiro más intensamente. Siento calor, mucho calor.

Ryan impregna mi piel con su cálido aliento y después la recorre con su lengua y sus sensuales labios. Se desliza por todo mi vientre de cadera a cadera. Enseñando los dientes, lamiéndome después.

Mete dos de sus dedos bajo la cintura de mis pantalones y los baja lentamente. Cuando llegan hasta el suelo, muevo los pies y salgo de ellos. Ryan se recuesta apoyándose en sus codos y me observa en ropa interior, escrutando cada centímetro de mi anatomía.

—No sabes cuánto tiempo llevaba queriendo verte así —susurra con la voz ronca y los ojos brillantes de deseo.

Tras unos segundos, se incorpora de nuevo y, sentado en el borde de mi cama, vuelve a inclinarse sobre mí. Me besa el vientre pero no se detiene, llega hasta mis bragas y hunde su boca en mi sexo por encima de la tela.

Suspiro, casi gimo.

Como hizo con mis pantalones, mete el índice y el corazón bajo el elástico y se deshace de mi lencería.

El deseo me ahoga.

Sus manos recorren mis piernas y se anclan en mi trasero. Alza la mirada y clava sus ojos azules en los míos. Sin previo aviso, me da un azote en el culo. No ha sido suave, pero el filo hilo de dolor que me ha provocado se ha difuminado en una ola de placer. Doy un respingo y gimo, pero no me aparto ni un centímetro.

Él sonrío satisfecho. Era la reacción que esperaba. Me acaricia con la palma abierta y me azota de nuevo, un poco más fuerte. Cierro los ojos y gimo otra vez. El dolor ha sido más intenso, pero el placer también.

Cuando consigo calmarme mínimamente, abro los ojos. Los suyos continúan clavados en los míos, esperándome. Me contemplan lujuriosos y ardientes con un deseo sordo y desesperado bailando en sus iris azules.

Mi respiración se acelera sin remedio. Estoy expectante, excitada y muy abrumada por sentirme así.

Desplaza una de sus manos y la ancla en mi cadera. Con la otra me aprieta la nalga con fuerza y me azota otra vez. Mucho más fuerte. Pero, antes de que pueda reaccionar, desliza dos de sus dedos en mi interior y me penetra con fuerza.

Cierro los ojos, gimo desbocada y me agarro a sus hombros. Enredo mis dedos en su camiseta mientras digiero la invasión y todo el placer que me provoca.

—Joder, Maddie, eres increíble —susurra, y hay cierto toque de veneración en su voz.

Ryan me sostiene por la cadera impidiendo que me caiga mientras entra y sale acelerado una y otra vez.

El calor aumenta más y más.

Se inclina sobre mí y me besa en el centro de mi sexo. La humedad de su lengua se mezcla con la mía y comienza a trazar sugerentes círculos.

Sus labios son la calma mientras que sus dedos son la tormenta. Un doble estímulo absolutamente irresistible.

Toma mi clítoris entre sus labios y tira de él. Provocativo, muestra sus dientes con suavidad y todo mi cuerpo se arquea contra su boca a la vez que lanzo un largo y profundo gemido.

Me aferro con más fuerza a sus hombros. Temo que mis piernas no me sostengan. Pero Ryan me agarra por la cintura y, tomándome por sorpresa, me tumba en la cama. Sin darme tiempo a reaccionar, avanza sobre mi cuerpo hasta quedar suspendido sobre mí.

Con sus manos sujeta mis muñecas contra el colchón a ambos lados de mi cabeza. Sus intensos ojos azules me observan desde lo alto. Estoy extasiada, excitada. Tengo la respiración desbocada y mi cuerpo se retuerce de deseo bajo el suyo, pero él no se mueve, sólo me contempla. Siento que me estoy derritiendo bajo su mirada.

Brusco, coloca mis muñecas por encima de mi cabeza y me obliga a estirar los brazos. Gimo por el movimiento y Ryan vuelve a clavar su mirada en la mía. Estira su brazo y coge algo de la cama, pero no puedo verlo. No comprendo que se trata de mi camiseta hasta que noto la tela rozar mis muñecas. Me está atando.

Gimo de nuevo y Ryan deja de prestar atención al nudo y vuelve a centrarla en mis ojos. Involuntariamente, me humedezco los labios. ¿Por qué me está excitando tanto todo esto? Mi mente abrumada no sabe qué pensar, pero el deseo líquido que inunda mi vientre lo tiene absolutamente claro.

—¿Confías en mí? —pregunta dejando que la sensualidad desbordante de sus ojos azules me atrape aún más.

—Sí —respondo sin dudar.

Sonríe satisfecho y tensa el nudo.

Mi respiración ya acelerada se transforma en suaves jadeos.

Se inclina sobre mí y toma mi boca con fuerza. Su lengua busca la mía y juega perversamente con ella. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes y tira de él. Gimo y alzo la cabeza buscando de nuevo sus besos más intensos, pero él se retira sin dejar que nuestros labios se rocen otra vez. Gimoteo suplicante y Ryan sonrío antes de volver a unir nuestras bocas con fuerza y empujar mi cabeza de nuevo contra el colchón.

Quiero tocarlo y hago el ademán de mover las manos, pero él alza la mirada y clava sus salvajes ojos azules en los míos.

—No te muevas —ordena.

Asiento jadeante y poso de nuevo las muñecas atadas en el cama.

Ryan baja por mi mandíbula y mi cuello hasta llegar a mis pechos. Chupa mis pezones soliviantándolos, lamiéndolos una y otra vez. Cubre uno de ellos con sus labios, coge el otro entre sus dedos y tira.

Mi espalda se arquea.

Gimo alto, enardecida.

Espera a que me calme para volver a rodear mi pezón con sus labios. Baja su mano libre por mi costado y la desliza en mi sexo. Estoy maravillada, sobreestimulada.

Siento la tentación de volver a mover las muñecas. Él parece adivinarlo, porque alza sus ojos sin separarse apenas de mi piel y niega suavemente, dejando que su mirada exigente y salvaje se adueñe de la mía. Obedezco sin pensar y, como recompensa, sin dejar de mirarme introduce dos de sus dedos en mí mientras me acaricia el clítoris con el pulgar.

Gimo pero no separo nuestras miradas. Es lo mejor de todo.

Sus movimientos se acompañan perfectamente a su boca y su otra mano que retuercen y muerden

mis pezones.

Mis caderas se mecen contra sus dedos, haciendo círculos involuntarios, buscándolos.

—Dios, Dios, Dios —mi voz cada vez es un susurro más apagado, ahogado entre jadeos que no puedo controlar.

No aguantaré mucho más.

Mi cuerpo se tensa bajo él.

Ryan añade un tercer dedo a la tortura y me muerde con fuerza.

Grito.

—Córrete, Maddie —susurra salvaje contra mi piel—. Quiero oírlo.

Su exigencia es lo último que necesito y todo mi cuerpo se sumerge de lleno en un extraordinario orgasmo. Mis terminaciones nerviosas se yerguen y mi sexo se sacude contra su mano, palpitando, húmedo, lleno de placer.

Gimo con los ojos cerrados, intentando recomponerme. Pasa su pulgar una vez más por mi clitoris y saca los dedos. Suspiro y le noto sonreír.

Abro los ojos y lo veo avanzar por mi cuerpo.

Tira de uno de los extremos de mi camiseta y el nudo se deshace alrededor de mis muñecas. Bajo las manos despacio y me las llevo a los labios para calmar la piel rozada.

Con nuestras miradas aún entrelazadas, acerca su boca a mi muñeca. Todo esto es tan íntimo y sensual que se escapa de mi control. Nuestros labios se rozan furtivos una y otra vez mientras nuestras respiraciones se aceleran. Ese simple sonido me enciende de nuevo y sé que él también lo está. Sus ojos están hambrientos, oscurecidos por el deseo hasta parecer casi negros.

—Fóllame —susurro sin apartar mi mirada de la suya.

Mi voz ha sonado mucho más dulce y sensual de lo que imaginaba y tiene un eco directo en Ryan, que se abalanza sobre mí. Se quita la camiseta acelerado. Me besa salvaje como si fuera a desaparecer en cualquier momento mientras se deshace de los pantalones y los bóxers y brusco, de un solo movimiento atronador y primario, entra en mí.

Grito extasiada aferrándome a su espalda a la vez que él se mueve con fuerza, de verdad, como si yo fuera lo único que hay en este universo, como si follarme le diera la esperanza, el deseo, la vida.

Grito de nuevo. Esto es enloquecedor.

Ryan clava los puños con rabia en el colchón y acelera aún más este vertiginoso ritmo. Hundo mi cara en su cuello y le muerdo con fuerza cada vez que siento que el placer me desborda.

—Joder, sí —gruñe y yo me derrito aún más entre sus manos.

No está siendo delicado, se mueve implacable, embistiéndome cada vez más profundo. Nunca había creído que me gustara el sexo así, que me follaran, pero el modo en el que se mueve es irresistible. Me descubre un placer inusitado que cada vez se hace más grande, más fuerte, consiguiendo que los otros besos, los otros chicos, incluso todo lo que nos rodea, deje de tener valor para mí. Ahora mismo sólo está él.

Sale de mí y hábilmente me gira en sus brazos. Vuelve a dejarse caer sobre mi cuerpo y tira de mi cadera para que quedemos ligeramente de lado.

Me penetra con fuerza, casi con rabia, y todo mi cuerpo se arquea.

Los gemidos, el calor, la euforia se apoderan de mí.

Entra y sale brusco, duro, llegando donde nunca antes habían llegado.

—Quiero que cuando estés en esa fiesta, sólo puedas pensar en esto —susurra salvaje en mi oído.

Yo gimo por sus movimientos pero también por sus palabras. Son exigentes y están llenas de rabia, pero tocan una tecla íntima y profunda de mí que ni siquiera entiendo y me sumergen aún más en su cuerpo y en todo mi placer.

Grito desbocada.

Arqueo mi espalda y echo la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro.

Dios, esto es casi torturador.

No sé cuánto tiempo podré aguantar. Mi cuerpo se tensa por todo el placer que recibe y, cuando vuelve a embestirme con fuerza, estallo alrededor de él, que no se detiene y consigue que mi cuerpo se convulsione entre sus manos y su fantástico miembro.

Estira su última estocada y se corre dentro de mí, gruñendo, suspirando, jadeando en mi oído.

Estoy en el paraíso en este momento.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, intentando recuperar la monotonía en nuestras respiraciones. Siento su pecho subir y bajar ansioso a mi espalda y no puedo evitar que una sonrisa de pura felicidad se dibuje en mis labios. Pero el sentimiento es breve. Apenas un instante después, noto cómo se levanta y, sentado al borde de mi cama, se pone los vaqueros. Yo tiro de mi colcha de Ikea, me tapo con ella y me incorporo. Estoy sentada a su espalda y vuelvo a sentirme tímida.

—Tomo la píldora —musito avergonzada, y no debería. Esta conversación tendríamos que haberla mantenido antes de acostarnos por primera vez— pero me preocupan las enfermedades de transmisión sexual.

No sé cómo seguir.

—Estoy limpio —contesta secamente poniéndose la camiseta con rapidez— e imagino que tú también.

Parece que ha dado el tema por concluido. Durante unos segundos un incómodo silencio se abre paso entre nosotros.

—Podrías no irte —le pido con dulzura.

Aunque en realidad la frase más apropiada habría sido «no quiero que te vayas».

—Podríamos hablar —continúo.

—¿Qué quieres saber? —pregunta levantando una rodilla para atarse los cordones de la zapatilla. No se gira.

—No lo sé. Nada en concreto. Sólo pensé que podríamos charlar.

—¿Charlar de qué, Maddie?

Su tono se ha ido endureciendo. Vuelve a parecer molesto y exasperado, pero por primera vez no tengo la sensación de que sea conmigo. Me atrevería a decir que es consigo mismo.

—Charlar en general para conocernos mejor, por ejemplo, ¿cuál es tu canción favorita?

—Maddie, tengo que irme —dice levantándose. Aún no me ha mirado.

—Claro —susurro.

Mientras él se agacha y recoge su chaqueta del suelo, yo salgo de la cama y me visto rápidamente. De pronto no quiero que me vea desnuda, ya no.

Caminamos en silencio hasta la puerta. Justo al abrirla tengo una revelación. Si hiciéramos algo juntos aparte de trabajar y acostarnos, quizá se relajaría y tomaría otra actitud.

Puede funcionar, me atrevo.

—La fiesta de esta noche va a ser divertida, quizá te gustaría venir —comento.

—Mejor, no.

—No te preocupes, era una estupidez.

¿Realmente lo era? Ya no sé qué pensar, Ryan Riley tiene ese efecto en mí.

De nuevo nos quedamos unos incómodos segundos en silencio. No quiero que se vaya pero tampoco puedo rogarle que se quede o que me acompañe a la fiesta, aunque lo esté deseando.

Él va a decir algo pero parece arrepentirse y, de espaldas, camina los primeros pasos, alejándose de mí.

—Adiós, Maddie.

—Adiós, señor Riley.

Hace una mueca de disgusto y anda de nuevo hasta colocarse frente a mí.

—Por el amor de Dios, Maddie. He venido hasta aquí y acabamos de acostarnos, podrías llamarme por mi nombre.

—Claro —vuelvo a susurrar.

Otra vez me siento confundida y abrumada. Tengo ganas de gritarle que no sé lo que quiere de mí, que no le entiendo pero que me atrae tanto que quisiera que nos encerráramos en mi habitación ahora mismo y no saliéramos hasta el lunes.

—Adiós, Maddie —repite.

—Adiós, Ryan.

Esas dos simples palabras le hacen clavar de nuevo su mirada en la mía. Sus ojos vuelven a dejarme ver ese sentimiento que se me escapa, que no logro entender, pero a la vez puedo notar que se siente frustrado, enfadado, un reguero de emociones que centellean sin tregua en el azul de su mirada.

Finalmente comienza a caminar de nuevo y, cuando apenas ha avanzado un par de metros, deja caer su puño contra la pared. Definitivamente está molesto y no sé si es porque se marcha o porque, una vez calmado el deseo, se arrepiente de haber venido.

Yo cierro la puerta y me apoyo contra ella unos minutos. Necesito un momento. Necesito un momento y una copa. Hemos vuelto a acostarnos, pero, tal y como pasó las otras dos veces, no hemos hablado, no me explicó por qué había venido, qué quería. No soy estúpida. Sé que la respuesta es obvia pero quería oírsele decir, saber qué siente por mí. Aunque sea sólo sexo, necesito saberlo.

Sentada en el taburete, vestida, maquillada y peinada, espero a que den las siete. Cuando Ryan se fue, fui incapaz de concentrarme en cualquier otra cosa, así que empecé a arreglarme y el resultado es que llevo casi cuarenta y cinco minutos mirando el reloj, esperando y, cómo no, pensando. Ha venido hasta aquí para asegurarse de que pienso en él en mi supuesta cita. Lauren pondría el grito en el cielo si se enterase y Álex, creo que Álex le hubiera dado una paliza. Pero yo he dejado que lo haga, es más, creo que a una parte de mí incluso le ha gustado. Esto está comenzando a ser enfermizo.

Cuando estoy a punto de dejar caer mi cabeza contra mis brazos cruzados en la encimera, absolutamente exasperada, suena el timbre. Son las siete en punto. Debe de ser James.

Cojo mi *clutch* y voy hasta la puerta. Al abrirla, veo a mi amigo impecablemente vestido con un elegante esmoquin. A pesar de que está guapísimo, no puedo evitar sonreír. No es su estilo en absoluto.

—Ni una palabra, Parker. —Se adelanta a cualquier comentario que pensara hacerle—. Ha sido una encerrona de mi madre.

—Estás muy guapo —le digo sin que la sonrisa me abandone.

—Tú también. Muchas gracias —contesta fingidamente formal—, pero para ya con esa sonrisita.

—Está bien. —Finjo hacer un gran esfuerzo por ocultar mi sonrisa—. ¿Nos vamos? Llevo una hora muriéndome por una copa.

—Ya somos dos —dice ofreciéndome su brazo.

Comenzamos a caminar.

—¿Una hora? —pregunta repasando mis palabras.

—No preguntes —de verdad no me apetece hablar de esto— o te haré una foto y la subiré a Facebook.

Tardamos más de lo que esperábamos en llegar a la mansión de los Hannigan en Glen Cove. Es sábado y a última hora de la tarde Nueva York se colapsa por el tráfico.

Atravesamos en el viejo Chevrolet de James las verjas de hierro forjado que dan paso al camino que conduce a la gran casa, una de esas mansiones de finales del XIX de ladrillo visto oscurecido y piedra caliza blanca. Sencillamente preciosa.

James se detiene frente a la entrada principal. Sus padres están recibiendo a los invitados en la puerta. Hace una noche maravillosa, con un clima de lo más agradable y una luna llena enorme como si hoy estuviera más cerca que nunca.

Un aparcacoches contratado para la ocasión me abre la puerta y James vuelve a tenderme el brazo. En seguida nos vemos contagiados por el ambiente y comenzamos a repartir sonrisas y

elegantes saludos al resto de los invitados.

Mira Hannigan nos ve y extiende sus brazos sonriente. Yo le devuelvo la sonrisa y me suelto de James para caminar hasta ella, que me toma por los hombros y me observa de arriba a abajo.

—Estás preciosa, querida —dice a la vez que me da un beso en cada mejilla.

—Gracias, señora Hannigan.

—Hola, Maddie Parker.

Nunca deja de hacerme sonreír que el señor Hannigan me llame siempre por mi nombre completo.

—¿Qué tal está tu padre? —me pregunta.

—Muy bien, señor Hannigan.

—¿Cuándo vas a empezar a llamarme Miles? —inquire fingidamente exasperado.

—El día que usted deje de llamarme Maddie Parker.

—Eso jamás —contesta sonriente.

—Lo mismo digo.

Le devuelvo la sonrisa mientras James, desesperado, tira de mí para que entremos.

—Mi copa —me susurra.

—Y la mía.

—Sácala a bailar, hijo —comenta Miles Hannigan alzando la voz desde la puerta.

—No es a este hijo al que tienes que animar para que la saque a bailar —responde James con sorna.

Yo por un momento olvido el elegante ambiente en el que nos vemos sumergidos y le golpeo con mi *clutch*.

—¿Qué? —se queja.

—Lo sabes de sobra.

Ambos sonreímos de nuevo y nos dirigimos hacia la barra atravesando el inmenso salón repleto de la *jet set* neoyorquina. La verdad es que todo está precioso. Las luces, la decoración, todo es evocador y muy romántico. Suena una suave canción italiana. Creo que de Ornella Vanoni, *L'appuntamento* si no me falla la memoria. Y no es en absoluto una casualidad. El señor Hannigan es un enamorado de la música italiana de los cincuenta y sesenta y no hay fiesta en la que falte.

Álex está charlando con Charlie junto a la barra. Al vernos, nos saludamos y James nos consigue nuestras ansiadas copas, dos Martini Royale para ser más exactos.

Charlamos animadamente, riéndonos y observando a los invitados. Sin embargo, lo que Ryan pretendió lo ha conseguido de sobra. A pesar de las risas y el maravilloso ambiente, sólo puedo pensar en él, en la manera en la que estuvimos juntos en mi apartamento esta tarde. Es frustrante que sea con él con quien esté teniendo el mejor sexo de mi vida, porque lo complica todo muchísimo más.

—¿Qué tal estás, Parker? —me pregunta James aprovechando que nos hemos quedado solos.

Alex y Charlie se han ido, poniendo una excusa verdaderamente mala, a hacerse arrumacos al jardín.

—Estoy bien.

—Entonces no vas a contarme qué te ha sucedido esta tarde.

—No me ha pasado nada esta tarde.

Estoy comenzando a cansarme de mentir. Nunca le había mentido a James antes y no me gusta, pero ¿qué puedo hacer?, ¿contarle que Ryan Riley se ha presentado en mi casa, nos hemos acostado y se ha largado sin ni siquiera mirarme? La verdad no nos deja bien a ninguno de los dos y enfurecería a James. Lo sé porque, si fuera al revés, a mí me enfadaría que una chica lo tratara así y él fuera tan estúpido de permitirlo.

—Y la copa la necesitabas ¿por?

—¿Aburrimiento? —contesto como si eligiera una posibilidad de muchas—. Somos una generación avocada al alcoholismo. Los dos sabemos que no necesitamos muchas excusas para beber.

—Gran verdad y probablemente hablaremos de esto en el sótano de un centro comunitario de Brooklyn en futuras reuniones de Alcohólicos Anónimos, pero prefiero que me digas «James, paso de contártelo» a que me mientas.

—No te miento.

—Damas y caballeros, la mentira un millón.

Sonrío ante su comentario, pero no dura mucho en mis labios. Por ningún motivo en especial, llevo mi vista hacia la entrada y lo veo, a Ryan Riley, extraordinariamente vestido con un elegante esmoquin. Está guapísimo, como lo está la rubia de piernas kilométricas que lo acompaña.

No sé qué hacer. No sé qué decir. Sólo quiero salir corriendo de aquí antes de que él me vea, pero no tengo esa suerte. Ryan mira hacia el fondo de la sala, imagino que buscando la barra, y me ve. A pesar de la distancia, nuestras miradas se cruzan. Primero sus ojos se llenan de sorpresa y después frunce el ceño contrariado. Supongo que no esperaba encontrarme aquí. Finalmente sale de su asombro, le comenta algo a su acompañante y comienza a caminar en mi dirección.

—James, vámonos —susurro.

—¿Qué? —pregunta confuso.

—Por favor, vámonos, salgamos de aquí —le apremio.

Hannigan me mira un segundo intentando comprender qué me pasa. Su expresión se ha llenado de preocupación y su rostro se ha endurecido. Me parece que no necesita más para entender lo que ocurre.

—Vamos.

Me toma de la mano y salimos por una de las puertas laterales. Tira de mí, que camino con dificultad subida a estos tacones infinitos. Siento un inmediato *déjà vu* de la noche que Ryan me sacó de la discoteca, sólo que no es su mano la que tira de mí y no me espera un apasionado beso en mitad de una acera cualquiera de Manhattan.

Alcanzamos la puerta trasera y salimos a la enorme terraza acristalada. James continúa caminando hasta que llegamos a una escalera de piedra escrupulosamente cuidada que da acceso a

los jardines.

Al notarme a salvo, me dejo caer hasta sentarme en uno de los escalones y suspiro profundamente.

No quiero llorar. Por favor, no quiero llorar.

—Maddie, cuéntame ahora mismo qué está pasando.

La voz de James suena acorde a su expresión.

—Era Ryan Riley.

—¿Y? —me apremia.

—Le pedí que me acompañara a la fiesta, me dijo que no y se ha presentado con otra chica.

—Maddie, deja de contarme las cosas a medias —me espeta enfadado—, porque es obvio que hay algo más.

—Si un hombre ha buscado la pared y la ha encontrado, ¿volverá a buscarla? —pregunto ignorando por completo su comentario.

—Acabáramos.

James se deja caer a mi lado. Su rostro parece más relajado, como si por fin las piezas del puzle comenzaran a encajar.

—¿Me estás diciendo que te has acostado con Ryan Riley y quieres saber si volverá a pasar?

—Sí.

—Ya te lo dije, Maddie. A veces eso no ocurre.

—¿Y si ya ha ocurrido? ¿Y si nos hemos acostado varias veces?

La confusión vuelve a la mirada de James, que se afloja la pajarita.

—Esta tarde ha venido a casa y nos hemos acostado.

—¿Habéis hablado de lo que está pasando?

Niego con la cabeza. Sólo con recordar cómo ni siquiera me miró mientras me decía que tenía que marcharse, hace que se forme un nudo en mi garganta que me provocará el llanto si articulo la más mínima palabra.

—¿Maddie, estás bien? —pregunta lleno de dulzura.

Vuelvo a negar con la cabeza y me inclino sobre James para ocultar el más que inminente llanto. Él me acoge entre sus brazos.

—Qué estupidez de pregunta. Es obvio que no estás bien.

James me consuela y durante unos minutos yo me dejo consolar.

Al sentirme menos nerviosa, vuelvo a pensar en todas las dudas y las preguntas que no logro responderme.

—A veces tengo la sensación de que él sólo me... —mi voz suena entrecortada y creo que mi mente se siente igual, porque soy incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—¿Utiliza? —me ayuda James.

—Sí —digo separándome de él—. Y entonces pienso que no dejaré que vuelva a tocarme, pero, cuando lo veo, sólo puedo pensar en cuánto me gusta.

—Maddie, esto no va acabar bien para ti.

—Lo sé.

—Pues para —replica impaciente.

—James, no puedo.

—Pues pídele a él que pare. Si le importas, aunque sólo sea un poco, lo hará.

En ese momento la puerta de la cristalera se abre sobresaltándonos. Por un instante pienso que es Ryan Riley, pero rápidamente me recuerdo a mí misma que tiene otra acompañante con la que sí puede ir a fiestas, así que por qué iba a tener el más mínimo interés en buscarme a mí.

—¿Dónde os habías metido?

Es Sean, el hermano de James.

—Hermanito, estábamos charlando y fumando —comenta irreverente.

Sean le dedica una mirada reprobatoria.

—No deberíais fumar.

—¿Has visto el traje que me han obligado a ponerme? —se queja James—. Me merezco un respiro.

El mayor de los Hannigan sonrío exasperado.

—Pues esto te va a encantar: mamá te está buscando cámara de fotos en mano.

James refunfuña y la sonrisa de Sean se hace más amplia. Resignado, el pequeño de los Hannigan se levanta y me tiende una mano que miro con recelo.

—Si piensas que te vas a librar de salir en esas fotografías, estás muy equivocada.

Compartiendo su resignación, volver al salón me aterra, tomo su mano y me levanto.

—Estás preciosa —comenta Sean cuando dejo que mi vestido se vea en toda su plenitud.

—Gracias —respondo en un susurro y, para qué negarlo, algo incómoda.

Cuando regresamos al salón, miro a mi alrededor en intervalos de quince segundos por si tengo que volver a salir corriendo. Pero entonces caigo en la cuenta de que salir corriendo no dice mucho en mi favor. Me coloca exactamente en la posición más débil, la de tonta enamorada que se siente dolida y traicionada, y no pienso darle esa satisfacción. Respiro hondo y me agarro con fuerza al brazo de James, que mirándome de reojo sonrío ante mi recuperada determinación.

Justo antes de que Mira Hannigan llegue hasta nosotros, obligo a James a girarse y le coloco bien la pajarita. Él me hace un mohín y me guiña un ojo cuando me ve sonreír.

—Ahora sí que estás preciosa, Parker.

—Gracias, Hannigan.

Mira nos obliga a hacernos en torno a unas cien fotos. Según ella, son pocas las ocasiones en las que James le concede el deseo de vestirse así y tiene que aprovechar. Yo me mantengo en un discreto segundo plano haciendo rabiar a Álex y a James con ayuda de Charlie. Me hace feliz ver las miradas

que se dedican Álex y él. Realmente se les ve muy enamorados. ¿Podré tener eso alguna vez con Ryan?

«¿Con el chico que ha venido a la fiesta con otra?»

La respuesta no podía estar más clara y yo necesito otra copa.

—Voy a por una copa —le digo a James en la distancia, sin voz, moviendo los labios y ayudándome de la mímica.

—Para mí también —responde de igual modo mientras, desesperado, impaciente y más calificativos similares, posa por enésima vez para su madre.

Camino hasta la barra atravesando de nuevo la sala. Creo que me cruzo con un congresista, pero no podría asegurarlo.

—Dos Martini Royale, por favor.

El camarero asiente y comienza a prepararlos.

—Jack Daniel's con hielo —oigo a mi espalda.

Creo que podría reconocer esa voz en cualquier parte. Es Ryan.

No me giro, tampoco digo nada. Pienso esperar mis copas y marcharme con toda la elegancia que sea capaz de esgrimir.

—Maddie —susurra acercándose más a mí.

Sólo oír cómo ha pronunciado mi nombre ha hecho que me tiemblen las rodillas, pero debo mantenerme fuerte.

—Maddie, no soporto que estés enfadada conmigo.

Está aún más cerca de mí. Temo que en cualquier momento vaya a tocarme y las pocas defensas que aún logro mantener se derrumben a sus pies. Nerviosa, miro al camarero apremiándolo para que termine esos cócteles.

—Esa chica no es nadie. No me interesa en absoluto.

Al fin el camarero, que debió sacar sobresaliente en su curso de coctelería, me entrega las copas. Con ellas en las manos trago saliva, reúno las fuerzas que su proximidad no ha logrado robarme y giro sobre mis Jimmy Choo prestados.

—Señor Riley, le están esperando y a mí también —le digo con toda la frialdad de la que soy capaz.

Él me mira con un enfado más que creciente y alza la mano para cogerme del brazo.

—Si me toca, gritaré.

Yo también estoy enfadada.

Sus ojos se llenan de confusión y sorpresa. Supongo que ésa era la última respuesta que esperaba, pero estoy demasiado dolida para permitir que vuelva hacer lo que quiera. Ryan mira a su alrededor sopesando la posibilidad de llevarme a la fuerza y montar una escena, pero sabe que no sería buena idea hacerlo aquí, así que deja caer su mano.

Por un momento su mirada me abruma. Parece triste como si se sintiese despojado y entonces

siento ganas de caer entre sus brazos. Pero no tardo en volver a recordar lo dolida que me he sentido al verlo aparecer con otra chica y consigo recuperar la determinación justo a tiempo para huir de él.

Cuando vuelvo a reunirme con James y le entrego su copa, llevo la vista otra vez hacia la barra, pero él ya no está. Mejor así.

La fiesta continúa. Hemos cenado un exquisito bufé frío preparado por el mejor *catering* de Nueva York y hemos mantenido unas diez insulsas charlas con diez insulsos aunque riquísimos invitados.

Ya han pasado un par de horas desde que me encontré con Ryan Riley en la barra y no he vuelto a verlo. Sé que no debería, pero no puedo parar de pensar en él, en cómo me miró cuando le dije que no me tocara. Demonios, toda esta situación es desesperante. Me mira así porque me niego a que me toque pero, cuando dejo que lo haga, pasa de mí. No logro entender qué es lo que quiere y mientras una parte de mí no quiere detenerse hasta averiguarlo, la otra comienza a pensar que su hermetismo quizá nunca me deje descubrirlo.

—¿Quieres bailar, Maddie? —me pregunta Sean.

James sonrío y disimuladamente da un paso alejándose de mí. Yo le devuelvo la sonrisa, aunque en el fondo tengo ganas de asesinarlo porque seguro que ha sido él quien ha incitado a su hermano a que me saque a bailar.

Miro a Sean y asiento. Suena *Let her go*, de Passenger, una canción preciosa.

Caminamos hasta el centro de la pista mezclándonos con otras parejas que ya bailan. Sean abre sus brazos y yo doy el paso definitivo para quedar entre ellos. No sé por qué me siento tan incómoda. Sean es un chico amable, honesto y guapísimo. Cualquiera chica mataría por estar en mi posición, pero yo sólo puedo pensar en Ryan Riley.

Bailamos al ritmo de la dulce melodía. De vez en cuando alzo la cabeza y mi mirada se encuentra con la suya, que ya me esperaba. Nos sonreímos pero todo es muy mecánico, sin chispa.

De pronto las otras parejas que nos rodean parecen moverse orquestadamente, como si de una coreografía se tratara, y me permiten ver a Ryan Riley al fondo de la pista, bailando con esa chica pero mirándome a mí.

Son los brazos de Sean los que me obligan a moverme y es su mano la que noto al final de mi espalda, pero para mí ahora sólo existe Ryan. Por un instante mi mente juega a mezclarlo todo y siento como si fuera con él con quien bailo.

Sean me dice algo pero no lo escucho. Tengo que obligarme a mirarlo y volver a la acuciante realidad.

—Maddie, ¿te encuentras bien? —me pregunta de nuevo.

—Sí.

Asiento levemente acompañando mi respuesta y le dedico una sonrisa que no me llega a los ojos. ¿Pero qué estoy haciendo? Yo no soy así. No soy así. No bailo con un chico deseando que sea otro. Sean no se lo merece. Me siento miserable y vuelvo a estar demasiado enfadada, demasiado dolida. Quiso traer a esa chica a la fiesta en vez de venir conmigo, pues que baile con ella, que me deje en paz.

Siento que me ahogo. No puedo respirar.

—Sean, necesito salir a tomar el aire. En seguida vuelvo.

Salgo del salón sin ni siquiera darle tiempo a responder. Al girarme, lo veo de pie en el centro de la pista solo y confundido y me siento aún más miserable, pero de verdad necesito salir de aquí.

Cruzo el gran vestíbulo y llego hasta la puerta principal. Estoy a unos metros de ella cuando noto unos pasos acelerados que me siguen. Una vez más no necesito darme la vuelta para saber quién es.

—Maddie —me llama.

Pero yo no quiero verlo. Estoy furiosa con él, conmigo misma por haber llegado a esta situación.

Salgo corriendo, obviando lo peligroso de mi huida con semejantes tacones. Él me sigue. Atravieso casi todo el jardín delantero y llego a los últimos coches aparcados. Mis piernas ya no resisten más.

—Maddie.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto casi en un grito volviéndome hacia él.

Mis palabras lo detienen en seco. Me mira fijamente con el rostro endurecido pero también confuso y sorprendido.

—Ryan, yo no soy así. No salgo corriendo de bailes, no dejo a un chico plantado en mitad de la pista y, sobre todo, no juego con él, no le miro imaginando que sea otro. Así que, ¿qué quieres de mí? ¿Qué quieres de mí? Porque ya no puedo más.

Ryan no contesta, recorre los pasos que nos separan y, estrechándome contra él, me besa. Y sencillamente ocurre que era exactamente eso por lo que mi cuerpo, sin ni siquiera saberlo, clamaba. Por un instante me dejo llevar por la fuerza de sus labios sobre los míos, por su anhelo, pero mi mente se encarga de recordarme lo enfadada que estoy y rápidamente me separo de él.

—Deja de hacer esto —protesto exasperada.

Doy un paso hacia atrás y él lo da hacia adelante. Sus ojos me abrazan y despiertan mi cuerpo traidor. ¿Por qué me siento así cuando está cerca? Como si nada más importara. Poco a poco un deseo sordo y líquido lo va inundando todo. Mi respiración jadeante se mezcla con la música y el murmullo de voces felices que salen de la casa.

Se acerca de nuevo y, sin separar su mirada de la mía, dejándome claro que no me dejará escapar otra vez, vuelve a besarme. Yo intento resistirme con las pocas fuerzas que me quedan, pero Ryan reacciona estrechándome aún más contra él y todo mi cuerpo se rinde a este deseo tan apremiante, casi febril, que nubla mi mente y todo a mi alrededor.

Nuestros besos se vuelven más incontrolables y salvajes. Me sienta sobre el capó de uno de los coches aparcados y con sus manos aún en mi trasero me empuja contra él.

Nuestras respiraciones jadeantes, entrecortadas, se superponen contra la boca del otro, obligándonos a separar nuestros labios.

Pero todos mis sentimientos siguen ahí. Ha venido con otra chica, no puedo dejar de repetírmelo, y me siento furiosa, celosa, dolida. Demasiadas emociones que mi abrumada mente no puede dirigir.

—¿Y qué va a pasar después? —murmuro contra sus labios—. ¿Vas a marcharte?

—Maddie —susurra.

Se ha detenido en sus besos pero no se ha separado de mí. No sé cómo interpretar ese «Maddie», así que lo miro directamente a los ojos. Él me está contemplando y con su mirada lo entiendo todo. Ese «Maddie» significa que sí, que se marchará, aunque también me parece ver, sólo por un segundo, que no quiere tener que hacerlo.

Odio que todo sea así.

—Déjame en paz, Ryan.

Lo empujo y, sin dejar que me ayude, me bajo del capó del coche. Él se aparta de mala gana pero concediéndome la huida. Los dos sabemos que si hubiera querido no le hubiera costado mucho esfuerzo mantenerme aquí o quizá sí, estoy demasiado cansada de todo esto.

Sin volver a mirar atrás, comienzo a caminar hasta la enorme cancela de hierro forjado.

—Maddie, ¿adónde vas?

No usa un tono amable. Está malhumorado y por primera vez no me importa ser la causa o enfadarlo aún más.

—A casa —respondo intentando mostrarme indiferente.

—Te llevaré. Estamos a una hora de Nueva York.

—Llamaré a un taxi. —No cambio un ápice mi tono.

—¿Por qué eres tan testaruda? —inquire tan molesto como exasperado.

¡Es el colmo!

—Te están esperando —respondo furiosa pero con mi voz entrecortándose por momentos.

Después de lo que ha pasado, todos mis sentimientos se han multiplicado. Me siento más dolida, más ruin.

Ryan me toma por el brazo y me obliga a girarme.

—Sé que he venido con otra chica y sé que me está esperando. No necesito que tú me lo recuerdes. Pero no pienso dejar que salgas sola en mitad de la noche a esperar un taxi. Puedes volver a la mansión o puedes dejar que te lleve, tú eliges, pero no voy a seguir discutiéndolo.

Su voz calmada y dura a partes iguales y su mirada casi metálica consiguen volver a intimidarme. Está enfadado, muy enfadado, y por primera vez me pregunto si todo esto le supera como me sucede a mí.

—Quiero irme a casa —susurro apartando mi mirada.

—Espérame aquí.

Sin decir nada más, se da la vuelta y camina hasta la entrada principal. Lo observo entregarle un tique a uno de los aparcacoches, que sale corriendo, y hablar con el otro que asiente varias veces y entra en la mansión. Imagino que le ha mandado algún recado a la rubia de piernas kilométricas y eso me enfurece muchísimo, incluso valoro la posibilidad de marcharme. Pero antes de que el primer aparcacoches regrese, el segundo vuelve de la mansión y le entrega algo a Ryan. Tardo unos segundos en comprender que se trata de mi bolso. ¡Mi bolso! Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo llevaba.

Un par de minutos después, Ryan, conduciendo un fantástico BMW serie 4 Coupé gris oscuro, se

detiene a mi lado. Me mira con la expresión aún endurecida y yo, fingiendo una desgana que no sé si realmente siento, me monto en el coche. Antes de arrancar me entrega mi bolso.

—Gracias —musito.

Ryan pone el coche en marcha y atravesamos el enorme vallado. Suena una canción de Eagle-Eye Cherry, creo que *Alone*, pero en una versión acústica que no había oído antes. Ryan va a quitarla pero lo detengo poniendo mi mano sobre la suya.

—Me gusta esta canción.

No sé si es la música tan suave y deliciosa, mis palabras o mi mano sobre la suya, pero el rostro de Ryan cambia. Ya no parece estar tan enfadado y creo que yo tampoco. Alzo mi mano y justo cuando voy a separarla definitivamente de la suya, él levanta dos de sus dedos acariciándome suavemente la palma con ellos. Por un instante creo que ese simple contacto podría hacer que le perdonara todo, pero nuevamente me recuerdo que debo ser fuerte.

Atravesamos la I-495 dirección sur en el más absoluto silencio. Al fondo del paisaje en penumbra puede verse Nueva York completamente iluminada. El primero que dijo que es la ciudad que nunca duerme no podía haberla descrito mejor. Eagle-Eye sigue cantando y yo continúo pensando y pensando. Ni siquiera soy capaz de explicar con claridad cómo me siento. Estoy enfadada, dolida y al mismo tiempo encantada. Encantada de que dejara a esa chica para acompañarme a casa. Encantada de que no soporte que esté enfadada con él. Encantada de haber sentido sus manos sobre mi cuerpo otra vez. Pero ¿qué sentido tiene todo esto si él no siente nada ni remotamente parecido?

Ryan detiene su flamante coche frente a mi puerta. Se quita el cinturón de seguridad pero no se baja. Yo le imito. Lo cierto es que no quiero bajarme porque no quiero que vuelva a la fiesta con ella. Me permito el lujo de observarlo y tiene la vista clavada al frente. Parece pensativo, abstraído.

—Maddie —susurra con la voz ronca—, las cosas no tendrían que haber sucedido así esta noche.

—¿Vas a volver a la fiesta?

Por favor, di que no. Por favor, di que no.

—Sí.

Su respuesta fría y breve deja claro que da igual todo lo que yo me empeñe en pensar o creer, al final Ryan siempre será Ryan, el arrogante, presuntuoso, irascible y mujeriego, sobre todo mujeriego, y yo la tonta que piensa que tres polvos van a cambiarlo.

—Que te diviertas —replico tratando de sonar indiferente, pero soy perfectamente consciente de que no lo he conseguido.

Me bajo del coche tan deprisa como puedo y voy hasta mi portal. Meto la llave, la giro y empujo la enorme puerta de madera. Antes de entrar miro atrás una última vez.

¿Por qué no puede ser más fácil todo esto?

Ryan también me mira y por un momento creo que va a bajarse del coche y correr hacia mí, pero obviamente no lo hace. En su lugar arranca y desaparece a toda velocidad por la calle Bleecker.

Subo a mi apartamento y saco el iPhone de mi *clutch* de fiesta. Álex, James y el pobre Sean deben estar preocupados. Al fin y al cabo dije que salía a tomar un poco el aire y hace más de una

hora de eso. Le mando un mensaje a Álex diciéndole que no me sentía muy bien y que he vuelto a casa. Suena a burda mentira, pero mi estado de ánimo no da para más.

Me arrastro hasta mi habitación y me tiro en la cama. El lugar donde siempre he llorado mis penas. Pero ahora su olor se ha impregnado en la colcha y no me deja respirar sin que cada bocanada sea un castigo. Sin dudarle y dispuesta a no martirizarme más, me levanto y quito la colcha, las sábanas, la funda de las almohadas, todo. La furia ha reemplazado la tristeza.

Llevo toda la ropa al cesto de la colada en el baño y cojo sábanas limpias. Pago mi ira contra el colchón y la ropa, que sacudo y estiro más de la cuenta intentando desahogarme.

Soy estúpida, soy verdaderamente estúpida. Ahora debe estar bailando y riendo con esa otra chica o quizá acostándose con ella.

Esa idea me hace más daño del que pensé que me haría y acabo tumbándome otra vez y, casi sin quererlo, llorando, llorando por él, por la situación pero, sobre todo, llorando por mí.

Me despierta el insistente sonido del timbre. ¿Quién demonios será? Me levanto algo desorientada. No sé qué hora es y tampoco recuerdo cuándo me dormí. Miro a mi alrededor y observo la cama a medio hacer y a mí con el vestido de anoche aún puesto.

El timbre continúa sonando.

Camino hasta la puerta. Me duele muchísimo la cabeza.

—¡Voy! —grito para que dejen de llamar.

Abro la puerta y una desesperada Lauren entra como una exhalación.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo llamando? —me pregunta exasperada.

—¿Mucho?

Me doy cuenta de que he sonado de lo más irónica, aunque no era mi intención.

—Sí, mucho. ¿Y para qué demonios tienes un móvil, Maddison Parker?

Mira a su alrededor y frunce los labios cuando lo ve sobre la encimera de la cocina.

—Déjalo, acabo de contestarme.

—¿Qué pasa, Lauren? —susurro con la esperanza de que asemeje su tono de voz al mío.

—James me ha sacado de la cama para que viniera a verte. Álex y él están muy preocupados. No han podido venir porque tienen una comida familiar.

Cojo dos botellitas de agua del frigo, le doy una a Lauren y me siento en el sofá.

—Me han dicho que desapareciste de la fiesta. ¿Qué te pasó? —pregunta dejándose caer a mi lado.

—Ryan Riley estaba allí.

—¿Qué?

—Por la tarde estuvo aquí. No sé a qué vino, pero acabamos acostándonos. Le pedí que me acompañara a la fiesta, me dijo que no y se presentó con otra. —Me sorprende lo resignado que suena el tono de mi voz—. Y lo peor de todo es que estuvimos a punto de acostarnos en el jardín de

la casa de los Hannigan sobre el capó de uno de los Mercedes que estaban aparcados, pero acabamos discutiendo, me trajo a casa y regresó a la fiesta con esa chica, que por cierto tenía pinta de supermodelo y llevaba un traje más caro que todo mi apartamento.

Lauren no sabe qué decir. Sus ojos abiertos como platos son fiel reflejo de cómo intenta asimilar toda la información que acabo de darle. Yo me siento cansada, muy cansada, como si necesitara dormir días enteros.

—Vaya, eso es —hace una pequeña pausa intentando encontrar la palabra adecuada— demasiado, creo. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

Me observa apática en el sofá y no sé qué debe pensar, pero se levanta de un salto y tira de mi mano para que haga lo mismo.

—Vamos, levántate y date una ducha. Pareces Carrie Bradshaw con una mala resaca.

—¿Para qué? ¿Dónde vamos?

—No lo sé. De compras. Método Stevens para la adquisición de vestuario, y después a comer algo y quizá a beber y también a ligar. Sí, joder, a ligarnos a un par de tíos que estén buenísimos y nos den mala conversación.

Su último comentario me hace sonreír.

—No quiero ir —respondo al fin mientras mi sonrisa va menguando hasta transformarse casi en llanto.

—Lo sé —contesta dándome un fuerte abrazo—. Dúchate. Te espero aquí.

Asiento y voy hasta el baño. Me doy una ducha rápida y me pongo lo primero que cojo del armario: unos vaqueros y una camiseta pañuelo con estampados rosas y grises. Me seco el pelo con la toalla y me lo recojo. Después de cepillarme los dientes estoy lista para regresar al salón.

Lauren se levanta del sofá al verme y me toma de la mano para que salgamos del apartamento. Creo que piensa que, si me da el tiempo suficiente, me arrepentiré y me quedaré en casa.

Vamos al Soho. Nos pasamos la mañana de tiendas, mirando y probándonos ropa que en ningún caso nos podemos permitir. Pero, a pesar del interés que muestra Lauren, no me apetece comprar nada ni siquiera con su celebrado método.

A la hora de comer vamos a uno de nuestros restaurantes favoritos, muy cerca de mi apartamento, el Saturday Sally.

El camarero, un chico italiano guapísimo, moreno con los ojos verdes, no para de dedicarle miraditas a Lauren. Sin embargo, ella no le presta mucha atención.

—¿Estás mejor? —pregunta tras darle un largo trago a su soda con mucho hielo y limón.

—Sí, no tenéis que preocuparos. Es sólo que la situación a veces me supera un poco.

—¿Qué piensas hacer mañana? En la oficina, quiero decir.

Frunzo el ceño. La verdad es que no lo había pensado.

—Supongo que evitar verlo —respondo al fin.

Lauren asiente.

El camarero regresa con nuestras ensaladas César. Vuelve a ponerle ojitos y ella vuelve a fingir no darse cuenta. El guapo italiano nos sonrío amablemente y se retira.

—Le gustas al camarero.

Ella hace un gesto indiferente sin levantar los ojos del plato.

—No es mi tipo —dice tras unos segundos.

—Ya... y no tendrá nada que ver con Bentley, ¿verdad?

—No —acompaña su respuesta negando también con la cabeza, pero continúa sin mirarme.

Sonrío con ternura. Está coladísima por él.

—¿Sabes? No dejo de pensar en todo lo que pasó ayer —susurro fingiendo una voz casi inaudible que hace que Lauren alce la mirada algo alarmada— y hablar de otra cosa me ayudaría a distraerme. —Ella asiente diligente—. No sé, por ejemplo: del uno al diez, ¿cómo de enamorada estás de Bentley?

Ya no soy capaz de aguantar más la sonrisa, que ella me devuelve media y taimada.

—Buen intento, pero no voy a hablar porque, en realidad, no hay nada de qué hablar.

—Sólo reconoce que te gusta y no insistiré más.

—Está bien —claudica—. Me gusta. Me gusta mucho. ¿Contenta?

Asiento a la vez que sonrío encantada con la confirmación que acabo de obtener y me concentro en remover mi ensalada.

—Lo que tiene que hacer una para animar a una amiga —comenta resignada y yo vuelvo a sonreír.

Cuando salimos del pequeño restaurante, llueve. Una de esas lloviznas de verano que toman a todo el mundo por sorpresa. Así que tenemos que correr un par de manzanas hasta mi apartamento.

A pesar de todas las veces que le digo que estoy bien y que no debe preocuparse, Lauren insiste en quedarse a dormir. Me propone ver un maratón de películas de John Hughes después de haber usado la llave de repuesto que me dio Álex, entrar en casa de los Hannigan y robarles todo el alcohol. Acepto. Un plan así no se puede rechazar.

Nos acostamos a las tantas y, cuando suena el despertador a las siete de la mañana, ninguna de las dos tiene fuerzas siquiera para apagarlo.

Cinco minutos de discusión para ver quién se ducha primero, y por lo tanto se levanta antes, acaban con mi victoria a piedra, papel, tijeras. Encantadísima, me estiro bajo las sábanas dispuesta a disfrutar de mis diez minutos más de sueño.

Sin piedad ninguna, Lauren me despierta cuando llega mi turno para la ducha. Antes de entrar en el baño, aún absolutamente adormilada, le digo que puede coger lo que quiera de mi armario.

Al salir, ya duchada y con el pelo húmedo empapando el parqué, me sorprende ver que Lauren aún no ha elegido qué ponerse.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras me acerco al armario.

—No puedo ponerme nada de lo que hay aquí.

—¿Por qué?

—Porque yo soy una contable respetable. Necesito faldas de tubo, camisas, esas cosas que nos ponemos los adultos responsables.

Le hago un mohín y cojo un vestido de manga corta de cuadros azules, grises, blancos y camel. Tienes botones hasta la cintura y un cordón para ajustarla.

—No puedo ponerme eso —se queja.

—Éste es para mí —le aclaro—. Tú puedes ponerte ése —digo señalando un discreto vestido azul marino sin mangas.

Lauren lo observa unos segundos.

—Podría valer. Quizá hoy sea el día que le pida el aumento al señor Miller.

—Podrías pedirselo el día que nadie te pille fumando en el archivo, no salgas disparada a la hora de comer y hagas una hora extra.

Mi amiga recapacita sobre mis palabras.

—No, mejor se lo pido hoy. No creo que el día que describes pase próximamente.

Ambas sonreímos y terminamos de vestirnos. Desayunamos algo rápido: fruta, un poco de queso y café. Nos cepillamos los dientes y nos vamos al trabajo.

Ya en el edificio del Riley Enterprises Group, mientras esperamos el ascensor, le doy una patadita a Lauren de la que ella se queja exageradamente.

—Gracias por pasar todo el día conmigo —le digo con una sonrisa.

—De nada, idiota —contesta imitando mi gesto.

—¿Acabas de llamarme idiota?

—Jamás.

Nuestras sonrisas se ensanchan y volvemos la vista al frente, esperando que las puertas del ascensor se abran.

—Lo haría todas las veces que hicieran falta —me dice.

Suena el pitido que anuncia que el ascensor ha llegado.

—Lo mismo digo —respondo.

Puntual como un reloj, llego a la oficina.

—Buenos días, Bentley.

—Buenos días, Maddie.

Antes de que pueda sentarme, suena el teléfono de mi mesa.

—Despacho de Bentley Sandford —contesto.

—Maddie, soy Tess. El señor Riley quiere ver el informe de previsión de ventas de este número.

Suspiro profundamente. Es demasiado temprano para lidiar con esto.

—Lo tendrá allí en seguida.

Cuelgo el teléfono y voy hasta el despacho de Bentley.

—El señor Riley quiere el informe de previsión de ventas de este número.

Mi jefe asiente con una sonrisa que quiere decir mucho más de lo que parece mientras rebusca en una pila de dosieres en una esquina de su mesa. Me pregunto si Ryan le habrá contado algo de lo que está pasando.

—Toma —dice entregándome una carpeta roja.

Me encamino hacia el despacho del señor Riley más malhumorada a cada paso que doy. No quiero verlo y él se aprovecha de que es el jefe todopoderoso para obligarme a hacerlo. Estoy furiosa. Son las ocho y cuarto de un lunes y ya estoy furiosa. Decido que no tengo por qué hacer siempre lo que él quiera. Recuerdo las palabras de Lauren en el ascensor: «él aparece, él te besa, él te pide que te vayas, él te folla.» Pues esta mañana va a haber un punto de inflexión, señor Ryan Riley.

Cuando llego a su oficina, llamo a la puerta entreabierta y camino hasta colocarme frente a la mesa de Tess.

—Buenos días, Maddie —me saluda.

—Buenos días. Aquí tiene la documentación —le digo dejando la carpeta roja sobre su mesa.

—Avisaré al señor Riley.

—No —contesto rápidamente antes de que pulse el botón del intercomunicador—. El señor Sandford necesita que haga algunas gestiones muy urgentes. ¿Podría hacerme el favor de entregársela usted?

—Claro —responde.

—Muchas gracias —contesto con una sonrisa a la vez que salgo del despacho.

Este asalto lo he ganado yo.

Antes de que pueda disfrutar de mi triunfo, cuando apenas llevo un minuto sentada a mi mesa, vuelve a sonar el teléfono.

—Despacho de Bentley Sandford.

—Maddie, soy Tess.

Suspiro bruscamente. No piensa ponérmelo fácil.

—El señor Riley tiene algunas dudas sobre la documentación que le has traído y necesita que se las resuelvas.

—Ahora mismo.

Cuelgo con un mohín de lo más infantil en los labios. Pero cuando estoy a punto de levantarme, tengo otra brillante idea. Descuelgo el teléfono y marco el número del departamento de Marketing. Si tiene dudas sobre una proyección de ventas, lo mejor será que se las resuelva un entendido en la materia.

No puedo evitar soltar una risilla perversa cuando veo al director del departamento, el señor Greene, pasar por delante de mi oficina camino del despacho del señor Riley.

Lauren y Linda vienen a mi mesa y nos tomamos un café con Bentley, lógicamente encantado de

tener a mi amiga por aquí.

El teléfono tarda exactamente en sonar media hora desde que vi pasar al señor Greene.

—Despacho de Bentley Sandford.

—Maddie, soy Tess.

Su tono de voz no parece tan amable como en las llamadas anteriores. Supongo que Ryan Riley debe de estar furioso y lo ha pagado con ella. Me da pena. Es mi primera víctima colateral.

—¿En qué puedo ayudarla?

—El señor Riley quiere el estudio de la temática de este número. Es urgente.

—En seguida.

Cuelgo y me levanto. Parece que esta vez no tendré más remedio que verlo.

—Bentley...

—¿Qué quiere Ryan ahora? —me interrumpe.

Su pregunta me sorprende, sobre todo por lo directo que ha sido.

—La previsión de temática.

Bentley resopla y entra en su despacho a buscarla. Lauren y yo nos miramos. Sabe perfectamente lo que estoy pensando, así que sin dudar lo se levanta y sale al encuentro de mi jefe, que camina hacia nosotras con un par de carpetas.

—Yo tengo que ir al despacho del señor Riley. Si te parece, se la llevo yo.

Bentley asiente y yo sonrío de oreja de oreja. Ésa es mi chica.

Lauren se marcha y los demás regresamos a nuestras respectivas mesas para continuar trabajando. Unos minutos después mi amiga pasa por delante de mi puerta y me sonrío a la vez que agita la mano con disimulo.

Sí, definitivamente debe estar enfadadísimo.

Suena el teléfono de mi jefe. Yo estoy concentrada en su agenda, intentando cuadrar todas sus reuniones de esta semana. En cuanto cuelga, Bentley sale enérgico de su despacho y se coloca frente a mi mesa.

—Deja lo que estés haciendo, Maddie. Tenemos reunión en el centro.

Me levanto como un resorte. Es justo lo que necesito, salir fuera de la oficina lejos del señor Riley. Cojo mi bolso camel a juego con mis botas de tachas y sigo a Bentley hasta el ascensor. Nos bajamos en el parking y cruzamos todo el garaje, supongo que buscando a George.

—¿Con quién es la reunión? —pregunto.

—Ryan quiere que hagamos un editorial explicando por qué es necesario que más empresas del mundo de la construcción compren edificios en las zonas deprimidas y los restauren. Para que podamos entender mejor cómo funciona, quiere que estemos presentes en la reunión con una inmobiliaria del Bronx y una importante constructora.

Y lo que he estado evitando toda la mañana ocurre sin que ni siquiera lo haya visto venir. El señor Riley, todavía más guapo que en la fiesta, con un traje de corte italiano negro, camisa blanca y

corbata a rayas negras y blancas, camina junto a George, que tras un último comentario acelera el paso para traer el coche.

—Ryan —lo llama Bentley.

No sé dónde esconderme.

—Buenas días, señorita Parker.

Está realmente enfadado. Lo noto en su tono de voz educado pero con ese punto de ironía y dureza.

Ahora más que nunca hay que echarle valor.

—Buenos días, señor Riley.

Intento sonar firme y desinteresada, mi propio tono de displicencia, y creo que lo consigo.

Al oírme, Ryan clava sus ojos en los míos. No sé si intenta intimidarme a propósito, pero lo consigue, aunque hago un monumental esfuerzo por ocultárselo reuniendo valor e intentando mostrar todo mi enfado en mi mirada.

—¿Nos vamos? —pregunta Bentley, como siempre, ajeno a todo lo que pasa.

—Aún no. Falta alguien.

Pronuncia ese «falta alguien» con una media sonrisa en los labios y por un momento me temo lo peor. ¿Quién podrá ser? Antes de que pueda seguir elucubrando, oigo unos tacones acelerados a mi espalda y, al girarme, obtengo mi respuesta. ¡No puede ser! Es la odiosa ejecutiva de Marketing que quería llenar *Spaces* de publicidad. No paraba de hacerle ojitos al señor Riley y por su culpa me echaron de la reunión. No puedo creer que la haya invitado.

—Siento el retraso —se disculpa.

—No se preocupe, señorita Martin —contesta amable Ryan Riley.

George llega con la limusina, la misma que usamos para ir a la entrevista con Harry Mills. Caballerosamente, el señor Riley le abre la puerta a la señorita Martin, que sonrío como una tonta. Estoy muy enfadada ahora mismo. Tras ella me dispongo a subir yo. Cuando paso junto a Ryan, que aún sostiene la puerta, aprovecha que Bentley está distraído para inclinarse discretamente sobre mí.

—Parece que ha estado muy ocupada esta mañana, señorita Parker —me susurra al oído—. Espero que aprenda mucho de esta reunión.

Sus últimas palabras han sonado como lo que son, una amenaza. Me gustaría salir corriendo y esconderme entre dos coches, pero no pienso echarme atrás, hoy no, así que alzo la mirada y dejo que sus ojos azules se claven en los míos.

—Por supuesto, Señor Riley. Siempre lo hago.

Sin darle oportunidad a responder, la verdad no sé si sería capaz de soportarlo, me meto en el coche y me siento frente a la odiosa ejecutiva que, por supuesto, me dedica una mirada de pocos amigos. La ignoro por completo. El señor Riley entra y se sienta junto a ella, lo imaginaba, y Bentley lo hace a mi lado.

Por fin arrancamos y en unos segundos nos incorporamos al tráfico de Manhattan.

—¿Le apetece escuchar algo de música? —pregunta Ryan Riley a la señorita Martin.

Ella asiente a punto de descoyuntarse encantada por la atención que él le presta.

—George, pon algo de música.

—En seguida, señor Riley.

A los pocos segundos comienza a sonar Eagle-Eye Cherry. Debe ser uno de los cantantes favoritos de Ryan.

—¿Le gusta? —vuelve a preguntar y ella vuelve a asentir frenéticamente.

Sin quererlo, suspiro con brusquedad y pierdo mi mirada en la ventanilla. De reojo puedo ver una sonrisa de lo más arrogante en los labios del señor Riley. Sabe perfectamente lo que está haciendo y yo estoy dándole el placer de ver cuánto me afecta.

«Contrólate, Parker.»

Asiento mentalmente dispuesta a que no suceda una sola vez más. Y se me hace harto complicado, ya que el resto del viaje hasta el West Bronx tengo que pasarlo soportando comentarios absurdos y sonrisitas de lo más tontas.

La reunión se realiza en un centro comunitario del barrio, elegido con tal propósito para sensibilizar aún más a los posibles inversores.

El responsable del centro nos espera en la puerta y nos conduce por el edificio hasta una sala habilitada para la reunión. Deben usarla como taller infantil o algo parecido, porque una de las paredes está repleta de dibujos de niños y hay una pequeña estantería llena de juguetes.

—Cuando era un crío tenía uno exactamente igual que éste —dice Bentley maravillado cogiendo un camión de bomberos viejo y algo roto—. ¿Lo recuerdas? —le pregunta a Ryan.

El señor Riley le echa un rápido vistazo sin prestarle mucha atención y continúa revisando unos papeles con la estúpida señorita Martin, quien ni siquiera ahora puede dejar de sonreír como una idiota.

¡No la soporto!

—No, no lo recuerdo —contesta con la mirada perdida en la documentación.

—Me encantaba —continúa Bentley nostálgico.

—¿Querías ser bombero de pequeño, jefe? —pregunto divertida acercándome a él.

—No, quería ser astronauta... y ninja.

—Gran combinación.

Bentley me sonríe por respuesta.

—¿Te acuerdas de lo que querías ser tú, Riley? —le inquiera.

—No —contesta de nuevo sin prestarle atención.

La señorita Martin, a su lado, más que una ejecutiva de marketing actualmente parece un perrito estrenando marca de galletas.

—Quería ser bombero, policía y piloto de carreras.

Mi sonrisa se ensancha y observo al señor Riley que mira de reojo a Bentley.

—Su idea era atrapar a los malos que provocaran fuegos durante el día y montar en coche por las tardes. Lo tenía todo controlado.

Río con ternura y durante unos segundos nuestras miradas se encuentran. Tal y como nos pasó mientras regresábamos de la fiesta, he tenido la sensación de que por un momento nuestro enfado se ha diluido en la electricidad que nuestras miradas crean. Lo observo revisar contratos y papeles y no puedo evitar imaginarme a dos críos guapísimos, como lo son ahora, jugando en un enorme y cuidado jardín, queriendo ser policías, bomberos, pilotos de carreras, astronautas y ninjas.

—¿Y tú, que querías ser? —me pregunta mi jefe sacándome de mi ensoñación.

Hago memoria y sonrío al recordarlo.

—Quería ser diseñadora de moda, cocinera, bailarina, cantante, pintora y princesa.

—Sí señor, Maddie —responde Bentley divertido—. Me gusta que incluyeses princesa como un trabajo.

—Las veía en televisión siempre en actos, recibiendo a personalidades y nunca salían en pijama, así que di por hecho que era un trabajo.

Bentley rompe a reír e involuntariamente miro a Ryan buscando una respuesta en él. Algo dentro de mí se ilumina al ver cómo, aunque sigue con la vista clavada en la documentación, una sincera sonrisa está dibujada en sus labios.

Finalmente vamos hasta la mesa y nos sentamos. Ryan le pasa algunos documentos a Bentley y éste a mí. Un par de minutos después llegan los representantes de la inmobiliaria, la otra constructora y una agente social del barrio que, como informa el señor Riley antes de empezar, ha venido para dar una visión de la situación real y de cómo afectaría un cambio en la zona.

Ryan Riley, en las casi tres horas que dura la reunión, se muestra brillante, dejando claro por qué es el mejor haciendo lo que hace. Consigue que la constructora se comprometa a comprar dos edificios prácticamente ruinosos en el centro del barrio y que la inmobiliaria prometa realojar a las familias mientras dure la remodelación. El Riley Group se quedará con dos manzanas enteras cerca de la calle White Plains.

Los representantes de las otras empresas sonrían encantados cuando Ryan les explica que llevar a cabo este plan de reconversión y mejora de edificios les será también un negocio de lo más rentable.

Cuando acaba la reunión, todos lo felicitan. La agente social, copia de los contratos en mano, diría que está a punto de ofrecerle la posibilidad de hacerle un homenaje en el salón de actos. Entiendo su emoción. En esta reunión se ha conseguido mejorar la vida de mucha gente.

—Tendríamos que ir a celebrarlo —propone Bentley.

—Es trabajo —responde Ryan, pero se nota que está de buen humor.

—Bueno, pues tengamos un almuerzo de trabajo en Of Course, por ejemplo —le replica.

Los ojos azules de Ryan vuelven a buscarme. Alzo la cabeza y dejo que me envuelvan. Lo que ha logrado en esta reunión es maravilloso y eso parece eclipsar todo lo demás. Realmente trata de cambiar el mundo.

Sé que él siente lo mismo, porque su sonrisa ya no es arrogante; ahora simplemente es preciosa

y sincera.

Mi móvil comienza a sonar rompiendo el momento para los dos. Lo saco del bolso y suspiro al leer en la pantalla el nombre de Sean. No es el mejor momento, pero soy consciente de que le debo una explicación.

—Me disculpáis un segundo —digo señalando el móvil.

Bentley asiente y yo me alejo unos pasos.

—¿Diga?

—Maddie, soy Sean.

—Hola, Sean. Tenía pensado llamarte esta tarde —me anticipo con una mentira piadosa.

—No te preocupes. Sólo quería saber si estabas bien.

—Sí, estoy bien.

—Me alegro. Aunque, en realidad, quería disculparme por si hice algo en la fiesta que te molestó.

—Sean, no digas tonterías. Lo pasé muy bien contigo.

Observo a Ryan charlar con Bentley. Estar hablando con Sean ha provocado que, inmediatamente, recuerde todo lo que pasó en la fiesta.

—Ahora sí que me alegro. —Le oigo suspirar al otro lado del teléfono y vuelvo a sentirme mezquina. Aunque sea ridículo, me siento como si lo estuviese engañando.

—Gracias por llamarme.

—No hay de qué.

Un silencio algo incómodo se abre paso.

—Sean, tengo que colgar. Mi jefe me está esperando.

—Claro. Ya hablamos.

—Por supuesto. Adiós, Sean.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo antes de volver. No es el mejor momento para recordar cada preciso segundo de la fiesta.

—Siento la espera —me disculpo cuando llego hasta ellos.

—No ha sido nada y, además, así he podido convencer a Ryan para que nos lleve al Of Course.

Aguantar toda una comida con la señorita sonrisitas; no, gracias.

—Bentley, si no te importa, prefiero no ir.

—Mmm... la llamada —comenta cayendo en la cuenta de algo—. ¿Una cita para comer, ayudante? —pregunta socarrón.

Yo sonrío nerviosa no porque tenga razón, sino por cómo reaccionará el señor Riley, que inmediatamente clava sus ojos en mí.

—Apuesto a que era el chico de la fiesta —añade mi jefe.

—No, bueno, sí, era el chico de la fiesta, pero no era una cita para comer.

—Pues entonces no sé a qué estamos esperando —comenta el señor Riley visiblemente irritado—. Señorita Martin —continúa volviendo a su tono más amable a la vez que le hace un gesto para que pase primero.

Este estúpido jueguito acaba de reanudarse. No quiero estar aquí pero, si piensa que voy a dejarle ver cuánto me molesta, está muy equivocado.

—Es cierto. Además, Bentley, me debes una comida. La última vez te marchaste y no lo pasé nada bien.

La última parte la susurro fingiendo que sólo quiero que él la oiga, pero he usado un tono lo suficientemente alto como para que el señor Riley también lo haga.

Bentley sonrío. Ryan Riley suspira lenta y toscamente dedicándome una furibunda mirada.

A este juego podemos jugar los dos, señor Riley.

El camino hasta el restaurante es una auténtica tortura. No para de hacerle comentarios estúpidos a la señorita Martin, que ella sonrío encantada. Valoro seriamente la posibilidad de tirarme del coche en marcha, pero esa risa es tan estridente y nerviosa que podría oírla desde mi apartamento.

Por si no hubiera tenido suficiente, en el Of Course nos espera la *maître* que vendería su riñón derecho y parte del izquierdo a la mafia rusa con tal de pasar una noche con el señor Riley. Sin embargo, no contaba con el juego de miraditas asesinas que se dedicarían la señorita Martin y ella. Son de lo más patético que he visto en mi vida. Y a kilómetros puede verse cuánto incomoda este comportamiento al señor Riley.

—Esas chicas están a punto de pedir barro y nombrarte árbitro. Deberías poner un poco de orden —le susurra irónico Bentley.

No puedo evitar que se me escape una risilla de lo más maliciosa ante toda la situación.

—Quizá me las lleve a las dos a casa y deje que se peleen allí por mí.

El comentario me corta la risa y la respiración de golpe.

Gilipollas.

Bentley sonrío mientras me aparta la silla y yo me siento malhumorada. Me coloco la carta delante para no tener que verle la cara al señor Riley, quien, como no faltaba más, ha decidido sentarse frente a mí.

El camarero se acerca y nos pregunta qué deseamos beber.

—Vino. Un Château Cos d'Estournel del 2009. —Hace una ligerísima pausa con su mirada posada en mí— Y una botella de San Pellegrino sin gas para la señorita.

Aunque me halague que me haya pedido agua, ahora mismo estoy demasiado enfadada.

—No, yo también tomaré vino, gracias —le digo al camarero justo antes de que se retire—. Quiero que brindéis conmigo por lo bien que lo pasé con mi cita en la fiesta.

La última frase la pronunció mirando al señor Riley con una sonrisa fingida que no me llega a los ojos.

—Por supuesto —se apresura a responder Bentley.

La mirada endurecida de Ryan me abrasa por dentro y, como siempre, logra intimidarme. Sin embargo, estoy decidida a no salir perdiendo en este estúpido juego al que me ha obligado a jugar.

El camarero regresa con las bebidas. Abre el vino ceremonioso y se lo da a probar al señor Riley. Éste asiente y el camarero llena nuestras copas. Mientras lo hace, él se inclina y le susurra algo al oído a la señorita Martin, quien, por supuesto, responde con una sonrisa. Más rápido de lo que probablemente la elegancia de un lugar así determinaría, tomo mi copa y le doy un largo trago. Lo necesito.

—Ha olvidado el brindis, señorita Parker —me recuerda el señor Riley con una media sonrisa.

Ha vuelto a conseguir lo que quería y yo he vuelto a ser tan estúpida de dejárselo ver.

—Gracias por recordármelo, señor Riley. Para mí es muy importante celebrar lo bien que lo pasé con mi acompañante. —Alzo mi copa—. Porque lleguen las segundas citas.

—Porque lleguen las primeras —responde él imitando mi gesto y creo que la pelirroja absurda está a punto de desmayarse.

Mientras bebemos, nuestras miradas se entrelazan por encima de las copas llenas con este carísimo vino francés. A pesar de todo, siguen siendo los ojos más increíbles que he visto en mi vida. Ni lo mucho que lo odio en este momento podría cambiar eso.

El camarero regresa para tomar nota de nuestra comanda. La carta sigue en un francés impronunciable para mí. Por suerte, se me ocurre un plan infalible: pediré lo mismo que pida Bentley.

—Todo tiene una pinta deliciosa —anuncia la señorita Martin—. Tomaré *merlu avec sauce d'orange et citron*.

—Tiene un acento francés perfecto —comenta el señor Riley—. Me alegro de que no sea una de esas crías que en un restaurante así ni siquiera sabe lo que pide.

Capullo insoportable. Tengo que contenerme para no saltar la mesa y lazarme sobre él. Es odioso. Sobra decir que ella roza de nuevo el desmayo. Podría hacerlo de una vez y dejarme comer tranquila.

—Yo tomaré *riz avec legumes du chef et crabe* —pide Bentley.

—Suenas de lo más rico —digo con una sonrisa—. Yo tomaré lo mismo.

Ryan Riley me mira con una media sonrisa. Sabe exactamente por qué lo he hecho, pero no me importa. No pensaba dejarle en bandeja la posibilidad de volver a reírse de mí.

—Para mí, *pigeon avec blanc courgette, endive et sauce de patates douces*.

Suena tan sensual con ese acento francés que por un momento creo que la que va a desmayarse soy yo.

Mientras esperamos a que traigan nuestra comida, mi móvil vuelve a sonar. Es un mensaje de James, pero automáticamente decido que para los presentes en esta mesa no va a ser de él. Sonrío absolutamente a propósito para llamar la atención de Bentley, que sé que no podrá resistirse y me preguntará. Sin embargo, me sorprende que el señor Riley se le adelante.

—El mensaje parece haberle puesto de muy buen humor.

—Sí, debe ser que brindar por las cosas funciona. Ya tengo mi segunda cita.

—Genial.

—Eso creo.

Nuestras palabras no casan con nuestras expresiones. Su mirada endurecida se recrudece aún más mientras toma otro trago de vino.

Me llega un nuevo mensaje de James, que yo recibo otra vez con la mayor de las sonrisas, aunque no puedo negar que me tiemblan las rodillas por la mirada que el señor Riley me lanza. No sé por qué, es justo en este instante cuando comienzo a pensar que no voy a salir bien parada de todo esto.

El resto de la comida es más tranquila de lo que esperaba. Él parece más concentrado en su plato que en la señorita Martin, así que no tengo que soportar ni más comentarios ni más sonrisitas. Ninguno pide postre y, después de que el señor Riley pague la cuenta con su American Express negra, salimos del local.

En la puerta del restaurante esperamos a que George regrese con la limusina. Cuando ya lo veo por la Quinta Avenida, tengo que soportar una nueva risita. Al llevar mi vista hacia ellos, observo cómo la señorita Martin lo mira encantadísima mientras el señor Riley se acerca a Bentley y a mí.

—Regresad a la oficina sin nosotros. La señorita Martin y yo nos vamos a tomar el postre.

¿Qué? Me quedo paralizada frente a Bentley, que sonrío a su amigo. Tengo que recordarme que no puedo dejar que me vea tan afectada, que ése no era el plan, pero lo cierto es que estoy a punto de suplicarle que no se marche con ella.

—No te preocupes, volveremos en taxi —responde Bentley.

Yo sonrío a su lado. Una sonrisa fingida y sin valor con la que intento disimular que casi no puedo respirar.

Bentley ve un taxi y corre hasta la carretera para llamarlo. El señor Riley y yo nos quedamos separados apenas unos pasos.

Por favor, no te vayas con ella. Por favor, no te vayas con ella. No puedo pensar en otra cosa.

—Adiós, señorita Parker —dice mientras se da la vuelta y se aleja de mí.

No puedo creer que sea tan gilipollas de largarse con ella. Estoy demasiado enfadada, más que eso, me siento traicionada.

—Que se divierta, señor Riley —Mi voz ha sonado cargada de desdén. Un reflejo involuntario para frenar las lágrimas que están a punto de rodar por mis mejillas.

Al oírme, se gira y camina de nuevo hacia mí hasta quedar aún más cerca de lo que estaba antes.

—Lo haré. Parece que al final brindar por las cosas realmente funciona.

Ambos nos sonreímos fingidamente y sin alargar más esta agonía camino, casi corro, hasta el taxi que ha parado Bentley. No voy a darle la satisfacción de verme llorar por él y mucho menos delante de esa arpía.

—Maddie, ¿estás bien? —me pregunta Bentley mientras el taxi toma la Sexta Avenida dirección norte.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

¿Por qué el chico que me vuelve loca está «tomando el postre» con otra chica? ¿Por todas las risitas que llevo soportando hoy? ¿O por todo lo que soporté el sábado? Definitivamente estoy bien, no podría estar mejor y, cómo no, soy toda sorna.

Hago un esfuerzo titánico por no llorar. No lloro en el taxi ni en el vestíbulo mientras esperamos el ascensor rodeados de ejecutivos que regresan del Marchisio's. Tampoco lo hago mientras subimos las veinte plantas. Pero, cuando tras comprobar que no hay nadie más en el baño, cierro la puerta con llave y rompo a llorar desconsoladamente. Lloro como no había llorado antes, sintiéndome hundida y demasiado triste para poder parar. Encima es culpa mía. Si hubiera ido a verlo esta mañana o si simplemente no hubiera entrado en este juego absurdo del gato y el ratón, él no habría llegado tan lejos. Ahora deben de estar en su apartamento, revolcándose en su cama. La estará tocando con sus manos. No soporto imaginarlo y, en lugar de eso, continúo llorando apoyada en la pared de azulejos relucientes.

No sé cuánto tiempo paso en el baño. Imagino que mi aspecto, aunque haya intentado disimularlo, y precisamente todo ese tiempo indefinido hacen demasiado obvio para Bentley que me ocurre algo. Me sonrío con ternura cuando vuelvo a la oficina y me señala una taza de té que me ha preparado y me espera encima de mi mesa. Le devuelvo la sonrisa y me esfuerzo por beber el té. Ninguno de los dos dice nada. Mejor así.

El resto del día pasa tranquilo. Intento concentrarme en el trabajo, pero me descubro sobresaltada cada vez que alguien se acerca a la oficina y suspirando porque no es el señor Riley cuando se marcha.

«Que te sirva para aprender, Parker.»

Y es que, en mitad de la pena más absoluta, caigo en la cuenta de algo: si él sintiera lo más mínimo por mí, nunca se habría marchado con otra chica en mis narices. Debería estar enfadada, muy enfadada, no triste. Mi actitud correcta era la de esta mañana. No fue la que me metió en esta situación, es la que me ayudado a saber cómo es Ryan Riley en realidad y lo que verdaderamente quiere de mí.

Asiento enérgica mi monólogo interno. Las cartas ya están sobre la mesa y yo paso de esta partida.

A las cinco menos cuarto estoy despejando mi escritorio y comprobando que todos los redactores han realizado los pedidos de material de archivo necesarios para sus artículos cuando suena el teléfono.

—Despacho de Bentley Sandford.

—Maddie, soy Tess.

No puede ser.

—¿En qué puedo ayudarla?

—El señor Riley quiere que le traiga el informe con la publicidad que contendrá este número de la revista, la media del año anterior y la previsión del siguiente.

¿Está aquí? Ésa es la primera pregunta que cruza mi mente. ¿Cuánto lleva aquí? ¿Significa que no se fue con ella? Me reprocho a mí misma la sonrisa que acaba de dibujarse en mis labios, porque

puede que lleve aquí diez minutos o que se la follara en el asiento de atrás de la limusina.

—¿El señor Riley comprende que son casi las cinco y que tendría que preparar el dossier con toda la documentación?

—Sí —contesta Tess. La secretaria calla un segundo, como si no le pareciera bien lo que está a punto de decirme—. Y el señor Riley me ha pedido que le diga que no tiene ninguna prisa, puede esperar esa información toda la tarde.

Hasta dejando recados es un gilipollas.

—Está bien. Me pondré a ello.

Cuelgo y comienzo a recopilar la información. Cuando dan las cinco, Bentley se ofrece a terminar él mismo el trabajo y llevárselo a Ryan para que pueda marcharme a casa y descansar. Un ofrecimiento sin duda alguna motivado por el estado en el que regresé del baño. Amablemente declino su oferta. Soy una profesional y Ryan Riley no va a poder arrebatarme eso.

A las ocho menos tres minutos, con la redacción desierta, por fin imprimo el último documento. Lo meto todo en la primera carpeta vacía que encuentro y voy hasta el despacho del señor Riley. Sigo sin querer verlo, así que repetiré la operación de dejarle la documentación a Tess. Sin embargo, como era de esperar por otro lado, ésta ya se ha marchado a casa.

Me acerco hasta la puerta del señor Riley y alzo la mano para llamar. Por un momento temo encontrármelo con la señorita Martin. La sola idea hace que se me revuelva el estómago, pero no puedo permitirme salir corriendo, así que finalmente golpeo la puerta.

—Adelante —le oigo decir al otro lado.

Giro el pomo, empujo la puerta y la abro. Está solo, sentado tras su enorme mesa de director ejecutivo, y yo no me había sentido tan aliviada en toda mi vida. Ya no lleva la chaqueta, se ha remangado las mangas de la camisa y se ha aflojado la corbata. Puedo ver los gemelos brillar encima de la mesa junto a un vaso con lo que parece bourbon y mucho hielo. Recuerdo su sensual voz tras de mí en la barra, en la fiesta de los Hannigan. Pidió Jack Daniel's. No podría ser más sexi.

Entro y me doy cuenta de que había contenido el aire involuntariamente. Camino hasta su mesa y, sin permitir que su mirada atrape la mía, dejo la carpeta sobre el escritorio.

—La información que me pidió, señor Riley.

—Me gustaría que me explicase esta documentación —dice sin ni siquiera abrir el dossier.

Esto es el colmo. ¿Hasta cuándo piensa seguir torturándome? No quiero verte, ¿no es obvio?

—Yo no he elaborado esos informes, sólo los he recopilado y ordenado. Pídaselo a la señorita Martin, es su departamento. ¿Puedo marcharme?

—¿De verdad eso es lo único que quieres preguntarme? —inquire echándose hacia delante.

—Sí. Es tarde y me gustaría irme a casa —respondo intentando mostrarme indiferente.

—Claro —contesta imperturbable—. Puedes irte.

—Fantástico. —Mi voz suena llena de desdén.

Giro sobre mis pasos y me dirijo a la puerta.

—Joder —le oigo mascullar a la vez que se levanta atropellado y camina acelerado tras de mí.

—Maddie —me llama pero no me detengo. Da un paso más, me agarra por el brazo y me obliga a girarme—. Maldita sea, no es lo que piensas —me espeta molesto.

Me zafo de su brazo con rabia.

—¿Y qué es lo que tendría que pensar? —pregunto intentando seguir sonando indiferente, aunque ahora me es mucho más difícil. Está demasiado cerca—. Has estado martirizándome todo el día con esa chica y al final te has largado con ella.

—¿Y qué hay de ti y de tus citas?

—¡Era todo mentira!

Mis palabras hacen que su expresión cambie. Sigue furioso, pero ahora también parece confuso y, en cierta manera, arrepentido.

—Nunca tuve una cita, tampoco el día de la fiesta. —Mi voz comienza a entrecortarse, pero sigo muy enfadada—. Sólo lo dije porque no aguantaba ni un segundo más viéndote con esa chica. ¿Ya estás contento? ¿Eso era lo que querías oír? Tú ganas.

—¿Crees que para mí esto es un juego? ¿Que me divierte escucharte brindar por la posibilidad de quedar con otro? —Su mandíbula se tensa aún más, como si el simple hecho de recordarlo lo torturara—. Estaba volviéndome loco.

—¿Y cómo crees que me sentí yo? Hoy, el día de la fiesta. Me dejaste en casa y te fuiste con otra chica. Me follaste y pasaste de mí como haces siempre, por no hablar de que te presentaste en la fiesta a la que no querías acompañarme con otra.

—Maddie —me llama intentando tranquilizarme.

—En resumidas cuentas es eso, ¿no?

—Maddie.

—No, a lo mejor me he perdido algo.

—Joder, Maddie. Sí, eso fue lo que pasó —me responde alzando la voz—. Pero yo no sabía que estarías allí. No quise hacerte daño.

—Pero el caso es que me lo hiciste. Igual que me lo has hecho hoy. De todas formas, no te preocupes, no estoy enfadada contigo, lo estoy conmigo por ser tan idiota de no haber comprendido todavía lo único que te interesa de mí. Para ti sólo soy alguien a quien te follas y ya está. Dios, qué ridícula debo parecerme ahora mismo, pero, bueno, siempre ha sido así, ¿no? Por qué demonios iba a cambiar ahora.

Nos quedamos en silencio, mirándonos directamente a los ojos. No puedo creerme que ni siquiera ahora tenga nada que decirme. El hecho de que no lo haga es precisamente la confirmación perfecta a todo lo que acabo de decir yo.

Ahogo una risa de pura rabia en un suspiro y salgo de su despacho. Mientras cruzo la redacción, me doy cuenta de que tengo exactamente lo que me merezco por ser tan estúpida de no haber querido entender que esto acabaría exactamente así.

Entonces oigo unos pasos a mi espalda. Ryan Riley me toma del brazo una vez más y me obliga a girarme para estrecharme contra su cuerpo y besarme lleno de pasión. Yo me rindo por completo a ese beso. Si es el último que va a darme, quiero disfrutarlo con todo mi ser. Siento su perfecta lengua

buscar la mía, encontrarla, conquistarla. Me besa desesperado, deseoso de más, exactamente como me siento ahora mismo.

Ryan se separa de mí pero deja su frente apoyada en la mía.

—No me acosté con la chica de la fiesta y no me he acostado con la señorita Martin. No quiero que vuelvas a pensar que sólo eres alguien a quien me follo, porque no es verdad. Sé que te lo pongo demasiado complicado y que no merezco que me creas, pero no es verdad.

Miro sus ojos azules y sé que está siendo sincero. Todos mis sentimientos vuelven a removerse como si un huracán los arrasará.

—Deberías marcharte a casa.

Su voz suena ronca de deseo. Yo no quiero irme, no después del día que hemos pasado. Ahora mismo sólo me gustaría perderme en sus brazos. Sin embargo, no me da opción. Suspira bruscamente, cierra los ojos un momento y, cuando vuelve a abrirlos, ha recuperado la determinación. Gira sobre sus pasos y lo veo alejarse de vuelta a su oficina.

Yo me quedo allí, de pie, con un sentimiento de lo más familiar: totalmente abrumada, totalmente confusa, totalmente entregada.

De nuevo en mi apartamento, no sé qué hacer. El día de hoy ha sido demasiado intenso. No quiero estar sola, así que me pongo el pijama, ya de pantalón corto, y me voy a casa de los Hannigan.

No me hacen muchas preguntas, lo que me hace pensar que Lauren ha hablado con ellos.

James nos prepara la cena: pastel de carne y patatas con especias al horno. Vemos la serie del *prime time* en la CBS y nos reímos primero con Leno y después con Fallon.

Cuando regreso a casa, son más de las doce. En teoría debería dormir y lo intento, pero, cuando cierro los ojos en el silencio de mi habitación, sólo puedo pensar en todo lo ocurrido hoy y, sobre todo, en lo último que me dijo, como si necesitara que yo realmente supiera que no pasó nada con esas chicas.

No consigo dormir. La última vez que miro el reloj, desesperada, son más de las cuatro de la madrugada.

Apenas he dormido dos horas cuando suena el despertador. Llevo dando vueltas en la cama desde las seis. He oído el camión de la basura a eso de las seis y cuarto. El rumor de coches aumentando sobre las seis y media. Y hace unos diez minutos la monumental pelea de mi vecina Sandy con su novio Clifford. Si no he entendido mal, él le ha puesto los cuernos con una compañera de trabajo.

Finalmente me levanto y me doy la ducha más larga de la historia.

Me seco el pelo con el secador y me lo dejo suelto cayendo ondulado y un poco salvaje sobre los hombros.

Al salir, antes de escoger mi ropa, decido poner algo de música. No quiero tener que elegir, así que conecto directamente la radio. Después de un par de *jingles* publicitarios, comienza a sonar la canción que Shakira canta con Rihanna, *Can't remember to forget you*.

Me pongo un vestido azul con pequeños estampados blancos y rojos palabra de honor con una

delgada cinta también roja que se ata al cuello.

Tarareo la melodía. Sólo he escuchado la canción un par de veces y no conozco muy bien la letra.

I go back again.

Fall of the train.

Land in his bed.

Repeat yesterday's mistakes.

What I'm trying to say is not to forget.

You see only the good, selective memory.

The way he makes me feel like.

The way he makes me feel.

I never seemed to act so stupid.

Oh here we go.

He's a part of me now.

So where he goes I follow, follow, follow.

Me quedo mirando la radio petrificada por lo surrealista del momento. Acaso el compositor me ha estado siguiendo con una cámara oculta, porque no podría haber descrito mejor mi vida en las últimas semanas.

Sonríó amargamente y decido seguir buscando mis sandalias. No me voy a dejar amedrentar por la canción de moda.

I can't remember to forget you.

Oh, oh, ooh, oh.

I keep forgetting I should let you go.

But when you look at me the only memory is us kissing in the moonlight.

Literalmente huyo de la habitación y de mi apartamento después de apagar de un manotazo la radio. Definitivamente la música pop de la 100.3 me odia, me odia con desidia.

En mitad de la calle prácticamente una hora antes de lo normal, decido darme un capricho por el día tan horrible de ayer y voy a desayunar tarta de calabaza al Saturday Sally. La tarta de calabaza es el último remedio para asegurarme un buen día. Me recuerda a mi padre y a Santa Helena.

Aunque no era la idea y a pesar de que he desayunado perezosa y sin prisas, llego antes de tiempo al trabajo. Saludo a Ben y sonrío amablemente al ejecutivo que me aguanta la puerta del ascensor.

Cuando llego a la oficina, Bentley está al teléfono.

—Buenos días —digo en un susurro pero asegurándome de que me ve.

Él me sonrío y me saluda con la mano.

Voy hasta la sala de descanso y traigo café. Dejo la taza sobre su mesa, le devuelvo la sonrisa que me brinda, me siento a la mía y enciendo el ordenador. Poco después Bentley sale de su despacho café en mano.

—Maddie, tengo una reunión muy importante en el Lower Manhattan. Necesito que te quedes aquí controlando el fuerte.

Yo asiento y tomo mi bloc de notas. Ya lo conozco y sé que tiene en mente una lista de cosas por hacer.

—Asegúrate de que el departamento de Producción lo tiene todo preparado para el viaje de Martínez. Comprueba que Pessoa no se está durmiendo con el artículo. Es un tema delicado y quiero que se entregue al doscientos por cien. Y prepara la reunión de mañana con los redactores. Cuando esté todo, si no ha surgido nada y no te he llamado para que me rescates, puedes marcharte a casa, ¿de acuerdo?

—Rescatarte —repito en voz alta fingiendo escribir la última parte.

Bentley sonrío, deja su taza de café sobre mi mesa y recoge su bandolera de la percha.

—Nos veremos mañana, ayudante.

—Hasta mañana, jefe.

Bentley se marcha y yo me pongo manos a la obra. Silvie, del departamento de Producción, me asegura que todos los detalles del viaje de Martínez a Los Ángeles están resueltos, incluido el billete de avión y la estancia en el hotel. Me advierte de que se perderá la primera hora del seminario sobre arquitectura moderna, pero que no ha podido encontrar un vuelo anterior. Después busco a Martínez y le recuerdo que debe bajar a Producción y recoger los pases del seminario, billetes de avión y demás. En el camino de vuelta me encuentro a Linda y cotilleamos un poco sentadas en su mesa. Uno de tres.

Llamo a Pessoa al despacho y le interrogo para saber cómo lleva su artículo. Utilizo todas las técnicas que he aprendido de Álex y me siento muy orgullosa de lo bien que funcionan. Me asegura que no tengo de qué preocuparme y consigo que me prometa que lo entregará dos días antes de lo habitual para que Bentley tenga más tiempo y pueda revisarlo en profundidad. Dos de tres.

Preparar la reunión de los redactores de mañana me lleva más tiempo. Organizo el orden del día revisando los post-it que Bentley acumula en la pantalla de su ordenador. Preparo toda la documentación que debemos revisar en la reunión y le mando a cada redactor una copia de todo por correo electrónico, además de otra a Bentley. También imprimo una y la cuelgo en el panel de la redacción. Tres de tres.

A eso de la una, viendo que mi jefe no me ha llamado para que lo rescate, despejo mi mesa y le mando un mensaje a Lauren.

Utiliza una de tus excusas de trabajadora poco productiva y vámonos a comer. Te espero en el Marchisio's.

Mientras espero el ascensor, no puedo evitar perder mi vista en el pasillo que conduce al despacho del señor Riley. Tengo muchas ganas de verlo. Por un instante pienso en ir a su oficina con

la más tonta de las excusas, pero prácticamente en el último segundo me recuerdo que no sería una buena idea y finalmente me autoconvenzo de que lo mejor es entrar en el ascensor y marcharme.

En el Marchisio's espero a Lauren en nuestra mesa de siempre. En menos de cinco minutos está sentada frente a mí. Me pregunta sobre la reunión de ayer. Obviamente no le digo nada sobre el juegucito con el señor Riley y, para focalizar su atención lejos de mí, le cuento que descubrí lo que Bentley quería ser de pequeño. Sonríe, casi ríe, llena de ternura al oír lo del camión de bomberos, el astronauta y el ninja. Debe gustarle muchísimo.

Mientras nos tomamos nuestros sándwiches de pavo y un plato compartido de bolitas de queso y patata, veo cómo el BMW de Ryan aparca frente a la entrada del edificio del Riley Group. George sale rápidamente del coche y le entrega las llaves a un Ryan Riley que ha salido a su encuentro malhumorado e impaciente. Se monta en el coche y se marcha a toda velocidad por la Sexta Avenida.

No le digo nada a Lauren. No quiero dar pie a ninguna conversación sobre Ryan.

Una hora después convengo a mi amiga de que vuelva a la oficina advirtiéndole de que, si la despiden, no sé cuánto tiempo podríamos vivir de mi sueldo.

Tengo el resto de la tarde libre, así que decido regresar a casa dando un paseo. Son más de cuarenta manzanas, pero no tengo nada que hacer y la ciudad está preciosa en esta época del año.

Me desvío y cojo la Quinta Avenida para poder suspirar delante de escaparates llenos de ropa que no me puedo permitir. Sin embargo, cuando en la vitrina de Tommy Hilfiger veo un precioso vestido celeste con un estampado de estrellas blancas y bajo él un minúsculo cartel que avisa del sesenta por ciento de descuento, no puedo resistirme y entro.

Me paseo por la lujosa tienda con la boca abierta cada dos pasos por la ropa tan maravillosa que hay y acabo cogiendo tres vestidos, no me parecía prudente probarme toda la tienda. Camino hacia uno de los enormes espejos repartidos por toda la sala y voy poniéndome delante cada vestido para comprobar cómo me quedaría. Cuando cojo el del escaparate y me veo con él, sonrío. Es un vestido precioso, pero ahora viene la parte difícil. Giro la etiqueta. ¡Doscientos dólares! No me lo puedo permitir. Me muerdo el labio buscando una solución. Seguro que cuando me vea con él puesto se me ocurre, me autoengaño, así que cojo todos los vestidos y voy hasta el probador.

Me extraña no ver a ninguna dependienta flanqueando el probador. Supongo que en las tiendas como ésta no temen que alguien se ponga cuatro camisetas bajo la suya y se las lleve sin pagar.

Entro en uno de los coquetos probadores, coloco los vestidos en la percha y cierro la puerta. Me quito el bolso y también lo cuelgo. Para ser un probador es bastante amplio. Nada que ver con los de los grandes almacenes en los que ni siquiera puedes estirar los brazos. Aquí hay hasta un pequeño silloncito y un reposapiés tapizados en azul oscuro.

Me parece oír la puerta abriéndose. Qué extraño. Me doy la vuelta y no puedo creer que esté aquí. Que Ryan esté aquí. Siento el impulso de gritar, pero rápidamente me tapa la boca con la palma de la mano. Soy consciente de que debería sentirme mínimamente inquieta con que un hombre me haya seguido hasta el probador y ahora haya impedido que grite, pero con él no. Con él toda esta situación se convierte en algo deseado, intenso, algo que todo mi cuerpo pedía a gritos incluso antes de que sucediera.

Sus ojos azules rebosantes de deseo están clavados en los míos. Puedo leer en ellos que está abrumado, superado por todo esto, como si algo le hubiera arrastrado hasta aquí. Me mira intentando

averiguar si saldré huyendo, si estoy asustada, pero no lo estoy. Quiero que esté aquí y es algo irracional, porque soy consciente de que es una auténtica locura, pero no me importa.

Nuestras respiraciones aceleradas ahogan cualquier otro sonido. Lentamente y sin dejar de mirarme, separa su mano de mi boca y la lleva hasta mi mejilla.

—¿Qué haces aquí? —murmuro.

—No lo sé.

—Deberías marcharte.

Sin embargo, no soy capaz de separarme un ápice de él.

—¿Quieres que lo haga? —inquieta y en el trasfondo de su voz está ese toque de arrogancia que nunca le abandona y que me hace desearlo de una manera casi temeraria.

—Sí —musito, pero en realidad sólo quiero sentir su cuerpo contra el mío.

—Pues yo creo que no.

Arrogante, presuntuoso, sexi.

Sin darme tiempo a reaccionar, me besa y yo le respondo rodeando su cuello con mis brazos. Volvemos a ser sólo suspiros y besos, bocas encontradas que sólo saben, entienden y desean al otro.

Ryan me lleva contra la pared y me aprisiona entre el papel pintado y su cuerpo.

—Así que de aquí es de donde sacas todos esos vestidos con los que me torturas —dice contra mis labios sin poder evitar una sonrisa.

—Eres un acosador —susurro con otra sin separarme ni un centímetro de él.

—Probablemente, pero te encanta volverme así de loco.

Tiene razón.

Gimo cuando sus manos apremiantes suben la tela de mi vestido y tocan mis piernas, mis muslos.

Continuamos besándonos, cada vez más salvajes. Acelerada, tiro de las solapas de su chaqueta azul marino y se la bajo por lo hombros mientras él hunde su boca en mi cuello, me lame y me muerde. Se quita la corbata gris claro de un brusco tirón. Yo le desabrocho la camisa atropellada y por fin pierdo mis manos en su perfecto torso.

Ryan desata el cordón del vestido en mi cuello y tira de él para que caiga hasta mi cintura, dejando mi sujetador al descubierto.

Puedo verlo sonreír justo antes de que baje su boca hasta mi pecho. Con tosquedad, aparta las copas y toma mi pezón entre sus labios.

Cierro los ojos y me dejo transportar entre suspiros hasta donde él quiera llevarme.

Retuerce mis pezones entre sus dedos y tira de ellos.

Gimo.

Aumenta el ritmo al mismo tiempo que los cubre de besos. Es delicioso.

Sacándome de esta nube de placer, se separa de mí, toma mi mano y tira de ella. Me lleva hasta el sillón y me deja caer en él.

Ryan se queda de pie y se quita la camisa. Por primera vez puedo admirar su tonificado torso. La caída de sus pantalones me deja ver el provocador y perfectamente esculpido músculo que sube hasta su cadera. Siento como si estuviera delante de un dios griego y ahora mismo es todo para mí. Sonríe avariciosa e involuntariamente me muerdo el labio inferior. Creo que se da cuenta, porque me devuelve una media sonrisa arrogante y provocativa que le hace aún más sexi.

Se inclina sobre mí. Sin despegar sus ojos de los míos, haciendo que el deseo me consuma por dentro, mete de nuevo sus manos por debajo de mi vestido y las sube arañando suavemente mi piel hasta llegar a mis bragas.

Suspiro con fuerza y él tira de ellas para quitármelas.

Guiada por el deseo, me echo hacia delante y le obligo a incorporarse. Esta vez soy yo la que no separa mis ojos de los suyos mientras alzo las manos y le desabrocho el cinturón y los pantalones. Su miembro se extiende frente a mí, grande y duro.

Lo tomo entre mis manos e, imitándole, le sonrío sensual antes de darle un corto y húmedo beso justo en el centro del glande.

Él suspira y mi sonrisa se ensancha.

Lo aprieto con fuerza y, aún con mis ojos clavados en los suyos, deslizo mi lengua lentamente por toda su longitud, volviendo a darle un beso en el mismo punto cuando termino.

Sus ojos azules me devoran y yo me siento inexplicablemente sexy y confiada. Vuelvo a lamerlo entero, pero esta vez, cuando llego al glande, lo rodeo con mis labios y dejo que entre profundo en mi boca.

—Joder, sí —gruñe Ryan cerrando los ojos.

Continúo subiendo y bajando. Mi mano sigue la estela húmeda de mis labios.

Ryan entreabre los labios y deja escapar un largo suspiro. Baja sus manos hasta mi cabeza y las enreda en mi pelo, acompañando mis movimientos.

Le aprieto más fuerte y acelero el ritmo. Cuando lo oigo gemir, aprieto un poco más y le hago entrar profundo hasta que toca el fondo de mi garganta.

—Joder —ahoga en un gemido.

Lo hago salir lentamente y lamo la punta, pasando la lengua por la pequeña hendidura. Mi mano se desliza por su miembro hasta sus testículos y los acaricio con suavidad. Sonríe y le acaricio un punto placentero y estratégico tras ellos, justo en la costura de su piel. Sus músculos se tensan al instante.

—Dios, Maddie —susurra.

Vuelvo a rodearlo con mis labios y me muevo de nuevo, apretando cada vez más su tronco con mis manos.

Él sigue el movimiento con sus caderas.

Acelero de nuevo el ritmo para después dejarlo entrar tan profundo como soy capaz. Sus manos se enredan aún con más fuerza en mi pelo y lanza un largo gemido desde el fondo de la garganta.

Mientras me retiro, lo saboreo, sintiéndome sexy y absolutamente excitada por el hecho de estar haciéndolo disfrutar.

Lo acojo otra vez en mi boca y, al salir, le acaricio con los dientes, suavemente, y él vuelve a gruñir ante mi sonrisa triunfal.

No quiero parar, pero Ryan me toma por lo hombros, me levanta y me da la vuelta en sus brazos para estrecharme contra su cuerpo. Su polla más dura que nunca choca contra mi trasero.

Coloca su mano en mi cuello y me echa la cabeza hacia atrás. Su cálido aliento abrasa mi mejilla y suspiro bruscamente cuando sus manos bajan hasta mis pechos y después hasta mi vientre, mis caderas y por último mi sexo.

Me acaricia furtivamente.

Vuelvo a suspirar.

Está torturándome y me encanta.

—Me vuelve loco que estés tan entregada —gruñe salvaje mientras desliza su mano por el vértice de mis muslos.

Nos hace dar un paso a la derecha y quedamos justo frente al espejo. Gimo excitada al ver nuestro reflejo. Tiene una mano en mi cuello y otra en mi sexo, acariciándome.

—¿Qué quieres que te haga, Maddie? —pregunta chupándome el cuello, mordiéndolo suavemente.

—Lo que desees —gimo.

Respondo sin pensar. Hace mucho que mi cuerpo y mi libido han tomado las riendas de la situación.

Al oírme, alza sus increíbles ojos azules y los clava en los míos a través del espejo. Siento como si mis palabras hubieran oscurecido aún más su mirada, la hubiera vuelto más salvaje.

Me da la vuelta y vuelve a besarme. Su boca exigente toma la mía y la llena de una pasión apremiante.

Se deshace de mi vestido y de mi sujetador. Me lleva hasta el sillón y hace que me siente otra vez. Me mira con su media sonrisa dura y sexy y un deseo perturbador en sus ojos.

—Pon las piernas sobre el sillón —me ordena.

Hago lo que me dice y quedo totalmente expuesta a él, que se deja caer sobre mí y me penetra lentamente, haciéndome sentir placer en cada centímetro de mi interior que conquista.

Cierro los ojos y suspiro con fuerza, recordando en la última milésima de segundo que no debo gritar.

Ryan sale igual de despacio y cuando está fuera casi por completo, entra rápido, tosco.

Tengo que morderme el labio para ahogar mis gritos.

—Dios... —jadeo extasiada.

Se agarra a la espalda del sillón, dejando sus musculosos brazos a cada lado de mi cabeza. Los observo tensarse con cada embestida. Es lo más sexy que he visto en mi vida.

Gimo. No quiero hacer ruido, pero no soy capaz de controlarme. Ryan me besa con fuerza y absorbe los sonidos que escapan de mis labios mientras sigue embistiéndome salvaje.

Se recoloca para tomar mejor impulso y su siguiente estocada me hace alzar el culo del sillón.

—Ryan —susurro contra sus labios—. Ryan —repito inconexa, rendida a su cuerpo de dios griego sobre el mío y al placer.

Pero otra vez no piensa permitir que me deje llevar todavía. Sale de mí, se sienta en el reposapiés y me mira anhelante e impaciente. Yo me levanto, camino los pasos que nos separan y me siento a horcajadas sobre él.

Me levanta por la cadera y suavemente me deja caer sobre su miembro, haciéndolo entrar.

Gimo cuando lo siento dentro, tan grande y tan profundo. Nunca lo habíamos hecho así y la sensación es delirante.

Mueve sus caderas obligándome a mover las mías. Empiezo a subir y a bajar, pero son sus manos en mi cintura las que controlan el ritmo.

Gimo aún más fuerte.

Poso mi frente en la suya y me rindo a la maravillosa sensación del placer acumulándose en el fondo de mi vientre. Cierro los ojos y noto su sonrisa cuando mi pelo le cae sobre la cara.

Nos movemos cada vez más fuerte y más rápido. Me muerde el labio inferior cuando estoy a punto de gritar y eso no hace sino incrementar mi placer.

Ryan rodea mi cintura con las dos manos estrechándome con fuerza, deteniéndome, y entonces se mueve muy rápido, grande y atronador, colmándome de una manera maravillosa.

—Dios... joder... Ryan.

Hundo mi cara en su hombro y esta vez soy yo quien le muerde cuando el placer se hace más y más intenso como si no tuviese fin y acabo estallando en un ensordecedor orgasmo que me arrasa por dentro.

Ryan ralentiza el ritmo pero no se detiene. Sube la mano por mi costado y, cuando empiezo a relajarme mínimamente, retuerce mi pezón y me embiste con fuerza. Una y otra vez hasta que reaviva las brasas de mi orgasmo, hasta ponerlas al rojo vivo, hasta hacerlas arder de nuevo. Y exploto en un poderoso segundo clímax aún más intenso y que se alarga más y más cuando noto cómo él también se corre con todos sus músculos tensos bajo los míos y su cara hundida en el hueco de mi clavícula.

Delicioso.

Durante unos minutos nos quedamos así abrazados, con sus manos rodeando mi cuerpo y mis labios sobre su hombro. Poco a poco nuestras respiraciones van normalizándose y dejan que los sonidos del exterior inunden de nuevo el elegante probador.

Alzo la cabeza y me doy cuenta de la marca que le he dejado en el hombro. La acaricio suavemente con los dedos y me levanto rápidamente. Mi mente ha vuelto en mitad de mi dicha poscoital para recordarme dónde estamos.

Busco mi ropa interior y me visto tan deprisa como puedo. No entiendo por qué, después de lo que ha pasado, ahora me siento tan tímida. Ryan también recoge su ropa y se viste. Lo hacemos en el más absoluto silencio sin ni siquiera rozarnos en nuestros movimientos.

Mientras intento atarme al cuello el cordón del vestido frente al espejo, siento su mirada sobre mí. Estoy demasiado nerviosa por lo que acaba de pasar, por él, por mí, y se traduce en lo difícil que

me está resultando una tarea tan sencilla.

Ryan se acerca, con dulzura aparta mis manos y ata el cordón. Cuando lo hace, nuestras miradas vuelven a encontrarse a través del espejo y mi cuerpo se rinde otra vez a esos ojos azules, lo más maravillosos que he visto en mi vida. Pero sin decir nada más, da media vuelta y sale del probador.

Yo me siento en la silla y miro a mi alrededor intentando comprender qué estoy haciendo, tratando de reaccionar ante todo esto, pero lo cierto es que lo único que deseo es que vuelva a pasar.

Salgo del probador con los tres vestidos que ni siquiera he llegado a probarme en la mano. Al pasar junto a uno de los mostradores, veo que una dependienta de lo más sonriente no deja de mirarme. ¿Nos habrá oído? Ahora mismo sólo quiero que la tierra me trague.

—Señorita —me llama toda amabilidad.

—¿Sí? —respondo extrañada.

—¿Me permite ayudarla con esos vestidos?

Se comporta tan solícita que comienzo a pensar que se ha equivocado de persona. Se acerca hasta mí, me coge los vestidos y se los entrega a otra dependienta que también me sonríe y se dirige al mostrador. La primera se queda de pie junto a mí. No sé a qué está esperando.

—Iba a colocarlos en su sitio —le aclaro.

—¿No le gustan? —inquire preocupada.

—Sí, claro que sí.

Ella suspira aliviada y yo la miro totalmente confusa.

—Me alegro de que le gusten. ¿Se llevará algo más?

—¿Cómo?

—El señor Riley ha dado orden de que cualquier cosa que quiera comprar sea cargada en su tarjeta. Además de los tres vestidos que ya se ha probado, naturalmente.

Sonrío nerviosa pero es pura fachada. No puedo sentirme más avergonzada. ¿Quién demonios se cree que es? ¿Por qué hace esto? ¿Por qué demonios hace esto? Miro a la dependienta y sólo quiero desaparecer. Acabo de convertirme en una especie de prostituta que folla en probadores a cambio de vestidos de Tommy Hilfiger. Siento la bilis subiendo a mi garganta.

«Tienes exactamente lo que te mereces, Parker, por no haber parado esta situación hace mucho.»

—No me llevaré nada, gracias.

—Señorita, ya está pagado. Tendrá que llevárselo.

La dependienta me mira como si fuera una horrible desagradecida y yo no sé si echarme a llorar o a reír, desde luego está situación bien lo merece. Quiero, necesito, salir de aquí. Me doy cuenta de que la manera más rápida es aceptar la maldita ropa, así que asiento, cojo de mala gana la bolsa que la segunda dependienta me trae y salgo prácticamente corriendo de la tienda.

En plena Quinta Avenida suspiro enfadadísima. Estoy tan furiosa que no puedo pensar. ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo ha podido hacerlo después de la discusión que tuvimos por el cheque de setecientos dólares? En realidad, de las dos discusiones por el cheque. Además, ha vuelto a hacerlo sin consultarme. No quiero su dinero. ¿Cuándo va a entenderlo? Estoy muy enfadada.

Definitivamente no quiero irme a casa y guardarme esto hasta mañana. Quiero coger estos vestidos y tirárselos a la cara ahora mismo. Sin pensarlo ni un segundo más, cojo el teléfono y llamo a Lauren. Necesito la dirección de Ryan Riley y seguro que ella pueda encontrar esa información en la oficina.

Dos tonos después, mi amiga descuelga al otro lado.

—Maddie —me saluda divertida.

—Lauren, necesito saber algo pero no puedes hacerme un millón de preguntas.

—Está bien.

Su tono de voz rápidamente ha cambiado. Por el mío ha entendido al instante lo enfadada que estoy.

—Necesito la dirección de Ryan Riley.

—Maddie, puedo decírtela ahora mismo, pero tú tampoco puedes hacerme un millón de preguntas.

¿Qué ocurre?

—Está bien.

Mi tono de voz se calma. De repente me preocupa estar tan sumida en la vorágine Ryan Riley que a Lauren le haya ocurrido algo terrible y no haya podido contármelo.

—Ryan Riley vive en el barrio de Chelsea, en el 324 de la 29 Oeste. Anoche acompañe a Bentley a llevarle unos papeles.

—¿Qué? —pregunto sorprendidísima—. ¿Estás con Bentley? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo has contado?

—Maddie, preguntas —replica escuetamente para recordarme la promesa que acabo de hacerle.

—Vale, pero tenemos que hablar de esto. ¿Tú estás bien? Y esa pregunta me la tienes que responder.

Me adelanto a cualquier objeción que fuese a ponerme.

—Estoy feliz, Maddie.

Sonrío y noto su sonrisa al otro lado. Por un momento se me olvida lo enfadada que estoy y sólo puedo alegrarme por ella.

—Me alegro muchísimo.

—Gracias y suerte con el señor irascible.

El señor irascible. De golpe mi nivel de ira ha subido otra vez a mil.

—El que va a necesitarla es él.

—¡Uau! Ésa es mi chica.

Su respuesta me arranca una nueva sonrisa en mitad del enfado.

—Adiós, Lauren.

—Adiós, Maddie.

Cuelgo el teléfono y llamo un taxi. Apenas diez minutos después, estoy frente a la puerta de su lujosa casa en el centro del barrio de Chelsea.

Llamo al timbre y repaso mentalmente todas las cosas que quiero decirle mientras espero a que me abran.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntan desde el portero automático.

—Buenas tardes, estoy buscando al señor Riley.

—¿Puede decirme quién le busca?

—Soy Maddison, Maddie, Parker.

—Espere un segundo, señorita Parker.

Unos minutos después, un chirriante y sordo sonido me indica que la puerta se ha abierto. La empujo con suavidad y accedo a un precioso vestíbulo. Todo el suelo es de un parqué muy cuidado, incluso recién acuchillado me atrevería a decir. Frente a mí se levanta una elegante escalera de acero y cristal templado. En cada escalón hay un pequeño haz de luz encerrado en un cubo de cristal, formando entre todos una preciosa monocromía. Al otro lado hay una cómoda *vintage* muy bonita y tras ella sigue la estancia con una puerta a cada lado y, al fondo, un enorme ventanal que da a lo que imagino es el jardín trasero. Hay un cuadro realmente impresionante sobre la cómoda. Por un segundo me pierdo observándolo.

—Señorita Parker —me llaman desde lo alto de la escalera.

Alzo la vista y reconozco al hombre que me reclama. Es el mismo que estaba con Ryan el día que nos conocimos.

—El señor Riley la recibirá en el salón —concluye.

Al oír su nombre, vuelvo a situarme en mi enfado y en lo que hago aquí.

Subo decidida las escaleras y el hombre estira su brazo indicándome que pase. Al cruzar la puerta de madera, un enorme salón se abre paso ante mí. Es sencillamente espectacular. Sigue teniendo el suelo de un perfecto parqué y las paredes blanco impoluto. Sin embargo, lo que me llama la atención, a mí y a cualquiera que los vea, son los enormes ventanales que van del suelo al techo en la pared principal. A pesar de que es sólo un primero, las vistas son magníficas. Ventajas de un emplazamiento privilegiado. Delante de los ventanales hay un sofá gigantesco gris oscuro con pinta de ser verdaderamente cómodo.

Camino hasta el centro del salón algo intimidada por la estancia y me fijo en más detalles, como la chimenea de hierro pulido y las dos fotos en blanco y negro que hay sobre ella.

Al otro lado hay una moderna cocina. Es muy grande, con una isla gigantesca y varios taburetes. Al fondo veo una mesa de comedor y una escalera gemela a la del vestíbulo.

La casa, aún sin haberla visto entera, es maravillosa.

—¿Desea algo de beber?

—No, gracias.

No quiero distracciones. Pero entonces, la mayor de todas hace su entrada en el salón. Debe haber acabado de ducharse, porque se está secando el pelo con una toalla. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca. Está descalzo y guapísimo. Deja la toalla sobre el sofá y me fijo en su pelo húmedo cayéndole desordenado sobre la frente. Se lo echa hacia atrás con la mano y mi cuerpo traidor se enciende de nuevo. ¿Cómo puede ser tan endiabladamente atractivo?

—Finn, puedes retirarte.

El hombre asiente y sale del salón. Estamos solos. Él tan sexi, yo tan enfadada.

—¿Qué querías, Maddie?

—No puedes hacer esto —digo furiosa, tirándole la bolsa con los vestidos.

—Por el amor de Dios, Maddie, sólo es ropa —responde exasperado, dejando caer la bolsa en el sofá.

—Para mí es más que eso.

—¿Sabes? Estoy cansado de que me veas como alguien acostumbrado a pagar por sexo. No lo he hecho en mi vida y no pienso empezar contigo. Follamos y quise hacerte un regalo. No lo pensé. Puedes aceptarlo o quemarlo, francamente me importa una mierda, pero no vuelvas a insinuar que te veo como una puta. Vales mucho más que eso y yo también.

—Y si valgo más que eso, ¿por qué siempre te largas?

—¿Y qué querías que hiciera?

—Quería que te quedaras.

—Sabes que eso no puede ser.

Su tono de voz ha cambiado. Sigue enfadado, pero por un breve instante me ha dado la sensación de que todo esto también le duele.

—No, no lo sé porque tú nunca te has molestado en explicarme nada. Dios, esto es ridículo.

Y realmente lo pienso. Estoy total y absolutamente exasperada. No tiene sentido que siga aquí. ¿Para qué? No quiero discutir con él otra vez, es agotador y está claro que nunca voy a ganar.

Suspiro bruscamente y giro sobre mis pasos.

—¿Adónde vas?

—A mi casa —contesto intentando contener mi enfado.

—Joder.

Camina hasta mí, me obliga a girarme y me besa apasionadamente cogiéndome en brazos.

—Ryan, no —me quejo e incluso forcejeo, pero en realidad una parte de mí no quiere que me suelte por nada del mundo.

—Querías que estuviera contigo, pues aquí estoy —replica contra mis labios.

Sigo en sus brazos, sigue besándome mientras cruza su sofisticado salón y sube las escaleras.

Dios, su olor, recién duchado, es aún más intenso, casi adictivo.

Me deja caer sobre una cama inmensa. ¿Estamos en su dormitorio? Ryan me besa desmedido y yo lo recibo encantada. Con decisión, su lengua busca la mía y la seduce por completo.

Me quita las sandalias y las tira al suelo. El sonido sordo contra el parqué me hace volver a la realidad, sólo un segundo, pero tengo que aferrarme a él, a esta lucidez momentánea. Tengo que salir de aquí. Si le dejo que haga conmigo lo que quiera otra vez, las cosas nunca cambiarán. No tiene ningún sentido que me martirice después si en el momento de mantenerme firme dejo que me bese hasta olvidarme de todo.

—Tengo que irme —murmuro contra sus labios. Que haga conmigo lo que quiera.

Mi fuerza de voluntad es mínima, casi ridícula.

—Ni hablar —susurra contra la piel de mi cuello. Me muerde con fuerza y yo gimo. Estoy a punto de rendirme—. No vas a moverte de aquí.

—Tengo que irme —repito aún con menos convicción que antes.

Mi mente está a punto de evaporarse. Esto se le da demasiado bien.

—Ryan, necesito irme, por favor —suplico.

Ryan se detiene y alza la cabeza. Sus increíbles ojos azules se clavan en los míos. Su mirada es ardiente, abrasadora, llena de un deseo infinito que por un momento hace que me lo replantee todo.

—No quiero que te vayas —susurra con su voz cálida y sensual.

Echo la cabeza hacia atrás con fuerza. Estoy hecha un auténtico lío.

—Tengo que irme. Cuando estoy cerca de ti, no puedo pensar y eso no es bueno para mí.

Por fin me atrevo a mirarle a los ojos. Siguen oscurecidos, llenos de deseo, pero también hay algo más en ellos, algo que no soy capaz de leer.

Sin decir nada, se echa a un lado. Yo me incorporo rápidamente, recojo mis zapatos y salgo de la habitación. No me atrevo a mirarlo. Si lo hago, algo me dice que no seré capaz de irme.

Bajo las escaleras con una extraña sensación tirando de mi estómago. No quiero irme pero sé que es lo que debo hacer.

Al pasar junto a la chimenea, no puedo evitar fijarme en las dos fotografías en blanco y negro que hay sobre ella. Una es de dos chicos rubios muy guapos, sentados en una enorme silla de ejecutivo mientras un hombre sonriente y orgulloso los observa al otro lado de la mesa. Sólo necesito fijarme un poco más para darme cuenta de que uno de los niños es Ryan, el otro debe de ser Spencer e imagino que, quien los mira, es Elliott Riley, su abuelo.

Sonríó al fijarme en la otra foto. Son Ryan y Bentley, con unos siete años, en un jardín. Cada uno con el brazo sobre el hombro del otro. Están sucísimos, con la cara llena de barro. Ryan tiene puesto un mono de carreras y Bentley un traje de astronauta con la escafandra en la mano. Hay un montón de juguetes a su alrededor, entre ellos el camión de bomberos. ¿Cómo pudo decir en el centro comunitario que no se acordaba? Ve estas fotos cada día. Entonces recuerdo lo que me dijo Bentley: «Ryan no es como se empeña en hacer creer que es.» Y estoy delante de la mejor prueba de ello.

Son dos fotografías preciosas.

Oigo pasos a mi espalda e inmediatamente sé que es él. No lo mires, no lo mires, no lo mires, me suplico, porque sé de sobra lo que me encontraré: al hombre más guapo del mundo, el que hace que me tiemblen las rodillas. Aun así, el deseo puede más y me vuelvo. Se ha parado a los pies de la escalera y me observa. Tiene el pelo revuelto y sigue descalzo. El vaquero gastado le cae sensual

sobre las caderas. Y los puños cerrados con fuerza a los costados hacen que sus antebrazos se marquen sexis y tonificados.

«No debiste mirar.»

Sólo quiero correr y lanzarme entre sus brazos, pedirle que me lleve a su cama otra vez, pero sé que no es bueno para mí. ¿Por qué la situación tiene que ser tan complicada? ¿Por qué él tiene que ser tan complicado? Suspiro bruscamente.

Ryan camina hacia mí y coloca su mano en mi mejilla. Al sentirla no puedo evitar ladear la cabeza hacia ella y prolongar su caricia.

—No te has marchado —susurra con la voz más salvaje y sensual que he oído en mi vida mientras pasa su pulgar por mi labio inferior—. ¿Por qué?

—No lo sé —musito.

—Sí lo sabes. Dímelo.

—Ryan...

Baja su mano por mi mandíbula, mi clavícula y la desliza por mi costado hasta llegar a mi cadera. Vuelvo a suspirar. Le deseo tanto.

—Porque quiero estar contigo.

Ryan aprieta su mano en mi cadera y me atrae hacia él. Sin apartar sus ojos azules de mí, se inclina despacio hasta que su cálido aliento se entremezcla con el mío.

—Pero quiero que te quedes —añado.

—Maddie —me reprende a escasos centímetros de mis labios y de sobra sé que ese «Maddie» de nuevo es un no.

—Entonces, me marcho.

Ryan permanece inmóvil, observándome. Yo ya he tomado mi decisión y, si quiero que tenga algún valor, no puedo echarme atrás ahora. Alzo mis pies descalzos y de puntillas le doy un suave beso en la mejilla, probablemente más largo de lo que las circunstancias dictarían, pero no quiero irme, ésa es la verdad.

Con el primer paso que me aleja de él, sus dedos se deslizan por mi cadera hasta que el contacto se rompe. De pronto me siento desesperanzada.

Salgo de la casa sin mirar atrás, otra vez sin ni siquiera pararme a ponerme los zapatos.

En la calle el aire fresco, mi inseparable aliado, no me calma. Me siento frustrada, enfadada, triste. ¿Por qué me he marchado? Ahora mismo podría estar besándome, haciéndome sentir en el paraíso otra vez. Pero después, ¿qué? He hecho lo correcto. Creo. No lo sé. Desde luego no he hecho lo que me moría de ganas por hacer y, dadas las buenas decisiones que he estado tomando últimamente, sobre todo en lo que tiene que ver con Ryan, imagino que eso se traduce en que he hecho lo mejor para mí.

Me dejo caer sobre uno de los bancos de la calle 29 Oeste y me pongo las sandalias.

Un enfado vertiginoso va adueñándose de todo mi cuerpo. Ni siquiera en su casa estaba dispuesto a quedarse. Definitivamente he tomado la decisión correcta marchándome, porque no

quiero ni imaginar cómo me hubiese sentido si, después de todo lo que ha ocurrido hoy, me hubiese levantado sola en su propia casa.

Por mucho que me guste, no puedo permitir que me trate así. Sin embargo, la sola idea de no volver a verlo hace que mi estómago se cierre de golpe. ¿Qué opción me queda? Una lágrima solitaria cae por mi mejilla. Me la seco rápidamente. Desde luego, llorar no.

Camino hasta la boca de metro y espero paciente en el andén a que llegue mi tren. He hecho lo que debía, me reafirmo, en algún momento tenía que plantarle y dejarle las cosas claras. Tengo dignidad y algo de autoestima, aunque a veces sean las primeras en quitarse las bragas.

«Una analogía muy acertada de tu vida estos últimos días, Parker.»

Necesito mantenerme alejada de él. Tengo que ser fuerte. No sé cómo, pero tengo que serlo. Al menos lo suficiente como para conseguir que no me afecte de esta manera, que no quiera caer en sus brazos cada vez que me mira.

Subo las escaleras hasta mi apartamento con los pies pesándome como si fueran losas de cien kilos. Cuando por fin llego a casa, me quito el bolso, lo tiro en el sofá y me voy directamente a la cama. No quiero ver a nadie. No quiero hacer nada. Sólo quiero que sea mañana.

Son las seis y dos minutos. Ya no soy capaz de dormir más. Afortunadamente no tardé en hacerlo cuando me metí en la cama y pude descansar. Siendo sincera, me temía otra noche en blanco.

Me levanto y me doy una ducha larguísima, casi infinita. Me seco el pelo con la toalla y voy hasta el armario. Decido ponerme un vestido vaquero con corte *baby doll* y mis viejas botas negras de apariencia militar. Me recojo el pelo y voy hasta la cocina. Con todo el tiempo que tengo, puedo permitirme un desayuno completo, así que me preparo tortitas con bacón, fresas troceadas y café.

Sentada en la encimera de la cocina, con las noticias en la televisión, en vez de disfrutar de mi succulento desayuno, tengo que obligarme a comerlo. No estoy en mi mejor momento.

A pesar de la parsimonia con la que he caminado hasta el metro y el rato que he pasado charlando con Ben en el vestíbulo, llego tempranísimo a mi oficina. La redacción aún está vacía, ni siquiera Bentley ha llegado.

Me siento a mi mesa y enciendo el ordenador. Mientras espero a que se cargue la agenda de Bentley, oigo a alguien acercarse. El primer redactor. Apuesto a que es Lewis, ese hombre es la eficiencia personificada, pero, como siempre, no podría estar más equivocada.

—Maddie.

Esa voz. Me temo que podría reconocerla en cualquier lugar.

—Buenos días, señor Riley.

Aunque sólo me permito mirarlo de reojo, ya lo veo guapísimo con un traje gris marengo, camisa blanca y corbata azul oscuro.

—¿Qué haces aquí? —inquire sorprendido—. Es tempranísimo.

—Podría preguntarle lo mismo —replico intentando mostrarme indiferente.

—Yo ya llevo aquí un par de horas.

¿Un par de horas? ¿Acaso no duerme? Sea lo que sea, no me interesa, me recuerdo.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Riley?

Me repito mi mantra de hoy una y otra vez: «Ser profesional y mantenerme alejada de él. Ser profesional y mantenerme alejada de él.»

—En realidad sólo quería ver si Bentley había llegado.

—No se preocupe, vuelva a su despacho. Haré que le llame en cuanto llegue.

—¿Me estás echando? —pregunta divertido.

—En absoluto —respondo mecánica y profesional—, pero no quiero que pierda el tiempo.

—No lo estoy perdiendo.

Al oír sus palabras no puedo evitar alzar la mirada y allí están, esperándome, esos maravillosos ojos azules. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder desenlazar mi mirada de la suya y volver a mis papeles.

—¿Estás enfadada?

—¿Por qué tendría que estarlo?

Continúo con mi tono displicente, pero en realidad dudo que lo esté consiguiendo. Él sabe perfectamente lo que provoca en mí.

—Por todo lo que ocurrió ayer.

—Ya he asumido que algunas cosas son como son.

«Magnífico Parker, el toque justo de desdén.»

—¿Y ya no te molesta?

Me sorprende lo hablador que está hoy, aunque creo que lo único que busca es despertar algún tipo de reacción en mí.

—Es inútil enfrentarse a algo que nunca va a cambiar. Es más fácil...

—¿Dejar de intentarlo? —pregunta robándome la frase.

—Sí, dejar de intentarlo.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

Me hubiera gustado haber sido capaz de mirarlo directamente a los ojos cuando he pronunciado ese «sí», pero me temo que habría podido leer en mi mirada con demasiada facilidad que lo único que quiero es estar con él.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio. En todo ese tiempo no despegaba su vista ni un momento de mí.

—Maddie, lo que pasó en la tienda me superó un poco. Yo no soy así. No pierdo el control de esa manera.

—De verdad, no tiene que darme más explicaciones —lo interrumpo—. Y le agradecería que en la oficina siguiéramos siendo la señorita Parker y el señor Riley.

—Claro —musita.

Necesito que se vaya porque mantener esta actitud tan fría con él me está doliendo demasiado y temo romper a llorar en cualquier momento. Siento como si le estuviese alejando y eso, a pesar del enfado, de la fiesta, de todas las veces que se ha marchado, me llena de una tristeza que no puedo controlar.

El señor Riley coloca su mano en la mesa a escasos centímetros de la mía. Paro de cuadrar papeles y graparlos sin mucho sentido y sólo miro su mano. Mi cuerpo, mi corazón, gritan porque tome la mía, porque sus dedos acaricien los míos aunque sólo sea algo furtivo.

Su mirada también está posada sobre nuestras manos. La atmósfera se carga una vez más de suave electricidad. Tócame, por favor. Pero no lo hace. Da unos suaves golpecitos sobre la madera, levanta la mano y camina hacia la puerta.

—Dígale a Bentley que me llame cuando llegue.

—Por supuesto —susurro.

El señor Riley sale de la oficina y yo ya no puedo más. Verlo marchar ha sido la gota que ha colmado el vaso. Cruzo la redacción como una exhalación y me encierro en el archivo. Esperaba que Lauren estuviera aquí fumando, pero es demasiado temprano, probablemente aún esté en la cama.

Suspiro hondo e intento tranquilizarme. Debería estar muy orgullosa de mí en este instante, no a punto del colapso nervioso. Lo he conseguido, he conseguido mantenerme fría y alejada de él a pesar de lo guapísimo que estaba y de lo bien que olía. ¿Cómo puede oler siempre tan bien? ¡Lo odio por oler siempre tan bien!

Repaso la conversación. Ha estado más comunicativo que otros días. Ha admitido que lo de la tienda le supero un poco. A mí también me supero. Creo que a cualquiera en su sano juicio le habría superado. ¿Y si lo que le pasa es eso? ¿Qué se siente superado, abrumado por todo esto como me pasa a mí? La verdad es que sería un alivio saber que se siente igual.

Niego con la cabeza un par de veces y vuelvo a suspirar todo lo hondo que puedo. Ni siquiera son las ocho de la mañana y ya estoy encerrada en el archivador devanándome los sesos por Ryan Riley.

Tengo que ponerle solución. Cuadro los hombros, trago saliva y salgo del diminuto cuarto con paso firme. Ahora toca trabajar, me recuerdo, y ser muy profesional, añado.

Al cruzar la redacción de vuelta a la oficina, veo que ya han llegado los primeros redactores.

En el despacho sigue sin haber rastro de Bentley, así que me siento a mi mesa y comienzo a desgrapar y a ordenar verdaderamente los documentos que mezclé sin ton ni son fingiendo que trabajaba delante del señor Riley.

Poco antes de las nueve llega Bentley. Parece contentísimo y yo, prudentemente, me callo el hecho de que sé el motivo de su reciente felicidad.

La mañana pasa tranquila. No vuelvo a ver al señor Riley y lo agradezco, aunque tenga que recordármelo, ya que el noventa y nueve por ciento de las veces que pienso en él me gustaría correr a su despacho y decirle que lo único que quiero es que me bese. Afortunadamente ese uno por ciento sigue ahí resistiendo.

A las doce vamos a la sala de conferencias. La reunión de redacción está a punto de comenzar.

Bentley se sienta a la cabecera de la mesa y entre los dos desplegamos todas las carpetas que quiere examinar en la reunión.

—Maddie, necesito toda la documentación del artículo del Empire State y las fotografías del reportaje de Ross.

—¿Las de archivo o las del fotógrafo?

Bentley se toma un instante para pensarlo.

—Las dos —contesta finalmente.

—Ahora mismo.

Salgo de la sala de conferencias y corro hasta la oficina. La reunión está a punto de empezar. Entro en el despacho de Bentley, busco en el segundo cajón del archivador, saco todas las fotografías e imprimo la carpeta del Empire State. Concentrada, me llevo el bolígrafo a la boca mientras repaso toda la documentación. Es una información muy densa.

Cuando me aseguro de que todo está correcto, giro sobre mis talones y me dispongo a salir del despacho, pero al alzar la vista lo veo allí, observándome.

—Señor Riley —musito sorprendida.

—Pensé que estaría en la reunión.

—Bentley necesitaba alguna documentación.

Da un paso hacia mí y todo mi cuerpo traidor se rinde ante él. Mi respiración se acelera y me tiemblan las rodillas. Ryan se inclina sobre mí y puedo notar su suave aliento en mi mejilla.

—Sé que ayer no debí comportarme así y es cierto que probablemente las cosas nunca cambien, pero no quiero que dejes de intentarlo, Maddie.

He estado a punto de desmayarme cuando ha pronunciado mi nombre con toda esa sensualidad implícita. La electricidad entre nosotros es aún más fuerte. Sin moverse un ápice, alza su mano y la posa sobre las carpetas que sostengo entre mi antebrazo y el pecho. Noto cómo deja algo sobre ellas, pero no puedo mirar qué, sigo petrificada por sentirlo tan cerca.

Finalmente se incorpora, me dedica su espectacular sonrisa y se marcha. Yo lo observo hasta que desaparece entre la nube de redactores que esperan para entrar en la sala de reuniones. Suspiro hondo, bajo la vista a las carpetas y veo una chocolatina Hershey's sobre ellas. Vuelvo a suspirar y no puedo evitar que una enorme sonrisa se dibuje en mis labios.

No quiere que deje de intentarlo, me repito. Su frase y su ofrenda de paz acaban de colocarme en una nube, aunque no entienda exactamente por qué lo ha hecho.

Sin poder disimular cómo me siento ahora mismo, vuelvo a la reunión y obviamente me paso la hora y media que dura pensando en lo ocurrido.

A la hora de comer me encuentro con Lauren en el Marchisio's. Tengo un muy poco sutil interrogatorio preparado para la futura señora Sandford. Nos sentamos en nuestra mesa de siempre y, en cuanto el camarero se marcha con la comanda, Coca-Cola y *tortellini* de queso y almendras para las dos, le dedico a mi amiga mi archiconocida mirada de *desembucha*.

—En mi defensa diré que sólo salimos desde el jueves pasado.

—¿Salís? —pregunto con una sonrisa en los labios pero fingidamente escandalizada.

—No salimos —rectifica rápidamente—. Sólo estamos viendo qué pasa.

—Es decir, no sólo salís, sois novios.

—Maddie —protesta.

—Lauren, eres peor que Álex con los eufemismos.

Ambas sonreímos.

—¿Y qué tal?

—Genial —responde sin asomo de dudas.

—Como te dije, me alegro mucho y no entiendo por qué no me lo has contado antes —me quejo mientras asiento al camarero que nos trae nuestra comida.

Las dos le damos las gracias a la vez y le dedicamos nuestra mejor sonrisa antes de que se retire.

—Maddie, tú no lo estás pasando muy bien con Ryan y yo no quería salir corriendo a buscarte y gritar a los cuatro vientos lo feliz que soy.

—Lauren, yo siempre voy a alegrarme por ti, aunque a mí no me vayan bien las cosas.

Ella sonrío culpable y yo le pego una patada por debajo de la mesa.

—Eres una idiota —le digo.

—Tienes razón.

Le doy el primer bocado a mis *tortellini*. Están deliciosos, pero sospecho que estarían mejor con parmesano, así que cojo el pequeño cuenquito blanco y espolvoreo un poco sobre mi pasta.

—¿Lo has visto hoy? —pregunta Lauren.

Asiento y doy un trago a mi refresco.

—Sí.

—¿Y qué tal? ¿Qué tal ayer en su casa?

—No lo sé. Estoy hecha un lío.

—Qué novedad —comenta con una sonrisa.

Yo le dedico un mohín pero también acabo sonriendo.

—Ayer nos acostamos.

—Otra novedad —vuelve a comentar mientras se lleva el tenedor a la boca.

Decido ignorarla y continúo relatando mis penas.

—En los probadores de Tommy Hilfiger. —Lauren me mira con los ojos como platos, pero yo continúo rápidamente sin darle tiempo a interrumpirme—. Dejamos algunas cosas pendientes. Estaba muy enfadada y por eso quise ir a su casa. Allí estuvimos a punto de acostarnos otra vez, pero le dije que quería que se quedara y él no estaba dispuesto a hacerlo. —Hago una pequeña pausa intentando olvidar ese amargo detalle—. Me compró unos vestidos carísimos y yo me enfadé como nunca lo había hecho. Sólo quería tirárselos a la cara. Tendría que haberlo pensado mejor, escribirle una

amenaza anónima y dejárselos con el servicio.

—¿Con Finn?

—Sí —respondo sorprendida porque lo conozca.

—Es su hombre para todo —me aclara.

—Y apuesto a que también para acompañar a la puerta a las chicas con las que se acuesta.

—Qué trabajo más ingrato. Imagínate, es la cara que devuelve a la realidad a todas esas chicas que ya se veían veraneando en los Hamptons con la familia Riley. Deben de ser miles —concluye casi riendo.

Lauren alza su mirada y su sonrisa desaparece. Mi cara es un poema, pero no puedo disimular mucho tiempo y rompo a reír. Al cabo de unos segundos ella también lo hace.

—Me habías asustado —se queja.

Continuamos comiendo en silencio un par de minutos aún con la sonrisa en los labios.

—Pero hay una cosa que no entiendo —comenta—. Me has dicho que estabas hecha un lío. ¿Con qué? Pareces tenerlo muy claro.

—Y lo tenía, pero esta mañana me encontré con él. Intente ser fría, asumir que las cosas eran como eran y ya está. —Lauren asiente haciéndome ver que hice lo correcto—. Y entonces él me dijo que lo que ocurrió en la tienda le superó, que él no es así, que no pierde el control de esa manera. Más tarde volvió a buscarme para pedirme que, aunque probablemente las cosas nunca cambiarían, no dejara de intentar que fueran diferentes.

—Maddie, está clarísimo, le gustas y mucho.

—¿Estás haciendo de Roger H. Prick conmigo?

—No.

La miro esperando que continúe.

—Y me gustaría tener un elaborado discurso que respalde mi teoría, pero sólo puedo decirte que me parece obvio por cómo te mira, cómo te busca. Si sólo quisiera sexo, tiene a otras chicas que literalmente se tiran a sus pies.

Suspiro totalmente ofuscada.

—Dejemos de hablar de Ryan Riley, por favor. Ya me paso pensando en él las veinticuatro horas del día para acabar hecha un lío como siempre.

—Qué romántico —dice con toda sorna.

—¿Para cuándo tu boda con Bentley? —Ahora la socarrona soy yo.

—Ja, ja.

—Sólo te pido que no me sientes con tu tía Dina.

—No te preocupes, ése es un placer que reservaré para James.

Y ambas nos echamos a reír.

Vuelvo a la oficina con las energías renovadas. Hablar con Lauren sobre mi vida sentimental me hace sentirme más como la Maddie que solía ser y menos como la que vive consumida por una

tempestuosa relación con el multimillonario de moda.

Termino de repasar todo lo que Bentley necesita y, puntual como un reloj, salgo de mi despacho. Cuando camino hacia el ascensor, pienso en lo intenso que ha sido el día de hoy y en la frase de Ryan: «no quiero que dejes de intentarlo.» No lo haré, pero él también tendrá que poner de su parte.

Llego a mi apartamento y me encuentro a James esperándome, sentado en mi sofá. Se queja de que Álex y Charlie se están besuqueando en el suyo y ya no aguanta más. Le sonrío con ternura mientras le paso una Budweiser helada. Preparamos la cena y vemos «Colgados en Filadelfia». Siguiendo las buenas costumbres, después cambiamos de canal y vemos primero a Leno y más tarde a Fallon.

Al ver que comienzo a acurrucarme sobre su hombro y los ojos se me cierran sistemáticamente, James anuncia que ha llegado el momento de irse a casa. Sonrío y asiento no sin cierta dificultad: me encuentro en un lamentable estado de presueño. Ya estoy en la cama cuando oigo la puerta cerrarse.

Me despiertan voces susurrando y caminando despacio por mi habitación. Abro los ojos adormilada lo justo para ver cómo James, Álex y Lauren saltan sobre mi cama con una decena de globos y una gran tarta.

—¡Feliz cumpleaños! —gritan al unísono.

Me incorporo con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Es mi cumpleaños! ¿Cómo puedo haberlo olvidado?

—Sopla las velas —me pide Álex sosteniendo la tarta.

—¿Veinticuatro velas? —pregunto con una sonrisa.

—Ni una más ni una menos, Parker —contesta James.

Las soplo y todos aplauden a la vez que comienzan a cantar el *Cumpleaños feliz*. Sonrío encantada y me uno al aplauso cuando terminan.

—Muchas gracias, chicos.

—No hay de qué y ahora vamos a tomarnos el desayuno. James ha hecho tortitas —comenta su hermana saboreándolas en la distancia.

Todos nos levantamos y vamos hacia el salón.

Nada más sentarnos alrededor de la pequeña mesa de centro, James alza su vaso de zumo.

—Por la chica del cumpleaños.

Todas nos disponemos a alzar las copas, pero James nos mira con la intención de seguir hablando.

—Y por el chico que acaba de encontrar trabajo.

—¿Qué? —gritamos las tres.

—En *Time Out*. Sólo voy a ser redactor júnior, pero por algo se empieza, ¿no?

—Eso es genial, James —me apresuro a decir.

Lo agobiamos a felicitaciones y besos hasta prácticamente hacerlo caer.

—Chicas, chicas —se queja encantado—, el brindis.

Sonrientes, volvemos a nuestros asientos y alzamos las copas repitiendo la frase de James:

—¡Por la chica del cumpleaños y por el chico que acaba de encontrar trabajo!

Desayunamos las exquisitas tortitas con bacón de James y un trozo de tarta de chocolate. Entre risas, me doy cuenta de que tengo que darme prisa o llegaré tarde a trabajar. Me ducho todo lo rápido que puedo, me seco el pelo con la toalla y me cepillo los dientes.

Delante del armario elijo un vestido de tirantes abotonado hasta el corte de la cadera. Tiene los colores amarillo, naranja y azul oscuro difuminados sobre un fondo de cuadros blancos.

Me pongo mis Converse amarillas y vuelvo rápidamente al cuarto de baño. Me recojo el pelo en una cola de caballo y me maquillo.

Cuando regreso al salón, Lauren y yo nos despedimos de los Hannigan y quedamos en vernos esta tarde para una pequeña celebración.

Poniendo en marcha una vieja tradición de cumpleaños pensada más para avergonzar al cumpleañosero que por compartir la alegría de este día, Lauren le dice a todo aquel que quiera oírlo que hoy es mi cumpleaños. Se lo cuenta a mi vecino, el señor Laurie; al vendedor de *pretzels* junto a la boca de metro, y, por supuesto, a cualquiera en el vagón con el que cruza una mirada.

Cuando llegamos al edificio del Riley Group, evidentemente, no se detiene. En el vestíbulo informa a Ben, que me felicita con una sonrisa, y en el ascensor, a unos veinte ejecutivos. La mayoría de ellos me felicita por pura cortesía algo incómodos y, sobre todo, incomodándose a mí.

—Lauren, para ya —me quejo.

—¿Por qué? Este juego tan divertido lo inventaste tú —me dice con sorna y, para qué negarlo, cierto rencor acumulado.

—Lo inventó James, pero tú te enfadaste tanto cuando aquel vagabundo se empeñó en darte un abrazo que me echó la culpa.

—Ese hombre dejó de ducharse, como él mismo alardeó, en 1982. Tenía derecho a enfadarme.

Río al recordarlo y Lauren me asesina con la mirada. Intento disimular, pero no soy capaz.

En la planta doce todos los ejecutivos se bajan del ascensor y suben dos redactores que, por supuesto, se ven obligados, gracias a Lauren, a felicitarme.

Al fin llegamos a la planta veinte.

—Vamos al archivo. Necesito un cigarrillo.

—Acabamos de llegar.

—Por eso lo necesito —responde como si fuera obvio—. Me quedan ocho interminables horas aquí.

—Por lo menos deja que le diga a tu maridito que estaré en el archivo.

Lauren me hace un mohín de lo más infantil al que respondo lanzándole un sonoro beso.

Cuando entro en la oficina, Bentley no está. Parece que aún no ha llegado. Cuelgo mi bolso en el perchero, saco mi móvil y le dejo una nota sobre el teclado del ordenador diciéndole dónde estoy y que regresaré en seguida.

En cuanto entramos en el archivo, mientras cierro la puerta, Lauren da un elegante salto y se sienta encima de uno de los archivadores, se inclina cual artista de circo y abre la diminuta ventana.

—Tienes que enseñarme a hacer eso llevando unos tacones así.

—Practica —contesta sin darle importancia.

Sonrío y abro un cajón cualquiera de uno de los archivadores.

—¿Qué haces? —pregunta extrañada.

—Lo dejo abierto para fingir que busco algo, por si entra alguien.

En ese momento oímos unos pasos que se acercan al archivo. Lauren tira el cigarrillo por la ventana y yo finjo revisar los papales del archivador. Mi amiga se baja de un salto y se coloca a mi lado.

Finalmente la puerta se abre y me sorprendo al ver al señor Riley. Está guapísimo y, la verdad,

eso debería dejar de asombrarme, siempre lo está.

—Buenos días.

—Buenos días —respondemos casi al unísono.

—Vuelvo al trabajo, Maddie. Suerte encontrando esos archivos —comenta Lauren encaminándose hacia la puerta.

No te vayas, le suplico mentalmente. No quiero quedarme a solas con Ryan Riley en el cuarto más pequeño de toda la planta.

—Por cierto —dice con una media sonrisa en los labios justo antes de salir—, señor Riley, ¿sabe que hoy es el cumpleaños de Maddie?

La asesino con la mirada mientras se marcha encantadísima, cerrando la puerta tras ella.

—¿De verdad es tu cumpleaños? —pregunta.

Asiento nerviosa con la mirada clavada en el mueble que hay tras él. No quiero mirarle a los ojos. No quiero mirarle en general.

Me siento tímida cuando noto cómo la electricidad entre nosotros se hace más latente. Además, el hecho de que sus increíbles ojos azules sigan posados en mí claramente no ayuda.

—¿Cuántos cumple? —me pregunta con una sonrisa, cruzándose de brazos y apoyándose en los archivadores a su espalda.

—Veinticuatro.

—Es realmente pequeña, señorita Parker. —Su comentario me arranca una sonrisa—. Y tienes una sonrisa preciosa. No sé por qué me sorprende cada vez que la veo.

Ese comentario me ruboriza, pero por algún motivo también me hace alzar la mirada y dejar que sus ojos seduzcan los míos. Es realmente el hombre más guapo que he visto en mi vida y que mi sonrisa le parezca preciosa me llena por dentro.

—Debería volver al trabajo —musito.

No quiero marcharme, pero prefiero ser yo quien lo diga, así, cuando me pase las próximas ocho horas martirizándome, tendré un clavo al que agarrarme.

Él sonrío y asiente.

Paso junto a Ryan para intentar llegar a la puerta. Procuero alejarme lo máximo posible para hacerlo, pero la diminuta habitación tiene las dimensiones que tiene y el cajón que he dejado abierto no ayuda mucho. Así que, sin quererlo, acabo a escasos centímetros de ese torso perfecto que no podría olvidar aunque quisiera. Me pongo tan nerviosa que estoy a punto de caerme. Él, que no se ha movido ni un ápice, observándome divertido se inclina sobre mí. Mi corazón martillea desbocado bajo mis costillas y mi respiración está descontrolada. ¿Podría tener los ojos más azules? Ya no soy capaz de concentrarme en nada que no sea eso, bueno sí, en esa sensual media sonrisa que ahora tengo a escasos centímetros de mis labios. Ryan estira el brazo y creo que va a tocarme pero, en lugar de eso, empuja el cajón del archivador para cerrarlo, dejándome el camino libre.

—Feliz cumpleaños, Maddie —susurra sensual justo antes de incorporarse, y su sonrisa se hace más amplia al ver que me ha dejado al borde del desmayo.

—Gracias —musito—. Voy a mi mesa —concluyo nerviosa, señalando torpemente la puerta.

Me marchó pensando que caerme de bruces contra el suelo sería lo único que me faltaría.

En mi mesa me entiero prudentemente en una montaña de trabajo. ¿Quién sabe cómo acabaría si me encuentro otra vez con Ryan Riley?

Como con Lauren en Marchisio's, donde por supuesto también le cuenta a Lou, el encargado, que es mi cumpleaños. Lo bueno es que gano una magdalena de fresa y nata como regalo de la casa.

De vuelta a la oficina, Lauren se despide apresuradamente después de echarle un vistazo al móvil. Su jefe, el señor Miller, debe haberla puesto en busca y captura.

Mientras estoy ordenando las cartas al director de este número, oigo la increíble voz del cantante de OneRepublic salir del despacho de Bentley. Suena *Counting Stars*.

—¿Y eso, jefe? —pregunto divertida desde mi mesa.

Bentley hace deslizar su silla hasta quedar bajo el umbral de la puerta que comunica ambas oficinas.

—Un pajarito me ha dicho que es tu cumpleaños y quería animar un poco la oficina para la ocasión.

—Gran elección musical, he de decir. —Me encanta esta canción.

—Feliz cumpleaños —me felicita con una sonrisa.

—Gracias —respondo imitando su gesto.

Canto bajito mientras coloco cada carpeta en su correspondiente hueco en la estantería roja. Oigo pasos tras de mí.

—Buenos días, Maddie —Es la grave voz de Spencer. Si no hubiese sido alto ejecutivo, podría haber sido leñador. Desde luego le sobra torrente para gritar eso de «árbol va».

—Buenos días, Spencer.

Cuando me giro, veo que no está solo. El otro Riley, el que me hace soñar con yates y Bar Refaeli, lo acompaña.

—Señorita Parker —me saluda.

—Señor Riley.

Nuestras miradas se cruzan apenas un segundo y todo mi cuerpo se enciende. Como siempre que no estamos solos, su expresión es imperturbable. Me cuesta creer que sea el mismo hombre que a primera hora de la mañana pronunciaba la felicitación de cumpleaños más sensual que me han dedicado jamás.

Los dos entran en el despacho de Bentley y yo vuelvo a mis quehaceres intentando no concentrarme en la idea de que Ryan Riley está a escasos metros de mí.

Llevan aproximadamente una hora charlando sobre un tal Julian Dimes. Por primera vez veo a Ryan algo más relajado; charla animadamente y hace bromas. Cuando lo oigo reír, creo que estoy a punto de caerme de la silla. Es el sonido más bonito que he escuchado nunca. Una risa franca y sincera. También por primera vez se me antoja un chico de su edad, sin preocupaciones. Y entonces caigo en la cuenta de lo duro que tiene que ser cargar con la responsabilidad de una empresa de la

que dependen cuarenta y cinco mil personas.

Spencer se levanta, hace un último comentario que provoca que Bentley y Ryan lo vitoreen y sale del despacho.

—Hasta luego, Maddie —se despide al pasar junto a mi mesa.

—Hasta luego, Spencer.

Sigo a Spencer con la mirada hasta que sale del despacho y de reojo me parece ver una nube de colores atravesar la redacción. Me acerco a la puerta y me ruborizo por adelantado, como si mis mejillas ya supieran exactamente lo que me espera. Álex, James y Lauren, con una docena de globos de helio gigantes y una gran caja con un lazo aún más grande de color rojo, se acercan a mi oficina. ¡Qué vergüenza! Aunque no puedo negar que estoy más que encantada.

Justo después de atravesar la puerta me dedican un sonoro «¡Feliz cumpleaños!» Los gritos hacen salir de su despacho a Bentley y a Ryan, supongo que preguntándose qué huracán acaba de arrasarse la oficina.

—¡Ábrelo! —grita Álex indicándole a James que deje el enorme regalo en mi mesa.

Nerviosa, me acerco a la caja. ¿Qué demonios es? Es gigantesca. Lauren y Álex parecen todavía más emocionadas que yo. Quito el lazo, levanto la tapa y sonrío totalmente sorprendida al ver una pequeña cabecita peluda asomar por encima de la caja. ¡Me han regalado un perro! Un precioso cachorrito de labrador de pelo claro y del que acabo de enamorarme.

—¡Es un perro! —exclamo feliz.

—Qué observadora —bromea James.

—Muchas gracias, chicos —digo cogiéndolo en brazos.

Es suave como un peluche recién sacado de la secadora. Impulsivamente me giro hacia Ryan para enseñárselo, pero casi al mismo tiempo me doy cuenta de que hay otras cuatro personas en esta habitación y rápidamente cambio mi gesto hacia Bentley, que está a su lado. En cualquier caso, los dos sonrían. Me gusta esa sonrisa.

—¿Cómo vas a llamarlo? —pregunta Álex.

—No lo sé —contesto sin poder despegar la mirada de esta bolita peluda.

—Un perro necesita un nombre con carácter como *Thunder* —apunta James.

—Es un perro, no un superhéroe de la Marvel. —Lauren lo acaricia y se inclina sobre él para darle un beso en la cabecita—. Le pega un nombre adorable, porque es adorable —continúa con una voz de lo más infantil—, como *Calcetines*.

—Eres una cursi —protesta James.

Yo sonrío y comienzo a pensar cómo llamarlo.

—Y aún falta lo mejor —anuncia Álex.

—¿Lo mejor? —pregunto intrigada.

—Tu fiesta de cumpleaños. Esta noche.

—¿Esta noche? Es jueves. Mañana tengo, tenemos —rectifico mirando a James con una sonrisa que me devuelve— que trabajar.

—Sí, tienes una fiesta el jueves; la mejor manera de asegurarte un salvoconducto —dice Lauren deliberadamente alto— es ésta.

Se acerca a Bentley y Ryan y le dedica su sonrisa de anuncio. Yo, conociéndola, ya me temo lo peor.

—¿Os apuntáis a la fiesta? Esta noche a las diez.

Ambos sonrían y yo no sé qué hacer. De pronto el hecho de compartir mi fiesta de cumpleaños con Ryan Riley me aterriza y me encanta a partes iguales. Siendo sincera, estoy más encantada que aterrada.

—Si el jefe llega tarde y borracho, que la empleada llegue tarde y borracha se nota menos —aclara Lauren.

—Me encantaría —responde Bentley.

—¿Ves? Todo arreglado —sentencia Lauren.

—Pues a las diez en The Vitamin. Feliz cumpleaños, Parker —se despide James ya saliendo de mi oficina.

—Gracias, Hannigan. Adiós chicos.

Los Hannigan salen de la oficina. Lauren y yo, hipnotizadas por el cachorrito, seguimos acariciándolo.

—Señoritas, deberían volver al trabajo. —La inconfundible voz de Ryan Riley llena el ambiente. Tosco pero más amable de lo que suele ser el señor irascible—. Y, señorita Parker, por favor, asegúrese de que ese chucho no se pasa el día correteando por aquí.

Podría haber sido peor.

Lauren asiente y, tras dedicarme una última sonrisa, sale de la oficina. Disimuladamente, aunque no lo suficiente, Bentley la sigue.

El señor Riley se acerca hacia mí y acaricia al perro una sola vez.

—Debería llamarse *Lucky*. Va a ser afortunado de pasar todos los días contigo.

Sonrío como una idiota. ¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho? El señor Riley me sonrío una vez más y se dispone a salir de la oficina.

—¿Vendrás a la fiesta?

—¿Quieres que vaya?

—Sí —contesto sin dudar.

Vuelve a sonreírme pero esta vez es su media sonrisa, algo dura y muy muy sexi, y se marcha sin darme una contestación. Podría seguirlo y preguntarle, pero no sé si después de que me haya sonreído de esa manera mis piernas responderían.

El resto del día me lo paso flotando. Miro a mi cachorrito dormir plácidamente en su caja junto a mi mesa y sonrío como una tonta. Pienso en que quizá pueda compartir la noche con Ryan Riley y mi sonrisa se ensancha hasta límites insospechados. Sé que es de lo más imprudente hacerse este tipo de ilusiones, pero es mi cumpleaños y me merezco un respiro.

Mi padre me llama a las cinco en punto para felicitar me. Charlamos un rato. Se esfuerza en

sonar animado y yo decido crearme que lo está. A veces él también necesita un poco de cuerda.

De vuelta al apartamento, paro en la tienda de mascotas de la 12 Oeste y compro una camita, un tazón para la comida, otro para el agua y pienso para cachorros lleno de vitaminas. También le compro un hueso de mentira y una caja de galletitas. Lo sé, hace menos de un día que lo tengo y sólo pienso en mimarlo.

Nada más entrar en mi apartamento, Álex llama a mi puerta. Ponemos algo de música, *Get Lucky*, de Daft Punk y Pharrell Williams, para ser más exactos, y comenzamos a arreglarnos. Mientras me ducho, prepara dos Martini Royale y con uno de ellos en la mano elijo qué ponerme para la fiesta: un vestido por encima de las rodillas, rojo de gasa, que se sujeta al cuello donde queda rematado con un labrado de media luna con cuentas negras. No enseña nada pero la manera en la que la gasa cae es de lo más sugerente. Añado unas sandalias negras de vértigo y un pequeño *clutch vintage*, una adquisición del mercadillo de Brooklyn de la que me siento muy orgullosa.

Me recojo el pelo en un moño griego fingidamente casual, dejando que algunos mechones caigan desinteresadamente y me maquillo de manera muy *nude*, nada estridente, pero, como el pintalabios rojo *pin-up*, aquel de la entrevista de Harry Mills, me tienta, lo hecho en el bolso, por si acaso.

A las ocho menos veinte estamos saliendo del apartamento. James y Lauren nos esperan allí. Una carrera de taxi después estamos en las puertas de The Vitamin dispuestas a vivir una gran noche.

El local ha quedado genial. Como me repito cada vez que me veo en una situación como ésta, es una suerte ser amiga del señor James Hannigan. Siempre conoce a la persona adecuada en el lugar adecuado para crear unas fiestas alucinantes. Ha elegido The Vitamin porque es nuestro bar favorito, el de James, el de Álex, el de Lauren y el mío, desde el primer día de universidad. Si fuera el cumpleaños de cualquier otro, estaríamos en el club de moda, pero para nosotros éste es nuestro sitio.

Al fondo de la barra divisamos a James, quien corre al verme, me coge en brazos y comienza a dar vueltas.

—Feliz cumpleaños, Parker.

Yo río mientras giramos.

—Muchas gracias, Hannigan.

Finalmente me baja y me suelta sin advertir que mis piernas se tambalean un poco. Estoy algo mareada por el efusivo recibimiento.

—¿Qué te parece? —inquire mirando a su alrededor.

La verdad es que todo está fantástico. Han decorado el local con multitud de farolillos chinos de colores y han bajado las luces principales. Suena buena música, The Killers si no me equivoco. Y hay una enorme pancarta felicitándome el cumpleaños en la pared del fondo.

—Me encanta. Muchas gracias, Hannigan.

Sin que pueda terminar la frase, oigo un «¡Uau!» venir desde la puerta. Lo exclama Lauren justo antes de correr hacia nosotros.

—El local ha quedado fantástico. Se me había olvidado la mano que tenías organizando fiestas en antros.

Las palabras de Lauren están dedicadas a un orgulloso James.

—Y a mí se me había olvidado lo que me pone que uses palabras como antro, señora Sandford.

—Para ti siempre seré la señorita Stevens —le responde fingidamente lasciva.

—No me tientes —responde él de igual modo.

—Por favor —intervienen Álex—, ahora somos gente respetable.

Todos asentimos sus palabras y los cuatro nos echamos a reír. James mira entonces al camarero y le hace un sutil gesto. Al momento hay cuatro Martini Royale sobre la enorme barra de madera envejecida. Hannigan nos pasa las copas y toma una para él. La alza y todas lo miramos expectantes.

—Por su vigésimo cuarto cumpleaños. Ha estado un poco triste últimamente.

Lo miro un instante justo antes de clavar mi vista en el suelo. Me ruboriza que saque este tema.

—Pero —continúa agachándose ligeramente para buscar mi mirada con la suya. Al conseguirlo, sonrío y alzo la cabeza— con esta fiesta como comienzo va a volver a ser la chica más alegre del mundo. Por Maddie Parker.

—¡Por James Hannigan! —contestamos las tres al unísono.

Sonreímos, brindamos y bebemos.

La noche avanza. Los chicos han conseguido que vengan prácticamente todos mis amigos de la ciudad y alrededores. James le ha indicado a un camarero llamado Anthony que, como soy la chica del cumpleaños, mi copa nunca puede estar vacía y está siendo muy riguroso en el cumplimiento de su misión.

Álex, Lauren y yo estamos en el centro del local riendo, bailando y cantando a pleno pulmón el *I don't care, I love it* de Icona Pop cuando veo a Bentley entrar por la puerta y tras él a un espectacular Ryan Riley. Decir que está guapo con ese traje de corte italiano negro, la camisa negra sin corbata y los primeros botones desabrochados sería quedarme demasiado corta. Está arrebatador. Su pelo castaño claro casi rubio peinado de esa manera tan casual y a la vez tan perfecta resalta sus preciosos ojos azules. Es la pura atracción personificada.

Nuestras miradas se encuentran en la distancia y, a pesar de las decenas de personas que nos separan y de la música atronadora, puedo sentir sus ojos sobre los míos. Enciende mi cuerpo como si conociese un interruptor mágico que pulsa a su antojo. Ahora mismo le deseo sin medida.

—Creí que llamar a alguien doctor macizo era un mito de la televisión, pero ahora mismo concedería ese título a Ryan Riley sin dudarlo y eso que él ni siquiera es médico.

El comentario de Lauren me hace sonreír y, ruborizada por la sonrisa que él me devuelve, aparto la mirada un segundo. Absolutamente seducida, le doy un sorbo a mi copa e intento tranquilizarme.

La canción sigue sonando. Decido hacerme la interesante y continúo cantando y bailando con las chicas. Miro de reojo por encima de mi hombro en su dirección y sonrío cuando compruebo que está observándome con los ojos oscurecidos, llenos de deseo, y una sonrisa sexy y divertida en los labios. El saber que me presta toda esa atención me hace sentir deseada y a la vez incrementa mi anhelo por él y lo concentra en mi vientre.

Sin embargo, menos de un par de minutos después la sonrisa más idiota que he visto jamás

dibujada en los labios de Lauren delata que Bentley está aquí. Me giro y efectivamente está tras de mí y a su espalda mi guapísimo oscuro objeto de deseo.

—Feliz cumpleaños —me dice Bentley sonriente y me da un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Esto es para ti.

Me entrega un paquetito perfectamente envuelto. Lo abro nerviosa y rompiendo el papel como marcan las tradiciones. ¡Es una caja colección de cedés de Franz Ferdinand! Me encanta.

—Muchas gracias. Es genial.

Bentley se acerca a la barra con Lauren; Álex y James vuelven a bailar. Parecen aliados involuntariamente para dejarnos a solas a Ryan y a mí.

—Feliz cumpleaños.

Se inclina sobre mí y me besa en la mejilla, prácticamente en la comisura de los labios, y lo prolonga apenas un segundo más de lo necesario. Algo imperceptible para cualquiera que nos observe, pero demoledor para mí. Noto cómo mi corazón se acelera y vuelven a temblarme las rodillas. ¿Cómo puede afectarme así?

—Yo también tengo un regalo para ti —susurra justo antes de separarse de mí.

Lauren vuelve a acercarse y el rostro de Ryan ya es de pura normalidad. Nunca dejará de asombrarme esa capacidad para no dar ni una sola pista de cómo se siente.

Aprovechando el bullicio que genera la llegada de una nueva ronda, me hace un minimalista gesto con la cabeza señalando la calle y yo asiento discreta.

—Si me perdonáis —se disculpa—, tengo que hacer una llamada.

Ryan sale del bar y yo espero un par de minutos por aquello del disimulo, pero lo cierto es que habría salido corriendo tras él.

Necesitas una excusa, me recuerda mi autocontrol, últimamente en paradero desconocido, así que me acerco a la barra, recupero mi bolso y saco mi iPhone.

—Chicos, mi padre me está llamando.

Todos asienten y yo me escabullo feliz hacia la salida.

Dos portales calle arriba, apoyado en el escaparate de un bazar chino, me espera Ryan y me espera a mí, me digo encantadísima. Tiene las manos en los bolsillos y la vista perdida en los coches que suben la 42. Podría pasarme mirándolo toda la noche, toda la vida.

Cuando me ve, sonrío. Creo que es un efecto reflejo a la sonrisa que se dibuja en mi cara de oreja a oreja.

—Estás preciosa —dice separándose de la pared y dando un paso en mi dirección.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Un halago, señorita Parker? —pregunta divertido.

—Puede ser —contesto sin dejar de sonreír—. Estás tan encantador que te mereces un cumplido.

—Es tu cumpleaños. Pensé que podría saltarme las normas.

—¿Las normas? —inquiero confusa.

Él ignora mi pregunta, saca un paquete del bolsillo interno de su chaqueta y me lo tiende. La sonrisa vuelve a mis labios y automáticamente olvido la pregunta que no ha querido contestarme.

Cojo la caja rectangular y plana y me doy cuenta de lo nerviosísima que estoy, más que con ningún otro regalo que me hayan hecho en mi vida. Él me observa contagiado de mi emoción, que se vuelve casi infinita cuando, tras el papel, descubro que se esconde un estuche rojo con la palabra Cartier en dorado grabado sobre él. Sonríó a punto de la risa nerviosa y abro el estuche. Es una pulsera de pequeñas orquídeas de oro blanco y diamantes. La pulsera más bonita que he visto nunca. Debe haberle costado una pequeña fortuna.

—¿Te gusta?

—Me encanta —me apresuro a contestar—, pero no puedo aceptarla.

—¿Qué? —pregunta sin ocultar que su tono de voz se endurece y sorprende a partes iguales—. ¿Por qué?

—Porque debe haberte costado muchísimo dinero.

—¿Y qué?

—Pues que no puedo aceptarlo —sentencio cerrando el estuche de un golpe entre mis manos y tendiéndoselo.

Va a decir algo, pero yo me adelanto.

—Ya sé que vas a decirme que tienes mucho dinero y que para ti no es nada, pero ésa no es la cuestión.

—¿Entonces todos pueden hacerte regalos menos yo?

Está empezando a enfadarse.

—Esto no es un cedé o un libro. Es una pulsera de diamantes.

—Quiero regalarte una pulsera. ¿Cuál es el problema?

—¿Quieres regalarme una pulsera? —pregunto perdiendo mi vista en el bazar a su espalda.

—Sí —contesta algo confuso.

Sin explicarle nada, le tomo de la mano y lo llevo hasta el interior del bazar. Suspiro internamente porque me haya permitido el impulsivo contacto. No quiero soltarlo, pero ahora mismo soy una mujer con una misión.

Me acerco al mostrador y saludo con una sonrisa al dependiente, un asiático de mediana edad y el pelo frondoso color azabache.

—¿Podría enseñarnos esas pulseras de ahí? —pregunto señalando en la vitrina que hace de mostrador un tubo de fieltro negro sobre el que hay al menos una decena de pulseras.

—¡Por el amor de Dios! —refunfuña Ryan.

El dependiente pone las pulseras sobre el mostrador y yo las observo con detenimiento.

—¿Cuál te gusta? —le pregunto a Ryan.

—La que ya te he comprado —responde terco.

—Nos llevaremos ésta —digo indicando una bonita pulsera plateada con florecitas también plateadas.

—Maddie, sólo vale seis dólares —se queja mientras el dependiente la saca del tubo.

—Si tienes problemas para pagarla, puedo hablar con Lauren para que el departamento de Contabilidad te dé un adelanto —comento socarrona.

Él me dedica una sonrisa entremezclada con un mohín y le paga al dependiente con un billete de diez.

—¿Llevas billetes tan pequeños en la cartera?

—Muy graciosa.

—¿Me la pones? —inquiero mirándolo directamente a los ojos sin que la sonrisa me abandone.

Él asiente con otra. Coge la pulsera con una mano y me sostiene la mía con la otra. Cuando termina, deja su pulgar perezoso en el interior de mi muñeca y suavemente lo desliza hasta que también queda bajo la pulsera.

—Cualquier persona diría que estás loca por rechazar una pulsera de treinta mil dólares —susurra sin separar sus ojos de los míos.

—Para mí la pulsera que tengo ahora mismo vale un millón.

Bajo mi vista hacia su mano entrelazada con la mía y su pulgar estirado sobre mi muñeca. Noto que él también lo hace y sonrío.

—Ojalá te hubiera conocido hace seis años.

Sonrío con ternura. Sus palabras suenan dulces pero también algo desesperadas. Sin embargo, cuando me tomo un segundo para analizarlas, mi sonrisa se apaga. Me doy cuenta de que quiere decir mucho más, aunque no comprendo el qué. De pronto sus ojos parecen tristes y a la vez llenos de rabia.

—¿A qué te refieres? —pregunto en un murmullo.

Pero no contesta. Cierra los ojos un instante, sacude la cabeza y, cuando vuelve a abrirlos, su determinación de director ejecutivo ha vuelto y sé que las murallas se han levantado de nuevo. No responderá a mi pregunta.

—Será mejor que volvamos a la fiesta. Eres la chica del cumpleaños.

Salimos de la tienda y volvemos a The Vitamin. Camino hacia los chicos, que continúan en el mismo sitio de la barra, pero antes de llegar hasta ellos me doy cuenta de que Ryan ya no me sigue. Imagino que no querría que nos vieran entrar juntos.

A unos pasos de la barra noto cómo unas manos me toman por la cintura y me levantan haciéndome girar.

—Feliz cumpleaños, Maddie.

Es Sean, extrañamente expresivo. Supongo que James lo habrá convencido para tomar un par de cócteles mientras he estado fuera.

—Gracias.

Vuelve a dejarme en el suelo y yo me tambaleo. Vaya con los chicos Hannigan y su manía de levantarme en volandas.

—Tengo un regalo para ti.

Sonrío y Sean me entrega un paquete. Lo desenvuelvo nerviosa y sonrío perpleja ante lo que tengo entre mis manos. Es un libro de estilo del *New York Times*. ¡Una primera edición!

—Sean, esto es alucinante. —Estoy sorprendidísima—. Muchas gracias —digo abrazándolo de nuevo.

Bentley, James y Álex se acercan para contemplar mi espectacular regalo. Una joya para cualquiera que sepa algo de periodismo.

—¿Dónde lo has conseguido? —pregunto sin poder creerlo del todo.

—El padre de un paciente. No quiero aburrirte con los detalles.

En su voz se nota un deje de orgullo y satisfacción.

Después de mirarlo y remirarlo, se lo dejo a James, a quien sólo le falta aullar cuando lo tiene entre las manos.

—Voy al baño —me excuso con Lauren, que es la única que me está haciendo caso a mí en vez de al libro.

Camino de los aseos miro mi pulsera tintinear en mi muñeca. El libro de estilo ha sido un regalo alucinante, pero nada es comparable con esta pulsera.

Sonrío al oír los primeros acordes de *I need your love*, de Calvin Harris y Ellie Goulding. Esta vez me siento completamente diferente a cuando la escuche aquella mañana en mi apartamento, pero aún así sigo pensando que sólo el título ya me describe de maravilla.

El baño está vacío. Creo que es la primera vez que veo algo así un jueves por la noche en The Vitamin o en cualquier pub. Me acerco al espejo y observo mi aspecto. Me encanta este vestido. En el momento en el que me estoy girando para ver cómo me queda por detrás, la puerta se abre.

Nunca me había sentido tan viva sólo con ver a alguien. Ryan cierra la puerta tras de sí, echa el cerrojo y, con paso lento y cadencioso, camina hasta el centro del baño. Nos miramos a los ojos. Mi respiración se entrecorta. Una electricidad atronadora inunda toda la estancia y sin dejarnos otra opción tira de nosotros. Ryan cubre la distancia que nos separa y me besa tomando mi cara entre sus manos. Adoro cuando hace eso. Sentirlo salvaje casi desesperado me hace pensar que su deseo por mí lo arrasa todo dentro de él.

Lleva sus manos a mis costados y las desliza hasta llegar a mis caderas. Continuamos besándonos con una intensidad desmedida. Me hace caminar sin despegarse un ápice de mí y, cuando estamos junto al lavabo, me obliga a girarme.

Gimo cuando me mueve bruscamente.

A través del espejo lo contemplo sensual a mi espalda, mordiéndome el cuello, la nuca, dejando que sus manos alcancen el bajo de mi vestido y lo remanguen para descubrir mi piel. Verle hacerme todo lo que me está haciendo es abrumador, pero por nada del mundo dejaría de mirarlo. Me siento una *voyeur* de mí misma. Una observadora llena de una pasión desatada.

—Inclínate —me ordena en un susurro.

Obedezco y pongo las palmas de las manos sobre el mármol del lavabo.

Ryan se deja caer sobre mí y suspira bruscamente cuando sus intrépidas manos llegan hasta mis bragas. Disfruta del encaje entre sus dedos unos segundos antes de agacharse lentamente y deslizarlas por mis piernas hasta quitármelas.

Pone su mano en mi tobillo y cuando se levanta, recorre toda mi pierna hasta colocarla de nuevo en mi cadera.

Mi respiración ya es sólo jadeos entrecortados y solapados.

Ágil, se desabrocha los pantalones y entra en mí con un solo movimiento brusco y delicioso a la vez.

Gimo con fuerza.

Comienza a moverse rápido, despiadado, y yo tengo que recordarme dónde estamos para no gritar enloquecida de placer.

Sigo observándonos en el espejo. Es adictivo ver sus labios entreabiertos y el placer en sus ojos cada vez que entra en mí.

Sin dejar de moverse, coloca sus dedos en mi nuca y lentamente los baja por mi columna vertebral, despertando cada terminación nerviosa de mi cuerpo y arqueando mi espalda rendida a él y a su torturadora caricia.

—Ryan —susurro.

Me agarro con tanta fuerza al mármol que comienzan a dolerme los dedos, pero no me importa.

Clava sus manos en mis caderas y se hunde aún con más fuerza, aunque de una manera deliberadamente lenta.

Vuelvo a gemir y me muerdo el labio hasta casi sangrar. Necesito gritar.

Me embiste una y otra vez, salvaje.

Me inclino aún más sobre el lavabo y Ryan lo hace sobre mí. Coloco una de mis manos sobre la suya en una súplica de que por nada del mundo se detenga. Me está llenando de placer y soy una completa adicta, aunque muy en el fondo sepa que no es bueno para mí.

Él clava sus ojos azules en los míos a través del espejo y sé que ha entendido perfectamente todo lo que he querido decirle.

Aprieta la mandíbula, buscando el ansiado autocontrol y ralentiza el ritmo. Desliza una de sus manos por mi cintura y llega hasta mi sexo. Sus dedos acarician mi clítoris suavemente y se pierden en mi parte más suave. Cuando nota que me estremezco contra su mano, cambia el ritmo por completo y me atraviesa con una brutal embestida rebosante de placer.

Aprieto aún más los dientes contra la carnosa piel de mi labio inferior.

Quiero seguir mirándonos, pero no soy capaz de mantener los ojos abiertos. Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su hombro.

Sube su mano libre por mi espalda y la enreda en mi pelo. Tira con fuerza y toma mi boca con la suya. Su cálido aliento era lo último que necesitaba y, gimiendo contra sus labios, dejo que mi cuerpo sobreestimulado, soliviantado de placer, se libere y se sumerja en un clímax intenso y

húmedo, sugerente y temerario, un orgasmo delicioso.

Ryan se detiene y sale de mí. Sus ojos abrasadores se cruzan con los míos en el espejo mientras gira mi lánguido cuerpo sumido en la dicha postorgásmica y me sienta sobre el frío mármol del lavabo. Entonces enfoco mi nueva posición y encuentro su maravillosa mirada frente a mí.

Se acerca hasta colocarse entre mis piernas y me besa otra vez tan primario que querría que estuviésemos así horas, saboreándonos.

Pierdo las manos en su pelo y él coloca las suyas en mi trasero, atrayéndome contra su cuerpo, contra su erección descomunal y maravillosa.

Ahogo un gemido en una sonrisa cuando noto la punta de su duro miembro chocar contra mi sexo. Estoy aún más excitada que cuando lo vi atravesar la puerta del baño y todo con un solo beso. A veces pienso que podría seducirme de la manera que deseara.

Coloco mi mano entre los dos y lo hago entrar.

Suspiro, gimo, casi grito.

Ryan gruñe contra mis labios y yo no creo que exista un sonido mejor. Sin dejar de besarnos, empieza a moverse de nuevo, aún más duro que antes. Dominante, sexy y sensual. Su boca se llena de mis gemidos y sus manos vuelven a mi posición preferida, a mis caderas.

—Eres mía —murmura contra mis labios.

Asiento débilmente embargada de placer, pero él se detiene, lo que me hace abrir los ojos de golpe. Los suyos azules están muy cerca, aguardándome. Los siento llenos de deseo y de rabia a partes iguales.

—Tú eres mía, Maddie —repite recalando cada palabra.

—Soy tuya.

Las palabras salen de mis labios y soy plenamente consciente de cada sílaba que pronuncio. Nunca he estado tan segura de nada en toda mi vida.

Sus ojos me abrasan, me envuelven, y lentamente, sin que nuestras miradas se separen un solo instante, se mueve de nuevo. Yo levanto mis piernas enroscándolas por encima de sus caderas, acercándolo aún más a mí y al mismo tiempo haciéndolo entrar más profundo.

Coloca sus manos sobre las mías, que están apoyadas en el mármol, y entrelaza nuestros dedos.

Aumenta su brusquedad, su fuerza.

Gimo de nuevo. Gimo otra vez largo y profundo y en mi mente grito desbocada.

Ya no puedo más. Mi cuerpo incendiado por dentro salta al vacío y explota en un espectacular orgasmo. Me agarro a las solapas de su traje y tiro con fuerza, disfrutando de la sensación de cada uno de mis músculos sacudiéndose contra él.

Su polla se hincha aún más dentro de mí y palpita con intensidad.

Sube su mano hasta mi nuca y posa su frente contra la mía. Entra y sale de mí y sus jadeos se solapan. Me acaricia el labio inferior con el pulgar y se lleva un pequeño rastro de sangre de él. Yo no dejo que retire su dedo y lo atrapo, chupándolo con fuerza. Ryan gruñe, tensa la mandíbula, está a punto de estallar. Aprieto mis muslos contra su cintura y él hace su última embestida larga y

profunda.

—Maddie —susurra.

Su cuerpo se tensa y, con un prolongado gemido que escapa del fondo de su garganta, se pierde en mí.

Nos quedamos así unos minutos, con nuestros alientos entremezclándose en los labios del otro hasta que nuestras respiraciones van tranquilizándose. Él se separa lentamente. Retira su mano de mi mejilla con suavidad, sin apartar los ojos de mí. Antes de alejarse unos pasos, me ayuda a bajar del mármol tomándome otra vez por las caderas.

—Tengo que marcharme.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí. No puedo creerme que vaya a hacerlo otra vez. No después de ese «no quiero que dejes de intentarlo», no después de todo lo que ha pasado hoy, de querer regalarme una pulsera de treinta mil dólares, de decirme que soy suya.

—¿De verdad vas a irte? —Mi voz suena decepcionada.

—Tengo que hacerlo, Maddie.

La decepción pero también la desesperación y la furia invaden mi conmocionada mente.

—Por supuesto —contesto agachándome para recoger mi ropa interior—. Ya me has echado un polvo, ¿qué sentido tiene quedarse? —Sueno tan enfadada y herida como me siento—. Soy una imbécil.

Me subo las bragas de encaje negro de La Perla y me coloco bien el vestido mirándome en el espejo, esforzándome por ignorarlo.

—Maddie.

Intenta cogermelo del brazo, pero yo me aparto antes. Automáticamente sus ojos azules se llenan de esa expresión de desahucio, de despojo y de toda esa rabia.

—No se te ocurra tocarme.

Mi voz se entrecorta y nuestras miradas se recrudecen. Aunque no quiera, la mía también está llena de dolor.

—Esta vez voy a ponerte las cosas más fáciles. Me marcho yo.

Él no dice nada y yo sé que ahora debo ser fuerte. No se merece una sola lágrima.

Camino hasta la puerta y abro.

—Que soy tuya lo sé hace mucho tiempo pero, ¿sabes qué?, no he odiado nada tanto en toda mi vida.

Sin dudarlo y sin dejar de mirarlo, me arranco la pulsera y la tiro contra el suelo del baño. Resuena contra las losas y se rompe en pedazos. Ryan no dice nada, se limita a mantener sus ojos azules sobre los míos y ya no puedo más. Salgo del baño y cierro con un sonoro portazo.

Me paro a unos pasos de la puerta recuperando los sonidos del mundo a mi alrededor. Necesito tomar aire, pensar.

Atravieso el pasillo y me acerco a los chicos, que continúan bailando y bebiendo. Tardo en volver a sentir la música, las risas. El dolor y la rabia lo ahogan todo.

Lauren me mira y me sonrío. Le devuelvo la sonrisa, pero no me llega a los ojos y ella no necesita más para saber que algo me pasa. De todas formas, la confirmación se la da Ryan Riley saliendo del mismo pasillo que yo, atravesando el bar y marchándose sin ni siquiera mirar atrás.

Mi amiga me cede su copa.

—Mañana lo verás todo más claro —susurra.

—¿O no? —replico dándole un trago a su Martini Royale.

Ambas sonreímos débilmente. Lady Gaga comienza a cantar *Marry the night*.

—Soy una imbécil, ¿verdad? —pregunto dejando que la sensación de estar superada por todo lo ocurrido me gane la batalla.

—Todo el mundo es un poco imbécil cuando está enamorado.

Es la afirmación más horrible que podía esperar, aunque la verdad es que no podría ser más cierta. Supongo que me había estado negando la posibilidad siquiera de plantearme todo lo que siento por él, pero ahora me doy cuenta de que es ridículamente obvio. Estoy enamorada de él, total y absolutamente enamorada.

«Feliz cumpleaños, Maddie. Firmado: Tu subconsciente.»

Me termino la copa de un trago y miro a Anthony, que rápidamente nos sirve otras dos.

—Quiero bailar, beber y olvidarme de todo. Lo necesito —le pido.

—No podría estar más de acuerdo —responde Lauren.

Me despierta un sonido repetitivo e incombustible. Cojo el despertador e intento apagarlo, pero no es lo que suena. El sonido cesa y yo vuelvo a hundir la cabeza en mi almohada. Apenas un minuto después, vuelve a comenzar. Es chirriante. Rítmico. Es mi móvil.

Me levanto y hasta que no estoy de pie no comprendo a qué velocidad la cabeza, y por lo tanto todo a mí alrededor, me da vueltas. ¿Cuánto bebí anoche? ¿A qué hora regresé a casa? Todo a partir de mi conversación con Lauren es una nebulosa sumergida en un gigantesco Martini Royale. El que dijo que los cócteles no emborrachan no había probado a beber los suficientes.

Llego como puedo hasta el salón y busco mi bolso. Cuando lo tengo entre mis manos, el sonido se hace más intenso y molesto. Al fin saco el iPhone y miro la pantalla. Es mi hermana Leah.

—Hermanita —pronuncio con la voz ronca por el sueño y la descomunal resaca.

—Al fin lo coges, Maddie. Llevo llamándote una eternidad.

Doy un bostezo casi interminable y me dejo caer en el sofá.

—Ayer estuve de fiesta. Ya sabes, celebrando mi cumpleaños. —En realidad no lo sabe, por eso se lo recuerdo.

—Lo siento —murmura con su mejor voz de pena—. ¡Felicidades! —grita cambiando por completo el tono.

—No te preocupes.

Sonrío y el gesto hace que cada centímetro de mi cabeza se resienta.

—¿Lo pasaste bien?

—Mucho.

—¿Y qué te regalaron?

—De todo.

Al pronunciar esas dos palabras, no puedo evitar tocarme con cierta melancolía la muñeca donde llevaba la pulsera. Me arrepiento de haberla tirado y, sobre todo, me arrepiento de haberle dicho que odiaba sentirme suya porque no es cierto. Pero estaba demasiado dolida.

—Bueno, y si habías olvidado mi cumpleaños —comento con sorna para torturarla un poco más—, ¿por qué me llamas?

—¿Qué pasa? ¿Acaso no puedo llamar a mi hermana pequeña?

—Claro que puedes, pero con esa insistencia...

Mi frase se queda en el aire y el silencio se abre paso. Comienzo a preocuparme.

—Maddie, tenemos que hablar del cumpleaños de mamá.

—¿Qué ocurre? Irás a Santa Helena, ¿verdad?

Estoy oficialmente preocupada.

—Ése es precisamente el problema.

—Leah —me quejo a la vez que me levanto como un resorte.

—Maddie, acaba de entrarme un caso muy importante. No puedo decirle a mi jefe que me voy del estado.

—¿Y qué pasa con papá? No podemos dejarlo solo.

—Quizá Robert pueda ir. Para él sólo son un par de horas de camino.

—Robert tiene esa feria del mueble en Chicago.

—Maddie —se disculpa—, es trabajo.

—¿Se lo has dicho a papá?

—Aún no.

—Es el cumpleaños de mamá y ninguno vamos a estar allí.

Pierdo mi vista en la ventana. Aunque es viernes por la mañana, el Village aún está adormilado como yo.

—Es por trabajo —repite casi en un susurro.

La conozco y sé que ahora mismo se siente fatal.

—No puede pasar ese día solo. Ya lo está pasando mal y prácticamente faltan dos semanas. — Suspiro bruscamente—. No sé cómo me las apañaré, pero iré.

—No llevas trabajando ni un mes, ¿cómo vas a pedir vacaciones?

—Algo se me ocurrirá.

—Ojalá lo consigas. —Hace una pequeña pausa—. Te dejo que duermas tu resaca. —Ambas sonreímos fugazmente—. Y feliz cumpleaños otra vez. El año que viene prometo no olvidarme.

—Te tomo la palabra.

—Adiós, Maddie.

—Adiós.

Dejo el teléfono sobre la mesita de centro y voy al baño. Necesito con urgencia una ducha reparadora.

Media hora después salgo envuelta en mi toalla más mullida. Bajo el chorro de agua caliente he tenido mucho tiempo para pensar. Sea como sea tengo que ir a Santa Helena. No puedo dejar solo a mi padre en el cumpleaños de mi madre.

También he pensado en la confesión que involuntariamente Lauren me obligó a hacerme a mí misma: estoy enamorada de Ryan Riley. Exactamente lo que nunca debí dejar que pasara pero que a día de hoy es una demoledora verdad, sobre todo esta mañana que sólo soy capaz de pensar en lo feliz que me hizo cuando me regalo la pulsera, la misma que debe estar tirada en cualquier rincón hecha pedazos.

Entonces lo veo claro. Corro hacia el armario me pongo mi minifalda vaquera y una camisa *denim* de mangas cortas y de un tono más claro que la falda. Me siento en la cama y me pongo los zapatos que encuentro más a mano, mis sandalias de cuero marrones. Me seco el pelo con la toalla, apenas un par de segundos, me cepillo los dientes y salgo disparada de mi apartamento.

Echo un vistazo al reloj. Llego tarde a trabajar pero no estrepitosamente tarde y, teniendo en cuenta todo lo que recuerdo que Bentley bebió ayer, seguro que llega más tarde que yo. Estoy a salvo.

Mientras recorro el rellano hacia casa de los Hannigan, me recojo el pelo con unas cuantas horquillas.

Llamo a la puerta de los Hannigan rezando para que James no haya dejado de ser el crápula encantador que es y no se haya marchado ya a trabajar. Hago sonar el timbre y mis nudillos contra la madera hasta que literalmente lo saco de la cama. Algunas cosas nunca cambian.

—Parker —dice adormilado apoyándose en la puerta—: te odio —concluye haciéndome un gesto para que pase.

—No puedo pasar. Tienes que venir conmigo.

—¿Qué? No —refunfuña sin piedad—. Yo me voy a la cama.

Lo agarro del brazo y con mi mejor cara de pena lo arrastro de nuevo hacia la puerta.

—James, por favor, es muy importante.

—Maddie, soy inmune a tus encantos.

—James —estiro tanto su nombre que lo convierto en una súplica en sí mismo.

—Dios, para ya —se queja—. ¿Por lo menos deja que me cambie? Sigo con la ropa que llevaba ayer.

—Es viernes por la mañana y esto es el Village, la mayoría de la gente que camina a esta hora por la calle lleva la ropa del día anterior.

Con un rápido vistazo al salón localizo sus gafas de sol, las cojo y se las pongo.

—Perfecto —le arengo.

Salimos del edificio y vamos en taxi hasta The Vitamin.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta James al darse cuenta de dónde estamos.

—Perdí algo en el baño y necesito encontrarlo. Sabía que estaría cerrado y no me dejarían entrar, pero a ti seguro que te hacen el favor.

—Espero que lo que perdiste sea muy importante.

—Mucho —contesto con mi mejor sonrisa.

James suspira absolutamente exasperado intentando ocultar una incipiente sonrisa antes de conducirme hasta la entrada trasera, la que utiliza el personal. Llama con fuerza y, tras una corta espera, un hombre negro de unos doscientos kilos y diría que dos metros de alto y con un tatuaje enorme de una *pin-up* en el brazo izquierdo la abre. Al ver a James, ambos estiran los brazos y chocan las manos como los pandilleros en las películas de Spike Lee.

—¿Qué pasa J. Hannigan?

«¿J. Hannigan?» Sonríe divertida. Debe de ser su nombre de guerra.

—Andaba por el vecindario.

—¿A estas horas? ¿Y después de la que montasteis ayer? No lo creo —replica sonriente.

—Me has pillado. Mi amiga perdió algo en el baño y nos preguntábamos si le dejarías echar un vistazo.

—Claro, pasad.

El hombre se echa a un lado y entramos en el local. Es muy diferente verlo a esta hora del día con la luz natural entrando por las ventanas. Ya no quedan restos de la pancarta ni de los farolillos chinos, y el suelo está limpiísimo. Tampoco hay música alta. Suena algo de jazz suave y relajante.

—Te encenderé la luz del baño —comenta entrando su pesado cuerpo en la barra.

Poco después se enciende la luz del pasillo y con ella supongo que la de los aseos.

—Te espero aquí —me avisa James trepando hasta un taburete—. Dalton, ponme un botellín de agua con gas —le oigo murmurar camino de los aseos.

Entro en el baño y me parece mentira que ayer estuviera aquí con Ryan. El recuerdo me embarga y por un momento vuelvo a recordar todo el placer que provocó en mí y suspiro hondo totalmente entregada a todo lo que sentí.

Me toma unos segundos recordar qué hago aquí. La pulsera, tengo que encontrar la pulsera.

Miro sobre el mármol, me agacho y busco bajo los lavabos, tras las papeleras, incluso en cada uno de los aseos individuales. No hay rastro de ella. Después de estar buscándola casi una hora, me rindo y vuelvo a la sala.

—¿Ha habido suerte? —pregunta James al verme aparecer.

Niego con la cabeza y mi amigo me hace un gesto con la suya para que me siente a su lado.

—¿Qué habías perdido? —pregunta el hombre.

—Una pulsera. Por cierto, soy Maddie —respondo ofreciéndole mi mano.

—Dalton. —Al estrechármela, la situación parece casi absurda. Su mano es aproximadamente tres veces la mía—. Preguntaré a la chica de la limpieza. Quizá ella la encontró.

Dalton se da la vuelta y vuelve al almacén. Yo suspiro sentada en mi taburete mientras una voz canta que los riesgos los corren los valientes y los estúpidos que creen serlo y cuyo corazón es casi tan grande como su estupidez.

—La pulsera era un regalo del gran Gatsby, ¿verdad?

Asiento.

James no dice nada más. Creo que automáticamente ha comprendido cómo me siento ahora mismo.

Dalton regresa y me dice que, sintiéndolo mucho, nadie encontró nada en el baño. Algo decepcionada, le agradezco las molestias que se ha tomado y salgo del local por la puerta de atrás seguida de James.

Para animarme, me ofrece invitarme a cenar en nuestro chino favorito, que paradójicamente está en Koreatown, cuando salga de trabajar. Acepto encantada y nos despedimos en la boca de metro. James vuelve a casa, según él es demasiado tarde para fingir ser productivo, y yo pongo rumbo al edificio del Riley Group.

Como imaginé, Bentley aún no ha dado señales de vida. Lauren tenía razón. Invitarlo a la fiesta fue el mejor salvoconducto posible.

Un par de horas después he terminado con todo lo que dejamos a medias ayer y le he mandado un correo electrónico a mi jefe con la situación actual de su despacho y su revista.

Llega aproximadamente quince minutos después. No lleva las gafas de sol y está duchado, afeitado y feliz. Conozco a Lauren y esta mañana de novillos tiene su sello por todas partes.

—Buenos días, ayudante —dice pasando junto a mi mesa.

—Buenos días, jefe.

—¿Qué tal la mañana?

—Poco emocionante.

Es la verdad, sobre todo porque no he visto al señor Riley en toda la mañana. Me río para mis adentros con sorna y amargura. Estoy enfadadísima con él y la mañana me parece horrible porque no lo he visto. Soy una contradicción con piernas y unas bonitas sandalias.

No bajo a comer. Me limito a beber y a beber litros de agua, característica principal de una buena resaca. A las cinco en punto, despejo mi mesa y salgo de la oficina. Hasta que no pongo un pie

en la acera, fuera ya del edificio, no me convenzo de que hoy no veré a Ryan. Es lo mejor, me arengo, y es ridículo que ni siquiera yo me haya creído mi propia frase.

Como prometió, James me espera en la 30 Oeste, en la puerta del El jardín de jengibre, nuestro chino favorito. Después paseamos hasta casa. El calor aún concede treguas y esta noche está siendo una de ellas.

Mientras subimos las cuatro plantas de nuestro edificio, intento convencer a James de que me cuente a qué viene eso de J. Hannigan, pero no hay manera. Se niega en redondo y lo peor es que soy perfectamente consciente de que sólo lo hace para parecer más interesante.

Al fin subimos el último tramo y llegamos a nuestro rellano. Camino exhausta, incluso resoplo un par de veces. La resaca, el madrugón y el paseo me han robado toda la energía. Entonces alzo la cabeza y lo veo, a Ryan, apoyado en la pared junto a mi puerta, con las manos entrelazadas a la espalda. Está guapísimo con esos vaqueros gastados, una camiseta gris de mangas cortas y las mismas deportivas viejas que trajo la última vez que estuvo aquí. Me encantan esas deportivas.

Al oír que nos acercamos, se incorpora y se aleja unos pasos de la pared. Siento un *déjà vu* de sus movimientos. Es lo mismo que hizo ayer cuando me esperaba a la salida del bar para darme el regalo.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz es menos firme de lo que pretendía. Al fin y al cabo, sigue siendo él.

Durante unos segundos no dice nada, sólo clava sus ojos azules en los míos.

—Tenemos que hablar.

Creo que él mismo ha valorado la importancia de esas palabras antes de decirlas. Llevo queriendo escuchar esa frase días y días, probablemente desde el momento en que lo conocí, y ahora por fin me ofrece esa posibilidad en bandeja.

James saluda a Ryan con un gesto de mano que él le devuelve y sigue hasta su apartamento. Ya en su puerta, me dedica una sonrisa y finalmente entra.

Yo busco las llaves. Estoy demasiado nerviosa. Ryan tiene la vista perdida en el rellano, así que aprovecho para respirar hondo disimuladamente e intentar calmarme. Al fin consigo encontrarlas.

Abro y entro. Ryan se queda en la puerta. ¿Va a marcharse? No entiendo nada. Pero entonces comprendo que está esperando a que lo invite a pasar.

—Pasa —musito.

—Gracias.

Dejo el bolso sobre la encimera de la cocina y espero a que entre. Noto cómo me tiemblan las rodillas. Ryan camina hasta quedarse a mi espalda. Entonces me recuerdo que, si de verdad quiero obtener algo de información, lo primero que debo hacer es colocarme a una distancia prudencial.

—¿Qué querías decirme? —pregunto mientras ando hasta el centro del salón.

Parece darse cuenta de que en estos momentos no quiero estar cerca de él, porque no me sigue.

—Quería disculparme por lo que pasó en tu fiesta de cumpleaños. No debí comportarme así.

—¿A qué te refieres? ¿A que no debiste follarme en los lavabos? ¿O a que no debiste

marcharte? —comento indiferente.

—Maddie, lo que pasó...

—Lo sé, Ryan —lo interrumpo—. No va a volver a pasar.

Mi voz es el perfecto reflejo de cómo me siento, dolida y cansada.

Ryan suspira bruscamente.

—¿Crees que lo planeé? ¿El perseguirte hasta el baño, acostarme contigo y largarme?

Su tono se ha endurecido y, a pesar de que no puedo evitar sentirme intimidada, mi enfado pesa más, mucho más.

—Me dijiste que era tuya —alzo la voz exasperada.

—Y, si no recuerdo mal, tú contestaste que lo odiabas.

Los dos estamos a punto de gritar.

—Mentí, ¿vale? No lo odio. Estar contigo me hace feliz, pero después me miras como si fuera el mayor error de tu vida y ya no sé qué hacer.

—Maddie.

Su voz se suaviza mientras avanza hasta mí. Creo que intenta consolarme porque alza la mano pero yo retrocedo a tiempo, caminando hasta la puerta del salón que da al pasillo. Él acaba dejando caer su brazo hasta el costado y cerrando el puño con fuerza. Otra vez esa mirada despojada y llena de rabia inunda sus ojos.

—Odio cuando no me dejas tocarte.

—Y yo a veces odio cuando te dejo hacerlo.

El silencio se abre paso entre nosotros. Vuelvo a sentirme agotada como cada vez que discuto con él, sólo que ahora tengo la sensación de que este cansancio es por todas y cada una de las veces que hemos discutido.

—¿Por qué has venido, Ryan? ¿Por qué me buscas? ¿Por qué no te vas con alguna de esas mujeres guapísimas que se tiran a tus pies?

La sola idea hace que un sudor frío me recorra de la cabeza a los pies.

—Porque no las deseo a ellas como te deseo a ti —responde caminando con paso firme hacia mí—, porque no hacen que me vuelva loco pensar que otro tío pueda acariciarlas.

Ryan se inclina sobre mí. Soy consciente de mi enfado, de lo dolida que me siento, pero todo eso va diluyéndose poco a poco en sus increíbles ojos azules.

—Porque a ellas no necesito tocarlas cada vez que las veo como si mis manos abrasasen.

Pronuncia estas palabras sobre mis labios con su voz sensual y primaria justo antes de besarme. Y, cuando lo hace, definitivamente nada más importa.

Me empuja contra la pared y yo me pierdo en sus brazos. Lo siento aún más anhelante, más salvaje, casi desesperado, y algo se activa dentro de mi mente. Exactamente así es como me siento yo, así es como llevo sintiéndome desde ayer pensando que esta historia podría acabar mal para mí o simplemente acabar. Ya no me importa que termine amistosamente o llamándonos de todo en mitad

de la calle. Sólo quiero algo, un indicio, un detalle por mínimo que sea de que ésta no será la última vez que estemos juntos.

Ryan gira el pomo a mi espalda y, sin dejar de besarme, me conduce por el pasillo hasta el dormitorio.

Tomándose su tiempo para que la situación se vuelva aún más sugerente, desabotona mi camisa y la pasea por mis hombros hasta dejarla caer al suelo. Lleva una de sus manos a mi cuello y la desliza por todo mi cuerpo hasta llegar al bajo de mi falda, pasa al preciado contacto, y sube hasta mi trasero, apretándolo con fuerza.

Suspiro bajito, condensando el placer que comienza a extenderse por mi torrente sanguíneo.

Imitando su gesto, meto las manos por debajo de su camiseta y las paseo por su torso. Noto sus fibrados músculos bajo mis dedos. Desciendo por sus costados y finalmente llego a sus caderas y al cinturón de sus pantalones. El clic de la hebilla al desabrocharse entre mis manos resuena en toda la habitación y nos hace sonreír contra los labios del otro.

Termino de desabotonarle los pantalones y, justo cuando estoy a punto de bajárselos, él me sorprende cogiéndome en brazos. Mi cuerpo reacciona y enrosco mis piernas a su cintura.

Ryan nos deja caer sobre la cama y el peso de su cuerpo lo hace sobre el mío. Me besa el cuello, demorándose torturadoramente en cada centímetro de mi piel bajo sus labios. Me lame, me muerde y mi espalda se arquea. Es demoledor y sensual. Derrite mi cuerpo con sus expertas caricias.

Antes de continuar bajando, se incorpora lo suficiente para tirar de mi falda y arrastrarla por mis piernas. Vuelvo a estar prácticamente desnuda debajo de él, que sigue vestido, y me encanta.

Justo antes de inclinarse de nuevo sobre mí, sonrío al ver mi ropa interior de algodón azul marino. Algo ruborizada, me llevo las manos titubeantes hacia mis bragas. No es el conjunto de encaje sensual que me gustaría llevar puesto. Pero entonces me mira directamente a los ojos y vuelve su sonrisa aún más arrebatadora, como si hubiese encontrado exactamente lo que quería.

Automáticamente me relajo y le dejo hacer. Él continúa su sendero de besos desde mi cuello hasta mi pecho y con los dientes retira la copa del sujetador.

Gimo cuando siento el efímero contacto de sus dientes en mi piel.

Rodea mi pezón con los labios y tira suavemente de él. Sus manos van a su encuentro y me acarician. Arqueo mi espalda contra su boca buscando más placer. Él sonrío pero continúa sin aumentar el ritmo.

Alza su mirada y sus ojos azules llenos de una provocación sin límites se posan en los míos.

—¿Más? —susurra.

Lo hace sexy y arrogante. La atracción personificada.

—Más —respondo sin apartar mi mirada de la suya.

Él vuelve a sonreír y rodea de nuevo mi pezón entre sus labios, pero esta vez tira de él con sus dientes, más fuerte, a la vez que sus dedos imitan su gesto en el otro pezón.

Gimo y me revuelvo bajo él.

—¿Más? —pregunta sensual sobre mi piel.

—Más —respondo en un susurro casi inaudible.

Ryan lleva su mano hasta el vértice de mis muslos y, casi sin rozarme, la desliza bajo mi ropa interior. Me acaricia suave, efímero.

Gimo otra vez.

—¿Más? —pregunta torturador.

—Más —musito jadeante.

Rodea mi pezón con los dientes, pero esta vez, cuando tira de él, introduce al mismo tiempo dos dedos en mi interior, brusco.

Gimo alto, a punto de gritar.

Ryan se detiene, dejando sus dedos dentro de mí.

—¿Más? —inquieta otra vez sabiendo perfectamente que jamás podría negarme. Lo hace demasiado bien.

Asiento. No puedo articular palabra.

Retira sus dedos definitivamente y se incorpora. Lo observo quitarse la camiseta, los pantalones y los bóxers. Es la primera vez que lo veo completamente desnudo y quiero disfrutar de la magnífica visión que eso supone. Parece hecho de divino mármol. Tengo que concentrarme en no levantarme y lamer cada milímetro de su piel. Si me contengo es porque me muero por saber qué habrá detrás de ese «más».

Se coloca de rodillas entre mis piernas y tira de mis bragas hasta quitármelas. Me apoyo sobre los codos para seguir observándolo.

Mi respiración está convulsa y tengo la boca seca de pura expectación.

Toma una de mis piernas y comienza a besarme desde el tobillo hasta el muslo. Cuando está a punto de llegar a mi sexo, salta a la otra pierna y baja de nuevo hasta el tobillo, donde me muerde suavemente.

El delicioso mordisco ha tenido un eco inmediato en el centro de mi sexo. Y con un largo «mmm» en los labios cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Más?

—Sí, más —murmuro.

Lo noto sonreír antes de inclinarse y comenzar a besarme el vientre. Como hizo con mi cuello, se demora hasta el extremo en cada beso, dejando que su cálido aliento electrifique mi piel.

Baja hasta mis caderas y ve las marcas que me dejó ayer. Alza la mirada y la entrelaza con la mía. Yo sonrío y paso mis dedos sobre ellas. Él me devuelve la sonrisa y sin dejarme escapar de sus ojos azules las lame con dulzura y un deje de sexy y arrogante orgullo.

Me muerdo el labio llena de deseo. No podría ser más sensual.

Se mueve de nuevo, pasea su nariz por mi ombligo y continúa bajando. Su aliento ya me inunda. Suspiro presa de un placer anticipado y él comienza a besarme despacio.

Gimo acompañando cada uno de sus movimientos.

Empieza lentamente pero poco a poco va aumentando el ritmo. Rodea mi húmedo clítoris con sus labios y tira de él.

Todo mi cuerpo se revoluciona. Grito.

Sus besos cada vez son más intensos y entonces vuelve a introducir dos de sus dedos dentro de mí mientras que con el otro brazo me inmoviliza las caderas.

Gimo y jadeo con la respiración descontrolada. Él continúa besándome, moviéndose.

—¿Más? —pregunta.

Me concentro para asentir porque el placer toma cada una de mis palabras.

Ryan vuelve a incorporarse y con un solo movimiento fluido entra dentro de mí.

Grito otra vez y me llevo el dorso de la mano a los labios.

Se mueve despacio pero muy profundo, haciendo que todo mi interior sea consciente de su llegada.

Coloca sus manos debajo de mis rodillas y las levanta para poder entrar aún más adentro.

Gimo envuelta en sudor y jadeos.

Se deja caer sobre mí hasta que sus labios están cerca, muy cerca de los míos.

—¿Más? —susurra.

Hago un esfuerzo sobrehumano por abrir los ojos y allí están los suyos, azules y salvajes, hambrientos de mí, esperando una respuesta.

—Más —gimo.

Ryan me dedica esa sonrisa tan dura y sexy llena de excitantes promesas y comienza a moverse de verdad como sólo él sabe hacerlo. Sus embestidas se vuelven exigentes, implacables, deliciosas.

Ya no soy capaz de controlar mis gemidos, que inundan toda la habitación.

Con él el sexo adquiere otro nivel, uno húmedo y maravilloso que me hace sentir como nunca antes me había sentido.

Cada movimiento es más duro que el anterior, más rápido, más brusco. Me agarro a sus fuertes brazos por temor a desintegrarme bajo él en esta nube de placer.

Deja caer mis piernas y me gira levemente tomándome por la cadera, sólo un poco pero lo suficiente para que coja mejor impulso y su duro miembro llegue aún más adentro.

—Joder, esto es una puta locura —farfulla.

Yo no digo nada, no soy capaz, no puedo. Mi mente flota en un limbo de placer y mi cuerpo, sudoroso y lleno de euforia hasta casi explotar, le pertenece por completo.

Rodeo su cuello con mis brazos y alzo las caderas. Como si tuvieran vida propia, comienzan a moverse en círculos, rotando para salir a su encuentro.

—Dios —gimo llena de placer, de él.

Ryan intensifica cada embestida como respuesta y todo se vuelve demencial.

Mi cuerpo se tensa bajo él y juntos alcanzamos un espectacular orgasmo que nos sacude por

dentro y por fuera hasta hacerme vibrar en todos los sentidos.

Nos quedamos tumbados en la cama intentando recuperarnos. Todos los sonidos de la ciudad a cuatro plantas bajo nosotros se reavivan. Me siento embargada por una felicidad que ni siquiera comprendo del todo.

Nuestras miradas se encuentran.

—¿Vas a quedarte a dormir? —inquiero llena de miedo por la respuesta pero a la vez demasiada esperanzada de escuchar un sí como para resistirme a preguntar.

—No puedo.

No aparta sus ojos de los míos para contestar.

Me levanto como un resorte y comienzo a recoger mi ropa. Todo ese enfado, toda esa indignación, todo ese dolor vuelven a mí.

—¡No puedo no, no quieres! —le espeto llena de rabia—. Enhorabuena, señor Riley, lo has conseguido otra vez. Has logrado que me creyese que te importaba aunque sólo fuera un poco, cuando en realidad lo único que querías era echar un polvo.

Pago mi enfado con cada prenda que me pongo.

—Maddie —me llama y suena cansado de esta situación.

—Déjame en paz.

Sin ni siquiera llegar a cerrarme la camiseta, me meto en el baño. No tengo fuerzas para verlo y al mismo tiempo estoy demasiado enfadada. Me alegro de haber podido decirle lo que pienso antes de que se marche.

Oigo cómo camina por la habitación recogiendo sus cosas y, sin quererlo, las lágrimas comienzan a correr por mis mejillas. No quiero que se vaya. Al final eso es lo que más me duele. Más que el enfado o lo indignada que pueda sentirme, lo peor es que se marchará.

Oigo cómo se detiene al otro lado de la puerta y llama suavemente.

—Maddie...

—¡Márchate! —lo interrumpo—. Eso es lo que estás deseando, ¿no? —Mi voz suena entrecortada, clara muestra de las lágrimas que dejo que se escapen en silencio.

Él no dice nada más e imagino que se ha ido. Intento tranquilizarme pero lo único que quiero ahora mismo es meterme bajo las sábanas y no salir en dos días.

Abro la puerta del baño y, al alzar la cabeza, lo veo sentado a los pies de mi cama. Tiene los codos apoyados en las piernas y las manos entrelazadas. Ya se ha vestido.

—¿No te has marchado? —musito.

Ryan asiente ahogando una irónica sonrisa en un breve suspiro lleno de rabia. Gira la cabeza y me mira directamente a los ojos.

—¿Tan cabrón crees que soy como para dejarte llorando en el baño?

No sé qué contestar a eso. Nunca he creído que fuera un mal tío, aunque sí he pensado cosas malas sobre él. Ahora parece dolerle que lo vea así, pero a veces no me da otra opción.

—Tumbate —dice levantándose y rodeando la cama—. Es tarde y deberías dormir.

Camino con poca decisión hasta la cama. Ryan se quita los zapatos y siento algo brillar con tanta fuerza dentro de mí que podría iluminar todo Manhattan. Va a quedarse a dormir.

Nos tumbamos en la cama vestidos. De pronto me siento tímida y no sé cómo comportarme. Meto las manos bajo la almohada y me coloco de lado. Ryan me atrae hacia él estrechando mi espalda contra su pecho y hunde la nariz en mi pelo. Sonrío como una idiota sintiéndome envuelta por él.

—Odio verte llorar —susurra.

Sus palabras me llenan por dentro y una vez más siento que nada más importa. Coloco mis manos sobre sus brazos que me rodean y, feliz, me quedo dormida.

Me despiertan los rayos de luz entrando por la ventana. Anoche no echamos las cortinas y ahora el sol de primera hora de la mañana despierta Nueva York y a mí. Tenemos las piernas enredadas y aún me abraza. No quiero despertarlo, pero no puedo evitar girarme para mirarlo. Con una sonrisa en los labios, le aparto el pelo de la frente. Contengo la respiración cuando mueve la cabeza aún dormido como si fuese una niña tocando lo que no debe.

Esta guapísimo. Parece relajado y sereno. El sol baña su rostro y lo llena de una luz dorada. Podría pasarme horas mirándolo, pero tengo una brillante idea: voy a preparar un desayuno delicioso.

Me levanto con cuidado de no despertarlo y me meto en el baño. Me doy una ducha rapidísima, me cepillo los dientes y me pongo mi vestido blanco.

Voy hasta la cocina con el pelo goteando por todo el parqué. Esta mañana hace mucho calor y ésta es una manera muy útil de refrescarme. Estoy muy animada y me siento con las energías renovadas. Enciendo la televisión y busco algún canal de música. Perfecto, un vídeo de Franz Ferdinand en la VH1.

Rodeo la encimera de la cocina y comienzo a preparar el desayuno. Como no sé qué le gusta, preparo un clásico: tortitas con fruta, nata y sirope de chocolate, zumo de naranja y café. Cargo mi vieja cafetera italiana mientras preparo la masa para tortitas, receta de James. Corto fresas, manzanas y plátanos. Exprimo las naranjas y todo listo.

Lucky también se ha despertado. Camina perezoso hasta donde estoy y juguetea entre mis piernas. Debe tener hambre. Cojo la bolsa de pienso para cachorros y me arrodillo para rellenar su cuenco. Da un ladrido encantado y sumerge su pequeña cabecita en la comida. Sonrío y lo acaricio.

Cuando me incorporo, Ryan está al otro lado de la encimera.

—Buenos días —digo sin poder ocultar una tonta sonrisa en mis labios.

—Buenos días.

Nos quedamos mirándonos unos segundos en silencio.

—He preparado el desayuno —me apresuro a decir algo nerviosa—. Tortitas. Espero que te guste.

—Seguro que sí —contesta en un golpe de voz—. ¿Café?

—Claro.

Me giro y lleno una taza.

—Gracias —musita pero no sonrío.

Comemos en silencio. El programa continúa y ahora empieza a sonar algo de Avicii, aunque no reconozco la canción. Él echa un rápido vistazo a su reloj y se levanta del taburete.

—Tengo que irme. Tengo que coger un avión en un par de horas.

—¿Un avión? —pregunto confusa.

—Me voy a Londres unos días. Viaje de trabajo.

—Vaya —musito.

Asiento pero no quiero que se vaya. Tampoco puedo pedirle que no lo haga, aunque me muera de ganas.

Sin decir nada más, comenzamos a caminar hacia la puerta.

—Adiós, Maddie —dice al otro lado del umbral, pero no hace ademán de marcharse.

La despedida está siendo algo incómoda. Creo que ninguno de los dos sabe cómo tiene que comportarse.

Imagino que por oír la puerta, *Lucky* viene corriendo. Como aún es muy pequeño, no controla muy bien su propia velocidad y acaba chocando con las piernas de Ryan. Ambos sonreímos. Ryan me mira directamente a los ojos y con la sonrisa aún en los labios da el único paso que nos separa y me besa con una pasión desbordada, empujándome contra la puerta.

Sin duda alguna el mejor beso de despedida que me han dado jamás.

—Tengo que irme —susurra contra mis labios con los ojos cerrados, su frente apoyada sobre la mía y sus manos aún en mis mejillas.

Yo sólo puedo asentir, no soy capaz de decir nada.

Me da un último beso, corto y dulce, y se marcha sin mirar atrás.

Cojo a *Lucky* y, con la sonrisa más grandiosa que nadie ha podido ver desde los felices años veinte, cierro la puerta.

Vuelvo a la cocina y me termino el desayuno. No son más que las diez de la mañana y me siento con energía como para escalar una montaña. Pienso en llamar a los chicos, pero siendo sábado probablemente estarán durmiendo. Decido entonces llevar a *Lucky* a su primera visita al parque. Le dejo un mensaje a los Hannigan y a Lauren, cojo a mi precioso cachorrito y salgo de mi apartamento.

La primera en aparecer es Lauren. Debió salir anoche, porque tiene una pinta horrible. No dice nada, sólo me saluda y se deja caer sobre el banco mientras me suplica que vaya a comprarle una botellita de agua con gas. Cuando regreso del puesto de Joe, los Hannigan y Charlie ya han llegado.

Los chicos proponen jugar un partido de fútbol en el parque. Lauren se niega en rotundo, pero dos carantoñas de James sirven para convencerla. Parece que algunas cosas nunca cambian.

Nos reímos muchísimo. Charlie y Álex nos acaban ganando a Lauren, a James y a mí. Aunque cualquier comentarista experto podría decir que en nuestra derrota influyeron varios factores, destacando básicamente dos: el hecho de que Lauren se pasara tomando el sol en el césped más de la mitad del partido y que James soltara la pelota en mitad de nuestro ataque porque Álex y Charlie se besaron mientras se mantenían en posición de defensa.

Más tarde decidimos que el plan de Lauren nos seduce a todos y nos tumbamos a tomar el sol. Lo hacemos más o menos una hora, hasta que finalmente nos marchamos a comer a una pequeña *trattoria* italiana en Nolita llamada Bella Serata. Comemos en el patio interior para que *Lucky* pueda estar con nosotros.

Volvemos andando al apartamento de los Hannigan para, como inauguración de la temporada de

aire acondicionado, beber Martini Royale y ver la joya de la corona de la colección de películas de James, *El guateque*. La única película de Peter Sellers que hace reír a Álex y a Lauren.

Cuando termina, pedimos algo de comida china y jugamos a Operación. No sé cuántas veces ese pobre hombre se nos muere en la camilla.

El domingo pasa prácticamente de la misma manera. Sólo cambia el parque, el restaurante y la película. Seguimos bebiendo Martini Royale y nuestro paciente no acaba mejor parado que la noche anterior.

Finalmente, tras echar un rápido vistazo al reloj, optamos por dar la velada por terminada. Son casi las doce y mañana es lunes. No me cuesta mucho convencer a Lauren para que se quede a dormir.

—Me quedo, pero tienes que esperar un momento —me dice.

Se levanta con algo de dificultad, juraría que aún le dura la resaca mezclada con lo que ha bebido ayer y hoy, y va hasta la habitación de Álex. Regresa a los minutos con un sobrio vestido gris en las manos. Yo pongo los ojos en blanco a la vez que me levanto.

—¿Qué? —se queja—. Necesito algo para ir a trabajar mañana. Algo respetable, no un vestido que parezca salido del armario de Miley Cyrus. De la vieja Miley Cyrus, la del disco «Breakout», no la de «Bangerz» —aclara.

Al instante todos menos ella nos echamos a reír. Lauren nos mira sin entender nada hasta que al fin nos hace un mohín, defiende la integridad de Miley como cantante y sale del apartamento de los Hannigan. Yo la sigo a punto de saltárseme las lágrimas de tanto reír.

—Sabes que Hannah Montana y Miley Cyrus son la misma persona, ¿no? —grita James desde su apartamento—. Sólo se ponía una peluca. Te lo digo porque no quiero que otras niñas te lo cuenten en el cole y te decepciones.

Su voz resuena por todo el rellano y yo vuelvo a estallar en risas.

—¡Cállate, Hannigan! —le grita, pero sin quererlo ella también comienza a reír.

Nos vamos a dormir. El calor comienza a ser insoportable.

Cuando suena el despertador, decido darle unos minutos más a mi seguro que aún resacosa amiga y voy a la ducha primero. Mientras me seco el pelo con la toalla, la llamo. Protesta y refunfuña, pero al final se levanta y se mete en el baño.

Elijo un vestido negro de tirantes liso hasta la cintura y con falda de estampados celestes y naranjas. Me pongo mis Oxford azules y me recojo el pelo en un cola de caballo.

Mientras Lauren termina de ducharse y se viste, preparo el desayuno: dos nutritivos tazones de Capitán Crunch con leche y sirope de arce y dos cafés.

Llegamos al edificio del Riley Group un poco más tarde de lo habitual. Está claro que ninguna de las dos quería venir a trabajar hoy, pero es que es lunes y hace calor, mucho calor. Además, no veré a Ryan con uno de sus fabulosos trajes de corte italiano. He perdido uno de mis grandes alicientes para venir a trabajar.

—Es tiempo de estar en la playa, en Santa Helena —comenta Lauren mientras subimos en el ascensor.

Sus palabras me recuerdan la llamada de mi hermana. Tengo que encontrar la manera de poder escaparme aunque sólo sea un día. Lauren se da cuenta al instante de que mi expresión ha cambiado.

—¿Qué ocurre, Maddie?

—Mi hermana me llamo el viernes. No podrá ir a Santa Helena para el cumpleaños de mi madre.

Lauren asiente. Ella conoce perfectamente la historia y lo duro que es ese día para mi padre.

Las puertas del ascensor se abren tras el anunciador pitido y salimos a la planta veinte.

—¿Nos tomamos otro café antes de empezar este infierno de trabajo? —pregunta.

—Sí, claro.

Vamos hasta la pequeña sala de descanso.

—Deberíamos estar trabajando —apunto.

—Tranquila, el señor irascible-sexo increíble está en Londres.

Dejo escapar una carcajada al guion que Lauren ha añadido al apodo de Ryan.

—Lo sé —digo sustituyendo la risa por una sonrisa de pura felicidad.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta más que interesada dejando su taza de café sobre la mesa.

—Aquí no ha pasado nada. Simplemente lo sé.

—Sí, claro, pero, en fin, seré una buena amiga y correré un velo sobre este asunto. —Asiento fingidamente agradecida—. Y ahora vamos a lo importante, hay que meter tu culo en un avión rumbo a Carolina del Sur.

—Llevo trabajando en esta empresa menos de un mes. ¿Cómo voy a pedir vacaciones?

—¿Y cuánto llevas tirándote al dueño de esta empresa? ¿Quince días?

—¡Oye! —me quejo.

—Maddie, pídeselo.

—Lauren, no pienso hacerlo. Ni siquiera podría explicar qué es lo que tenemos ahora, no quiero complicarlo más pidiéndole favores. Olvídalo.

La profesionalidad que he mostrado es una de las pocas cosas en mi vida que no se ha visto trastocada por mi relación con Ryan Riley y ni quiero ni puedo perder eso.

—Finge que estás enferma —dice como si fuera obvio.

—Me pillarían, seguro.

—Pues enferma de verdad. Tírate por unas escaleras y rómpete algo no muy aparatoso, tipo una muñeca.

—También puedo tirarte a ti y decir que tengo que cuidarte.

—Me cuidaría Bentley —contesta con una sonrisa que me hace pronunciar un sonoro «ooooohhhhhh».

—Habla con Ryan —sentencia—. Te ha follado de una manera tan alucinante que ya no podrás estar con ningún otro hombre. Te mereces unas vacaciones pagadas por ello.

Río y al mismo tiempo asiento. Gran verdad, pero aun así no pienso pedirle vacaciones y muchos menos esgrimiendo ese argumento.

—No puedo. No sé si es un motivo válido para los de Recursos Humanos.

—Pues debería serlo —protesta muy seria—. Sexo ardiente con el señor irascible, marque la siguiente casilla y diga «sí» —Alarga la «í» fingiéndose lasciva.

Ambas volvemos a sonreír y ponemos rumbo a la redacción.

—¿Comemos juntas? —pregunto.

—Claro.

Lauren se adelanta unos metros y, cuando pasa por delante de la puerta de mi oficina, saluda a Bentley disimuladamente con la mano dedicándole una boba sonrisa.

—Oooohhhh —vuelvo a canturrear a su espada.

Ella se gira, me hace un mohín mezclado con una sonrisa y se marcha a su departamento.

La mañana pasa tranquila. Estoy concentrada, alegre y bloqueo todos los pensamientos sobre Ryan Riley. Soy una chica profesional y fantasear con el señor irascible-sexo increíble en el trabajo no es la mejor muestra de ello.

Como con Lauren en Marchisio's. Me cuenta que Bentley y ella han decidido no contar en el trabajo que salen juntos. Por lo poco que conozco a Bentley y lo mucho que conozco a Lauren, sospecho que la idea ha sido de ella.

La tarde es tan tranquila que parece uno de esos días de siesta en el porche mientras los hielos de un vaso de limonada olvidada en una pequeña mesita auxiliar se derriten. Hace calor, mucho calor.

De vuelta en mi apartamento, preparo la cena con las noticias de la CBS de fondo. El hombre del tiempo dice que Nueva York se ve inmersa en una ola de calor y las temperaturas aumentarán aún más. Suspiro malhumorada ante semejante idea y cojo una botella de agua helada del frigorífico como si la sola noticia de que hará más calor, inmediatamente, me hiciera sentir más calor.

Dan una rápida perspectiva del tiempo en Europa y no puedo evitar sonreír al leer Londres en el mapa de las Islas Británicas. Me planteo la posibilidad de llamarlo o quizá mandarle un correo electrónico, pero no sé si le gustaría. Sacudo la cabeza y desecho la idea de comunicarme con él de ningún modo. Que haya pasado una noche aquí no significa que seamos novios. Tengo que bajarme de la nube. Mejor dejar las cosas como están.

Me despierto descansada. He dormido bien y me siento genial. A pesar de cuántas veces me he repetido que no significa nada que se quedara a dormir, todavía sonrío como una idiota al recordarlo.

El martes acontece sin que nada especial ocurra. Pasamos la mayor parte del día preparando la reunión del viernes con el Riley Group.

Intento no pensar en Ryan, pero lo cierto es que lo echo muchísimo de menos. Pretendía que estos pocos días me sirvieran para pensar las cosas con calma, tomar perspectiva sobre todo lo que está pasando; en una palabra: desintoxicarme, pero no he sido capaz. Cuento las horas para volver a verlo y me parece totalmente ridículo, porque nada ha cambiado entre nosotros.

El miércoles me levanto pletórica. Ryan regresa hoy de Londres.

Me doy una ducha y me paso más de media hora decidiendo qué ponerme. Al final escojo uno de mis vestidos favoritos. El blanco por encima de las rodillas con estampados rosas y rojos. Lo acompaño con mi chaleco vaquero *vintage* y mis botas marrones de media caña. No me doy cuenta de que es el mismo vestido que llevaba la primera vez que me besó hasta que me veo delante del espejo.

Me seco el pelo con la toalla y me lo dejo suelto. Me como una manzana mientras reviso algunas carpetas de trabajo que me traje ayer, pero ni siquiera la termino. Estoy ansiosa por llegar a la oficina.

Regreso corriendo al baño, me cepillo los dientes, me maquillo y me marchó al trabajo con la sonrisa más grande del mundo.

Desde que cruzo las enormes puertas de entrada doy por hecho que me lo encontraré en cualquier momento, aunque lo cierto es que ni siquiera sé a qué hora regresa. Quizá lo haga esta noche y no venga a la oficina hasta mañana. Esa idea me deprime un poco. Estoy deseando verlo.

Llego a mi oficina y entro en el despacho de Bentley para darle los buenos días. Está hablando por teléfono. Me dedica una sonrisa y me pasa varias carpetas para archivar. Después de hacerlo, me siento a mi mesa, enciendo el Mac y comienzo a preparar el día de trabajo: agenda, correo, esas cosas.

Un par de horas más tarde Bentley me pide que busque a Graham Pessoa y le diga que vaya a su despacho. Está muy serio. Me preocupa que Graham no haya cumplido con lo que prometió y el artículo no vaya bien.

El escritorio de Graham está junto al de Linda, así que me quedo cotilleando un poco con ella. Estoy sentada en su mesa hablando sobre *Lucky* cuando las puertas del ascensor se abren y de él sale una nube de ejecutivos. Entre ellos está Ryan Riley. Lo veo atravesar la redacción con un perfecto traje negro, una camisa blanca impoluta y una delgada corbata también negra. Su ropa se ajusta a él como un guante. Está arrebatador y lo sabe.

Se para junto a la sala de reuniones y escucha muy concentrado a uno de los ejecutivos. Sólo aparta su vista de él cuando Tess se acerca. Le da unas rápidas instrucciones que la secretaria asiente y apunta en un bloc justo antes de retirarse.

Ryan echa un nada inocente vistazo a su alrededor y entonces me ve. Supongo que la tonta sonrisa que tengo en la cara le hace devolvérmela. Los ejecutivos siguen hablándole, pero por un momento toda su atención está centrada en mí. Tess vuelve con varias carpetas y un iPad, interrumpiendo nuestras miradas. Él dice algo que no logro entender y todos los ejecutivos se dispersan obedientes.

Cuando está solo con su secretaria, le comenta algo y ambos miran en mi dirección. Sin dejar de hablar, Ryan sonrío al ver cómo rápidamente me bajo de la mesa de Linda y me coloco bien el vestido que, en realidad, ya estaba bien colocado. De pronto me siento muy nerviosa.

Tess comienza a caminar hacia mí a la vez que Ryan se retira a su despacho.

—Buenos días, Maddie.

—Buenos días.

—El señor Riley necesita el borrador del artículo principal de este número de *Spaces*.

Asiento intentando ocultar mi sonrisa. Me despido de Linda con un gesto de mano y vuelvo a mi oficina. Bentley aún habla con Pessoa y definitivamente no está contento. Le interrumpo para pedirle el borrador del artículo en cuestión y voy al despacho del señor Riley. Si no hubiera unas cincuenta personas en la redacción, lo haría corriendo. Me muero por verlo.

Nada más verme, Tess me indica con una sonrisa que puedo pasar. No obstante, llamo a la puerta antes de abrir. Ya he interiorizado esa costumbre.

—Adelante —me da paso.

Abro la puerta, la cierro tras de mí y, cuando sólo he dado un paso hacia el interior, Ryan, que me esperaba junto a la puerta, tira de mi brazo, me empuja contra ella y comienza a besarme apremiante. Me quita la carpeta de la mano y la tira al suelo desparramando una decena de papeles a unos pasos de nosotros.

—En Londres sólo podía pensar en esto —susurra contra mis labios.

Yo sonrío como una idiota asimilando sus palabras y su boca bajando hasta mi mandíbula, mi cuello. Me está derritiendo entre sus brazos. Agarra mi trasero con las dos manos y me levanta con fuerza.

Suspiro hondo al sentirlo tan salvaje. Adoro que sea así.

Me deja caer en el sofá sin separar un ápice nuestros cuerpos. Acelerado, pasa sus manos al otro lado de mi vestido, subiéndolo en su expedición hasta mis bragas, que sin dudarlo rompe de un tirón.

Gimo al notar cómo la tela cede entre mi piel y sus dedos.

Le desabrocho los pantalones y se los bajo, junto a los bóxers, lo suficiente para poder sentir su miembro grande y firme entre mis manos. Lo aprieto con fuerza mientras él desliza su pulgar sobre mi clítoris.

Jadeamos al unísono.

Esto es una locura. Nos besamos y nos tocamos con un deseo abrasador como si estos cuatro días hubieran sido cuatro meses. Lo he echado de menos de una manera absolutamente irracional y ahora mi cuerpo encendido como nunca grita porque me bese, me toque, me muerda cada centímetro de piel.

Como si fuese capaz de escuchar mis suplicas mentales, me baja con brusquedad un tirante lo suficiente para dejar al descubierto el sujetador. Libera mis pechos y lleva su boca hasta mi pezón. Lo rodea con su boca y lo chupa hábilmente hasta que lo yergue aún más. Lo siento de acero en sus labios.

Alza la mirada y sonrío con malicia. Esos ojos azules planean algo. Tira de mi pezón con los dientes y, cuando el dolor se difumina fascinantemente con el placer, introduce dos de sus dedos en mi sexo.

Ahogo un grito desesperado en una nube de gemidos mientras me arqueo contra su cuerpo con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Estoy extasiada.

Sonríe satisfecho contra mi piel justo antes de bajar aún más y besarme el estómago por encima del vestido. Deja que su cálido aliento impregne la tela y me abrase la piel. ¿Qué quiere? ¿Derretirme literalmente? Porque creo que va a conseguirlo.

Mi cuerpo se tensa. Son demasiados puntos de placer: sus labios en mi estómago, su mano en mi pecho y sus dedos en mi sexo. Mientras su polla dura palpita contra la palma de mi mano.

—Dios... —susurro entre jadeos y gemidos.

Ryan se incorpora y me observa desde arriba orgulloso de ver cómo me está arrastrando a un espectacular orgasmo sin ni siquiera despeinarse.

Quiero más, le quiero dentro de mí. Como si volviese a oír las peticiones anhelantes que no llego a pronunciar, se posiciona entre mis muslos, saca los dedos de mí, coloca su mano sobre la mía y guía su dura y maravillosa erección hasta mi interior.

Lo he echado demasiado de menos.

Sella mis labios con los suyos para acallar mis gritos cuando lo noto dentro y él gruñe por mi placer y el suyo.

Entra y sale con fuerza. Cada vez más rápido, casi desesperado. Recibo su brusquedad adorando cada embestida, levantando mis caderas para recibirla una y otra vez mientras gimo descontrolada.

Sus estocadas me hunden en el mullido sofá. Por un momento temo que vaya a partirlo en dos.

Siento calor, mucho calor.

Lo necesitaba y lo necesitaba justamente así, salvaje sobre mí, haciéndome sentir de verdad.

Apoya sus manos a ambos lados de mi cabeza y me embiste con más fuerza. Su miembro entra entero y lo rota salvajemente para hacerlo salir.

No aguantaré mucho más. Noto cómo todo mi cuerpo se tensa y explota en un liberador orgasmo susurrando su nombre contra el hombro de su traje, recordando milagrosamente que no debo gritar y excitándome aún más por ello.

Él continúa moviéndose. Entra y sale de mí dos veces más. Tan salvaje que me hace volver a gritar, reactivando los rescoldos de mi orgasmo, y nos corremos juntos, yo por fantástica segunda vez con los dientes de Ryan hincados en mi cuello para sofocar su propio grito.

Ha sido alucinante.

La habitación se inunda del caos de nuestras respiraciones. Siento todo el peso de su cuerpo sobre el mío y sonrío extasiada. Mi pelo desparramado por el sofá me acalora aún más, pero no me importa.

—Parece que me has echado de menos —bromeo.

Ryan permanece unos segundos en silencio y se levanta de golpe, sobresaltándome. Sentado en el sofá con la vista perdida en el fondo del despacho, comienza a abrocharse los pantalones. Yo me incorporo en silencio, mirándolo, pensando qué ha podido molestarle tanto.

—Follamos cuando necesito distraerme. No creas que después me paso las horas sonriendo

como un idiota y pensando en ti.

No entiendo nada. La manera en la que ha pronunciado esas palabras ha sido demasiado dura. Ni siquiera me ha mirado. Me siento como si hubiera roto algo dentro de mí.

Sin decir nada, me levanto y comienzo a recoger los papales del suelo. No quiero llorar. Intento darme prisa, pero las manos me tiemblan. De pronto siento náuseas, como si todo mi cuerpo acabara de caer en una profunda gripe. Quiero marcharme. No quiero llorar delante de él. Ni una sola lágrima, Parker, me ordeno. No le des la satisfacción a alguien como él. Hoy menos que nunca.

Él sigue sentado en el sofá, observándome, contemplando su obra. Recojo el último papel y salgo de su despacho.

Con una sonrisa que no me llega a los ojos, devuelvo la que Tess me ofrece como saludo. No puedo hablar. Si hablo, romperé a llorar.

Llego a mi despacho y comienzo a moverme nerviosa, a dar pequeños paseos. Aún me tiemblan las manos. Bentley sale de su oficina. No quiero que me vea así.

—¿Maddie, qué te ha ocurrido? —pregunta alarmado justo antes de que pueda alcanzar la puerta.

En un microsegundo se me pasan todas las posibles respuestas y al mismo tiempo toda mi historia con Ryan Riley. ¿Qué me ha ocurrido? Lo que me ha ocurrido pasó el 8 de julio por culpa de una huelga de metro.

—Maddie —me apremia en un susurro.

Y ya no puedo más. Comienzo a llorar desconsolada y con una tristeza que atenaza mi corazón y lo aprieta hasta hacerme casi imposible respirar.

Bentley cierra rápidamente la puerta de la oficina, me toma con delicadeza por los hombros y me guía hasta su despacho, del que también cierra la puerta. Me obliga a sentarme en su silla y él lo hace en la mesa, frente a mí.

—Lo siento, Bentley —le digo en un ininteligible murmullo inundado de lágrimas.

Él me sonrío lleno de empatía y dulzura. No vuelve a preguntarme qué me pasa, lo que me hace intuir que ya lo sabe y me siento aún más avergonzada.

Oímos cómo se abre bruscamente la puerta exterior de la oficina. Sé quién es. Siempre lo sé. Mi cuerpo se despierta con su proximidad, sólo que ahora es un sentimiento que aborrezco.

—Espera aquí, ¿de acuerdo? —me pide Bentley.

A continuación se levanta y sale del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Este sillón es probablemente el único punto que no puede verse desde los cristales que comunican ambas oficinas, y ahora mismo me alegro muchísimo. No quiero verlo y tampoco quiero que él me vea.

Están hablando. Sé que está al otro lado de la pared, pero no puedo entender lo que dicen.

Me concentro en intentar dejar de llorar. Suspiro hondo y pienso que, si ahora mismo entrara, me encontraría hecha un mar de lágrimas y eso no lo puedo consentir. Sin embargo, creo que no sólo lloro por él, también lo hago por mí. Sentada sin bragas en el despacho de mi jefe después de haber llorado desconsolada delante de él tras haberme tirado al dueño de la empresa. Soy la viva imagen

de todo lo que se supone que no hay que hacer en el lugar de trabajo. Nunca pensé que mi profesionalidad se vería manchada de esta manera. «Eres una chica lista, no pierdas eso.» Recuerdo la frase de Álex y creo que no podría haberlo hecho peor. Vuelvo a suspirar hondo, cojo un papel de la mesa de Bentley y comienzo a escribir.

—Ryan, déjala en paz.

La voz de Bentley me llega desde el otro lado de la puerta.

—Quiero verla.

Suena realmente furioso.

—No, lleva llorando desde que volvió de tu despacho. ¿Qué le has hecho, tío?

—No es asunto tuyo —masculla.

—No vas a pasar.

Termino de escribir, doblo la hoja y voy hasta la puerta. Odio la idea de que discutan por mi culpa.

Al verme, los dos se quedan callados. Ryan busca mi mirada con la suya, pero yo la aparto rápidamente. Se le ve nervioso, enfadado, frustrado, y lo que más me sorprende es que no está intentado ocultarlo. Esa idea me hace alzar la cabeza y sin remedio dejarme atrapar por sus ojos azules.

—Bentley, déjanos solos —dice Ryan.

—Ni lo sueñes.

—Bentley, joder.

Al ver que mi jefe no se mueve, Ryan lo fulmina con la mirada.

—Estaré fuera, justo detrás de la puerta.

Pronuncia esa frase mirándome a mí, pero en realidad es una amenaza velada a Ryan que sencillamente lo ignora. Cuando se aleja unos pasos, mi mente embotada y nerviosa recuerda el papel que tengo entre las manos.

—Bentley, espera —le pido.

Ryan me mira confuso mientras me acerco a mi jefe y le entrego el papel.

—Quería darte esto y gracias por todo.

Intento que mi voz suene firme.

—¿Gracias por todo? ¿Pero qué es esto? —Bentley desdobra la hoja, le echa un rápido vistazo y vuelve a mirarme alarmado—: ¿Una carta de dimisión?

Asiento procurando por todos los medios no volver a llorar.

—¿Una carta de dimisión? —repite atónito Ryan, que coge la carta furioso y la mira sin poder creer lo que está leyendo.

—Sal de aquí, Bentley. —Clava sus ojos azules en los míos. Su amigo no se mueve—. Por favor —le pide intentando que su voz suene más suave, pero sigue siendo un tono intimidante y lleno de dureza.

Bentley sale del despacho no sin antes mascullar un «joder» entre dientes.

—Maddie, ¿por qué te marchas? —me pregunta en cuanto se cierra la puerta.

Río por dentro. ¿En serio tiene que preguntármelo? Me voy porque no puedo más, pero no pienso darle el gusto de oírmelo decir.

—Maddie, ¿por qué te marchas? —repite.

Sigo callada, luchando por no llorar. Aunque sólo sea al final, le demostraré que no soy tan débil como él cree o, mejor dicho, como yo le he dejado ver.

—¡Contéstame! —alza la voz exasperado.

—¿Y a ti que te importa, Ryan? —casi grito—. Al fin al cabo, sólo soy alguien a quien te follas cuando necesitas distraerte —replico desengañada.

Cierra los ojos. Diría que a él también le duele escuchar su propia frase.

—Follamos y fui un estúpido, pero no pensaba nada de lo que dije.

Su voz sigue siendo dura, pero también suena desesperada, como si quisiera borrar sus palabras.

—El problema no es ése, Ryan. Si no me voy, esto nunca va a parar. Me siento como el perro de Pávlov chocándome con un comportamiento aprendido una y otra vez que me hace feliz un segundo y desgraciada el resto del tiempo. Y sé que acabará conmigo. No sobreviviré. No soy tan fuerte.

Cojo mi móvil de la mesa y mi bolso del perchero. Voy a marcharme y es lo más triste que he hecho en mi vida.

—Maddie, no, espera.

Me giro y lo observo mientras se pasa las manos por el pelo intentando buscar una iluminación que le permita encontrar una solución.

—Y si prometo mantenerme alejado de ti.

—Ryan...

No sé cómo continuar. ¿Por qué me ha dolido tantísimo que me prometiera eso? ¿Acaso no es lo que necesito?

—Te prometo que no volveré a tocarte, pero no te vayas.

Sigo callada. No sé qué decir. Él se revuelve y continúa caminando nervioso tal y como lo hice yo cuando llegué a este despacho unos minutos atrás. Tiene las manos en la cabeza y no deja de mirarme. Es la primera vez que veo miedo en sus ojos.

—Maddie, por favor, no lo hagas por mí —dice deteniéndose frente a mí, cerca, muy cerca, a la vez que baja los brazos e intenta volver a recuperar el control sobre sí mismo—. Hazlo por Bentley, por mi padre.

Suena desesperado y me abruma.

—Está bien, Ryan, me quedaré.

Suspira aliviado sin dejar de mirarme.

—Está bien —susurra.

Y por un momento no sé si ese alivio porque me quede es por Bentley, por su padre o por él mismo. Supongo que la última opción es poco probable. Si ya no puede follarme cuando necesite distraerse, no creo que me necesite para nada. Una solitaria lágrima recorre mi mejilla al recordarlo, pero me la seco bruscamente con los dedos.

—Adiós, Ryan —me despido dejando que sus ojos azules atrapen los míos una vez más.

—Adiós, Maddie.

Salgo del despacho sin saber qué hacer. Bentley me espera inquieto sentado en una de las mesas de redacción. Cruzamos nuestras miradas durante un momento y comprende perfectamente que necesito salir de aquí.

Voy hasta el ascensor, pero ni siquiera soy capaz de esperarlo, así que me marcho por las escaleras. Bajo cada tramo más rápido que el anterior. Acelerada. Creyendo absurdamente que así conseguiré huir de Ryan Riley, de su promesa de no volver a tocarme, de lo estúpidamente ilusionada que estaba esta mañana, de este horrible día.

Me paro en seco. Mis piernas ya no me responden. Me dejo caer sobre la pared intentando recuperar el aliento, rogándome a mí misma por no volver a romper a llorar, no en la octava planta del Riley Enterprises Group.

Me concentro en mi respiración. «Sal de aquí, Parker», me pido, casi me suplico.

A punto de abrir la puerta de mi apartamento, me doy cuenta de que no quiero estar sola. No quiero pasarme toda la noche pensando sin poder dormir. Vuelvo a suspirar hondo y voy hasta casa de los Hannigan. Llamo y espero a que me abran. James lo hace sonriente con un trapo de cocina en el hombro y oliendo todo él a lasaña. Lo miro durante un segundo y, sin decir una sola palabra, rompo a llorar en sus brazos. Ahora mismo me siento muy triste.

James me abraza y me lleva hasta el sofá. No sé cuánto tiempo pasamos así: yo llorando y él intentando consolarme.

—¿Vas a decirme lo que te ha pasado? —pregunta en un susurro.

—No —contesto negando también con la cabeza sin separarme de él.

—¿Quieres una copa?

—No.

—¿Lasaña?

Niego de nuevo.

—¿Un asesino a sueldo?

—No —respondo con una débil sonrisa.

—Me alegra que hayas dicho que no. Ahora que lo pienso, creo que se nos ha acabado el whisky.

Con su último comentario, ambos sonreímos aunque la mía es demasiado débil y fugaz. James me da un beso en el pelo y continuamos así hasta que, de puro cansancio y con la cabeza totalmente embotada por las lágrimas, me quedo dormida.

Me despierto totalmente desorientada. Aún es de noche. Necesito varios minutos para comprender que estoy en la habitación de Álex. Ella no está. Miro el reloj de su mesita de noche. Son

las tres de la madrugada. Me duele muchísimo la cabeza. Antes de que pueda pensar nada más, recuerdo que *Lucky* está solo en mi apartamento.

Me levanto procurando no hacer ruido. Imagino que Álex estará con Charlie, pero James debe estar durmiendo. Camino de la puerta, mi pie descalzo choca con algo. Miro hacia abajo y es el cuenco del agua de *Lucky*. James debió traerlo pero ¿dónde está el perro? Con un rápido vistazo compruebo que está durmiendo en el sofá bocarriba y con pinta de haberse peleado con todos los cojines. La imagen me hace sonreír.

Me siento junto a él y comienzo a acariciarlo mientras pienso en todo lo ocurrido. Son las tres de la mañana, estoy en un salón a oscuras y sólo puedo pensar en Ryan Riley.

«¡Qué deprimente!»

Me acurruco en el sofá y me digo a mí misma que esto se acabó. Es el último día que lloro y la última noche que paso en vela haciéndome un millón de preguntas.

A las seis me voy a mi apartamento, me ducho y me visto. Decido ponerme mi falda de la suerte. Hoy la necesitaré. La conjunto con una nadadora azul y mis botas de media caña camel con tachas. Lo único que desayuno es una taza industrial de café.

Después de cepillarme los dientes bajo a *Lucky*. Damos un pequeño paseo hasta el parque del mercado Jefferson, a unas manzanas de mi casa. Mientras *Lucky* juguetea por el césped, un chico más o menos de mi edad que escucha música en sus cascos azules Beats y vigila a su perro, un gracioso beagle, me sonríe. Yo finjo no darme cuenta, a pesar de que es guapo y parece simpático. Noto cómo me sigue observando y, aunque no está siendo descarado o desagradable, me siento incómoda, molesta con la situación. No quiero que ningún chico me mire de esa manera. Suspiro bruscamente. Es demasiado temprano para martirizarme, así que busco a *Lucky* y salgo del parque.

«Gran manera de empezar el día.»

Dejo al perro en el apartamento y me voy al trabajo. Cuando estoy a punto de cruzar las puertas del Riley Group, pienso seriamente en darme la vuelta y fingir que estoy enferma, pero estoy luchando por recuperar a la Maddie profesional, así que no puedo permitirme ese lujo.

Al llegar a la oficina, me sorprende ver a Bentley sentado en mi mesa.

—Buenos días, Maddie.

—Buenos días, Bentley. ¿Ocurre algo? —pregunto confusa.

—No —responde con una sonrisa dulce—, sólo quería preguntarte cómo estabas.

—Estoy bien —me apresuro a responder colgando mi bolso en el perchero.

—¿Seguro?

—Sí, claro —me reafirmo en mi respuesta asintiendo con la cabeza.

—Ayer hable con Ryan cuando te marchaste y me lo contó todo.

Genial. Tenía la esperanza de que Bentley fuera el único ajeno a todo esto. No quiero que mi trabajo quede supeditado a ser la chica que se acostó con el señor Riley.

—Lo que tuve con Ryan no tuvo nada que ver con el trabajo.

Trato de que mis palabras suenen claras y concisas. Ahora mismo sólo quiero que la tierra me

trague. ¿Cómo he podido acabar en esta situación?

—Lo sé —me aclara con voz tranquilizadora—. Sólo quería decirte que nunca había visto a Ryan así.

No. Esto es lo último que necesito.

—Bentley —lo interrumpo—, no quiero saberlo y preferiría que olvidáramos todo esto. Estoy bien.

—Como quieras —contesta a la vez que se levanta de la mesa y se dirige a su oficina—, pero, si alguna vez necesitas hablar, aquí me tienes.

—Gracias.

Bentley se detiene justo en el umbral de su puerta.

—Y nunca pienses que tu trabajo aquí va a quedar en entredicho por nada.

—Gracias —repito.

Bentley asiente y finalmente entra en su despacho.

El día en la oficina pasa extraño y tedioso. No hay mucho trabajo. Cada vez que suena el teléfono de mi mesa, el corazón me da un vuelco pensando que puede ser Tess. Lauren me manda una decena de mensajes. La mayoría de ellos son citas textuales de una amenaza que piensa enviarle por carta a Ryan. En el último, me envía los teléfonos de los que me asegura son varios sicarios. Por el bien de las dos y de Arthur Salt, de Contabilidad, quien según Lauren es su contacto, espero que bromea. En cualquier caso, consigue arrancarme una sonrisa y lo agradezco.

A la hora de comer bajo con ella al Marchisio's.

—¿Seguro que quieres comer aquí? —pregunta mi amiga antes de empujar la puerta del gastropub.

Asiento convencida.

—Es hora de recuperar mi vida.

—Genial —dice dándome un millón de ánimos en una sola palabra.

Entramos y nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Pido ensalada y agua sin gas. No creo que sea capaz de probar bocado, pero me he propuesto recuperar la monotonía y la normalidad y pienso llevarlo a la práctica en todos los aspectos de mi vida.

—Ayer fui al cine —comenta Lauren.

—¿Qué viste?

—Una reposición en el Rialto, *La fiera de mi niña*.

Y mientras le presto toda mi atención a Lauren, ocurre. La puerta del pequeño restaurante se abre y entra Ryan seguido de Bentley, Max y Spencer. Está guapísimo, más que ningún otro día, y no entiendo por qué tiene que ser precisamente hoy.

—Qué hijo de puta —masculla Lauren intentando ocultar su asombro—. Tenía que venir así hoy.

Atraviesa la sala despertando a todas las mujeres del local. Lleva un traje de corte italiano

negro con algunos detalles marrones, como la parte de arriba del bolsillo de la chaqueta o una pequeña presilla en la solapa, y una camisa blanca con rayas azules pero con el cuello y los puños blancos. No lleva corbata y se ha desabrochado los primeros botones. No se ha afeitado y una incipiente y sexy barba le recorre la mandíbula. Además, ese peinado fingidamente casual y absolutamente perfecto y las gafas de sol... creo que eso es lo peor de todo. Aún no se ha quitado sus Wayfarer y es como si todo el atractivo y el misterio se hubieran fundido en una sola persona.

Los cuatro llegan a la barra y al fin se quita las Ray-Ban. Por lo menos algo a mi favor, aunque creo que no soy consciente de la estupidez que acabo de pensar hasta que echa un vistazo al local y sus maravillosos ojos azules se cruzan con los míos.

«Respira, Parker.»

Pero, más que aire, mi cuerpo necesita correr a tirarse en sus brazos.

Seguimos mirándonos. A pesar de la distancia, puedo ver en sus ojos que quiere decirme muchas cosas y ese brillo que me deja hipnotizada sigue estando ahí, da igual cuántas veces me haya repetido que se acabó.

Una luz de alarma se ilumina en el fondo de mi cerebro.

«Esto no es una buena idea, así que deja de mirarlo.»

El camarero llega con nuestras bebidas y es la ayuda que necesito para poder apartar mi mirada de la suya y concentrarla en mi agua sin gas.

Carraspeo al comprobar que Lauren aún lo observa embobada.

—Chica, tienes que sentirte de los más desgraciada ahora mismo —dice perdiendo su vista en la ensalada.

El comentario de Lauren, no sé por qué, me hace sonreír.

—Definitivamente no es mi día —comento.

—Maddie, estoy muy orgullosa de ti.

Las palabras de mi amiga me reconfortan y me hacen mirarla de nuevo.

—Bentley me contó lo que pasó ayer —continúa llena de ternura.

Asiento en silencio. Si ya sabe lo que pasó, no tengo nada más que añadir.

—También sé lo que le dijo Ryan, cómo se siente, pero no sé si quieres que te lo cuente.

—No quiero, Lauren —me apresuro a contestar.

Tanto tiempo intentado averiguar cómo se sentía y ahora tengo la oportunidad de saberlo. Sin embargo, llega demasiado tarde y de la peor manera posible.

Lauren asiente y ambas volvemos a centrarnos en nuestras ensaladas. Intento comer, pero me resulta de lo más difícil. En mi mente aún flota la frase de Bentley, «no había visto nunca a Ryan así», y ahora tengo que sumar la posibilidad de saberlo todo sólo con decir que, efectivamente, quiero. Por si no fuera suficiente, Ryan sigue a escasos pasos de mí. Me siento observada por él, noto cómo otras mujeres lo miran y, cuando la señorita Martin se levanta de su mesa y camina hacia él colocándose el pelo, creo que voy a volverme loca.

—No aguanto más. Tengo que irme —digo a punto de levantarme.

Lauren coloca rápidamente su mano sobre la mía.

—No te muevas —susurra intimidante—. Éste no es el momento de irse, es el momento de echarle huevos, quedarse y ver qué pasa. ¿No estabas cansada de sentirte confusa?

Asiento.

—Pues alguien debe quererte mucho ahí arriba, porque acaban de ponerte en bandeja la posibilidad de comprobar si es el mayor gilipollas del mundo o no.

Suspiro hondo y vuelvo a asentir. Le estoy diciendo sin palabras que me quedaré. Ella me devuelve el gesto y retira su mano de la mía.

Quizá menos disimuladas de lo que pensamos, contemplamos cómo la señorita Martin se acerca a los chicos. Saluda al señor Riley con la sonrisa más grande que he visto en mi vida. Él le devuelve un escueto «Buenas tardes, señorita Martin», le hace un imperceptible gesto a Spencer y, sin ni siquiera volver a mirarla, se coloca de nuevo sus gafas de sol y sale del Marchisio's. Cuando lo veo atravesar la puerta y, sobre todo, cuando la observo a ella regresar molesta e indignada a su mesa, dejo escapar todo el aire en un profundo suspiro. Sin darme cuenta había contenido la respiración hasta averiguar qué pasaba.

Lauren me mira y alza las cejas con una leve sonrisa a la vez que pincha un trozo de tomate y se lo lleva a la boca.

—No es el mayor gilipollas del mundo —musito—, pero eso no significa nada.

Vuelvo a darle un trago a mi agua sin gas y lo observo cruzar la calle a través de la ventana y entrar de nuevo en el edificio del Riley Group.

En la oficina, aunque intento concentrarme en el trabajo, no soy capaz. La frase de Bentley y la proposición de Lauren siguen planeando sobre mí. Por un lado, me recuerdo que me he propuesto acabar con todo esto, no pensar más en él; pero, por otro, no puedo obviar las ganas casi apabullantes que tengo de saber qué sintió Ryan cuando me marché.

Después de una lucha interna de proporciones épicas, acabo sacando el iPhone y mandándole un mensaje a Lauren para que nos reunamos en el archivo.

Sólo llevo en la diminuta habitación dos minutos cuando Lauren entra, se sube en los archivadores, abre la pequeña ventana y se enciende un cigarrillo.

—La que está nerviosa soy yo —me quejo sardónica.

Ella me hace un mohín y exhala el humo de la calada que acaba de dar.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Sí, lo estoy.

—Ryan está hecho polvo.

La primera frase cae como un jarro de agua fría sobre mí.

—Le conté a Bentley que se había comportado como un gilipollas y que nunca se perdonaría el daño que te había hecho.

Lauren me mira esperando alguna reacción por mi parte mientras yo me agarro temerosa al

borde del cajón del archivador a mi espalda, intentando no desmoronarme ante lo que acabo de escuchar.

—¿Tan malo fue? —pregunta en un susurro.

Yo me limito a asentir de nuevo.

—Creí que Bentley te lo había contado.

—Me contó cómo llegaste al despacho, cómo llegó Ryan, la discusión y que habías intentado dimitir.

Suspiro profundamente y me llevo las manos a la cara.

—Lauren, por Dios, no sé qué hacer. —Me siento exasperada—. Quiero pensar que he tomado la mejor decisión, que no me he equivocado, pero lo echo tanto de menos, y es ridículo, porque sólo ha pasado un día, pero creo que ya empecé a hacerlo cuando puse un pie fuera del edificio.

—Maddie, aún hay más.

La mirada que me dedica, y sobre todo su tono de voz, me hacen pensar que lo peor, lo que verdaderamente tenía que haberme planteado si quería saber o no, viene ahora.

—Ryan se arrepiente de lo que pasó, pero también cree que es lo mejor para los dos. Piensa que la situación se le estaba yendo de las manos.

Clavo mi mirada en el suelo. Me siento pequeña, muy pequeña. Mi pobre corazón, que ya estaba roto, ahora cae fulminado. Él cree que es lo mejor para los dos.

—Entonces supongo que no tengo nada que pensar. Esto se ha acabado —murmuro.

—Eso parece —musita Lauren y sé que está sufriendo por ser ella la que tiene que contarme todo esto.

—Probablemente tenga razón y sea lo mejor. No había ninguna posibilidad de que saliera bien.

Lauren se baja de un salto y se acerca para intentar consolarme, pero en estos momentos no puedo dejar que lo haga. Si me abraza, romperé a llorar.

—Tengo que volver al trabajo. Bentley debe de estar preguntándose dónde me he metido —le digo intentando no hundirme en la ínfima distancia hasta la puerta.

Salgo de allí y tengo que respirar hondo una docena de veces para no llorar mientras cruzo la redacción. Cuando llego a mi mesa, me alegra que Bentley no esté. Cierro la puerta y apoyo mi cabeza en ella. Necesito respirar una vez más. En realidad, necesito a Ryan, pero decido obviar ese arrollador sentimiento. Ahora mismo soy como el marcador de rumbo de un avión. Me siento desalineada, inclinada con respecto al horizonte imaginario y necesito como sea recuperar la estabilidad.

Opto por enterrarme en el trabajo. Eso siempre me ha ayudado. Me retiro de la puerta, me acerco a mi mesa y entonces, sin previo aviso, volviendo a hacer trizas mi rumbo y mi corazón, veo sobre mi mesa una pequeña bola de nieve del Big Ben.

Con el paso lleno de dudas, me siento en mi silla. Observo la bola mientras alzo una mano temblorosa para tocarla. Es realmente preciosa. Parece hecha a mano, con la base roja y un cartelito blanco en el que se puede leer «Londres» escrito en letras negras.

Ahogo un sollozo sin dejar de mirarla. ¿Qué hago ahora? ¿Qué demonios hago ahora? Mi pobre corazoncito levanta la mano dispuesto a decir algo, pero no pienso permitirme el lujo de escucharlo. Él cree que es lo mejor para los dos. Quizá yo debería volver a ser la chica lista que un día fui y empezar a pensar lo mismo.

Salgo de la oficina a las cinco en punto. No puedo permitirme estar en este lugar un segundo más de lo necesario. Siento que me falta el aire.

Llego a mi apartamento y me dejo caer en el sofá. Hace muchísimo calor. Llaman a la puerta y mi convaleciente corazón da un vuelco, aunque automáticamente caigo en la cuenta de que es más que probable que sea James.

—Parker.

Me saluda mientras entra a toda prisa con una bandeja de lasaña humeante entre las manos protegidas por guantes de horno.

—Estoy tan dolido —bromea—. Esta mañana desapareciste de mi apartamento sin una nota, un beso de despedida o café recién hecho. Me siento un hombre objeto.

—Ya te gustaría —comento con una sonrisa.

—Sí, pero lo del café recién hecho también —dice a la vez que me da un beso en la mejilla y comienza a cortar la lasaña.

Saco dos platos y los coloco sobre la encimera. Voy hasta el frigo y cojo dos botellitas de agua helada.

—¿Qué tal el día?

—Horrible —sentencio mientras abro una de las botellas.

—Qué bien —replica con una sonrisa.

—¿Y tú qué tal?

—Bien. Mi jefa me ha pagado un par de facturas y después me ha echado un polvo en las escaleras.

Lo miro con los ojos como platos mientras él, como si no hubiera dicho nada fuera de lo común, sigue sirviendo la comida. Finalmente alza la mirada, la conecta con la mía y un segundo después nos echamos a reír.

—Qué cabrón —me quejo entre risas.

—Cierto, ¿pero a que no te has reído así en todo el día?

Niego intentando recuperar el aire.

—Vamos a comer —propone entregándome uno de los platos.

Como se podía prever, la lasaña está deliciosa. James me cuenta cuánto le gusta su trabajo nuevo y lo orgulloso que está de haberlo conseguido sin que su padre intercediera. Vemos un poco la tele y a eso de las doce se marcha a casa después de haberme contado el chiste más malo que he oído en mi vida.

Me pongo el pijama y antes de acostarme me llevo la camita de *Lucky* a mi habitación. El calor ha pasado a grado insoportable y mi cuarto es el único lugar de la casa con aire acondicionado.

Ya metida en la cama, con la mirada fija en el techo, comienzo a pensar en todo lo que me contó Lauren, en lo poco que me contó Bentley y en la bola de nieve, sobre todo pienso en ella.

Lo imagino caminando por una calle de Londres, entrando en una tienda de *souvenirs*, eligiéndola para mí. O quizá la compró en el aeropuerto con la intención de que le valiera para echar un polvo. Es todo tan confuso. De pronto todas las dudas y las preguntas sin respuesta vuelven a mi mente y una con más fuerza que las demás: ¿por qué quiso que me quedara en la revista? Prometió no volver a tocarme, así que ¿qué le importa la suerte que corra lejos de él?

Dudando, como no lo había hecho en mi vida, cojo el iPhone. He hablado sobre Ryan con Lauren, Álex, James, incluso algo con Bentley, quizá ya va siendo hora de que algunas cosas las aclare con él. Si quiero pasar página de verdad y recuperar mi vida, no puedo pasármela dándole vueltas a lo mismo una y otra vez.

Prácticamente temblando, deslizo el dedo sobre la tecla verde. Cuando leo su nombre en la pantalla, tengo la sensación de que el mundo acaba de dejar de girar. Estoy demasiado nerviosa y maldigo que la tecnología dejara atrás los teléfonos en los que podías colgar antes de que la otra persona respondiera sin que tu nombre apareciera en ninguna pantalla.

«Respira, Maddie.»

—Hola.

Su voz a través del teléfono es igual de masculina y sensual.

—Hola —respondo en un susurro.

El silencio se abre paso entre nosotros. Es tan extraño sentirlo tan cerca y a la vez saber que está tan lejos, en todos los sentidos.

—Suenas cansado.

—Anoche no dormí bien.

—Yo tampoco.

Suspira profundamente. En estos momentos sólo quiero correr a abrazarlo.

—Gracias por la bola de nieve. Es preciosa.

—No tienes que dármelas. Estaba caminando por una calle del centro de Londres, ni siquiera recuerdo cuál, y la vi. Pensé que te gustaría.

Ahora la que suspira soy yo. Así era exactamente como mi maltrecho corazoncito se lo había imaginado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué quieres saber?

Allá vamos.

—¿Por qué querías que me quedara en la empresa?

Mi voz ha vuelto a transformarse en un susurro. La respuesta me da muchísimo miedo.

—Porque necesitaba saber que por lo menos podría verte.

De todas las respuestas posibles, ésa era la única que me destrozaría aún más el corazón y al

mismo tiempo hincharía de esperanza los diminutos pedazos.

—Ryan —murmuro con la voz entrecortada a la vez que una lágrima rueda libre por mi mejilla.

¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que acabar así?

—Maddie, es tarde. Deberías intentar descansar.

Asiento a pesar de que soy consciente de que él no puede verme.

—Buenas noches, Ryan.

Trato de que mi voz suene calmada.

—Buenas noches, Maddie.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en la cama. Echo de menos mi nórdico. Me gustaría poder meterme bajo capas de ropa y no salir jamás.

Cuando suena el despertador, llevo casi una hora despierta, mirando el techo, recordando cada una de mis palabras, de las tuyas. No conocía este lado mío tan autodestructivo y lo detesto.

Me bajo de un salto y me meto en la ducha buscando cinco minutos con la mente en blanco. No creo que eso sea pedir demasiado.

Al salir pongo música, algo animado que no me deje pensar, que sólo tenga que gritar a pleno pulmón, que me evada. Elijo *Burn*, de Ellie Goulding. Subo el volumen y comienzo a cantar. No me sé muy bien la letra, pero no me importa. Lo único que quiero es gritar, dejarlo todo atrás, los besos, su mano en mi cadera, mis dientes en su hombro, la bola de nieve, la llamada. Sólo quiero estar bien, pero me temo que eso sí es pedir demasiado.

Me pongo un vestido sin mangas naranja y mis Oxford marrones. Nada especial, pero sinceramente no tengo humor ni ánimos para más. Si pudiera, iría a trabajar en pijama. Me seco el pelo con la toalla y me lo dejo suelto. Hoy no quiero desayunar, ni siquiera mi rutinario café, así que me cepillo los dientes, me maquillo y me marcho. James prometió sacar a *Lucky*, por lo que ya estoy lista para enfrentarme laboralmente a este viernes.

Llego al trabajo antes de tiempo. Nunca imaginé que la ventaja que le sacaría a mis noches de insomnio sería una notable mejora en mi puntualidad. La reunión con el Riley Group es a primera hora de la mañana. Tengo que estar centrada.

Entro en el despacho y antes de que pueda colgar mi bolso oigo farfullar a Bentley en su oficina.

—¿Todo bien? —pregunto acercándome a su puerta abierta.

—Todo mal, Maddie —contesta sin paños calientes—. El inútil de Pessoa no se ve capaz de entregar el artículo a tiempo. Lo que lleva hasta ahora es una auténtica basura. Nunca debí dejarle escribir sobre un tema tan delicado. ¡Joder!

Sobre su mesa hay decenas de folios, todos llenos de tachones y pequeñas notas escritas a mano con rotulador rojo.

—¿No puedes encargárselo a otro redactor?

—¿Quién? Nadie querrá enfrentarse a esto con tan poco tiempo. Estamos metidos en un buen lío. El artículo tiene reservado siete páginas en la maqueta.

Le observo pasearse nervioso y muy enfadado por su despacho, intentando buscar una solución.

—Y encima ahora tenemos que ir a esa estúpida reunión. —Echa un vistazo a su reloj—. Vamos, está a punto de empezar.

Bentley mete todas las hojas en una carpeta, coge otros dos dossieres y me sigue fuera del despacho. La puerta de la sala de reuniones vuelve a estar abarrotada de ejecutivos y de sus asistentes. Cuando atravesamos esa nube de hombres y mujeres enchaquetados, oigo algún comentario sobre que Carson Riley está aquí.

Al fin entramos en la sala de reuniones. Bentley se sienta a una silla de la presidencia y me señala precisamente esa silla a su lado para que me siente yo.

—Si vamos a tener que estar aquí dos horas, por lo menos vamos a aprovechar el tiempo.

Yo me siento y miro la silla al otro lado. Ni siquiera ha llegado y ya estoy nerviosa.

—Nuestro mayor problema es cómo sustituir ese artículo —me recuerda.

—Todos los meses decenas de *freelances* nos envían artículos, ¿no podemos usar ninguno?

—No hay ninguno lo suficientemente bueno para ser tema central.

Antes de que podamos seguir dándole más vueltas, todos los ejecutivos entran en la sala y poco a poco van ocupando sus respectivos asientos en la gran mesa. Saludo a Lauren, que se sienta junto a los otros asistentes.

Apenas un minuto después entra Ryan Riley charlando con su padre y su hermano Spencer. Viéndolos a los tres juntos, nadie podría negar cuánto se parecen. Al pasar junto a nosotros, Carson coloca su mano en el hombro de Bentley en un saludo de lo más paternal al que mi jefe devuelve una sonrisa.

Procuro no cruzar mi mirada con la de Ryan. Tengo que mantenerme profesional y centrada y sus ojos azules no me ayudan en nada.

La reunión comienza como la anterior. Uno a uno los ejecutivos van explicando a qué se están dedicando sus departamentos actualmente y cómo llevan determinados temas. Un más que orgulloso Carson observa cómo su hijo se comporta como el brillante director ejecutivo que es y lleva la voz de mando sin ni siquiera inmutarse.

Bentley no presta la más mínima atención a las cuentas que los pobres ejecutivos le rinden a Ryan. La verdad es que resulta bastante aburrido. Todos son cifras sobre constructoras, inmobiliarias, astilleros y demás empresas del Riley Group. Mi jefe me pasa algunos documentos para que los lea y tampoco son precisamente la diversión hecha papel.

Intento concentrarme. Comienzo a leerlos. Mientras el señor Miller procura convencer a todos de que el departamento de Contabilidad es el más eficiente con diferencia, observo de reojo cómo el señor Riley me está mirando fijamente con una sonrisa en los labios. Al alzar la cabeza comprendo que lo que está mirando es cómo involuntariamente estoy dándome golpecitos cortos y rápidos con el bolígrafo sobre la pierna, justo donde acaba mi vestido. Cuando caigo en la cuenta, paro algo ruborizada. Su sonrisa se ensancha por mi reacción y entonces ocurre que nuestras miradas se encuentran, lo que llevaba temiendo durante más de una hora y con razón, porque son los ojos más maravillosos que he visto en mi vida y jamás podría cansarme de contemplarlos. Él me sonrío una vez más y le devuelve toda su atención al señor Miller.

Echo un rápido vistazo a mi alrededor para comprobar si alguien nos mira, pero afortunadamente todos están centrados en el director del departamento de Contabilidad.

Cuando llega el turno de la revista *Spaces*, Bentley al fin suelta los papeles que lleva mirando y remirando toda la reunión y alza la vista.

—¿Qué tiene que decir sobre la revista, señor Sandford? —pregunta Ryan.

—Todo bien.

Ryan asiente.

—Perfecto, entonces. Señor Smith, las inmobiliarias del Lower Manhattan siguen registrando un déficit del dos por ciento, ¿por qué?

El resto de los ejecutivos miran perplejos y visiblemente molestos a Bentley, que ha vuelto a sus documentos. Todos ellos han soltado parrafadas para justificarse y él sólo ha necesitado dos palabras: «todo bien». Ahora entiendo aquello que dijo Bentley de que, a pesar de formar parte del *holding* empresarial, le dejaban bastante a su aire o por qué la señorita Martin aprovechó que él no estaba para intentar lucirse con la cuestión de la publicidad en la revista.

La reunión termina poco después y todos los ejecutivos comienzan a salir. Bentley, los Riley y yo seguimos sentados. Cuando se asegura de que todos los enchaquetados y sus asistentes se han marchado, mi jefe al fin se levanta.

—Ryan, tenemos un problema —comenta inquieto no sé si por el problema en sí o por la más que plausible reacción del dueño y amo del mundo.

—¿Un problema? ¿Y por qué antes me has dicho «todo bien»? —inquire socarrón.

Ryan se levanta y comienza a colocarse bien los puños de la camisa blanca que le sobresalen elegantemente de su chaqueta color carbón.

—Esos ejecutivos ya me odian porque vengo a trabajar en vaqueros y no corro a esconderme con el rabo entre las piernas cada vez que tú pronuncias mi nombre, así que, como comprenderás, no iba a darles la satisfacción de oírme decir que algo iba mal.

—Qué maduro —le pincha su amigo con una sonrisa.

—Que te jodan.

La sonrisa de Ryan se ensancha tanto como la desesperación de Bentley.

—¿Y cuál es el problema?

—El artículo de Pessoa, se ha caído —contesta Bentley deteniéndose en sus frenéticos paseos y colocando los brazos en jarra.

—¿Qué?

Con esa sola e intimidante palabra se puede notar cómo su voz se ha endurecido y cualquier rastro de sonrisa ha desaparecido.

—El gilipollas no se ve capaz de terminarlo.

—Joder, Bentley. Te pregunté si estabas seguro de que podría con algo así y me respondiste que sí.

—Ryan, confiaba en él. La idea era buena.

—Buena y también muy delicada. Es el memorial del 11S.

Las últimas palabras de Ryan dejan en silencio toda la sala, como si cada uno reflexionara por separado sobre la importancia del tema.

—Tenemos que buscar otro artículo para las páginas centrales y dejar el de Pessoa para más adelante —anuncia mi jefe mortificado.

—Y para otro redactor —sentencia Ryan.

—No os debería costar tanto trabajo encontrar un tema para otro artículo, ¿no? —comenta Spencer—. Cualquiera de vuestros redactores tendrá mil ideas.

—Sí, pero el problema es que todo el número de este mes va sobre cómo la arquitectura debe armonizarse con las ciudades siguiendo las tesis que Harry Mills planteó en el número anterior. Además del editorial sobre la reconversión de edificios en zonas deprimidas.

Mientras Bentley continúa explicando por qué no es tan fácil encontrar una idea para el artículo central, mi mente comienza a perfilar una. Creo que es buena, pero la situación, con Bentley enfadado, Ryan enfadadísimo y Carson Riley como espectador de todo, me intimida un poco.

Respiro hondo. Me aclaro la garganta.

—Yo tengo una idea —digo intentando que mi voz suene firme y segura a la vez que me levanto.

Ryan y Bentley dejan de discutir y centran su mirada en mí. Mi jefe me hace un gesto para que continúe.

—Este número intenta explicar la importancia de una arquitectura en consonancia con la ciudad. Tenemos opiniones de expertos, de arquitectos importantes, pero en ningún momento le hemos preguntado a los neoyorquinos qué esperan de ella, de la arquitectura, quiero decir. —Estoy muy nerviosa—. Así que había pensado que podíamos buscar a una persona normal y corriente, por ejemplo una madre de Queens. Tiene cuatro hijos, una casa que se le está quedando pequeña y en la que en invierno se cuele el frío por culpa de la junta de la ventana del salón. Por otro lado, buscamos a un arquitecto de fama mundial, alguien como Frank Ghery, muy artístico y en cuyos trabajos el diseño es fundamental. Pues bien, la idea es llevar a Ghery a la casa de esta madre de Queens y que muestre cómo su ideal de arquitectura podría hacerle la vida más fácil. Por supuesto, el Riley Group correría con todos los gastos que las mejoras de la casa supusieran. Y podría escribirlo Lewis o Linda.

Todos me miran en silencio y yo cada vez estoy más nerviosa. Por un momento tengo la sensación de que acabo de decir la tontería más grande de la historia.

—Es una idea fantástica —dice Bentley al fin— y para nada pienso dejar que lo escriban Lewis o Linda, lo haré yo mismo.

Todos me sonrían y yo me siento en una nube laboral.

«Genial.»

—Lo mejor será que nos pongamos manos a la obra —continúa Bentley eufórico—. Spencer, mándanos a alguien de Contabilidad que nos ayude con los números y evalúe el gasto. Maddie, tú encárgate de buscar a la madre de Queens y yo me pondré en contacto con Ghery.

Asiento entusiasmada y comienzo a recoger todos los documentos que mi jefe ha ido

esparciendo por la mesa a lo largo de la reunión. Vuelvo a sentir la mirada de Ryan a escasos pasos de mí. Estoy tan contenta que no me importa caer por el precipicio que supone mirarlo y lo hago. La sonrisa que me dedica me llena por dentro. Está feliz y orgulloso.

—Buen trabajo, señorita Parker —me dice.

Yo, sin dejar de mirarlo, recojo el último papel y le devuelvo la sonrisa.

—Gracias, señor Riley.

Giro sobre mis pasos y sigo a Bentley fuera de la sala de conferencias. Ha sido un momento perfecto en todos los sentidos.

Volvemos a la oficina y comenzamos a planearlo todo. Llamo a la asistente social que estuvo con nosotros en la reunión del centro comunitario del Bronx y me da el teléfono de otra agente social en Queens. Quedo con ella al día siguiente para conocer a algunas personas que serían perfectas para el proyecto.

Poco antes de la hora de comer, mientras preparo todo lo necesario para mañana, oigo unos tacones acercarse a mi puerta.

—¿A que no adivinas quién ha convencido al señor Miller de que era la persona adecuada para llevar la contabilidad y controlar los gastos del nuevo artículo? —me pregunta Lauren colocándose frente a mí encantadísima consigo misma.

—No lo sé. —La hago sufrir un poco—. Déjame pensar. —Me pone los ojos en blanco—. ¿Tú?

Lauren sonrío a la vez que se toca la nariz con el índice. Yo le devuelvo la sonrisa y ella arrastra una silla y la coloca al otro lado de mi mesa.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta.

Por suspirar, pienso, cuando veo a Ryan entrar en el despacho de Bentley. Está tan guapo. Sacudo la cabeza y tras pronunciar el «eeehhh» más largo de la historia rebuscando entre los papeles de mi escritorio tratando de centrarme, rescato la carpeta de contabilidad y se la entrego a Lauren.

—Hay que empezar por contabilizar todos estos gastos. Es lo que nos supondría traer y tener a Frank Ghery en Nueva York las próximas dos semanas.

Mi amiga sonrío y, calculadora en mano, comienza a trabajar.

Quince minutos después aún siguen en el despacho. Continúan hablando. Aprovechando que Lauren está muy concentrada mordiendo el bolígrafo y observando una lista infinita de números, me permito contemplarlo. Sólo un minuto, me ruego, porque está demasiado guapo y le hecho demasiado de menos.

Finalmente Bentley se levanta y los dos salen de la oficina. Disimulo y vuelvo a centrarme en mis papales.

—Chicas, tenemos que repartir más trabajo —dice mi jefe para llamar nuestra atención—. La secretaria de Ghery me ha prometido que esta tarde me llamará él en persona. De todas formas, para asegurarnos un plan B, contactaré con otros arquitectos. ¿Cómo va lo de la madre de Queens? —me pregunta.

—Genial. Mañana tenemos las entrevistas.

—Perfecto —responde Bentley—. Lo siguiente que debemos hacer es organizar el personal que tendrá que venir de la constructora, sobre todo, cuántos empleados y qué obras nos los cederán. Las reformas en la casa de esa mujer deberán estar listas en dos semanas.

—Yo me encargo —dice Ryan, que me mira durante un segundo y suspira justo antes de llevar su vista hacia Lauren—. Señorita Stevens, acompáñeme, por favor.

Hace sólo un par de días me habría pedido a mí que lo acompañara y habríamos pasado toda la tarde juntos en su despacho. Ahora me siento decepcionada. Los observo alejarse y me descubro a punto de levantarme y pedirle que sea yo quien lo acompañe. Soy plenamente consciente de que es un pensamiento absolutamente ridículo, pero duele demasiado.

—Maddie, avisa tú a los de Producción. Cuando esta tarde Ghery me llame y diga que sí, quiero poder decirle hasta su número de vuelo, ¿entendido?

Asiento rápidamente, pero aún me estoy compadeciendo.

Como no paramos ni para almorzar, a las tres lo tenemos todo solucionado. Ghery ha llamado y se ha mostrado entusiasmado con el proyecto. Todos los detalles de producción, contabilidad y personal están solucionados. Sólo falta lo concerniente a la madre de Queens, que tendremos que arreglarlo mañana cuando elijamos a nuestra candidata. Es precisamente por eso, porque tendremos que venir a trabajar en sábado, que Lauren y yo podemos marcharnos ya a casa. Con un mensaje de texto, aviso a mi amiga de que estaré en el Marchisio's.

Me pido una Coca-Cola y espero a Lauren sentada en nuestra mesa. Menos de cinco minutos después la veo entrar en el gastropub con un enfado monumental.

—Está insoportable —comenta sentándose bruscamente en la silla e inmediatamente sé que habla de Ryan—. Se ha pasado toda la mañana con un humor de perros. Me ha gritado una decena de veces y puedo sentirme afortunada —continúa sardónica mientras rebusca frenética en su bolso, imagino que los cigarrillos—. Ha ido a su despacho un tal Lifford, creo que de las inmobiliarias, y ha estado a punto de hacerlo llorar. ¿Qué coño le pasa?

Sonríe aún más irónica al caer ella misma en la respuesta y alza la cabeza para mirarme a los ojos.

—Por el bien de la empresa y de los pobres mortales que trabajamos en ella, vuelve a su oficina y échale un polvo.

Sonríe nerviosa porque temo que sea demasiado obvio que me muero de ganas por hacerlo.

—Se acabaron los polvos con Ryan Riley. ¿Ya no te acuerdas? —le replico intentando mostrarme mínimamente ofendida.

—Pues que Dios nos asista, porque no quiero ni imaginar cómo va a estar dentro de una semana.

—Estará perfectamente. Ya habrá encontrado a otra con la que distraerse y punto.

Sólo pensar en esa posibilidad hace que sienta ganas de vomitar.

—¿Cómo puede ser que a estas alturas aún no te hayas dado cuenta, Maddie? No le vale ninguna otra. Sólo le vales tú.

Su frase me deja hecha polvo en demasiados aspectos. Por un lado creo que es mentira, que se equivoca, si no, ¿por qué se ha estado comportando como un perfecto capullo conmigo? Por otro,

hace que me replantee todas las decisiones que he tomado hasta ahora. Y por último y más doloroso, me hace recordar que, aunque quisiera, él ya ha dejado claro que lo mejor para los dos es que esto se haya acabado.

—Lo siento —se apresura a decir ante mi silencio—. Lo siento, pero lo pienso —se reafirma—. Si le vale cualquier chica, tiene decenas esperando a que él simplemente chasquee los dedos.

Probablemente tenga razón, pero ahora mismo no quiero escucharlo. Me hace más daño.

—Lauren, no quiero hablar de esto. Es inútil. Sólo quiero pasar página.

—Pero estás enamorada de él. Es obvio.

—Pero él de mí no y eso también es obvio, porque no le dices a alguien a quien quieres que sólo te la follas para distraerte. —Suspiro profundamente. Estoy cansada de darle vueltas y vueltas a lo mismo. Él no me quiere. No hay nada que añadir a eso—. ¿Sabes qué? Me voy a casa.

Me levanto, meto mi móvil en el bolso y me lo cuelgo cruzado.

—Maddie, espera.

—No, quiero estar sola —digo caminando hacia la puerta, intentando que mis palabras no suenen demasiado ariscas.

—Maddie...

—Lauren —me anticipo a cualquier cosa que fuera a decir—, me parece muy bien que se sincerara contigo o con Bentley, pero conmigo no lo ha hecho nunca. No sé qué siente por mí, suponiendo que sienta algo. Nunca —hago especial hincapié en esa única palabra— se ha dignado a decir nada.

Me dirijo de nuevo hacia la puerta. Ahora mismo estoy muy enfadada.

—¿Sabes que hay días que ni siquiera duerme? —Las palabras de mi amiga hacen que me detenga en seco—. Le prometí a Bentley que no te contaría esto, pero, a pesar de lo odioso que es, creo que hay cosas que mereces saber. Trabaja todo el día y toda la noche intentando que todo vaya bien porque cuarenta y cinco mil personas, al final, dependen de él. No lo estoy excusando, se ha comportado como un auténtico cabrón contigo, pero su vida no es fácil.

Pierdo mi vista en el edificio del Riley Enterprises Group. Cuarenta y cinco mil personas o, lo que es lo mismo, cuarenta y cinco mil familias, niños, alquileres, hipotecas, regalos de cumpleaños, matriculas de universidad... y Lauren tiene razón, al final todo depende de sus decisiones.

—Tiene que ser duro —susurro aún sin volverme—, pero no lo justifica.

¿O quizá un poco sí? Estoy hecha un verdadero lío.

—Es cierto.

Las dos permanecemos en silencio.

—¿Aún quieres marcharte?

—Sí —musito.

—¿Sola?

—No —contesto con una leve sonrisa dándome por fin la vuelta—. Recojamos a James de camino a casa, así tenemos tiempo para convencerlo de que nos haga algo de cenar.

Lauren me devuelve la sonrisa y salimos de Marchisio's.

Después de una succulenta cena y un par de cervezas, vuelvo a mi apartamento. Me pongo mi pijama y cojo a *Lucky* dispuesta a irme a dormir, pero una vez más no lo consigo. No paro de pensar en la conversación que he tenido con Lauren y, por algún motivo, no paro de recordar la que tuve con Ryan el día que le ofrecí mi dimisión. ¿Por qué no me dijo cómo se sentía entonces? ¿Por qué no puede hablar conmigo?

Me paso prácticamente toda noche en vela.

Cuando suena el despertador, me llevo la almohada a la cara totalmente desesperada. Creo que no he dormido más de dos horas seguidas. Encima es sábado y tengo que trabajar o, lo que es lo mismo, ver a Ryan Riley y soportar un día más la vorágine de dudas en la que se ha convertido mi pobre existencia.

Como cada mañana, me ducho y voy hasta el armario. Me pongo un vestido de tirantes con pequeñas flores de colores muy vivos estampadas. Me gusta este vestido. No tiene nada de espectacular, es de lo más sencillo, pero es bonito. Lo acompaño con mis sandalias de cuero marrones y me recojo el pelo en una cola de caballo.

Como sigo con el estómago cerrado a cal y canto, me cepillo los dientes y me voy directamente a la oficina.

El edificio del Riley Group está bajo mínimos. Aparte de nosotros, sólo debe haber una decena de personas trabajando y nadie en nuestra planta. Llego a mi mesa y enciendo el ordenador. Lo más importante es confirmar todas las entrevistas para hoy en Queens.

Suena el teléfono de mi mesa.

—Despacho de Bentley Sandford.

—Maddie, soy Bentley. Estoy en el despacho de Ryan, por favor, tráeme la carpeta verde que está encima de mi escritorio. Muchas gracias.

Cuelga antes de que se me ocurra alguna excusa para no hacerlo. Aunque, por otra parte, si Bentley está allí, no pasará nada que no debiera pasar.

Cojo la carpeta y voy hasta el despacho de Ryan. Tess no está, así que llamo directamente a la puerta.

—Adelante —me dan paso desde el otro lado.

Abro la puerta y la cierro tras de mí. Ryan está sentado a su enorme mesa y mi jefe frente a él. Obviamente sobra decir lo guapísimo que está. Lleva un traje azul y una camisa blanca sin corbata. Gracias a la luz que entra por la ventana, el traje resalta sus maravillosos ojos. Otra vez sin afeitarse.

Definitivamente no podría ser más atractivo.

Le entrego la carpeta a Bentley con la idea de marcharme lo más rápido posible. Me preocupa seriamente ponerme en ridículo quedándome embobada mirando al señor Riley o algo por el estilo.

—Maddie, quédate —me pide Bentley justo cuando iba a alcanzar el pomo de la puerta de nuevo—. Quiero que tú también conozcas todos los detalles.

Asiento y desando lo andado.

Mi jefe comienza a explicarnos todos los detalles relacionados con el vuelo y la estancia de Frank Ghery, pero yo sólo puedo concentrarme en lo cerca que estoy de Ryan, en lo guapo que está, en cómo se lleva los dedos índice y corazón a sus perfectos labios analizando las palabras de Bentley y en cómo sonrío al final, satisfecho por el trabajo bien hecho.

El móvil de Bentley comienza a sonar y gracias a Dios me saca de esta línea de pensamientos tan poco beneficiosa para mí.

—Ryan —dice mirando el nombre que aparece en la pantalla de su móvil—, es Spencer. ¿Subimos a su oficina?

Ryan asiente y rodea su mesa.

—Maddie —continúa Bentley—, coge todos los documentos de Producción, hazles una copia y súbela a Recursos Humanos, al departamento de Spencer. Después ponte con lo de la madre de Queens.

—De acuerdo.

Ryan y Bentley salen del despacho y yo me quedo recogiendo y ordenando los documentos que acabamos de revisar. En un claro alarde de lo patosa que puedo ser a veces, dejo caer la carpeta y decenas de folios se esparcen por el suelo del despacho. Me arrodillo diligente y comienzo a recogerlos. Mientras lo hago, siento algo. No sabría explicar qué es, pero me obliga a alzar la mirada automáticamente. Ryan está de pie en el umbral de su despacho, mirándome con los ojos oscurecidos, brillantes de deseo. Me levanto sin apartar mi mirada de la suya. Siento calor, electricidad, mi cuerpo nervioso, encendiéndose. Lo siento a él.

Por un momento creo que va a cruzar el despacho corriendo y a besarme como sólo él sabe hacerlo y yo me muero de ganas de que lo haga.

—Señorita Parker —me llama en un ronco susurro impregnado de un deseo y una sensualidad que me desarman—, le importaría dejarme solo.

Algo dentro de mí se desvanece. No eran las palabras que esperaba. Mi cuerpo está soliviantado. Mi respiración acelerada. No podría desearlo más. Quererlo más. Esto es una auténtica locura.

Asiento tímida y obligo a mis piernas a obedecerme y empezar a caminar. Ni siquiera compruebo si llevo todos los documentos. Al pasar a su lado justo antes de salir, puedo notar su olor y la tortura de tener que alejarme de él se multiplica por mil.

De vuelta en mi oficina, pierdo la cuenta de cuántas veces tengo que respirar hondo para tranquilizarme.

Al fin lo consigo, hago las fotocopias y me encamino al despacho de Spencer en la planta veintisiete. Aún me tiemblan las rodillas.

La voz del mayor de los Riley retumba en la desierta planta de Recursos Humanos. El aire acondicionado debe estar puesto muy alto, porque incluso hace algo de frío. La puerta de su despacho está abierta y se oye la risa de Bentley.

—¿Puedo pasar? —pregunto bajo el umbral.

—Claro —responde Spencer con una sonrisa de lo más contagiosa.

Camino hasta su mesa y le entrego los papeles.

—¿Qué tal con que estos dos te hagan trabajar en sábado? —me pregunta.

—No está tan mal —respondo con una sonrisa—. Además, es por una buena causa.

—¿Salvarle el culo a Bentley es una buena causa? —inquire absolutamente escandalizado—. Desde luego, no te la mereces —sentencia mirando a mi jefe.

—Eres un capullo. Me la merezco porque soy un jefe adorable, ¿verdad, Maddie?

—Claro —respondo sin dudar.

—No vale. Ella sólo te puede comparar con mi hermano y ese carácter que Dios le ha dado.

—No es para tanto —lo defiendo.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda controlarlas. Bentley disimula su incipiente sonrisa mirando su reloj y Spencer cabecea mientras chista una y otra vez.

—¿Que el carácter de mi hermano no es para tanto? Ves como no te la mereces.

Gracias al cielo, no se ha dado cuenta de nada. Mentalmente doy el suspiro de alivio más grande de la historia.

—Mi padre se quedó muy impresionado contigo —me comenta Spencer mientras Bentley asiente encantado—. Quiere que vengas a comer el domingo a casa. Nada especial, sólo una reunión de familia y amigos.

—Vaya, no sé qué decir. Me siento muy halagada.

—Esta cosa que tienes por jefe también irá —añade.

—No sé —respondo nerviosa.

No creo que pasarme el domingo rodeada de los Riley, y sobre todo de un Riley en particular, sea lo que necesito.

—¿Has probado a decirle alguna vez que no a mi padre? —me pregunta Spencer perspicaz.

—No —contesto con una sonrisa.

—Pues lo dicho. En la casa familiar a eso de las doce.

Bentley me mira sonriente y yo me resigno. La idea me asusta y me pone nerviosa a partes iguales.

Estamos charlando los tres, todavía en el despacho de Spencer, cuando llega Ryan.

—Aquí estás, hermanito —lo saluda Spencer con una sonrisa.

—Joder, me encantaría veros trabajando alguna vez.

Ryan rodea la mesa de su hermano y comienza a buscar algo en su ordenador.

Bentley se levanta y coge una pila inmensa de carpetas que había en una esquina de la mesa de Spencer. Cuando apenas hemos dado un par de pasos, se detiene y hace un torpe intento de rascarse la nariz con la carpeta superior, lo que provoca que varias de ellas acaben en el suelo. Rápidamente me agacho a recogerlas.

—¿Qué mierda haces, Sandford? —grita Spencer al borde de la risa.

—Me pica muchísimo la nariz —se queja—. Es insoportable.

—Espera —le pido levantándome.

Vuelvo a colocar las carpetas sobre el montón y yo misma le rasco la nariz con suavidad.

—¿Mejor?

—Mejor —responde sonriéndome.

—Ves como no te la mereces —sentencia Spencer a la vez que ensancha su sonrisa.

Me giro para devolvérsela y también me permito observar a Ryan. Sigue enfadado, con la mirada clavada en la pantalla del Mac y los labios convertidos en una fina línea. Definitivamente no está para bromas.

Cuando volvemos al despacho, Lauren nos está esperando. Ya se ha puesto en modo contable y no para de hacer cuentas y emborronar un montón de hojas de papel a la vez que suspira una y otra vez. Sólo le falta un ábaco y una de esas viseras verde vidrio.

Sentada a mi mesa, confirmo todas las entrevistas para después del almuerzo. La asistente social ha conseguido reducir las candidatas a cinco. Reviso las horas asignadas y llamo a George para que tenga el coche listo a las tres en punto.

—Genial, Maddie —comenta Bentley—. Cuéntale las novedades a Ryan y de paso pregúntale si querrá ir a las entrevistas.

Asiento y salgo de la oficina rezando para que Spencer también esté en el despacho. Camino lenta, parece que los pies me pesaran cien kilos cada uno. Después de cómo mi cuerpo traidor estuvo a punto de tirarse en sus brazos, no quiero volver a verme en ese despacho donde han pasado tantas cosas a solas con él.

La puerta está entreabierta. Está solo, sentado a su mesa trabajando en el ordenador. Llamo suavemente. Ryan alza la mirada un segundo y hace un leve gesto con la cabeza dándome paso a la vez que vuelve la vista a la pantalla.

Camino nerviosa hasta colocarme frente a él.

—Señor Riley, venía a informarle de que las entrevistas para seleccionar a la madre de Queens ya están concertadas. Hay cinco candidatas. Bentley quiere saber si querrá ir a las entrevistas.

—¿También necesitáis que me ocupe de eso? —inquire brusco con el tono endurecido, mirándome al fin.

—Pensó que estaría interesado —le disculpo nerviosa.

—Ya, bueno. Si no se dedicara a divertirse con mi hermano y con usted, a lo mejor se daría cuenta de que tengo muchas más cosas que hacer antes que perder las horas con la revista.

Obviamente está enfadadísimo, pero no entiendo a qué viene ese comentario.

—¿Ocurre algo, señor Riley?

—No, ¿qué tendría que ocurrir? —pregunta a su vez irónico y molesto, volviendo su vista a la pantalla del ordenador y dando la conversación por terminada.

Pues por mí, perfecto. No tengo por qué soportar sus cambios de humor y todo lo enfadado que esté por algo que ni siquiera quiere contarme.

Giro sobre mis talones dispuesta a salir del despacho.

—Ocurre que no quiero que hagas eso —dice a mi espalda.

Se levanta, rodea su mesa y se apoya en ella.

—¿Qué? —inquiero confusa. No entiendo a qué se refiere.

—No quiero que trates así a mi hermano y a Bentley.

Mi «¿qué?» esta vez es mental de puro asombro y perplejidad.

—Sólo soy amable. Nada más.

—Hay una diferencia entre ser amable y tratar a Bentley como si estuvierais de luna de miel.

Esa rabia mezclada con indignación y orgullo, esa que sólo él sabe sacar de mí, comienza a inundarme. ¿Cómo se atreve a decir algo así?

—Eso no es cierto.

—Sí lo es —sentencia—. Pero, de todas formas, ya da igual. A partir de la semana que viene serás mi secretaria.

¿Qué? ¿Qué? ¡¿Qué?!

—Ryan, al contrario de lo que parece creer, yo no soy secretaria, soy ayudante del editor. Ése es mi trabajo. Creo que lo hago bien y me gusta. Además, ¿ya te has olvidado de que tú ya tienes secretaria? —intento razonar con él.

—La reubicaré. La haré feliz, créeme.

Es tan arrogante, tan presuntuoso, que hace que me entren ganas de gritar.

—La respuesta es no.

Me muestro todo lo tajante que soy capaz.

—La respuesta es sí. A partir de mañana.

¡Ah! ¡Qué frustrante! Es como intentar razonar con un adolescente. Pero de repente una luz se ilumina en mi mente.

—¿Todo esto es porque estás celoso de Bentley?

Él ahoga una sonrisa exasperada en un brusco suspiro.

—No, todo esto es porque no quiero acabar teniendo un ataque la próxima vez que vea cómo le rascas la nariz a Bentley mientras él sonrío encantado y mi hermano te mira el culo. Me paso cabreado todo el día porque no puedo tocarte y, cuando por fin puedo verte, me enfado aún más.

Su mirada por un momento me embauca. Está llena de un deseo apenas contenido, pero también de mucha rabia y frustración. Un reguero de emociones que muestra cómo debe sentirse por dentro. Sin embargo, a pesar de todo, aquí estamos hablando de mí y de mi futuro profesional y no puedo perder todo lo que tengo.

—Si lo haces, me despediré.

No sé cómo he conseguido que mi voz suene fuerte y serena cuando en absoluto me siento así.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta, y ahora puedo ver cómo, aparte de todo lo demás, se siente dolido.

—Sí.

No quiero hacerle daño por nada del mundo, pero tengo que mantenerme firme en este asunto.

—Entonces, ¿no te importa cómo me sienta?

—¿Alguna vez te ha importado a ti cómo me he sentido yo?

—Eso es un golpe bajo.

—Pero no por eso deja de ser verdad.

El silencio se abre paso entre nosotros. Seguimos mirándonos hasta que Ryan sacude la cabeza un par de veces como si al fin cayese en la cuenta de algo. Finalmente vuelve a unir su mirada a la mía, pero parece diferente. Siento como si hubiera vuelto a levantar su escudo, como si Ryan hubiera desaparecido y ya sólo quedará el señor Riley pero con todo el dolor, la rabia y el deseo en sus ojos.

—Joder, quieres seguir trabajando para Bentley, mimándolo, perfecto. Lo cierto es que me parece hasta tierno. ¿Ya te has acostado con él?

—¿Qué?

¿Cómo ha podido ser tan capullo?

—Sí, porque tengo la sensación de que todo esto es porque te has dado cuenta de que te resulta más práctico y laboralmente más provechoso acostarte con él en vez de conmigo.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, le doy una bofetada. Estoy demasiado dolida.

—Eres un capullo que cree que me tiene calada pero que no me conoce en absoluto.

Gira la cara lentamente pero no dice nada, sólo me mira de una manera que me intimida, me atrae y me duele, todo a la vez. Suspiro hondo y reúno las pocas fuerzas que esos ojos azules me dejan.

—Estoy cansada de ti, de esto —mi voz comienza a resquebrajarse—. Jamás podría estar con otro que no fueras tú, ni siquiera ahora que no estamos juntos. ¿Estar juntos? —digo con una triste sonrisa en los labios al recapacitar sobre esas dos palabras—. Como si tú alguna vez nos hubieras permitido algo remotamente parecido.

Ryan, que no ha separado sus ojos de mí un solo instante, permanece en silencio. No quiero romper a llorar delante de él, así que hago lo que debí haber hecho antes y me dirijo hacia la puerta.

—Maddie, ven aquí —me pide en un ronco susurro cuando ya rodeo el pomo con mi mano. Y yo no podría ignorar esa voz aunque la vida me fuera en ello. Está conectada a mí de un modo que ni siquiera entiendo.

—No, Ryan —murmuro sin girarme, concentrándome en no llorar—. Esta vez tus diez segundos encantador no van a valerte de nada.

—Maddie. Por favor, ven aquí —repite—. Prometí no tocarte y lo voy a cumplir, pero al menos necesito saber que no me odias.

Suspiro profundamente. Me lo está poniendo demasiado difícil o demasiado fácil, ¿quién sabe? Siendo perfectamente consciente de que debería marcharme por esa puerta sin mirar atrás, me giro lentamente y dejo que nuestras miradas se entrelacen una vez más.

—No te odio, Ryan.

Nuestras miradas se quedan unidas unos segundos y la electricidad va inundando todo el espacio vacío entre nosotros. ¿Por qué al final lo único que cuenta es cuántas ganas tengo de sentirme entre sus brazos otra vez? Mi respiración se acelera y noto cómo la suya también lo hace. Pero no podemos permitirnos caer en esto de nuevo.

—Tengo que marcharme. Aún me queda mucho por hacer —comento sacando la determinación no sé exactamente de dónde.

Ryan asiente.

—Pues a qué está esperando, señorita Parker.

Los dos sabemos perfectamente lo que hemos querido decirnos en realidad. Yo le he pedido que me deje marchar, que por favor cumpla su promesa, y él ha aceptado.

Nerviosa y con el pulso todavía a mil, camino, casi corro, hasta mi oficina. Lo mejor que he podido hacer ha sido marcharme de allí. Tengo que aprender de una vez por todas que debo dejar de complicarme la vida así.

Convenzo a Bentley para que seamos Lauren y yo las que vayamos a hacer las entrevistas, así podré estar lejos de esta oficina el resto del día.

Entre las cinco candidatas elegimos a Sara Cruz, una madre soltera de cuarenta y tres años. Trabaja como camarera y tiene cuatro hijos. Su casa, una unifamiliar de dos plantas en la calle 50, no está mal, pero la calefacción se le estropeó dos veces el año pasado, a veces se quedan sin agua por culpa de la tubería principal y tiene problemas de humedades en la planta de arriba. Además, se les ha quedado pequeña desde que Diana, la hermana de Sara, y su hijo pequeño se mudaron con ella.

Dejamos todos los papeles firmados y quedamos en llamarla para avisarle del día en que Bentley se pasará por su casa para hacerle la primera entrevista. Es una mujer fuerte y amable que adora a su familia. Me encanta que vayamos a poder ayudarla.

Bentley nos deja volver directamente a casa sin pasar de nuevo por la oficina. Le cuento a Lauren que mañana iré a casa de los Riley. Mi amiga se ríe de mí durante los diez minutos que George tarda en atravesar el túnel de la 59. Al final me dice que lo pase bien, pero ni siquiera consigue parar de reír para poder hacerlo.

Esa noche me acuesto nerviosa, muy nerviosa y, como por otra parte ya me esperaba, apenas consigo dormir.

Mi despertador suena a las nueve. Lo apago de un manotazo y me levanto. Quiero tener tiempo suficiente para arreglarme.

Me doy una larga ducha y vuelvo a la habitación andando de puntillas, mojando todo el parqué a mi paso. Necesito poner algo de música. Animarme. Cojo el iPod, lo conecto a los altavoces y me decanto por lo que nunca falla en la ciudad de Nueva York: U2.

Me pruebo una docena de vestidos, pero frente al espejo a todos les encuentro alguna pega. Al final decido ponerme lo mismo que me pondría si fuera a almorzar con los Hannigan. Si a Mira le parecería bien, pasaría el corte de cualquiera.

Elijo un vestido hasta las rodillas negro con lunares blancos. Está cortado a la cintura, a partir de ahí se vuelve algo vaporoso. Y tiene el escote en palabra de honor con un gracioso fruncido. Como zapatos me pongo una sandalias negras con el tacón de esparto abrochadas al tobillo.

Me dejo el pelo suelto y me maquillo en tonos muy *nude*, nada estridente. El objetivo es ir elegante. Cojo mi cazadora vaquera más nueva y mi bolso negro. Voy hasta la cocina y me siento en uno de los taburetes mientras reviso si lo llevo todo.

Echo un vistazo al reloj. Bentley dijo que me recogería a las once, aún faltan diez minutos. *Lucky* está con Álex y yo no podría comer ni aunque estuviera en el bufé de desayunos más succulento del mundo, así que sólo me queda esperar.

Bentley me recoge puntual en la puerta de mi edificio. Lo hace en un precioso Porsche 911 Club. Durante poco más de una hora recorreremos la interestatal dirección norte escuchando a Coldplay. Los Riley viven en la misma zona de los Hannigan. Me pregunto si se conocerán.

Al llegar a casa de los Riley, tengo que recordarme cerrar la boca un par de veces al descubrirme impresionada por la mansión que se levanta ante nosotros. Está escoltada con los jardines más elegantes y cuidados que he visto en mi vida. El blanco del borde que rodea el acristalado de las ventanas resalta perfectamente sobre el ladrillo rojo de la fachada y el musgo que escala sobre ella. La entrada está flanqueada por un inmenso porche al que se accede por unas escaleras gemelas con unas inmensas barandas de piedra. Bajo ellas, justo en el centro, hay una

estatua de un ángel. Me recuerda a las estatuas de las postales de París. Alrededor de la casa hay una preciosa arboleda que seguro que da una sombra fantástica en las noches de verano.

Bentley rodea la casa y aparca el coche junto a un garaje doble, con las puertas color crema a juego con el empedrado de la fachada beige y terracota.

Me bajo del coche y, mientras espero a que mi jefe lo haga, no puedo evitar perder mi vista en un fantástico Ferrari rojo. Debe de ser un clásico, porque no se parece en absoluto a los Ferrari de ahora. Está envuelto por un halo de elegante velocidad y clásico diseño italiano.

—¿Lista, Maddie?

Asiento y camino hasta él.

Rodeamos de nuevo la casa, esta vez por un bonito camino que surca el jardín hasta llegar a las suntuosas escaleras, y entramos. El vestíbulo me recuerda a la casa de los Hannigan, igual de majestuoso y elegante. Caigo en la cuenta, como si no lo hubiera comprendido hasta ahora, de que estoy en casa de los Riley y comienzo a vislumbrar lo nerviosa que eso me pone.

—No te preocupes, los Riley son encantadores. Además, le he prometido a Lauren que no me separaría de tu lado.

Su último comentario me hace sonreír, porque acaba de reconocer implícitamente que sale con mi amiga.

—Bentley, cielo.

Una suave voz hace que llevemos nuestras miradas hacia las puertas acristaladas al fondo del enorme vestíbulo. Una mujer elegantísima, con una media melena castaña y un precioso vestido color *champagne* se acerca a nosotros. El ligero tintineo de sus tacones al caminar sobre el mármol inunda toda la casa.

—Y tú debes ser Maddie Parker. Carson me ha hablado mucho de ti.

Cuando llega hasta nosotros, le da un abrazo a Bentley irradiando la calidez que sólo puede crear una madre y ya no tengo ninguna duda de que es la señora Riley.

—Encantada de conocerte —me dice con una amable sonrisa tendiéndome la mano.

—Lo mismo digo, señora Riley —contesto estrechándola a la vez que le devuelvo el gesto.

—Llámame Meredith, por favor.

Asiento y vuelvo a sonreír todavía nerviosa.

—Vayamos al patio trasero. Los demás esperan allí.

Me muero por preguntar si los demás incluye a Ryan, sobre todo para saber si ya puedo caer en el colapso nervioso o no, pero me contengo.

El calor acuciante parece haber dado un respiro esta mañana. Meredith camina hasta Carson Riley, sentado a la mesa. Una gran pérgola de madera con lonas blancas y flores naranjas y jazmines entrelazados a las vigas le protege del calor.

Meredith coloca las manos sobre los hombros de Carson y éste le besa una de ellas con ternura. Justo después, sonrío un comentario que Spencer grita desde el jardín. Está jugando al fútbol americano con un niño rubio que no para de reír.

—Carson, cariño, Bentley y Maddie están aquí.

Se levanta rápidamente y sale a nuestro encuentro.

—¿Qué tal, hijo? —saluda con una enorme sonrisa a Bentley. Sin duda parece uno más.

—Muy bien, señor Riley, aunque los Yankees perdieron anoche.

—Un tropiezo sin importancia.

Ambos sonrían.

—Gracias por venir, señorita Parker.

—Maddie, por favor —le pido con una sonrisa.

—¿Se ha solucionado todo?

—Sí. Ghery ha aceptado y ya tenemos a la madre de Queens. Mañana se pondrá todo en marcha

—responde mi jefe.

—Perfecto.

—¡Sandford! —grita Spencer corriendo hacia Bentley y levantándole como si le hiciera un placaje.

Carson, el pequeñajo rubio y yo sonreímos.

—Menudo placaje, papá —comenta el niño mirando admirado a Spencer.

—Spencer, deja a Bentley. Vas a romperle una costilla otra vez.

La advertencia la pronuncia una chica más o menos de la edad de Spencer. Es muy guapa, con lo que se adivina una larga melena rubia recogida en un moño muy años cincuenta, sobre todo por la manera en la que tiene el flequillo recogido a un lado y sobre él una pasada. Lleva una bandeja llena de vasos con limonada, mucho hielo y hojitas de hierbabuena.

Spencer suelta a Bentley y se acerca a ella, que deja la bandeja sobre la mesa.

—Maddie, ésta es Thea, mi mujer. Thea, ella es Maddie, la ayudante de Bentley.

Ambas sonreímos y nos damos la mano.

—Que no te asusten lo brutos que pueden llegar a ser. En cuanto llegue Ryan, acabarán dándose una paliza en el césped.

Ryan no está. De pronto me siento desilusionada.

—¿Cuándo llegará? —pregunta Bentley.

—Está en la oficina. Le pedí que viniera lo antes posible, pero ya sabes cómo es —comenta resignada Meredith.

¿En la oficina? ¿En domingo? ¿Acaso no descansa nunca?

—Es como tiene que ser. El trabajo es lo primero —responde tajante y creo que orgulloso Carson mientras vuelve a sentarse.

Meredith me hace un gesto para que tome asiento con ella y Thea.

—Cuéntanos, ¿qué tal es trabajar con éstos? —pregunta Thea refiriéndose a los hermanos Riley y a Bentley, que charla con Spencer en el césped.

—Me gusta mucho mi trabajo y ellos son geniales. Bentley es un gran jefe.

—Para nosotros es un hijo más. Qué remedio —se queja Meredith con una sonrisa—. De pequeños Ryan y él eran inseparables.

—Como ahora —añade divertida Thea y las tres sonreímos.

—¿El pequeño es tu hijo? —le pregunto a Thea.

—Sí, Chase, un auténtico Riley —protesta—. Por suerte tengo a mi pequeña Olivia. Tiene cuatro años. Ahora mismo debe de estar volviendo loca a la señora Davis, la cocinera —me aclara—. Lleva intentando convencerla desde que hemos llegado para que le haga tortitas para almorzar.

Seguimos charlando mientras bebemos limonada hasta que nos avisan de que el almuerzo está listo. Thea se lleva al pequeño para que se lave las manos y regresa también con Olivia, una niña adorable disfrazada de princesa. No puedo evitar sonreír al verla. Creo que como todos.

La niña corre hasta la mesa y se sienta en una silla más alta que las demás y de un destacable color rosa chicle. Algo perezosos, todos vamos imitándola y ocupamos nuestros sitios en la mesa.

Meredith me reserva el sitio junto a Bentley. Sólo él me separa de la silla vacía de Ryan que preside el extremo de la mesa opuesto al de su padre.

El servicio nos trae el primer plato: un delicioso arroz con langosta. El marisco tiene una pinta tan fresca que por un momento tengo la tentación de girarme en busca del tanque de langostas. Nos sirven un vino blanco riquísimo, un Louis Latour Montrachet del 2009 me parece leer en la etiqueta. Definitivamente, tengo que apuntarme a una escuela de idiomas.

Antes de que pueda llevarme el tenedor a la boca por primera vez, se oye la puerta principal cerrándose y la pequeña Olivia sale disparada hacia el interior de la casa. Unos segundos después veo a Ryan entrar con la niña en brazos. La está llenando de besos mientras ella, feliz, no deja de reír.

—Mami, ha llegado el tío Ryan —pronuncia la pequeña con cierta dificultad entre cosquillas.

Yergo mi cuerpo en la silla a la vez que me meto un mechón de pelo detrás de la oreja. Realmente estoy muy nerviosa.

—Qué bien que ya hayas llegado. Acabamos de sentarnos a la mesa —le anuncia Meredith.

—He venido lo antes que he podido.

Ryan deja a la niña en el suelo, que corre a su asiento. Él se inclina y le da un beso a su madre. Al incorporarse de nuevo echa un vistazo a la mesa y entonces me ve. Sus ojos se clavan en los míos y nos quedamos mirándonos unos segundos de más.

—Maddie —susurra de forma inaudible para cualquiera que no lo mirara embobada como hacía yo.

Aparta la vista de la mía a la vez que asiente las palabras de su madre. Por su expresión obviamente no sabía que venía.

—Siéntate, cielo, en seguida te traerán un plato.

Ryan camina algo inquieto hasta su silla; sin cuidado, deja sobre el respaldo la chaqueta gris marengo que llevaba en la mano y se ajusta el dobléz de su camisa blanca sobre el antebrazo. Su corbata roja asoma del bolsillo del pantalón. Mi corbata favorita.

A pesar de que me concentro en comer, puedo notar cómo me mira perplejo. Aún no sé si alegra de verme aquí o no y eso me preocupa. Quizá ahora mismo se esté preguntando qué demonios hago aquí, en su casa, un domingo cualquiera, almorzando.

Suspiro profundamente e intento centrarme en la tarea que tengo delante: mi delicioso plato de arroz con langosta, aunque es más complicado de lo que parece. Desde que le he visto entrar, mi estómago se ha cerrado a cal y canto.

—Maddie, ¿por qué no nos hablas un poco de ti? —me pide Meredith—. ¿De dónde eres?

—De Carolina del Sur. De un pequeño pueblo llamado Santa Helena, en el Sound.

Ella asiente a la vez que sonrío amable. Noto de nuevo la mirada de Ryan sobre mí. Parece que ahora que soy el centro de atención no tiene por qué disimular.

Comienzo a sentir mucho calor.

—¿Y a qué se dedican tus padres, cielo? —continúa la matriarca de los Riley.

—Mi padre es ingeniero civil y mi madre, ama de casa.

—Deben estar muy orgullosos de ti.

—Lo normal, supongo —contesto tímida.

Si no deja de mirarme, no sé qué voy a hacer. Ahora mismo me tiemblan las rodillas.

—Maddie estudió periodismo en la Universidad de Nueva York, como tú, Thea —le comenta Spencer.

—¿Sí? —responde encantada dejando la servilleta que sostenía sobre la mesa—. ¿Y tuviste al profesor Cohen?

—Sí, claro que sí.

—Ese hombre era un auténtico hueso. Todos ustedes —sigue Thea imitando al viejo profesor de Teoría y estructura de la comunicación de masas— son perfectos herederos del perro de Pávlov.

Susurro las últimas palabras a la vez que Thea las dice. Provocan la risa general, a la que me uno con una sonrisa que no me llega a los ojos. Casi involuntariamente mi mirada se cruza con la de Ryan. Él me observa con una media sonrisa apagada en su rostro. Sí, Ryan, yo también recuerdo la última vez que pronuncié el nombre de ese pobre perro en tu presencia. Rememoro esa conversación una y otra vez cada noche cuando pensar que prometiste no volver a tocarme es lo que ahora tampoco me deja dormir.

Thea ha seguido hablando y ha debido contar una anécdota divertidísima, porque todos se echan a reír. Yo sonrío por inercia y aprovecho el momento para escapar de esos ojos azules. Dios, ¿por qué tiene que ser tan abrumadoramente guapo?

—¿Tienes hermanos? —vuelve a preguntar la madre de Ryan.

—Déjala probar bocado, Meredith —se queja Carson divertido—. Parece que la estés interrogando.

—No se preocupe, no me importa. —En realidad, casi lo agradezco. No podría comer aunque quisiera—. Mi hermana Leah vive en Boston y trabaja como abogada. El mayor, Robert, es ebanista, hace muebles de diseño en Charleston.

—¿Eres la pequeña? —pregunta entrelazando las dedos a la altura de su barbilla.

Asiento.

—Sí señor, una bonita familia. A mí me hubiera gustado tener una hija, pero tuve que conformarme con estos dos trastos. —Todos menos Ryan, que sigue receloso y pensativo, sonreímos—. Afortunadamente Spencer me trajo a Thea y algún día espero que Ryan me traiga a una chica maravillosa.

—Mamá —se queja arisco.

—Hijo, algún día tendrás que sentar la cabeza. Sé que ahora estás muy ocupado siendo un mujeriego.

—Mamá, por Dios.

Se levanta exasperado y camina hacia una pequeña barra cerca de la entrada y rodeada de mesas y sillas de metal y mimbre con grandes cojines de plumón.

—Lo entiendo, lo entiendo, pero algún día conocerás a una chica que te haga perder la cabeza y seré feliz.

Ryan me observa por encima de su vaso con hielo y bourbon apoyado en la barra del bar. Creo que, a pesar de todo, es la forma en que me mira la que me hace querer correr hasta él y tirarme en sus brazos, pedirle que yo sea esa chica para que pueda follarme de esa manera tan increíble y traerme aquí cada domingo.

Ruborizada por sus ojos azules y mis propios sentimientos, vuelvo a fijar mi vista en el plato. Ryan entonces decide regresar a la mesa. Pasa tras Spencer, Chase, Bentley y, cuando lo hace a mi espalda, a la vista de todo el mundo, posa inocente su mano en el respaldo de mi silla. Sólo yo noto la efímera caricia en mi nuca que activa todo mi cuerpo. Sus dedos índice y corazón tocan mi piel desnuda y, a pesar de lo fugaz que resulta el momento, significa tanto. Está lleno de un deseo sin límites como un pequeño cofre repleto de promesas que por desgracia no se pueden cumplir. Y eso lo tiñe todo de un exquisito y dulce dolor.

Al fin Ryan se sienta. Lo observo llevarse la mano a la boca y suspirar frustrado, ansioso como ahora mismo me siento yo. Bebe un trago de bourbon y hace ese gesto reflexivo que adoro, se pasa la mano por el pelo y después la deja en su nuca. Me mira y en sus ojos veo todo ese deseo, toda esa rabia. Parece odiar y anhelar esto a partes iguales. Finalmente los dos apartamos la mirada. No puede ser y mucho menos rodeados de la familia Riley.

Con la piel aún ardiéndome donde han estado sus dedos, por educación me obligo a comer. Thea sigue contando anécdotas de la universidad y gracias a eso consigo relajarme mínimamente.

Nos sirven el segundo: lubina en una cama de verduras confitadas y salsa de limón y nueces. Está riquísimo. Spencer abre otras dos botellas de vino y entre él y Bentley las sirven. Me gusta que sean tan normales. Cualquiera diría que, con todo el dinero que tienen, tendrían servicio hasta para vestirlos y desvestirlos cada día, pero no es así. Sólo son una familia más disfrutando de un almuerzo de domingo en el patio.

—Tengo mucha curiosidad por leer ese artículo —le comenta Carson a Bentley en clara referencia al reportaje de la madre de Queens.

—Va a ser genial —asegura Bentley— y tenemos que agradecersele a Maddie. Ella tuvo la

idea.

—No fue nada. Sólo hice mi trabajo.

—Me gusta esta chica —continúa Carson encantado, haciendo que me ruborice de nuevo—. No busca que la feliciten, sólo quiere hacer su trabajo. No estaba de acuerdo con la jefa de contratación por la que habías apostado, Spencer, pero parece que tiene buen ojo.

—No la contrató Recursos Humanos, lo hizo Ryan personalmente.

Todas las miradas se vuelven hacia Ryan y yo no sé dónde meterme, aunque lógicamente aguanto el tipo. Cualquier reacción por mi parte confirmaría lo que apuesto a que más de uno está pensando ahora mismo en esta mesa.

—No habría tenido que hacerle la entrevista si Spencer no contratara a perros de presa como personal de Recursos Humanos —replica Ryan malhumorado, removiendo desgano la comida en su plato—. Llegó cinco minutos tarde y le cerraron la puerta en la cara. Se quedó allí, hundida, sin saber qué hacer. Parecía un perrito abandonado y me dio pena. Su teléfono no paraba de sonar. Seguro que su casero estaba a punto de ponerla en busca y captura.

Cuando Ryan alza la cabeza, las miradas de su familia se reparten entre la desaprobación y el enfado hacia él y la compasión y la ternura hacia mí. Yo clavo mi vista en el plato y en estos instantes sólo quiero que la tierra me trague. ¿Cómo ha podido ser tan capullo? Se ha superado incluso tratándose de él.

Suavemente deslizo la silla hacia atrás y me levanto.

—Si me perdonáis, tengo que ir un momento al baño.

Señalo torpemente la casa mientras las palabras salen prácticamente en balbuceos de mis labios. Por lo menos no estoy llorando.

—Te acompaño —dice Thea a la vez que se levanta rápidamente.

Entro en la casa y ella me guía.

—Ven por aquí.

Atravesamos la cocina y salimos a un pequeño descansillo con varias puertas. Thea abre una y accedemos a un gran cuarto de baño con los azulejos blanco inmaculado y dos grandes lavabos incrustados en una pieza de mármol trabajada a mano, probablemente de Carrara.

—Gracias —susurro.

—De nada —contesta apoyándose sobre el mueble.

Entro en un pequeño apartado donde está el inodoro. Cierro la puerta tras de mí y me dejo caer contra la pared a la vez que me tapo la cara con las manos. No tendría que haber venido.

—No le hagas caso —me dice—. No está pasando un buen momento. No es que normalmente sea el colmo de la amabilidad, pero tampoco es así.

Oigo el metálico clic de un mechero encendiéndose.

—Tendrías que haberlo conocido hace unos años —prosigue—. Aunque, si te soy sincera, es desde hace unas semanas que parece estar enfadado todo el santo día.

¿Unas semanas? Básicamente desde que nos conocemos. Me pregunto si yo tendré algo que ver.

De todas formas las palabras de Thea me hacen recordar otras que me dijo Ryan el día de mi cumpleaños, cuando compramos la pulsera en el bazar chino: «Ojalá te hubiera conocido hace seis años.» A lo mejor es mi oportunidad para saber qué fue lo que pasó en esa época.

Respiro hondo y salgo.

—Thea, ¿puedo preguntarte algo? —le inquiero cruzando mi mirada con la suya en el espejo a la vez que me lavo las manos.

—Claro.

—¿Qué le paso a Ryan hace seis años?

Thea primero me mira como si no entendiese mi pregunta y después perspicaz por habérsela hecho.

—Déjame pensar. —Clava su vista al techo y permanece unos segundos en silencio—. La verdad, no recuerdo nada en concreto. Hace seis años, en 2008, él tenía veintitrés, no, veinticuatro —dice volviendo a centrar su mirada en mí—. Ryan terminó la universidad y comenzó a trabajar con su padre. Justo un año después, en 2008, Carson se jubiló y él quedó al frente de la empresa.

Así que es eso. «Ojalá te hubiera conocido hace seis años» significa ojalá te hubiera conocido antes de convertirme en el director ejecutivo del Riley Enterprises Group, antes de que cuarenta y cinco mil personas dependiesen de mí, antes de que haya noches que no duerma.

—¿Por qué querías saberlo? —pregunta y de nuevo la noto perspicaz.

—No, por nada en especial.

«Por favor, créeme. Por favor, créeme.»

Thea decide darme el beneficio de la duda y asiente con una sonrisa.

—¿Volvemos? —pregunto.

—Claro.

Regresamos al enorme patio. La mesa está recogida y sólo Carson y Meredith siguen sentados a ella.

—Os habéis perdido el postre —comenta Spencer acercándose a su mujer—, *crêpes* de chocolate con nata.

Thea suspira como si esas *crêpes* fueran el postre más delicioso que hubiera probado jamás.

—La señora Davis ha dicho que, si queréis, os ha guardado dos platos en la cocina. —Ambas sonreímos como respuesta—. O podéis venir a la barra y dejar que os prepare uno de mis maravillosos cócteles.

Nuestras sonrisas se ensanchan. Ambos me miran y yo asiento. Mientras camino hacia la barra, miro de reojo buscando a Ryan, aunque lo cierto es que sigo muy enfadada.

Tras unos pasos, Thea se separa de su marido y se dirige al jardín donde Chase y Olivia la llaman a pleno pulmón.

Spencer toma posición tras la barra, busca su coctelera, revisa las botellas a su espalda y mira que haya suficiente hielo. Finalmente apoya las dos palmas de las manos en la barra y me mira fijamente.

—¿Qué te pongo? —Sólo le falta el «muñeca» y el palillo en los dientes mientras seca un vaso para ser un auténtico camarero de antro.

Sonrío de nuevo.

—Toma Martini blanco con espumoso italiano y zumo de limón. Para mi burbon, Jack Daniel's, solo —contesta Ryan a mi espalda.

Spencer lo mira sorprendido mientras se pone a ello y yo vuelvo a no tener la más remota idea de qué hacer. Me siento inmóvil, incapaz de dar un paso en cualquier dirección. Algo muy útil sin duda alguna.

—He sido un gilipollas —susurra tras de mí—. No tendría que haberme comportado así.

—Mentiría si dijera que no me sorprende, pero no me sorprende.

Sigo muy enfadada.

—Me he disculpado —me espeta terco.

—Y yo he aceptado tus disculpas —le espeto de igual modo a la vez que me giro y por fin le miro directamente a los ojos.

Sonrío a Spencer, que me tiende mi cóctel con mucho hielo, cojo la copa y salgo disparada. Ryan corre tras de mí. Cuando llega a mi altura, mira a su alrededor disimulando lo atropellado de su llegada por si alguien hubiera reparado en nosotros. Por suerte nadie lo ha hecho.

Me toma del codo y me conduce por las enormes puertas de cristal hasta la cocina.

Sin soltarme, Ryan sonrío impaciente a dos criadas hasta que salen de la estancia. En cuanto las noto lo suficientemente lejos de nosotros, me suelto de su brazo bruscamente y me separo unos pasos prudenciales de él, colocando la isla de la cocina, todo metal y brillante mármol italiano, entre nosotros.

Nos quedamos en silencio, mirándonos como si el tiempo, el mundo entero en realidad, se hubiese detenido. Puedo ver en sus ojos azules que desea correr a besarme tanto como lo deseo yo, pero también veo toda esa frustración, toda esa rabia.

Él me dedica su media sonrisa a la vez que ladea la cabeza increíblemente sexi.

—No entiendo cómo puedo echarte tanto de menos.

Sus palabras me colman por dentro, me dejan inmóvil, me hacen feliz, me duelen.

—Yo también te echo de menos —susurro.

Una suave electricidad va tomando cada palmo de aire de la habitación. Es un campo de fuerza dispuesto a invadirnos.

—Maddie, será mejor que vuelvas al jardín.

—¿Otra vez estás decidiendo por mí?

—No hay nada que decidir. Hay cosas que simplemente no pueden ser.

—¿Por qué?

Ryan no contesta. Le da un trago a su Jack Daniel's observándome por encima del vaso y, sin más, sale de la cocina por la puerta opuesta a la que entramos y sube unas majestuosas escaleras a

unos pocos pasos.

Me quedo en mitad de la cocina mirando la puerta por la que acaba de marcharse. Me siento vulnerable, prácticamente abandonada.

Sabía que no tendría que haber venido.

Salgo de nuevo al jardín notando cómo mis piernas aún flaquean. Al verme aparecer, Bentley, que está en el césped con Spencer y Chase, le lanza el balón de fútbol americano al mayor de los Riley y se acerca a mí.

—¿Todo bien? —pregunta algo preocupado.

—Sí —contesto con una sonrisa fingida para intentar borrar cualquier rastro de duda.

—Si quieres, podemos marcharnos.

—Bentley, no te preocupes. De verdad, estoy bien.

Finalmente me devuelve la sonrisa y yo suspiro aliviada cuando lo veo alejarse de nuevo hacia el césped. Le agradezco que se preocupe por mí, pero lo que necesito ahora mismo es respirar hondo e intentar ordenar este caos de pensamientos que me invaden y que tienen un único protagonista: Ryan Riley. Aunque supongo que estoy en el sitio menos indicado para hacerlo.

Meredith me llama de nuevo. Está sentada en la mesa con Thea y la pequeña Olivia. Me siento con ellas y comenzamos a charlar. La verdad es que las dos son muy amables. La señora Riley es una auténtica dama. Me recuerda muchísimo a Mira Hannigan.

Cuando llevamos charlando poco menos de una hora, Ryan aparece por el camino que bordea la casa. Se ha cambiado de ropa. Ahora lleva unos vaqueros, una camiseta roja y las Ray-Ban *Wayfarer* que le quedan tan maravillosamente bien. Camina hasta su hermano Spencer y comienza a jugar con los chicos. Parece joven y despreocupado, y verlo así es fantástico.

Carson sale de la casa y llama a Meredith. Cuando se reúne con él, Carson le pone el brazo sobre el hombro y comienzan a pasear, atravesando los inmensos jardines. Se les ve felices y compenetrados. Una de esas parejas que han nacido para estar juntas.

—Maddie, ¿te importa quedarte con Olivia? Tengo que entrar un momento.

—Claro.

Thea articula sin voz un «gracias» y se dirige rápidamente al interior de la casa. Yo cruzo los brazos sobre la mesa y me inclino para observar cómo dibuja la pequeña.

—¿Quieres dibujar conmigo? —pregunta hablando de esa manera tan encantadora en la que lo hacen los niños, con pausas entre las palabras pensando cómo decir lo que quieren decir.

—Me encantaría —respondo con una sonrisa—. ¿Qué dibujamos?

La niña coge la cera rosa de su caja de *crayons* y me la entrega.

—Ponis —contesta muy convencida.

Sonríó otra vez y comienzo a dibujar un pequeño caballito en la parte superior del folio.

—¡Tío Ryan! —exclama la niña alzando la cabeza y bajando atropellada de la silla.

Yo también alzo la mirada y lo veo de pie a unos pasos de mí. Olivia levanta los brazos y él la coge inmediatamente. Se sienta con la pequeña en su regazo en la silla perpendicular a la mía, de nuevo a mi lado.

—¿Dónde estabas, tío Ryan?

—Jugando al fútbol. Dándole una paliza a tu padre —susurra con una sonrisa inmensa.

Ella ríe encantada. Está claro que adora a su tío. Yo, que continúo dibujando un caballito rosa, no puedo evitar sonreír.

—¿Y vosotras, que hacíais? —pregunta.

—Maddie me estaba ayudando a dibujar ponis.

La niña coge el folio y se lo ensaña.

—Son preciosos.

—Tío Ryan, son ponis-chica —protesta.

—Disculpa —continúa con una sonrisa—. Mi preferida es ésta.

—Ésa la he pintado yo —dice orgullosa—, pero la de Maddie también es muy bonita.

—Preciosa.

Contesta mirándome directamente a los ojos. Yo suspiro profundamente, pero no aparto mi mirada de la suya.

—Es que, cuando Maddie era pequeñita como tú, quería ser pintora —le aclara su tío y, haciendo memoria, continúa— y diseñadora de moda, cocinera, bailarina, cantante y princesa.

Sonrío como una idiota sin poder dejar de mirarlo. ¿Cómo ha podido acordarse de eso? Él me devuelve la sonrisa y nos quedamos contemplándonos, sin decir nada, sólo saboreando la reacción del otro.

—Yo también quiero ser princesa. Tío Ryan, como tú eres arquí..., arquí... —la pequeña se traba con la palabra. Yo la miro y la pronuncio lentamente, exagerando cada sílaba para que me imite —... ar-qui-tec-to —cuando al fin la dice, ambos sonreímos—, he pensado que podrías hacerme un castillo de princesas para que pueda vivir dentro.

Nuestras sonrisas se ensanchan.

—Claro —contesta Ryan.

Coge una cera azul oscuro, le da la vuelta al folio de los ponis y, con la niña aún en brazos, se dispone a dibujar.

—Tío Ryan, tiene que ser rosa —se queja la niña.

Ryan resopla tierno sin perder la sonrisa y coge la cera rosa. Comienza dibujar un castillo enorme con torres y una gran puerta.

—Cuando hagas mi castillo, podrás vivir conmigo —comenta Olivia—, y tú también, Maddie.

—Vaya, gracias —contesto divertida.

Lo observo con su sobrina en brazos, haciéndole cosquillas, dibujando un castillo para ella, y veo esa parte de sí mismo que se empeña en ocultar.

—Listo —dice levantando el papel—. Ahora llévaselo a papá para que lo vea y pregúntale dónde nos dejará construirlo. Necesitamos mucho espacio.

Olivia asiente concentrada, coge el dibujo y sale corriendo hacia el césped llamando a su padre, que charla animadamente con Bentley.

Los dos observamos a la niña unos segundos y finalmente volvemos a esta pequeña porción de intimidad.

—Hola —susurra inclinándose sobre la mesa.

—Hola —respondo de igual forma.

—Probablemente tendría que habértelo dicho antes, me gusta que hayas venido.

Sus maravillosos ojos azules seducen a los míos.

—¿Por qué? —musito.

—Siempre ansiosa por saber, señorita Parker.

Sonrío tímida y clavo mi vista en el suelo. Ryan coloca sus dedos en mi barbilla y me obliga a alzar de nuevo la cabeza para que nuestras miradas se reencuentren.

—Estás preciosa y eso seguro que tendría que habértelo dicho antes.

—No has contestado a mi pregunta. —Ryan me dedica su media sonrisa pero no dice nada—. Contigo no voy a ganar nunca, ¿verdad?

—Parece que no —contesta aún sonriendo de esa manera tan sexi.

Es frustrante que nunca quiera contarme cómo se siente. Quizá si lo hiciera, todo esto sería menos complicado. Sin embargo, lo olvido cuando Ryan suavemente comienza a acariciar mi rodilla desnuda con el reverso de su mano. Una inocente caricia que significa demasiado para las dos. Sonrío y dejo que su mirada vuelva a atrapar la mía. Ahora mismo lo único que quiero es que me bese.

—Maddie, tenemos que marcharnos.

La voz de Bentley me saca de mi ensoñación y me levanto rápidamente. Me pongo muy nerviosa al pensar que alguien podría habernos visto. Ryan no se incorpora, deja sus codos apoyados en las piernas y entrelaza sus dedos.

—¿Lista? —pregunta al llegar hasta mí.

Asiento inquieta. Todavía puedo notar la mirada de Ryan sobre mí.

—Nos vemos mañana —se despide Bentley.

Ryan le sonrío por respuesta.

—Adiós, Ryan —musito.

—Adiós, Maddie —responde y nuevamente puedo sentir cómo sus ojos me abrasan.

En el interior de la casa nos despedimos del resto de los Riley y rodeamos la extraordinaria mansión hasta el garaje. Ahora, junto al coche de Bentley, está el fantástico BMW de Ryan. Lo miro y

automáticamente recuerdo cuando me llevó a la ciudad desde la fiesta de los Hannigan, cómo me hizo sentir sobre el capó de aquel Mercedes. Sacudo la cabeza e intento dejar de lado todos los recuerdos.

«Olvídate de una vez de Ryan Riley y sigue con tu vida, Parker.»

Pero hasta yo sé que, por lo menos hoy, va a ser imposible que lo consiga.

De vuelta en mi apartamento lo primero que hago es quitarme los zapatos y tirarme en el sofá. Estoy cansada a demasiados niveles y, para colmo de males, mañana es lunes.

Me hago la firme promesa de no martirizarme repasando lo ocurrido una y otra vez, pero como soy consciente de que necesitaré estar de lo más entretenida para cumplir mi palabra, voy al apartamento de Álex y James.

Con botellines helados de Budweiser, música de Calvin Harris y los hermanos Hannigan consigo mantener alejados todos los pensamientos sobre Ryan. Cuando literalmente me caigo de sueño, cojo a *Lucky* y regreso a mi apartamento.

Afortunadamente estoy tan cansada que me quedo dormida prácticamente al instante. Lo último en lo que recuerdo pensar es en su mano en mi rodilla, la mejor caricia del mundo.

El despertador suena implacable a las siete en punto. Lo apago de un manotazo y me revuelvo en la cama. Me niego a levantarme. Cuando por fin lo hago, me doy cuenta de que, si no muevo el culo, llegaré estrepitosamente tarde.

Me ducho en tiempo récord. Hoy no pongo ninguna canción motivacional de subida de ánimos. No tengo tiempo. Elijo mi vestido de tirantes negro con falda estampada en tonos celestes y naranjas y me pongo mis Oxford azules. Me remajo el pelo, el calor ha vuelto, me cepillo los dientes y me maquillo.

Cojo una manzana del frigorífico y llevo a *Lucky* a dar un paseo. Me resulta curioso salir a pasear a esta hora del día. Mientras Manhattan está invadida de gente que corre de un lado a otro intentando llegar a sus trabajos, yo sólo paseo con mi perro observando la ciudad. Por algún motivo, el contraste me relaja y me hace disfrutar más de cada suspiro, de cada bocado de mi manzana, de cada «buenos días».

Sin embargo, necesito dinero para vivir y unos quince minutos después me uno a esa nube de neoyorquinos que corre para atrapar el metro. Sorprendentemente, llego casi puntual al edificio del Riley Enterprises Group.

Pasamos la mañana organizando el resto de los detalles del reportaje de la madre de Queens. Bentley entrevistará a Sara Cruz mañana y Frank Ghery llegará a principios de la semana que viene.

No he visto a Ryan en todo el día, ni siquiera cuando he bajado a comer con Lauren al Marchisio's.

La tarde avanza. Todo está tan tranquilo que incluso parece extraño. La temperatura ha ido subiendo paulatinamente y ahora un incómodo bochorno lo inunda todo. No he coincidido aún con Ryan. Me aterroriza que al fin haya decidido que lo nuestro de verdad debe acabarse. Suspiro profundamente y muevo la cabeza. Odio haberme convertido en esta especie de dramatismo andante.

Me levanto llena de determinación, fuerza y dignidad a partes iguales y voy hasta la estantería roja. Comienzo a revisar y rebuscar entre todas las carpetas sin mucho ton ni son. Sólo lo hago para apoyar mi teoría de que lo último que debo hacer es quedarme sentada, llorando por Ryan Riley.

Para cuando termino de arengarme, la estantería está hecha un desastre y yo también. No puedo cambiar lo que siento por él y la verdad es que lo echo muchísimo de menos.

A las cinco en punto Bentley sale de su despacho y me pide que le organice los artículos que ya han pasado su corrección de estilo y después se los lleve a Max a maquetación. A cambio promete invitarme a un trozo de tarta en el Marchisio's. Yo sonrío, cojo los papeles que me tiende y me dirijo hacia la puerta.

—De fresa y grosella —apunto girándome justo antes de salir.

Le llevo los artículos a Max y charlamos un poco.

Cuando las puertas del ascensor se abren de regreso a la plante veinte, me encuentro con una redacción desierta. Le echo un rápido vistazo al reloj y me doy cuenta de que me he entretenido más de lo que pensaba.

Al entrar en el despacho, Bentley está muy serio, apoyado en su mesa. Antes de que pueda preguntar nada, se oye un fuerte portazo. A los pocos segundos Carson Riley cruza la planta como una exhalación, con el paso firme e irradiando un enfado monumental. Detrás de él, más calmado pero con la expresión tan endurecida como apesadumbrada, aparece Spencer. Entonces comprendo que el portazo venía del despacho de Ryan.

Bentley y yo nos miramos justo antes de que el mayor de los Riley entre en la oficina. Suspira bruscamente y se deja caer sobre la mesa al lado de Bentley. Obviamente necesita hablar, así que decido dejarlos solos.

—Traeré unos cafés.

Bentley asiente y yo me dispongo a salir del despacho.

—Dios, ha sido un maldito infierno —oigo comentar a Spencer justo antes de salir definitivamente de la oficina.

¿Qué habrá ocurrido? Un único pensamiento cruza mi mente: ¿cómo estará Ryan?

Me olvido de los cafés, al fin y al cabo sólo eran una excusa para dejarlos solos, y voy hasta el despacho de Ryan. Tess no está. Frente a su puerta, a punto de llamar, pienso que puede que no haya sido tan buena idea. Quizá no quiera ver a nadie y mucho menos a mí o quizá se sienta solo. Ese pensamiento me hace respirar hondo y llamar suavemente.

—Adelante.

Aunque sólo es una palabra, suena agotado, dolido.

Abro la puerta y la cierro tras de mí sin llegar a mirarlo. Cuando al fin alzo la cabeza, lo veo recostado sobre el respaldo de su silla, de espaldas a los grandes ventanales. Se ha aflojado la corbata azul oscuro, ya no lleva chaqueta y tiene la camisa blanca remangada hasta los antebrazos. Tiene un vaso de bourbon en la mano y lo hace bailar entre sus dedos.

Lentamente camino hasta colocarme en el centro del enorme despacho.

—¿Estás bien? —susurro.

Sin llegar a mirarme, Ryan dibuja con sus labios una fugaz pero cargada de ironía sonrisa y da otro trago.

—He visto salir a tu padre y a Spencer y pensé que quizá necesitabas hablar.

Mi voz apenas es un hilo. Tengo miedo de su reacción, pero las ganas de consolarlo pesan más.

—No necesito hablar.

No me mira pero tampoco necesito que lo haga para saber cómo de dolido se siente ahora mismo, cómo de enfadado, de inquieto. Sólo quiero ayudarlo, hacer que se sienta mejor y esa idea se instala en mi estómago y lo aprieta.

De nuevo camino lentamente, esta vez hasta colocarme frente a él.

—Necesitas distraerte.

Aunque sigue siendo apenas un murmullo, las palabras salen llenas de fuerza de mis labios. Ahora mismo es lo único que quiero.

Él alza la cabeza y me mira con la expresión que ya sabría que tendría. Sin embargo, aún más emociones están presentes en ella.

Alzo mi mano despacio y, dejándole claro lo que voy a hacer, la llevo hasta su vaso, se lo quito y lo coloco sobre la mesa. El sonido seco del vidrio contra la madera resuena en toda la habitación. Sin separar mi mirada de la suya, doy un último paso y me coloco a horcajadas sobre él. Ryan suspira profundamente cuando nota cómo nuestros cuerpos se acoplan perfectamente.

—Creí que no querías esto —susurra ronco a escasos centímetros de mis labios.

—A lo mejor estaba equivocada.

Levanta su mano y la lleva hasta mi rodilla, pero justo antes de tocarme la cierra en un puño y la deja caer de nuevo.

—Maddie, yo no puedo darte lo que tú quieres.

Sé que internamente está luchando por dejarme escapar, por pedirme que me marche para no volver a hacerme daño, pero en este instante eso no importa.

—Ahora mismo lo único que quiero es hacer que te sientas mejor —susurro.

La distancia entre nosotros es tan ínfima que puedo sentir su cálido aliento. Despacio, me inclino un poco más y al fin lo beso. Sus labios se entreabren pero sigue inmóvil, luchando. Lo beso suavemente una vez más y entonces noto cómo se rinde. Lleva su mano hasta mi nuca y me acerca aún más a él. Me devuelve los besos apremiante y salvaje. Su otra mano alcanza mi rodilla y sigue subiéndome por mi muslo, levantado mi vestido con ella.

Gimo contra sus labios. Lo he echado tanto de menos.

Deshago el nudo de su corbata y la deslizo por el cuello de su camisa, que abro torpe pero rápidamente. Ryan se levanta sosteniéndome en brazos y me deja sobre la mesa.

Nuestras respiraciones convulsas lo inundan todo.

Desabrocho sus pantalones acelerada. Él me sube el vestido y, apremiante, recorre mis muslos hasta llegar a mis bragas, me las quita y las deja caer en el suelo. Nos miramos directamente a los ojos soliviantados y jadeantes, mientras él da el paso definitivo y, de un solo movimiento, entra en

mí.

Contengo un grito milagrosamente.

Me siento extasiada por el placer y por el gemido que él gruñe desde el fondo de su garganta.

Se deja caer sobre mí y me besa primario mientras se mueve rápido y duro, entrando y saliendo de mí, una y otra vez. Yo levanto mis piernas y le rodeo por la cadera. Cada vez se mueve con más fuerza. Sus estocadas me empujan a través del elegante escritorio de Philippe Starck y tengo que agarrarme con fuerza al borde para no salir despedida.

Gimo contra su boca con mis manos perdidas en su pelo, su espalda, sintiendo cómo él derrocha las suyas en mis pechos.

Me siento en el séptimo cielo del sexo salvaje.

Me embiste con fuerza y se queda dentro de mí. Comienza a mover torturador sus caderas sin llegar a sacar su miembro. Voy a desmayarme de placer. Echo la cabeza hacia atrás pero Ryan sube la mano hasta mi nuca y me obliga a alzarla de nuevo, pegando su frente a la mía.

Baja su otra mano desde mi pecho hasta mi cadera acariciando con veneración mi costado.

—Maddie —susurra a la vez que hace los círculos más grandes pero también más íntimos, más torturadores.

Gimo desesperada. Me está diluyendo en una nube de placer.

—Maddie —repite como si quisiera saborear cada letra de mi nombre y cada segundo de este momento.

Mi cuerpo se tensa. Estoy a punto de estallar. Entonces agarra mi cadera hasta casi hacerme daño y me embiste lleno de fuerza. Posee mi boca con brusquedad para acallar mis gritos y continúa entrando y saliendo rápido, tosco, llegando cada vez más profundo, inundándolo todo.

El placer se extiende dentro de mí hasta alcanzar cada terminación nerviosa de mi piel y me libero en un atronador orgasmo.

Me embiste con fuerza dos veces más y se pierde en mí con su frente aún apoyada en la mía y cerrando los ojos cuando al fin se siente liberado de todo el dolor.

Despacio, se incorpora y sale de mí. Me estremezco cuando lo hace y mi cuerpo se siente abandonado. Sentada sobre la mesa, noto cómo me observa, pero después de la intensidad del momento no sé qué decir ni tampoco qué dirá él, así que despacio me bajo del escritorio.

Me sorprende el hecho de que no llevo zapatos. No sé cuándo me los quitó, pero me gusta el tacto del parqué bajo mis pies descalzos.

Nos vestimos en silencio entre miradas furtivas. Cuando voy a darme la vuelta para marcharme, Ryan me lo impide tomándome suavemente por la muñeca.

—He discutido con mi padre.

Su frase me hace alzar la mirada y buscar sus ojos azules.

—¿Por la empresa?

—Por todo, en realidad.

Ryan me dedica una sonrisa, pero no le llega a los ojos. Sin dejar de mirarme, hunde su mano en

mi pelo y me acerca más a él.

—Maddie, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y no sabes cuánto me duele que todo tenga que ser así.

Está siendo sincero y eso hace que su frase duela demasiado.

—Lo sé —susurro antes de alzarme sobre la punta de mis pies aún descalzos y darle un suave beso en los labios.

Y realmente lo sé, aunque no entienda cómo.

Sin decir nada más, salgo del despacho bajo su atenta mirada. Me siento en la silla de Tess y me pongo mis Oxford. No me arrepiento de lo que acaba de ocurrir. Me necesitaba y, a pesar de las peleas y las lágrimas, hacer que se sintiera mejor, de la manera que fuera, era lo único que deseaba hacer.

Rápidamente vuelvo a mi oficina. Bentley y Spencer aún siguen allí. Discretamente voy hasta mi mesa.

—Maddie, puedes marcharte a casa —me interrumpe Bentley.

Asiento. Despejo mi escritorio en unos segundos, cojo mi móvil y mi bolso y, después de despedirme de Spencer, que sigue alicaído, y de mi jefe salgo del despacho.

Mientras subo las escaleras de la boca de metro de la 4 Oeste, recibo un mensaje de texto de James para que cene con él, Álex y Charlie en el Saturday Sally. Hace demasiado calor para cocinar, así que sonrío encantada y me reúno con ellos.

Vuelvo a mi apartamento a tiempo para ver el programa de Fallon. Me pongo el pijama y me tiro en la cama con *Lucky*.

Suena algo pero no sé qué es. Abro los ojos desorientada ante la insistencia del sonido y entonces comprendo que es mi móvil sobre la mesilla. ¿Quién será? ¿Qué hora es? ¿Qué ha pasado? Decenas de preguntas se agolpan atolondradas en mi mente somnolienta.

Cojo el iPhone y miro la pantalla. Es mi padre. El corazón se me encoge por anticipado.

—¿Papá, estás bien? —pregunto alarmada.

—Sí, pequeñaja —susurra.

Suspiro aliviada y me dejo caer de nuevo en la cama. Giro la cabeza y observo el despertador. Son las dos de la madrugada.

—Papá, ¿qué haces despierto? Es tardísimo.

—No podía dormir. No tendría que haberte llamado —se disculpa—. Hablaremos mañana.

—No. Espera. No cuelgues. No estaba durmiendo.

Le percibo sonreír al otro lado.

—Quiero decir, que no hace mucho que lo estaba. ¿Ahora vas a decirme qué te pasa?

El silencio se adueña de la línea telefónica.

—Pequeñaja —pronuncia en un susurro.

Noto que poco a poco un dolor familiar y agudo se instala en mi estómago. Ya sé lo que va a decirme y me siento como una verdadera estúpida por no haberme dado cuenta antes.

—Papá, siento no poder estar allí contigo.

—No te preocupes, hija. Lo entiendo. —Hace una pequeña pausa—. A veces creo que todo esto es una locura. ¿Quién sigue sintiéndose así después de diecisiete años?

—Alguien que haya estado enamorado de verdad.

Lo oigo lanzar un profundo suspiro y de nuevo el silencio.

—Será mejor que te deje dormir. Mañana tendrás que trabajar. —Su voz suena entrecortada.

—Habla mañana —digo secándome las lágrimas que han empezado a caer.

—Claro, cielo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, papá.

Dejo el teléfono sobre la almohada y me acurruco. A pesar del asfixiante calor, siento frío. Vuelvo a echar de menos mi nórdico para taparme hasta las orejas. Lo único que quiero es estar allí con él.

Sobra decir que no duermo en lo que queda de noche.

A las siete de la mañana estoy duchada, vestida, peinada y maquillada. Además de haber sacado ya a *Lucky* a pasear.

Camino desanimada hasta la boca de metro. Ni siquiera se nota el bullicio ensordecedor de la ciudad, es demasiado temprano. Pero las paredes de mi habitación se me caían encima. Llevaba desde las dos mirando el techo, pensando cómo podría ayudar a mi padre a mil doscientos kilómetros de distancia.

Cuando llego a la planta veinte, me encuentro con una redacción desierta. Aún falta una hora para que la jornada laboral empiece oficialmente. Me siento a mi mesa y comienzo a prepararlo todo. Lo primero que hago es revisar la agenda y el correo de Bentley. Esta tarde tiene una reunión con el arquitecto encargado de la restauración de un edificio muy importante en el centro. Recuerdo que Bentley me pidió algún material de archivo, así que voy a buscarlo para que pueda revisarlo en cuanto llegue.

Paso las carpetas del enorme archivador y no puedo dejar de pensar en mi padre. Lo imagino solo, yendo al cementerio, y ese dolor sordo y agudo en mi estómago se hace más intenso. Cada vez paso las carpetas más rápido, cada vez la impotencia es mayor, cada vez me siento más abrumada, más enfada, más triste.

—¡Joder! —grito golpeando con furia las carpetas y empujando el cajón.

—Maddie —oigo desde la puerta—, ¿qué te ocurre?

Alzo la mirada y observo cómo Ryan entra en la pequeña habitación y cierra la puerta tras él.

—¿Estás bien? —pregunta, y está realmente preocupado.

—Sí, es sólo que hoy es un día complicado para mí —musito sin levantar la vista de las carpetas.

—¿Hoy? ¿Por qué?

—Por nada.

Resoplo y me dirijo hacia la puerta. Estoy muy enfadada conmigo misma y con el mundo en general y no tengo ganas de empezar la mañana con jueguecitos en un cuarto de dos metros cuadrados.

—Maddie —me llama cogiéndome del brazo y alejándome de la puerta.

—Ryan, no es nada, de verdad. —Sigo sin mirarlo.

—Sé que te pasa algo y no vas a salir de aquí hasta que me lo cuentes.

El jefe exigente y controlador ha vuelto. Desde que entramos en esta especie de tregua no había usado ese tono conmigo. Creo que en cierta manera lo echaba de menos.

—Es mi padre —murmuro en un tono de voz casi inaudible.

—¿Tu padre? ¿Está enfermo?

—No. —Niego también con la cabeza, como si negara incluso la posibilidad—. Hoy es el cumpleaños de mi madre.

Me mira confuso y yo decido soltarlo todo de un tirón.

—Mi madre murió. Hoy hubiese sido su cumpleaños. Este día siempre ha sido, es —rectifico con amargura— muy difícil para mi padre, pero por lo menos mis hermanos y yo habíamos estado con él. —Hago una pequeña pausa—. Y este año estará solo.

—Creí que tu madre era ama de casa.

—Mi madre murió cuando yo era pequeña y años después mi padre se volvió a casar. Es una buena mujer y todos la queremos. Para mí es como una madre.

Ryan asiente sin dejar de mirarme.

—Ayer me llamó —susurro con la voz entrecortada. Decido no seguir. No quiero llorar. Aquí no. En lugar de eso, respiro hondo—. ¿Puedo irme ya?

—Maddie.

—Sí, lo sé, debería volver al trabajo —le interrumpo.

Ahora es él quien suspira profundamente. Su mirada sigue en la mía.

—Coge tu bolso y espérame en el garaje.

Sin darme la oportunidad de contestar, sale de la pequeña habitación.

No entiendo nada pero, aun así, obedezco. Vuelvo a mi oficina, recojo mi bolso y bajo hasta el parking. Sólo necesito dar unos pasos para ver a George de pie frente al fabuloso Audi A8.

—Buenos días, Maddie —me dice sonriente.

—Buenos días, George —le devuelvo la sonrisa pero la mía luce apagada.

Supongo que se da cuenta de que no estoy en mi mejor día para charlar del tiempo y cosas por el estilo, porque se queda en silencio a mi lado. A los pocos minutos Ryan se acerca a nosotros.

—Podemos irnos, George.

El chófer nos abre la puerta trasera y ambos subimos. Sin que intercambien ni una sola palabra,

George arranca y se incorpora al tráfico. Sigo sin tener la más remota idea de adónde vamos. Imagino que quiere ayudarme a que el día pase más rápido y me tendrá toda la mañana de reunión en reunión. No es mala idea y se lo agradezco, pero nada podría hacerme olvidar que donde quiero estar es en Carolina del Sur con mi padre.

Ryan le hace un imperceptible gesto a George y la canción *It's time*, de Imagine Dragons, comienza a sonar. Pierdo mi vista en la ventanilla. Observo cómo salimos de Manhattan y tomamos la interestatal 678 en dirección sur. Por un momento pienso que iremos a Astoria o a Woodside, a alguna compra de terrenos. Sin embargo, George pasa de largo esos barrios y asombrada, casi sin palabras, veo cómo el coche entra en la terminal privada del JFK.

La limusina se detiene a pocos metros de un impresionante jet. George me abre la puerta y salgo por inercia. Estoy atónita. Ryan se reúne conmigo y me observa mientras nuestro chófer vuelve a montarse en el coche y se aleja.

—Ryan...

No sé qué más decir. Las palabras se agolpan en mi garganta, pero no soy capaz de formar una frase coherente con ellas. Va a llevarme a Carolina del Sur. Sencillamente no puedo creerlo. No puedo creer que vaya a hacer algo así por mí.

—Maddie, déjame hacer esto por ti —susurra clavando sus ojos en los míos.

Asiento mientras suspiro profundamente. Ryan me coge de la mano y la aprieta con fuerza a la vez que me dedica una dulce sonrisa que se refleja en mis labios. Estoy completa y temerariamente enamorada de este hombre.

Tira suavemente de mí y caminamos hasta las escalerillas. Al pie de ellas nos espera el capitán. Ryan nos presenta, comentan algunos detalles técnicos y finalmente subimos al avión. No me ha soltado la mano en ningún momento y la sensación es mejor de lo que nunca imaginé.

Una azafata altísima y morenísima, con pinta de ferviente multilingüe, nos espera con la sonrisa más solícita que he visto en mi vida.

—Bienvenidos a bordo —nos saluda.

—Marie, por favor, tráenos algo de desayunar.

—En seguida, señor Riley. ¿Desea también la prensa del día?

—El *Times*.

La auxiliar de vuelo asiente y se retira diligente. Ryan me conduce a través del avión hasta unos enormes asientos color crema. Parecen comodísimos. Están distribuidos en pareja y entre ellos hay una mesa de madera de cerezo y acero reluciente. Sin duda alguna, no tiene nada que ver con la clase turista de un avión.

Ryan me indica que me siente junto a la ventanilla y él lo hace frente a mí. La azafata se acerca de nuevo a nosotros. Trae un plato de cruasanes calientes y dos tazas de porcelana blanca en la que echa el café aún humeante de una moderna cafetera italiana. Le entrega el periódico a Ryan y deja otros diarios y algunas revistas sobre la mesa. Él asiente y la azafata se retira.

—Apuesto a que no has desayunado —dice empujando uno de los cafés hacia mí.

Sonrío dándole la razón.

Todavía no me puedo creer que en un par de horas estaré en Carolina del Sur.

—Muchas gracias, Ryan.

—No tienes por qué dármelas.

Sonrío de nuevo y tomo mi taza. Soplo antes de dar el primer sorbo. Mmm, está delicioso.

En mitad de la comodidad de un jet privado me doy cuenta de que me dispongo a salir del estado y ni siquiera le he dicho a mi jefe que no iré a trabajar.

—No he avisado a Bentley —comento algo alarmada.

—No te preocupes por Bentley, ya se lo he explicado. Ha protestado un poco —comenta con una sonrisa—, pero se le pasará.

Me acomodo en mi asiento con la taza de café entre las manos. Ryan me observa durante unos segundos y finalmente toma la suya.

Unos minutos más tarde, la azafata nos pide que nos abrochemos los cinturones y nos retira el desayuno. El avión despega poco después. El no haber dormido prácticamente en toda la noche me pasa factura y, no sé exactamente cuándo, caigo presa del sueño.

Me despierta la voz de Ryan al teléfono y el característico ruido del pasar de las hojas del *Times*. Abro los ojos adormilada y lo veo frente a mí con la cabeza apoyada en la pared del avión y una de las piernas estiradas sobre el otro asiento. Ya se ha quitado la chaqueta y se ha aflojado la corbata.

Al verme despierta, me sonrío y vuelve a centrarse en la conversación por el móvil.

—Llama a Miller y arregla todo el asunto del alza de los contratos... No debería haber problemas con eso... Mándamelos por correo electrónico.

Cuelga el teléfono y me mira de nuevo. Yo sigo acurrucada en el sillón, con la cabeza sumida en la almohada más cómoda del mundo y tapada con una suave mantita.

—Estamos a punto de llegar.

Asiento entusiasmada. Ryan me sonrío una vez más y devuelve su mirada al periódico.

Menos de media hora después estamos bajando del fantástico jet. Me lleva de nuevo de la mano y ese gesto hace que una embriagadora sensación de protección me inunde.

Caminamos hasta un precioso Mercedes A45 plateado. Un hombre con un aspecto tan serio como profesional nos espera junto al coche. Me recuerda a Finn, sólo que no transmite la idea de que puedes confiarle tu vida y él te mantendrá sano y salvo pase lo que pase. Le entrega las llaves del Mercedes a Ryan y un pequeño maletín, la funda de un portátil en realidad.

—Espero que el coche sea de su agrado, señor Riley.

Ryan asiente. La verdad es que es alucinante y parece recién salido de fábrica.

El hombre se marcha. Ryan me abre la puerta y, ya desde mi asiento, observo cómo rodea el coche y se coloca al volante.

Al arrancar, un pequeño panel se ilumina e inmediatamente se activa un navegador que indica el camino más rápido a Santa Helena.

Salimos de la terminal y Ryan sonrío con cierta malicia cuando, nada más incorporarse a la estatal 170, aprieta el acelerador y el A45 parece volar bajo sus manos. Me pregunto vagamente si me dejará conducirlo. Tengo que buscar el momento ideal para preguntárselo.

Antes de que podamos darnos cuenta estamos a las puertas de Santa Helena. Durante todo el camino hemos escuchado Kings of Leon, sobre todo *Beautiful War*, que le he hecho volver a poner

una decena de veces. Es mi preferida.

Conforme vamos adentrándonos en el pueblo, la expresión de asombro parece crecer más y más en el rostro de Ryan. Yo sonrío orgullosa. El Sound de Santa Helena tiene ese efecto para quienes lo ven por primera vez. Las casas coloniales despertando entre frondosas arboledas, los barcos pesqueros y, por encima de todo, el mar, enredado en el Sound primero y después abierto y cadencioso en la costa.

—Es precioso —musita sin poder dejar de contemplar el paisaje.

—Lo sé.

Guío a Ryan por el entramado de calles hasta que detiene el fabuloso Mercedes frente a la casa de mi padre. Por un momento me pierdo en ella. Todo está exactamente igual que la última vez que la vi hace un año.

Ryan, caballeroso, me abre la puerta y salgo de mi ensoñación. Me alejo un par de pasos del coche, él cierra la puerta y se apoya en la carrocería cruzando a la vez los brazos. El viento traiciona su peinado y revuelve su pelo, dejándolo caer sexy sobre el borde de sus *Wayfarer*.

—¿Quieres pasar? —pregunto.

—No, ahora tienes que estar con tu padre.

—Gracias, Ryan.

Él sonrío como respuesta y tengo serias dudas de que las piernas vayan a responderme.

—Estaré en el Hilton.

Asiento nerviosa. Ryan sonrío una vez más, se incorpora despacio y por un momento pienso que va a acercarse a mí, quizá besarme, y esa posibilidad hace que mi cuerpo, ya sobreestimulado por toda la situación, se encienda. Pero definitivamente se aleja y comienza a caminar hacia su asiento con una sonrisa en los labios. Me siento un poco tonta, prácticamente he estado a punto de cerrar los ojos.

Cruzo la calle hasta la entrada de casa. Atravieso la valla blanca y me giro una última vez. Ryan, ya dentro del coche, me está observando. Me despido con un torpe gesto de mano y él arranca el vehículo y desaparece calle arriba.

Suspiro hondo y miro a mi alrededor. Gracias a él estoy en este porche del que reconozco hasta el último centímetro.

Llamo a la puerta. Estoy más nerviosa a cada segundo que pasa.

—¡Dios! —grita Evelyn absolutamente perpleja al verme al otro lado de la mosquitera—. ¡Christopher, cariño, es Maddie! ¡Maddie, está aquí! —continúa a la vez que abre la puerta de malla metálica y me abraza con fuerza.

—Cielo, es maravilloso que hayas venido —susurra embargada por la emoción.

Le devuelvo el abrazo feliz. Evelyn me suelta a tiempo de poder ver cómo mi padre, emocionadísimo y sorprendido como nunca lo había visto, sale del salón con el periódico en una mano y quitándose las gafas con la otra.

—Maddie —murmura con un millón de sentimientos flotando en su voz.

—Papá.

Sin dudarlo, corro hasta él, que parece haberse quedado petrificado, y le doy el abrazo que llevo queriendo darle desde que me llamó mi primer día de trabajo.

—Pequeñaja —pronuncia con la voz entrecortada.

Sonrí conmovida por su reacción.

—No podía dejarte solo.

—Pero ¿y tu trabajo?

—Podríamos decir que esto ha sido idea de mi jefe.

Mi padre me mira confuso y yo vuelvo a sonreír, esta vez pensando en quién ha hecho posible todo esto.

—Papá —susurro a la vez que vuelvo a abrazarlo—, te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Nos sentamos en la inmensa cocina. Evelyn nos prepara té helado mientras yo respondo paciente y absolutamente encantada al interrogatorio de mi padre. Recorre mi vida de cabo a rabo: los exámenes finales del máster, el trabajo, los Hannigan y Lauren, Nueva York, mi cumpleaños.

—Papá, estoy bien, de verdad.

—Nunca va a dejar de preocuparme que vivas sola en una ciudad como Nueva York. Siempre sale en las noticias.

—Mi barrio es muy seguro —apunto— y sabes que no estoy sola. Tengo a James, a Álex y a Lauren. Además, ¡me han regalado un perro! —recuerdo encantada.

Evelyn y mi padre sonríen. Me alegra verlo feliz. Por un momento temía encontrarlo destrozado como cuando me llamó anoche. Aunque sospecho que tenerme aquí sólo está eclipsando temporalmente el día de hoy.

—Aún no me has contado cómo has conseguido venir.

—Es una historia muy larga y no quiero aburrirte.

Mi padre me observa perspicaz y yo pierdo mi vista a mi alrededor, eludiendo descaradamente su mirada y el tema en sí. No pienso contarle, por nada del mundo, que me acuesto con el multimillonario dueño de la empresa en la que trabajo y que me ha traído hasta aquí en su jet privado.

Va a decir algo pero Evelyn lo interrumpe sentándose también a la mesa.

—Déjala, qué más da cómo haya venido, lo importante es que está aquí.

Mi padre sonríe analizando las palabras que acaba de escuchar a la vez que Evelyn me guiña un ojo cómplice y disimuladamente.

Pasamos la mañana charlando y, a la hora de almorzar, mi padre insiste en llevarme al restaurante de Sam, su mejor amigo. Yo acepto entusiasmada. Adoro a Sam y me he pasado media vida en ese establecimiento. De pequeña acompañaba a mi padre en sus eternas charlas con Sam, a veces incluso hasta horas después de que cerrara el restaurante. Y, después, como camarera. Trabajé varios veranos cuando estaba en el instituto. Lo que nunca cambió es que seguía asistiendo a las

mismas charlas, mientras secaba los últimos vasos o disfrutaba de un trozo de fantástica tarta de calabaza que Sam guardaba para mí.

Me quejo y protesto a punto de la pataleta cuando el hijo de Sam, Michael, me dice que su padre no está en el local. Se ha ido a pescar y no volverá hasta la noche. Le hago prometer que le dirá que estoy aquí y que me debe un trozo de tarta.

Comemos y volvemos a casa. En el camino, mi padre se muestra más callado, más taciturno, y automáticamente sé qué es lo que va a pedirme. Sin embargo, también sé que debo darle tiempo para que sea él quien decida cuándo quiere ir.

Aprovecho para subir a mi antigua habitación. Todo está exactamente como lo dejé cuando me marché hace seis años. Incluso siguen colgados mis viejos posters de Fall Out Boy y Kelly Clarkson.

Mientras estoy distraída mirando las fotos del corcho, llaman suavemente a la puerta.

—Adelante —digo y sonrío al hacerlo. ¿De quién me habré acordado?

—Pequeñaja —musita mi padre—, si te parece bien, me gustaría que nos fuéramos ya.

No necesita decirme adónde. Sé que se refiere a visitar la tumba de mi madre. Asiento con la expresión renovada en mi rostro. Ya no quiero sonreír. No me apetece.

Respiro hondo antes de bajar el último escalón, cruzar la cocina y llegar al salón, donde me espera mi padre. Evelyn nunca nos acompaña. Entiende que es un momento que mi padre necesita vivir solo.

—Estoy lista, papá.

—Bien.

Se aleja de la ventana desde donde contemplaba nuestra tranquila calle y se reúne conmigo.

Aparca su viejo Jeep en el camino central flanqueado de cipreses. Siempre he odiado esos árboles. Creo que porque la primera vez que vi uno fue aquí, en el entierro de mi madre.

No ha dicho nada en todo el viaje y ahora continuamos en silencio, caminando despacio. La tristeza que me invade cada vez que estoy aquí es indescriptible. Siento pena por mi madre, que murió cuando todavía le quedaban tantas cosas por vivir. Siento pena por mí, por esa niña de siete años que no comprendía qué le estaban diciendo con eso de «mamá está en un lugar mejor». Recuerdo que, cuando mi padre se arrodilló frente a mí y pronunció esas palabras, lo miré fijamente y respondí «y si está en un lugar mejor, ¿por qué estás llorando?» Pero, sobre todo, siento pena por mi padre. Estaba tan enamorado de ella que diecisiete años después, y aunque ha rehecho su vida, se hunde sin remedio cada vez que llega su cumpleaños.

—Maddie, ¿te importaría dejarme un rato a solas? —susurra sereno, sin llegar a mirarme.

Yo asiento con la vista perdida como él en el nombre grabado de mi madre.

—Llévate el coche. Yo volveré dando un paseo.

—Claro —musito—. Feliz cumpleaños, mamá.

Me doy un beso en los dedos y acaricio con ellos su nombre, *Audrey Rose Parker*.

Despacio, regreso al coche. Antes de montar en él, llevo la vista atrás una última vez. Mi padre sigue inmóvil, procesando un amor absolutamente incondicional. Aparto la mirada y la pierdo en el

horizonte. Puedo ver el mar. Puedo ver los cipreses. Siempre he odiado esos malditos árboles.

Me subo en el Jeep y, sin aumentar mucho la velocidad, salgo del cementerio.

Pienso en la imagen de mi padre de pie, triste, solo, con ese tipo de soledad que seguirías sintiendo en medio de un estadio abarrotado de gente que vitoreara tu nombre. De pronto únicamente puedo pensar en lo injusto que es todo. Mi madre murió demasiado joven. Era buena, dulce, y dejó solo a un hombre maravilloso y a tres hijos que la adoraban. ¿Por qué? ¿Por qué las cosas tuvieron que ser así?

Acelero y cruzo Bay Street como una exhalación. Estoy enfadada, dolida. Siento la misma impotencia que sentí esta mañana cuando pensé que no podría acompañar a mi padre porque ahora entiendo que nadie puede ayudarlo a no sentirse destrozado este día.

Paso mi casa de largo y continúo conduciendo. No comprendo que lo he hecho en dirección al Hilton hasta que me veo frente a él. Quiero verlo. Quiero sentirme un poco mejor.

La recepcionista me informa de que está en una de las *suites*, en la habitación 5.932. Nerviosa, llego hasta su puerta y llamo suavemente. Ryan no tarda en abrir. Está al teléfono. De su habitación escapa una suave canción. Suena bajito pero lo inunda todo.

—Maddie, no te esperaba tan pronto —murmura confuso tapando el auricular del móvil.

Su frase activa algo en mi mente, que también se pregunta qué hago aquí. Te ha traído a Carolina del Sur, es cierto, pero eso no significa que sea tu novio o que esté dispuesto a verte cuando tú quieras.

—Sí, pero los números no son aceptables —continúa hablando por teléfono sin despegar sus ojos de mí. Creo que intenta averiguar qué ha ocurrido—, menos de cuatro millones sería algo demasiado insignificante.

¿Qué haces aquí, Maddie?, vuelvo a preguntarme y me doy cuenta de que lo mejor que puedo hacer es marcharme. Estoy demasiado triste y abrumada.

Sin decir ni una sola palabra, comienzo a caminar alejándome de la puerta, pero Ryan se inclina, me coge del brazo y tira de mí para que entre en la habitación, cerrando la puerta tras mi paso.

—Llama a Miller, compara las cifras y mándame los resultados finales.

Cuelga y se mete el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué pasa, Maddie?

—No lo sé —murmuro—. En realidad no sé a qué he venido. Estaba en el cementerio y mi padre me pidió que lo dejara solo. Mi madre murió hace diecisiete años y aún no me acostumbro a verlo así.

Las palabras arden en mi garganta. Siento que tengo que deshacerme de ellas o acabarán abrasándome por dentro.

Ryan hace una mueca de dolor y ladea la cabeza sin dejar de mirarme.

—Es muy injusto. Todo. Mi madre murió con treinta y dos años y una parte de mi padre murió con ella. Deberían haber podido ser felices. No es justo. Estoy enfadada. Me siento impotente.

La tristeza atenaza mi estómago. El corazón me va a mil y sólo quiero gritar de pura rabia y

frustración.

Él continúa observándome. Sus ojos azules se llenan de compasión y dulce consuelo. Nunca hubiera pensado que lo único que haría que me sintiese mejor sería esa mirada.

Me coloca un mechón de pelo tras la oreja y deja su mano en mi mejilla.

—Lo siento —susurra.

Asiento nerviosa y un sollozo escapa de mis labios. Sin quererlo, las primeras lágrimas comienzan a brotar.

—Maddie —su voz suena ronca y masculina—, déjame hacer que te sientas mejor.

Utiliza las mismas palabras que yo usé ayer con él. Me enjuga las lágrimas con el pulgar y ya estoy perdida. Lo necesito, hoy más que nunca.

—Sí —musito.

Lentamente alberga mis sienes con sus manos y yo cierro los ojos entregada. La suave canción continúa sonando. Baja acariciándome dulcemente hasta llegar a mi cuello. Un nuevo sollozo sale de mis labios. Ryan me chista casi en un suspiro mientras su cálido aliento inunda el mío y me besa suavemente, apenas un roce que repite otra vez intentando llevarse con él toda mi tristeza. Gimo al sentir sus labios y las lágrimas caen sin solución; sin embargo, de alguna manera que ni siquiera entiendo, me siento liberada.

Estrecha su cuerpo contra el mío mientras sigue besándome, con sus manos protegiendo mi cuello, protegiéndome a mí. Subo las mías hasta sus antebrazos y deslizo mis dedos por ellos hasta esconderlos bajo las mangas remangadas de su camisa.

Seguimos besándonos, de pie en el centro de la habitación, sin correr hacia la pared más próxima, sin desvestirnos atropellados como si el otro fuera a desaparecer en cualquier momento. Nunca nos habíamos besado así. Son besos desesperados pero también están llenos de necesidad, de amor. Son besos que curan y apaciguan batallas, son besos que unen, que te entregan.

Ryan se separa de mí y apoya su frente en la mía. Sus manos aún sostienen mi cuello y las mías aún se esconden bajo su camisa.

—Lo único que me importa es verte sonreír —susurra con los ojos cerrados.

Como si hubieran apretado el botón más íntimo de mi alma, sonrío y él abre los ojos en el instante preciso para poder verlo. Vuelve a besarme y yo vuelvo a perderme en él y en este momento.

Acaricia mi pierna con suavidad desde la cadera hasta la parte de atrás de la rodilla. La levanta a la vez que me alza en brazos, obligándome suavemente a rodear su cintura con ella. Imito el movimiento con la otra pierna y envuelvo su cuello con mis brazos, estrechándome aún más contra él. Me besa, lo beso. Le quiero.

Me lleva hasta la cama y nos dejamos caer en ella. Sus besos recorren mi mandíbula y se pierden en mi cuello. Toma el bajo de mi vestido y va remangándolo despacio, guardándolo entre sus manos, dejando al descubierto mis muslos, mis caderas. Entonces se separa de mí lo suficiente para poder tirar del vestido y sacármelo por la cabeza.

Suspiro cuando me siento desnuda bajo él.

—Eres preciosa —susurra contemplándome.

Alzo las manos temblorosas y las llevo hasta su camisa. Intento desabrocharle los botones, pero estoy tan abrumada que no soy capaz de concentrarme en la sencilla tarea. Ryan coloca su mano sobre las mías y comienza a guiarme en cada movimiento. Suspiro cuando pasamos el último botón por el ojal y la camisa se abre ante mí. Ryan libera mi mano y yo deslizo la tela a medida por sus perfectos hombros. La dejo caer al suelo sobre mi vestido. Los dos son blancos y por un momento parecen una maraña de una única prenda. Me gusta esa idea.

Ryan vuelve a besarme y deja caer todo el peso de su cuerpo sobre el mío. Gimo contra sus labios y todo su calor me inunda. Pasea sus manos por mis pechos y solivianta mis pezones por encima del sujetador hasta endurecerlos aún más. Cuando consigue su objetivo, lleva su mano por mi costado hasta llegar a mi cadera y desliza dos de sus dedos bajo la cintura de mis bragas. Las baja lo suficiente para ver la marca que dejó ayer en mi piel y la acaricia con veneración.

Yo pierdo mis manos en su pelo y en su torso desnudo. Antes de que el pensamiento se cristalice en mi mente, mis manos avanzan por cada uno de sus abdominales y llegan hasta su cinturón. Lo desabrocho a la vez que él se deshace de mi ropa interior. Todo sin dejar de besarnos, sin romper el contacto de nuestros labios.

Ryan libera su erección y, guiándola con la mano, la deja en la entrada de mi sexo. Se separa de mí y clava sus ojos azules en los míos. Jadeante, le acaricio la mejilla y lentamente entra en mí.

Dejo escapar un grito ahogado cuando lo siento duro y profundo en mi interior.

Tengo la sensación de que nada más importa. No oigo la música. No siento las suaves sábanas debajo de mí. Sólo soy consciente de Ryan, que continúa con su mirada entrelazada con la mía. Su respiración está acelerada y le noto temblar suavemente.

Sale de mí muy despacio y entra de nuevo lentamente, colmando hasta la última fibra de mi ser. Seguimos mirándonos, contemplándonos. Mi respiración es aún más convulsa. Vuelve a repetir el mismo movimiento y tengo que luchar para que mi cabeza no caiga hacia atrás llena de un condensado placer. Creo que quiere decir algo, pero su mente o sus labios no parecen poder obedecerlo y, en lugar de eso, vuelve a salir de mí y me embiste con una fuerza atronadora.

Un grito rompe mi garganta y todos los sonidos, todas las sensaciones, vuelven a mí. La suave canción inunda mis oídos, las sábanas acarician mi piel mientras Ryan me embiste con fuerza, casi con desesperación, con los puños hundidos en el colchón sujetando su cuerpo y toda la fuerza con la que entra en mí. Él intensifica todo a mi alrededor y me hace delirar de placer.

Sonrío, suspiro, gimo.

Gruñe de placer y yo me agarro con fuerza a su espalda. Nuestros cuerpos perfectamente acoplados se deslizan sudorosos. Continúa moviéndose a un ritmo delicioso. Su mano sigue en mi cadera, como si reclamando ese trozo de mi cuerpo, en realidad, me reclamara entera. Y ésa es la verdad, soy suya. Cada centímetro de mi cuerpo le pertenece. Él era lo único capaz de hacerme sentir mejor, por eso conduje hasta aquí sin ni siquiera saberlo.

Levanto las caderas y las acompaso con sus movimientos, recibéndolo y despidiéndolo cada vez. Nuestras respiraciones entrecortadas rompen nuestros besos. Nuestros gemidos se entremezclan y su cálido aliento roza mis labios.

Él me colma una vez más y yo me agarro desesperada a sus hombros.

—Maddie —susurra contra mis labios.

Y es todo lo que necesito para dejarme llevar por un orgasmo catártico, liberador, sanador. Mi cuerpo estalla en millones de pedazos llenos de luz y el placer se extiende por toda la habitación. Jamás me había sentido así y mi corazón henchido de una euforia desbordante me da la respuesta: porque nunca antes te había hecho el amor.

Él sigue moviéndose. Aprieta con fuerza los puños sobre el colchón y, con una última embestida profunda, se pierde en mí.

Con la respiración todavía jadeante, ambos sonreímos suavemente justo antes de que se deje caer a mi lado.

Tras unos minutos con la mirada clavada en el techo, me preparo mentalmente para marcharme, aunque sólo imaginar el momento de salir por esa puerta me resulta demasiado duro. Me doy cuenta de que la música que suena siempre es la misma canción. Es desgarrada y está llena de amor. Habla de reproches, pero también de poner todo tu amor y tu vida en las manos de otra persona mientras no deja de repetir a palabra *mía*.

No sé qué hacer ni tampoco qué decir. Estoy demasiado confusa por todo lo que acaba de pasar y, sobre todo, por cómo ha pasado. Pero Ryan, como si me hubiese leído el pensamiento, pasea su mano por la cama hasta encontrar la mía y, sin decir nada, las une.

Me giro para poder mirarlo. Continúa con la vista fija en el techo mientras aprieta con fuerza mi mano.

—¿Tienes frío? —pregunta.

Niego con la cabeza pero aun así se incorpora sin soltar nuestras manos y tira de la fina colcha para taparnos.

—¿Estás mejor? —vuelve a inquirir colocándose un mechón de pelo tras la oreja.

Sé que no se refiere al frío. Sé que lo dice por el motivo que me trajo aquí.

—Sí —contesto sin dudar en un murmullo.

Ryan me sonrío y, distraído, pierde sus ojos azules en nuestras manos entrelazadas. Desliza la otra bajo la colcha hasta llegar a mi cadera y con el pulgar comienza a dibujar suaves círculos, lentos, dulces. Sintiéndolos, me relajo y sin quererlo me quedo dormida.

La habitación está prácticamente a oscuras. Sólo la luz que llega desde el puerto y entra por la ventana ilumina algo la estancia. Ryan, a mi espalda, me abraza y sonrío al comprobar que nuestras manos siguen entrelazadas. Podría quedarme así toda la vida, pero necesito saber cómo está mi padre.

Despacio, intentando no despertarlo, me aparto de él y desuno nuestras manos. Ryan da un pequeño suspiro y se mueve aún dormido. Durante unos segundos sonrío como una boba mirándole dormir, hasta que finalmente me alejo de la cama.

Me agacho, recojo mi ropa interior y me la pongo. También cojo mi vestido del suelo, pero, cuando estoy a punto de ponérmelo, me doy cuenta de que es su camisa. Huele como él, a gel de afeitado y lavanda fresca, y no puedo vencer la tentación de ponérmela.

Saco el iPhone del bolso y, procurando no hacer ruido, voy hasta la otra estancia, un elegante

salón con los muebles en tonos cálidos y una gran alfombra hecha a mano cubriendo casi todo el suelo.

Marco el número de casa y, mientras espero a que respondan, camino hasta la enorme ventana. Hay una vista preciosa del puerto desde aquí.

—¿Diga?

—Evelyn, soy Maddie. Llamaba pasar saber si papá había llegado.

—No, tesoro —su voz suena apagada—. Sam ha llamado. Están en el restaurante.

Suspiro y apoyo mi frente en la ventana.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Hoy yo no soy lo importante —susurra y lo hace llena de amor. Nunca me cansaré de pensar que esta mujer es un regalo.

—Iré a buscarlo y lo llevaré a casa.

—No, Maddie. Estar con Sam lo ayuda mucho.

—Está bien. —Resoplo y pierdo mi vista en el puerto—. Te llamaré más tarde.

Cuelgo el teléfono y lo dejo sobre el escritorio. Hay un portátil y una decena de carpetas repartidas por toda la madera. Recorro el borde de la mesa con los dedos y sonrío levemente al imaginarlo aquí sentado, trabajando.

Finalmente vuelvo a la habitación.

—¿Todo bien? —me pregunta adormilado al verme entrar. Está sentado al borde de la cama, aún desnudo.

—Sí o al menos eso creo. Mi padre está con Sam, su mejor amigo.

Ryan asiente pasándose las manos por la cara un par de veces para intentar despertarse del todo. Me observa un segundo y una chispa de deseo brota con fuerza en el fondo de sus ojos azules. Se estira, me coge de la muñeca y me atrae hacia él hasta colocarme entre sus piernas.

—Llevas mi camisa —comenta con una sonrisa.

Le devuelvo el gesto a la vez que miro mis dedos perderse en su pelo.

—Será mejor que me marche —pronuncio llena de dudas y de miedo y demasiado confundida porque no entiendo qué estamos haciendo ni cuánto va a durar.

—¿Quieres marcharte? —pregunta alzando la mirada y dejando que sus preciosos ojos se entrelacen con los míos.

Niego con la cabeza.

—No.

—Entonces no lo hagas.

Suspiro al notar cómo Ryan sube sus manos por la parte de atrás de mis muslos y la curva de mi trasero hasta llegar al final de mi espalda.

—Ryan...

Así es realmente difícil pensar.

—Maddie, estoy cansado de luchar, de intentar no echarme de menos, de pensar que podré olvidarme de ti cuando todo lo que quiero es tenerte entre mis brazos. —El corazón me martillea con fuerza dentro del pecho—. Tú consigues que me olvide del mundo.

Y otra vez eso es todo lo que necesito oír. Sonrío como una idiota y me dejo caer sobre él, que me recibe encantado y me tumba en la cama. Se inclina sobre mí posando su mirada en la mía, pero esta vez la frustración y la rabia, la batalla interna, han desaparecido y ya sólo queda el deseo en sus ojos azules.

—Prométeme que mañana no te arrepentirás de esto —susurro muerta de miedo mientras acaricio su brazo.

—Te lo prometo —responde a escasos centímetros de mis labios.

Y volvemos a enredarnos el uno en el otro.

Ryan está tumbado sobre mí. Tiene la cabeza apoyada en mi pecho desnudo y su mano se pasea rítmicamente por mis brazos. Mientras, yo me dedico a dibujar círculos con la punta de mis dedos en el principio de su espalda. No sé cuánto tiempo llevamos así. La dicha poscoital se transformó en una profunda relajación y ahora parece que sólo buscamos sentir que el otro sigue ahí.

—Ya sé lo que pasó hace seis años —digo distraída.

Ryan se incorpora rápidamente.

—¿Qué quieres decir con que ya sabes lo que pasó?

Yo también me incorporo y calibro su reacción mientras intento, sin ningún éxito, restarle importancia a la situación.

—Cuando estábamos en casa de tus padres y Thea me acompañó al baño, me dijo que debía perdonarte y que tenía que haberte conocido antes, así que le pregunté.

Juego nerviosa con los puños de su camisa. Ni siquiera lo he mirado mientras le respondía.

—¿Y qué te contó? —susurra tratando de sonar tranquilo, aunque puedo notar su mirada inquieta sobre mí.

—Me dijo que hace seis años te convertiste en el director ejecutivo del Riley Enterprises Group.

—Así es. ¿Te dijo algo más?

Niego con la cabeza.

—Pero sé cuánto te preocupa que la vida de cuarenta y cinco mil personas dependa de ti.

Ryan suspira. Creo que lo que siente ahora mismo es una mezcla de dolor y resignación. Se levanta y rápidamente se pone los bóxers. Temo que otra vez haya subido las murallas y me haya dejado fuera.

—Ryan, no hagas eso —le pido abriéndome paso a través de la cama y arrodillándome en el borde, justo frente a él.

—Confía en mí —le suplico—. ¿Qué ocurre?

Ryan vuelve a suspirar y se deja caer sobre la enorme cómoda junto a la pared hasta casi sentarse en ella. Continuamos frente a frente, pero la distancia entre nosotros ha crecido.

—Cuando terminé la universidad, puede que incluso antes, ya sabía que sería el director del Riley Group. —Ryan se cruza de brazos—. Si es así es porque mi padre sabía que soy como él, capaz de renunciar a todo por el bien de la empresa. Y hasta ahora no me había importado, es más, me gustaba, pero implica que hay cosas que no me puedo permitir.

—¿Como una relación? —pregunto.

—No, como una relación con una chica como tú —sentencia, y por un momento me siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies.

—Maddie, yo no soy bueno para ti —dice al fin resignado, pasándose las manos por el pelo.

Su gigantesca batalla interna ha vuelto con más fuerza que nunca y centellea en el fondo de sus ojos azules.

—¿Y por qué no?

—Porque no tengo nada de bueno. —Nervioso, vuelve a incorporarse y se pasea por la habitación—. Nada por lo que una chica inocente y preciosa como tú pudiese quererme. —Resopla bruscamente—. Para empezar, nunca debí dejar que nada de esto pasase.

Se está arrepintiendo otra vez. Una punzada de dolor cruza el centro de mi corazón y todas las estúpidas ilusiones que me había hecho desaparecen al instante.

—¿Te estás arrepintiendo? —musito.

Ryan deja de pasearse y me mira directamente a los ojos.

—Jamás me arrepentiría de estar contigo, Maddie. —Su seguridad es aplastante—. Pero sé que piensas que aquí dentro —dice señalándose el pecho— hay alguien mejor, y no es así.

—No te entiendo, Ryan. Te conozco, puede que creas que no, pero es la verdad, y sé —trato de demostrarle toda la seguridad que siento respecto a estas palabras— que eres un hombre bueno y generoso.

Sonríe pero no le llega a los ojos. Aun así, lo que más me preocupa es la manera en la que me mira. Está llena de una endulzada condescendencia y mucha compasión. No me gusta esa mirada. Siento como si quisiese decir que mis palabras no hacen sino confirmarle la impresión tan equivocada que tengo de él. Detesto esa mirada.

—¿Por qué me miras así?

No dice nada. Atraviesa la habitación como una exhalación y me besa con una pasión desmedida. Me coge en brazos obligándome otra vez a enroscar mis piernas a su cintura y, sin que sus labios se separen un segundo de los míos, me lleva hasta el baño.

Entra en la enorme ducha de diseño y abre el grifo. Al instante una cascada de agua caliente cae sobre nosotros. Su camisa se empapa y se adhiere a mi cuerpo como si fuese una segunda piel.

Mientras se quita los bóxers, continúa besándome hambriento de mí y yo le recibo de igual forma. La punta de su firme erección choca contra mi sexo y me hace abrir los ojos y contemplar al magnífico ejemplar que tengo ante mí. El agua se desliza por su increíble cuerpo. Sus hombros perfectamente definidos, sus brazos fuertes y esas manos tan masculinas que me sujetan sin aparente

esfuerzo. Pero Ryan vuelve a besarme reclamando mi boca y toda mi atención.

Gimo contra sus labios cuando lo siento estrecharse aún más contra mi cuerpo. Se deshace de la camisa y la tira al suelo del baño. Entonces se separa y estira su mano hasta uno de los albornoces junto a la ducha. No entiendo qué quiere hacer. ¿Acaso ya ha terminado? Por Dios, que no haya terminado.

Mis ojos se abren como platos cuando le veo tirar del cinturón del albornoz. Sonríe con esa mezcla de dureza y sensualidad capaz de enloquecer a cualquier mujer y clava sus ojos azules rebosantes de deseo en los míos.

—Une las muñecas por encima de la cabeza —me ordena en un ronco susurro.

Hipnotizada por su mirada, hago lo que me dice y, despacio, subo mis manos. Él aprieta sus caderas aún más contra mi cuerpo, aprisionándome contra la pared de azulejos, y coge el cinturón del albornoz con las dos manos. Lo pasa por mis muñecas, las ata con fuerza y me obliga a estirar todavía más los brazos al anudar el otro extremo a un saliente decorativo de la pared.

Gimo extasiada cuando noto el peso de mis brazos pender del cinturón.

Lentamente se separa de mí hasta que mis pies tocan el suelo. Me observa y, aunque intento mantener su mirada, el deseo de sus ojos me abrasa y envía punzadas de placer directamente a mi sexo.

Ryan lleva su mano hasta mi cuello y me obliga a levantar la cabeza con brusquedad para tomar mi boca. Nos besamos desenfundados. Quiero tocarlo y tiro de las ataduras para soltarme. Él separa nuestros labios apenas unos milímetros y alza sus impresionantes ojos azules hacia mis muñecas atadas. Yo lo observo en silencio, hechizada por su abrumadora belleza. Ryan desliza su mirada por mis brazos hasta llegar de nuevo a mis ojos.

—¿Vas a moverte? —inquire en un tono de voz hecho de fantasía erótica. Es suave pero a la vez lleno de dureza. El que usa quien tiene claro que posee todo el poder y no necesita gritar para demostrarlo.

Yo niego con la cabeza.

—No —susurro al fin en un hilo de voz.

Estoy demasiado excitada y hambrienta de este hombre.

—¿Por qué? —pregunta con un deseo lujurioso casi febril dominando su mirada.

Todo mi cuerpo conoce la respuesta por instinto y se apodera de mis labios para poder contestar.

—Porque tú no quieres que lo haga.

La sonrisa de Ryan, ésa tan dura y sexi, vuelve a aparecer en su rostro. Mi sexo, como siempre, reacciona ante ella y palpita con fuerza. Se inclina de nuevo sobre mí y, sin delicadeza, me obliga a abrir la boca con su lengua y entra en ella, conquistándola.

Mis gemidos extasiados chocan con los suyos.

Lleva sus manos hasta mis pechos y los acaricia. Se concentra en mi pezón, tomándolo entre los dedos, tirando de él, aumentando aún más mi placer. Pronto sus labios se reúnen con sus dedos y comienza a torturarme como sólo él sabe hacerlo. Acaricia mis pezones, los chupa y tira de ellos con

los dientes. Cuando el dolor y el placer se entremezclan en su punto más álgido, los libera y los lame con la lengua para apaciguarlos.

Grito una y otra vez. Siento calor, mucho calor, y no tiene nada que ver con el agua caliente que cae sobre nosotros.

—Ryan —susurro.

Estoy perdida en el más exquisito placer. Quiero sentirlo dentro. Necesito que alivie toda la excitación que está concentrando entre mis muslos, pero por ahora parece no tener la más mínima intención de hacerlo. Está disfrutando de mí.

Continúa bajando, me besa el estómago y se demora en mi ombligo. De rodillas frente a mí, busca mi cadera con su mano y automáticamente le sigue su maravillosa boca. Me besa la marca de sus dedos una y otra vez y, cada vez que siento su lengua pasar sobre ella, me excito más y más.

Entonces se desplaza hasta el vértice de mis muslos y me da un casto beso justo en el centro. Suelto un largo y profundo gemido y Ryan sonrío satisfecho contra mi piel. Desliza su dedo por todo mi sexo una sola vez y yo vuelvo a gemir, casi gritar. Esta deliciosa tortura va a acabar conmigo.

—Ryan, por favor.

Noto cómo sonrío de nuevo.

Vuelve a besarme igual de efímero y casto, pero esta vez deja sus labios apenas a unos milímetros y su cálido aliento me inunda. Me tiemblan las rodillas. En realidad todo mi cuerpo está empezando a vibrar suavemente. Ryan pasea su dedo de nuevo y, cuando creo que va a retirarlo, lo introduce dentro de mí a la vez que me da un largo y profundo beso justo en el clítoris.

Grito y echo la cabeza hacia atrás. Mi espalda se arquea por completo.

Ryan no se detiene y comienza a penetrarme con los dedos mientras su lengua y su boca acarician cada rincón de mi sexo. Quiero bajar las manos desesperadamente, pero la mirada de Ryan me domina a pesar de ser sólo un recuerdo.

Continúa torturador y delicioso cada vez con más fuerza. Con su mano libre coloca mi pierna sobre su hombro y emerge sobre sus rodillas levantándome del suelo. Rápidamente coloco mi otra pierna sobre su otro hombro y el placer se intensifica grandiosamente cuando la gravedad hace su trabajo y prácticamente me siento suspendida sobre su boca.

El calor, el placer, todo el deseo me desbordan y estallo en un espectacular orgasmo apretando mi pelvis contra él, que ralentiza sus caricias consiguiendo que hasta el último destello de placer transformado en gemido salga de mis labios.

Lentamente, deja otra vez mis pies sobre la loza húmeda y caliente y se yergue de nuevo frente a mí. Tiene los restos de mi placer aún en sus labios y yo no he visto nada más sensual en toda mi vida.

Me besa y yo me saboreo a mí misma a través de él. Coge mis piernas y me obliga una vez más a rodear sus caderas. No me concede treguas. Tampoco las quiero. Y me penetra con una embestida fuerte y brusca.

Gimo contra sus labios a la vez que aprieto aún más mis piernas a su alrededor.

Entra y sale brutal y poderoso. Mi espalda se desliza por los azulejos húmedos una y otra vez. Inicia un ritmo casi delirante. Me embiste con fuerza hasta casi empujarme al abismo y, cuando mi

cuerpo empieza a tensarse, desacelera y me tortura con movimientos circulares casi perversos que me hacen sentirlo en todo su esplendor. Pero a él también le afecta. Su respiración es un absoluto caos y su brazo apoyado firmemente en la pared, a la altura de mis ojos, cada vez está más tenso.

Me embiste con fuerza. Cierro los ojos extasiada. Mi cuerpo se prepara para el orgasmo, pero vuelve a ralentizar el ritmo, rotando sus caderas.

—Ryan —gimoteo.

—Mírame —me ordena.

El dominante dios del sexo ha regresado. Me maravilla que pueda hacerme el amor lleno de ternura y después convertirse en un amante exigente e increíble capaz de hacer que mi cuerpo se retuerza de placer sólo con una mirada.

Vuelve a penetrarme con fuerza.

Grito.

Hago un esfuerzo sobrehumano y abro los ojos.

—¿Me querrías si esto fuera lo único que pudiese ofrecerte?

El dios dominante sigue ahí, pero su mirada por un único y escaso segundo ha revelado algo de vulnerabilidad. Yo quiero decirle que ya le quiero, pero las palabras se niegan a abandonar mi garganta.

—Sí —respondo llena de seguridad.

Da igual que no le haya dicho que le quiero. La respuesta siempre será sí, porque, aunque sólo tenga sexo alucinante y enloquecedor para darme, soy suya en cuerpo y alma.

No dice nada y me embiste todavía con más fuerza. Cuando mi cuerpo se tensa, no se detiene y me empuja estocada a estocada hasta hacerme caer en un nuevo y espectacular orgasmo. Su brazo se tensa contra la pared y su otra mano me aprieta con fuerza el culo justo cuando se corre violentamente en mi interior.

Hunde su cara en mi cuello y los dos luchamos por recuperar la preciada monotonía en nuestras respiraciones. Comienzo a temblar, pero no de frío. Es dicha postorgásmica en estado puro. Ryan lo nota al instante y, presto, alarga sus brazos y deshace mis ataduras. Con cuidado, acompaña mis brazos en su descenso y me los acaricia rítmicamente para que recuperen su normal circulación.

Se gira sin separarse de mí y cierra el grifo.

—Deberíamos salir de aquí, estás temblando.

Asiento y dejo que tome mi mano y me guíe fuera de la ducha. Coge el otro albornoz, el que aún tiene cinturón, me envuelve en él y hace lo propio rodeando su cintura con una toalla. Me inspecciona con suavidad las muñecas y los antebrazos para asegurarse de que no me ha hecho el más mínimo daño.

—Te querría igual —repito, aunque en realidad lo que quería decirle es que de hecho ya le quiero.

Al oír mis palabras, alza su mirada hasta encontrarse con la mía.

—No soy tonta. Sé que hay muchos problemas. —No sé de dónde estoy sacando la fuerza para

sincerarme. Creo que el extraordinario polvo bajo la ducha aún me nubla la mente—. Sé que eres mi jefe. Sé que piensas que sólo soy una cría de veinticuatro años —sonríe—, pero te querría igual. — De nuevo quería decirle que ya le quiero, pero de nuevo no soy capaz.

—Lo sé.

Su seguridad me parece tan aplastante que me hace dudar de por qué me preguntó si lo haría hace menos de cinco minutos. Sin embargo, no tiene intención alguna de dejar que se lo pregunte y tira de mi mano para que volvamos al dormitorio.

—Vamos a cenar algo. Me muero de hambre —dice aún tirando de mi mano.

—No puedo.

Mi negativa hace que se gire y me mire confuso. La verdad es que hasta yo me he sorprendido de mis propias palabras.

—Tengo que ir buscar a mi padre —le aclaro— pero, si quieres, puedes acompañarme. Está en el restaurante de Sam. Allí podremos comer algo.

Ryan me mira pensativo unos segundos y finalmente sonrío.

—Acepto.

Le devuelvo la sonrisa y, aunque es lo último que quiero, me suelto de su mano. Necesito encontrar mi ropa.

—Que quede claro que esta vez has sido tú quien ha dicho que no podía quedarse —comenta Ryan con una sonrisa juguetona en los labios.

—Ya veo que algunas cosas nunca cambian y sigue riéndose de mí, señor Riley —me quejo divertida mientras me agacho a coger mi vestido.

—¿Reírme de ti? Jamás me atrevería —contesta socarrón.

Ryan camina hacia mí y me besa. Me mira lleno de deseo y mi cuerpo inmediatamente le responde. Es perturbador que necesite tan poco para que cada centímetro de mí se rinda a él.

—No me mires así —digo entre risas para ocultar el hecho de que, si él quisiera, podría mantenerme en esta cama semanas enteras sólo con esa mirada—. No puedo quedarme. Tengo que ir a buscar a mi padre.

Ryan me dedica su media sonrisa dejándome claro que es tan consciente como yo de lo que podría hacer y da un paso atrás liberándome de su campo de fuerza. Yo sacudo la cabeza aún sorprendida y un poco frustrada por cómo en tan poco tiempo mi cuerpo no sólo ha aprendido a obedecer al suyo, si no que lo espera relamiéndose.

Va a la estancia contigua y yo aprovecho para vestirme.

Vuelve mientras estoy sentada en la cama poniéndome las sandalias. Me sorprende ver que ahora lleva unos vaqueros y una camiseta de manga larga gris con botones en el cuello y una blanca idéntica debajo. De las dos se ha desabrochado los primero botones y subido las mangas. No podría estar más sexi.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —pregunto curiosa.

En el avión no llevaba ninguna maleta.

—De un sitio llamado tienda, señorita —responde burlón sentándose a mi lado en la cama.

Yo le respondo con un mohín al que él devuelve una sonrisa a la vez que apoya los codos en las piernas y entrelaza las manos.

—Antes de subir a la habitación me pasé por la *boutique* del hotel y compré algo de ropa —me aclara.

Ryan posa distraído el índice sobre mi rodilla y comienza a hacer pequeños círculos sobre mi piel.

—Había un montón de esos vestiditos que te encanta ponerte para torturarme.

—¿Torturarte? ¿No te gustan mis vestidos? —pregunto con una sonrisa.

—Los odio todos —responde fingidamente resignado pero con una inminente y sexy sonrisa en los labios. Su comentario hace que la mía se ensanche—. Es muy difícil ser un jefe duro e implacable cuando la empleada parece tan inocente pero tiene esas piernas increíbles.

—Claro, porque es mucho más fácil que tu jefe parezca salido de una portada de revista —me quejo—. ¿Tienes un taller de confección ilegal en el sótano de tu casa para que te hagan todos esos trajes italianos a medida?

—Efectivamente —contesta casi riendo por mis palabras—, así que puedo pedirles que te hagan un par. ¿O en invierno también vas así vestida?

—Sí, voy así y, lo que es peor para ti, uso medias con sexis ligeros de presillas.

—Me parece que en invierno vamos a trabajar muy poco.

Con cada palabra que ha susurrado de una manera increíblemente sensual ha ido subiendo su índice por debajo de mi vestido hasta llegar prácticamente a mi ropa interior. En estos momentos no puedo dejar de mirarlo. Es como un encantador de serpientes. Me dedica su media sonrisa, pero entonces aparta su dedo de un tirón. Como respuesta totalmente involuntaria, se me escapa un decepcionado suspiro.

—Tenemos que irnos.

Le dedico mi mejor mohín y me levanto. Lo ha hecho absolutamente a propósito y su arrogante sonrisa es la mejor prueba de ello.

Salimos del hotel y caminamos por Bay Street. Ryan no me ha soltado la mano desde que hemos dejado la habitación y es una sensación absolutamente maravillosa. Sin embargo, no puedo evitar volver a pensar que no tengo ni idea de lo que estamos haciendo, qué tenemos o cuánto va a durar. Me asusta muchísimo, pero no pienso permitir que mis miedos y mis dudas me hagan desperdiciar ni un solo segundo mientras dure. Es el nuevo *carpe diem*, el *carpe love & sex diem*.

El restaurante de Sam no está muy lejos. Una brisa de lo más agradable despega de la costa y atraviesa cada calle dejando un suave olor a mar. El paisaje es precioso: los frondosos árboles del Sound a un lado y el faro salpicado por decenas de mástiles de barcos al otro. Todo teñido de la sensación de que somos unos auténticos privilegiados por poder observar una postal viviente.

Ryan, sin soltarme la mano, pasa su brazo por mi hombro. Yo sonrío encantadísima y me acomodo.

—Este sitio es increíble. Tuvo que estar bien crecer aquí.

—Estuvo genial —contesto sin dudar.

—¿Y no lo echas de menos?

—Sí, pero adoro vivir en Nueva York.

El móvil de Ryan comienza a sonar. Lo saca del bolsillo de sus vaqueros y desliza el pulgar por la pantalla.

—Riley... Sí, un momento.

Parece sorprendido y confuso al mismo tiempo. Finalmente me mira y me tiende el teléfono.

—Es para ti.

—¿Para mí?

¿Quién puede saber que estoy con Ryan? ¿Y quién, sabiéndolo, iba a atreverse a llamarlo a él para hablar conmigo? Antes de que pueda gestionar todas estas preguntas, mi mente comienza a hacerse una ligera idea del sospechoso número uno, o debería decir sospechosa.

—¿Diga?

—Maddison Parker, ¿dónde demonios estás? —Obviamente sólo podía ser Lauren—. Siempre he querido decir eso —continúa riendo antes de que pueda contestar—. El señor irascible-sexo increíble tiene un jet privado, ¿eh?

No sé por qué, ese comentario me ruboriza.

—Todo bien. Gracias por preguntar, queridísima amiga —digo llena de sorna—. ¿Cómo se te ocurre llamarme aquí?

Con la última frase, yo misma recuerdo que Ryan está a mi lado y me alejo unos pasos de él a la vez que bajo la voz. Me mira de una manera que me cuesta descifrar. No sé si la situación le está divirtiendo muchísimo o molestando muchísimo.

—Estaba preocupada —se queja—. No has aparecido en todo el día en la oficina, no estabas en casa y no cogías el móvil. ¿Sabes cuánto tiempo me ha costado que Bentley me diera el número de Ryan?

—¿Mucho? —pregunto con la culpabilidad rondando mis palabras.

—No lo sé. Lo cierto es que he esperado a que se fuera al baño y se lo he robado.

Su respuesta me hace reír.

—Siento haberte preocupado.

—No pasa nada. ¿Qué tal lo lleva tu padre?

—No lo sé. —Suspiro bruscamente—. Ahora voy a buscarlo al restaurante de Sam. —Mi voz se ha apagado un poco.

Oigo a Lauren lanzar también un profundo suspiro.

—Debí liarme con el hijo de Sam cuando tuve la oportunidad. Ahora tendría tarta de calabaza cada día.

Consigue hacerme sonreír otra vez y sé que ése era su objetivo. Miro de reojo a Ryan, que continúa atento a nuestra conversación.

—Tengo que colgar.

—De acuerdo. Llama a James y dale a Ryan un beso de mi parte o, mejor, lámele uno de esos

abdominales esculturales que apuesto a que esconde.

—¡Lauren! —exclamo alarmada y divertida.

—Tienes razón, mejor un bocado en...

—Adiós —la interrumpo entre risas y cuelgo el teléfono.

Tiene que dejar de leer trilogías de literatura erótica urgentemente.

Camino hasta Ryan y le entrego su teléfono.

—¿Estás enfadado? —pregunto tímida, y no sé por qué me siento así, como si el señor Riley hubiese vuelto.

—¿Debería?

—Estaba preocupada y debo haberme dejado mi móvil en tu hotel, por eso ha llamado al tuyo.

Nos miramos durante unos segundos. Comienzo a ponerme realmente nerviosa, pero entonces, como si no pudiera disimularla más, una sonrisa comienza a dibujarse en sus labios.

—¿Crees que me importa lo más mínimo que alguien te llame a mi móvil?

Yo suspiro aliviada y acto seguido le golpeo en el hombro. ¡Me lo había creído!

Sin embargo, la expresión de Ryan vuelve a cambiar por completo y la sonrisa en él desaparece. Parece que ahora sí que me he pasado. No sé qué decir. Pero de nuevo, sin que pueda contenerla más, una sonrisa preciosa poco a poco va a asomando en su rostro. ¡Hijo de puta, ha vuelto a engañarme!

—¿Picas siempre?

—Ja, ja —contesto sardónica justo antes de comenzar a caminar con el paso acelerado.

Me sigue rápidamente hasta abrazarme, estrechando mi espalda contra su pecho.

—Eres adorable —susurra en mi oído.

Su voz hace que me derrita por dentro y, sin dudarlo, me giro y rodeo su cuello con mis brazos.

—Eso está mejor —responde satisfecho por mi rendición sin condiciones. Se inclina, me besa y yo, encantada, me dejo hacer.

Unos minutos después llegamos al restaurante de Sam. Como todo lo importante que dejé aquí, sigue exactamente igual. Incluso puedo ver a través de la enorme cristalera de la entrada a Sam limpiando la barra con el trapo mientras escucha la misma canción de Lou Reed, *Sweet Jane*. Sonrío y camino los pasos que me quedan para llegar hasta la puerta y empujarla haciendo sonar la campanita.

—Pequeñaja Parker —exclama soltando el trapo sobre la barra y acercándose a mí.

—Samuel Henry Woodson, el peor propietario de restaurante de todos los propietarios de restaurantes del mundo.

—Mira quién habla. La camarera a la que tuve que despedir tres veces su primera semana. Ven aquí.

Los dos estallamos en risas justo antes de que Sam me abrace levantándome del suelo.

—Me alegro mucho de verte.

—Y yo a ti —responde—. ¿Quién es este chico? —pregunta reparando en Ryan a la vez que permite que mis pies vuelvan a tocar tierra.

Una sonrisa de lo más boba inunda mis labios.

—Sam, te presento a Ryan. Ryan, él es Sam.

—Encantado —dice ofreciéndole la mano. Sam se la estrecha y se toma unos segundos para observarlo, escutarlo.

—Lo mismo digo —contesta finalmente con una sonrisa. Ha pasado el examen—. Sentaos. Tengo tarta de calabaza recién hecha.

Sam pasa detrás de la barra. Yo hecho un rápido vistazo, pero no veo a mi padre.

—Sam, ¿dónde está papá?

—Quería que tomara un poco el aire, así que le pedí que acompañara a Michael a recoger unos pedidos para mañana.

Asiento.

—¿Qué tal está?

Sam me hace un gesto para que pase detrás de la barra y coja los cubiertos.

—Está bien. Tú sabes cómo es este día para él.

Saco tres tenedores relucientes de un cajón y los dejo sobre la barra.

—Lo que necesita hoy es que no lo atosiguen y que tengan mucha paciencia con él. —Hace una pequeña pausa—. Christopher amaba a Audrey Rose con todo su corazón. El resto del año se sobrepone. Se merece un día en el que poder llorarla a su manera, olvidándose de todo lo demás.

Vuelvo a asentir. Eso tampoco ha cambiado. Desde que mi madre murió, mi padre ha cuidado de nosotros. Nos ayudaba a hacer los deberes, cocinaba y nos leía cuentos por la noche, además de trabajar como ingeniero civil protegiendo el Sound. Nunca se quejó, ni una sola vez. Pero este día siempre ha necesitado llorarla como al amor de su vida, no como a la madre o a la esposa. La única manera de ayudarlo es quedarse a su lado, haciéndole ver que estamos aquí para él.

Sam sirve tres trozos de tarta. Cojo tres vasos y lleno una jarra de agua. Camino hasta la máquina de hielo y, como el primer día que trabaje aquí, la puerta sigue atascada. La golpeo con la cadera y el viejo cascarón de metal protesta pero al fin se abre.

Sam me mira de reojo y sonrío.

Salgo de la barra mientras el que fuera mi jefe sirve encima de cada porción su exquisita nata batida. Ryan me espera a unos pasos.

—¿Estás bien? —me susurra mientras me quita la jarra de las manos.

Asiento y él me dedica su espectacular sonrisa.

Nos sentamos en la segunda mesa junto a la ventana. El sitio de las charlas a puerta cerrada. Justo delante de la gramola para poder cambiar de disco sin levantarse.

—¿Qué tal por la gran ciudad? —pregunta Sam dejando los platos sobre la mesa y tomando asiento.

—Muy bien.

Ryan prueba un trozo de tarta y no puede evitar que se le escape un ronroneo de puro placer culinario.

—Está deliciosa.

—La mejor de la ciudad —apuntillo con una sonrisa mientras apuro la nata de mi tenedor.

Los tres sonreímos.

—Tu padre me contó que has encontrado trabajo.

—Sí, en una revista de arquitectura. Soy ayudante del editor.

—Maddison Parker, no te pagué la inscripción al *New Yorker* cuando tenías nueve años para que ahora renuncies a trabajar en él.

—No he renunciado —le aclaro.

—¿Leías el *New Yorker* con nueve años? —pregunta Ryan soltando el tenedor absolutamente perplejo.

—En realidad, con ocho —respondo un poco tímida y algo avergonzada.

—Tenías que verla. Cada tarde veía unas manitas empujar un ejemplar de la revista hasta la barra y después la oía subiéndose a uno de esos taburetes —comienza a contar Sam señalando los asientos de la barra—. Ni siquiera le llegaban los pies al suelo —recuerda con cariño—. Entonces extendía la revista sobre el mostrador y comenzaba a pasar las páginas embobada.

Sonrío con la vista clavada en el plato, pero entonces noto cómo Ryan, a mi lado, no pierde detalle de lo que le cuenta Sam y sonrío con ternura. Lo que hace que la mía se ensanche hasta un límite insospechado.

—No entendía ni una sola palabra —continúa—, pero leía hasta la última letra pasando ese pequeño dedito sobre cada línea. Y lo peor eran las preguntas. Sam —comienza a imitar la voz de una niña pequeña—, ¿qué significa inflación? Sam, ¿por qué congelan el dinero y no se compran cosas con él?

Los tres nos echamos a reír.

—Así que, cuando llegó su cumpleaños, le regalé una suscripción a la revista —concluye.

—No te quejes —protesto divertida—. Te salió más barato que mi hermano Robert y su moto de *cross*.

—En eso tienes razón.

Continuamos comiendo la tarta en silencio. Sólo se oyen los tenedores chocar contra el plato y algún que otro espontáneo «mmm».

—¿Y a qué te dedicas, Ryan?

—Tengo una empresa en Nueva York.

No podría haber dicho menos sin llegar a mentir.

—Eso está realmente bien.

Sam lo observa impresionado y, automáticamente, me invade el orgullo.

Mientras charlamos animadamente, volvemos a oír la campanita. Todos nos giramos para ver de quién se trata. Es mi padre, que sonrío al verme, aunque no le llega a los ojos.

—Hola, pequeñaja —dice acercándose y besándome el pelo.

—Éste es Ryan, un amigo de Maddie —se adelanta Sam a cualquier presentación que yo pensara hacer.

Cuando lo asesino con la mirada, él me guiña un ojo a punto de llevarse un nuevo trozo de tarta a la boca.

—Por si te faltaba valor —añade socarrón de forma que sólo yo puedo oírlo.

Ryan se levanta y se dan la mano.

—Encantado de conocerlo, señor Parker.

Mi padre asiente desconfiado. Creo que es por la manera en la que Sam ha pronunciado la palabra *amigo*.

—Tienes el pedido en el almacén de atrás —le comenta mi padre a Sam.

—Pues vamos a verlo —contesta levantándose—. No me fio de vosotros ni un pelo.

Mi padre protesta, pero finalmente lo sigue hasta la cocina para pasar directamente al almacén.

Cuando estamos solos, siento que todo mi cuerpo se relaja. Diría que a Ryan le pasa lo mismo por la manera en la que suspira a la vez que sonrío.

—A tu padre no le he caído nada bien —afirma.

—No lo has conocido en un buen día —le defiende—. Normalmente es un encanto.

—Me estoy acostando con su hija y lo sabe. No voy a caerle bien jamás —me hace ver como si fuera obvio.

Sonrío ruborizada, me levanto y comienzo a recoger la mesa. Ryan también se levanta y camina hasta la gramola. Apoya su mano en ella y por un momento su luz casi fluorescente le ilumina el rostro y le hace parecer misterioso, peligroso, como si fuera el sexy mafioso de una de esas películas de los ochenta.

—La música de esta máquina de discos es muy peculiar —comenta con la vista perdida en los distintos títulos.

—Sam no cambia los discos desde 1975. Mantiene que la música murió en esa fecha.

Ryan se saca una moneda del bolsillo, la mete en la máquina y selecciona una canción. Unos segundos después, comienza a sonar *Angie*, de los Rolling Stones.

—Si no recuerdo mal, una vez me preguntaste cuál era mi canción favorita.

Ryan se gira y se deja caer sobre la gramola y yo camino despacio, siguiendo el ritmo de la música.

—Me gusta porque habla de adicciones a las que te gustaría poder decir adiós, de las que incluso te despiden, pero antes de que puedas darte cuenta estás volviendo a por más.

Conforme sus palabras han ido avanzando, su voz ha ido volviéndose más cadenciosa, más sensual, y yo me he ido envolviendo por ella, dejando que su cuerpo sedujera al mío a pesar de la

distancia.

Ya separados sólo por unos centímetros, Ryan ancla su mano en mi cadera y me atrae definitivamente hasta él.

—Y así es como me siento contigo desde el primer momento en que te vi —susurra contra mis labios justo antes de besarme.

—A mí me pasa exactamente lo mismo —musito sin poder separarme de él.

Nos besamos mientras la voz de Mick Jagger atraviesa el espacio vacío del bar.

With no loving in our souls and no money in our coats.

You can't say were satisfied. But, Angie, I still love you, baby.

Siento su boca apremiante sobre la mía y sólo puedo rendirme absolutamente a él en todos los sentidos. Ryan me estrecha contra su cuerpo y por un momento la desesperación de la letra toma sus manos y le guía como si a él también le asustara perderme.

—No entiendo qué me pasa. Me siento siempre hambriento de ti, como si nunca pudiera dejar de tocarte —continúa con su frente sobre la mía, y yo me siento colmada por cada palabra—. Quédate conmigo esta noche. —Su respiración suena entrecortada.

—No lo sé.

—Maddie...

Las voces de Sam y mi padre lo interrumpen y rápidamente nos separamos. No nos hemos dado cuenta de que la canción ya había acabado. De pronto los sonidos del Sound y las voces cada vez más próximas van abriéndose paso por el aire que antes ocupaba la canción.

A los segundos, los vemos empujar la puerta de la cocina y salir discutiendo acerca de unos vinos californianos. Ryan y yo nos miramos una vez más con los ojos llenos de un deseo sordo y desesperado y sin que nuestras respiraciones se calmen.

—Creo que es hora de irse —comenta mi padre acercándose a mí.

—Claro, papá.

—No te preocupes —me dice mirando a Ryan de reojo—. Sam me acompañará.

—Resulta que Evelyn ya no le deja fumar y necesita nuestros paseos para fumarse mis Marlboro —comenta Sam sardónico.

Su comentario nos hace sonreír. Mi padre me abraza lleno de amor. Un abrazo que pretende decirme todo lo que las palabras no le dejan expresar.

—Te quiero mucho, pequeñaja. Gracias por haber venido.

—Yo también te quiero.

Mi padre se separa y mira a Sam, que lo espera con el codo apoyado en la barra.

—Dame ese maldito cigarrillo —le dice malhumorado.

Sam sonrío y le da el pitillo.

Salimos del restaurante y, mientras Sam echa la llave y mi padre se enciende el cigarrillo y le da la primera calada con la vista perdida en el Sound, tiro de la mano de Ryan disimuladamente y nos alejamos unos pasos.

—Voy a ir a casa con mi padre. —Ni siquiera yo puedo creerme que haya dicho eso—. Sé que es una tontería porque probablemente llegaremos y se irá a dormir, pero quiero asegurarme de que está bien.

A pesar de las ganas que tengo de estar con él, no quiero dejar a mi padre solo.

Ryan mira a su alrededor, supongo que para comprobar que ni Sam ni mi padre nos miran, me dedica su media sonrisa tan sexy y, colocando su mano en mi nuca, se inclina sobre mí y me da un rápido pero intenso beso.

—En otras circunstancias te echaría ahora mismo sobre mi hombro y te llevaría a mi cama. —Sonrío nerviosa por la idea pero sobre todo sorprendida por cuánto me ha gustado—. Pero entiendo que quieras estar con tu padre.

Se inclina una vez más, lo justo para que sus cálidos labios rocen mi oído.

—Y tomo nota de cuánto te ha gustado la posibilidad de que me comporte como un cavernícola contigo —sentencia.

Creo que estoy a punto de desmayarme.

Ryan se separa de mí y vuelve a acercarse a Sam como si nada, mientras yo intento recuperar la compostura, recordándome unas doscientas veces que no puedo correr y tirarme en sus brazos.

—Regreso al hotel. Ha sido un placer conocerlos —se despide Ryan.

—La próxima vez venid a comer y seguiremos charlando —le ofrece Sam.

—Me encantaría saber más anécdotas de Maddie.

—Pues que sepas que siempre me guardo las más bochornosas para el final.

Ambos sonrían y yo pongo los ojos en blanco fingidamente exasperada, aunque automáticamente hago memoria por si conoce alguna historia que sea realmente bochornosa y tengo que impedir ese futuro encuentro.

—Señor Parker —saluda por última vez a mi padre.

—Ryan —responde él distante pero con un inequívoco trasfondo amable.

Ryan posa sus ojos azules sobre los míos y me dedica una última caricia furtiva sobre el dorso de la mano antes de comenzar a caminar de vuelta al hotel.

Lo observo alejarse y mentalmente tengo una auténtica pataleta por no marcharme con él. No entiendo por qué me duele tanto ver cómo se va. Al fin y al cabo, está a unas calles de distancia y podré verlo por la mañana. Es demasiado guapo, me apunto como motivo, y demasiado bueno en la cama, me recuerdo. Sin embargo, soy plenamente consciente de que hay algo más, algo que resplandece en el fondo de mi corazón: estoy absoluta y perdidamente enamorada de él.

Nuevamente las voces de mi padre y Sam me sacan de mis pensamientos. Me uno a ellos con cierta melancolía perfectamente disimulada y tomamos la calle opuesta para dirigirnos a casa. Apenas está a un par de manzanas.

—Me gusta ese chico —comenta Sam.

Mi padre no dice nada y yo sonrío recordando las palabras de Ryan.

—Tráelo mañana al restaurante. Prepararé arroz Hoppin' John y el mejor cangrejo del país. Seguro que en Nueva York no encontráis cosas así.

Asiento sin que la sonrisa me abandone. Las dos únicas veces que he comido con Ryan ha sido en el restaurante más caro y elitista de la ciudad, donde dudo mucho que conozcan la insuperable receta del arroz Hoppin' John de Sam.

Nos sorprendemos cuando, a unos pasos de casa, vemos prácticamente todas las luces encendidas. Nos miramos extrañados y aceleramos el paso.

Mi padre abre nervioso la puerta y los tres ahogamos un genuino grito de sorpresa cuando vemos a mi hermana Leah acercarse corriendo.

—¡Papá! —exclama antes de tirarse en sus brazos.

S sonrío encantada. No puedo creer que al final haya conseguido venir.

—¿Ya han llegado? —preguntan desde la cocina.

Mi mente sobreestimulada tarda unos segundos de más en darse cuenta de que es la voz de mi hermano Robert. Salgo corriendo y nos abrazamos en mitad del pasillo.

—¿Qué haces aquí? Creía que tenías una feria de muebles en Chicago.

—Y la tenía, pero he vendido todos los muebles —responde encantado—. Una empresa llamó desde Nueva York y dijo que quería todo mi *stand*, ¡hasta la última silla! Por lo visto mi talento ha llegado a la gran manzana —sentencia orgullosísimo.

No puedo parar de sonreír. Estoy pletórica.

Nos reunimos en el vestíbulo y nos intercambiamos los abrazos. Leah me llena de besos mientras mi padre y Robert se dan masculinas palmaditas en la espalda con los ojos vidriosos.

—No te lo vas a creer —me explica mi hermana—. Mi jefe me dijo que nuestro cliente había decidido esperar una semana más para llevar a cabo la fusión de la empresa, así que todo se ha paralizado unos días. Me alegra tanto haber podido venir —casi grita contentísima estrechándome entre sus brazos de nuevo.

De nuevo mi mente reacciona a cámara lenta, pero finalmente ata cabos y, aunque al principio me cuesta creerlo, me doy cuenta de que es la única posibilidad, si no serían demasiadas perfectas casualidades.

—Me perdonáis, tengo que hacer una cosa —digo caminando hacia la puerta.

Todos asienten sonrientes prácticamente fundidos en un abrazo mental.

Yo corro mi calle, vuelvo al restaurante de Sam y sigo hasta el Hilton. No puede ser verdad, me digo con una sonrisa, pero, si no, ¿cómo ha sido posible?

Veo a Ryan al final de la calle, caminando con las manos en los bolsillos a punto de atravesar la intersección con la calle principal del pueblo.

—¡Eh, neoyorquino! —le grito.

Él se gira sorprendido con la sonrisa preparada en los labios y se detiene justo en el centro del cruce.

—¿Has traído a mis hermanos? —pregunto sin poder ocultar una enorme sonrisa.

—¿Tú qué crees?

—Creo que has llamado a algún jefe de departamento de la empresa para que comprara todos los muebles de mi hermano en la feria y creo que te has cobrado algún que otro favor para que el cliente del jefe de mi hermana retrasase sus planes empresariales.

Él sonrío arrogante.

—En realidad no he necesitado cobrarme ningún favor. Algunas personas están muy predisuestas a hacerme feliz.

Su comentario me hace poner los ojos en blanco, aunque sin que la sonrisa me abandone.

—¿Por qué lo has hecho?

—Lo he hecho por ti, por tu padre, pero sobre todo por mí. —Una mueca de confusión cruza mi rostro—. Soy una persona muy egoísta, Maddie, y pensé que, si tus hermanos estaban aquí, podría tenerte más tiempo en mi cama.

Estoy a punto de dar saltitos y palmaditas mientras repito «sí» una y otra vez, pero decido hacerme un poco la dura. Además, no sé qué le parecería a mi padre que me marchara al hotel con Ryan; en realidad, sí sé lo que le parecería, lo que estoy calibrando es si se enteraría o no.

Antes de que pueda decidirme, Ryan comienza a andar en dirección al hotel dejándome boquiabierta. ¿Por qué se marcha?

—Estoy aumentando la tensión dramática —comenta con una sonrisa respondiendo la pregunta que no he llegado a hacerle.

Su comentario me hace sonreír. Me muero de ganas de irme con él.

—¿Va a dejar pasar la oportunidad, señorita Parker? —pregunta girándose, caminando ahora de espaldas.

Me mira seduciéndome, desafiándome, tan presuntuoso y arrogante como siempre, seguro de que diré que sí. Es esa parte de Ryan que me niego a admitir que me gusta, pero que, en realidad, no habría manera de que resultara más sexi. En este juego sabe lo que tiene para ofrecer y no podría ser un jugador mejor.

Él me sonrío una vez más. Ya no hay nada que hacer. Estoy perdida. Corro hasta él. Me besa, me estrecha entre sus brazos y me levanta. Automáticamente mis piernas rodean su cintura.

—No te haces una idea de cómo lo vas a pasar —me provoca.

Sonrí contra sus labios antes de volver a sentir cómo su boca inunda la mía.

Abre la puerta con dificultad mientras continuamos besándonos acelerados, tocándonos como si lleváramos semanas sin hacerlo. Cuando al fin me deja sobre la cama, ya sólo llevo puesta la ropa interior y él únicamente los vaqueros. No hemos dejado de sonreír, casi reír, desde que me besó en la calle y la sensación es deliciosa.

Ryan hunde sus labios en mi cuello y comienza a besarme como sólo él sabe hacerlo, obligándome a cerrar los ojos presa de un placer que comienza a crecer más y más. Gruñe cada vez que me oye gemir bajito, absolutamente extasiada.

—Esto se te da demasiado bien. Debería ser ilegal —murmuro.

Noto cómo sonrío contra mi piel mientras sus manos comienzan a bajar peligrosamente por mis costados.

Ryan se deshace de mi sujetador al mismo tiempo que baja su habilidosa boca hasta mi estómago, donde se demora besando cada centímetro de lado a lado.

—Lauren tenía razón, ya no podré estar con ningún otro hombre.

Estoy tan embriagada que las palabras salen de mis labios sin que sea capaz de controlarlas. No es hasta que le oigo reír contra mi estómago que caigo en la cuenta de lo que he dicho. Me ruborizo al instante y Ryan avanza por mi cuerpo hasta que quedamos frente a frente.

—Así que con ningún otro hombre. Eso me gusta —comenta con una sonrisa de lo más arrogante en los labios—. ¿Y la señorita Stevens ha dicho algo más a este respecto?

Me mira de una manera que hace que me sea imposible mentirle. Además, la forma en la que su pulgar juguetea sobre la piel de mi cadera es su mejor suero de la verdad.

—Tiene un apodo para ti, pero no voy a decírtelo —le informo.

No pienso alimentar más ese ego.

—¿Cuál?

Ante mi silencio, Ryan comienza a besarme el cuello de nuevo. Sus labios consiguen que un delator gemido se me escape.

—¿Cuál? —vuelve a preguntar contra piel.

Yo me mantengo firme, pero Ryan deja que su cálido aliento impregne mi piel y después me da un delicioso mordisco. Una tortura demasiado exquisita para resistirme.

—Señor irascible-sexo increíble.

Vuelvo a notarlo sonreír y yo también lo hago. No me podrá negar que el mote le viene como anillo al dedo.

—Podría haber sido peor —sentencia sin dejar de sonreír, volviendo a clavar sus ojos azules en los míos.

Está tan guapo, tan desenfadado. Sonrí como una idiota al ver cómo el flequillo le cae desordenado sobre la frente, pero también porque le noto diferente, como si estando en esta cama los dos dejásemos de ser quienes somos para ser simplemente él y yo, riendo, tocándonos, sintiéndonos.

—Me gusta estar aquí contigo —susurro acariciándole suavemente la mejilla.

—A mí también me gusta. Podríamos llevarnos esta cama y ponerla en el centro de mi despacho.

Río ante la idea.

—¿Estás seguro? ¿Eso no sería tomarnos una licencia enorme?

—Más bien saltarse todas las normas.

—Es la segunda vez que mencionas eso de las normas. Quiero saber cuáles son.

Su sonrisa se transforma en una más dura, está meditando si contármelo o no.

—Tengo tres normas que hasta ahora siempre había cumplido —comenta—, pero desde que llegaste a mi vida son una difusa línea borrosa —sentencia con fingida resignación.

Yo le hago un mohín como respuesta y su sonrisa se ensancha.

—¿Y cuáles son?

—La primera es obvia: no contratar a alguien a quien quiera tirarme. Rota aproximadamente a los diez segundos de conocerte.

Sonrío encantadísima.

—¿Ya querías acostarte conmigo a los diez segundos de conocerme?

—Probablemente incluso antes. Aunque, no disimules, te pesqué mirándome embobada dos veces. ¿O ya no te acuerdas? —comenta con una ceja enarcada.

—En mi defensa diré que siempre que me quedo embobada mirándote no te miro a ti, si no a tus trajes.

Ryan finge una mueca de dolor.

—Le daré la enhorabuena al jefe de mi taller ilegal.

—De mi parte. —Ambos sonreímos—. ¿La segunda? —Estoy llena de curiosidad.

—No follarme a una empleada y mucho menos follármela en mi despacho, en el de Bentley, en las escaleras o en todos los sitios donde he tenido que controlarme lo indecible para no hacerlo.

—Me alegra no ser la única que sueña despierta en cada centímetro de la oficina.

—He pensado que le daré un día libre a todo el personal y nos encerraremos a cumplir fantasías.

—Me apunto a eso.

La sola idea es de lo más sugerente.

—¿Y la tercera? —pregunto al ver que no continúa.

Su mirada se oscurece por un segundo y la sonrisa desaparece de sus labios.

—No estar con alguien si no estoy completamente seguro de lo que siento por ella.

Mi respiración se acelera nerviosa. Esa electricidad que siempre nos rodea se hace más intensa dejando claro que hemos terminado de jugar, que esa frase significa mucho más para los dos.

—¿Y aún no estás seguro de lo que sientes? —musito con la vista clavada en su hombro. No me

atrevo a mirarlo.

—Estoy hecho un auténtico lío, pero no me movería de esta cama por nada del mundo, Maddie.

La intensidad de su mirada me envuelve y yo sonrío aliviada, encantada, enamorada y un montón de adjetivos que estoy completamente segura de que él es capaz de ver justo antes de dejarse caer sobre mí y besarme de nuevo.

Rodeo su cuello con mis brazos y hundo mis labios en los suyos. Poco a poco vamos acelerándonos hasta que nuestros cuerpos toman el control de la situación.

Siento sus manos apremiantes por todo mi cuerpo.

Mi respiración se desboca hasta ser sólo jadeos.

Ryan se separa de mí lo suficiente para deshacerse, con mi ayuda, de mi ropa interior y de sus vaqueros.

Cuando vuelve a inclinarse sobre mí, le obligo a girarse sin que nuestras bocas se separen y quedo a horcajadas sobre él. Pierdo mis labios en su cuello, en su perfecto torso. Lo tengo todo para mí y quiero deleitarme.

Le beso cada centímetro del pecho mientras noto su miembro duro y maravilloso chocar contra mi sexo, pugnando por entrar. Me levanto sobre mis rodillas y tomo su polla entre mis manos, la aprieto y él gruñe, pero antes de que la intensidad de su placer disminuya, voy deslizándome lentamente sobre él, empalándome despacio.

—Joder —masculla colocando sus manos en mis caderas.

Comienzo a subir y bajar, cada vez más rápido, cada vez más extasiada. Pierdo mis manos en su pecho e intento aumentar el ritmo, pero Ryan me lo impide sosteniéndome por las caderas.

Gimo con fuerza y echo la cabeza hacia atrás. Necesito acelerar el ritmo. Quiero sentirlo todo lo profundo que pueda, todo lo rápido que sea capaz.

Estoy desbocada.

Ryan sonrío con malicia y se detiene en seco. Cada vez que intento cabalgarlo, él levanta las caderas y anula cualquier posible fricción. Se está divirtiendo a mi costa.

—Ryan —suplico.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Como si no conociera perfectamente la respuesta. Me está torturando.

—Que te muevas. Que me folles.

—Voy a tener que lavarte la boca con jabón —se queja divertido.

Se incorpora dejándonos frente a frente. Coloca una mano sobre mi nuca y la otra se agarra con fuerza a mi cadera. Sus ojos brillan de deseo.

Comienza a moverse, entra y sale de mí obligándome a mover las caderas con cada uno de sus empales. Antes de que pueda asimilar el placer que se extiende por mi vientre, acelera el ritmo. Sus estocadas se vuelven brutales, casi salvajes.

Sólo puedo jadear. Gemir descontrolada.

Es absolutamente embriagador.

—¿Esto es lo que querías? —inquire con la respiración entrecortada pero con el tono equivocado. No lo pregunta, lo afirma.

Yo no contesto, no puedo. Estoy extasiada, perdida en mi propio cielo de placer y pecado.

—Contéstame o pararé —me amenaza.

El peor castigo posible.

—Sí —jadeo.

Mi libido decide que tiene más ganas de jugar, toma el control de mis caderas e, imitando sus tortuosos movimientos de polvos anteriores, comienza a moverlas en sensuales círculos. Ryan gime pero no se detiene y sus bruscas embestidas se mezclan con mis íntimas rotaciones. El resultado es delirante.

—Esto es una puta locura. Podría pasarme la vida así —susurra.

Y sus palabras son aún mejor que el sexo.

Sonrío seducida y hundo mi cara en su cuello. Me gustaría decirle tantas cosas que ahora mismo las palabras arden en mi garganta. Quiero decirle que estoy enamorada de él, que le quiero, pero en lugar de eso me muevo más rápido.

Su respiración se acelera aún más. Clavo las rodillas en la cama y aumento aún más el ritmo.

Nuestros cuerpos están bañados en un dulce sudor.

Ryan relía su mano en mi pelo y tira para obligarme a alzar la cabeza de nuevo.

—Mírame —me ordena con la voz envuelta en jadeos.

Lo hago y mi mirada se pierde en sus increíbles ojos azules. Te quiero. Te quiero. Te quiero. No puedo pensar en otra cosa.

Me embiste todavía con más fuerza. Dios...

Grito de placer.

Todas mis terminaciones nerviosas se yerguen y esa maravillosa espiral de placer y euforia a partes iguales se desata en mí y me lleva de nuevo al orgasmo en este fantástico maratón de sexo en la habitación 5.932 del hotel Hilton de Santa Helena, Carolina del Sur.

—Ryan —susurro.

Y parece que oírme pronunciar su nombre es todo lo que necesita para dejarse ir. Rodea con fuerza mi cintura con sus brazos y me penetra brusco. Yo suspiro o gimo o quizá las dos cosas asimilando este último movimiento mientras que no detengo mis caderas, dispuesta a sacarle hasta la última gota de placer que quede en su cuerpo.

—Joder, nena. Vas a acabar conmigo —se queja con la respiración convulsa dejándose caer en la cama.

Sonrío como una idiota. ¿Acaba de llamarme nena?

—Necesito algo de beber —digo levantándome para disimular lo que esas simples cuatro letras acaban de provocarme.

Justo antes de cruzar el umbral a la segunda estancia, cojo su camiseta, que cayó sobre una silla mientras nos desnudábamos, y me la pongo.

Del minibar saco una botellita pequeña de agua sin gas. Cuando me dispongo a volver a la cama, suena la alerta de mensaje entrante en mi móvil. Miro a mi alrededor y lo veo en el escritorio, junto a la ventana.

Es un mensaje de James.

Sonrío y regreso a la habitación. Me siento en el borde de la cama, pero Ryan tira de mí y me coloca a horcajadas sobre él, que está apoyado en el inmenso cabecero de madera maciza.

—¿Otra vez mi camiseta, señorita Parker? —pregunta con una sonrisa de lo más pícaro.

Asiento imitando su gesto mientras le respondo a James.

—¿A quién le escribes?

—A James.

—¿James Hannigan? —Asiento de nuevo—. ¿James es el hermano de Sean?

—Sí —contesto recogéndome un mechón de pelo tras la oreja.

—El idiota que te regaló el libro de estilo en tu cumpleaños.

De repente parece molesto.

—Sean no es ningún idiota —lo defiendo—. Es un buen amigo. Nada más.

—Un buen amigo que está enamorado de ti.

—Eso no es cierto.

Creo que esa respuesta ha sonado tan falsa que no me la he creído ni yo. Ryan frunce los labios, sonrío brevemente y se los humedece. Definitivamente él tampoco me ha creído.

—Maddie, estaba allí. Lo vi cogerte en volandas aprovechando que te felicitaba. Seguro que llevaba pensando en eso toda el día.

Hago memoria. La verdad es que el abrazo fue un poco efusivo, pero nada fuera de lo corriente. James me dio un abrazo exactamente igual, si no peor, pero, claro, James no es Sean. Intento recordar un poco más y caigo en la cuenta de algo que hace que una sonrisa de lo más arrogante inunde mis labios.

—¿Por eso me seguiste hasta el baño? ¿Porque estabas celoso?

—Bonita sonrisa —comenta socarrón.

—La he aprendido del mejor.

Ryan sonrío. Claramente está intentando desviar la atención. Yo lo miro y callo como él. Si cree que va a escaparse, lo lleva claro.

—Sí, claro que estaba celoso —reconoce al fin—. Aunque, si quieres que sea sincero del todo, mi primera idea fue follarte encima de la barra y que todo el mundo, en especial Sean Hannigan, lo viera. Estaba muy cabreado y sólo quería sentirte cerca. Te deseaba demasiado.

Puedo ver que no está orgulloso de lo que hizo, aunque ese brillo arrogante en su mirada

claramente me indica que volvería a hacerlo.

—Es usted un poco cavernícola, señor Riley, ¿se lo habían dicho alguna vez? —le digo divertida.

—Muy graciosa pero, ¿sabes?, no oí quejas por tu parte en ningún momento.

Sonrí ruborizada y me doy cuenta de que acabo de caer en mi propia trampa. No oyó quejas en ningún momento porque estaba encantada con la sensación de que me desease tanto que no pudiese contenerse.

Ryan me observa y yo me dejo observar en este instante en el que me doy cuenta de que, a pesar del poco tiempo que hace que llegó a mi vida, me conoce demasiado bien.

—¿Y siempre has sido así? —pregunto sin poder disimular la sonrisa.

—Así, ¿cómo?

—Así de cavernícola —replico con sorna.

Ryan me da un rápido pellizco justo encima de mi cadera y yo me arrepiento inmediatamente, aunque no puedo evitar reír mientras me lamento. Ryan me observa divertido y fingidamente amenazador.

—Así de cavernícola, señor —Y la sorna en mi voz ha aumentado aún más.

—¿Se puede ser más impertinente? —protesta divertido.

Sin darme tiempo a escapar, rodea mi cintura con uno de sus brazos para atraparme y me da un nuevo pellizco. Me revuelvo contra su pecho y me quejo otra vez, aunque, tal y como pasó con el primero, lo hago sin poder dejar de reír.

Él me levanta la cabeza con suavidad y me aparta el pelo de la cara para poder contemplarme hasta que mis carcajadas se relajan.

—Nunca he sido así con ninguna otra chica, Maddie. Sólo contigo, y ni siquiera sé por qué —se sincera con sus maravillosos ojos azules clavados en los míos.

Yo tampoco entiendo cómo él ha conseguido que cada pedacito de mí lo ame y lo necesite de esta forma, pero es la pura verdad. Parece un instinto que ha estado dormido toda mi vida hasta que él llegó y lo hizo despertar. Asusta, pero es mil veces más intenso, satisfactorio y emocionante que cualquiera de los sentimientos que hubiese experimentado antes.

Seguimos observándonos. Mi cuerpo comienza a encenderse de nuevo. Es absurdo, ni siquiera está haciendo nada. Estoy a horcajadas sobre él y su mano descansa en mi cadera. Todo el deseo lo provoca su mirada, su sonrisa, su belleza. Creo seriamente que me estoy volviendo adicta a este hombre.

Oigo un vago sonido. No me interesa. Estoy demasiado centrada en él, en este momento.

—Tú móvil.

—¿Qué? —pregunto saliendo de mi ensoñación.

—Te ha llegado otro mensaje.

—Ah —respondo torpemente. Había perdido la noción del tiempo y el espacio.

Cojo el iPhone y, con el rabillo del ojo, me doy cuenta de cómo sonrío arrogante y presuntuoso.

Sabe perfectamente lo que ha hecho, el bastardo engreído.

Mañana interpondré una demanda para pedir la custodia compartida de Lucky. Lo he hablado con él y quiere vivir conmigo.

—Es James —le aclaro.

—¿Debería preocuparme que le escribas a otros hombres cuando todavía estás en la cama conmigo? —pregunta divertido.

—James no cuenta. —Intento condensar mentalmente todas las razones por las que, entre James Hannigan y yo, nunca habrá nada, pero son demasiadas—. James es James —sentencio finalmente.

—James no cuenta. James es James. Sí, señor. Tú sí que sabes hacer que un hombre se sienta tranquilo —comenta socarrón.

—Pero bueno —me quejo tirando el iPhone sobre la cama—, si alguien tiene que estar preocupada aquí, soy yo.

—¿Tú? ¿Por qué tendrías que estarlo?

—No lo sé, quizá por eso de que seas el mayor mujeriego de la ciudad y Nueva York es una ciudad muy grande.

Ryan comienza a reírse, pero al ver que yo no lo hago intenta disimular sin mucho éxito su sonrisa.

—Yo no soy el mayor mujeriego de la ciudad. Creo que, mientras que Álex Rodríguez siga jugando con los Yankees, seré el segundo.

Le golpeo en el hombro y él finge una mueca de dolor.

—Maddie, no tienes que creerte todo lo que oigas sobre mí.

Yo lo miro con una clara expresión de «no nació ayer» que vuelve a hacerle sonreír.

—Digamos simplemente que no me he aburrido —concluye.

—¿Y con cuántas chicas no te has aburrido? Quiero saberlo.

—No lo sé, y tú no quieres saberlo —responde arrogante.

Probablemente tenga razón. En esta situación sería perfectamente aplicable la famosa frase de que la curiosidad mato al gato.

—Además, no he ido haciendo muescas en el cabecero de mi cama.

—Si has perdido la cuenta, es que han sido muchísimas —me quejo.

—Ya te he dicho que no me he aburrido —responde con dulzura acariciándome la cadera con el pulgar.

En realidad no sé de qué me sorprende, pero lo cierto es que me molesta, y mucho, la posibilidad de que en este momento miles de chicas en Nueva York y alrededores suspiren por él.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Sabes? Yo tampoco me acuerdo.

«Sí, señor. Muy madura.»

—Maddie —me reprende.

Ahí está de nuevo ese tono de voz de jefe exigente que me excita más de lo que nunca me atreveré a reconocer.

—Tres.

—¿Tres?

Asiento.

—Pero con ninguno de ellos me he sentido como estando contigo.

—Eso me gusta —contesta con una sonrisa satisfecha.

—¿Y tú?

La pregunta la hago en apenas un susurro. Él me mira con una media sonrisa en el rostro. Sabe perfectamente a qué me refiero.

—Maddie, llevamos cuatro polvos en menos de siete horas y ya estoy deseando follarte otra vez. Jamás me había sentido así.

Sonrío como una tonta y me inclino para besarlo. Lo que en un principio es un beso inocente poco a poco va llenándose de pasión y estalla entre los dos, llevándonos de nuevo al placer más exquisito, salvaje y delicioso que hemos probado en nuestras vidas.

La madrugada continúa avanzando y seguimos enredados en la cama. Le escucho reír una y otra vez y no creo que exista un sonido mejor. Es una risa franca y sincera que hasta ahora había tenido muy pocas oportunidades de oír.

Me escucha hablar de mi vida. Me pregunta por mi familia, por mi vida en Nueva York. Él rehúye la mayoría de mis preguntas con una sonrisa. Nunca he conocido a una persona que odie más hablar de sí misma. A regañadientes me da algunos detalles sin importancia y sólo consigo que se le ilumine la mirada y hable con ganas cuando saco el tema de la arquitectura. Su mayor sueño es dejarlo todo y convertirse en arquitecto. Tener un pequeño estudio y ganarse la vida diseñando.

Suspiro admirada por todo lo que eso significa, por su tesón y determinación, pero, sobre todo, por su lealtad. Tiene su sueño al alcance de la mano, pero jamás dejaría en la estacada a su padre.

También hablamos de nuestras aficiones: el cine y la música para mí; los coches y el surf, que practica todo lo que puede, para Ryan.

Me cuenta cosas de su abuelo y sus ojos brillan de admiración y respeto cuando me explica todo lo que hizo y cómo lo hizo.

—James y Álex son como mis hermanos y Lauren es mi mejor amiga.

—Todavía recuerdo cuando os vi en el Marchisio's riéndoos y sin parar de hablar.

Estoy en la cama boca abajo. A mi lado Ryan, también tumbado, aprovecha para colocar su mano sobre mi espalda y comenzar a acariciarme suavemente.

—Gran parte de la conversación giró sobre ti.

—¿Ah sí? —pregunta arrogantemente sorprendido.

—Sobre lo guapísimo que eras y también lo capullo insufrible, creo recordar.

Ryan se finge ofendidísimo y me da la vuelta sujetándome las manos a ambos lado de mi cabeza, suspendido sobre mí.

—Sigue sorprendiéndome la facilidad que tienes para decirme exactamente lo que piensas de mí.

—¿Te molesta?

—No. Me gusta —sentencia con la voz ronca y sensual.

Su mirada se clava en la mía, pero a los dos nos distraen unos tenues rayos de luz atravesando la ventana e iluminando débilmente, de una preciosa forma grisácea, su cabello.

—Está amaneciendo —susurra.

—Debería marcharme a casa —musito.

Aunque lo cierto es que no me movería por nada del mundo.

—Ni hablar —susurra de nuevo, dedicándome la sonrisa más sexy que he visto en mi vida a la vez que deja caer el peso de su cuerpo sobre el mío.

Suavemente se mueve entre mis piernas hasta que quedamos encajados a la perfección. Su miembro se despierta entre mis muslos.

Le devuelvo la sonrisa con mi piel encendida y ansiosa por todo el placer que está a punto de provocar en mí. Espero que de verdad compre esta cama y la instale en su despacho, porque no quiero salir de ella en toda mi vida.

Me besa los labios, la mandíbula, y se instala en mi cuello para devorar cada centímetro de piel. Su miembro sigue pugnando por entrar. Yo me deleito en todas las maneras en las que le estoy sintiendo y gimo suavemente ladeando la cabeza para darle mejor acceso.

Ryan mueve las caderas y toda su presión acaricia el punto máspreciado de mi cuerpo.

Lanzo un gemido, esta vez más alto y prolongado, y Ryan sonrío contra mi piel.

Vuelve a mis labios e invade mi boca. Continúa sujetándome las muñecas. Yo lo recibo con pasión y busco su lengua con la mía. Resoplo como una niña malcriada cuando deja de besarme y desliza sus perfectos labios hasta el lóbulo de mi oreja. Con mis manos inmovilizadas no puedo sumergirlas en su pelo y atraerlo de nuevo hacia mí.

—No te muevas o no dejaré que te corras.

Grito cuando me embiste por sorpresa. Todos mis sentidos estaban perdidos en esa delirante amenaza.

Me colma profundo y lleno de fuerza.

—Por favor, bésame —susurro.

Ryan clava sus ojos en los míos. Sin dejar de moverse, plenamente consciente de que cada embestida me está llenando de un placer indescriptible, se inclina sobre mí pero, a escasos centímetros de mis labios, se detiene.

—Por favor, bésame, ¿qué?

En mitad de esta neblina de placer y sudor acabo de verlo claro, se está vengando por lo impertinente que he sido antes.

No quiero darle el gusto. Es un capullo engreído y presuntuoso y no pienso alimentarle más el ego.

—No necesito que me beses —mascullo malhumorada porque en realidad me muero de ganas de que lo haga.

Ryan vuelve a sonreír y se acerca un poco más.

—¿Segura? —susurra.

Está tan cerca que involuntariamente alzo la cabeza y entreabro los labios para poder atrapar los suyos, pero él se aparta justo a tiempo.

—El control no lo tiene quien lo quiere, sino el que puede.

¡Sucio bastardo!

Quiero protestar pero comienza a moverse aún más rápido, más fuerte. No entiendo cómo no le afecta. Yo estoy a punto de derretirme bajo él y quiero desesperadamente que me bese.

—Por favor, bésame, señor —farfullo.

—Disculpa no te he oído bien.

Se está aprovechando. Le hago mi mejor mohín y no repito las palabras que ya ha escuchado perfectamente. Pero entonces se recoloca entre mis caderas, se levanta ligeramente y me embiste brusco, profundo, muy profundo.

Grito y echo la cabeza hacia atrás dislocada de placer.

Repito el glorioso movimiento y, a la tercera vez que lo siento entrar hasta casi partirme en dos, claudico.

—Por favor, bésame, señor —digo alto y claro.

—Buena chica.

Ryan sonrío justo antes de atrapar mis labios con pasión. Por fin tengo lo que necesitaba. Devora mi boca con la suya sin cesar en sus estocadas.

Gimo, suspiro y jadeo contra sus labios. Ryan aumenta el ritmo y enloquezco. Nunca había estado con nadie al que el sexo se le diera así de bien. Es increíble.

Me embiste una vez más y mi cuerpo se rompe a su alrededor.

—Ryan...

Estallo en un huracán de placer que asola cada centímetro de mi piel y grito hasta que el último destello de magnífica euforia me traspasa.

Ryan no se detiene, alarga mi orgasmo lo máximo posible y consigue que mi cuerpo vuelva a temblar. Es maravilloso.

Me embiste una última vez, aprieta con fuerza mis muñecas y se corre en mi interior con su frente apoyada en la mía.

Se deja caer sobre mí y yo le rodeo con mis piernas. Sigue sosteniendo mis muñecas aunque

apenas ejerce presión sobre ellas. Abre los ojos y busca los míos extasiados y a punto de cerrarse exhaustos.

—No creo que haya nada mejor que ver cómo te corres susurrando mi nombre.

Su frase vuelve a despertarme de golpe. Quiero, necesito abrazarlo para sentirlo lo más cerca posible. Hago un esfuerzo por liberar mis manos pero, al notarlo, él vuelve a apretarlas.

—Necesito abrazarlo, señor —musito llena de dulzura y sumisión.

Mis palabras calan en el fondo de Ryan y me lanza una mirada que reconozco inmediatamente. Es la misma que me dedicó en los probadores de Tommy Hilfiger cuando le dije que hiciera conmigo lo que quisiese. Está llena de un deseo apenas contenido y mucho, muchísimo placer anticipado.

Al instante noto cómo su miembro vuelve a endurecerse en mi interior. Dulce y sensual acero que ahora palpita dentro de mí enérgico como si llevara días descansando. Sin apartar su ansiosa mirada de la mía, abre sus manos, deja escapar mis muñecas y rápidamente lo abrazo.

—Eres mía —me asegura, y no hay un solo resquicio de duda en su voz.

Me besa desmedido y yo me ocupo de que no exista un solo centímetro de aire entre nosotros. Sale de mí lentamente, estremeciendo todo mi cuerpo.

Suspiro pausadamente, tratando de controlarme. Pero todo es inútil.

Ryan me penetra con fuerza.

Gimo, un grito sordo y ahogado lleno de un placer delirante.

Se mueve implacable, entrando y saliendo de mí, haciéndome gritar cada vez más fuerte. Ryan nos levanta sin esfuerzo hasta quedar de rodillas y yo en su regazo aún rodeando su cintura con mis piernas. Se ancla sobre sus pies y se mueve torturador. Otra vez la magnífica sensación de estar suspendida en el aire salvo por el punto mágico que me une a él.

Gimo desmedida, sintiendo que me falta el aire pero demasiada extasiada para hacer algo al respecto.

Otra vez ese calor. Todo ese calor.

Sus manos ancladas en mi trasero me hacen subir y bajar. Su boca conquista la mía.

Estoy sedienta de él.

Marca un ritmo perverso que no me da tregua. Desliza sus labios hasta mi pezón y tira de ellos con fuerza entre estocada y estocada para que el placer se convierta en una línea continua de la que no tengo escapatoria.

—Ryan... —vuelvo a susurrar. Ahora sé que estaría perdida sin él—... Ryan...

El calor que siento me traspasa y estalla a nuestro alrededor y grito desesperada cuando alcanzo un espectacular clímax. Deliro de placer. Sus manos se clavan en mi culo y se pierde en mí aullando mi nombre.

Sin entender por qué, me echo a reír. Ryan me deja caer en la cama y él lo hace exhausto a mi lado. Nuestras piernas aún están enredadas. Me temo que ninguno de los dos podrá ir muy lejos sin el otro.

Me despierta la voz de Ryan desde la otra habitación. Haciendo un esfuerzo inmenso, abro los ojos. Aunque las cortinas están echadas, se adivina claramente que ya es de día. No tengo ni idea de la hora que es. Miro a mi alrededor y a mi mente comienzan a acudir lentamente los recuerdos de la noche anterior y, con más fuerza que ningún otro, las manos de Ryan sobre mi piel y todos y cada uno de los maravillosos orgasmos que provocó en mí.

Me levanto y busco mi vestido, pero no lo encuentro, tampoco mi ropa interior. Me froto los ojos con las palmas de las manos. Estoy muerta de sueño y no soy capaz siquiera de imaginar dónde está mi ropa.

Ryan continúa hablando, imagino que al teléfono. Oigo mencionar a un tal Julian Dimes. He oído ese nombre antes, aunque ahora mismo no recuerdo dónde.

Veo su camiseta sobre la silla y con una sonrisa me la pongo una vez más.

Abro la puerta que comunica las dos estancias y automáticamente lo busco con la mirada. Tiene la mano apoyada en la ventana mientras habla por teléfono. Lleva los vaqueros y una camiseta gris. Descalzo y despeinado. Necesito suspirar.

Ryan repara en mi presencia y me pilla mirándolo embobada. Al hacerlo, sonrío arrogante y yo desvío mi vista rápidamente hacia la tele encendida, aunque con el volumen silenciado.

Hay una cantidad indecente de comida sobre una mesa: tortitas, bacón, fruta, zumo y café. Todo tiene pinta de lo que es: el desayuno continental del mejor hotel de la ciudad.

Oigo cómo se despide de su interlocutor.

—Esta vez no puedes decir que lo que mirabas embobada era el traje.

Sonrío nerviosa y me acerco hasta la mesa. Cojo un pequeño racimo de uvas y me llevo una a la boca. Está exactamente como prometía, deliciosa.

—¿Puedo saber dónde está mi ropa? ¿O acaso te has deshecho de ella para que no pueda salir de esta habitación?

Sonrío encantado con la idea.

—He mandado que la laven y la planchen, aunque me estoy pensando eso de deshacerme de ella.

A pesar del maratón de sexo en el que se convirtió el día y la madrugada de ayer, no puedo evitar que todo mi cuerpo se active sólo con su mirada y la forma en la que ha pronunciado esas palabras, como si una parte de él considerara realmente la idea.

Ryan aparta su mirada de la mía e inspira bruscamente a la vez que sonrío nervioso. Yo me ruborizo. Hemos estado a punto de, literalmente, saltar el uno sobre el otro.

—Te he pedido tortitas para desayunar —comenta intentando recuperar la compostura.

Asiento y me como otra uva. Sin darme cuenta, dejo mi índice un segundo de más sobre mis labios. Noto cómo la mirada de Ryan fija en ellos se oscurece y, sin dudarlo, alargo el momento y acabo mordiéndome el dedo, apenas un instante. Sus labios se entreabren y yo sonrío fingidamente inocente.

—¿Desayunamos?

—Claro, estoy hambriento.

Ryan camina hasta mí pero se detiene exactamente a un paso, para que pueda sentirlo cerca hasta casi abrasarme sin que haya el más mínimo contacto. Mi respiración se acelera presa de su proximidad y de su olor.

Estira la mano, coge un trozo de fresa y, sin apartar mi mirada de la suya, se la lleva a sus perfectos labios. Otra vez todo ese magnetismo animal puesto sobre la mesa. Es tan sensual.

—¿Tienes hambre?

Asiento tímida pero completamente convencida.

Ryan me dedica su media sonrisa llena de toda esa carnalidad implícita y lleva su mano a la mía. Casi sin rozarme, me quita el racimo de uvas de la mano, separa una y me la hace comer. Acaricia mi labio con su pulgar suavemente, retirando el jugo de la fruta. Un leve gemido se me escapa cuando veo cómo se chupa ese mismo dedo.

—Deliciosa —comenta.

Y yo ya estoy perdida. Me siento como si nos hubiéramos dado el mejor beso del mundo.

Ryan me da la última uva, pero no retira su mano inmediatamente. La baja acariciando con suavidad mi mandíbula, el centro de mi cuello y su camiseta. Al llegar al final de la prenda, me sonrío justo antes de que uno de sus dedos se deslice en mi sexo.

Cierro los ojos y suspiro cuando lo noto dentro de mí.

—Parece que ya estás lista para desayunar —susurra sensual en mi oído.

Retira su mano, toma la mía y me conduce a través de las dos habitaciones hasta el baño. Me deja en el centro de la estancia, va hasta la ducha de diseño y abre el grifo de agua caliente.

Un placer cubierto de anticipación se instala en mi vientre.

Todo esto es muy excitante.

Me tomo unos segundos para observar la inmensa ducha. Los azulejos blancos impolutos se pierden hasta un panel de madera clara que corona la ducha y se entremezcla con el acero de la misma. Un lujo muy sofisticado y sereno.

Ryan se acerca de nuevo hasta mí, toma mi camiseta por el bajo y lentamente me la saca por la cabeza y mis brazos levantados. Los bajo despacio, sin dejar de mirarlo, intentando provocarle en silencio.

El sugerente vapor avanza por la habitación.

Otra vez estoy desnuda frente a él. No sé por qué, esta sensación de sentirme observada por él aún vestido, me resulta tan sexi.

Alzo mis manos y toco su abdomen. Está duro y musculado. Las más que sugerentes imágenes de él sudado haciendo ejercicio en algún gimnasio mal iluminado se instalan en mi mente. Mi imaginación vuela libre y lo dibujo follándome contra las espalderas o en el suelo, contemplándonos en un espejo enorme.

—¿En qué estás pensando?

—En sexo —digo sin más—. Me has revolucionado tanto que ahora sólo puedo pensar en los sitios en los que me gustaría acostarme contigo.

—He creado un monstruo —contesta con una sonrisa estrechándome entre sus brazos e inclinándose para besarme.

El vapor ya lo inunda todo.

Se quita la camiseta y los vaqueros y entramos en la espaciosa ducha. El agua cae sobre nosotros caliente y sinuosa sin que podamos dejar de besarnos.

Ryan enrosca su mano en mi pelo mojado y tira de él, obligándome a levantar la cabeza para darle mejor acceso a mi cuello. Lo devora centímetro a centímetro.

Gimo por sus labios, por el agua.

Continúa bajando. Fabrica un reguero de besos hasta uno de mis pezones, que rodea con sus labios. Lo chupa y tira de él una y otra vez. Repite la misma operación con el otro pezón, cubriendo con sus dedos el que su boca acaba de liberar.

Grito llena de placer derretida entre sus manos.

Admirando su obra, vuelve a incorporarse y yo aprovecho para empezar a crear la mía. Suavemente, lo empujo contra la pared y empiezo a besarle el cuello, chupándole, mordiéndole, lamiéndole para poder saborear su piel.

Bajo un poco más y me recreo en su pecho, en su estómago.

Sin separar mi mirada de la suya, ambas absolutamente perdidas de deseo, me arrodillo frente a él. Entreabre los labios cuando comienzo a besarle suavemente el sexy músculo que se le marca junto a la ingle. Sigo bajando despacio. Le beso el final del estómago a la vez que tomo su duro miembro entre mis manos y lo aprieto suavemente.

Gruñe despacio y yo aprieto un poco más.

Le doy un dulce beso en la punta y comienzo a guiar mi mano arriba y abajo, presionándolo. El agua hace que se deslice perfectamente en mi palma. Es grande y duro y está ligeramente arqueado hacia arriba. Lamo la punta y lo rodeo suavemente con mis labios.

—Sí, nena —susurra.

Aumento poco a poco el ritmo. Mis labios acompañan mi mano en cada movimiento. Cada vez un poco más rápido, cada vez un poco más fuerte. Subo mi otra mano y le acaricio los testículos. Dejo que el reverso de mis dedos toque suavemente un punto justo detrás de ellos y él masculla un «joder» casi ininteligible.

Alzo la mirada y lo contemplo extasiado, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra la pared de azulejos.

Verlo así me emborracha de poder al saber que soy yo quien se lo está provocando.

Rodeo su polla con mis labios, pero dejo que sea mi mano quien la acaricie, rápido, presionándola, y entonces la hago entrar en mi boca lenta y profunda hasta casi tocar el fondo de mi garganta.

—Nena —vuelve a susurrar.

Sus caderas se mueven suavemente, acompasándose a la perfección con mis movimientos. Me encanta sentirlo entre mis labios. Su sabor es enloquecedor. Otra vez lo albergo hasta el fondo de mi garganta, pero en lugar de hacerlo salir deprisa, lo deslizo lentamente, despidiéndolo con la lengua y

chupando el extremo de su erección con verdadera dedicación antes de separarme del todo.

Vuelvo a alzar la mirada y sus ojos me contemplan ardientes. Su deseo y su lujuria me abrasan. Le dedico mi mirada más sensual mientras sigo jugando con su glande, seduciéndole con mi lengua. Mi mano sube y baja mientras con la otra regreso a ese punto mágico justo detrás de sus testículos.

—Joder, nena. Vas a volverme loco.

Me aparta el pelo húmedo de la cara y deja sus manos sobre mi cabeza guiándome en mis movimientos.

Le acojo en mi boca cada vez más rápido, cada vez más profundo.

Sus caderas vuelven a despertar y los dos nos volvemos más bruscos.

Verlo tan excitado ha encendido mi propio cuerpo y ahora sólo puedo pensar en complacerlo.

Recibo el empuje de sus caderas todo lo hondo que quiera llegar y, cuando se retira, arrastro los dientes sobre toda su longitud hasta morderle con delicadeza el glande. Lo lamo con fuerza y lo chupo para que el placer se entremezcle con el dolor y se alargue indisoluble.

—Joder —masculla a la vez que echa la cabeza hacia atrás otra vez y la choca contra los azulejos.

Está a punto de perder el control. Lo sé y eso es lo que quiero.

Enreda las manos en mi pelo.

Sello mis labios con las mías y me muevo frenética arriba y abajo. Alzo la mirada. Tiene los ojos cerrados con fuerza y la boca entreabierta.

Ya sólo es capaz de jadear.

Sí, éste es el momento. Anclo mis manos en la parte de atrás de sus muslos y lo hago entrar más profundo que ninguna otra vez. Sus piernas se tensan bajo mis manos, ahoga un grito en un gruñido y siento su esencia cremosa y salada bajar por mi garganta. Lo trago sin dudar. Es la primera vez que dejo que un chico se corra en mi boca y me sorprende no haberme tomado ni siquiera un segundo para decidir si lo hacía o no. Definitivamente con él todo es diferente, mucho más sensual e instintivo.

Le dejo salir y le doy un último beso en el extremo. Levanto la mirada y sus ojos azules y maravillosos me están esperando. Está satisfecho pero no saciado. Algo me dice que no lo estará hasta que esté dentro de mí y, aun así, tengo la sensación, y la esperanza, de que siempre quiera más.

Ryan me toma por los hombros y tira de mí hasta incorporarme de nuevo.

Nos gira y ahora es mi espalda la que está contra la pared.

—Parece que lo has pasado bien ahí abajo.

Asiento y me muerdo el labio con una incipiente sonrisa. He hecho exactamente lo que deseaba hacer.

Ryan me sonrío. Una sonrisa nueva y aún más adictiva en la que mezcla todo lo sexy que puede llegar a ser y todo ese magnetismo animal que lo envuelve. Me toma por las caderas, me levanta y, de un solo movimiento, entra en mí.

Grito de placer cuando lo siento dentro y más aún cuando comienza a moverse de esa forma tan

espectacular.

Es delicioso y salvaje, una mezcla única y maravillosa que nunca había probado y que me hace desearlo más y más.

El agua cae sobre mí, los labios de Ryan besan mi piel, sus dientes la arañan y sus manos clavadas en mis caderas me mantienen contra la pared mientras sus embestidas me deslizan a arriba y abajo por ella. Estoy tan excitada, con la piel tan sensibilizada, que por un momento siento que miles de manos me tocan, que cada gota de agua que se instala en mi piel es una caricia, un beso.

Ryan aumenta el ritmo. Mi cuerpo le responde. Me revuelvo sobre él. Quiero más.

—Ryan... —susurro y lo hago como si fuese mi particular mantra del sexo y el placer—... Ryan... —vuelvo a murmurar, está vez tan bajito que apenas yo puedo oírlo—... Ryan... —Y me pierdo en cada letra, en cada sonido.

Sin darme tiempo a reaccionar, sale de mí, me deja en el suelo y me da la vuelta.

Siento cómo me mueve pero al mismo tiempo lo noto lejano, como si todo mi mundo hubiera entrado en este *stanby* y sólo fuera algo borroso.

Me inclina ligeramente, coge su poderoso miembro con la mano y vuelve a introducirlo en mi interior.

Grito.

Su embestida hace que todos mis sentidos regresen intensificados. El agua, sus manos, mis manos.

Se agarra a mis caderas y entra fuerte, salvaje.

Grito, gimo, jadeo cada vez que lo siento colmándome.

Paseo mis manos desesperada por los azulejos intentando, sin ningún éxito, encontrar algo a lo que agarrarme. Mi cuerpo comienza a temblar y, antes siquiera de que sea consciente de lo que va a suceder, estallo en un increíble orgasmo que Ryan alarga en el tiempo segundo tras segundo, haciendo que su miembro llegue hasta el fondo de mi interior una y otra vez.

—Dios —grito incontrolada.

Ryan aprisiona mis caderas aún con más fuerza y me da una última estocada, corriéndose mientras gruñe una torpe versión de mi nombre.

Sé que me ha dejado las marcas de sus dedos en mi piel y sonrío encantada porque una parte de mí quiere que ese lado salvaje de Ryan lo desborde todo.

Se deja caer contra mi espalda y durante unos minutos nos quedamos en silencio, recuperándonos, empezando a ser conscientes del mundo a nuestro alrededor.

Nos duchamos perezosos. Mientras me envuelve en un agradabilísimo albornoz, llaman a la puerta. Todavía mojado, Ryan se pone los vaqueros y sale a abrir. A los segundos regresa con una bolsa transparente en la que puede verse mi vestido blanco y mi ropa interior de Victoria's Secret perfectamente doblados y planchados. La deja sobre el mármol del lavabo.

—Me marchó o no vas a poder vestirme nunca —me advierte con una juguetona sonrisa en los labios.

Sonrío como una idiota, lo observo hasta que se cierra la puerta y, ya a solas, me quito el albornoz. Frente al espejo me sorprende contemplando las nuevas marcas que ya han nacido en mi cadera y no puedo evitar mordirme el labio inferior. Nunca pensé que sería esa clase de chica, pero con Ryan una parte de mí loca de deseo despierta y me inunda por completo.

Vuelvo al salón y me siento en el enorme sofá buscando algo que ver en la televisión mientras Ryan habla por teléfono. Apenas un par de minutos después, cuelga y se acerca a la enorme mesa de caoba que domina el salón. Yo continúo inmersa en la tarea del *zapping*. Pulso uno de los botones del mando a distancia y en un canal de la tele por cable aparece la película *California Suite*.

—¡Es mi película favorita! —exclamo divertida acomodándome aún más entre los mullidos cojines.

Ryan se sienta a mi lado y coloca sobre mi pierna un plato con fruta. Coge una apetitosa manzana verde y empieza a comer.

—¿Ésa es tu película favorita?

Asiento entusiasmada.

—¿No la has visto? —pregunto sorprendida.

—Sí, alguna vez en televisión —contesta poco convencido.

No la ha visto. Si lo hubiera hecho, la recordaría sin asomo de dudas. Es una película genial.

Observo el plato y me decanto por un trozo de sandía perfectamente cortado y limpio de pepitas.

—¿Cuál es tu película favorita?

Lo piensa un instante.

—Creo que *Bullit*.

—*Bullit* es genial, aunque tengo que confesar que lo que más me gusta de esa película es el coche.

—¿Te gustan los coches?

Por un momento Ryan me mira como si tuviera delante el Santo Grial, lo que me hace sonreír.

—No, sólo ése —contesto aún sonriendo—. Quiero decir, es un Mustang GT 390 del 68. ¿A quién no le gusta ese coche?

—Pues te alegrará saber que tengo uno.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—Sí, tengo un Mustang GT 390 de 1968 —dice repitiendo cada una de mis palabras— y, si te portas bien, cuando volvamos a Nueva York, quizá te dé una vuelta.

«Nueva York», las dos palabras que estaba evitando en mi mente desesperadamente. No entiendo lo que hemos construido en esta habitación, así que me da un miedo terrible pensar en lo que pasará cuando salgamos de ella.

—¿Qué ocurre? —pregunta Ryan endulzando su tono de voz.

—Nada —musito.

Quita el plato de fruta de mi pierna y lo coloca sobre la mesa.

—Nena, ¿qué ocurre? —inquiérese de nuevo, esta vez acariciándome suavemente la mejilla.

Yo sonrío. Adoro que me llame nena.

—Me gusta que me llames nena.

Ahora quien sonrío es él.

—No te preocupes, pienso seguir haciéndolo —replica sin dudar.

—¿También cuando regresemos a Nueva York?

—Claro que sí —contesta confuso por mi pregunta—. Maddie, ¿qué pasa?

—Ryan, estoy asustada —me sincero—. ¿Qué ocurrirá cuando volvamos a Nueva York? Ni siquiera podría explicar lo que ha pasado aquí y me da un miedo terrible que simplemente se termine cuando salgamos de esta habitación. No quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Eso no ocurrirá.

Sus palabras están repletas de seguridad.

—¿Por qué?

Involuntariamente mi pregunta se ha llenado de dolor.

—Porque ahora sé que lo único que quiero es estar contigo.

Sonrío totalmente incrédula ante lo que acabo de escuchar. Ryan me observa intentado descifrar mi mirada, buscar en ella una respuesta, pero yo no soy capaz de reaccionar, me siento petrificada, felizmente petrificada.

—Dime algo para que no me vuelva loco.

Comienzo a reír, una risa catártica y embriagadora, y sin dudarle me coloco a horcajadas sobre él y pierdo mis manos en su pelo.

—¿Qué quiere que le diga, señor Riley? Ahora mismo soy la chica más feliz del mundo.

Y te quiero más que a mi vida.

Ryan sonríe y sus ojos brillan más azules que nunca.

—Nena, te prometo que todo va a salir bien.

Asiento encantadísima y algo nerviosa. Hundo mi cara en su cuello y nos quedamos abrazados una porción de tiempo indefinido, disfrutando de este momento.

—Quiero verte despertar todos los días —susurra en mi oído sin dejar de acariciarme rítmicamente las caderas. Yo sonrío pletórica contra su hombro sin moverme. Acabo de encontrar mi lugar favorito en el mundo—. Quiero ser quien te consuele, quien te folle para que te olvides de todo. Quiero ser yo quien te traiga aquí cada 6 de agosto.

No contesto, simplemente me estrecho contra su cuerpo, y él, que sonríe contra mi pelo, lo entiende como el sí inmenso y maravillado que es.

No decimos nada más. Ryan hace suaves círculos con los pulgares sobre mis caderas y yo soy vagamente consciente de que le estoy empapando la camiseta con el pelo, pero a ninguno de los dos parece importarnos. Desde la televisión se oye a Maggie Smith advertir a Michael Caine de que todos tienen que pensar que siguen locos el uno por el otro después de doce años, a lo que él responde: «Oh, creo que lo estábamos. Siempre lo olvido.» Sonrío suavemente y noto que Ryan también lo hace. Nadie puede resistirse a esta peli.

—Sam nos espera para comer —murmuro sin moverme un ápice, no quiero hacerlo—. Quiere hacerte probar el mejor cangrejo del mundo.

Su sonrisa se ensancha.

—Pues deberíamos terminar de arreglarnos.

Alzo la cabeza y vuelvo a quedar frente a él. Le hago un mohín de lo más decadente. No quiero moverme de aquí. Ryan vuelve a sonreírme y me coloca un mechón de pelo húmedo tras la oreja.

—Esta tarde tenemos que regresar a Nueva York.

Su mirada me dice que él tampoco quiere irse, pero los dos sabemos que no podemos quedarnos a vivir en este hotel, por muy tentador que resulte.

Me levanto a regañadientes y termino de prepararme mientras Ryan hace unas llamadas.

Cuando llegamos al restaurante de Sam, mis padres, mis hermanos y el propio Sam y su familia nos esperan. Como vaticinó el que fuera mi jefe durante tres veranos, el arroz Hoppin' John que prepara está excelente y, obviamente, el mejor cangrejo del mundo cumple con lo que prometió ser.

Mi padre está de mucho mejor humor al tener a sus tres hijos con él. Sospecho, sobre todo por la mirada que me han dedicado mi hermana Leah y Evelyn cuando hemos llegado, que entre las dos se las han apañado para que no se diera cuenta de que no he dormido en casa. Además, el hecho de que no haya asesinado a Ryan en cuanto hemos atravesado la puerta también ha sido una gran pista.

Después de tomar el exquisito pastel Red Velvet que ha preparado Emily, la esposa de Sam, y de una encantadora sobremesa en la que todo tipo de anécdotas bochornosas sobre mi infancia y adolescencia han sido comentadas y recomendadas para regocijo de Ryan, nos despedimos de mi familia. Todos prometen visitarme en Nueva York, aunque soy un poco escéptica, llevo oyendo las mismas promesas seis años.

Mi padre me da el mejor abrazo del mundo seguido del segundo mejor abrazo, obra de Sam, y finalmente nos montamos en el coche y ponemos rumbo al aeropuerto internacional de Savannah.

Pasamos todo el camino escuchando canciones de Eagle-Eye Cherry, Bob Dylan y los Rolling Stones. La música favorita de Ryan.

Tardamos poco más de una hora. El mismo hombre que nos entregó el coche nos espera solicito junto a las escalerillas del jet. Ryan le entrega las llaves y, sin mediar palabra alguna, se marcha.

Marie, la asistente de vuelo, nos recibe en el avión. Se ocupa de nuestro ínfimo equipaje y nos acompaña hasta los asientos.

—¿Desean algo de beber?

Ryan me mira y yo niego con la cabeza.

—No, Marie.

Ella sonrío y se marcha hacia la cabina.

Esta vez nos sentamos el uno junto al otro. Quiero estar cerca de Ryan.

Con la cabeza apoyada en su pecho y su brazo rodeándome mientras observo cómo el avión se estabiliza en el aire, suspiro hondo. Vamos a volver a Nueva York y, aunque las palabras de Ryan lo eclipsaron todo y me hicieron sentir en una nube, lo cierto es que no tengo la más remota idea de cómo vamos a hacerlo. Y, sobre todas las cosas, me preocupa una: la oficina.

—¿Cómo vamos a comportarnos en la oficina? —le pregunto haciéndole partícipe de mis cavilaciones.

Suspira profundamente como respuesta. Está claro que él tampoco tiene la más mínima idea o quizá ni siquiera lo haya pensado hasta ahora.

—La verdad, no lo sé.

—No quiero que en la oficina piensen que soy la típica ayudante que se tira al jefe para medrar en su carrera.

Ryan pone mala cara. No le ha gustado lo más mínimo el más que posible escenario laboral que acabo de describirle.

—Nadie que te conozca pensaría eso de ti —replica.

—Pero no todos me conocen, Ryan.

—Entonces tendremos que mantener el secreto —sentencia—. Tendré que pedirte que me traigas todo tipo de informes para ver cómo te paseas por mi despacho con esos vestiditos.

El tono de su voz se vuelve de lo más juguetón. Acaba de encontrarle el lado bueno.

—Volveremos a ser el señor Riley y la señorita Parker.

—Y tendremos que hacerlo en mi despacho, contra la pared —su voz va agravándose, volviéndose más sensual—, con mis brazos sosteniéndote por ese culo tan increíble y tu boca clavada en mi cuello para no gritar.

Uau.

—Nunca había tenido tantas ganas de ir a trabajar —susurro entregada.

Ríe.

—Lo mismo digo.

Su móvil comienza a sonar, interrumpiéndonos. Ryan se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros y, sin mirar quién es, contesta.

—Riley... Sí, ahora estoy volviendo a Nueva York.

Siempre había creído que no podía usarse el móvil en un avión. Parece que los jets privados no siguen esa norma.

—Haciendo lo que a ti no te importa.

Por ese comentario y el consiguiente «no, que te jodan a ti», comprendo inmediatamente que se trata de Bentley o de Spencer.

—Esta noche estaré en la ciudad, pero no puedo perder el tiempo contigo. Tengo planes.

Sonrío como una idiota porque sé que esas dos palabras tienen que ver conmigo.

—Podemos hacerlo mañana en la oficina... Eres un puto entrometido. No pienso contártelo porque no me da la gana y podemos pasarnos así toda el día, capullo.

A pesar de los cariñosos apelativos que le dedica, que estoy segura le responde de igual modo, su voz suena divertida.

Escuchándolo al teléfono me quedo dormida. Estoy demasiado cansada para mantener los ojos abiertos.

Me despierto aún en el avión. No sé cuánto tiempo ha pasado. Tengo la cabeza en el regazo de Ryan. Él apoya un brazo sobre mí mientras con la otra mano sujeta unos documentos llenos de balances que lee concentradísimo. Frunce el ceño al centrarse en uno de los gráficos y articula unas líneas en silencio, moviendo sólo sus perfectos labios. Podría pasarme horas mirándolo, pero entonces él repara en que lo hago y me dedica su maravillosa sonrisa.

—Hola, dormilona.

—Estaba muy cansada —me disculpo incorporándome y volviendo a mi asiento—. Un desalmado me tuvo despierta toda la noche.

Sonríe orgulloso.

—Apuesto a que lo pasaste bien.

—No creas, se le daba francamente mal —contesto con una divertida sonrisa en los labios.

Ryan ahoga una risa en un suspiro y rápidamente me coge en brazos para sentarme en su regazo.

—Señorita Parker, alguien debería enseñarle modales. Es usted de lo más insufrible.

—Bueno, he aprendido del mejor.

Esconde su mano en mi pelo, llega hasta mi nuca y me atrae contra sus labios.

Me encanta su sabor, su olor.

He de decir que hemos sabido transportar con maestría al avión el pequeño mundo que construimos en la habitación del Hilton. Nos pasamos besándonos y acariciándonos entre risas el resto del vuelo.

Está a punto de anochecer cuando aterrizamos en el JFK. Finn, el hombre para todo de Ryan, nos espera en la pista de aterrizaje junto al Audi A8.

—¿Han tenido un buen vuelo, señor Riley? —le saluda cuando llegamos hasta él.

—Fantástico, Finn.

Diligente, me abre la puerta del coche.

—Hola, Finn —le saludo.

—Maddie —responde con una amable sonrisa.

Me hace ilusión que haya recordado mi nombre.

Ryan entra por la otra puerta y nos acomodamos en la parte trasera. Finn arranca y rápidamente nos incorporamos al tráfico.

—Quédate en casa esta noche —me pide mirándome de esa manera absolutamente irresistible—. Llevo un día entero teniéndote en mi cama y ya me he malacostumbrado.

—No lo sé. Creo que debería hacerme un poco la dura —contesto con una pícaro sonrisa en los labios.

—Podrías intentarlo, pero no iba a valerte de nada —responde arrogante—. Soy el señor irascible-sexo increíble, ¿recuerdas? Lo tengo todo controlado.

El hecho de que utilice su propio apodo me hace reír.

—Está bien, me quedaré —digo fingidamente displicente, aunque no puedo mantener la pose mucho tiempo, ya que una sonrisa de pura felicidad comienza a aparecer sin que pueda hacer nada por remediarlo.

Antes de ir a su flamante casa, pasamos por mi apartamento para que pueda recoger algo de ropa para mañana.

Por algún motivo que no llego a entender del todo, conforme más nos acercamos al barrio de Chelsea, y en concreto a la casa de Ryan, más nerviosa me siento. Es la primera vez que voy a ir con él. La vez anterior estaba enfadada. No hablamos, sólo discutimos y casi nos acostamos. Ahora es completamente diferente.

El Audi entra en un garaje subterráneo y se detiene junto a una moderna puerta blindada a la que se accede a través de unas escaleras de acero amarillo. El contraste me sorprende, pero me gusta el resultado final.

Bajamos del coche y tomamos las escaleras. Ryan marca un código y la puerta se abre dando paso a un elegante pasillo con el suelo de mármol abrigantado a conciencia. Caminamos hasta el ascensor. Ryan me lleva de la mano mientras yo no pierdo detalle de lo que veo.

La verdad es que mentiría si dijera que sé dónde estamos.

—El garaje es común para toda la manzana —me explica Ryan.

Me sorprende la habilidad que tiene para contestar preguntas que no llego a pronunciar.

—¿El Mustang también lo guardas aquí? —pregunto curiosa mientras entramos en el ascensor.

—El Mustang y un par más —responde haciéndose el interesante a la vez que pulsa uno de los botones.

El ascensor se abre en una planta idéntica a la de abajo, sólo que ahora hay varias puertas y, al menos, dos laberínticos pasillos. Ryan se detiene en la más cercana a los ascensores, marca de nuevo un código en un discreto panel y la puerta se abre. Accedemos a un pequeño vestíbulo. Es muy sobrio y yo diría que únicamente funcional, pero entonces alzo la vista y me fijo en el precioso techo abovedado con un impecable ornamentado de cuadrados infinitos. Un «Uau» de puro asombro se me escapa y Ryan responde con una sonrisa justo antes de tirar otra vez de mi mano.

Atravesamos una última puerta y llegamos a un vestíbulo que me resulta familiar. Tras un par de segundos comprendo que es el de su casa, sólo que hemos accedido por una de las puertas junto a la enorme cristalera del jardín trasero.

Caminamos hasta la cómoda *vintage* y Ryan me suelta para poder revisar algunas cartas y notas que están sobre ella. Yo sigo observándolo todo a mi alrededor. Nunca he sido así de curiosa, pero Ryan es tan hermético que cualquier información que pueda recabar se me torna de lo más valiosa. Incluso la que pueda obtener de su recibidor.

Me quedo prendida del hermoso Monet que tiene colgado en la pared. Si no recuerdo mal, es *Paseo por el acantilado en Pourville*. Es uno de mis artistas favoritos.

—No puedo creerme que tengas un Monet.

—¿Te gusta el arte? —pregunta dedicándome una furtiva mirada mientras continúa revisando su correo.

—Me encanta, aunque no sé mucho.

—Es *Paseo...*

—*Paseo por el acantilado en Pourville* —le interrumpo—. Eso sí lo sabía.

Ryan, con la mirada llena de una reposada sorpresa, apoya las dos manos en el viejo mueble y se inclina ligeramente sobre él.

—¿Nunca vas a dejar de sorprenderme? —pregunta con una media sonrisa en los labios.

Yo le devuelvo el gesto, aunque la mía está llena de satisfacción. Nunca me he sentido más orgullosa de mis escasos conocimientos sobre arte. Aunque soy consciente de que continúa mirándome, giro sobre mis pasos y sigo paseándome. Ahora me toca a mí hacerme la interesante.

—Subamos —dice ofreciéndome su mano.

La cojo encantada y vamos a la planta de arriba.

Es exactamente como recordaba. Ryan me deja en el centro de la enorme estancia y va hasta la cocina.

—¿Te apetece algo de beber?

Asiento y continúo con mi indagación. Pronto las fotos de encima de la chimenea llaman mi atención. Ryan se acerca a mí y me tiende una copa. No estoy acostumbrada a beber vino, pero no lo rechazo y, ante su atenta mirada, le doy un sorbo. Está delicioso.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Sí.

Sonríe satisfecho.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

La sonrisa de Ryan sigue en sus labios, pero se transforma y por un momento me hace perder el hilo porque no soy capaz de leer en ella. Creo que ha intuido que es una pregunta personal y no quiere tener que contestarla.

—¿Qué quieres saber? —inquire al fin.

—¿Por qué en el centro cívico dijiste que no recordabas el camión de bomberos? Ves esta foto todos los días —comento señalando su fotografía con Bentley.

Su sonrisa cambia de nuevo. Le da un trago a su copa de vino y, sin responderme, me toma de la mano y me lleva hacia las escaleras.

—¿No vas a responderme? —pregunto de nuevo subiendo los primeros escalones.

—Obviamente, no —contesta dedicándome una sexy sonrisa, sin duda alguna para distraerme. Funciona—. Eres muy curiosa, ¿te lo habían dicho alguna vez?

Le hago un mohín y su sonrisa se ensancha. Quiero saberlo, pero sé que si ha decidido no responderme tengo la batalla perdida antes de empezar. Refunfuño, pero mi enfado se disipa antes de que alcancemos el final de las escaleras. Está demasiado encantador para resistirme mucho tiempo.

Ryan me lleva a su dormitorio y nos detenemos frente a su enorme cama.

—Señorita Parker, ésta es mi cama y le comunico que no va a poder salir de ella hasta nueva orden.

Sonríó nerviosa ante su comentario pero, antes de que pueda decidir si habla en serio o no, su mirada se oscurece y da el paso que nos separa muy despacio.

Está cerca, muy cerca.

Todo mi cuerpo activado por su mirada me pide a gritos que me tire en sus brazos y simplemente haga todo lo que me pida porque sé, incluso ahora, antes de imaginarlo, que me llenará de placer.

Coloca su mano en mi costado y la baja despacio hasta llegar a mi cadera. Me besa una vez con suavidad y me mira directamente a los ojos. A esta distancia tan corta siento cómo los suyos me dominan. Es una sensación indescriptible que me hace fuerte y a la vez consigue que todo mi cuerpo

tiemble pensando en lo que llegará después. ¿Qué me has hecho, Ryan Riley? Nunca me había sentido así.

—Desnúdate —me ordena.

Da un paso hacia atrás y se sienta a los pies de la cama, observándome con la copa de vino en la mano. Yo le doy un largo trago a la mía y me agacho lentamente para dejarla en el suelo. Ni siquiera entonces despega sus ojos de mí.

Estoy nerviosa, pero también muy excitada.

Acaricio el bajo de mi vestido con los dedos. Vamos Maddie Parker —me arengo—, puedes ser muy sexi. Eres como Scarlett Johansson en *Match Point*, toda sensualidad y un vestido blanco. Asiento en respuesta a los ánimos que yo misma me infundo y tiro de mi vestido hasta sacármelo por la cabeza.

Ryan suspira al contemplarme sólo con mi conjunto de ropa interior gris y negro de algodón y vuelve a darle un trago a su copa. La manera en la que me mira por encima del cristal hace que mi respiración se acelere aún más.

—Quítate el sujetador —susurra exigente con la voz ronca de deseo.

Hago lo que me dice y lo dejo caer en el suelo junto al vestido. Ryan me contempla un instante, deja la copa en el suelo y cuadra los hombros, quedando aún más al borde de la enorme cama.

—Pon un pie aquí. —Señala su rodilla.

Asiento y subo el pie hasta colocarlo donde me ha dicho. Despacio, lleva una de sus manos a la parte de atrás de mi rodilla flexionada. Su contacto, aunque ínfimo, revoluciona todo mi cuerpo, llenando de calor la parte de piel que su mano toca. Me quita la sandalia con la otra mano y la deja caer al suelo. Otra vez lentamente vuelve a deslizar su mano y me acaricia con suavidad desde el tobillo hasta el final del interior del muslo.

Suspiro bajito cuando se detiene, porque una parte de mí sabe que sólo acaba de empezar.

Acaricia mi sexo por encima de la tela de algodón. Su respiración se acelera cuando sus dedos sienten mi humedad. Entonces retira su mano y me baja la pierna.

—Tu otro pie aquí.

Señala el mismo lugar, pero en la otra rodilla.

Involuntariamente me humedezco los labios antes de levantar la pierna. Esto es demasiado sensual.

Ryan vuelve a poner una de sus manos bajo mi rodilla y con la otra me quita la sandalia. Repite su caricia y llega hasta mi sexo.

Suspiro más fuerte cuando siento sus dedos de nuevo sobre mis bragas.

Ryan deja escapar un gruñido justo antes de pasar su mano al otro lado bajo la tela.

Jadeo.

Comienza a acariciarme deslizando sus prodigiosos dedos una y otra vez sobre mi clítoris. Tira de él suavemente, soliviantándolo, soliviantándome a mí. Introduce dos de sus dedos en mi interior.

Gimo con fuerza.

Su pulgar continúa acariciándome.

—Estás muy excitada, nena —susurra.

Su voz es lo mejor de todo.

Mueve sus dedos cada vez más rápido. Yo me agarro con fuerza a sus hombros. Estoy tan extasiada que temo caerme.

Gimo más alto, más fuerte.

Sin darme tiempo a reaccionar, Ryan rompe mis bragas de un acertado tirón, ancla sus manos en mi trasero y me levanta haciendo que mis pies se apoyen en la cama. En mitad de las llamas de este placer incontrolado, hunde sus labios en mi sexo y deja que su lengua me haga sentir todo lo que antes me hicieron sentir sus dedos.

Grito.

Pierdo mis manos en su pelo. Prácticamente estoy arrodillada en sus hombros. Sus manos siguen en mi culo. Me sostiene con fuerza y al mismo tiempo estrecha mi pelvis más y más contra él.

Me siento en el paraíso. Esto es el paraíso.

Un huracán va creándose en mí. Mi cuerpo se mueve por voluntad propia y los gemidos y jadeos salen incoherentes de mis labios. Los besos de Ryan son cada vez más intensos, más profundos, y enloquezco sobre él. Alcanzo un increíble orgasmo y un placer desmedido recorre mi cuerpo y lo hace estallar. Ya sólo soy jadeos, luz y una oleada de amor y placer que llega a cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Continúa moviéndose hasta que mi cuerpo languidece. Me da un último beso corto y dulce que me hace estremecer y lentamente me baja deslizándose por su cuerpo hasta dejarme a horcajadas sobre él.

Hundo la cara en su cuello intentando recuperar la respiración, pero está claro que tiene otros planes para mí. Comienza a darme pequeños y suaves besos en el hombro que poco a poco van incendiando mi piel.

Alzo la cabeza y me encuentro con su sensual boca. Nos besamos apremiantes y salvajes saboreando toda la intensidad del momento que acabamos de vivir en sus labios.

Se separa de mí lo justo para quitarse acelerado la camiseta y vuelve a besarme desesperado, como yo me siento por él. Enreda su mano en mi pelo y tira para conseguir acceso a cada centímetro de mi cuello.

Su brusquedad me hace lanzar un gemido suave y largo.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, estoy desabrochándole el cinturón y los pantalones y liberando su maravillosa erección. Torpemente se los bajo, junto a los bóxers, sin separarme un ápice de él y Ryan termina de deshacerse de ellos.

Con una mano rodea mi cadera y me levanta mientras que con la otra guía su espectacular miembro hasta mí.

Grito. Un sonido catártico que sale desde el fondo de mi garganta cuando me siento inundada, ensartada sobre él.

Mi mirada se encuentra con la suya. Sus ojos azules lucen más arrogantes que nunca y una

sonrisa satisfecha está dibujada en su boca. Me embebo de él y mi sexo se contrae. Definitivamente es el hombre más sexy del universo.

Comienza a moverse y yo me rindo a él. No podría ser de otra forma. Él se ha encargado de eso.

Entra y sale de mí con fuerza, enérgico. Sus caderas me obligan a levantar las mías y creamos un ritmo delicioso.

Rodeo su cuello con mis brazos y me acerco aún más a él. Ryan ralentiza entonces los movimientos, pero a cambio los hace aún más profundos. Sale lentamente y me embiste con fuerza, tosco, dejándome unos segundos para que me diluya en cada estocada de placer. Sus manos inmovilizan mis caderas. Son las que deciden cuándo he tenido suficiente.

—Nunca me había sentido tan bien como estando dentro de ti.

Quiero suspirar de amor, gemir de deseo, decirle todo lo que siento por él, pero mi mente está embotada precisamente por eso, por él, por Ryan Riley, y lo único que consigo hacer es sonreír como una idiota con el pulso a mil y la respiración acelerada.

—Yo tampoco —musito.

—Joder, esto es una puta locura —masculla justo antes de besarme y comenzar a moverse como sólo él sabe hacerlo.

Acelera sus movimientos sin perder un ápice de intensidad. Libera mis caderas y automáticamente las subo y bajo saliendo al encuentro de cada una de sus potentes embestidas.

Gimo. Grito.

Sus manos suben ávidas mi piel, recorren mis pechos y tiran suavemente de mis pezones.

Grito aún más fuerte.

Todo mi cuerpo siente por y para él, que gruñe y jadea con los labios entreabiertos y el deseo y el placer centelleando en sus ojos azules. La sensación de estar haciéndole disfrutar me embriaga hasta tal punto que nada más importa.

Ágilmente se levanta conmigo en brazos y nos tumba sobre la cama.

El peso de su cuerpo sobre el mío es una sensación maravillosa.

—Dímelo, nena. Dímelo.

No comprendo a qué se refiere, pero entonces dejo de pensar y simplemente sé lo que quiere.

—Ryan —susurro torpemente entre jadeos.

Mi llamada es todo lo que necesita. Aumenta el ritmo y todo el placer concentrado segundo a segundo en mi vientre se intensifica y estalla cegándolo todo a mi alrededor, transportándome a otro espectacular orgasmo.

Cuando noto sus brazos tensarse sobre la cama, mi libido reaparece triunfadora y salgo a su encuentro rotando las caderas lentamente.

—¡Joder! —grita golpeando el colchón con el puño.

Sonrío con malicia. Él me embiste una vez más y se deja caer en el más auténtico de los placeres con un orgasmo que recorre todo su cuerpo.

Uau.

Ryan se tumba a mi lado y tira de mí hasta apoyarme en su pecho.

—Sí señor, una gran inauguración de nuestra vuelta a Nueva York —comenta rodeándome con su brazo.

Su voz suena jadeante pero satisfecha. Yo sonrío como respuesta y me coloco bocabajo para poder mirarlo.

—¿Por qué no te gusta hablar de ti?

Ryan pone los ojos en blanco fingidamente exasperado.

—No me gusta y ya está.

—Pero no lo entiendo —insisto.

—¿Y no has pensado que contarte por qué no me gusta hablar de mí sería hablar de mí? —me pregunta burlón.

—Pero...

En un rápido movimiento, Ryan vuelve a tumbarme de espaldas a la cama y queda suspendido sobre mí con sus manos sujetándome las muñecas por encima de mi cabeza. Se inclina y sus impresionantes ojos azules se posan sobre los míos.

Dios, son tan azules.

—Se acabó la charla por hoy.

Lentamente va dejando caer el peso de su cuerpo sobre el mío y me besa lleno de pasión, tomándose su tiempo. Está tratando de distraerme y le está funcionando de maravilla. Su lengua experimentada seduce la mía, deteniéndose de vez en cuando para darme un dulce beso en los labios. Ha hecho que olvide las decenas de preguntas que se paseaban por mi mente buscando respuesta. Esto de desviar el foco de atención se le da realmente bien.

Pasamos la noche enredados en la parte más insaciable del otro. No sé en qué momento por fin nos permitimos dormir absolutamente exhaustos.

Tengo muchísimo sueño. Sólo puedo pensar en eso. Dormir. Dormir. Dormir. Pero de pronto pienso que el despertador no ha sonado y quizá lleguemos tarde al trabajo. Olvídate de todo y duérmete, farfallo mentalmente, pero desoigo mis propios lamentos y, haciendo un esfuerzo titánico, abro los ojos. Aún es de noche. Las luces de la ciudad dos pisos más abajo inundan suavemente la habitación. Ryan duerme a mi espalda. Mi cuello descansa en uno de sus brazos y tiene el otro sobre mi cintura. Nuestras piernas están entrelazadas.

Nueva York se muere de calor pero gracias al aire acondicionado centralizado la temperatura aquí es de lo más agradable.

Tiro del brazo de Ryan hasta que, adormilado, me abraza por completo. Sonrío como una idiota al notar su respiración a mi espalda. Sigo sin tener ni idea de qué estamos haciendo, pero decido concederme hasta mañana para empezar a darle vueltas. Ahora mismo en mi mente sólo hay espacio para la felicidad y el sueño.

Suena un despertador. Creo que no había vuelto a dormirme del todo. Los parpados me pesan aún más que antes. Nunca había estado tan casada. ¿De quién será la culpa?

Vuelve a sonar, pero Ryan lo apaga al instante. Hunde su nariz en mi pelo y lentamente se separa de mí. Imagino que intentando no despertarme.

—No sé si es muy tarde o muy temprano —murmuro adormilada girándome para estar más cerca de él.

Ryan sonrío y se inclina de nuevo sobre mí.

—Un poco de cada.

—Pues entonces quédate —le sugiero sin abrir los ojos todavía.

Estoy cansadísima y todo por su culpa.

—No puedo. Llevo dos días sin trabajar prácticamente nada. Tengo mucho que hacer.

Noto cómo me contempla desnuda en su cama.

—Ryan —susurro de nuevo intentando parecer al menos tan sensual como adormilada.

Sonríe.

—¿Ha funcionado?

—Casi —responde divertido—. Duérmete —continúa dándome un suave beso en la frente—. Vendré a buscarte para desayunar.

Asiento y caigo de nuevo en un profundo sueño.

Siento una dulce corriente recorriendo mi espalda desnuda. Abro los ojos despacio a la vez que ronroneo encantada y una suave sonrisa inunda mis labios. Ryan está sentado a mi lado y son sus dedos sobre mi piel los que me provocan esa sensación.

Lleva una camiseta gris oscura y unos pantalones cortos de deporte azul marino. Tiene el pelo húmedo echado hacia atrás. Debe haberse vaciado la mitad de la botellita de agua que tiene en las manos sobre la cabeza.

—¿Has descansado?

Asiento.

—¿Dónde has estado? —pregunto.

—Trabajando y después en el gimnasio. He corrido hasta que las piernas me ardían y, teniendo en cuenta lo ocupado que me tienes últimamente, ha sido más bien pronto.

—Yo creo que has corrido lo suficiente para parecer de lo más sexi.

Mi comentario le toma por sorpresa y ríe divertido.

—Vaya, muchas gracias.

—No hay de qué.

Ryan se levanta, cruza la habitación y se quita la camiseta camino del baño. Lo observo y me muerdo el labio inferior para evitar relamerme. ¿Cómo puede ser tan condenadamente atractivo?

—Levántate. Dúchate conmigo —ordena justo antes de entrar en el baño—. Tengo que seguir haciendo ejercicio.

Sobra decir que me levanto y lo sigo. La estela que deja tras de sí resulta imposible de ignorar. En el camino oigo abrirse la ducha y, cuando entro en el baño, la imagen no puede ser mejor: Ryan Riley, desnudo bajo un torrente de agua, esperándome. Sin dudarlo, abro la mampara de elegante cristal templado y me uno a él.

El exquisito polvo contra los azulejos de su baño de diseño me hace pensar que continuamos en nuestro pequeño paraíso de Santa Helena.

Me estoy secando el pelo con una suave toalla envuelta en otra aún más suave. Ryan ha puesto algo de música, *Do you want to*, de Franz Ferdinand, para ser más exactos, justo antes de salir a atender una llamada endiabladamente guapo recién afeitado.

Esta canción me encanta. Voy hasta el enorme espejo para peinarme. Tras un rápido vistazo encuentro un cepillo. A la segunda pasada ya estoy con él en la mano cantando a pleno pulmón: *Well do ya? Do ya do ya want to? Well, do ya? Do ya do ya want to? Want to go where I've never let you before*. Incluso bailo un poco.

Me ruborizo inmediatamente cuando me doy cuenta de que Ryan me está observando apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos y aún con la toalla a la cintura.

—Acabas de alegrarme la mañana.

Sonríe pero no le llega a los ojos. ¿Qué ha pasado?

—¿Una mala llamada? —pregunto.

—Complicada —contesta intentando restarle importancia a sus propias palabras—. Bajemos a desayunar.

—No quieres contármelo, ¿verdad?

—Hay tortitas —me anuncia ensanchando su fingida sonrisa.

Sin darme oportunidad a decir nada, gira sobre sus talones y vuelve al dormitorio. Su intención de cambiar de tema ha sido más que evidente. Me quedo en el baño pensando que quizá deba darle un poco de cuerda. Al fin y al cabo, todos lo necesitamos alguna vez.

Me pongo el vestido que traje de mi apartamento, el de tirantes con pequeñas flores estampadas de colores muy vivos. Me encanta este vestido.

Salgo de la habitación sin zapatos y con el pelo aún húmedo. Bajo cada escalón más pletórica que el anterior. Me muero por estar con Ryan otra vez. Ahora recuerdo su frase sobre sentirse hambriento de mí porque en este momento me siento exactamente así.

Deslizo mi mano por la barandilla de la preciosa escalera. Ryan está sentado en un taburete junto a la isla de la cocina. Ya se ha vestido con un elegante traje de corte italiano negro, su camisa blanca de rigor y una corbata gris marengo. Guapísimo. Con una mano se lleva la taza de café a los labios y con la otra sostiene el *Times*.

Corro hasta él feliz y sonriente como una niña la mañana de Navidad, pero, justo antes de tirarme en sus brazos, veo a una mujer al otro lado de la cocina. Me ruborizo y freno inmediatamente en mi carrera. Tiene unos cincuenta años, el pelo castaño recogido en un elegante moño y los ojos

claros y grandes. Es bajita pero irradia fuerza. Me mira sonriente con una lata de café italiano Kimbo en la mano y yo me siento como si me hubieran pillado con las manos en el bote de galletas.

Ryan me dedica su maravillosa sonrisa; obviamente está encantado con esta situación en la que una vez más puede reírse de mí. Deja el periódico sobre la barra de la cocina y continúa observándome hasta que, con un paso mucho más calmado, llego a su lado.

—Maddie, ella es la señora Aldrin. Señora Aldrin, la señorita Parker —nos presenta.

—Hola —musito.

Aún me siento demasiado tímida. Sólo me ha faltado bajar dando palmaditas.

—Encantada, señorita Parker —responde con un melodioso acento, diría que francés.

—Maddie, por favor —murmuro sentándome junto a Ryan.

Ella sonrío y se da la vuelta regresando a sus quehaceres en la enorme cocina.

—Estás preciosa.

—Podrías haberme dicho que tenías servicio —me quejo en un susurro sin dejar de observarla. Me da vergüenza que pueda escucharnos.

—Tengo servicio —dice fingidamente serio mientras coge un trozo de bacón con los dedos y se lo mete en la boca.

—Muy gracioso.

Ryan sonrío.

—Pensé que resultaba obvio. La señora Aldrin se encarga de cocinar, lavar, planchar... esas cosas.

—¿Y Finn?

—Finn hace los recados que necesite, me lleva en coche, si quiero que me lleven —aclara, aunque no necesitaba hacerlo, es obvio que conducir le apasiona.

—¿Tu hombre para todo? —recuerdo las palabras de Lauren.

Ryan cabecea reflexionando.

—Sí, supongo que podríamos decirlo así.

—¿Y viven aquí?

—En la planta baja.

—Qué burgués —bromeo.

Me hace un mohín mezclado con una sonrisa mientras vuelve a coger el *Times*. Yo sonrío encantada con mi último comentario y comienzo a comer mi delicioso desayuno. Sin embargo, un rápido vistazo al reloj me hace darme cuenta de que, si no termino de arreglarme y salgo ya, llegaré estrepitosamente tarde.

—Tengo que terminar de prepararme —comento bajándome del taburete.

Cojo el plato y voy a llevarlo hasta el fregadero, pero la señora Aldrin me intercepta y me lo quita de las manos.

—Muchas gracias —musito.

Ella asiente y me sonrío una vez más. Me pregunto si habrá tenido que limpiar los platos del desayuno de muchas chicas. La simple idea me disgusta y hace que me sienta aún más incómoda. ¿Qué estará pensando ahora mismo de mí? Sacudo la cabeza. Prefiero no responderme a eso por ahora.

Subo de nuevo al dormitorio y termino de arreglarme. Me pongo las sandalias, me recojo el pelo en un intento de moño griego, sobre todo para combatir el calor que seguro me espera en la calle lejos de este maravilloso aire acondicionado centralizado, y me cepillo los dientes.

Bajo de nuevo al salón y cojo mi bolso. Ryan no está, así que decido aprovechar para curiosear un poco. Sin embargo, antes de que dé el primer paso, él regresa.

—¿Seguro que no quieres que te lleve al trabajo?

—No —me reafirmo—. ¿Cómo explicaría que el jefe me lleva al trabajo? Dijimos que lo mantendríamos en secreto, ¿recuerdas?

Ryan asiente y se acerca un peligroso paso a mí.

—Una lástima, confiaba en poder follarte en la parte de atrás del coche camino de la oficina.

¿Qué?

«¿Qué?»

Ryan me muestra su media sonrisa sin duda alguna motivada por mi reacción. No he sido capaz de articular palabra y menos mal, porque de haberlo hecho probablemente habría tartamudeado. Finalmente se apiada de mí, me toma de la mano y me lleva hasta el vestíbulo.

Se detiene apenas a un par de pasos de la puerta principal.

—Bueno, señorita Parker, la veré en la oficina. —Su tono es de lo más juguetón.

Lo cierto es que me muero de ganas porque me folle junto a ese fantástico Monet.

—Eso es, señor Riley.

Lo miro trasmitiéndole todo lo que siento ahora mismo. Me muerdo ligeramente el labio y, la verdad, no sé si lo hago de forma consciente o no.

—No me tientes —susurra con la voz ronca de deseo.

—Has empezado tú —musito sin apartar mi mirada de la suya.

—Es cierto... —Se inclina sobre mí. Su voz junto a mi oreja y su cálido aliento sobre ella hacen que todo mi cuerpo se estremezca... pero acabo de descubrir que soy un firme defensor de retrasar los placeres.

Me da un dulce y casto beso en los labios y se yergue triunfal, arrogante y, a mis ojos, aún más sexi.

—Hasta dentro de un rato, señorita Parker.

Sin más, con las manos en los bolsillos de los pantalones, gira sobre sus pasos y sale por la puerta trasera para acceder al garaje.

¿Qué acaba de pasar aquí?

Recupero la compostura, tarea bastante complicada, y camino hasta la parada de metro de la calle 28. Quince minutos después estoy atravesando la puerta del Riley Group y saludando a Ben como de costumbre. Aunque intento mantener una pasmosa normalidad, sospecho que mi sonrisa esta mañana podría iluminar todo Manhattan.

Veinte plantas después, cruzo la redacción y entro en mi oficina. Antes de que pueda terminar de pronunciar mi «buenos días, Bentley», oigo unos tacones caer contra el suelo del despacho de mi jefe y caminar acelerados hasta mí.

—¿Cómo ha ido todo? —La voz impaciente de Lauren es inconfundible.

Sin poder disimular mi sonrisa, cuelgo mi bolso en el perchero y, con cierta parsimonia, me giro para quedar frente a ella.

—¿Cómo ha ido qué?

Acabo de decidir hacerla sufrir un poco.

—¿Qué va a ser? —se queja dedicándome un mohín.

—Mi padre está mejor, si te refieres a eso, y en Santa Helena todo va bien.

—Con todos mis respetos a tu padre, al que adoro, y a tu ciudad natal, que me encanta, me importa una mierda. Quiero saber cómo te fue con Ryan —concluye exasperada.

La miro y, al pensar en todo lo que ha pasado estos días, mi expresión debe haberse vuelto pletórica, porque ella sonrío, da unas palmaditas y me abraza.

—Lo sabía, lo sabía.

—Lauren. —Ahora la que se queja soy yo, aunque lo cierto es que estoy más que encantada.

—¿Estáis juntos? ¿Sois novios?

—No lo sé.

Lauren me recrimina con la mirada. Piensa que no quiero contárselo, pero no es así. Realmente todavía no hemos hablado de qué somos o hacia adónde va esto.

«Preguntas, Parker, preguntas importantes.»

—Es la verdad —le aclaro—. No lo sé, pero estoy feliz.

—¿Puedo llamarte señora Riley?

La miro espantada. No corramos tanto, por el amor de Dios. Con Ryan ya todo es lo suficientemente intenso como para acelerarlo encima de semejante manera.

—Me da igual —sentencia—. A partir de ahora pienso llamarte así cada minuto de cada día.

—Lauren —me pongo seria para que me preste toda su atención—: no quiero que en la oficina sepan nada. Él es el jefe y lo último que necesito es que todo el mundo me mire como si fuera la tía que se tira al dueño para escalar posiciones.

Ella asiente. Sé que me ha entendido palabra por palabra.

—No te preocupes. Pero hoy comemos juntas y exijo detalles, minuciosos detalles, puede que incluso algún dibujo.

Su comentario me hace reír.

—¿En Marchisio's?

—A la una y media —añade.

Sin que la pletórica sonrisa me abandone, la veo salir de mi oficina, rodeo mi mesa, me siento y enciendo el Mac. Pocos minutos después tengo la agenda de mi jefe a doble página frente a mí.

Bentley sale de su despacho sosteniendo decenas de carpetas y escribiendo en un papel apoyado en ellas. Finalmente las deja en la estantería roja y se gira hacia mí.

—¿Qué tal por Carolina del Sur? —me pregunta acercándose a mi mesa.

—Muy bien.

Los dos sonreímos y así acordamos de forma tácita dar el tema por zanjado.

—Llevamos bastante adelantado el tema de Ghery.

Al oír esa frase, cuadro los hombros y adopto mi actitud más profesional.

—Ya he entrevistado a Sara Cruz —continúa—. Frank Ghery llegará el lunes y ya se ha

organizado todo el *planning* de trabajo con el jefe de obra, sólo falta que Ryan dé su visto bueno. Lo que quiero que hagas ahora es revisar el resto de los artículos y recoger la primera prueba en blanco de la maquetación.

Asiento y me levanto. En ese momento suena el teléfono del despacho de Bentley. Lo coge desde el otro lado de su mesa. No sé quién es, pero a los segundos le oigo reír. Apenas un par de minutos después cuelga y camina hasta mí, que estoy a punto de salir de la oficina.

—Maddie —me llama—, ¿podrías llevarle el *planning* de trabajo a Ryan para que dé su visto bueno y lo firme?

Mi jefe no puede disimular una sonrisita de lo más impertinente. Está claro que la llamada era de Ryan. Yo le devuelvo la sonrisa justo después de fruncir los labios fingidamente ofendida y tomo los documentos que me tiende. Responde mi gesto con un «gracias» lleno de un simpático retintín y yo salgo definitivamente del despacho.

—Me alegro de que hayas vuelto, señora Riley.

Sólo puedo sonreír nerviosa, porque desde luego me ha pillado con la guardia baja. Parece que Lauren ha sabido elegir la digna horma de su zapato. Además, tomo nota mental de que ya tenemos la suficiente confianza como para hacernos este tipo de bromas.

Atravieso la redacción y, como está comenzando a ser una permanente en mi vida desde hace unos días, lo hago con una sonrisa en los labios. Cuando llego a la antesala de su oficina, Tess está en su mesa muy concentrada clasificando el correo ordinario de su jefe.

—Buenos días —la saludo caminando hasta su escritorio.

—Buenos días, Maddie.

—El señor Sandford me envía para que el señor Riley dé su visto bueno a unos documentos —explico alzando la mano con los papeles.

Tess asiente y, estirando su brazo, me invita a que entre en el despacho del señor Riley. Me detengo frente a su puerta y la golpeo suavemente.

—Adelante.

Sonrío al oír su voz y entro en su oficina cerrando la puerta tras de mí.

Ryan, que estaba muy concentrado en la pantalla de su ordenador, sonrío al verme y se deja caer sobre el respaldo de su silla.

—Has esperado a que te diera paso.

—Aquí sigues siendo el señor Riley, ¿recuerdas? —comento caminando hasta colocarme justo al otro lado de su elegante mesa de Philippe Starck—. No quiero tomarme más licencias.

—Licencias —saborea cada letra en sus sensuales labios—, gran palabra —sentencia—. Y por supuesto que no puedes tomártelas, sobre todo ahora que puedo castigarte como considere más oportuno.

—¿Más oportuno?

La boca se me hace agua, más aún cuando lo observo caminar lento y cadencioso hacia mí.

—Atarte al cabecero de mi cama, darte unos azotes, no dejarte salir de mi habitación en una

semana, cosas así.

—¿Y si el que se toma las licencias eres tú?

Adoro jugar.

—La diferencia es que yo sigo siendo el jefe, señorita Parker.

Me da la sensación de que esa frase terminaba con «aquí y en la cama». Ha sonado tan arrogante, con esa mirada del dueño del mundo y de mí y su media sonrisa, que se hubiera merecido una bofetada, pero en lugar de eso yo me encuentro todavía más excitada.

Ryan levanta su mano y acaricia suavemente los tirantes de mi vestido. Mi respiración se acelera. La excitación comienza a desbordar mi piel. Está tan peligrosamente cerca que podría lanzarme en sus brazos ahora mismo.

—Ven a mi mesa, quiero que me ayudes con unas llamadas.

Me toma de la mano y me lleva hasta su mesa. Me deja de pie al lado de su enorme sillón y se sienta.

Este cambio de situación me pilla totalmente por sorpresa.

—Tengo que hacer todas estas llamadas —comenta a la vez que desliza por la mesa, hasta dejarla frente a mí, una lista con al menos una docena de teléfonos—. Son pura rutina. Básicamente para saber si todo sigue su curso adecuadamente.

Asiento y, desilusionada porque nuestro juego termine así, descuelgo el teléfono de su mesa y marco el primer número, un tal Logan Monrow. Mientras espero a que respondan al otro lado, observo a Ryan abrir varios documentos en su ordenador y comenzar a revisarlos. Sí, definitivamente nuestro juego se acaba aquí.

—Buenos días, le llamo del despacho del señor Riley; querría hablar con el señor Monrow.

Espero unos segundos y su secretaria me pasa con él.

—Señor Monrow, el señor Riley desea saber si todo sigue su curso adecuadamente.

Miro de reojo a Ryan, que sonrío levemente al escuchar exactamente las mismas palabras que él me dijo a mí.

—Le encantará saberlo, señor Monrow. Muchas gracias.

Cuelgo, cojo un lápiz y hago una pequeña señal junto a su nombre. Marco el siguiente número.

—Todo va exactamente como deseas. Tienes razón, hay mucha gente de lo más predispuesta a hacerte feliz.

La sonrisa de Ryan se hace más arrogante. Es plenamente consciente de ello.

—Buenos días, le llamo del despacho del señor Riley; querría hablar con el señor Moore.

Nuevamente, casi a la velocidad de la luz, este alto, altísimo ejecutivo, corre a ponerse al teléfono. Lo imagino frenético, apartando las sillas que ha encontrado a su paso y saltando sobre su escritorio para llegar al teléfono lo antes posible. No puedo evitar que una sonrisilla llena de malicia se dibuje en mis labios.

—Señor Moore, el señor Riley desea saber si todo sigue su curso adecuadamente... Perfecto... Sí, por supuesto que se lo comunicaré al señor Riley. Muchas gracias.

Cuelgo y hago una nueva señal. Marco otro número de teléfono, esta vez con la parte de atrás del lápiz.

—El señor Moore quiere que te diga que, si necesitas que te donen un riñón, él es tu hombre.

—No creo que haya dicho eso —responde divertido sin despegar su vista del ordenador.

—Más o menos. Créeme, es mucho más divertido lo del riñón. Como tu secretaria provisional, intento mantenerte entretenido.

—Qué gran secretaria se ha perdido el mundo empresarial —contesta socarrón.

Tres tonos y descuelga mi siguiente interlocutor.

—Buenos días, le llamo del despacho del señor Riley; querría hablar con el señor Chang.

Espero unos segundos y tengo al señor Chang al otro lado de la línea.

—Señor Chang...

Antes de que pueda terminar la frase, la mano de Ryan sube desde la parte de atrás de mi rodilla hasta mi trasero por debajo de mi vestido. Lo miro sin saber muy bien qué hacer y él me devuelve una mirada oscurecida, impenetrable.

—¿A qué está esperando, señorita Parker?

¡Quiere que continúe al teléfono! Sonrío nerviosa e intento olvidar su mano contra el encaje de mi ropa interior para poder recuperar el hilo, aunque sea una tarea casi imposible.

—Señor Chang, el señor Riley desea saber si todo sigue su curso adecuadamente.

Digo la frase de un tirón y Ryan me da un suave azote como respuesta antes de volver a bajar su mano siguiendo la línea de mi trasero hasta el vértice de mis muslos.

—Perfecto, señor Chang.

Me acaricia por encima de mis bragas, yo ahogo un gemido en un tembloroso «de acuerdo, señor Chang», y él sonrío de esa manera tan dura y sexy al contemplar cómo voy perdiendo la compostura.

—Quiero saber el estado de los balances. —Su voz es exigente y está llena de deseo.

Yo lo miro perpleja. La voz del señor Chang suena de fondo, lejana, mientras toda mi atención se centra en los dedos de Ryan que súbitamente se detienen.

—¿No me has oído?

Asiento y me aclaro la voz. Necesito construir la frase en mi mente antes de pronunciarla.

—El señor Riley también desea conocer el estado de los balances.

Puedo ver sus ojos brillar de deseo mientras sus dedos comienzan a moverse de nuevo.

Me muerdo el labio inferior con fuerza para evitar gemir cuando noto cómo pasa al otro lado bajo mi ropa interior y se desliza sobre mi clítoris.

—Un beneficio del treinta y seis por ciento en el primer trimestre —repito automática todo lo que el señor Chang me cuenta.

—Quiero saber su proyección de ventas para el próximo año —ordena haciendo sus movimientos más intensos.

Sé que, si no le pregunto, se detendrá, y no quiero por nada del mundo que pare, así que trato de recuperar una mínima porción de concentración.

—Señor Chang —casi no recordaba su nombre—, el señor Riley quiere saber...

Tengo que detenerme. Ryan acaba de introducir dos de sus dedos en mi interior y yo he estado peligrosamente cerca de soltar un gemido.

Cierro los ojos de puro placer y apoyo con fuerza la mano con la que aún sostengo el lápiz contra la mesa.

—El señor Riley quiere saber su proyección de ventas para el próximo año.

Las piernas me flaquean. Me llevo el auricular del teléfono a la frente. Estoy tan excitada y al mismo tiempo tan llena de placer que me da miedo estallar y romperme en pedazos.

—Abre los ojos.

Dios, su voz; activa cada rincón de mi ser y hace que me sea absolutamente imposible ignorarla.

Al abrirlos, observo los suyos desbordantes de un deseo salvaje contemplándome. No creo que haya nada mejor que la manera en la que me está mirando ahora mismo, como si yo fuera lo único capaz de saciarlo.

Sin sacar sus dedos de mí, se levanta y se coloca a mi espalda. Noto su dura erección contra mi trasero y me acomodo contra ella. Sus dedos entran y salen de mí e, involuntariamente, me aprieto más contra él, contra su mano, contra su maravilloso miembro.

Ryan me inclina un poco sobre la mesa y apoya su mano en ella, junto a la mía.

—Cuelga. Quiero oír cómo te corres —susurra en mi oído con la voz rota de puro deseo.

Tengo que carraspear varias veces para conseguir una voz mínimamente audible. Me despido del señor Chang y cuelgo el teléfono. El auricular choca contra el aparato con brusquedad. Apoyo rápidamente mi otra mano sobre la mesa. Ya no puedo más, estoy muy cerca.

Ryan me baja las bragas sin detenerse y, justo cuando todo mi cuerpo va a tensarse, saca sus dedos e introduce su espectacular polla. Comienza a moverse fuerte, muy fuerte.

Gimo extasiada y arqueo mi cuerpo contra él.

Antes de que pueda asimilar todo el placer que está provocándome, un extraordinario orgasmo lo inunda todo. Siento el placer a raudales recorriendo mi cuerpo, iluminándolo, saliendo de él, cegándolo todo.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza tratando desesperadamente de no gritar.

Ryan sigue moviéndose y todo se intensifica. El placer se hace aún más líquido, más húmedo, y sólo puedo sentirlo a él duro y salvaje entrando y saliendo de mí.

Siento calor, mucho calor.

Mis terminaciones nerviosas vuelven a erguirse. Mi cuerpo se tensa y, coincidiendo con el suyo, un segundo orgasmo lo asola todo dentro de mí. Voy a gritar pero Ryan me tapa la boca con suavidad con la palma de su mano. Mis gritos amortiguados resuenan entre nosotros hasta que sólo son respiraciones convulsas.

Ryan retira su mano pero, justo antes, le doy un dulce beso en el centro. Me sonrío sexy y

acaricia mi labio inferior con el pulgar.

Me sostiene jadeante hasta que mis piernas vuelven a mantenerme, aunque francamente no sé si serán capaces. Sin embargo, en cuanto mi mente embotada me recuerda dónde estamos, me incorporo deprisa y comienzo a recolocarme el vestido y a arreglarme el pelo.

—Si me prometes algo así todos los días, voy a replantearme seriamente eso de ser tu secretaria.

Se abrocha los pantalones.

—¿Y qué pasa con Tess? —pregunta jocoso.

—Por tu bien espero que no hagas esto con Tess.

—Por mi bien y por mi integridad física. Tess me habría abofeteado dos milésimas de segundo después de haberle puesto la mano en la rodilla.

Ambos sonreímos. Le coloco bien su corbata gris marengo, me pongo de puntillas y le doy un dulce beso en los labios.

—Tengo que trabajar, señor Riley —susurro a escasos centímetros de su boca.

—Más te vale —dice a la vez que me da una rápida palmadita en el trasero.

Yo camino hacia la puerta mientras me acaricio la nalga que ha recibido tan sutil caricia y me quejo divertida con un «ay» que le hace sonreír.

Regreso a mi oficina exultante y paso el resto de la mañana debatiéndome entre trabajar o fantasear con lo ocurrido en el despacho de Ryan. Me doy cuenta de que se parece bastante a lo que hacía antes, sólo que ahora, en lugar de martirizarme, me relajo y disfruto.

Cuando dan la una y media, comienzo a despejar mi mesa. Me muero de ganas por comer con Ryan, pero soy plenamente consciente de que eso no puede ser.

«Hay que mantenerlo en secreto, Parker.»

Además, unos tacones acelerados acercándose a la puerta de mi oficina me recuerdan que ya tengo planes.

—¿Lista? —pregunta Lauren asomándose a mi oficina.

—Claro.

En el ascensor mi amiga está sospechosamente callada. Pensé que a estas alturas ya me habría preguntado hasta el más ínfimo detalle. La miro con recelo pero no digo nada. ¿Qué estará tramando?

Cruzamos el vestíbulo, saludamos a Ben y caminamos hasta el Marchisio's.

—¿Estás bien? —le pregunto justo antes de entrar en el gastropub.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

Lauren empuja la puerta y ambas entramos.

—Entonces, ¿por qué no me has sometido al tercer grado todavía?

Mi pregunta se contesta sola cuando miro hacia nuestra mesa y veo a Álex y a James sentados a ella.

—Prometí esperar a llegar aquí —me confiesa impaciente.

Sonrío por respuesta y vamos hasta la mesa. Álex me abraza encantada y yo me dejo abrazar. La verdad es que estoy feliz.

—Hannigan —saludo a James mientras todos nos sentamos.

—Riley —me responde a la vez que me guiña un ojo.

Maldita sea, es la tercera vez que me hacen esa broma hoy.

—¿Sabes? Los señores Stevens tenéis un sentido del humor muy parecido —le comento jocosa.

—¿Insinúas que no soy el primero en gastarte esa broma hoy? —pregunta fingidamente dolido.

—Exactamente.

—¿Debería preocuparme?

—No lo sé, pero esperaba más de ti, James Hannigan.

—La culpa es de Lauren. Su sentido del humor es contagioso —se defiende.

—Sí, se contagia a través del sexo desenfrenado —se apresura a sentenciar Lauren.

Todas sonreímos y, aunque la primera respuesta de James es ponerle los ojos en blanco, una sonrisa acaba dibujándose en sus labios.

El camarero se acerca. Agua sin gas helada para todos y distintos sándwiches y ensaladas.

—Bueno, Maddison Parker, ya he sido demasiado paciente. Cuéntanos todo ahora mismo —me exige Lauren aproximadamente medio segundo después de que el camarero se haya marchado.

—No hay mucho que contar.

Hay mucho que contar pero siempre he sido una chica discreta o por lo menos he tenido la intención de serlo.

—¿Cómo que no hay mucho que contar? El señor irascible-sexo increíble...

—¿Señor irascible-sexo increíble? —la interrumpe James—. No sé si quiero escuchar nada más.

—... te lleva en su jet privado a Carolina del Sur —continúa ignorando por completo al que fuera su novio durante tres años— y volvéis estando juntos. Tenemos muchas preguntas.

—Yo no tengo ninguna pregunta —comenta James.

—Y obviamente la más importante es —Lauren hace una pequeña pausa para incrementar la tensión del momento—: ¿habéis entrado en El club de las alturas?

Al oírla, todos sonrían menos yo, que me ruborizo al instante.

—No pienso contestarte a eso.

—Eso es claramente un sí —dice Álex.

—No es un sí —me defiendo.

—Eso sí que es un sí —replica James.

—Dejadme en paz.

Y lógicamente todos nos echamos a reír. Lo cierto es que estuvimos cerca en el viaje de vuelta pero, siendo técnicos, la respuesta es no.

—¿Qué tal le ha caído a tu padre? —me pregunta Álex cuando, poco a poco, nuestras carcajadas van apagándose.

—Podría haber sido peor.

—¿Y a Sam?

—Bien, muy bien.

—Pues ya tiene la mitad del camino ganado —sentencia Lauren.

Los tres asentimos. Caerle bien a Sam implica acercarse a mi padre. Además de que, cuando se consigue su amistad, uno puede estar bien seguro de que la tendrá para siempre.

—¿Y tu padre qué tal está? —me pregunta James.

—Ya está mejor. Sabéis lo que supone el cumpleaños de mi madre para él, pero Ryan consiguió que Leah y Robert también estuvieran y eso lo ayudó mucho.

—¿Ryan llevó a tus hermanos? —pregunta sorprendidísima Álex.

Asiento.

—Al final va a resultar ser un buen tipo —continúa recapacitando sobre cada una de sus palabras.

En ese momento la puerta del pequeño restaurante se abre y, tras una nube de ejecutivos del departamento Inmobiliario, entran Max, Spencer, Bentley y Ryan. Yo lo observo tímida hasta que nuestras miradas se encuentran. Él me sonrío disimuladamente y al final se acomoda en la barra con los demás.

Al volver a mi particular realidad, caigo en la cuenta de que James, Álex y Lauren me están observando con tres sonrisas exactamente de la misma calaña en sus rostros.

—¿Qué? —pregunto rezando para que no se hayan dado cuenta de a quién miraba. Aunque, por esas sonrisas, sé de sobra que he sido pillada con las manos en la masa.

—Por favor, estáis enamoradísimos.

Al oír las palabras de Lauren, sonrío como una idiota dándoles la confirmación a cualquier cosa que estuviesen pensando.

—Habría que haberlos visto en Carolina del Sur haciéndose arrumacos en cada rincón.

—No estuvo mal.

—Esa sonrisa te delata —me avisa James—. Equivale a un letrero de neón con la frase «el mejor sexo de mi vida».

Yo vuelvo a sonreír. ¿Qué puedo decir si es la verdad?

El camarero regresa con nuestra comanda. Comenzamos a comer y continuamos charlando sobre estos días, además de pasar revista, entre bocado y bocado, a nuestras vidas sentimentales.

—No encuentro ninguna chica que me guste, ninguna que me parezca realmente atractiva. ¿Seguro que no me hiciste vudú, Stevens?

Ella le frunce los labios y le sonrío llena de fingida malicia.

—Echo de menos el sexo indiscriminado a cualquier hora en cualquier sitio —se lamenta

nuestro amigo.

Su frase me hace recordar lo ocurrido esta mañana en el despacho de Ryan, quien por cierto parece tener una gran maestría en eso del sexo indiscriminado a cualquier hora y en cualquier sitio. Me pregunto si siempre ha sido así, aunque, si pienso en sus normas, claramente soy una excepción.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Álex.

—¿Tú qué crees? —se adelanta Lauren—. Seguro que en el polvo que ha echado esta mañana en el despacho de Ryan.

—No, no es verdad —protesto.

¿Tan transparente resultado?

—¿Veis?, a eso me refiero. Eso es lo que echo en falta, incluso algo más *Penthouse*, como un trío o una orgía. Soportaría una orgía, estoy en buena forma.

De nuevo las palabras de James me hacen pensar en el despacho de Ryan, pero esta vez de forma diferente, más teórica.

—¿Echar un polvo mientras hablas por teléfono es hacer un trío? —pregunto absolutamente abstraída en la cuestión y algo alarmada de que mi primer *ménage à trois* haya sido con el señor Chang.

—No —responde James tajante para mi tranquilidad.

—Yo creo que depende de con quién hablas —apunta su hermana.

—No. Es como que haya alguien mirando. No cuenta. —Lauren parece tener algo que decir al comentario de James, pero él la fulmina con la mirada—. No cuenta— concluye muy seguro de sí mismo.

Álex y yo nos miramos. Sólo necesitamos hacerlo un segundo para saber exactamente lo que acaba de pasar.

—¡Por Dios! ¿Lo hicisteis con alguien mirando? ¿Con quién? —pregunto tan divertida como alarmada por esta nueva información.

—Nunca lo hemos hecho con nadie mirando —intenta convencernos Lauren, pero ya es demasiado tarde: Álex y yo estamos a punto de morir de un ataque de risa.

—Nos estás mintiendo descaradamente.

—Dylan Mcfee —confiesa James resignado.

—¿Dylan Mcfee?

Ahora es Álex la que pregunta tan sorprendida que su voz se ha ido transformado en un inaudible pitido.

—¡James! —Lauren lo asesina con la voz y la mirada.

Sigo sin poder para de reír.

—Iban a averiguarlo de todas formas —se defiende.

—¿Dylan Mcfee no es ese que publicó en su blog que era bisexual? —pregunta Álex.

—Omnisexual —me apresuro a responder—. Mujeres, hombres y mirar a James y Lauren.

—¡Qué asco! —sentencia Álex.

La apoyo completamente con mi mejor mueca de aversión justo antes de que ambas estallemos en risas otra vez mientras James y Lauren están pasando probablemente el rato más bochorno de sus vidas.

—Ah sí, pues Álex te vio una noche darte el lote con Neal Thompson.

La revelación de Lauren, que sonrío satisfecha por su venganza, hace que Álex y yo paremos de reír en seco. Mi cara ahora mismo debe ser un auténtico poema.

—Fue un accidente —se disculpa Álex.

—Miras una vez por accidente, te quedas por decisión propia.

Todos menos Álex asentimos el comentario de Lauren.

—Álex, me siento ultrajada.

—¿Ultrajada? ¿Estamos en la Edad Media? —pregunta James socarrón.

—Cállate o busco a Dylan Mcfee y lo llevo a tu casa en Acción de Gracias —lo amenazo.

—Me habían dicho que Neal tenía un solo testículo y quería verlo, nada más —se explica Álex—. Pero resulto ser mentira.

—No, era cierto —afirmo.

La más pura confusión se instala en la mirada de Álex y, poco a poco, la sonrisa va inundando los labios de Lauren, James y los míos.

—Neal sólo tenía un testículo. Estaba en el equipo de fútbol conmigo y puedo asegurarlo —continúa James.

—Entonces, ¿a quién vi aquel día?

Todos nos echamos a reír.

—Gracias al cielo, a mí no.

Respiro de lo más aliviada.

—Encima de *voyeur*, indiscriminada —le reprocha su hermano.

—La omnisexualidad se extiende.

La voz de Lauren resuena por todo el gastropub.

—Sois unos depravados —apunto sin poder dejar de reír.

—¿Esta mañana te has acostado con tu multimillonario jefe en su despacho mientras hablabas con alguien por teléfono? —pregunta Lauren desinteresada mientras coge un panecillo de pan de pizza del coqueto cesto.

—Sí —respondo resignada, aún jadeante por la risa—, y ha sido alucinante.

Después de una de las comidas más divertidas que recuerdo, amén de haber aportado un gran número de secretos bochornosos, nos despedimos en la puerta del Marchisio's.

Lauren y yo regresamos a la oficina. En el ascensor la martirizo un poco más con todo eso de

Dylan Mcfee, pero veinte plantas se me pasan volando y, para cuando se abren las puertas, aún tengo infinidad de bromas por hacer.

Sin embargo, al poner un pie en la redacción, callo de golpe. Ryan está frente a mí rodeado de ejecutivos. Rápidamente aparto mi mirada de él y me concentro en continuar caminando.

—Señorita Stevens, señorita Parker —nos saluda cuando pasamos a su lado.

—Señor Riley —respondemos al unísono.

El corazón me late ridículamente deprisa. Lauren y yo seguimos andando. Al oír el pitido del ascensor indicando que las puertas van a cerrarse, me giro y sonrío. Él me guiña un ojo y las puertas se cierran.

Lauren se agarra a mi brazo y se acerca a mí para que nadie pueda oír su comentario.

—Estarás contenta, ya lo tienes para ti solita.

—Ni que lo digas.

Durante las primeras horas de la tarde, trabajo concentradísima. Todos los detalles del artículo de Ghery están perfectamente cerrados, pero la revista tiene muchos otros y, por supuesto, Bentley no quiere dejar ni un solo cabo suelto.

Varios redactores pasan por el despacho para dar las oportunas explicaciones acerca de cómo llevan sus respectivos artículos. Ver trabajar a Bentley es fantástico. Tiene muchísimo talento.

Hago una pequeña pausa y me tomo un café con Linda y otras chicas en la sala de descanso. Todas me preguntan dónde me he metido estos días y a todas y a cada una de ellas debo mentirles. No me gusta, pero de momento es lo mejor.

Poco antes de las cinco voy a recoger la maqueta en blanco de la revista. Max también me pregunta dónde he estado y a él también tengo que mentirle. Definitivamente, no me gusta tener que hacerlo.

Cuando regreso, decido hacerle una furtiva visita a Ryan para saber cuáles son sus planes para hoy. Los míos están clarísimos: no quiero salir de su cama.

—Hola, señora Simons.

—Hola, Maddie. ¿En qué puedo ayudarte?

Me sorprende la capacidad natural de esta mujer para parecer tan inconmensurablemente elegante tanto a las ocho de la mañana como a las cinco de la tarde, más aún soportando al señor Ryan Riley, director ejecutivo, todo el santo día. En su lugar, a media mañana ya estaría tirándome de los pelos.

—¿Sería posible ver al señor Riley?

—Me temo que no. Está reunido con su padre.

Asiento y salgo de la oficina pensativa y también algo preocupada. La última vez que Carson estuvo aquí tuvieron una discusión monumental.

Aunque sé que no necesito ponerle ninguna excusa a Bentley para esperar a Ryan, le digo que quiero quedarme para compensar los dos días que he estado fuera. Dentro de estas cuatro paredes

prefiero mantener algunas cosas tal y cómo están y que en la oficina Ryan y yo no estamos juntos es la primera de la lista.

A las siete en punto ya me he puesto al día con todo el trabajo que se me acumuló el tiempo que estuve en Carolina del Sur. Bentley tampoco se ha marchado. Sospecho que él también está preocupado por Ryan y Carson. Y mis sospechas se confirman cuando, al oír pasos en la desierta redacción, los dos nos levantamos como un resorte.

Cruzamos la mirada y comprendo que, en silencio, me pide que espere aquí. Carson sospecharía si me viera afectada por una posible discusión entre ellos, pero antes de que mi jefe pueda alcanzar la puerta, el propio Carson entra.

—Sólo venía a despedirme —nos anuncia—. Te veré el domingo en casa.

—Claro.

Bentley asiente acompañando su respuesta. Lo noto nervioso, deseando preguntar qué ha pasado, pero no lo hace.

Antes de marcharse le pone la mano en el hombro a Bentley y aprieta con fuerza. No conozco a Carson lo suficiente para saber qué es normal o no en él, pero apuesto a que está afectado.

Lo observo marcharse y, cuando las puertas del ascensor se cierran, prácticamente salgo corriendo hacia el despacho de Ryan.

«Se supone que dentro de estas cuatro paredes no estáis juntos.»

Francamente ahora mismo guardar las formas me importa bastante poco. De todas maneras la redacción está vacía, así que tampoco tengo a nadie con quien disimular.

Como imaginaba, Tess se ha marchado ya. Me acerco hasta la puerta de su despacho y llamo suavemente.

—Adelante —me da paso desde el interior y la verdad es que suena agotado.

Abro la puerta y lo veo sentado tras su enorme mesa. Su voz era síntoma de su aspecto. Lleva las mangas de la camisa remangadas, los primeros botones desabrochados y su preciosa corbata gris marengo aflojada. Apoya la frente en su mano y el codo en el brazo de su sillón de ejecutivo. Con la otra mano sostiene un vaso de bourbon y juguetea con él entre los dedos. Su rostro luce cansado, pero sigue guapísimo.

Me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos. Yo le devuelvo el gesto intentando reconfortarlo. Definitivamente la conversación con su padre no ha ido bien.

Cierro la puerta y camino hasta él.

—¿Qué tal estás? —pregunto.

Ryan tira de mi mano y me sienta en su regazo. Me rodea la cintura con sus brazos y yo me acomodo rápidamente dejando caer mi cabeza sobre su hombro.

—Un día duro, ¿eh?

—Digamos que los he tenido mejores —responde justo antes de darle un largo trago a su Jack Daniel's.

—Me he sentido fatal mintiéndole a todo el mundo.

—Es lo mejor, nena.

—Lo entiendo, pero no me gusta.

—Lo sé. —Apoya su cabeza en la mía y lanza un profundo suspiro—. Ahora mismo sólo quiero llevarte a casa y perderme en ti toda la noche.

Uau, perderse en mí toda la noche. Me apunto a eso.

—¿Y qué te impide hacerlo?

Noto cómo sonrío contra mi piel y lentamente va bajando su mano por mi cadera.

—Vámonos —ordena en un susurro con esa voz tan tentadora—. Ya.

Me levanto y él hace lo mismo. Coge su chaqueta y salimos del despacho. Llena de desgana, suelto su mano antes de salir a la redacción. Aunque sé que ya no queda nadie, nunca se sabe. Corro hasta mi mesa, la despejo rápidamente y cojo mi bolso. Ryan y Bentley charlan. No sé de qué hablan y, cuando llego, Ryan concluye abrupto la conversación. ¿Qué habrá pasado con Carson?

En el garaje nos espera Finn junto al imponente Audi A8. No sé si es buena idea que nos marchemos juntos, pero ahora mismo me preocupa más saber lo que ha pasado con su padre. Además, no hay un solo coche en todo el parking y el Audi tiene las ventanillas tintadas. En teoría sería imposible que alguien pudiese vernos.

Cruzamos Manhattan con el silencio sólo interrumpido por la voz de Bob Dylan cantando *Like a rolling stone*. Suena tenue, casi de fondo, y envuelve este momento en el que Ryan está absolutamente abstraído con la mirada perdida en la ventanilla.

Como si de pronto cayera en la cuenta de que estoy en el coche con él, se gira hacia mí y me sonrío, aunque otra vez no le llega a los ojos, y me aprieta la mano con fuerza. Yo le devuelvo la sonrisa. Me gustaría saber qué le ocurre, pero, cuando por fin reúno el valor para preguntarle, me veo interrumpida por Finn, que me abre la puerta del Audi. Hemos llegado a Chelsea y ni siquiera me he dado cuenta.

Ryan me conduce hasta el vestíbulo de su casa. Sigue sin decir una palabra y yo cada vez estoy más preocupada. Cuando entramos en el salón, va directamente a la cocina y nos sirve dos copas.

—No bebo bourbon —le digo cuando me entrega uno de los vasos.

Él me dedica su media sonrisa.

—Alguien me dijo que hay una primera vez para todo —responde mirándome por encima de su vaso antes de darle un largo trago.

—Ryan, ¿qué pasa?

No responde. Se abalanza sobre mí y me besa salvaje. Puedo saborear la calidez del bourbon en sus labios. Sin separarse un ápice de mí, deja su vaso sobre la chimenea, me quita el mío y hace lo mismo. Acelerado, se deshace primero de su chaqueta y después de su camisa y su corbata.

Estoy excitada y llena de deseo, pero mi mente, a punto de embarcarse en el placer y dejar a mi libido al mando, me recuerda que sólo está intentando despistarme con el sexo para no tener que hablar. Suspiro y, sacando fuerzas no sé muy bien de dónde, me separo de él.

—Ryan, para —le pido aumentando la distancia entre nosotros unos pasos.

—¿Qué? —susurra dedicándome su espectacular sonrisa, siendo perfectamente consciente de que con esa arma juega con clarísima ventaja.

Por supuesto yo pierdo completamente el hilo, más aún cuando cometo el error de fijarme en la manera tan sexy en la que los pantalones le caen sobre las caderas.

Su mirada me espera más azul que nunca y cargada de sensualidad. Sabe exactamente lo que está haciendo.

Camina de nuevo hasta mí.

—¿Qué? —vuelve a preguntarme haciendo que sus palabras suenen todavía más graves, más sensuales.

No sé qué contestar y Ryan aprovecha este momento de debilidad para volver a besarme. Soy consciente de que me está embaucando con el sexo, pero se le da demasiado bien para resistirme.

Baja los tirantes de mi vestido ante mi atenta mirada y hace que se deslice por mi cuerpo y caiga a mis pies. Me siento hipnotizada.

Se toma un segundo para observarme. Alza su mano y la sumerge en mi pelo. Sus ojos azules me abrazan, me dominan. Mi respiración se acelera sin remedio. Entonces enrosca su mano en mi pelo y tira de él para obligarme a levantar la cabeza y conquistar mi boca con la suya. Gimo contra sus labios y todo mi cuerpo se rinde sin condiciones.

Me hace a caminar hasta el sofá, donde me deja caer para, a continuación, hacerlo encima de mí.

Sonrío al sentirnos perfectamente acoplados.

Ryan baja sus manos por mis costados hasta llegar a mis caderas y relía sus dedos en la suave tela de mis bragas.

Suspiro anticipándome cuando creo que está a punto de romperlas, pero entonces deja de besarme, se separa de mí y se levanta.

—Me apetece jugar un poco.

¿Qué? ¿Pero adónde va?

Estoy llena de deseo y mi cuerpo traidor e impaciente sólo quiere que vuelva. Sin embargo, él, lento y cadencioso, camina hasta la chimenea, coge su vaso de bourbon y lo rellena. Me pilla observándole, prácticamente relamiéndome, lo que hace que me muestre su media sonrisa arrogante y tan sexi. Sin duda alguna está decidiendo qué hacerme y eso únicamente consigue incrementar aún más todo mi deseo.

Coge una silla y la arrastra por el perfectamente acuchillado parqué hasta colocarla junto al sofá. Se sienta en ella y yo me incorporo quedando sentada en el tresillo frente a él.

—Desnúdate —me pide.

Sus ojos azules están oscurecidos hasta parecer casi negros.

Me levanto y, tímida y abrumada y excitada y anhelante, alzo las manos y las llevo a mi espalda para desabrocharme el sujetador. Después, con la mezcla de todo lo que me provoca todavía más presente en cada rincón de mi cuerpo, meto los dedos entre la tela y mi piel y lentamente me bajo las bragas.

Ryan entreabre los labios al verme totalmente desnuda frente a él. Estoy muy cerca pero no me toca. En lugar de eso, se recuesta sobre la silla y se lleva el vaso hasta su sensual boca.

—Quiero que te toques para mí —me ordena mirándome por encima del cristal.

De pronto el corazón me martillea desorbitado contra las costillas. Estoy paralizada de pura excitación. Respiro hondo para evitar suspirar ante su mirada y me siento de nuevo en el sofá. Jamás había hecho esto y lo cierto es que ni siquiera sé cómo empezar.

—¿Qué es lo que te gusta que te haga? —pregunta consciente de que la situación me abruma y atrapa mi reacción.

—Me gusta que me beses —susurro rota de deseo.

—Señálame dónde.

Me llevo los dedos a los labios y él sonríe.

—¿Después?

Cierro los ojos y me dejo llevar pensando que mis dedos son los suyos, sus labios.

—La mandíbula, el cuello.

Bajo mis manos hacia donde nombran mis palabras.

—¿Después?

—El pecho. Me gusta cómo me acaricias.

Suspiro al notar mis propios dedos tocar furtivos mi pezón.

—Cuando me muerdes —murmuro.

Ryan ahoga un gemido en un suspiro cuando tiro de mi pezón y jadeo arqueando mi espalda.

—¿Te gusta que te deje marcas?

—Sí. —Mi respuesta es prácticamente un gemido.

—¿Por qué?

—No lo sé.

No quiero pensar el porqué. A veces creo que ni siquiera debería gustarme.

—Sí lo sabes. Dímelo —me apremia.

—Porque...

La conexión con mi cerebro poco a poco se evapora. Sólo soy excitación. Muevo mis dedos cada vez más rápido, tirando de mis pezones cada vez más fuerte.

—Porque me recuerda lo salvaje que puede ser cuando estoy contigo.

Le noto sonreír satisfecho por mi respuesta.

—Sólo conmigo, Maddie —me recuerda en un susurro posesivo, sensual y exigente.

Asiento atrapada completamente por su voz. Bajo por mis costillas, mi vientre. Mi índice rodea mi ombligo y llega hasta mi sexo.

Sólo soy deseo.

Oigo el repiquetear de los hielos en el vaso de Ryan mientras se lo lleva a los labios y eso me hace subir un escalón más. El saber que me mira, que me desea, hace que un placer húmedo y sordo guíe mis manos a través de mi propio cuerpo.

Me acaricio rítmicamente y casi sin darme cuenta empiezo a gemir bajito.

Le oigo gruñir y abro los ojos. Su mirada, que arde de deseo, está clavada sobre mí, sobre mis pechos, sobre mis dedos que tiran suavemente de mi clítoris. Verlo disfrutar, desearme, hace que mi placer aumente y me emborracha de poder.

Me acomodo en el sofá y comienzo a hacer mis movimientos más intensos. Me siento sexi, muy sexi, e intento que mi mirada, mis labios, toda mi expresión, lo refleje. Ryan se remueve en la silla sin dejar de contemplarme y yo sonrío al comprobar que puedo provocarlo.

Mi gesto lo hace despertar y automáticamente recupera el control sobre sí mismo y la situación. Sus labios dibujan su sexy media sonrisa y le da un trago a su vaso de burbon. Su mirada vuelve a esconder todo tipo de promesas sobre sexo increíble y salvaje, y yo me dejo envolver por ella. Esos ojos azules son adictivos.

—Tengo algo para ti.

Se mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño paquete negro. Jadeante y con el cuerpo sensibilizado hasta el último milímetro, cojo la caja con dedos temblorosos.

Es perturbador sentirme tan entregada a él cuando ni siquiera me ha tocado.

La caja es de suave piel negra. «Le Sensualité» está escrito en pequeñas letras doradas en la esquina inferior derecha. Sonrío nerviosa. La adrenalina fluye por mis venas a un ritmo vertiginoso.

Abro la caja, retiro un delicado papel de seda y veo un pequeño vibrador negro. Lo miro con ojos tímidos pero ávidos a la vez, la misma avidez con la que Ryan me mira a mí.

—Quiero que lo uses. Quiero que disfrutes.

Asiento nerviosa y giro con cuidado la base del pequeño consolador, que se pone a vibrar suavemente. Esto va a ser realmente divertido.

Sonríe sexy al ver mi reacción y yo vuelvo a recostarme.

Miro el pequeño objeto entre mis manos. El corazón me late cada vez más rápido. Quiero hacer esto para él. Despacio, acerco el pequeño vibrador a mi sexo y cosquillea mi clítoris.

Gimo. La sensación es increíble.

Lo muevo lentamente dejando que se deslice en mi interior. Lo hago entrar y salir, acariciándome.

Ryan me observa lleno de lujuria y yo me deleito en este momento, en lo que despierto en él y en mí.

Echo la cabeza hacia atrás y arqueo mi espalda contra mi propia mano absolutamente extasiada.

Una espiral de placer llena de deliciosas vibraciones se instala en mi vientre y se expande hasta estallar dentro de mí.

Gimo más fuerte.

Me revuelvo en el sofá. Aprieto aún más el bendito aparatito contra mi sexo y un increíble orgasmo me sacude sin piedad dejando inundado de euforia y placer todo mi cuerpo.

Relajada, con una jadeante sonrisa en mis labios, dejo caer el vibrador sobre el sofá y vuelvo a ser consciente de lo que me rodea. Ryan me observa un segundo, tira de mi mano y me hace sentarme a horcajadas sobre él. Entra dentro de mí rápida y profundamente.

Grito de placer a la vez que un largo y ansioso silbido escapa de sus labios.

Sumerge una de sus manos en mi pelo y, apremiante, pega mi boca a la suya. Desliza la otra por mi cintura hasta que su brazo me rodea por completo y me estrecha contra su cuerpo. Lo siento cerca, muy cerca.

Con la respiración convertida en jadeos, apoyo los dedos de los pies en el suelo y comienzo a moverme arriba y abajo. Ryan gruñe contra mis labios.

Siento más y más placer acumulándose en mi sexo.

Me toma por las caderas e, impulsándome con las suyas, hace que me mueva más rápido. En esta posición llega aún más profundo.

Grito.

Me levanta, gira mi cuerpo, arcilla maleable en sus manos, y vuelve a sentarme en su regazo. Regresa a mi interior y reanuda sus implacables embestidas. Lleva una de sus manos hasta mi muslo y me obliga a abrir más las piernas mientras con la otra recupera el vibrador que abandoné en el sofá.

Tengo calor, mucho calor.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza en su hombro. Ryan acerca el vibrador a mi sexo y lo mueve acariciando mi clítoris.

Grito con fuerza.

Me estremezco e instintivamente intento cerrar las piernas, pero Ryan no me lo permite.

Sube su otra mano por mis pechos y tira de mis pezones.

Me siento estimulada de demasiadas maneras. Mi cuerpo comienza a tensarse, casi a temblar. Grito torpes versiones del nombre de Ryan mezcladas con juramentos y todo tipo de suplicas. Siento que voy a romperme.

Entrelaza nuestros tobillos asegurándose de que no pueda cerrar las piernas y aumenta el ritmo de sus estocadas.

Siento aún más calor.

Entra y sale salvaje, despiadado, acompasándose perfectamente con las vibraciones que acarician mi clítoris.

Siento aún más euforia.

Rodea mi pezón con sus dedos y tira de él cada vez que su polla me atraviesa.

Siento aún más placer.

Calor, euforia, placer. Calor, euforia, placer. No puedo aguantar más. Mi cuerpo se arquea violentamente y el placer ardiente, casi abrasador, recorre todo mi cuerpo y lo hace estallar en forma de extraordinario orgasmo.

—Ryan —susurro contra la piel de su cuello.

Tira el vibrador, me rodea la cintura con ambos brazos y se pierde en mí tras una gloriosa embestida que me confirma que soy absoluta y totalmente adicta a Ryan Riley.

Aún en su regazo, recupero la normalidad de mi respiración. Ryan me da un mordisco en el hombro desnudo y después me besa la zona para compensar.

—Ha sido genial —comento con una sonrisa, levantándome y mirando a mi alrededor en busca de mi ropa—. Respóndeme a una cosa: ¿llevas todo el día con esa cajita en el bolsillo?

—Más o menos —contesta devolviéndome la sonrisa—. Después del espectáculo que montaste con el señor Chang...

—Dirás el espectáculo que me obligaste a montar —lo interrumpo fingiéndome ofendidísima.

—Como quieras —responde arrogante, tanto que me veo obligada a tirarle un cojín que esquiva divertido sin problemas—. El caso es que pensé que te gustaría.

Termino de colocarme el vestido pero desisto en la búsqueda de mis zapatos; además, es verano y me encanta la sensación de caminar descalza sobre el parqué.

—Has acertado.

—Y veo que no has tenido problemas en aceptarlo.

—Ahora es diferente —respondo recapacitando sobre mis propias palabras a la vez que voy hasta la cocina y cojo una botellita de agua helada del frigorífico.

—¿Me estás diciendo que ya no te parece mal que te compre todo lo que quiera?

Ryan, incitado por la visión de mi botellita de agua con cientos de gotas condesadas sobre ella, me sigue hasta la nevera y coge otra.

—No —digo volviendo la cabeza para mirarlo—, no quiero que te gastes tu dinero en mí. No lo necesito —sentencio.

—¿Ni siquiera en más juegucitos de Le Sensualité? —susurra turbador en mi oído.

Yo me ruborizo al recordar lo increíble que ha sido.

—Bueno, puedes comprarme esas cosas si quieres —musito con una sonrisa tímida, aunque absolutamente encantada.

Me alejo prudencialmente de Ryan, que me está observando con una media sonrisa en los labios como si fuera un león acorralando una gacela, a la vez que me pregunto qué otras cosas me descubrirá mi particular dios del sexo.

—¿Tienes hambre? Me apetece cocinar —pregunto inocente, intentando romper la atmósfera de pura electricidad que poco a poco comenzaba a rodearnos una vez más.

—Toda tuya —contesta refiriéndose a la cocina, pero su mirada sigue ahí y creo que va a dejarme escapar por pura bondad.

Se sienta en uno de los taburetes y yo regreso al frigorífico. Lo abro y me tomo unos segundos para inspeccionarlo. Es enorme y está perfectamente surtido. Una familia de cinco miembros podría comer durante un mes con lo que hay aquí.

Ryan cruza los brazos sobre el mármol y se inclina ligeramente. Parece que va a quedarse a verme en acción. Tanto mejor.

Encuentro unos tomates con muy buena pinta. Ya sé, los trocearé y prepararé unas *bruschette*. Sólo necesito cebolla, pan, albahaca, sal y aceite de oliva.

Lavo las verduras, vuelvo a la encimera y comienzo a picarlas.

—Si vas a quedarte ahí mirándome, podrías contarme algo —le digo mientras me agacho a encender el horno.

—Siempre deseosa de saber, ¿no, señorita Parker?

—Por supuesto, señor Riley.

Ambos sonreímos.

—Sin que sirva de precedente —me advierte robándome un trozo de tomate y llevandoselo a su sensual boca—, ¿qué quieres que te cuente?

Corto el pan en finas rebanadas y las pongo sobre la rejilla del horno.

—¿Desde cuándo conoces a Bentley?

Mi pregunta lo coge por sorpresa. Imagino que esperaba que aprovechara la oportunidad para indagar acerca de lo que le ha ocurrido hoy con su padre, pero no quiero presionarlo. Con una sonrisa, alza su mirada al cielo intentando hacer memoria.

—Creo que desde siempre —contesta al fin—. Nuestras familias siempre han estado muy unidas. Su abuelo ayudó al mío a fundar la empresa.

Metó la bandeja en el horno y subo la temperatura.

—Así que Elliott Riley tenía a su propio Bentley.

—Y además se llamaba así.

—No puede ser —exclamo con una sonrisa—. ¿Bentley es Bentley Sandford II?

—Bentley Sandford IV, en realidad.

—¿En serio? —pregunto divertida.

Ryan asiente sonriendo.

—Mañana voy a divertirme mucho en la oficina.

La sonrisa de Ryan se ensancha imaginando mis malévolos planes y de paso aprovecha mi distracción para robarme otro tomate.

—¿Siempre habéis estado tan unidos?

Rebusco en los armarios tratando de encontrar el aceite de oliva. Lo consigo tras la segunda puerta. Virgen extra y español. Sólo el olor ya alimenta.

—Sí. Bentley, Spencer y yo fuimos juntos a la escuela primaria, el instituto, la universidad.

—Tuvo que ser divertido.

Antes me pareció ver judías verdes frescas en la nevera. Salteadas con un poco de este aceite quedarán fantásticas.

—Me hubiera encantado ver a los Riley y a Bentley Sandford IV con los uniformes relucientes en un prestigioso instituto al norte del estado.

—No podrías estar más equivocada —me desafía con una sonrisa llena de satisfacción—. Fui a un instituto público.

¿Qué? ¿Ryan Riley, el amo y dueño del mundo, fue a un instituto público? Mi mirada de absoluta perplejidad le hace sonreír aún más. Realmente no me lo esperaba.

—Mi padre —prosigue apiadándose de mi curiosidad— tenía la firme idea de que debíamos criarnos como personas normales, no como principitos, teoría que defendía fervientemente mi madre. —Su aclaración me hace sonreír—. Así que nos inscribió en el instituto Jefferson, en el centro de la ciudad. Al padre de Bentley le pareció tan buena idea que hizo lo mismo.

—Me has sorprendido.

Ryan me guiña un ojo como respuesta mientras abro las dos manos y dejo caer las judías verdes sobre el wok.

Necesito un último toque. Vuelvo por enésima vez a la nevera tamaño veinte comensales y reobservo cada balda en busca de inspiración. Diviso un trozo de *parmigiano reggiano* etiqueta negra. Esto será perfecto.

—¿Tienes un rallador de queso? —pregunto regresando a la encimera con el trozo de parmesano en las manos.

Ryan se encoge de hombros a la vez que ladea ligeramente la cabeza. Me dedica una sonrisa tan insolente como encantadora con la que pretende decirme que ni lo sabe ni ha tenido la más mínima intención de saberlo porque siempre han cocinado para él. Yo le devuelvo la sonrisa. ¿Qué otra cosa puedo hacer cuando está así de encantador?

Repito la operación de búsqueda y doy con él en uno de los armarios de la isla de la cocina.

El teléfono de Ryan comienza a sonar en algún punto del salón. Se levanta de un salto y, siguiendo el sonido, encuentra su iPhone junto al sofá.

—Estoy sorprendido —comenta con la mirada perdida en la pantalla del móvil—. Normalmente habría mirado el teléfono una docena de veces desde que llegué a casa. ¿Qué está haciendo conmigo, señorita?

Aunque frunce el ceño, sus palabras tienen un tono divertido. Yo no digo nada. Creo que mi sonrisa orgullosa, satisfecha y encantada habla por sí sola.

—Riley —responde—. Un veintiún por ciento en tres años sin base imponible es una estupidez. ¿Con quién se creen que están tratando?

No puedo evitar contemplarlo; incluso al teléfono, irradia toda esa fuerza, esa actitud de líder que te seduce y te hace imposible no seguirlo en todo lo que desee.

—Quiero que recopiles los documentos ahora mismo... Llama a Charlotte y consigue las copias de las actas del 3 de mayo.

Me hace un pequeño gesto indicándome que va al estudio. Yo asiento y le observo salir por una de las puertas del salón.

Una parte de mí aún no se cree que esto esté pasando de verdad, que haya vuelto a tener el sexo más alucinante de mi vida y ahora esté en su imponente casa preparando la cena. ¡La cena! Vuelvo a prestar toda mi atención a los fogones y saco rápidamente el pan del horno. Ha estado a punto de quemarse.

Vierto la mezcla del tomate sobre el pan tostado y espolvoreo el queso sobre las judías. Pocos segundos después, tengo dos platos con *bruschette* y judías verdes salteadas. Mientras reposan, busco los cubiertos y los manteles individuales.

Estoy muy orgullosa de mí misma. Para ser la primera vez que trasteo en esta cocina, el resultado ha quedado francamente bien.

Caigo en la cuenta de que no he puesto los vasos. Me doy la vuelta e intento hacer memoria frente a la cantidad casi indecente de armarios. No recuerdo haberlos visto en ninguno de ellos. Ryan regresa en ese preciso instante.

—Siento la llamada, nena —se disculpa.

Aunque continúa descalzo, se ha puesto una camiseta.

—No te preocupes. Buscaba los vasos.

—Mejor copas —dice mostrándome una botella de vino—. Esto tiene una pinta deliciosa —comenta al pasar junto a los platos—. Siéntate.

Ryan sirve dos copas y se sienta en el taburete junto al mío. Disfrutamos de la cena y del excelente Pinot Grigio. Continuamos charlando de temas sin importancia. A pesar de que creo que le vendría bien hablar de lo que sea que pasara con su padre, también sé que tiene que ser él quien decida ponerlo sobre la mesa.

—Esta noche tendré que trabajar.

Nos cruzamos en mitad de la cocina. Yo regreso de dejar los platos en el fregadero y él va hacia ese mismo lugar con las copas.

Una parte de mí, en realidad toda yo en cuerpo y mente, suspira decepcionada. Esperaba no separarme un centímetro de este hombre en toda la noche.

—No te preocupes —contesto al fin—. Subiré a darme un baño en esa bañera tamaño campo de fútbol que tienes arriba.

—¿Un baño? —pregunta dejando el wok también en la pila.

—Sí, con un montón de espuma —continúo exagerando cada palabra.

Ryan asiente despacio sin levantar sus ojos de mí.

—Y tal vez ponga algo de música suave y me envuelva en una sugerente nube de vapor.

Sonríó pícara y me dirijo a las escaleras.

—¿Está intentando tentarme, señorita Parker? —me pregunta mientras me observa alejarme.

—Jamás me atrevería, señor Riley.

Comienzo a subir las escaleras lenta y cadenciosamente con mi mano acariciando la barandilla. Su mirada se ha oscurecido y su mandíbula se dibuja más tensa.

—Suerte con el trabajo —concluyo.

Cuando desaparezco de su campo de visión, no puedo evitar sonreír triunfal. Por una vez soy yo la que provoca y se marcha.

Contemplo la inmensa bañera. Es realmente grande. Sonríó al pensar en el baño tan relajante que voy a darme. La verdad es que me vendrá muy bien tener un rato para pensar. Todas las preguntas sobre lo que tengo con Ryan siguen revoloteando sobre mi cabeza, aunque el sexo increíble me haya despistado un poco.

Abro el grifo de agua caliente y la dejo correr. Cojo uno de los botecitos de la estantería a mi espalda, lo destapo y lo huelo. Tiene un suave aroma a cítricos, mandarina creo. Echo un poco en el agua. En seguida empieza a formarse espuma y el delicado olor se expande por toda la estancia.

Me desnudo con una delicadeza inusitada. Todavía siento las manos de Ryan sobre mi piel y me asusta perder esa sensación si soy brusca. Me recojo el pelo, cierro el grifo y entro en la bañera. Está caliente, muy caliente. Me sumerjo despacio por el mismo motivo que me desvestí despacio. Cuando ya estoy rodeada de agua, suspiro profundamente y miro divertida a mi alrededor. El vapor ya lo inunda todo y hace que el ambiente y la palabra *sugerente* se entrelacen a la perfección.

Saco mis pies del agua y la espuma se queda entre mis dedos. El olor cada vez es más intenso, parece cualquier rincón recóndito de la campiña italiana.

Siento el vapor, siento el aroma, esto es de lo más evocador. Sonríó extasiada, cierro los ojos y me sumerjo un poco más.

Cuando los abro de nuevo, Ryan me está observando apoyando en el marco de la puerta con los brazos cruzados, tal y como esta mañana.

—Hola —susurro.

El agua casi esconde la pícara sonrisa que tengo en los labios.

—Hola.

Sus ojos brillan de puro deseo.

—Creí que tenías trabajo que hacer.

Dejo que mi cabeza surja del agua como lo haría la de una sirena. Me siento sexi.

—Ésa era la idea.

—¿Entonces?

—Resulta que sabía que había una chica preciosa dándose un baño de espuma, ¿cómo era?... «en medio de una sugerente nube de vapor» y es muy difícil concentrarse con esa idea en la cabeza.

—Siento haberte distraído.

No lo siento en absoluto.

—Mientes muy mal. Es bueno saberlo.

Ambos sonreímos pero son sonrisas sensuales, sonrisas que intentan llegar donde el deseo alcance.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —pregunto.

Mi cuerpo sólo quiere, sólo puede, escuchar una respuesta. Para tentarlo un poco más, alzo la pierna repleta de espuma y finjo enjabonármela. Ryan no aparta sus ojos de ella.

Lentamente se acerca hasta la bañera y se sienta en el borde. Cuando mete su mano en el agua, toda mi piel se yergue nerviosa, expectante de lo que hará. Mueve sus dedos hasta llegar a la parte de arriba de mis pechos, la frontera entre la piel seca y la húmeda, y me acaricia suavemente.

—Se te está enrojeciendo la piel por el calor.

—¿No te gusta?

—Claro que me gusta —responde sin asomo de duda—. Tu piel me gusta siempre, en cualquier circunstancia, Maddie.

Pronuncia mi nombre como si cada letra fuera un poema de Pablo Neruda.

Clavo la vista en sus dedos, que van bajando lentamente. Mis pezones, más sensibles de lo común por el agua caliente, sólo con la promesa de su contacto se endurecen rápidamente. Ryan los acaricia con sus dedos y tira de ellos.

Mi espalda se arquea.

Mis ojos se encuentran con los suyos azules y veo las chispas de un deseo casi infinito arder en ellos. Continúa bajando, bordea mi ombligo y llega hasta mi sexo. Me acaricia suavemente, incrementando mi excitación.

Suspiro despacio.

Dejo que mi cuerpo imagine lo que me hará para que todo se convierta en algo aún más intenso y ansiado.

Desliza entonces dos de sus dedos sobre mi clítoris.

Un húmedo gemido sale de mis labios.

Noto cómo su respiración se acelera mientras continúa haciendo suaves círculos con sus dedos. Se inclina sobre mí y acalla mis gemidos con sus labios.

Esto es delicioso.

Se inclina un poco más y, sin separar la palma de su mano de mi sexo, introduce dos de sus dedos dentro de mí.

Mi respiración se vuelve tan irregular que tengo que separar mis labios de los suyos, pero no me retiro del todo, me quedo así, a escasos centímetros de su boca, sintiendo su cálido aliento.

Sigue acariciándome, moviéndose dentro de mí.

Me aferro desesperada al borde de la bañera. Temo sumergirme por completo en el agua presa del placer que me está provocando.

Ryan me acaricia cada vez más rápido y más torturador. Deja sus dedos dentro y los mueve en círculos extendiendo la euforia a cada rincón de mi interior.

—Por favor, Ryan —musito—. Quiero sentirte dentro de mí.

Atiende mi suplica, se incorpora, se desnuda rápidamente y entra en la bañera. El peso de su cuerpo cayendo sobre el mío hace que el agua rebose y se derrame por el resplandeciente suelo de mármol.

Conduce su mano entre nuestros cuerpos hasta su enorme miembro y lo hace entrar de un solo movimiento.

Grito extasiada cuando al fin siento a mi objeto de placer y pecado dentro de mí.

Comienza a moverse y yo, sencillamente, enloquezco por todo lo que me hace sentir. La estancia apenas es una neblina de vapor con aroma a mandarina que hace que el sentimiento de que nada más importa salvo nosotros se multiplique por mil.

Sigue moviéndose y yo sigo recibéndolo encantada.

Siento el vapor, lo siento a él, su miembro dentro de mí, sus húmedos labios en mi aún más húmedo cuello.

Estamos resbaladizos pero sabemos cómo aferrarnos al placer del otro.

Me embiste con fuerza y el agua rebasa las curvas de la bañera una y otra vez. Un sonido tan evocador como el ambiente en sí.

Mi mente embotada sólo es capaz de recibir imágenes inconexas hasta que, con una última embestida brusca y gloriosa, me lleva al orgasmo, haciéndome gritar enloquecida sumida en este mar de placer, jadeos y mandarina.

Ryan sigue mi mismo camino un segundo después.

—Maddie, nena —susurra contra mi piel.

Y yo sólo soy éxtasis y respiración acelerada.

Envuelta en un albornoz, regreso a la habitación. Dormiría con él, pero creo que cinco minutos más en este exquisito algodón y empezaré a derretirme por el calor. Ryan me sigue con una toalla a la cintura.

—En esa cómoda —dice señalando una moderna cajonera de metal— hay camisetas. Sírvete.

Cruza la habitación y va hasta un mueble gemelo al que me ha señalado. Sobre él descansa un MacBook Air último modelo. Ryan lo abre y, automáticamente, la pantalla se ilumina.

Yo me giro hacia el mueble que me ha indicado y abro el primer cajón. Me quedo sorprendidísima al ver mi ropa interior, la que llevaba puesta ayer, perfectamente planchada y doblada junto a sus bóxers.

—Mi ropa interior está aquí —comento perpleja y divertida al mismo tiempo.

—Sí, la señora Aldrin la lavó y la guardó.

Ryan me responde sin darle la menor importancia, pero para mí sí la tiene. Estoy simple y llanamente feliz.

Me pregunto si realmente él no le ha dado ninguna importancia porque no significa nada para él o porque siente que las cosas están yendo exactamente como quiere que vayan y esto es lo que desea. Le miro dispuesta a preguntarlo y salir de dudas, pero no es el momento. Además, ni siquiera sé si éste es el primer conjunto de ropa interior femenina que guarda este cajón. Sacudo la cabeza porque esa idea no me ha gustado en absoluto.

«Disfruta el momento, Parker.»

Y pienso hacerlo.

Me pongo una de sus camisetas. El olor a lavanda es delicioso y sobra decir cuánto me recuerda al propio Ryan.

—¿Y hay más ropa mía en algún rincón de esta habitación? —pregunto fingidamente consternada.

—Tus vestidos.

¿Mis vestidos? Querrá decir, mi vestido, el que llevaba ayer. Sigue concentrado en la pantalla del ordenador y doy por hecho que se ha despistado en su respuesta. Aun así, camino hasta el vestidor. Sonríe al ver todos sus trajes de corte italiano perfectamente ordenados y colgados. Paso distraída los dedos por ellos y mi sonrisa se ensancha cuando noto el cálido roce de sus camisas blancas. Debe haber docenas. Mientras pierdo mi vista en ellas, veo mi vestido blanco y, al lado, otros tres. Los reconozco inmediatamente. Son los que me compró en la tienda de Tommy Hilfiger.

—Conservaste los vestidos —musito.

Ryan me mira algo confuso y finalmente camina hasta mí. Cuando ve a qué me refiero, su expresión se relaja.

—Claro que los conservé. Vi cómo los mirabas. Te encantan —responde como si fuera obvio.

—Sí, pero... —quiero quejarme.

—¿Esa cabecita podría no darle demasiadas vueltas?

—Ryan...

—Maddie —vuelve a interrumpirme impaciente—, te compré esos vestidos porque quise y van a estar ahí para ti siempre. No pienso discutirlo.

Me da un dulce beso en los labios para compensar su última frase y sale del vestidor sin darme oportunidad de responder. Parece que, una vez más, la decisión está tomada. Observo los vestidos y

suspiro resignada. No voy a discutir por ellos, al menos hoy no, pero no tengo nada claro que vaya a quedármelos.

—La verdad es que me gusta verlos mezclados con tus trajes de ejecutivo arrogante, malhumorado e irascible —comento socarrona regresando a la habitación.

Ryan sonríe.

—Métete en la cama.

Obedezco sin rechistar y me meto en la cama. Me tumbo bocabajo, coloco las manos bajo la almohada y pierdo mi mirada en él. Se echa el pelo húmedo hacia atrás con la vista fija en la pantalla. Suspira brusca pero brevemente un par de veces, parece que no le está gustando lo que lee.

No sé cuándo, me quedo dormida mirándolo.

Despierto sola en la cama y en la habitación. Miro el móvil. No son más de las cuatro. El cuarto sólo está iluminado por las luces de la ciudad que entran por la ventana. ¿Dónde está Ryan?

Me levanto de la cama y camino con cautela por la casa. A pesar de lo intuitivo que es su diseño, estoy algo adormilada y tengo que concentrarme para recordar dónde está su estudio.

Efectivamente Ryan está allí, sentado a la mesa, trabajando en el ordenador y con una montaña de papeles en un extremo del escritorio. Se le ve muy concentrado, pero también muy tenso.

No sé si se ha levantado muy temprano o si no llegó a acostarse. Entonces recuerdo las palabras de Lauren: «hay noches en las que ni siquiera duerme.» Pero hay algo más allá. Está consternado, abatido; en una palabra: triste. ¿Tanto pesa la corona? La respuesta hace que mi estómago se contraiga.

Me siento como una egoísta al pensar que era un engreído que jugaba conmigo. Él sólo quería evitarme precisamente esto, el despertarme a las cuatro de la madrugada en una cama vacía. Pero lo cierto es que no me importa, no me importa lo más mínimo si puedo pasar un solo minuto con él.

—Nena —susurra al darse cuenta de mi presencia.

—Hola —murmuro—. Me desperté y no estabas. Pensé que a lo mejor necesitabas un poco de compañía.

Ryan sonríe, aunque no le llega a los ojos. Me hace un gesto para que me siente en su regazo. Camino hasta él y lo hago.

—¿Normalmente te levantas a esta hora?

—Más o menos —contesta enigmático.

—Así que la clave para ser increíblemente atractivo es dormir poco.

Mi comentario le hace reír sinceramente.

—Entonces tú debes padecer insomnio.

—Búscate tus propios halagos, Riley —me quejo.

—*Touché* —responde divertido justo antes de comenzar a hacerme cosquillas en los costados sin piedad alguna.

Río y me revuelvo en su regazo. Cuando al fin se detiene, mi respiración es sólo un mar de jadeos mientras a mi espalda noto su sonrisa triunfal.

—¿Sabes? —dice al cabo de unos segundos—. Tengo una casita en los Hamptons. Nada excepcional, pero me gusta ir allí los fines de semana para surfear. Podríamos ir.

—Suenan bien.

Dejo caer mi cabeza sobre su hombro.

—Pasar el día en la playa, comer espagueti boloñesa oyendo el ruido del mar.

—Mmm... —Es de lo más sugerente.

—Después, mientras yo encero mi tabla en el garaje, tú puedes leer o simplemente contemplarme —concluye divertido.

Pongo los ojos en blanco, divertida. ¿Se puede ser más presuntuoso?

—Escucharemos música de Lucio Battisti, de Mina... —prosigue.

Ryan observa cómo los dedos de su mano se entrelazan con los míos.

—¿Te gusta la música italiana de los setenta? —pregunto algo sorprendida.

—Sí, me encanta. Mi madre la ponía a todas horas. Me recuerda a mi infancia. ¿Y a ti te gusta? —pregunta igualmente perplejo.

—Miles Hannigan, el padre de James y Álex, es un enamorado de esa música: Lucio Battisti, Mina, pero, sobre todo, Ornella Vanoni. Nos la hace escuchar cada vez que vamos a verlo y en todas las fiestas —añado.

Comienza a hacer perezosos círculos con su pulgar en mi cadera.

—*Motocicletta. Dieci HP...*

Ryan empieza a cantar apenas en un susurro la canción de Lucio Battisti, *Il tempo de morire*. Tengo la sonrisa más estúpida del mundo en los labios y me dejo envolver por su ronca y melodiosa voz. Apenas son susurros, pero es la cosa más sexi, sensual y romántica que he sentido nunca.

—... *tutta cromata. E' tua si dici si. Mi costa una vita. Per niente la darei. Ma ho il cuore malato. E so che gurirei.*

—¿Hablas italiano?

—No, sólo me sé algunas canciones.

—Un italiano te diría que, si sabes cantar en su idioma, tienes la mitad del camino ganado.

—Probablemente.

Y, aunque no lo veo, le noto sonreír a mi espalda.

Poco después. Ryan me sugiere que vuelva a la cama. Él irá al gimnasio y promete despertarme para desayunar como esta mañana. ¿Esta mañana? Ha sido un día tan intenso que parece que han pasado cientos de horas en medio.

—Quédate —refunfuño como una niña pequeña.

—No puedo. Necesito ir al gimnasio para pensar —contesta quitándose la camiseta y tirándola sobre la cama.

Los diecisiete segundos que tarda en ponerse otra hacen que no sólo pierda el hilo, sino que me excite y casi me relama.

—¿Has visto algo que te guste?

Su arrogante sonrisa me saca de mi ensoñación.

—¿Vas a quedarte?

Niega con la cabeza con esa maldita sonrisa aún en los labios. ¿Por qué me parece tan increíblemente sexy cuando en realidad lo que debería es abofetearlo por ser tan presuntuoso?

—Pues entonces no he visto nada que me guste —contesto con la dignidad echa bandera metiéndome de nuevo en la cama.

—Descansa, gruñona.

Ryan me da un beso de despedida que se suponía casto y breve, pero poco a poco va alargándolo a la vez que deja caer su cuerpo sobre el mío. Aprovecho para acariciarle suavemente su brazo con la yema de los dedos.

—Puedo hacer que hagas mucho ejercicio —intento convencerlo en un susurro sugerente y carnal.

Él gruñe desde el fondo de su garganta y por un momento creo que he conseguido mi propósito, pero entonces se levanta de un golpe.

—Pensar —repite.

—¿Y no puedes pensar en la ducha como todo el mundo? —me quejo.

—Yo en la ducha follo o me imagino follándote. En cualquiera de los dos casos, una situación placentera para mí.

Su sonrisa es ancha, presuntuosa y claramente él sí que ha cumplido con su objetivo: hacerme susurrar un esperanzado «uau» y que todo mi cuerpo se encienda como si estuviera hecho de letreros de neón.

Sin decir nada más, sale de la habitación.

—Imaginar es pensar —grito frustrada al aire.

Cuando creo que ya no va a contestar, oigo su voz desde la escalera:

—Más bien es decidir lo que haré contigo.

«Bien hecho, Parker, ahora brillas tanto que pareces Times Square.»

Me quedo dormida no sé cómo, porque en lo único en lo que puedo pensar es en lo excitadísima que estoy y en las ganas que tengo de que vuelva.

Los párpados me pesan muchísimo. Tengo sueño. Aun así, lucho por abrir los ojos a la vez que me giro en la inmensa y comodísima cama. Cuando al fin lo hago, lo primero que veo es a Ryan junto a la cómoda poniéndose el reloj. Ya está vestido y por un momento me permito observarlo con ese

traje de corte italiano gris marengo, como siempre a medida, la camisa blanca impoluta y la corbata azul eléctrico. Se guarda en el bolsillo de los pantalones las llaves y la cartera y, en el interior de su chaqueta, el iPhone.

No puedo evitar fijarme en su pelo peinado de esa forma tan perfectamente casual. Está sencillamente increíble. Pero entonces mi mente adormilada y perdida en la visión de Ryan me hace caer en la cuenta de que está a punto de marcharse. No me ha llamado para que desayunáramos ni nos ducháramos juntos.

—¿Te vas? —pregunto con la voz ronca por el sueño.

Él se gira para mirarme, sonrío y se acerca mientras yo me incorporo, levanto las rodillas y apoyo los codos en ellas a la vez que me froto los ojos con las manos. Tengo mucho sueño.

—Sí, tengo que irme ya. —Se sienta en el borde de la cama—. Tengo una reunión muy importante a primera hora. No puedo quedarme a desayunar, pero la señora Aldrin te preparará lo que quieras cuando bajes y Finn te llevará al trabajo. —Levanta la mano levemente para interrumpir mi inminente protesta—. Le he dado instrucciones para que te deje a una manzana de la oficina.

Sonrío aliviada porque haya tenido ese detalle. Al fin y al cabo, son mis miedos y no los suyos los que hacen que mantengamos lo nuestro en secreto.

—¿Te parece una tontería que quiera mantenerlo en secreto?

—Te entiendo —responde sin más.

—Te lo agradezco. Sé que no estás acostumbrado a darle cuentas a nadie.

Ryan me sonrío con ternura por respuesta. Acabo de decir una gran verdad y los dos los sabemos.

—Te veré en la oficina, nena. —Se inclina sobre mí para darme un beso de despedida, pero justo antes de llegar a mis labios se detiene—. Quiero decir, señorita Parker —concluye socarrón.

Le devuelvo la misma sonrisa pícara que él me dedica y nos besamos.

Ante mi atenta mirada, Ryan se levanta y sale de la habitación. Yo me dejo caer de nuevo entre las docenas de almohadas y sonrío feliz.

A pesar de que es más temprano de la hora a la que suelo levantarme habitualmente, ya me siento activa. Quiero escuchar música, algo pegadizo, y darme una ducha mientras canto a pleno pulmón. Y hago exactamente eso. Bajo el torrente de agua, bote de champú de marca carísima en mano, canto el gran éxito de The Hives *Come on!*

Al salir me envuelvo en una de las maravillosas toallas de algodón y, frente al espejo del lavabo, me seco el pelo. Decido plantarle cara al abusivo calor y me lo dejo suelto. Las ondas castañas caen sobre mis hombros y no negaré que me siento sexi.

Estoy tan contenta que, cuando entro en el vestidor, en vez de coger mi vestido blanco, decido ponerme uno de los que Ryan me compró. De hecho, el que más me gustaba de los tres y que en ningún caso me podía permitir.

Sigue sin gustarme que se gaste dinero en mí, pero también me doy cuenta de que no tengo por qué desperdiciar cada regalo que me haga. Al fin y al cabo, ya sé lo que siente por mí. Las cosas han cambiado.

Mis Oxford resuenan contra los escalones relucientes. Llego al salón y camino despacio hacia la cocina. Confío en que la señora Aldrin esté ocupada con cualquier otra cosa y yo pueda coger una botellita de agua y una pieza de fruta y salir de aquí. Sin embargo, mis planes se truncan cuando la veo esperándome en la cocina. Por otra parte, algo obvio, hay un delicioso olor a café recién hecho que inunda el ambiente en tres kilómetros a la redonda.

—Buenos días, Maddie.

—Buenos días, señora Aldrin.

Titubeante, me acomodo en uno de los taburetes de la isla de la cocina. ¿Por qué me siento tan tímida? La señora Aldrin tiene pinta de ser simpatiquísima. Creo que lo que hace que me sienta así es el hecho de imaginar lo que ella pensará de mí y, sobre todo, cuántas *bonitas bragas universitarias* se han sentado en este taburete antes que yo. Por un momento intento imaginar el desorbitado número y la idea no me gusta nada.

—¿Qué desea desayunar? —pregunta solicita ajena al maremágnum que tengo ahora en la cabeza.

—Nada en realidad. Sólo quería una pieza de fruta.

—¡*Non-sens!* —exclama.

Definitivamente es francesa, porque creo que acaba de mandar todos mis propósitos al cuerno de una manera muy elegante, muy europea.

—El desayuno es la comida más importante del día —prosigue—. Ryan me ha dicho que le gustan las tortitas.

Asiento tímidamente.

—Me gustan mucho, pero, de verdad, no es necesario. Me conformo con fruta o cereales.

—Se acabó. Le prepararé *crêpes* con chocolate.

La señora Aldrin ni siquiera espera mi respuesta, se gira, va hacia la nevera y comienza a sacar los ingredientes del frigorífico. Una sonrisa se escapa de mis labios. La verdad es que quién podría resistirse al desayuno francés por excelencia preparado por una auténtica cocinera francesa.

Me sirve una taza de café. Tras un sorbo, constato que sabe tan bien como huele. Me pregunto cuánto tiempo llevará trabajando para Ryan. Deben ser años. La lealtad es lo más importante para él y la señora Aldrin tiene pinta de serlo, de ser una mujer en la que se puede confiar. Una colección inmensa de preguntas que me gustaría hacerle acerca de Ryan comienzan a inundar mi mente. Todas esas cosas que él siempre evita contestar.

A pesar de que me muero por preguntar, decido que es mejor no hacerlo. Probablemente no conseguiría sacarle nada, pensaría que soy una entrometida y Ryan acabaría enfadándose.

—Señora Aldrin.

—¿Sí?

—¿Hace mucho tiempo que trabaja para Ryan?

Que tenga claro que no puedo preguntarle sobre la vida, obra y milagros de Ryan Riley no significa que no pueda intentar conocerla un poco mejor.

—Déjeme hacer memoria —me pide perdiendo su vista en el infinito—. Unos veinticinco años.

—¿Cómo? —pregunto confusa.

Ella ríe. Sin duda era la reacción que esperaba.

—Yo trabajaba para los Riley en la mansión. Conozco a Ryan desde que era un niño. Después, cuando se mudó a esta casa, me pidió que lo ayudara con las entrevistas, pero Ryan es tan...

Trata de encontrar la palabra adecuada, no porque no sepa cómo describirlo, sino por mera lingüística.

—*Connard* —contesta exasperada alzando las manos y riendo con franqueza.

Me contagia su risa, aunque no tengo ni idea de lo que ha querido decir. Ella parece leerlo en mi expresión, porque, cuando se calma, continúa:

—*Connard*, ¿cómo se dice? —Piensa unos segundos más—: Exigente.

Asiento. Sin embargo, por la traviesa mirada que esconden sus grandes ojos claros, estoy segura de que la palabra original era más específica y probablemente menos elegante. Tengo que buscarla en el traductor de Google en cuanto tenga oportunidad.

—El caso es que terminé quedándome yo.

El final de su frase se corona con el ruido del plato contra el mármol italiano de la encimera. Ya tengo delante de mí unos deliciosos *crêpes* con chocolate.

Unos diez minutos después, termino mi desayuno. Me despido de la señora Aldrin, que no me ha dejado sola ni un momento, y subo para lavarme los dientes.

Poco después estoy recorriendo los laberínticos pasillos con Finn hasta llegar al garaje donde nos espera el Audi A8.

El viaje es de lo más agradable y, como Ryan prometió, Finn me deja a una manzana de la oficina. Ahora mismo me siento un poco ridícula, pero sinceramente creo que es lo mejor.

—Gracias por traerme —me despido cuando me bajo del flamante coche.

—De nada, Maddie.

Le sonrío como último adiós y él me lo agradece imitando mi gesto pero llenándolo de cierta ternura y empatía. Obviamente se ha dado cuenta de que me ha intimidado un poco el hecho de que me llevara al trabajo. Pero, a pesar de todo, me recuerda un poco a Sam y eso hace que instintivamente me sienta cómoda con él.

Entro en el edificio del Riley Group y saludo a Ben, que está aleccionando a un grupo de becarios sobre las importantísimas normas de seguridad de la empresa.

Subo en el ascensor rodeada de ejecutivos y, cuando me bajo en la planta veinte, la redacción es un auténtico bullicio. Faltan menos de dos días para que llegue Frank Ghery y la expectación se siente en cada rincón.

—Buenos días, Bentley —lo saludo asomándome a su oficina.

—Buenos días, Maddie.

—¿Café?

—Sólo si vas a por uno para ti.

Asiento sonriente, dejo mi bolso en el perchero y voy hasta la sala de descanso.

Pienso en ir a hacerle una visita rápida a Ryan, pero dijo que la reunión era muy importante y no quiero interrumpirlo.

Mientras nos tomamos el café, Bentley me indica todo lo que necesita que haga esta mañana. Lo más esencial, pero también lo más aburrido, es recopilar y archivar los datos económicos de la revista del último trimestre. Lo menos aburrido, buscar las correcciones de los artículos y repartirlas. Además de justificar con Martínez sus gastos cubriendo las jornadas de arquitectura en Los Ángeles. Y todo antes de la reunión de redactores. Aunque, como siempre, lo primero es lo primero: comprobar la agenda de Bentley y organizar su correo.

Estoy con los últimos correos electrónicos cuando noto cierto revuelo fuera. Me incorporo ligeramente sin llegar a levantarme del todo y veo a varios ejecutivos, uno de ellos riendo tan falsa como escandalosamente, rodeando a una chica. Es rubia, alta y muy guapa. Su vestido azul oscuro le confiere un aspecto muy sofisticado, sin olvidar unos vertiginosos tacones firmados, de esos de mil seiscientos dólares el par.

La observo preguntándome quién será cuando veo a Ryan llegar hasta ella. Se saludan con un beso en la mejilla y charlan animadamente. No sé qué dicen, a pesar de que he pasado de estar discretamente asomada a peligrosamente inclinada sobre la mesa con tal de poder verlos u oírlos mejor.

Él le indica su oficina y ella, sonriente, le sigue. Ryan les hace un gesto a los ejecutivos, que se disponían a caminar tras ellos, para que se detengan y los dejen solos. Los observo hasta que se escapan de mi campo de visión camino de su despacho. ¿Quién es esa chica?

Me siento de nuevo en mi silla e intento convencerme de que sólo es una reunión como tiene decenas al día. Pero lo cierto es que rara vez sale a recibir a los otros ejecutivos y tampoco le he visto nunca saludarlos tan familiarmente. Quizá se conozcan. De todas maneras, me niego en redondo a sentirme celosa, aunque no voy a negar cuánto me ayudaría saber quién es.

Intento concentrarme en el trabajo. Tengo la tentación de preguntarle a Bentley. Quizá Ryan le ha comentado algo sobre con quién iba a reunirse. Pero me contengo. No quiero que crea que estoy al borde de montar una escena.

Por suerte, el trabajo que me encarga mi jefe me ocupa casi toda la mañana. Al comenzar la reunión de redacción, ni Ryan ni la chica rubia han salido aún de su despacho.

Me paso toda la reunión distraída. La hacemos en mitad de la redacción, por lo que, aunque pretendo concentrarme, no puedo evitar mirar hacia el pasillo que conduce a la oficina de Ryan cada tres minutos aproximadamente.

A la hora de comer, Bentley da por concluida la reunión.

Aún estamos sentados en la mesa de Linda con algunos redactores cuando mi móvil me avisa de que tengo un nuevo mensaje. Miro la pantalla ansiosa. Quizá sea de Ryan y pueda relajarme al fin, pero es Lauren. Me dice que me espera en el vestíbulo para que vayamos al Marchisio's.

—¿Era Lauren? —pregunta Bentley.

Estaba tan ensimismada con el teléfono que no me he dado cuenta de que el último redactor ya se ha marchado.

—Sí, me está esperando para comer.

—Pues no te preocupes, baja ya. Podemos terminar lo que queda cuando regreses.

Asiento. Bentley se levanta de un salto y comienza a caminar hacia nuestra oficina.

—Bentley —lo llamo—, por casualidad... —Callo prudente y me acerco hasta él. No quiero que nadie pueda oírnos—... ¿Sabes quién es la chica con la que está reunido Ryan?

Mi jefe hace memoria unos segundos.

—Me comentó algo sobre que esta mañana tenía que reunirse con Marisa Borow. No sé si te refieres a ella.

—Gracias —musito—, será mejor que me marche o Lauren se impacientará.

Bentley sonrío mi comentario y reanuda su marcha. Yo giro sobre mis talones y voy hasta el ascensor. Por lo menos ya tengo un nombre.

En Marchisio's nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Sigo pensativa y Lauren no tarda en darse cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Ryan lleva reunido toda la mañana con una chica muy alta, muy guapa y muy rubia —

respondo en un golpe de voz.

—Vaya.

El camarero llega para tomarnos nota. Pido una Coca-Cola, la cafeína es buena para pensar, y ensalada de provolone y pavo. Lauren, como siempre, se debate entre lo que le gustaría comer, cualquier cosa con queso fundido, y lo que quiere obligarse a comer, cualquier cosa con lechuga y brotes varios. Al final me copia la ensalada y pide agua con gas.

El camarero se marcha y, apenas a unos pasos de nosotras, está a punto de chocarse con Lou, el encargado, que va hacia la puerta con varias cajas de cartón con el logotipo del local y una bolsa.

—Cuidado —se queja visiblemente irritado—, es para el jefazo.

Al oír la palabra *jefazo*, Lauren y yo nos miramos y, en silencio, observamos cómo Lou atraviesa la calle y entra en el edificio del Riley Group.

—Va a comer con ella.

En teoría era una reflexión mental, pero los nervios que ahora mismo me corroen hacen que involuntariamente pronuncie cada palabra en voz alta.

—Eso parece. ¿Sabes quién es? —pregunta.

—Marisa Borow, al menos eso creo.

Sin decirme nada más, Lauren saca su móvil y comienza a teclear en la pantalla. Menos de un minuto después, lo gira y me enseña un artículo de una web.

—¿Es ésta? —inquire de nuevo.

—Sí —musito.

Lauren desliza su dedo por la pantalla del terminal y comienza a leer:

—Marisa Borow es la hija de Eric Borow, propietario de Borow Media, un gigante industrial de la costa Este. Parece que algún día lo heredará todo —añade Lauren tras ojear el resto del artículo—. Aquí hay algo interesante: aunque Marisa Borow está soltera y sin compromiso... —frunzo el ceño. Una parte de mí se mantenía en calma con la idea de que estuviera casada y con cuatro niños—... ha tenido importantes relaciones, como con el músico John Mayer o el actor Josh Radnor. Sin embargo, son muchas las voces que afirman que se está reservando para Ryan Riley.

Al llegar a su nombre, Lauren disminuye su voz hasta callarse por completo.

—Sigue —le pido.

—Si todo acabara en boda, la ciudad de Nueva York viviría su propio cuento de hadas, ya que hablamos de la auténtica realeza de la ciudad, la *crème de la crème*, con casa en los Hamptons y jet privado. Claro que la señorita Marisa Borow tendrá que ponerse las pilas si quiere cazar al guapísimo multimillonario, definitivamente no es la única.

Mi amiga deja el móvil bocabajo sobre la mesa y me mira llena de empatía. Yo no termino de reaccionar. Me siento como si el artículo hablase de otro Ryan.

—No te preocupes, Maddie. Es sólo una página de cotilleos de Internet.

Asiento y me obligo a sonreír. Lauren tiene razón. Sólo es una web, pero, entonces, ¿por qué estoy así?

Casi no como. Mi estómago se ha cerrado de golpe y lo único que quiero es regresar a la oficina.

Mientras esperamos el ascensor, de vuelta en el edificio del Riley Group, Lauren se cuelga de mi brazo.

—No le des más vueltas, Maddison Parker. —Me conoce muy bien—. Probablemente ya se haya ido y lo que tienes que hacer es ir inmediatamente al despacho de Ryan y echar un buen polvo. —Sonrío—. Créeme, es el mejor remedio.

Aguardamos a que una docena de ejecutivos salgan del ascensor y entramos. Lauren pulsa el botón de la planta veinte y se vuelve para mirarse en el espejo del fondo.

—¿Crees que estoy exagerando? —pregunto.

Una parte de mí comienza a pensar que me estoy dejando llevar por el dramatismo.

—Creo que aún tienes que creértelo.

—¿El qué?

No tengo la más remota idea de a qué se refiere.

—Que Ryan y tú estáis juntos. Todavía estás en ese momento en el que no te puedes creer todo lo que está sucediendo, y debes hacerlo.

Lauren me toma por los hombros y me obliga a girarme hasta que quedamos frente a frente.

—Repíteme conmigo —me pide— : soy Maddie.

Voy a sonreír, pero Lauren entorna los ojos haciéndome ver lo en serio que habla y yo hago todo lo posible por disimular mi sonrisa.

—Soy Maddie —repito.

—La flamante novia del sexi, guapísimo, dios del sexo, multimillonario Ryan Riley.

—La flamante novia del sexi, guapísimo, dios del sexo, multimillonario Ryan Riley.

Para cuando termino la frase no puedo, por mucho que lo intento, dejar de sonreír, casi reír.

Las puertas del ascensor se abren en ese momento y, al margen de un par de redactores que se nos quedan mirando extrañados porque Lauren aún tiene las manos sobre mis hombros, salgo de él y cruzo la redacción con las energías renovadas.

—Ve en busca de ese polvo, Parker —me arenga Lauren en un susurro cuando nos despedimos.

Yo le respondo con una sonrisa justo antes de tomar el pasillo hacia el despacho de Ryan.

—Hola, señora Simons —la saludo colocándome frente a ella.

—Hola, Maddie. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Podría hablar con el señor Riley?

—Me temo que el señor Riley sigue reunido.

¿Qué? ¿Todavía?

—¿La misma reunión de esta mañana?

—Eso es.

Toda mi energía renovada acaba de esfumarse. Creo que necesito a Lauren para que me dé otro de esos discursos motivacionales.

Le doy las gracias a Tess y salgo del despacho. ¿Cuántas horas llevan ahí?

Vuelvo a la oficina y me dejo caer sobre mi silla. Estoy de un humor de perros y lo peor es que ni siquiera creo tener motivos. Al fin y al cabo, sólo es una reunión de trabajo.

Suspiro absolutamente exasperada y activo el ordenador de mala gana moviendo el ratón. Me obligo a centrarme en el trabajo. Apelo a mi mantra de la profesionalidad y comienzo a gestionar todos los asuntos que va encargándome Bentley.

Cuando termino de recopilar toda la información que Bentley necesita para sus dos reuniones de mañana, salgo a la redacción en busca de Martínez. Había olvidado que tenemos que repasar los gastos que cargó a la empresa durante su viaje a Los Ángeles.

Me permito fijarme en el hecho de que falta menos de una hora para que den las cinco y aún siguen reunidos. Lo pienso una sola vez, después toda mi atención es para el redactor, que, aparte de explicarme todas las facturas, me cuenta lo bien que lo pasó y que incluso conoció a una chica paseando por Sunset Boulevard.

Vuelvo a mi mesa pasadas las cinco. Archivos los últimos documentos que quedan sobre ella y le mando un correo electrónico a Silvie, de Producción, con los datos de Martínez.

Mañana, a pesar de ser sábado, tengo que venir a trabajar, así que soy plenamente consciente de que debería irme ya a casa y despejarme un poco. Pero, sobre todo, sé que debería irme porque, cada segundo que sigo aquí con el señor Riley y la señorita Borow reunidos, me entran ganas de lanzar cosas contra la pared.

Ya no es el hecho de que lleve encerrado en su despacho con ella desde primera hora de la mañana, es que no se ha acordado de mí en todo el día. No quería un polvo y una sesión de risas y confesiones, pero por lo menos podría haberme mandado un mensaje o hacerme una llamada rápida. Maldita sea, ni siquiera se ha molestado en pedirme que lo espere o en averiguar si me he marchado ya a casa.

Estoy furiosa.

Bentley se marcha. Me avisa de que mañana puedo venir a eso de las diez, pero que probablemente tengamos que quedarnos gran parte de la tarde. Justo lo que necesitaba oír ahora mismo, que pasaré el sábado en la oficina. Aun así, le dedico mi mejor sonrisa porque le adoro y le advierto de que no prometo nada sobre mi puntualidad, más aún cuanto todo parece indicar que acabaré la noche emborrachándome con los Hannigan y contándoles mis penas. Lógicamente estas intenciones me las guardo para mí.

A las ocho menos tres minutos ya no aguanto más. Tomo una carpeta cualquiera de la estantería y, más enfadada de lo que recuerdo haber estado nunca, voy hasta el despacho de Ryan.

Tess no está, así que no tengo que inventarme ninguna excusa. Llamo a la puerta y espero impaciente, notando cómo mi monumental enfado va calando cada centímetro de mi piel.

—Adelante —le oigo decir al otro lado.

Tomo aire y abro la puerta. Entro como una exhalación y camino hasta la mesa. Aunque ni siquiera quiero mirarlos, me hago perfectamente consciente de la situación: él, sentado en su sillón

de ejecutivo, ella, al otro lado de la mesa, sonriente y solícita como todas las mujeres cada vez que están en la órbita de Ryan.

—Señor Riley, sólo venía a dejarle estos documentos.

Lo noto sorprendido, incluso algo confuso. Creo que esas sensaciones se acentúan cuando no dejo que su mirada atrape la mía. Algo brusca, aunque no lo suficiente para levantar sospechas en la señorita Borow, dejo la carpeta sobre la mesa de Ryan, giro sobre mis talones y me marchó tan rápido como entré.

Con la puerta cerrada a mi espalda, me detengo un segundo. ¿Para qué demonios he entrado? ¿Qué esperaba que estuvieran haciendo? Ahora estoy todavía más enfadada. Necesito irme de aquí y sumergirme en una piscina de Martini Royale.

Oigo la voz de Ryan al otro lado de la puerta. Viene hacia aquí. ¿Pues, sabe qué, señor Riley? Ahora soy yo la que está muy ocupada. Soy consciente de lo infantil de mi comportamiento, pero no puedo evitarlo.

Salgo a la redacción desierta pero, antes de poder cruzarla, oigo la voz de Ryan:

—Maddie.

Lo ignoro. Exactamente como él ha hecho conmigo durante todo el día.

—Maddie, espera.

Noto su mano en mi muñeca y suspiro exasperada renegando de mi cuerpo traidor que ya ha despertado clamando por él.

Me obliga a girarme y, aunque lo hago, rápidamente me zafo de su mano. Le miro directamente a los ojos y me dejo envolver por ese azul que de cerca parece aún más sorprendido y confuso.

—¿Qué pasa?

¿Cómo que qué pasa? No me puedo creer que no se haya dado cuenta.

Suspiro otra vez, sólo que más brusca y rápidamente. Si ni siquiera se ha dado cuenta, no pienso molestarle en explicárselo.

—Nada, no pasa nada. —Mi tono y mis palabras no casan en absoluto—. Me voy a casa.

Comienzo a caminar, pero él me toma otra vez por la muñeca; yo me giro de nuevo y de nuevo también me libero de su mano.

—¿Me esperarás en Chelsea? —pregunta.

—No lo creo. No quiero interrumpir tus planes.

Sé que sueno horriblemente impertinente pero no me arrepiento en absoluto.

—¿Mis planes? Pero ¿de qué estás hablando?

Sigue confundido, pero, por la manera en la que su voz se está endureciendo, sé que está empezando a enfadarse.

—No lo sé, de qué a lo mejor quieres continuar con tu reunión.

Ahora mismo sólo quiero gritar.

Ando hasta mi oficina sin escuchar su respuesta y, furiosa, empiezo a despejar mi mesa. Unos

segundos después está tras de mí.

—¿Todo esto es por Marisa? —pregunta a mi espalda y en su tono hay algo de condescendencia, como si estuviera hablando con una niña.

—No, no lo digas así, como si de repente fuera una novia celosa.

—Yo no he dicho que fuera así.

Cojo mi bolso del perchero y voy hacia la puerta, pero Ryan, de pie justo en el umbral, me impide el paso.

—Quiero irme a casa.

—De eso nada —me espeta—. Entrás en mi despacho revolucionada, me dices todo esto y ahora piensas marcharte sin darme una explicación. Las cosas no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan, Ryan? ¿Tú puedes pasarte todo el día encerrado en tu despacho con una rubia monumental y pasar de mí y yo tengo que quedarme a verlo?

—Por Dios.

Se frota los ojos con las palmas de ambas manos.

—Maddie, es trabajo. ¿Puedes entender eso?

—Claro que puedo —protesto. No soy ninguna estúpida.

—Pues no se nota. Ahora mismo tengo algo demasiado complicado entre manos.

—¿El qué?

—Maddie —me reprocha.

—¿Crees que soy idiota? Sé que hay algo que te preocupa. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Porque no serviría de nada.

—Tienes razón, es mucho mejor pasarte todo el día con esa mujer.

Ahora mismo estoy muy cansada y lo único que quiero es irme a casa, así que vuelvo a intentar salir, pero Ryan no se mueve un ápice.

—¿Crees que los días así son una diversión para mí?

—Dejémoslo en que no te aburres.

Al escuchar mis palabras, la mirada de Ryan se endurece.

—Dime, Ryan, ¿no te habías aburrido con ella antes?

Suspira bruscamente y cabecea un par de veces antes de clavar sus ojos azules en los míos.

—Setecientas personas van a quedarse en la calle porque yo no soy capaz de encontrar una puta solución y tú me estás montando una rabieta porque no he tenido tiempo de mandarte un mensaje. Lo cierto es que no sé de qué me sorprende, eres una cría de veinticuatro años, joder.

Está muy enfadado. Lo sé por su voz, que ha sonado suave, demasiado suave, personificando la calma que precede a la tormenta.

Yo, por mi parte, no sé cómo reaccionar. Durante unos segundos el silencio se hace paso entre nosotros. Me siento frívola y ridícula, pero lo cierto es que sigo enfadada. Yo no sabía nada de esa

pobre gente. Él no me lo había contado y, ahora que por fin lo hace, lo usa para colocarme en esta posición. Parezco una malcriada y una novia celosa y es injusto porque yo no soy así.

—¿Puedo marcharme ya? —digo a la vez que me agarro con fuerza a la correa de mi bolso y la retuerzo.

Ryan me observa durante un segundo más y, finalmente, se aparta y me deja el camino libre.

—Claro que puedes —susurra con la voz aún tan suave que sólo con oírla se me hiela la piel.

Salgo del despacho y voy hasta el ascensor. Afortunadamente está en planta, así que no tengo que esperar cuando pulso el botón.

Me despido de Ben y salgo al abrasador calor de Nueva York, más concretamente a sus treinta y tres grados, y eso que son más de las ocho.

Suspiro una vez más. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Comienzo a caminar en dirección a la parada de metro mientras intento poner un poco de orden en mis pensamientos.

—Señorita Parker —oigo que me llaman desde el final de la calle.

Me giro y veo a Finn caminando, casi corriendo, hacia mí.

—El señor Riley me envía para llevarla a Chelsea.

¿Qué? Esto es el colmo. ¿Es que este hombre no escucha?

—Muchas gracias, Finn, pero dígame al señor Riley que me marchó a mi apartamento.

Finn me mira contrariado. Imagino que no esperaba esa respuesta, pero lo último que quiero es subirme por las paredes en Chelsea, en la casa de Ryan; prefiero hacerlo en la intimidad de mi piso.

—Buenas noches —me despido antes de que intente convencerme de alguna manera.

—Buenas noches —le oigo responder a mi espalda.

En el metro tengo mucho tiempo para pensar, pero no saco nada en claro. Si hago memoria, me doy cuenta de que es nuestra primera pelea desde que nos marchamos a Santa Helena. Comienzan a mezclarse muchos sentimientos, pero una pregunta se hace más fuerte que las demás: ¿por qué le cuesta tanto confiar en mí y hablar conmigo?

Cuando estoy a unos pasos de mi apartamento, veo el imponente Audi A8 aparcado frente a mi puerta y a Finn junto a él. Suspiro con fuerza por enésima vez en lo que va de día y, con el paso ralentizado y cansado, como si pretendiese evitar lo inevitable, me acerco hasta él.

—Hola otra vez, Finn. —El cansancio y también algo de ironía se reflejan en mi voz.

—Buenas noches. El señor Riley me envía por si quiere ir a Chelsea —responde cruzando las manos en una actitud que recuerda al «descansen» militar.

—Puedes marcharte a casa. No pienso ir a Chelsea.

—En tal caso, esperaré.

Lo miro directamente a los ojos. Esa frase claramente es del arrogante Ryan, el de no te daré otra opción. Finn sonrío confirmándome en silencio todo lo que acabo de pensar. Yo le devuelvo la sonrisa, pero la mía es fingida y de puro trámite, mientras subo los escalones hacia mi portal. Sigo enfadadísima y no pienso moverme de aquí.

Ya en mi piso me pongo más cómoda: unos pantalones cortos verde hierba y una camiseta de tirantes blanca con lunares de colores. Me recojo el pelo en una cola de caballo y busco mis chanclas por todo el piso hasta que las encuentro bajo el sofá.

Cruzo el rellano y voy a casa de los Hannigan. Tengo que llamar insistentemente. Nunca me había pasado antes y por un momento temo que sólo estén Álex y Charlie y les haya pillado in fraganti. Cuando estoy a punto de desistir, James me abre la puerta totalmente empapado con una toalla a la cintura y otra en la mano secándose el pelo.

—Hannigan, por favor, ponte algo decente —me quejo e inmediatamente me agacho para coger a *Lucky*, que ha correteado hasta la puerta.

Soy consciente de que cualquier otra chica mataría por cinco segundos de semejante visión, pero, para mí, James es James, no cuenta.

Entramos y, sin dudarlo, me dejo caer en el sofá color chocolate de mis amigos.

—¿Una cerveza? —pregunta observándome y dando por hecho que la necesito.

—Por favor.

Oigo el tintineo de las botellas en el frigorífico al abrirse. Juego con *Lucky*, que en estos días ha crecido muchísimo; le hago rabiarse pasando mis manos una y otra vez por delante de su hocico. Él me ruge y hace ademán de mordirme. Supongo que intenta intimidarme, pero sigue siendo una bola de pelo adorable y sólo tengo ganas de achucharlo.

James me pasa una cerveza. Chocamos los botellines en un rápido brindis y ambos damos un largo y refrescante trago.

Deja su cerveza en la encimera y va a su habitación. A los pocos segundos regresa con unos pantalones cortos y la parte de arriba de un viejo uniforme de los Yankees.

—¿Estás bien? —pregunta sentándose en el sillón y colocando los pies sobre la mesita de centro.

Yo asiento como respuesta.

—¿Cómo es que no estás con el gran Gatsby?

—Te echaba de menos.

—Por favor, eso no te lo has creído ni tú —responde divertido y ambos nos echamos a reír.

—Está trabajando y hemos discutido —comento cuando nuestras carcajadas se relajan.

—¿Culpa tuya, culpa suya?

—Suya —contesto ofendidísima.

—Maddie —me reprocha.

Me doy cuenta de que lo hace exactamente de la misma manera en que lo hace Ryan. Dos de los hombres más importantes de mi vida me regañan de la misma forma. Qué deprimente.

—Se ha pasado todo el día en una reunión con una rubia de infarto. Ha pasado de mí completamente y eso que mi oficina está a veinte pasos de la suya.

—¿Y habéis hablado?

Frunzo los labios pensativa. ¿Lo que hemos hecho es hablar? Yo diría que no le he dado oportunidad.

—Creo que me he comportado como una novia celosa —admito al fin, dejándome caer sobre el sofá—, pero él tampoco me pone las cosas fáciles —sentencio a modo de defensa incorporándome rápidamente.

—Ah, relaciones —se lamenta—, cómo las echo de menos.

Su comentario me hace sonreír. Me levanto y deambulo por el salón hasta que recuerdo que dejé a Finn abajo. Quiero comprobar si sigue ahí. Me asomo a la ventana y lo constato. El A8 y el hombre para todo de Ryan continúan abajo. Pienso en llamarlo para asegurarle que no voy a moverme de aquí y liberar al pobre Finn, pero me niego en rotundo a claudicar y dar el primer paso. Me temo que tendré que considerar al profesional y amable Finn una nueva víctima colateral.

—¿Qué miras? —pregunta James.

—Ryan me ha enviado a su chófer y le ha dicho que no se mueva por si cambio de opinión y quiero ir a Chelsea, a su casa.

—Qué romántico —se burla.

—Cállate, Hannigan.

Ambos sonreímos.

Se levanta y va hasta la cocina. Todo parece indicar que va a hacer algo de cena y lo agradezco. Me muero de hambre, pero no tengo ganas de cocinar.

—Parece que Riley está coladito por ti.

—Yo no diría tanto —respondo justo antes de llevarme de nuevo el botellín a los labios y sentarme, esta vez en el sillón para estar más cerca de la cocina.

—Pues debes ser la única que no lo ve.

Reflexionando sobre las palabras de James, me quedo unos minutos en silencio. Quizá no debería darle tanta importancia al hecho de que no quiera hablar. Quizá debería concentrarme sólo en lo bueno. Demonios, no lo sé, y lo peor es que comienzo a estar hecha un auténtico lío.

Cenamos y vemos un poco la tele, nada en especial. Voy a marcharme de vuelta a mi apartamento para acostarme cuando recuerdo al pobre Finn ahí abajo, así que sirvo un plato de pollo con champiñones, cojo una botella de agua con gas del frigorífico de James y bajo al portal.

En la calle el calor no da tregua. Puede notarse incluso antes de poner un pie fuera. Cuando empujo la pesada puerta de madera labrada, *Lucky* sale corriendo, pero se detiene en el primer escalón. James debe haberle enseñado.

Finn, que está apoyado levemente en el coche, se incorpora rápidamente al verme y cuadra los hombros.

—Buenas noches, Maddie.

—Buenas noches.

Bajo los escalones con cuidado de no tropezar con el perro.

—Es tarde y pensé que tendrías hambre —le digo ofreciéndole el plato de pollo y la botella de

agua.

—Gracias.

Acepta el plato, pero creo que lo hace por compromiso. Me da la sensación de que, cuando está de servicio, no hace paradas logísticas para comer.

La verdad es que me siento muy mal por Finn ahora mismo. Por mi culpa lleva horas de pie, sin cenar y muriéndose de calor en una calle cualquiera del Village.

—Buenas noches, Finn —me despido regresando a las escaleras.

—Buenas noches.

Si no fuera increíblemente amable, creo que me sentiría menos mal.

—Siento que tengas que quedarte en mi puerta —le digo girándome justo antes de subir el último escalón.

—No se preocupe —me responde con una sonrisa—. Es mi trabajo. —Profesional hasta el final.

Regreso a mi apartamento y voy hasta el dormitorio. Enciendo el viejo aire acondicionado y me tumbo en la cama con *Lucky*. La verdad es que ha sido un día horrible y lo peor de todo es que no voy a dormir con Ryan. Sí, al final, da igual lo enfadadísima que esté, lo que peor me hace sentir es eso.

Me levanto a beber un poco de agua y vuelvo a asomarme a la ventana. Me sorprende ver que Finn ya no está. Echo un rápido vistazo al reloj y súbitamente lo comprendo. Son casi las once de la noche. Ryan se habrá dado por vencido y le habrá ordenado volver. Definitivamente esta noche no lo veré.

«¿Y la culpa de quién es, Parker?»

Frunzo el ceño aún más malhumorada y vuelvo a la cama.

Aún no he podido conciliar el sueño cuando llaman a la puerta. Seguro que es Álex que acaba de volver y quiere saber todos los detalles de la historia del chófer. Miro el reloj. No ha pasado ni media hora desde la última vez que me levante.

Abro la puerta sin mirar por la mirilla ni preguntar, convencida de que es Álex. Sin embargo, en los dos segundos que tardo en averiguar quién es, una reflexión relámpago pasa por mi cabeza: debería tener más cuidado, al fin y al cabo esto es Nueva York.

Al alzar la vista no puedo evitar que una fugaz sonrisa atraviere mi rostro. Es Ryan.

—Hola —me saluda.

Tiene una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra en su cadera. Se le ve más que cansado, agotado. Aun así, está guapísimo.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

Asiento y abro la puerta del todo, moviéndome con ella para que pueda entrar.

—Creí que estarías en Chelsea.

—¿Debería? —pregunta con la voz endurecida.

Niego con la cabeza.

—No —musito—. Me gusta que estés aquí.

Ryan suspira bruscamente.

—Maddie, ¿qué demonios ha ocurrido antes?

—Que has pasado de mí.

—Yo no he pasado de ti y esto está empezando a ser ridículo. Estaba trabajando y no pienso disculparme por hacerlo.

Su voz tan calmada como dura y su metálica mirada consiguen volver a intimidarme. Está enfadado, muy enfadado, y vuelvo a preguntarme si no estaré exagerando con todo esto. Pero no pienso amedrentarme, ahora no.

—Pues yo tampoco pienso disculparme por querer pasar tiempo contigo, aunque claramente tú no quieras lo mismo.

Decidido, camina hasta mí y me acorrala contra la pared con sus brazos a ambos lados de mi cabeza.

—Te encerraría en mi habitación y no te dejaría salir en meses. Podría alimentarme sólo de lo jodidamente bien que me siento estando dentro de ti. No lo dudes nunca.

Sus palabras y su mirada llenas de un deseo apenas contenido me han hipnotizado. Todo mi enfado, el hecho de que nos hayamos pasado todo el día sin vernos, incluso nuestra pelea, se diluyen en las ganas que tengo de que me bese ahora mismo.

—Tienes que hablar conmigo —susurro con la vista bailando de sus ojos a sus labios.

No sé si el mejor momento para sacar este tema, probablemente no, pero necesito que sea más comunicativo.

Él se inclina aún más sobre mí.

—No se me da muy bien hablar.

—Pues tendrás que hacerlo. Necesito saber cómo te sientes. No puedes sólo tocarme y besarme hasta que me olvide de todo.

Tengo la boca seca y me falta el aire. Él se inclina un poco más y dudo mucho de que mis piernas vayan a sostenerme. ¿Cómo es posible que su proximidad me afecte tanto?

—¿No quieres que te toque y que te bese? —Su media sonrisa arrogante y sexy brilla en sus labios.

¡Sucio bastardo! Sabe perfectamente cuál es la respuesta a esa pregunta.

—Claro que quiero, Ryan —suplico con la cabeza hecha un verdadero lío, resistiéndome a las ganas que tengo de besarlo.

—¿Entonces? —me apremia.

Se inclina todavía más. Puedo notar su cálido aliento sobre mis labios. No aguanto más. Alzo la cabeza e intento besarlo, pero él se aparta.

—¿Entonces? —repite.

Lo miro confusa y al instante comprendo lo que sus ojos azules me piden. Quiere que me rinda, que le prometa que dejaré de intentarlo. Pero no sé si puedo.

—Es como si me estuvieses pidiendo que no me preocupara por ti.

—No necesito que me cuiden, Maddie.

—Pero quiero hacerlo, Ryan, quiero hacerlo y no entiendo por qué tú no me dejas.

Deseo decirle que necesito cuidarlo porque le quiero, probablemente sea el mejor momento para lanzar esta especie de bomba de relojería, pero Ryan sella mis labios con los suyos y me besa apremiante.

—Sólo puedo ofrecerte esto —susurra contra ellos.

Otra vez esa maldita frase, la misma que dijo en la ducha, pero mi piel arde y tengo más claro que nunca que, más que cualquier otra cosa, lo necesito a él, de la forma que sea.

—Acepto.

Ryan gruñe desde el fondo de la garganta, me rodea con sus brazos y me estrecha contra su cuerpo.

—Prométeme que no te enamorarás de mí.

—Te lo prometo.

Y miento porque lo cierto es que ya lo estoy, inconmensurablemente enamorada de él.

Sus besos se hacen todavía más pasionales, como si algo dentro de él se sintiese increíblemente aliviado con mi respuesta. Me levanta sin esfuerzo y yo rodeo su cintura con mis piernas. Nos une y tira de nosotros un deseo ensordecedor.

Me lleva hasta el dormitorio y cierra la puerta de una patada. Tiro apremiante de las solapas de su chaqueta y la deslizo por sus hombros hasta dejarla caer al suelo. Sigue con su boca pegada a la mía. Me muerde el labio inferior y después me besa con veneración.

Estoy totalmente entregada.

Me deja caer en la cama y continúa besándome mientras sus manos se pasean por todo mi cuerpo. Primero mis pechos, después mis costados, mi vientre.

Suspiro extasiada.

Sus labios bajan por mi cuello. Siento su boca, sus manos contra mi piel, y no podría pedir nada más.

Cuando creo que va a continuar bajando, se incorpora y toma mi camiseta por el bajo. La sube por mi piel, despertándola a su paso, pero al llegar a mi cabeza la enrolla con fuerza y la deja sobre mis ojos, tapándolos por completo.

Quiero decir algo, pero Ryan me da un dulce beso en los labios para acallar mi protesta.

—¿Confías en mí?

Repito la misma pregunta que me hizo cuando me ató en esta misma cama. Lo hace porque sabe que hemos subido un escalón. Yo asiento sin dudar, porque, aunque esté nerviosa, también estoy ansiosa por saber lo que vendrá después.

—Sí.

Lo noto sonreír contra mis labios por lo rápido de mi respuesta. Justo entonces comienza un reguero de besos por todo mi cuerpo que acaba con su lengua en mi ombligo.

Mis suspiros se hacen más fuertes.

De nuevo, cuando creo que continuará su camino hacia abajo, se detiene. Noto cómo el peso de su cuerpo desaparece de la cama. ¿Dónde ha ido? Le oigo caminar por la habitación y tengo la tentación de quitarme la camiseta.

—No lo hagas —me reprende divertido— o el juego se acabará —me advierte.

Una parte de mí niega rápidamente. No quiero que este juego se acabe por nada del mundo.

Ryan se coloca a horcajadas sobre mí. Oigo un chasquido de plástico. Todo mi cuerpo se arquea cuando noto un líquido frío deslizándose por mi vientre.

Suspiro desconcertada.

Ryan vuelve a sonreír a la vez que coloca sus manos sobre mi piel y lentamente va esparciendo el líquido. Un exquisito olor a vainilla va desperezándose por toda la habitación a la vez que sus manos lo hacen por mi vientre. Entonces caigo en la cuenta, es mi aceite para después del baño.

Sus dedos se mueven lentos pero intensos. Dibuja formas concéntricas con el índice y el pulgar que después borra con la palma de su mano. Poco a poco va haciendo que todas mis terminaciones nerviosas se rindan a él.

Es delicioso.

Sus manos se despegan de mi piel y otra vez no sé qué ocurrirá, qué hará. Esa sensación me hace más consciente de todo. Por eso, cuando coloca las palmas de sus manos sobre mis pezones ya endurecidos, no puedo evitar que un largo gemido escape de mis labios. Comienza a masajearlos cada vez con más fuerza.

Mi respiración ya suena entrecortada.

—Tienes unos pechos perfectos —susurra ronco, salvaje, y sus palabras me derriten por dentro.

Lleva su boca al encuentro de sus manos y la tortura se multiplica por mil. Retuerce mis pezones entre sus dedos y tira de ellos para, a continuación, lamerlos, morderlos. Dolor y placer entremezclados que provocan un eco ensordecedor en el centro de mi sexo.

Me revuelvo contra él e intento mover las caderas buscando algo de alivio, pero Ryan me mantiene inmovilizada sin ningún esfuerzo.

—¿Qué quieres, Maddie? —pregunta en un seductor susurro junto a mi oído.

—A ti —jadeo.

—Me temo que vas a tener que esperar un poco más para eso.

Se desliza por mi cuerpo hasta que de nuevo vuelvo a notarlo lejos de mí, pero son sólo unos segundos. Toma mi tobillo y lo levanta hasta colocarlo en el borde de la cama, obligándome a flexionar la rodilla. Hace lo mismo con el otro.

—Separa las piernas —me ordena.

Lo hago y noto cómo se coloca entre ellas. Esta vez son primero sus besos y después sus manos húmedas por el sensual aceite los que se pasean por mis muslos desde el tobillo hasta la cadera.

Gimo.

Siento calor.

Clava ligeramente sus uñas en mi pie y yo vuelvo a retorcerme y gemir aún más alto.

—Ryan —suplico.

Creo que incluso gimoteo un poco, pero quiero sentirlo dentro de mí, quiero que colme todo el deseo y la provocación que está creando en mi cuerpo y que nubla mi mente hasta el punto de que todo me dé vueltas.

De nuevo lo que obtengo por respuesta en su sonrisa, sugerente y sexy a partes iguales.

Pasa sus dedos índice y anular por debajo de la cintura de mis bragas a la altura de la cadera. El suave algodón se estira contra sus dedos y éstos, a su vez, chocan contra mi piel. Tira de ellas, dejando que el tejido y sus manos acaricien mi piel a su paso.

Jadeo, gimo y el calor avanza.

Toda esta estimulación sobre mi cuerpo es enloquecedora.

Totalmente desnuda y aún con los ojos tapados, me siento todavía más expuesta a él, pero, al mismo tiempo, el sentimiento de que soy suya y lo único que quiero hacer es entregarme a él crece hasta transformar cada respiración en oleadas de puro placer.

—Abre la boca —me pide.

Con cuidado me coloca sobre los labios algo metálico con el extremo ovalado. Inmediatamente comprendo lo que quiere y comienzo a chuparlo. Estoy tan excitada que casi sin darme cuenta empiezo a hacerlo con fuerza.

—Parece que estás ansiosa —comenta socarrón retirándolo de mi boca.

—No sabes cuánto.

Vuelvo a notarlo sonreír mientras se inclina sobre mí. Siento su cálido aliento sobre mi vientre, mis caderas, y entonces, sin darme oportunidad a reaccionar, introduce el pequeño aparato metálico en mi interior.

Grito.

Ryan no lo retira.

Ya no soy más que jadeos, gemidos acelerados.

Noto un leve clic y el aparato comienza a vibrar dentro de mí.

Grito de nuevo.

Intento revolverme sobre la cama, pero Ryan me lo impide sujetándome por las caderas. Se inclina otra vez y acaricia mi clítoris con su lengua.

Vuelvo a gritar y alzo mi pelvis apretando mi sexo contra su boca.

Todo es tan intenso, tan perturbador.

Su lengua y sus labios me besan y chupan mezclando las sacudidas de placer con las vibraciones una y otra vez.

Tengo calor, mucho calor.

Tiemblo.

Todo mi cuerpo se tensa y se desata en un maravilloso orgasmo en torno a sus labios tirando suavemente de mi clítoris y haciéndome pronunciar su nombre en un suave grito con el que parece subir hasta un cielo de placer y después deslizarme poco a poco hasta volver a esta cama.

Sin embargo, el dios del sexo que es Ryan Riley aún no ha acabado conmigo. Saca el vibrador de mi interior y rápidamente mete su enorme y duro miembro. Sólo he necesitado percibir que esto aún no había terminado para estar lista de nuevo.

Por eso todo esto es todavía más enloquecedor, porque nuestros cuerpos están perfectamente sincronizados.

Con la segunda embestida me quita la camiseta de un tirón. La luz me hace parpadear un par de veces, pero en realidad no tardo en volver a cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás mientras Ryan entra y sale de mí con una fuerza cegadora, llena de placer.

Se mueve rápido y me encanta. Pierdo mis manos en su pecho y rodeo su cintura con mis piernas haciéndolo entrar aun más profundo. Le oigo gruñir mi nombre y eso incrementa aún más todo lo que ya siento.

Me besa.

Gimo, jadeo.

Posa su frente en la mía y nuestros cálidos alientos se entremezclan.

Otra vez siento calor, mucho calor.

Otra vez tiemblo.

Ryan me embate salvaje. Lleva una de sus manos a mi mandíbula y me la sujeta con fuerza para, a continuación, besarme lleno de pasión, desbocado mientras el peso de su cuerpo envuelve el mío.

Me llena profundo, brusco, una y otra vez, sin descanso.

Dios, es maravilloso.

Mi cuerpo se tensa de nuevo.

—Ryan —gimo desesperada.

Voy a explotar en un millón de pedazos.

—Dámelo —masculla.

Y lo hago. Grito contra sus labios absolutamente soliviantada, perdida en un placer sin medida que me recorre el cuerpo como si fuera el más intenso de los fuegos. Mi placer parece ser el pistoletazo de salida del suyo y ambos nos encontramos en un increíble y desgarrador orgasmo mientras Ryan sigue moviéndose, cada vez más lento, hasta que los dos nos sumimos en la más deliciosa dicha poscoital.

Sin previo aviso, Ryan tira de mí y nos deja caer al suelo.

—Calor —se queja mientras se sienta contra la cama y me acomoda en su regazo.

No lo culpo. El viejo aparato de aire acondicionado de mi habitación desistirá en su lucha contra el calor en cualquier momento. Nada que ver con la temperatura ideal de su casa.

Quiero disfrutar un poco más de la felicidad de estar con él, de que me haya hecho suya otra vez, pero mi mente es una maraña de emociones y preguntas sin respuesta. Otra vez ha vuelto a decirme que sólo puede ofrecerme *esto*, pero no me ha explicado qué encierra para él esa simple palabra. ¿Qué tenemos? ¿Qué somos? ¿Cuánto va a durar? Me aterra que él ya le haya puesto una fecha de caducidad a nuestra relación. Yo no estoy preparada para que se acabe. Creo que nunca lo estaré.

Todo esto sería mucho más sencillo si quisiese hablar. ¿Por qué tiene que ser un hombre tan complicado? Suspiro mentalmente. «No necesito que me cuiden.» Lo ha dejado bien claro. No quiere que cuide de él, pero, en cambio, él sí lo hizo conmigo, las facturas, el trabajo, me llevo a Carolina del Sur.

—Pero tú sí cuidas de mí —me quejo en voz alta, arrodillándome frente a él.

Ryan me mira durante un segundo. Finalmente me toma de las caderas y me coloca a horcajadas sobre él. Sin ropa, su olor está más latente y se mezcla con el de la vainilla que aún sobrevive en el ambiente.

—Eso es diferente —dice sin más—. Tengo que cuidarte. Y no lo hago por ti, lo hago por mí. Ya te lo dije una vez, soy un hombre muy egoísta.

¿Qué? Estoy totalmente perdida.

—No te entiendo —reconozco.

—Vamos a dormir, necesitas descansar.

Me da una suave palmada en el trasero y nos levanta sin el más mínimo esfuerzo. Nos tumbamos en la cama y nos acomodamos. Estrecha mi espalda contra su pecho y me acaricia la nuca con la nariz.

Hace calor.

Su frase revolotea por mi cabeza mientras intento conciliar el sueño. Necesita cuidar de mí pero en realidad lo hace por él. Eso no tiene ningún sentido.

Me despierta el monótono zumbido del viejo aparato de aire acondicionado. Ryan duerme profundamente a mi lado. Está bocabajo con una mano bajo la almohada y la otra sobre mi cintura, como si quisiera asegurarse de que no iré a ninguna parte.

Me giro con cuidado y lo observo. Podría pasarme horas así, pero el despertador tiene otros planes para mí y suena estridente llenando toda la estancia. Sólo que no es mi despertador, es el móvil de Ryan en algún punto del suelo de la habitación.

Antes de que pueda reaccionar, se levanta de un salto, coge los pantalones y saca su iPhone del bolsillo.

—Riley —carraspea para aclararse la voz—. El veintiún por ciento. No acepto menos. Han sido unos auténticos cabrones y van a pagar por ello.

Ha pasado de dormir plácidamente a plena actividad laboral en un abrir y cerrar de ojos. Es extraordinaria la capacidad que tiene para tomar el control de cualquier situación.

—No, aún no, pero llama a Mackenzie, y dile que tenga preparada toda la documentación... Quiero que lo tengas todo listo, porque no pienso rendirme con esto... Nos vemos en la oficina en un par de horas.

¿En un par de horas? Pero si aún no ha amanecido y es sábado. ¿Este hombre no descansa nunca?

Cuelga, teclea algo en la pantalla del teléfono y lo tira sobre la cama.

—Buenos días —me saluda socarrón.

—Buenos días —respondo contemplándolo descaradamente. Al fin y al cabo, está desnudo y pienso disfrutarlo.

—A la ducha —dice sin más y yo, encantada, lo sigo.

Nos damos una ducha en el más amplio sentido de la palabra. Orgasmo frenético contra los azulejos incluido.

Cuando salimos, me sorprende ver cómo, sin decir palabra, Ryan cruza mi apartamento, va hasta la puerta principal, la abre, recoge una bolsa de papel y un guardatraje que estaban colgados del pomo de la puerta, y regresa a la habitación.

—¿Qué es? —pregunto curiosa y sorprendida al mismo tiempo.

—Finn —responde sin darle mayor importancia.

Abre el guardatraje y saca uno de corte italiano negro, una camisa de rayas grises, azules y negras y una corbata negra. De la bolsa obtiene una caja de cartón con unos zapatos negros perfectamente brillantados y un pequeño estuche con un pisacorbatas plateado y unos gemelos a juego.

Comienza a vestirse y yo no puedo dejar de observarlo sorprendida. ¿Cuándo ha hablado con Finn?

—Vístete —me apremia— y llévame a algún sitio a desayunar. Me muero de hambre —concluye divertido.

Termina de ajustarse los puños de la camisa y sale de la habitación. Hasta que no se marcha no soy capaz de reaccionar. Ese halo de pura atracción que siempre lo rodea hoy brilla con más fuerza que nunca.

Decido ponerme mi falda de la suerte. Hace semanas que no la llevo y no nos vendrá mal contar con el azar de nuestra parte. Elijo una nadadora azul y, para completar, mis sandalias de cuero y un fular en tonos azules que me pongo holgado al cuello para que no me dé demasiado calor. Soy plenamente consciente de que podría, simplemente, no ponérmelo, pero no puedo resistirme a lo bien que queda el conjunto.

Me cepillo los dientes, me maquillo muy suave y me hago una cola de caballo.

Camino del salón, la decena de pequeñas pulseras *hippies* que me he puesto tintinean sin parar.

Ryan está sentado en el sofá jugando con *Lucky*. Parece tan despreocupado, tan jovial. No tiene nada que ver con el director ejecutivo con el que discutí en la oficina. Me pregunto si ése es el motivo por el que no quiere hablar de trabajo, para que no invada esta parte de su vida, para poder poner un punto y aparte.

—Estás preciosa, nena —dice reparando en mí.

—Tú tampoco estás mal.

Se levanta, se acerca hasta mí y coloca sus manos en mis caderas.

—Como siempre, es el traje.

—¿Tu taller ilegal?

—Por supuesto —contesta con una sonrisa que me contagia—. Ahora más vale que salgamos de aquí, porque esa falda es demasiado sugerente y se me están ocurriendo muchas cosas que hacer contigo.

Intento sonreír, pero su frase me ha excitado tanto que involuntariamente un jadeo se escapa de mis labios. Ryan me sonrío de esa forma tan dura y a la vez tan sexi. Sabe perfectamente lo que ha provocado en mí y está más que orgulloso. Finalmente tira de mi mano y salimos del apartamento.

Caminamos dos manzanas hasta el Saturday Sally. Siendo sábado y a esta hora de la mañana, estará de bote en bote. Sin embargo, cuando entramos, está inexplicablemente vacío.

—Todo el mundo estará en el estadio —contesta Ryan antes de que llegue a formular la pregunta en voz alta—. Los Giants están jugando un partido benéfico con los Jets.

O, lo que es lo mismo, el partido por excelencia en la ciudad de New York. El estadio debe estar abarrotado.

Cruzamos el local hasta una de las mesas del fondo. Tienen un sofá corredizo de cuero rojo y la mesa de latón brillante imitando las de las antiguas hamburgueserías. Nos sentamos el uno frente al otro y cogemos la carta de un pequeño soporte en un extremo de la mesa.

Estamos alejados de la barra, así que el camarero tarda en reparar en nuestra presencia.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que comemos solos en un restaurante? —comento con una sonrisa.

—Es verdad. Afortunadamente para ti, la carta no está en francés —replica.

—Ja, ja. Puede que no sepa francés, pero tengo mis recursos.

—Nunca lo he dudado.

No sé si es por la manera en que me mira o por cómo pronuncia esas palabras, pero logra hacerme sentir calor, mucho calor.

—Aún te la tengo guardada —le advierto intentado recuperar la compostura.

—¿El qué? —pregunta inocente.

—Lo mal que me lo hiciste pasar en la comida con la señorita Martin —dejo que el retintín se apodere de mi voz al pronunciar su nombre.

—Eso fue culpa tuya —sentencia sin ningún tipo de remordimiento.

—¿Qué?

—Estuve intentado verte toda la mañana y tú te dedicaste a mandarme a media empresa como mensajeros.

Tess, el señor Greene, Lauren... la verdad es que tuve bastantes cómplices, voluntarios o no, esa mañana.

—No quería verte —me defiendo.

—Porque creías que me había acostado con la chica de la fiesta. ¿Cómo pudiste pensar algo así?

—¿Y qué querías que pensara?

—Maddie, no he estado con ninguna chica desde que nos conocimos.

¿Qué?

—¿Con ninguna? —pregunto, y no puedo evitar que una sonrisa vaya apoderándose lentamente de mis labios.

—Con ninguna —sentencia—. Sólo podía pensar en ti, pero al mismo tiempo no quería hacerlo. Nunca me había sentido así.

Sonríe, pero también hay cierto toque de frustración en su voz, como si realmente se hubiese resistido todo lo que pudo.

—A mí también me hubiera gustado escapar de ti —confieso—. No te haces una idea de cuántas veces me hice el propósito de ni siquiera acercarme.

—Por suerte para nosotros, no tienes mucha fuerza de voluntad.

—Ya somos dos, señor Riley.

Ryan me mira de esa manera tan sugerente haciéndome ver que, en efecto, en lo referente a mí tiene poca voluntad, pero que, si quisiese, sólo le bastarían un par de segundos para demostrar que, cuando se trata de él, yo tengo aún menos.

El camarero al fin se acerca a nuestra mesa. Nos trae dos vasos de agua con hielo. Es joven, con un mandil algo sucio anudado a la cintura y una vieja camiseta de los Jets. Se coge un lápiz de la oreja para tomarnos nota. Aunque esté sudado y obviamente enfadado por tener que trabajar el día

del partido, se ve que es muy guapo. Entonces lo recuerdo, es el camarero que intentó ligar con Lauren.

—¿Qué van a tomar?

—Café y tostadas con queso y bacón para los dos —pide Ryan.

El camarero lo anota todo diligente y grita un sonoro «voy» cuando desde la cocina se oyen vítores, aplausos y algún que otro grito de ánimo a los Jets.

—En seguida estará su pedido.

Sin esperar respuesta, sale disparado hacia la cocina.

—¿Conoces al camarero?—pregunta intentando sonar indiferente. No lo consigue y yo disimulo una sonrisilla de lo más impertinente.

—No. Me atendió la última vez que estuve aquí. —Hago una pequeña pausa—. ¿Estás celoso?

—En absoluto —contesta arrogante alisando con la mano su corbata ya perfectamente alisada.

—Una lástima. Pensé que había conseguido un polvo salvaje en el baño.

—Cuidado con lo que deseas, Maddie.

Su frase suena exactamente como lo que es: una genuina amenaza rebosante de una promesa sexual de lo más apetecible. Mi cuerpo brilla de excitación.

—¿Por qué? —susurro con la voz llena de deseo—. ¿Puedo conseguirlo?

Ryan me sonrío de esa manera que me enloquece. Yo, no sé muy bien si a propósito o no, me muerdo el labio inferior y eso es todo lo que necesita. Se levanta tranquilo y se sienta a mi lado con el brazo extendido sobre el respaldo del sillón. Su proximidad me enciende aún más y, antes de que pueda controlarlo, mi respiración se vuelve irregular.

—¿Qué ocurre, Maddie? —susurra alzando uno de los dedos que reposa en el cuero rojo y tocando la piel desnuda de mi brazo.

Me estremezco por su contacto y pierdo cualquier posibilidad de reacción. Él vuelve a sonreír.

—¿Estás nerviosa?

Como si no fuera obvio.

Es su proximidad, el imaginar lo que está pensando hacerme en este lugar tan público pero extrañamente íntimo.

Todo está empezando a darme vueltas.

—¿Quieres que vuelva a mi asiento?

Niego con la cabeza. Ahora mismo estoy sufriendo un *déjà vu* de la primera vez que me tocó en el ascensor. Todo tan público, tan sensual.

Ryan levanta la mano y la pasa de su rodilla a la mía para comenzar a subirla lentamente, incendiando mi piel. Pasa por debajo de mi falda y llega hasta mi ropa interior.

—Definitivamente me encanta esta falda.

—Es mi favorita.

Cierro los ojos y suspiro. Menuda estupidez. Ni siquiera sé lo que digo. Ryan sonrío.

—Creo que también va a convertirse en la mía.

Pasa al otro lado bajo el algodón y desliza dos dedos en mi interior.

Me llevo la mano a los labios para ahogar un gemido.

—Nena, siempre estás lista. Vas a volverme loco.

Sin mayor aviso, los introduce en mí y posa el pulgar sobre mi clítoris.

Me muerdo la mano con fuerza para no gritar.

Una parte de mí quiere pedirle que pare, podrían vernos, pero la otra se está deleitando, disfrutando al máximo.

Desde la cocina oigo gritos y más vítores y rápidamente clavo mi vista en la barra.

—No te preocupes, el camarero tardará un rato en volver.

Ryan introduce sus hábiles dedos una vez más dentro de mí y, sin sacarlos, comienza a moverlos primero en círculos y después agitándolos rápidamente hasta hacerlos casi vibrar.

—Ryan... —susurro extasiada clavando mis uñas en el cuero rojo de los sillones, intentando sin éxito aferrarme a ellos.

Ryan se escora protegiéndome de cualquier posible mirada indiscreta y yo me deslizo un poco en el sillón, tratando de esconderme tras su cuerpo y el propio mueble. Para cualquiera que nos viese, sólo me acomodo contra su pecho en un gesto romántico, pero aquí está pasando mucho más.

Abro las piernas para él. Siempre para él.

Ryan mueve sus dedos más rápido y ahogo un grito contra su pecho cuando me lleva al orgasmo más espectacular sin ni siquiera despeinarse.

Despacio, saca los dedos de mí y me da un suave beso en la cabeza. Con la misma lentitud, me separo de su pecho y, al alzar la mirada, la suya me está esperando. Sus ojos azules me cautivan. Me está mirando de una manera diferente, como si este momento sexy y frenético hubiera significado mucho más para los dos, como si pudiese llegar a asustar todo lo que sentimos el uno por el otro.

—Ryan —murmuro y no sé muy bien qué le estoy pidiendo.

—¿Qué? —susurra con la voz firme sin apartar sus ojos de los míos.

—Aquí tienen sus platos. Disculpen el retraso. El partido, ya saben.

El camarero deja sobre la mesa nuestros platos. Su llegada nos permite escapar de nuestras propias miradas y lo agradezco. Estaba a punto de decirle cualquier tontería, como que le quiero y no puedo vivir sin él.

—Gran manera de empezar el día —digo cuando el camarero se marcha.

Sonrío intentando parecer desenfadada y resuelta como si esas manos no acabaran de hacerme ver el cielo.

—¿Qué puedo decir? Desayunar contigo siempre es interesante.

Su comentario me hace sonreír sinceramente pero, cuando coge un trozo de bacón con los dedos y se lo lleva a la boca justo antes de guiñarme un ojo, creo que voy a derretirme otra vez. Opto por

concentrarme en mi comida. Es lo más práctico.

—¿Estás nerviosa por lo de Frank Ghery?

—Un poco, aunque creo que lo que estoy es emocionada. Nunca había hecho algo así.

—Lo harás genial. Lo sé.

Su sonrisa absolutamente convencida hace que todos mis nervios se aplaquen.

—En unos días será el aniversario de la fundación del Riley Group —comenta mientras acerca la taza de café a sus perfectos labios.

—¿Habrá una pequeña fiesta en la oficina?

—Sí, podríamos decir que sí —responde socarrón con una media sonrisa asomando.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunto justo antes de fruncir los labios, lo que ensancha su sonrisa.

—En absoluto.

Suspiro tan exasperada como divertida y me como otro trozo de bacón. Está claro que la respuesta a esa pregunta era un claro y rotundo sí.

Para completar el desayuno disfrutamos de una deliciosa tarta de arándanos.

—Caminemos —me pide Ryan en la puerta del Saturday Sally a la vez que tira de mi mano—. La oficina no está lejos.

En realidad sí lo está, pero a mí también me apetece que nos perdamos por el corazón de Manhattan.

En la esquina de la 58 y la Séptima, a un par de manzanas del trabajo, Ryan se detiene.

—A partir de esta calle eres la señorita Parker. —Asiento divertida—. Creo que me he ganado un beso de despedida —comenta.

Mi sonrisa se ensancha justo antes de que me estreche contra su cuerpo y me dé un auténtico beso *made in Hollywood*. Después de eso, me separo perezosa y comienzo a andar con desgana.

Antes de encaminarme definitivamente a la oficina, miro una vez más hacia atrás. Ryan me sonrío mientras me observa. Apenas unos segundos después, noto una palmada en el trasero que me hace dar un respingo. No necesito girarme para ver quién ha sido, ya que Ryan pasa por mi lado con paso firme y decidido sin detenerse. Cuando ya me ha adelantado, a unos pasos de distancia, con las manos metidas en los bolsillos, se gira y sólo moviendo los labios dice «fantástico» a la vez que me hace una mueca divertida. Después se gira de nuevo y se aleja definitivamente.

Lo observo encantada con la sonrisa más estúpida en los labios y confirmo que lo que estuve a punto de decirle en el restaurante es simple y llanamente la pura verdad.

Saludo a Ben en el vestíbulo y espero el ascensor rodeada, como siempre, de ejecutivos del Riley Group, sólo que hoy me sorprende bastante, es sábado. Parece ser que la revista no es la única que está echando horas extras.

Ya en mi mesa, me pongo manos a la obra con el trabajo que va encargándome Bentley. No llevo ni veinte minutos cuando mi iPhone pita anunciándome un mensaje. Deslizo el pulgar por la pantalla. Es de Lauren.

Me abuuuurroooo muuuuuchooooo. Sé que tú también, no finjas. Nos vemos en el archivo.

Sonrío, le pongo una pobre excusa a Bentley y me dirijo al archivo. Es una pequeña parada logística para aguantar el estar trabajando un soleado sábado de agosto.

Cuando llego, Lauren ya está allí, Marlboro Light en mano, subida al archivador, golpeándolo rítmicamente con el tacón de sus Manolos.

—Me tienes intrigada, ¿de dónde sacas el dinero para comprarte esos zapatos?

—Regalos de amantes —dice sin más—. Soy muy buena en la cama.

Río escandalizada y a los segundos ella me sigue.

—Dios creó al hombre, a la mujer, los expulsó del paraíso y después inventó la tarjeta de crédito para compensar.

—A esa historia le veo lagunas —replico divertida.

—Los del First National Bank no. Les estaré pagando mis deudas hasta que cumpla ochenta y tres años.

—No te preocupes. La familia de Bentley es rica y, cuando te cases con él, todas tus deudas serán suyas.

—Si no, siempre puedes hacerme un préstamo cuando seas oficialmente la señora Riley.

—De eso nada. ¿O piensas que cuando sea megamillonaria seguiré juntándome con gentuza como tú?

Ahora es ella la que ríe escandalizada y, a los segundos, soy yo quien la sigue.

—Oye, ¿sabes que en unos días será el aniversario de la empresa?

Lauren asiente.

—¿Y qué hacen? ¿Una fiesta para celebrarlo?

Vuelve a asentir.

—¿Cómo es?

—Alucinante —responde sin paños calientes—. Alquilan el Radio Music City Hall y todos los empleados estamos invitados, incluso nos dan el día libre. Además, hay que ir vestidos de los años cuarenta, la época en la que se fundó. Es uno de los acontecimientos del año. Suele haber incluso prensa.

Ahora soy yo quien asiente y también entiendo que a Ryan le hiciera tanta gracia que imaginara la fiesta como poco más que unos aperitivos y unas copas de *champagne* en la sala de reuniones.

—Una gran fiesta, entonces —confirmo divertida.

—La mejor. Además, este año la familia Hannigan ha confirmado su asistencia.

—Genial.

—Lo vamos a pasar glamurosa y *cuarentamente* bien.

El absurdo comentario de Lauren nos hace reír a las dos. Casi en el mismo instante, oímos a alguien carraspear a nuestra espalda. Ambas nos giramos y vemos a Ryan en el umbral de la puerta. Lauren, automáticamente, tira el cigarrillo por la ventana y juraría que las dos tragamos saliva a la vez. Es curioso cómo, a pesar de todo, sigue intimidándome con una sola mirada.

—¿Se divierten?

—Estábamos buscando unos archivos —me disculpo.

Ryan da un paso hacia delante y me dedica una mirada de absoluta incredulidad justo antes de centrarse en Lauren.

—Señorita Stevens, sería interesante verla alguna vez en su puesto de trabajo.

—Ahora mismo, señor Riley.

Mi amiga sale corriendo del lugar del delito, abandonándome a mi suerte sin ninguna compasión. ¡Y eso que venir aquí fue idea suya!

—En cuanto a usted, señorita Parker —susurra provocativo y amenazador—. Tengo otros planes.

La boca se me hace agua.

—Tess no está y necesito una secretaria.

En cualquier otra circunstancia hacer de secretaria me parecería de lo más aburrido, pero tratándose de Ryan sólo puedo pensar en lo que pasó la última vez que me pidió que cubriera ese puesto para él. Siento una corriente eléctrica sacudiendo mi vientre y mi mente me regala el recuerdo de mi respiración entrecortada mientras intentaba mantener la compostura al teléfono, mi mano frenética apoyándose contra la madera de su elegante mesa de Philippe Starck, su voz susurrante, sus dedos dentro de mí.

Ryan sonrío duro y sexi.

—Te espero en mi despacho en veinte minutos.

—Tengo que ayudar a Bentley con las correcciones —consigo articular.

—Que le jodan a Bentley y que le jodan a las correcciones. Todo esto es mío y tú también —susurra en mi oído, salvaje, duro, enloquecedor—. Te quiero en mi despacho en veinte minutos y sin ropa interior.

Sin decir nada más, gira sobre sus talones y sale de la diminuta habitación. Yo me quedo petrificada, inmóvil por la excitación y el deseo. Me muero porque pasen esos veinte minutos.

Voy al baño, me quito las bragas y las doblo varias veces hasta que puedo llevarlas en la mano sin que se vean demasiado. Regreso a mi mesa y, con disimulo, las meto en mi bolso colgado del perchero.

—Bentley —lo llamo asomándome al umbral de su despacho con impaciencia—, Ryan me ha dicho que necesita que lo ayude.

—Sí, ya sé que me roba la asistente —comenta resignado—, pero, escúchame bien, es un préstamo temporal. No dejes que te engatuse.

—No te preocupes jefe, volveré.

—Más te vale.

Sonrío y salgo del despacho. Estoy más que excitada. Noto la brisa que proporciona el aire acondicionado acariciarme bajo la falda y por un momento imagino que son los dedos de Ryan y las rodillas me tiemblan. ¿Será posible que haga que me corra a un pasillo de distancia sólo con la expectación y el recuerdo de su voz ordenándome que no lleve ropa interior?

Llamo y ansiosa espero a que me dé paso.

—Adelante.

Abro la puerta y la cierro tras de mí.

—Señorita Parker —susurra sensual reclinándose sobre su silla.

Camino hasta colocarme en el centro del despacho. El corazón me late desbocado.

—Creo que le di una orden muy concreta.

Me mira exigente. Yo tomo mi falda por el dobladillo y, despacio, voy remangándomela, dejando que la piel de mis muslos vaya quedando al descubierto.

Entreabre los labios cuando finalmente puede ver mi sexo.

—Estás preciosa, nena. Quédate así.

Ryan me observa y su forma de mirarme cargada de un deseo primario y extasiante hace que el mío casi rebose de mi propio cuerpo.

Me muerdo el labio y él gruñe mientras repito la operación a la inversa. Deslizo la falda por mis caderas, la curva de mi trasero y finalmente mis muslos, mis piernas, mis tobillos. Doy un paso a la derecha y salgo de la falda cuando ésta cae al suelo.

Ryan se levanta y camina lentamente hasta mí. Irradia tanta seguridad que es imposible escapar de él en cualquier sentido.

—Junta las muñecas delante —me ordena.

Estoy nerviosa, emocionada, demasiado excitada por su proximidad y por la situación en sí para poder pensar, pero al mismo tiempo una sensación de que quiero hacer todo lo que me pida me

invade hasta eclipsarlo todo.

Sin levantar su mirada de mis ojos verdes, tira de mi fular. Mis pezones se endurecen aún más al notar la tela deslizarse sobre ellos.

Ryan ata mis muñecas con el pañuelo.

—Nunca he sentido especial predilección por atar a ninguna chica, pero contigo me siento como si sólo quisiese alargar el momento para sentir que eres mía el máximo tiempo posible.

—Siempre seré tuya —digo sin dudar, y algo dentro de mí grita a pleno pulmón que es verdad.

Ryan suelta un rápido suspiro ahogado en su sonrisa más dura y sexi. Puedo ver cómo sus ojos azules se han encendido aún más por mis palabras. Sin decir nada más, camina a mi alrededor hasta colocarse a mi espalda. Lleva su mano hasta mi nuca y la sube despacio. Al alcanzar mi coleta, tira de ella con fuerza para tener mi boca a su disposición y me besa con pasión.

Separa nuestros labios dejándome llena de su deseo. Me toma por el tejido que anuda mis muñecas y me lleva hasta el sofá.

—Tumbate.

Lo hago. Él se agacha y nuestros rostros quedan peligrosamente cerca. Su delicioso olor a gel de afeitado y lavanda fresca invade todo el espacio entre nosotros. Le miro anhelante, expectante y excitada. Sube mis muñecas por encima de mi cabeza y las apoya en el brazo del tresillo. Me observa y yo gimo levemente al sentirme tan entregada.

No retira sus manos de las mías directamente, sino que desliza sus dedos desde ellas por mis brazos, mis pechos, mi ombligo, hasta llegar a mi sexo. Sin separar sus ojos de los míos, introduce dos dedos en mí. Gimo bajito y mi respiración se entrecorta al instante.

—Me pregunto si estarás siempre así de receptiva para mí.

Saca sus dedos y se los lleva hasta sus labios, saboreando los restos de mi esencia. Yo asiento nerviosa incapaz de articular palabra ante esta visión tan erótica y sensual.

Ryan me dedica su media sonrisa y se levanta. Está claro que él también sabe que la respuesta a esa pregunta es un rotundo sí.

—No te muevas. Quiero disfrutar de ti —me ordena mientras vuelve a sentarse a su mesa.

Ahora mismo soy su obra de arte particular. Le observo teclear en el ordenador, incluso hablar por teléfono, pero siempre su mirada acaba encontrándome y poco a poco voy emborrachándome de poder al sentir que sus ojos azules están llenos de un deseo apenas contenido.

Después de un período de tiempo indefinido en el que me siento arder en mi propio anhelo, Ryan se levanta y camina de nuevo hasta mí. Se queda de pie junto al sofá, observándome. Mi libido sonríe perversa y lentamente me siento en el tresillo justo frente a él. Alzo mi mirada pero dejo que mis ojos se escondan bajo mis pestañas. Una perfecta combinación de inocencia y sugerencia. Ryan vuelve a lanzar un suspiro brusco y profundo. Sé que estoy tocando una tecla muy íntima y muy precisa en su interior que lo llena de placer.

—Haz conmigo lo que desees —susurro sin apartar mi mirada.

—Joder, Maddie.

Jamás había pronunciado estas palabras y, si no se tratara de Ryan, tampoco lo habría hecho.

Pero con él todo es diferente. No me da miedo sentirme así de entregada, de expuesta, completamente en sus manos. Más bien es todo lo contrario, es justo ahí donde quiero estar y el hecho de saber que él también lo desea no hace sino aumentar mi excitación a unos niveles insospechados.

Ryan me toma salvaje entre sus brazos levantándome hasta quedar de pie en el sofá. Por primera vez soy más alta que él. Cuando me besa primario, brusco, lleno de un anhelo infinito, lo recibo maravillada, entregada por completo.

Rodeo su cuello con mis muñecas atadas. Él pone sus manos en mi trasero y me levanta aún más y yo rápidamente coloco mis piernas alrededor de su cintura.

Me lleva contra la pared y me aprisiona entre ella y su cuerpo. Se desabrocha los pantalones, libera su miembro y me penetra con fuerza.

Tengo que recordarme dónde estoy para no gritar enloquecida de placer.

Me embiste salvaje, haciéndome subir y bajar por la pared una y otra vez.

Me muerdo el labio intentando no gemir.

Una espiral de placer va arremolinándose en mi vientre y crece cada vez que Ryan lo colma todo dentro de mí.

Siento calor, mucho calor.

Siento un placer desbocado.

Mete la mano bajo mi camiseta y la sube acelerado por mi costado hasta mis pechos. Se aferra a ellos y me retuerce un pezón entre sus dedos. Dios, es increíble.

Arqueo la espalda y echo la cabeza hacia atrás, pero mis muñecas atadas no me dejan estirar el cuerpo todo lo que necesito para que el placer me atravesara y, poco a poco, embestida a embestida, va acumulándose salvaje y delicioso en mi sexo.

Me aferro aún más a su cuerpo, apretando sus caderas entre mis muslos. Necesito sentirlo todo lo cerca que pueda. Ryan entiende mi suplica silenciosa y me embate más fuerte, más despiadado, consiguiendo que cada vez que entra en mí todo mi cuerpo se yerga y lo reciba triunfal.

Sus manos siguen perdidas en mis pechos, cubriéndolos de caricias.

Busco sus labios para que sofoquen mis inminentes gemidos, pero sus dedos pellizcan mis pezones asombrosamente acompasados con sus embestidas y sólo puedo apretar mi boca contra su mandíbula. Gruñe al sentir mis jadeos acolchados contra su piel y me embate más fuerte, más rápido, más lejos.

—Ryan.

Susurro, jadeo, gimo, no lo sé, porque es lo último que mi mente recuerda antes de que mi cuerpo se funda en un increíble orgasmo. Todo el placer retenido me sobrepasa y explota dentro de mí presa de las implacables embestidas de Ryan, que continúan hasta que con fuerza se agarra a mi costado y, con todo el empuje de sus caderas, se pierde dentro de mí.

Sigue sosteniéndome contra la pared unos minutos más mientras intentamos recuperar la respiración. Lleva una de sus manos hasta las mías, que aún rodean su cuello, y, tirando de uno de los extremos del pañuelo, el nudo se desata con facilidad. Cuando me siento liberada, alzo la cabeza y me encuentro con su mirada azul.

Me da un dulce beso en la punta de la nariz y me baja lentamente, deslizándose por su cuerpo hasta que mis pies tocan el suelo. Sin separarse de mí, toma mis muñecas y las examina y acaricia con atención donde el fular las mantenía sujetas. Finalmente me da un suave beso en el centro de cada una y me sonrío travieso.

—Ha sido increíble —musito.

—Lo sé.

Se aleja unos pasos para poder arreglarse la ropa y darme espacio para que yo haga lo mismo. Recojo mi falda del suelo y me la pongo.

—Ahora necesito que seas mi secretaria de verdad.

—Ah, ¿lo de antes no eran funciones propias de una secretaria? —bromeo.

Ryan me hace un mohín de lo más sexy a la vez que rodea su mesa y, sin llegar a sentarse, teclea algo en su ordenador.

—Necesito que organices una reunión para dentro de una hora con los principales ejecutivos de cada departamento.

Lo miro extrañada. Hoy es sábado, ni siquiera creo que estén en el edificio.

—No te preocupes. Todos están aquí.

Siempre me sorprende la habilidad que tiene para contestar preguntas que sólo me he hecho mentalmente.

—Prepara los dossiers y manda los correos electrónicos informativos. Además, encargué al departamento de Contabilidad varias demos de inversiones y sinergias empresariales y quiero que las presenten en la reunión. ¿Entendido?

Asiento diligente al sexy y exigente Ryan Riley, director ejecutivo.

—Instálate en la mesa de Tess.

Asiento una vez más. Me coloco el fular de nuevo al cuello y, con mi mejor sonrisa, provocada en gran parte por la fantástica dicha poscoital en la que estoy sumergida, salgo del despacho.

Desde el escritorio de Tess llamo a todos los departamentos y en poco menos de media hora tengo organizada la reunión. Además, como la eficientísima secretaria dejó los correos electrónicos corporativos redactados y los dossiers preparados, sólo tengo que enviar los primeros e imprimir los segundos.

Mi última llamada la reservo para el departamento de Contabilidad o, lo que es lo mismo, para la señorita Lauren Stevens.

—Stevens, departamento de Contabilidad —responde al otro lado después de dos tonos.

—Señorita Stevens, la llamo del departamento de Recursos Humanos —respondo agravando la voz—. Por favor, pase por la planta veintisiete para recoger su finiquito.

Mi amiga calla por un instante. Puedo notar su confusión y toda su sorpresa al otro lado de la línea telefónica.

—El señor Riley quiere su culo fuera del edificio en veinte minutos.

Ya no aguanto más y estallo en risas.

—¡Hija de puta! —protesta—. Me has dado un susto de muerte.

—Ha sido divertido y lo necesitaba —me excuso—. Preparar reuniones de ejecutivos es un rollo.

—¿Ahora eres la secretaria de Ryan? ¿Una excusa para teneros más cerca y tardar menos en meteros mano? —pregunta con ese toque lascivo tan de Lauren Stevens.

—Sólo por hoy —contesto con una sonrisa, aunque actualmente la idea me parece fantástica—. ¿Has terminado las demos?

—Por supuesto, chica. Soy una profesional.

—Pues llévalas a la sala de conferencias. La reunión es en media hora y tengo que preparar el refrigerio.

—Malditos ejecutivos —se queja Lauren—. Cobran una pasta y no tienen una idea brillante si no ven un racimo de uvas perfectamente colocado en una mesita auxiliar.

—Uvas, tu especialidad —apunto con sorna.

—Ryan debería despedirlos a todos.

—Y dejar la empresa en nuestras manos. La llenaríamos de chicos guapos.

—E instauraríamos los miércoles en ropa interior —añade.

—Mejor los viernes, por si ligas.

—Bien dicho. —Ambas sonreímos—. Nos vemos en la sala de conferencias.

—No tardes.

Cuelgo y me levanto dispuesta a marcharme, pero entonces recuerdo que debo avisar a Ryan. Casi al mismo tiempo, reparo en la presencia del intercomunicador digital. Lo miro pícara. Me gusta este juegucito del jefe-secretaria, así que decido alargarlo un poco más.

—Señor Riley —lo llamo divertida.

Unos segundos de silencio.

—¿Sí, señorita Parker? —responde del mismo modo.

—Le informo de que voy a la sala de conferencias para terminar de preparar la reunión.

—Muy bien, señorita Parker. ¿Algo más?

—No lo sé. Quizá le interese saber que sigo sin ropa interior a la espera de nuevas instrucciones.

Ryan calla un momento y puedo imaginar su seductora sonrisa al otro lado del intercomunicador.

—Definitivamente me interesa, y mucho. Hasta nuevo aviso, quiero que siga así, señorita Parker. Aún no he acabado con usted.

Trago saliva con el cuerpo encendido y la sangre ardiendo en mis venas. «Aún no he acabado con usted.» Delicioso.

—Como ordene, señor Riley. Nos vemos en la reunión.

Sonrí traviesa y salgo del despacho.

A pocos pasos de la sala de reuniones, y a pesar de ir cargada con una veintena de dossieres, puedo ver a Lauren a través de la pared de cristal peleándose con la consola que controla los plasmas.

—¿Quién gana? —pregunto empujando la puerta con el trasero.

—La batalla está siendo dura, pero acabaré venciendo.

—Te ayudo.

Dejo la pila de dossieres en la mesa junto al iPad de Lauren y varias tarjetas de memoria.

Camino hasta mi amiga y observo la consola. Dicen que dos cabezas piensan mejor que una, pero en este momento sólo somos dos pares de ojos observando las tres hileras de botones, preguntándonos por qué nunca prestamos atención cada vez que James programa el grabador de DVD.

Finalmente nos miramos y rompemos a reír.

—Será mejor que llame a Bentley —claudica Lauren.

Desliza el pulgar sobre la pantalla de su móvil y se aparta unos pasos. Sospecho que lo hace para que no pueda oír todas las cursiladas que seguro van a dedicarse.

Decido empezar a preparar las mesitas auxiliares para las bebidas y los aperitivos. Están guardadas al fondo de la sala y apenas he llegado hasta ellas cuando oigo abrirse la puerta y pasos acercándose. Si es Bentley, acaba de batir el récord olímpico de los cien metros lisos. Pero, cuando miro hacia la zona principal de la sala, frunzo el ceño al comprobar que es la odiosa señorita Martin. Echo un rápido vistazo al reloj. Aún faltan quince minutos para la reunión.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Martin? —intento sonar cordial y debo hacer un verdadero esfuerzo para conseguirlo.

—¿Usted? En nada. ¿Dónde está Tess? —responde sin ni siquiera mirarme.

—Tess no está. Si quiere consultar algo de la reunión, tendrá que hacerlo conmigo. Hoy cubro su puesto como secretaria del señor Riley.

La señorita Martin me mira entre sorprendida y excesivamente perspicaz, como si delante de mí se hubiera levantado un muro enorme del que cuelgan cientos de carteles de conspiraciones y soy protagonista de todos y cada uno de ellos.

—¿Algún problema? —pregunto.

—No, sólo que me sorprende la prisa que te has dado.

Esta conversación está tomando un cariz que no me gusta lo más mínimo. Sin quererlo, la tranquilidad tipo zen que me estaba esforzando en mantener desaparece.

—¿A qué se refiere, señorita Martin? —Ni sueño cordial ni trato de conseguirlo.

—El correo electrónico corporativo está mal —me espeta, de nuevo sin mirarme e ignorando por completo mi pregunta.

—¿Y exactamente en qué está mal?

Aunque dudo mucho que lo esté. Lo preparó Tess y esa mujer es la eficiencia personificada.

—No tengo por qué explicártelo. No pienso hacer el trabajo de una asistente —añade con desdén—. Además, si tanto te gusta ser la secretaria del señor Riley, deberías preocuparte por hacerlo un poco mejor.

¿Pero quién se cree que es?

—Imagino que no me gusta ser su secretaria más de lo que le gustaría serlo a usted.

En ese momento llega Lauren y asiste al cambio de expresión de la señorita Martin, que pasa de ser de malicia a malicia y un monumental enfado.

—Espero que no hayas dicho lo que creo que has dicho —me advierte.

—No lo sé —replico absolutamente inmune a su tono de voz—. Supongo que eso depende de si todas las estúpidas insinuaciones que ha hecho no han sido lo que creo que han sido.

—Por favor, ni siquiera entiendo qué ha visto en ti aparte de esos estúpidos vestiditos.

¿Cómo se atreve? Abofetearla y tirarle de los pelos claramente me parece la mejor opción. Voy a dar el paso definitivo hacia a ella, pero Lauren, que parece leerme el pensamiento, me agarra por la muñeca y me mantiene en el sitio.

—¿Por qué tú y tu pésimo gusto para la ropa no os largáis de aquí?

—Lauren Stevens, ya estabas tardando en montar el numerito.

Ahora la que contiene a Lauren soy yo.

—No sé qué estás queriendo dar a entender, pero ya me he cansado. —Me esfuerzo en no alzar la voz—. La reunión aún no ha empezado, así que porque no te largas y te dedicas a darte cuenta de lo amargada y sola que estás o lo que quiera que hagas en tu tiempo libre.

Me dedica una furibunda mirada y se encara hacia mí.

—No eres más que una *asistentucha*.

—Señorita *asistentucha* para ti. —No me amedrento.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Ryan inunda toda la sala.

Entra con la furia apenas contenida en la mirada, pero al mismo tiempo demostrando una vez más su férreo autocontrol. Sin dejar de observarnos, se acerca hasta nosotras. Sus palabras aún retumban en el ambiente. Estoy muy inquieta, con la adrenalina saturando cada una de mis venas. Me he quedado con muchas ganas de gritarle muchas cosas a la señorita Martin. Además, el hecho de que Ryan esté aquí me pone aún más nerviosa. No quiero por nada del mundo que sea precisamente ella quien se entere de que estamos juntos, aunque obviamente está muy bien informada. Si no, ¿a qué venía tanta insinuación?

«Sabes que lo sabe, Parker.»

—No pasa nada, señor Riley —se apresura a decir con toda dulzura y con la sonrisa más desmesurada del mundo—. Sólo intentaba explicarle a Maddie que el correo electrónico corporativo está mal redactado, pero ella no quiere mi ayuda y, aunque es de lo más comprensible, debería dejarse ayudar. Hacer el trabajo de Tess no resulta nada fácil.

Esas palabras y, sobre todo, el modo en el que se ha colocado en esa posición de chica buena y

perfecta ante Ryan me hacen estallar.

—¿Cómo puedes manipular la situación de esta manera?

La mano de Lauren no llega a tiempo de agarrar mi muñeca y las palabras salen de mi boca antes siquiera de que pueda pensarlas con claridad.

—Las cosas no han ocurrido así, Ryan.

En ese instante puedo notar la mirada de mi amiga y la del propio Ryan clavarse alarmadas sobre mí con los ojos como platos.

—Quiero decir, señor Riley.

¡Mierda! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Acabo de llamar por su nombre de pila al irascible y malhumorado director ejecutivo de la empresa.

Por muy rápido que he intentado autocorregirme, la amarga sonrisita de la señorita Martin me hace comprender que ha sido demasiado tarde y acabo de confirmarle cualquier cosa que mínimamente sospechara.

—Señorita Martin, la veré en unos minutos —comenta Ryan aún con su endurecida mirada clavada sobre mí.

—Por supuesto, señor Riley.

Le sonrío una vez más y se marcha. Sabe, o por lo menos sospecha, en la situación en la que acaba de dejarme y juraría que eso la hace inmensamente feliz.

Ryan le dedica una fulminante mirada a Lauren que, ignorándolo valientemente, me mira a mí. Yo asiento y ella se marcha. Ryan la sigue con la mirada hasta que la puerta de cristal de la sala de reuniones se cierra tras ella.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado? —pregunta colocando sus brazos en jarras.

—Desde luego no lo que ella te ha contado. Maldita zorra mentirosa.

—Maddie —me apremia o me reprocha, no lo sé.

Respiro hondo e intento tranquilizarme.

—Ha venido aquí quejándose de que el correo corporativo estaba mal y, cuando le he preguntado qué ocurría con él, me ha dicho que no tenía por qué ayudarme y se ha puesto a lanzar todo de tipo de indirectas.

—Tiene razón.

—¿Qué?

¿Qué? ¿Qué? ¡¿Qué?!

—Maddie, el correo corporativo está mal. Yo mismo venía a decírtelo. Y por supuesto que ella no tiene por qué ayudarte, es una ejecutiva, no una asistente.

—¿Se puede ser más estúpidamente clasista?

Ryan me atraviesa con la mirada y yo, inmediatamente, me doy cuenta de que no es un camino por el que me interese seguir.

—De todas formas, no sólo se trata de eso.

—¿Y de qué se trata, Maddie? —pregunta y está comenzando a cansarse.

—De todo lo que ha insinuado.

Ryan suspira exasperado.

—Maddie, tu trabajo se limita y suscribe a ayudar a Bentley. No es cuestionar o leer entre líneas lo que otros ejecutivos digan.

Una vez más me ha hablado con ese tono condescendiente como si fuera una niña caprichosa que no entiende que ha hecho algo más. Odio que me trate así.

—No soy ninguna cría, Ryan, aunque te empeñes en creer lo contrario. Sé perfectamente lo que ha pasado aquí y desde luego no ha sido lo que ella te ha contado.

—Basta —me interrumpe alzando la voz—. Tengo una reunión demasiado complicada como para ocuparme también de esto, así que haz lo que te pidan cuando te lo pidan.

—Por supuesto, señor Riley.

Mi «señor Riley» le ha dolido. Lo sé por la expresión que ha cruzado sus ojos azules. Pero más dolida me siento yo al ver que ha preferido creerla a ella en vez de a mí. Al final va a ser verdad que dentro de estas cuatro paredes sólo soy una *asistentucha*.

«Preocúpate por si lo eres también fuera de ellas.»

Mi propia frase me provoca una mueca de dolor. No quiero martirizarme más, así que giro sobre mis talones y camino de vuelta a las mesitas auxiliares. De reojo, veo cómo Ryan se pasa la mano por el pelo, hace el ademán de acercarse a mí pero finalmente se encamina hacia la puerta y sale de la sala.

Tan rápido como sale, entra Lauren. Oigo sus tacones de marca repiquetear acelerados contra el parqué.

—Sólo diré que esa pelirroja es una estúpida, y ahora —dice volviendo a la mesa y comenzando a repartir los dosieres— terminemos con esto. Tenemos cinco minutos.

Comienzo a colocar los vasos de papel en ordenadas filas, los azucarillos y las servilletas.

—Señorita *asistentucha* para ti —repite mientras va poniendo cada uno de los dosieres sobre la mesa—. Eres mi heroína, Maddie.

Su comentario me arranca una sonrisa.

—¿Por qué tú y tu pésimo gusto para la ropa no os largáis de aquí? —repito yo—. ¿Qué puedo decir? Aprendí de la mejor.

—Es que viste fatal —se disculpa—, como una Kardashian borracha y sin culo que resaltar.

Ahora realmente río. ¿Quién podría resistirse a semejante comparación?

Conseguimos tenerlo todo listo, racimo de uvas incluido, para cuando los ejecutivos comienzan a ocupar sus asientos. Incluso logramos hacer funcionar los plasmas siguiendo las indicaciones que James nos da por teléfono.

Dejo los últimos documentos frente a la silla de Ryan y ocupo la mía junto a Lauren y el resto de los asistentes en la hilera de sillas de la pared. Me gustaría marcharme, pero no me queda más remedio que estar aquí.

Ryan entra y automáticamente se convierte en el centro de atención. Justo antes de tomar asiento puedo sentir cómo posa sus ojos en mí, pero yo me niego a devolverle la mirada. Estoy más que enfadada.

Le oigo suspirar bruscamente mientras sigo con la vista clavada en las carpetas y dosieres que tengo en el regazo.

—Vamos a comenzar la reunión —avisa finalmente—. Todos tienen los datos de Maverick Incorporated en los dosieres. Señorita Stevens, las demos.

Lauren pulsa un botón de un pequeño mando a distancia y una serie de gráficos aparecen en la pantalla. El señor Miller, el jefe del departamento, comienza a dar las oportunas explicaciones, que la verdad no son nada halagüeñas.

—Por todo ello consideramos que la recuperación de Maverick Incorporated es inviable.

El director del departamento de Contabilidad se sienta y el silencio se abre paso. Todos miran a Ryan esperando una reacción en él.

—El problema aquí es que voy a salvar Maverick Incorporated —dice tremendamente seguro de sí mismo— y su trabajo es hacer que los números apoyen esa idea. No voy a rendirme.

No puedo evitar sonreír orgullosa por su determinación, aunque rápidamente intento disimularlo.

—Ahora quiero ver los datos de las sinergias.

De nuevo las pantallas se llenan de gráficos.

Ryan los contempla un par de segundos y parece comprenderlos al instante, obviando la tediosa explicación del señor Miller. Coge su iPhone y comienza a trastear con él. Imagino que comprueba otras informaciones.

Mi móvil comienza a vibrar sobre las carpetas de mi regazo. Es un mensaje de Ryan.

He hecho lo que tenía que hacer y tú no deberías enfadarte. Aunque, por otra parte, estás muy sexy cuando te enfadas.

No me lo puedo creer. ¿Por qué nunca es capaz de entender que estoy enfadada? En esta ocasión, muy enfadada.

Creí que tenías una reunión muy complicada.

Me limito a repetir sus palabras. La respuesta no tarda en llegar.

Y lo es, pero las explicaciones de Miller son de parvulario. No necesito escucharlas. ¿Esta estupidez de enfado va a durar mucho? Porque quiero follarte encima de la mesa de reuniones.

La boca se me seca y trago saliva con dificultad. Afortunadamente mi mente vuelve lo suficientemente rápido para recordarme mi monumental enfado. ¿Quién se cree que es?

Vete a la mierda, Ryan, y si tantas ganas tienes de follarte a alguien encima de la mesa de reuniones, pregúntale a la señorita Martin, ya que te entiendes tan bien con ella.

Bruscamente dejo el móvil bocabajo sobre las carpetas. Apoyo el codo en el brazo de la silla y la mejilla en el puño. Me siento como una niña pequeña a la que obligan a ir a la iglesia.

En absoluto quiero que tenga el más mínimo contacto con ella. La sola idea hace que me hierva aún más la sangre, pero estoy furiosa. Me encantaría levantarme y gritarle ahora mismo todo lo que pienso de él. ¡Qué frustrante!

El móvil de Ryan vibra sobre la mesa. Mira la pantalla y frunce el ceño. Al coger el móvil deja sus labios, hasta entonces cubiertos por sus dedos, a la vista y no son más que una delegada línea. Sin duda no era el mensaje que esperaba. Visiblemente molesto, guarda el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta. Sospecho que, si no estuviera en mitad de una reunión, lo habría lanzado contra la pared.

—Señor Miller —lo interrumpe—, creo que los gráficos están lo suficientemente claros. Si alguien no los entiende, que salga de aquí.

El señor Miller se sienta conmocionado.

Ryan sube el nivel de la reunión. Está enfadado, arisco. Es el bastardo exigente multiplicado por mil y yo soy la única en esta sala que conoce el motivo. Atiende cada una de las ideas que le proponen y no tarda más de un segundo en descartarlas por motivos esenciales que a cualquiera de los presentes se le habrían pasado, pero que para él son obvios.

La reunión termina sin que se haya alcanzado una solución, lo que incrementa aún más el enfado de Ryan, que se queda sentado en el sillón con la vista clavada al frente, pensativo. Sé que tengo que recoger la sala, pero no quiero quedarme a solas con él, así que me encamino hacia la puerta. Regresaré cuando se haya marchado.

—Señorita Parker —oigo que me llama y automáticamente sé que todos mis planes acaban de irse al traste—, espere.

Me detengo en seco pero no me giro. Le oigo levantarse. Las últimas personas abandonan la sala. Estamos oficialmente solos.

—Sigues siendo mi secretaria —me advierte—. Y, otra cosa, si vuelvo a veros a Lauren y a ti fumando y charlando en el archivo como si fuera una terraza de cafetería, os despediré. No creas que va a temblarme el pulso lo más mínimo porque se trate de vosotras.

Su voz calmada con la ira apenas contenida y su mirada endurecida me han robado la reacción. Ryan me observa unos segundo más y sale de la sala de reuniones. Yo me quedo mirando a mi alrededor como una idiota. No está siendo justo, nada justo.

Cuando me recupero, recojo y ordeno la sala y vuelvo a mi mesa, quiero decir, a la de Tess. Archivo unos cuantos documentos, guardo una copia del dossier y despejo el escritorio.

Siento la tentación varias veces de levantarme e ir hablar con Ryan o, mejor dicho, gritarle. Si cree que es el único que está furioso, está muy equivocado. Pero no quiero verlo. Además, no llevo bragas y eso, dado mi monumental enfado, no me parece nada atractivo. Ha dejado bien claro que

sigio siendo su secretaria aunque una parte de mí cree sinceramente que sólo lo ha hecho para martirizarme, ni siquiera me ha mandado nada que hacer.

Suena el teléfono de la mesa.

—Despacho del señor Riley —contesto con desgana.

—Maddie, soy Bentley. Necesito que vuelvas. Tenemos mucho que hacer.

—Ahora mismo.

Cuelgo y agradezco mentalmente a Bentley que acabe de proporcionarme un salvoconducto para salir de aquí.

Estoy a punto de abandonar la oficina cuando Ryan abre la puerta de su despacho.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta malhumorado.

—Bentley ha llamado. Necesita que vuelva —replico sin endulzar mi voz lo más mínimo—. Tenemos mucho trabajo.

—¿Y yo no tengo nada que decir?

—No lo sé. Sólo hago lo que me dicen, cuando me lo dicen —contesto con mi tono más insolente.

—Debe ser la jodida primera vez —masculla—. Ve con Bentley —ordena.

Como si no pensase hacerlo hasta que no me lo dijese. Es odioso.

Ryan vuelve a su despacho y yo, con una ira sobrealimentada, regreso a mi oficina.

La ventaja de estar dominada por la furia es que devoro todo el trabajo que Bentley me encarga a un ritmo vertiginoso. Ordeno artículos, archivo cartas, voy varias veces al archivo y otras tantas a maquetación. Ni siquiera bajo a comer. No es que quiera convertirme en el paradigma de la eficiencia, pero tengo el estómago cerrado a cal y canto y la idea de encontrarme con Ryan o, lo que es peor, con Ryan y la estúpida señorita Martin en el Marchisio's no me atrae demasiado.

A eso de las cuatro, Bentley me dice que me marche a casa. No discuto. Quiero salir de aquí. Llamo a Lauren y quedamos en vernos en el vestíbulo en cinco minutos. Comeremos algo en el Tang Pavillion, iremos a su apartamento y, después de ver una o puede que dos películas de John Hughes iremos a The Vitamin con Álex y James. Es sábado y vamos a pasarlo bien.

Mientras bajo en el ascensor, sonrío con malicia al pensar en la cara que pondrá Ryan al comprobar que me he marchado. Lo cierto es que me entristece pensar en lo deliciosamente bien que empezó la jornada laboral y cómo ha acabado. Suspiro profundamente. No me gusta nada esta situación, por muy arengada que me sienta por mi enfado.

Lauren me espera en el vestíbulo y, tal y como quedamos por teléfono, seguimos punto por punto nuestro plan y a las ocho estamos atravesando las puertas de The Vitamin, donde nos esperan los demás.

Por primera vez en semanas me pongo unos vaqueros. Son de Lauren, algo viejos y de una tela muy clara, pero la verdad es que me sientan bastante bien. También me ha prestado una bonita camiseta de seda de manga corta color vainilla con pájaros estampados. Me he negado en rotundo a ponerme unos tacones de infarto, así que he conservado mis sandalias de cuero marrón.

Ella ha tirado la casa por la ventana y se ha enfundado en un ajustadísimo traje negro que le queda de maravilla pero que no es precisamente lo que se pondría para tomar algo en nuestro pub favorito. Comienzo a sospechar; sin embargo, decido darle el beneficio de la duda. Sólo espero que no tenga nada que ver con James. Sería un lío demasiado enorme.

Espero sentirme mejor después de un Martini Royale helado, pero no funciona. No puedo dejar de pensar en Ryan y finalmente, mientras apuro mi segunda copa, saco el iPhone para llamarlo.

—Ni se te ocurra —me advierte Lauren golpeándome la mano tan rápido y tan fuerte que me hace tirar el teléfono.

—Ey —me quejo.

—No lo llames, no claudiques.

—Lauren, lo echo de menos, mucho —me lamento dejando caer mi cabeza sobre la mugrienta mesa. Cosa de la que me arrepiento instantáneamente.

—¿Pero qué pasa contigo, Parker? ¿Ya no estás enfadada?

—Claro que sí —digo intentando sonar convencida.

—Dios, tiene que tener una polla fantástica, porque ni piensas con claridad —sentencia apurando su copa.

Pienso en rebatirla indignada para conservar mi reputación de señorita decente intacta, pero a estas alturas me parece una estupidez intentar mantener en alto un pabellón que para Lauren cayó hace mucho.

James regresa a la mesa y deja sobre ella tres Martini Royale que sostenía con ambas manos.

—James, ayúdame a convencer a esta idiota de que no tiene que llamar a Ryan.

—No tienes que llamar a Ryan —repite automático y después me dedica una sonrisa que yo le devuelvo.

—Muchas gracias —se queja Lauren sardónica—, me has sido de gran ayuda. Aunque sospecho que ya no va hacer falta —concluye con la voz apresada por la sorpresa.

Llevo mi mirada hacia donde Lauren la ha clavado perpleja y el corazón me da un vuelco cuando veo entrar a Bentley, Max, Spencer y por último Ryan, condenadamente guapo como cada vez

que nos peleamos.

«Maldita sea.»

Los chicos se acomodan en la barra. Ryan echa un vistazo a su alrededor. Cuando nuestras miradas se cruzan, puedo ver su sonrisa maliciosa antes de que aparte su mirada y se centre de nuevo en Spencer y los chicos.

—Chicas, Ryan y Bentley están en la barra —comenta Álex cuando regresa a la mesa.

—De todos los bares de Nueva York, ¿cómo es posible que supiesen que estábamos aquí? —me lamento más que pregunto. Entonces lo veo claro y así se lo hago ver a Lauren, fulminándola con la mirada.

—Bentley, me llamó —se disculpa con voz inocente—. Le quiero, no puedo mentirle.

James sonrío mientras le da un trago a su Martini Royale. Por su parte, Álex y Charlie están sumidos en un mar de arrumacos del que no parecen tener ninguna intención de salir.

—Genial, me has vendido por un polvo —comento al fin.

—Sí, pero qué polvo, chica.

No tengo más remedio que sonreír, más aún cuando la veo salir corriendo, prácticamente dando saltitos, hacia él.

—¿Tú no vas a saludarlo? —pregunta James.

Niego con la cabeza.

James sonrío y en silencio los dos observamos cómo Lauren es toda sonrisas y amor con Bentley. Ryan le pregunta algo que no alcanzo a entender y ella asiente. Frunzo el ceño. ¿De qué estarán hablando?

—¿No vas a ir a saludarlo? —pregunta Álex de vuelta de su, casi ilegal por exhibicionismo, toqueteo con Charlie.

—Deberíais dejar de meteros mano y prestarnos más atención. Ya he dicho que no.

—Uuhh, estás de muy buen humor —se queja Álex irónica, robándome mi Martini Royale.

—Pues que me robes mi copa no va a ayudar —le advierto recuperándola.

Lauren regresa con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cuándo venía de hablar conmigo también traía esa gigantesca sonrisa? —pregunta James.

—Sí —respondemos Álex y yo al unísono sin ni siquiera mirarnos, lo que automáticamente provoca que todos riamos.

—Sólo estaba siendo amable con mi chico.

El comentario de Lauren provoca que le dé un largo trago a mi cóctel. Yo también querría poder ser amable con mi chico ahora mismo. Es más, querría ser muy amable pero no se lo merece.

La noche va avanzando. Los chistes malos, sobre todo los de James, se van mezclando con más Martini Royale y buena música de los setenta. El alcohol me ayuda a sentirme menos nerviosa cada vez que Ryan pierde su mirada en el local y acaba encontrándome a mí. Pensé que estaría enfadadísimo, pero la manera en la que me mira me hace pensar que no es así.

Antes de que me dé cuenta, he apurado mi tercer Martini Royale y, la verdad, no me veo capaz de seguir soportando la noche sin más cócteles, así que voy a la barra a por otra ronda. Mientras espero a que el camarero termine de preparar las copas, me esfuerzo en ignorar a Ryan y a los chicos sólo a unos taburetes de mí.

—Maddie —me llama Spencer.

¿Por qué soy tan ilusa de pensar que la táctica de si yo nos les veo, ellos a mí tampoco, funciona?

—¿Sí? —Me giro.

—Necesito que me ayudes —me pide y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

Asiento ignorando que el corazón comienza a martillearme en el pecho. Nerviosa, me meto las manos en los bolsillos de atrás y camino hasta ellos.

Ryan me mira de arriba abajo sin ningún disimulo. Creo que sigue sorprendido de verme en vaqueros, pero algo me dice que también le gusta.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto.

—Necesito consejo. Hoy me he peleado con Thea.

—Di mejor que ella se ha peleado contigo —concreta Bentley.

Spencer intenta contener la sonrisa.

—Está cabreadísima —continúa fingidamente compungido, lo que me hace sonreír—. Estos idiotas dicen que no debo llamarla, pero yo creo que sí. ¿Tú qué opinas?

—Lámala —contesto sin dudar pero también algo nerviosa; Ryan no ha levantado sus ojos azules de mí.

Todos me miran sorprendidos por la firmeza de mi respuesta.

—Espera un momento —protesta Bentley—. ¿No deberías saber por lo menos que ha pasado?

—No lo necesito. Él quiere llamarla y si quiere hacerlo es porque no está totalmente seguro de no tener la culpa o, por lo menos, una parte.

Me pregunto si no será exactamente eso lo que me pasa a mí.

—Lámala y haced las paces —concluyo.

—Lo sabía —sentencia enérgico Spencer— y casi me hacéis meter la pata, capullos.

—¿Y por qué su opinión vale más que la de tus consagradísimos amigos? —pregunta Max ceremonioso.

—Porque sois tres tíos solos en un bar un sábado por la noche —me apresuro a responder—. Si ni siquiera sois capaces de mantener una chica a vuestro lado, ¿cómo de válidos son vuestros consejos?

Spencer rompe a reír sin ningún disimulo.

—Llama a Thea —sentencio y giro sobre mis talones.

—Señorita Parker.

¿Por qué tiene que tener esa voz tan sugerente?

Me doy la vuelta de nuevo.

—¿Sí? —respondo fingidamente solicita.

—¿No ha pensado que a lo mejor no tenemos una chica a nuestro lado porque no queremos?

—A veces no es cuestión de querer, señor Riley, si no de poder.

Ryan cabecea suavemente a la vez que sonrío sincero mientras los demás no desperdician la oportunidad de lanzar «uuuhh» y risillas malvadas. No voy a negar lo encantadísima que me siento conmigo misma en este momento.

Regreso a la barra, donde me esperan nuestras copas. Pago con un billete de cincuenta dólares que saco de manera absolutamente intencionada del bolsillo de atrás de mis vaqueros. Incluso me pongo de puntillas para insinuar más todo el movimiento, sabiendo perfectamente que Ryan me está mirando.

Cuando me guardo el cambio, repitiendo exactamente la misma operación, me permito observar a Ryan y lo encuentro con la vista fija en mí y los labios curvados, sexis, ligeramente entreabiertos ante su vaso de Jack Daniel's.

«Objetivo cumplido, Parker.»

Regreso a la mesa con la autoestima por las nubes, tanto que no me doy cuenta de que sólo traigo cuatro Martini Royale en lugar de cinco.

En la barra otra vez, pido la copa que me falta y espero. Miro de reojo a los chicos. Spencer no está, así que imagino que ha seguido mi consejo y está llamando a Thea. Sonrío satisfecha.

Noto la mirada de Ryan sobre mí y, casi sin quererlo, me dejo embaucar por ella. Me dedica su sonrisa más seductora y comienza a caminar hacia mí. La premisa de que, si no fuera tan atractivo, todo sería más fácil, se repite de nuevo en mi mente. Incluso estar enfadada con él me resulta increíblemente complicado si él se propone lo contrario.

—Parece que tu consejo ha tenido mucho éxito —comenta colocándose a mi lado y perdiendo la vista, como lo he hecho yo, en las hábiles manos del camarero que parte dos limones y los exprime en una coctelera.

—Era un buen consejo.

—Y aun así no piensas seguirlo —afirma.

—Si lo sigo —respondo girándome para mirarlo—, hay quien diría que pienso que tengo algo de culpa.

Me dedica su espectacular sonrisa.

Dios, qué guapo es.

—¿Y no es así? —pregunta divertido.

Claramente está jugando.

—Puede ser, ¿pero sabes qué es muy sospechoso? Obligar a Bentley a que llame a Lauren para averiguar dónde pensábamos salir.

—Probablemente —contesta con la sonrisa más endiabladamente sexy que he visto en mi vida—. Tienes un culo increíble con esos vaqueros.

—Probablemente —respondo devolviéndosela.

Recojo la copa, giro de nuevo sobre mis pies y me marchó. Noto cómo me observa. El corazón me va a mil.

¿Sigo enfadada? No lo sé. Creo que sí, pero el hecho de que esté a unos pasos de mí con esa actitud traviesa y encantadora me hace perder el hilo, y por un momento sólo quiero flirtear con él y dejarme llevar. Sin embargo, no debería olvidar tan fácilmente lo que pasó esta mañana. Todo lo que pasó esta mañana en realidad. La verdad es que la parte en la que estaba atada y sin bragas en su despacho fue de lo más emocionante.

«Pensar en eso no te ayuda, Parker.»

Claro que no me ayuda, pero que unos Levi's viejos le queden tan bien tampoco lo hace.

Necesito una actitud renovada. Esta noche me mantendré fría como el hielo. Eso es. No debió ser tan capullo esta mañana. Me beberé mi copa, me reiré, seguiré escuchando chistes malos y lo ignoraré por completo. Para mí Ryan Riley no existe.

En mitad de mis reflexiones, oigo sonar el móvil de Lauren. Un mensaje. Ella lo lee y sonrío entusiasmada. Sin duda es de Bentley.

—Chicos, mi novio... —comienza a decir Lauren.

—¿Ahora ya es tu novio? —pregunto para fastidiarla—. Es curioso, porque creí que sólo te parecía mono.

—Por favor, no eres la más adecuada para hablar de eso, señorita jamás estaría con alguien como Ryan Riley.

Me ha pillado.

—Somos esclavos de nuestras palabras —admito.

—Gracias —continúa victoriosa—. El caso es que él está ahí y yo aquí y había pensado que, como todos somos jóvenes y guapos, podríamos seguir tomando estas copas —hace un gesto señalando vagamente las bebidas de la mesa— juntos.

—Ryan también está ahí —comento realzando lo obvio.

—¿Y? —responde como si fuera incapaz de verlo.

—No te entiendo —me quejo—. Antes me dijiste que no debía llamarlo, ¿y ahora quieres que vaya a tomar una copa con él?

—No, quiero que me acompañes mientras yo me tomo una copa con Bentley —me dice convirtiendo su voz en una súplica palabra a palabra—. Vamos —y definitivamente su tono se convierte en el de una niña de cinco años pidiendo caramelos.

Le pongo los ojos en blanco. Me muero de ganas por ir, pero hasta yo sé que no es una buena idea.

—Venga, puedes seguir fingiendo que eres una zorra fría con él aunque estéis en la misma mesa.

—¡Lauren! —protesto al tiempo que Álex, Charlie y James estallan en risas, tanto que mi queridísimo amigo está a punto de atragantarse con su Martini Royale. Inevitablemente yo también acabo riendo.

—De verdad creo que podrías seguir ignorándolo cara a cara. Te veo capaz —me arenga.

—¿En serio?

—Claro.

Lauren miente casi tan mal como yo, pero me dejó embaucar, más aun cuando oigo reír a Ryan, esa risa jovial y sincera que sé que acabará siendo mi perdición.

—Sé que me estás mintiendo, pero acepto —me rindo.

Mi amiga da unas palmaditas feliz, coge su copa y se encamina hacia la mesa de Bentley. Todos la seguimos, aunque yo me quedo prudentemente rezagada.

Después de las oportunas presentaciones, Bentley propone que vayamos a una de las mesas del fondo. Son las más grandes del local, con el tablero forrado con viejas portadas de vinilo a juego con la parte superior de la pared. La inferior es de paneles de madera oscura tan alta como los sillones corridos de cuero negro a ambos lados de la mesa.

Naturalmente la idea de Bentley es celebrada por todos. Ryan le hace un gesto al camarero para que lleve una nueva ronda a la mesa. Sería el quinto para mí. No sé hasta qué punto es una buena idea.

Me siento la primera para poder hacerlo al fondo. Tiro discretamente de la camiseta de Álex para que me siga y se siente a mi lado. Así me aseguro de que no lo hará Ryan. Tengo que intentar tener la situación bajo control todo el tiempo que me sea posible.

Lo que no vislumbro, probablemente por llevar cuatro cócteles, es que Ryan se sentaría justo enfrente. Lo hace divertido, desenfadado. Está cómodo. No he comprendido hasta ahora que este juego en el que estamos sumidos se desarrolla claramente en su terreno. Aun así, dije que era una chica con recursos y lo mantengo.

El camarero llega con la ronda. Le doy un nuevo sorbo a mi nueva copa y, casi sin darme cuenta, comienzo a tararear bajito al ritmo de *Sympathy for the devil*, de los Stones. Los Stones, uno de los grupos favoritos de Ryan. Recuerdo cuando bailamos *Angie* en el restaurante de Sam. Recuerdo la sala vacía. La vieja gramola. Sus manos al final de mi espalda.

«Mala idea, muy mala idea.»

Sacudo la cabeza para librarme de esta oleada de pensamientos románticos y decido prestar atención a la conversación.

—¿Así que sois hermanos? —le pregunta Max a James.

—Mellizos —concreta.

—¿Y es verdad eso que dicen que, si le pegan a uno, el otro lo siente?

—Lauren —la llama Álex interrumpiendo lo que quiera que fuera a decir su hermano.

Lauren asiente y pellizca a James en el brazo, pillándolo desprevenido.

—Ay —se queja frotándose el brazo rápidamente.

—No, no he sentido nada —confirma Álex y todos, menos su hermano, claro está, nos echamos a reír.

—Me gusta este bar —comenta Bentley— y la música es genial. ¿Quién cantaba esta canción?

—Los Stones —respondemos Ryan y yo al unísono.

Estoy a punto de ruborizarme. Él sonrío y yo clavo la mirada en mi copa.

—¿No me digas que tú también eres fan de los Stones? —me pregunta Bentley sorprendido—.
¿Cuál es tu canción favorita?

No digas *Angie*. No digas *Angie*.

—*Gimme Shelter* —contesto.

Gracias a Dios y a los anuncios de videojuegos.

—Buena elección —responde Bentley.

—¿Buena elección? —se queja Max—. Hoy, viniendo hacia aquí, me has hecho escuchar *The Police* en tu coche. ¿Quién escucha todavía a *The Police*?

Bentley le hace un gesto con la mano para que se calle. Sabe, como muchos de nosotros, que esa frase dará pie a un acalorado debate.

—Yo escucho a *The Police* —replica Lauren.

—¿Qué? No me lo puedo creer —rebate Max—. Parecías una chica lista, Stevens —continúa resignado.

—Y lo soy. Y la que tiene mejor gusto para la música, la moda y los hombres.

Todos, por diversos motivos, protestan entre risas el comentario de Lauren.

Ryan hace un ligero movimiento y, antes de que pueda interpretarlo, noto su mano en mi rodilla. Ahogo un suspiro en una tos nerviosa y lo miro directamente a los ojos. Un gran error, porque en seguida atrapan los míos.

Empieza a hacer suaves círculos sobre mis vaqueros. Su caricia traspasa la tela y me abraza la piel. Sonrió nerviosa sin poder apartar mis ojos de los suyos mientras una sugerente atmósfera va inundando el aire entre ambos.

Nadie nota nada porque desde fuera es imposible verlo. Él tiene la espalda contra la pared, un brazo apoyado en el sillón y él otro cómodamente perdido bajo la mesa. Nada fuera de lo común.

—Maddie, ayúdame —me pide Lauren—. A ti también te gusta *The Police*.

—*Don't stand so close to me '86* —respondo automática.

Todos ríen por mi espontaneidad, Ryan deja de acariciarme y yo me siento como si me hubieran sacado de una burbuja. Coge su vaso de bourbon y por la forma en que sonrío acabo de comprender que ha conseguido justo lo que quería.

—¿Te has comido una gramola, Parker? —pregunta James jocosamente.

Sonrí pero aún me siento nerviosa.

—Una de buena música —me defiende Lauren.

Con ese comentario la atención sobre mí se disipa y vuelve a centrarse en la conversación.

Ryan deja el vaso de *Jack Daniel's* en la mesa y vuelve a bajar el brazo. De repente me descubro excitada, siguiendo su mano con la mirada, deseando que me acaricie de nuevo.

El corazón me martillea en el pecho cuando vuelvo a notar sus dedos en mi rodilla, pero esta

vez suben por el interior de mis muslos para dibujar los mismos sensuales círculos ahora a escasos centímetros de mi sexo.

Alzo la mirada y la suya me está esperando. Sus ojos azules vuelven a atraparme y sólo necesita sonreírme una vez más.

Me levanto torpe, con los latidos a mil y la adrenalina corriendo por mis venas casi a la misma velocidad que un deseo sordo, intenso y animal sacude todo mi cuerpo.

—Voy al baño —me disculpo.

Camino acelerada hasta los aseos y espero con la mirada clavada en la puerta a que él entre, a que calme todo lo que acaba de despertar en mí.

Han pasado un par de minutos pero es normal. Supongo que está disimulando y se lo agradezco, si no, Álex, James y Lauren estarían martirizándome durante meses. «¿Os acordáis de cuando Ryan y Maddie no pudieron aguantar sin meterse mano ni dos horas?» Mejor no.

No lo he comprobado, pero diría que ya han pasado cinco minutos.

Ahora sí los he contado. Trescientos «mississippi» o, lo que es lo mismo, cinco minutos, más los cinco de antes, diez. No va a venir.

Salgo del baño indignada, enfadada y, para qué negarlo, muy excitada. Una gran combinación.

Vuelvo a la mesa y ocupo mi sitio.

Ryan luce la sonrisa más arrogante e insolente que he visto en mi vida. Discretamente se inclina sobre la mesa y ladea la cabeza para quedar aún más cerca de mí.

—Parece que te has quedado esperando algo —susurra con una voz ronca, inaudible para todos los demás.

¡Qué hijo de puta! Lo ha hecho absolutamente a propósito.

—Ay, señorita Parker. Aquí él que castiga soy yo.

Sin más, se incorpora triunfal y yo me quedo inmóvil. A estas alturas ya tendría que haber aprendido que, en este tipo de jueguecitos, siempre tengo las de perder.

—Chicas —nos llama Álex y me devuelve a la realidad—, he hablado con mi madre esta tarde. Ya podemos pasarnos por casa para probarnos los vestidos para la fiesta de aniversario del Riley Group, así que, ¿qué tal mañana a eso de las doce?

—Genial —respondemos Lauren y yo al unísono.

El mío ha sonado un poco más vacío. Aún me siento conmocionada. Pero esto no puede quedar así. Necesito un plan, aunque con él y esos malditos ojos azules tan cerca no puedo pensar.

—Voy al baño —me excuso de nuevo.

Dentro hay varias chicas retocándose el maquillaje, así que finjo hacer lo mismo mientras intento poner mis ideas en orden. Yo también puedo jugar, me animo. Sólo tengo que mantener la sangre fría y ponerlo un poco nervioso, desafiar todo ese autocontrol.

Sin embargo, al salir me percató de que mi plan ha perdido toda su estrategia. Ryan está solo, sentado a la misma mesa, disfrutando de su Jack Daniel's. Cuando se da cuenta de que lo observo confundida, me dedica una vez más su sonrisa más arrogante y alza su copa antes de darle un trago.

Sin duda alguna está disfrutando con todo esto.

—¿Dónde están todos? —pregunto al llegar hasta la mesa. Sueno confusa y algo molesta. No voy a negarlo, lo estoy.

—Se han ido a un bar en la 43. Sólo tuve que mencionar que sabía que Sting suele pasarse por allí y Lauren los ha arrastrado a todos.

Ahogo un suspiro en una risa nerviosa.

—También me pidió que te dijera que, si querías dormir en su apartamento, la llamas.

La sonrisa de Ryan brilla de nuevo. Tiene clarísimo que no lo haré. Bastardo presuntuoso.

—Ryan, has hecho que todos se marcharan —protesto indignada.

—Quería estar a solas contigo y yo siempre consigo lo que quiero —y suena exactamente como lo que es, una perfecta amenaza.

Sacudo la cabeza exasperada.

—¿Y qué pasa si yo no quería estar a solas contigo?

—Sí que quieres. —Tiene razón, sí que quiero, pero no pienso reconocerlo—. Además, sé que no estás enfadada. Cuando lo estás de verdad, no puedes controlarlo. Me buscas y me gritas todo lo que piensas de mí. No te vas donde sabes perfectamente que podré encontrarte.

—¿Ah, sí? ¿Y si quería que me encontraras porque llevo vaqueros y no un vestido espectacular?

—Eso era parte de tu plan para castigarme y no sabes lo mal que te ha salido, porque sólo puedo pensar en quitártelos.

Uau.

—A lo mejor ése es el castigo —pronuncio con voz temblorosa, inclinándome también sobre la mesa—, porque te advierto que no vas a poder.

—¿Segura? —pregunta con esa sonrisa tan sexy de vuelta en sus labios.

—Segura.

Reconozco que el peligro de tartamudeo ha sido casi fatal. Él sonríe y se recuesta sobre el sillón, relajando la intensidad eléctrica que se ha creado entre nosotros. Soy consciente de que ha decidido concederme la victoria por pura bondad. Ambos sabemos que sólo necesitaría unos segundos para vencer mis defensas.

—Siempre estás deseando que hablemos. Pues hoy es tu gran oportunidad.

Lo miro desconcertada. Su oferta me ha descolocado.

—¿Puedo preguntar lo que quiera y tú contestarás?

—Puedes preguntar lo que quieras —me aclara, pero aun así acepto. ¿Quién sabe si tendré una oportunidad mejor?

—¿Por qué antes te comportabas tan mal conmigo?

—¿No es obvio?

Su sonrisa se ha endurecido un poco.

—Para mí no lo es.

—¿Por qué te has enfadado tanto esta mañana? —inquire cruzando los brazos sobre la mesa e inclinándose de nuevo sobre ella.

—Creí que la que preguntaba era yo.

—Contéstame —me apremia.

Respiro hondo.

—Me ha dolido que no me creyeras.

—Te equivocas. Sí te creí.

Ahora sí que estoy confusa.

—Entonces, no entiendo nada.

—No soy estúpido, conozco a Stephanie Martin perfectamente, pero en la oficina soy el jefe y un jefe jamás se pondría de parte de una asistente.

Frunzo los labios. Tiene toda la razón.

—Y te recuerdo —continúa— que la que quiere que las cosas sean así eres tú.

Permanecemos unos segundos en silencio.

—¿Por qué te has enfadado tú? —pregunto.

—Porque a veces siento que te me escapas entre los dedos, Maddie. Despiertas algo dentro de mí que me vuelve insaciable, como si nunca tuviera suficiente de ti.

—¿Y no te gusta? —musito envuelta por toda su sensualidad.

—Nunca he dependido así de nadie.

—Para mí tampoco es fácil. A veces creo que podría aceptar cualquier cosa que me pidieses y eso me asusta.

¿Acaso no lo he hecho ya? «No te enamores de mí, no te preocupes por mí.» He aceptado una relación complicada con un hombre aún más complicado.

Ryan se queda en silencio, observándome, y yo cada vez me siento más tímida. Nuestros miedos están puestos de nuevo sobre la mesa.

—Maddie, mi vida empieza y acaba contigo. Sencillamente ya no puede ser de otra forma.

Sus palabras me derriten y tocan mi corazón como nunca antes nada ni nadie lo había hecho. En sus ojos hay miedo y deseo. Es una mirada vulnerable y sincera que me llena por dentro.

Con la sonrisa en los labios, me levanto, rodeo la mesa y me siento en su regazo. Cojo sus brazos y le obligo a rodear mi cintura. Tomo su cara entre mis manos y lo beso. Él me responde, me estrecha fuerte contra su cuerpo y nos quedamos así, besándonos, abrazados en una de las mesas del fondo de mi bar favorito, durante horas.

—Será mejor que nos vayamos —dice Ryan cuando cortan la música y encienden y apagan varias veces las luces del bar.

Asiento y me levanto. Ryan hace lo mismo, toma mi mano y salimos del local. Caminamos un par de manzanas hasta donde ha dejado aparcado su coche.

—No puedo quedarme en tu casa —comento mientras observo cómo me abre la puerta del BMW.

Ryan me mira extrañado. Pienso en hacerle sufrir un poco pero finalmente me apiado de él.

—*Lucky* está solo y no sé cuándo volverá James o siquiera si dormirá en casa.

—Me olvidaba de esa bola de pelo —responde resignado.

—Pero si quieres puedes dormir en mi apartamento —le ofrezco pícaro metiéndome las manos en los bolsillos de atrás y atravesando la ínfima distancia que nos separa.

—No está mal.

Ambos sonreímos y tácitamente decidimos no besarnos porque, si no, es más que probable que acabemos haciendo el amor sobre el capó de su coche en plena Park Avenue.

Tenemos suerte y Ryan consigue aparcar justo en frente de mi portal.

Abro la puerta de mi apartamento y entramos. *Lucky* se levanta y me observa desde el sillón donde dormía plácidamente. Ladea la cabeza y pocos segundos después vuelve a tumbarse.

En seguida reparo en un paquete que hay sobre la isla de la cocina. Una nota de Álex dice que lo recogió de mi puerta esta tarde.

Ryan se coloca a mi espalda, rodea mi cintura con sus brazos y me besa con dulzura en la nuca. Comprendo al instante que este envío tiene que ver con él.

Paseo los dedos suavemente sobre el paquete. Está envuelto en papel marrón de embalar y una fina cuerda anudada en el centro lo rodea. Tiro suavemente de uno de los extremos del lazo y se deshace con delicadeza. Rasgo el papel y aparece una caja de elegante piel negra. La observo nerviosa y mi respiración se acelera al ver «Le Sensualité» escrito en letras doradas en una de las esquinas inferiores.

—Ábrelo —me pide sensual.

Nerviosa, llevo mis manos hasta la caja y levanto la tapa despacio. Me sorprende muchísimo al ver un libro. Mi mente perversa ya había imaginado todo tipo de juguetitos. Como la caja, tiene las tapas negras y la misma serigrafía dorada. Lo saco y me giro para mirar a Ryan. Él me sonrío sugerente y me lleva hasta el sofá.

Se sienta primero y tira de mí para que lo haga a su lado. No sé por qué, conteniendo este libro entre mis manos, me siento emocionada, excitada por adelantado. Lo abro, paso una elaborada hoja de papel de seda y sonrío nerviosa al entender lo que es, una especie de catálogo, pero no uno convencional. Cada pequeño juguetito se muestra en una fotografía erótica en blanco y negro refinada y exquisita.

En la primera se ve a una guapísima mujer con el pelo y los ojos oscuros y el rostro lleno de placer. Su vaporoso camisón parece cobrar vida mientras su cuerpo se retuerce presa de todas las emociones que le provoca un pequeño virador. Es tan sensual y a la vez tan artístico que resulta evocador.

Con cada hoja que paso, un deseo hambriento va instalándose en mi vientre. Bolas chinas, pinzas para los pezones, consoladores. Una fotografía me llama la atención. Se ve a una chica completamente desnuda, de espaldas. Tiene las manos esposadas justo por encima del trasero. Puedo

sentir el frío acero sobre la piel de las muñecas. Pero eso no es lo que más me llama la atención. Una esfera brillante, como si estuviese hecha de diamantes, cubre el centro de su trasero.

Suspiro al contemplar la imagen y noto cómo Ryan sonrío sensual junto a mí.

—Es una joya anal —me explica—. Sirve para darte placer y te prepara para que pueda ser yo quien te lo dé.

Se me seca la boca. La sola idea me excita muchísimo, pero al mismo tiempo me asusta. Eso es algo que jamás pensé que aceptaría, pero los límites a los que Ryan me lleva son siempre nuevos e insospechados.

—No sé si estoy preparada —musito llena de un fascinante deseo.

—No hay ninguna prisa, pero te deseo demasiado como para renunciar a una parte de ti.

Vuelvo a sonreír y, tímida, clavo otra vez mi vista en la fotografía. Por un segundo me imagino a mí misma caminando descalza sobre el perfecto parquet de la casa de Ryan. Lo imagino mirándome desnuda, contemplando mi trasero, la joya que él mismo habría colocado ahí. Lo imagino pensando, disfrutando mentalmente de todo lo que me hará cuando su duro y maravilloso miembro tome el relevo de la joya. Lo imagino detrás de mí susurrando mi nombre. Me imagino gritando de placer.

Ryan apoya su mano en la mía, devolviéndome al aquí y ahora, y me hace pasar la página. Me giro para poder mirarlo y él me sonrío provocador como si quisiese decirme que, todo lo que acabo de pensar, llegará.

En la siguiente imagen veo a una mujer de nuevo de espaldas. Está desnuda, pero su piel está cuidadosamente cubierta por cuerdas anudadas entre sí. Está atada; sin embargo, todo parece formar parte de una estética erótica y cuidada donde las cuerdas son el fin de la acción y no una parte de ella.

Las siguientes fotografías juegan a lo mismo. Todas son sensuales poses de mujeres con cuerdas anudadas sobre su cuerpo, rodeando sus pechos, sus pezones, su vientre. Ahogo un suspiro cuando contemplo a una mujer tumbada en una cama, extasiada de placer, con una preciosa melena que le cae a su alrededor hasta llegarle prácticamente a las caderas. Varias cuerdas cubren su sexo y son claramente el motivo de su euforia.

—Se llama *kinbaku* —susurra Ryan carnal cerca, muy cerca de mi oído—. Lo inventaron los japoneses y forma parte del *shibari*, el arte de provocar placer a través de las ataduras.

—Suena bien. —Y siento que es mi libido la que ha hablado.

—Me alegra que piensas así. —Hay un cierto toque de misterio en su voz—. Ahora quiero que te levantes, cojas el segundo paquete de la caja y vayas a la habitación.

¿Hay un segundo paquete?

Hago lo que me dice y, efectivamente, lo encuentro dentro de la caja. También está envuelto en papel negro, pero al cogerlo me doy cuenta de que no es rígido.

Voy hasta la habitación y coloco el paquete sobre la cómoda. Hay un diminuto sobre enganchado entre las cuerdas que lo adornan. Es una tarjeta negra como el sobre, en la que solo está escrito «La Perla» en letras blancas ligeramente hendidas en el papel. Trago saliva y rasgo el envoltorio con cuidado.

Sonríó al ver un espectacular conjunto de ropa interior negro lleno de deliciosos encajes y algún que otro diminuto lacito estratégicamente colocado. También hay unas medias negras a juego con ligueros de encaje al final de ellas.

La sangre bombea por mis venas descontrolada mientras el corazón se me acelera.

Rápidamente me desnudo y me pongo todo el conjunto. Si quiero que luzca aún más, debería ponerme unos tacones. Mentalmente hago un rápido inventario de mis zapatos y en seguida caigo en mis *peep toes* negros. No tardo nada en localizarlos en mi armario y me subo a ellos. Me suelto la melena y dejo que las ondas castañas caigan suavemente sobre mis hombros desnudos.

Me miro de arriba abajo, asegurándome de que todo esté perfecto.

Me estoy colocando bien uno de los ligueros cuando siento cómo se abre la puerta. Alzo la mirada y veo a Ryan observándome. Sus ojos arden de deseo. Me miran oscurecidos, enardecidos, como si ya estuviesen poseyendo cada centímetro de mi piel.

—Hay una última bolsa —me susurra en una voz salvaje, con el deseo acentuando cada sílaba.

Rompo el papel negro y, sobre él, en seguida resalta el rojo intenso de una madeja de cuerda. Siento una punzada de anhelo en mi sexo que se extiende por todo mi cuerpo. Clavo mis ojos en los de Ryan, y él es capaz de leer el placer anticipado que se desborda en ellos, en toda mi piel.

Se lleva las manos a la espalda y se quita la camiseta con un solo movimiento fluido. Su perfecto torso sube y baja enérgico, incommensurable. Su magnetismo animal centellea con fuerza en cada centímetro de su piel. Es enloquecedor.

Extiende su mano y coge la cuerda. Saca el extremo y va deshaciendo la madeja, enrollándola lenta pero firmemente en su mano mientras camina hacia mi cama. Finalmente se detiene a los pies.

—Ponte de rodillas en la cama —me ordena.

Hago lo que me dice y me arrodillo justo frente a él.

—Quítate el sujetador.

Deslizo los tirantes y dejo que caigan lentos y provocadores por mis hombros. Lo desabrocho y lo tiro a sus pies.

Ryan entreabre los labios y deja escapar un gruñido. Él también está muy excitado.

—No va a dolerte —dice clavando sus ojos en los míos, intentando buscar en ellos alguna reacción que le diga que no debe continuar. Pero yo no estoy asustada, sólo nerviosa, expectante—. Yo nunca te haría daño.

Y por un momento tengo la sensación de que esa frase no sólo se refiere al aquí y ahora. Quiere decir más, mucho más.

—Lo sé.

Por muy extraño que suene, es justo ahora, al ponerme en sus manos de esta manera, cuando realmente lo sé.

Ryan sonrío y, en cuestión de segundos, su gesto va transformándose en una sexy amenaza sensual. El juego va a comenzar.

—Pon las manos en la espalda —ordena, y yo obedezco.

Ryan me ata las muñecas con firmeza. La cuerda es suave, más de lo que imaginé que sería. La sube por mi espada y la separa haciendo que cada extremo pase sobre uno de mis hombros. Hábilmente va cruzándolos y anudándolos alrededor de mis pechos y mi vientre hasta llegar a mi cintura.

Suspiro bajito pero rítmicamente.

Cuando los dos extremos de cuerda pasan por mi ombligo, Ryan hace un último nudo y tira de ellos de forma que toda la cuerda se tensa y se adapta a mi piel, apretando mis pechos, endureciendo mis pezones.

La sensación es indescriptible.

Gimo de placer y todo mi cuerpo se arquea.

Siento como si centenares de manos me tocasen.

—Ryan —susurro.

Me besa dulcemente para calmar mi respiración desbocada y aguarda hasta que abro los ojos de nuevo. Los suyos azules están esperándome para advertirme que lo mejor está aún por llegar.

Pasa las cuerdas por mi trasero. Las superpone, está vez con fuerza; hace que jueguen con mi piel como pequeños y rápidos azotes que me encienden y humedecen mi sexo.

—Tumbate —me ordena con la voz rota de deseo.

Sin dudarle, sin dejar que mis ojos se aparten de los suyos, lo hago. Ryan separa las cuerdas y enrolla cada una con delicadeza alrededor de la parte superior de mis muslos.

Ya no controlo mi respiración.

Cuando termina, pasa las cuerdas por la atadura original de mis muñecas y hace un nudo más grueso cerca de cada uno de los extremos, dejando que cuelguen.

Gimo suavemente de pura expectación.

Ansiosa, observo cómo enrolla los extremos en una de sus manos mientras va abriéndose paso por mi cuerpo hasta quedar suspendido sobre mí, mirándome de nuevo a los ojos con los suyos azules y ávidos.

Tira de la cuerda que atraviesa la atadura corrediza de mis muñecas hasta que los nudos gruesos de los extremos apenas acarician mi sexo.

Suspiro con fuerza.

Ryan sonrío y vuelve a tirar. El nudo choca contra mi sexo en toda su plenitud y yo grito de placer. Extasiada. Maravillada.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Sí —susurro.

—Dime cuánto te gusta, Maddie.

Sus palabras son exigentes, casi implacables. Utiliza esa voz tan suave y dura a la vez, capaz de condesar todo su poder.

Me gustaría contestar, pero las palabras se diluyen en mi lengua. Tira de nuevo de las cuerdas y el nudo sube y se aprieta otra vez contra mi sexo.

Vuelvo a gritar.

Quiero retorcerme de puro placer, pero las cuerdas me lo impenden haciéndolo todo aún más intenso.

—Abre los ojos —me ordena.

Tengo que concentrarme sobremanera para llevar a cabo esa simple tarea. Siento mi cuerpo provocado en cada centímetro pero, sobre todo, en uno.

Al fin consigo abrirlos.

—Dime cuánto te gusta o pararé —me advierte.

No. No, por favor. No pares.

—Me gusta mucho —prácticamente jadeo, y siento cómo el azul de sus ojos me abrasa.

—Eso es, nena —responde satisfecho, y vuelve a tirar de la cuerda.

El placer me ciega.

Mis pechos, mi sexo, cada zona erógena de mi piel está sobreestimulada.

Tengo calor.

El nudo acaricia mi clítoris y se desliza entre mis húmedos labios. Consigue activar cada terminación nerviosa, cada punto de estimulación de mi sexo.

Ryan acaricia mi mandíbula con sus dientes y baja hasta hundirse en mi cuello. Me muerde con fuerza y después lame con adoración mi piel. Repite el proceso una y otra vez, seduciéndome aún más.

Conjuga el ritmo de los tirones con sus mordiscos y yo sólo puedo gemir fuerte, un sonido largo y profundo que escapa desde el fondo de mi garganta. Me está torturando con una sensualidad exquisita, y me encanta.

La intensidad de mi cuerpo aprisionado por las cuerdas acentúa mi placer hasta convertirlo en algo casi enloquecedor.

Ryan tira de nuevo y siento que estoy a punto de pedirle que me suelte. La situación va a superarme pero al mismo tiempo quiero más y más.

Gimo de nuevo. Grito.

Entonces lleva su mano hasta mi sexo, retira el nudo lujurioso y siento la cuerda correr hasta salir de la atadura de mis muñecas. Ágil, se desabrocha los pantalones, aparta mis bragas y de un solo movimiento entra en mí.

Grito enardecida.

Sus embestidas son duras y fuertes. No me liberan, me hunden todavía más en la perturbadora intensidad de las cuerdas.

Tengo más calor.

Estoy más cerca de pedirle que me desate, pero nuevamente me dejo llevar y recibo encantada, absolutamente extasiada, sus embestidas una y otra vez.

Ryan suspira con fuerza. Su respiración cada vez está más acelerada.

Agarra la cuerda central, tira de ella y el centenar de manos vuelve a mis pechos para apretarlos, pellizcarlos, erguirlos tras la erótica cuerda roja.

—¡Ryan! —grito consumida en el placer.

—Aguanta, nena —me ordena entre jadeos.

Toma mi cuerpo rebosante de placer hasta casi doler y me obliga a arrodillarme. Pasa de nuevo las cuerdas entre mis piernas y, antes de que mi embriagada mente pueda preguntarse por qué, vuelve a penetrarme aún con más fuerza, tanto que estoy a punto de perder el equilibrio. Ryan rodea al instante mi cintura sujetándome contra él, estrechándome aún más contra el salvaje movimiento de sus caderas.

—Eres increíble, Maddie.

Sus palabras repletas de devoción en mitad de todo este placer desbocado tocan mi corazón y me hacen gemir de nuevo.

Ryan vuelve a tirar de la cuerda y, justo cuando el grueso nudo choca contra mi clítoris, su embestida más brutal sacude mi cuerpo.

Grito. Él también. Dios, nunca había sentido un placer tan intenso.

Me estrecha todavía más fuerte y apoya su frente en mi nuca. No puedo aguantar más. Todo es perturbadoramente placentero. Siento que mi cuerpo va a cortocircuitarse en cualquier momento.

Baja su mano, aparta el nudo acelerado y son sus propios dedos los que me acarician vertiginosos, llevándome a un placer frenético que no sé si mi cuerpo será capaz de soportar.

Me embiste con fuerza y me desplomo sobre su brazo, que aún me sujeta por la cintura, y estallo en un orgasmo que siento que me libera a pesar de las cuerdas y grito y gimo y disfruto de cada segundo de más que Ryan lo alarga entrando y saliendo de mí. Es una locura. Una bendita locura. Tiemblo, río, gimo más fuerte.

Ryan me embiste una vez más. Aprieta su brazo alrededor de mi cintura y se corre en mi interior.

No soy más que placer y luz y euforia mientras me destruyo y me reconstruyo en torno a él y a la deliciosa cuerda roja que rodea mi piel.

Mientras intento recuperarme, Ryan se incorpora y, diligente, desata los nudos hasta que el entramado de cuerdas prácticamente se deshace sobre mí. Retira la sugerente cuerda y con delicadeza me desata las manos, la última atadura sobre mi piel, el nudo original.

Dulcemente frota mis muñecas mientras me examina el torso y la parte superior de los muslos. Lo observo concienzudo, fijándose en cada centímetro, asegurándose de que no me ha hecho daño alguno.

Contemplándolo, siento que el sueño me invade pesado. De pronto estoy demasiado cansada siquiera para mantener los ojos abiertos.

—¿Estás cansada? —pregunta.

Yo intento contestar, pero sólo soy capaz de gruñir un «mmm», lo que le hace sonreír.

—Me lo tomaré como un sí.

Tira de mí hasta apoyarme en su pecho y hace lo mismo con la sábana para cubrirnos a los dos.

Una sensación deliciosa cosquillea mi hombro. Quiero abrir los ojos pero temo que se esfume si lo hago y sólo ronroneo mientras disfruto de ella. Sube por mi cuello, mi mejilla y finalmente me acaricia con dulzura los labios. Es la sensual boca de Ryan. Una manera genial de empezar el día.

Finalmente abro los ojos y lo encuentro ya vestido sentado en el borde de mi cama.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —digo dejando escapar un bostezo.

Él sonríe y yo estiro mis brazos por encima de la cabeza.

—Tengo que marcharme.

—Pero si debe ser tempranísimo —me quejo adormilada.

—No tanto —se defiende—, pero tengo que ir a la oficina y necesito pasar por mi casa primero.

—Haré café.

—No hace falta, ya lo he hecho yo y he sacado a *Lucky*. Es interesante cuánto se liga con un chucho en un parque.

Yo le dedico mi mejor mohín y Ryan vuelve a sonreír.

—Espérame en Chelsea cuando termines con las chicas. Pasaremos la tarde juntos y puedes traerte al perro.

—Qué previsor —comento socarrona.

Ryan se inclina hasta que nuestros labios casi se rozan.

—No quiero dejarte ninguna excusa para que puedas salir de mi cama. Pienso follarte hasta que vuelva a salir el sol.

Mis ojos acaban de abrirse como platos y me cuesta respirar. Ryan me besa y tengo ganas de decirle que, por mí, podría empezar ya y acabar la semana que viene.

—Hasta esta tarde, nena —se despide contra mis labios.

—Hasta esta tarde —musito automática, sumida de lleno en toda su sensualidad.

Ryan sonríe, me da un último beso y finalmente se marcha.

Ruedo por la cama hasta llegar a la otra mesita de noche, donde está el iPod conectado a los altavoces. Me siento radiante y quiero celebrarlo con buena música.

Pongo *Can't hold us* y me levanto de un salto. Me meto en la ducha y canto a pleno pulmón el gran éxito de Macklemore y Ryan Lewis. Sigo cantando mientras me seco el pelo y elijo qué

ponerme. Me decanto por un vestido de tela vaquera de corte *baby doll* con unos bordados simétricos gris marengo en la parte de arriba. Me calzo unas sandalias de cuero negro agarradas al tobillo. Y por último me recojo el pelo en una cola de caballo para mantener a raya el calor.

A eso de las doce, minuto arriba, minuto abajo, voy a casa de Álex y juntas esperamos a Lauren. Para sorpresa de ambas, le ha pedido el coche a Bentley, así que iremos a la mansión de los Hannigan en un espectacular Porsche.

Una hora escuchando los grandes éxitos de nuestra época universitaria después, llegamos a Glen Cove. Nunca deja de sorprenderme la cantidad de mansiones que se ven aquí.

La madre de Álex nos espera con su particular semana de la moda. Desde que su hija le dijo que iríamos a la fiesta de aniversario del Riley Group y que debíamos vestirnos como si estuviéramos en 1940, lo ha estado preparando todo minuciosamente. Y es que, si algo apasiona a Mira Hannigan, sin duda alguna, es la moda.

Nos conduce emocionada por la casa hasta llegar al salón más pequeño, aún así, más grande que todo mi apartamento, y abre la puerta ceremoniosa. Las tres suspiramos obnubiladas con lo que descubrimos: hay decenas de vestidos repartidos por toda la sala, zapatos, tocados, sombreros, collares y joyas. Mira ha montado una especie de *showroom* para nosotras.

—¿A qué estáis esperando, chicas? —nos arenga.

Cruzamos felices el umbral del salón y comenzamos a revisarlo todo. Los vestidos son espectaculares, con un estilo *pin-up* fantástico. Me muero por ponérmelos todos. Además, cada uno de ellos tiene todo lo necesario a juego, incluidas delicadas medias con la costura en la parte de atrás.

Mira nos anima a probárnoslos y, un par de horas después, nos hemos subido a todos los tacones y comprobado cómo nos quedan todos los vestidos y demás complementos. Aunque es una tarea difícil, conseguimos decirnos y elegimos lo que nos pondremos para la fiesta.

Estamos recogiendo todo cuando llaman a la puerta. Las tres tenemos el mismo gesto reflejo de mirar a las otras dos para comprobar que están decentemente vestidas, lo que hace que acabamos sonriendo. Finalmente Álex da paso.

Resulta ser su hermano Sean.

—Hola, hermanito —dice ella saliendo a su encuentro.

Lauren me ayuda a meter el vestido que sostengo entre las manos en su funda a la vez que no pierde oportunidad de dedicarme una miradita de lo más socarrona.

—Hola, chicas.

Yo le devuelvo la mirada, advirtiéndole mentalmente que pare. Sé exactamente lo que está maquinando. Ella se limita a sonreírme, girarse y acercarse también a Sean.

—Hola, Sean —lo saluda.

Al fin termino de cerrar el guardatraje y también me acerco.

—Hola, Sean.

—Hola, Maddie.

Clava sus ojos en los míos y yo me siento algo incómoda. Me encantaría que Sean encontrarse

una novia fantástica y maravillosa. Se lo merece y de paso volveríamos a una sana relación de joven triunfador treintañero-amiga de su hermana pequeña.

—Mamá me ha contado que vais a ir a la fiesta de aniversario del Riley Group.

Las tres asentimos.

—¿Tú vendrás? —pregunta Lauren.

Álex comienza a hacer todo tipo de mohines acaparando la atención de su hermano, intentando convencerlo de que venga. Yo aprovecho para, discretamente, darle un codazo a Lauren. Ella se queja y yo le miro entornando los ojos y frunciendo los labios hasta hacerlos una fina línea.

—Para —le advierto. Está vez explícitamente.

—Vale —claudica.

Ambas sonreímos fingidamente, disimulando cuando la atención se centra de nuevo en nosotras.

—No puedo ir —nos aclara finalmente Sean y yo lanzo un suspiro mental de alivio—. Tengo turno en el hospital. —Hace una pequeña pausa—. Además, en realidad ya me iba. Sólo quería saludaros.

Álex se cuelga de su cuello y le da dos sonoros besos.

Antes de despedirse de nosotras con un rápido saludo de mano, me lanza una mirada menos fugaz de lo que me hubiese gustado y a la que respondo con una sonrisa de compromiso.

Las tres lo observamos hasta que la puerta se cierra tras él.

—Chica, menudo repaso te ha dado. Te ha devorado con los ojos —comenta Lauren a la vez que regresa hasta uno de los sofás y sigue guardando zapatos en sus respectivas cajas.

—Lauren —la reprendo.

No quiero hablar de esto.

—¿Y tú no tienes nada que decir? —le pregunta a Álex.

—Tengo mucho que decir —se jacta—, pero hoy me siento bondadosa.

Ambas se echan a reír claramente de mí.

—¿Y qué tal si hablamos de nuestro Hannigan favorito? —sugiero para dejar de ser el centro de la conversación.

—Creí que ya lo estábamos haciendo —bromea Álex.

—¿Vamos a hablar de Miles? —continúa Lauren.

Yo pongo los ojos en blanco divertida y les doy la espalda mientras sigo guardando sombreros en cajas redondas de lo más pomposas.

—En serio, ¿dónde está James? —pregunta Lauren tras unos segundos como si hubiese recapacitado sobre mi propuesta original.

—No lo sé. Últimamente está de lo más raro —comenta Álex—. Si tuviera que apostar, diría que está enamorado.

—¿Enamorado? —inquirimos al unísono y francamente sorprendidas.

—No me preguntéis de quién. Quizá incluso me equivoque, pero, si tengo razón, la chica no se lo está poniendo fácil.

—Tonterías. Quién en su sano juicio rechazaría a James —sentencio, y es la verdad. La chica, sea quien sea, es una afortunada.

Las dos asienten.

—Y eso que ninguna de las dos sabe lo bueno que es la cama.

—Lauren, por todos los santos —me quejo.

—¿Qué? —protesta—. Sólo estoy diciendo que tiene otras virtudes más allá de parecerse a James Franco.

Ahora la que reflexiona y asiente soy yo.

—Es divertido —finalmente añado.

—Inteligente —continúa Lauren.

—Con él nunca hacemos cola para entrar en los garitos. Y además, mira esta casa, claramente aquí manejan pasta.

Las dos nos echamos a reír.

—Chicas —nos interrumpe Álex—, si queréis, llamo a una agencia matrimonial y le hacéis el vídeo de presentación.

—Olvídate de agencias matrimoniales —replica Lauren cuando yo ya estaba a punto de decir que sí—. Lo que tenemos que hacer es apuntarlo a una de esas web de sexo sin compromiso para que se acueste con un montón de chicas y se olvide de esa idiota, porque claramente tiene que serlo para rechazarlo.

Las tres asentimos esas sabias palabras y con ese gesto salimos del salón después de haberlo recogido todo.

Comemos con Mira en el jardín trasero. Nos cuenta cómo eran las fiestas cuando ella era joven y nos relata hasta el más mínimo detalle de la gala benéfica en la que conoció a Miles.

Lo pasamos genial escuchando anécdotas y bebiendo té helado.

A primera hora de la tarde decidimos volver a la ciudad. Como todas tenemos planes, nos despedimos en la puerta de mi edificio. Lauren tiene que devolverle el coche a Bentley, Álex ha quedado con Charlie y yo tengo que subir arriba, recoger a *Lucky* y algo de ropa e ir a Chelsea.

Camino de casa de Ryan veo un pequeño puesto en la 21 Oeste. Están vaciando un viejo local que antes era un videoclub y han decidido montar un pequeño tenderete con los devedés y VHS que han ido encontrando.

Curioseo un poco y sonrío como una niña cuando encuentro *California Suite*. Yo ya la tengo, pero me parece un regalo perfecto para Ryan. Podríamos verla juntos. La pago al increíble precio de un dólar y continúo mi camino.

Ya en Chelsea, Finn se ocupa diligente de mi mochila a pesar de cuánto le insisto en que no hace falta. Miro a *Lucky*. Parece sediento. Y entonces me doy cuenta de que he olvidado traer sus cosas: su cuenco, su cama, ¡su comida!

—Soy un desastre, *Lucky* —digo mirándolo divertida. Él ladea la cabeza como si entendiese lo que le digo—. Si sigo así, acabaran dándole tu custodia a James.

Miro a mi alrededor y decido ir a la cocina en busca de algún bol pequeño o plato para darle de beber al perro.

—¿Puedo ayudarla, Maddie? ¿Necesita que avise a la señora Aldrin? —pregunta Finn al otro lado de la isla de la cocina.

—No —contesto rápidamente—. Sólo necesitaba un cuenco o algo parecido para darle de beber al perro.

—No hará falta. El señor Riley me pidió que comprara todo lo necesario para su mascota.

—¿En serio? —pregunto con una sonrisa.

Finn no contesta, va hacia el mueble de la entrada y regresa con varias bolsas de una tienda de animales.

Las abro entusiasmada y hay un saco de pienso enriquecido con todo tipo de vitaminas, galletitas, champú, juguetes. Ha comprado un par de cuencos e incluso ha hecho que graben su nombre en ellos. Además, hay una cama con un aspecto realmente cómodo.

—Espero no haber olvidado nada.

—Claro que no —respondo con una sonrisa—. Muchas gracias, Finn.

—Yo sólo me he limitado a hacer el encargo —contesta profesional—. Si necesita cualquier otra cosa, avíseme.

Asiento y Finn se retira.

Cojo encantada los nuevos cuencos, lleno uno de ellos con agua y lo pongo en el suelo de la cocina. Guardo todo lo demás y me quedo con la cama. Tengo que decidir dónde ponerla. Giro sobre mí misma en el centro del salón observándolo y entonces tengo una brillante idea: corro hasta el estudio y dejo la cama junto a la silla de Ryan. Así, cuando se levante a trabajar, por lo menos tendrá a alguien que le haga compañía.

Sonrío feliz y regreso al salón. *Lucky* me espera moviendo la cola con fuerza y yo sonrío al ver la energía que tiene en comparación conmigo. Estoy cansadísima. La sesión de *kinbaku*, nombre que ya nunca olvidaré, fue extraordinaria, pero me dejó agotada. La verdad es que se me eriza la piel sólo de recordarla. Creo que ya no podré mirar las cuerdas de la misma manera, mucho menos si son rojas.

Echo un rápido vistazo al reloj. Aún faltan un par de horas para que regrese Ryan y no sé qué hacer. Me doy cuenta de que esta casa es grandísima más allá de las pocas habitaciones que conozco. Inspeccionaré un poco.

Llamo a *Lucky* con un silbido dándome palmaditas en la pierna a la vez que comienzo a andar y él me sigue.

Vamos hasta el fondo del salón y pasamos al otro lado de las escaleras. Abro la puerta y descubro un pequeño salón. Es muy acogedor. Hay unos ventanales rectangulares en la parte superior de una de las paredes. Aunque van de lado a lado, están divididos en diferentes ventanas con los bordes recubiertos de metal blanco que a su vez también forma cuadrículas en el propio cristal. Las

ventanas provocan un pequeño bordillo en la pared y, sobre él, hay algunos portavelas de cristal e incluso un par de pequeñas macetas.

Dos grandes sofás marrón claro están situados en él y el suelo está cubierto por una alfombra, sin duda alguna hecha a mano. Tiene una pinta cálida y agradable, justo el lugar donde querría estar descalza o desnuda con Ryan encima, por ejemplo.

«Pervertida.»

Frente al sofá hay una tele de infinitas pulgadas colgada y, rodeándola, una estantería blanca que ocupa toda la pared. Está repleta de *devedés*. Debe de haber miles. La miro asombrada y comienzo a revisar las películas a *grosso modo*. Hay grandes títulos de la historia del cine, como *Casablanca* o *Gilda*; películas muy *indies*, como *500 días juntos* o *Happythankyoumoreplease*, y clásicos actuales, como *Quemar después de leer* u *Origen*. Aparte, claro está, de todas las películas de Steve McQueen. ¡Dios! Tiene *St. Elmo, punto de encuentro*. Lauren y yo debemos de haber visto esa película como un millón de veces.

Salgo de la habitación encantada con el descubrimiento.

En el piso de arriba hay dos dormitorios más aparte del de Ryan. Imagino que son para invitados, ya que tienen una decoración muy similar en la que sólo cambian los colores. También encuentro una pequeña biblioteca con un enorme sillón orejero *vintage* y un coqueto reposapiés de pana, ambos gris marengo. Junto a él hay una lámpara de pie y una pequeña mesita ideal para poner una taza de chocolate caliente con nubes.

Creo que la biblioteca está en la planta de arriba por las fantásticas vistas que hay desde la inmensa ventana tras el sillón. Me sigue resultando increíble la capacidad arquitectónica que tuvo quien diseñó esta casa para conseguir que, desde una segunda planta, Nueva York, la ciudad de los rascacielos, estuviese a sus pies.

Nada más salir de la biblioteca, mi móvil suena. Miro la pantalla. Es Lauren.

—Hola, chica.

—Hola.

—Estoy de lo más aburrida —dice sin más.

—Creí que habías quedado con Bentley.

—Y así era —me dice resignada—, pero ha tenido algo que hacer en el último momento y aquí estoy, en mi apartamento, con las llaves de un Porsche en mis manos y sin saber qué hacer. Nunca pensé que me ocurriría esto.

Sonrío y noto cómo ella también.

—¿Tú qué haces?

—Estoy sola en casa de Ryan, así que he decidido investigar un poco. Abrir todas las puertas, ya sabes, buscando el cuarto rojo del dolor.

—Era del placer —me corrige, y ambas sonreímos de nuevo—. Vas a tener que volver a leerte el libro —me reprende divertida.

Abro la última puerta y, para mi sorpresa, está vacía. Sólo hay unas cajas al fondo. No me esperaba algo así.

—¿Por qué estás tan callada? —pregunta Lauren impaciente—. ¡Dios! Lo has encontrado. Tiene un cuarto rojo del placer. —Está eufórica—. ¿Hay fustas? ¿Esposas? ¿La X de madera? Lo sabía. Es un millonario sexi-perverso.

—Lauren, cálmate —le pido a punto de echarme reír—. Es sólo una habitación vacía.

—¿Una habitación vacía? —Ahora mismo suena de lo más decepcionada—. ¿Nada de fustas?

—Nada de fustas. ¿Sabes? Comienzo a pensar que la que necesita construirse un cuarto rojo del placer eres tú.

—¿Qué te hace pensar que no lo tengo ya? —inquire enigmática.

—Que he visto tu apartamento y es tan pequeño como el mío. Si tuvieses ese cuarto, no te cabría la cocina.

—Tienes razón. Pero qué indignante —se queja—, hasta para ser un perverso como Dios manda hay que tener dinero.

—Ni que lo digas. Las fustas no deben ser baratas.

—Bueno, chica, te dejo. Si encuentras una caja con fotos de examantes, mándemelas por WhatsApp —me pide con una mezcla de naturalidad y resignación.

—No te preocupes, lo haré —respondo con una sonrisa en los labios.

Cuelgo el teléfono y me acerco a las cajas del fondo de la habitación. La mayoría de ellas contienen archivadores llenos de papeles. Hay muchos tubos portaplanos. Sólo necesito mirar un poco más para comprender que son las pertenencias del estudio de un arquitecto. De hecho, la caja más grande es una mesa de arquitecto desmontada y embalada. ¿Acaso todo esto es de Ryan?

Abro uno de los tubos para salir de dudas y desenrollo los planos. No sé mucho de arquitectura, pero gracias a Bentley y a la revista estoy aprendiendo algunos conocimientos básicos. Son los planos del diseño de una casa. Si no me equivoco, de esta casa o por lo menos de una muy parecida. Busco la firma del arquitecto y suspiro sorprendida. Es un diseño de Ryan.

Asombradísima, enrolló de nuevo los planos y lo dejó todo tal como estaba. Sé que Ryan siempre ha querido ser arquitecto, pero nunca pensé que ya hubiera hecho algo y que, además, tuviera semejante talento.

Salgo de la habitación y vuelvo al salón. Aún me siento de lo más perpleja. Busco mi mochila, saco la película y un pequeño lazo de papel brillante que compré en una tienda de regalos. Pego el adorno en la caratula y dejo el devedé sobre la enorme mesa del salón.

Ya son más de las siete. Estoy aburridísima. Ryan aún no ha llegado. No quiero llamarlo para demostrarle que entiendo que tiene que trabajar, pero me gustaría que ya estuviese aquí.

—Maddie —me llama la señora Aldrin.

Ni siquiera la había visto llegar.

—Ya tengo la cena lista, *ratatouille*. —Sonríó al escuchar esa palabra—. ¿Quiere comer ya? El señor Riley me dijo que estaba deseando probarlo. Es la receta de mi madre.

—No —respondo con una sonrisa—, esperaré al señor Riley.

La señora Aldrin asiente y regresa a la cocina.

Le doy de comer a *Lucky* y me voy a la sala de la enorme televisión. Viendo cualquier programa se me pasará el tiempo más rápido. Ryan tiene el cable, así que puedo disfrutar de la HBO en esta tele gigantesca.

Me despierto en brazos de Ryan. Abro los ojos adormilada. Justo un segundo. Lo suficiente para ver que me lleva escaleras arriba. Todo está a oscuras y en silencio.

—¿Qué hora es? —susurro y mi voz es casi inaudible porque, mientras hablo, hundo mi cara en su hombro.

—Muy tarde, nena.

—Puedo caminar —protesto.

—Ya veo —contesta Ryan y lo noto sonreír, supongo que ante mi nula intención de moverme.

Me deja sobre la cama, pero no se separa inmediatamente de mí. Casi sin ser consciente de ello, yo tampoco retiro mis manos de su cuello y abro los ojos despacio pero dejando perfectamente claro que espero que los suyos me atrapen en cuanto lo haga.

Su sonrisa va volviéndose más dura y provocadora y poco a poco va dejando caer el peso de su cuerpo sobre el mío.

—¿No estás cansado? —pregunto, suplicando mentalmente para que la respuesta sea no.

—De ti, nunca.

Me besa y yo me pierdo en él. Le desabrocho la camisa y la deslizo por sus esculturales hombros. La habitación está en penumbra. Sólo la luz de la ciudad nos ilumina y hace que todo se sumerja en una sugerente atmósfera.

Siento cómo nos acoplamos a la perfección. Ryan levanta mi rodilla y se hunde en mí, haciéndome notar su maravilloso miembro a través de la tela de sus pantalones a medida y mi lencería de algodón.

—Te he echado de menos. Mucho —susurra con voz ronca contra mis labios.

Gimo y sonrío.

Yo también lo he echado muchísimo de menos.

Me besa el cuello y todo mi cuerpo se arquea.

Me obliga a incorporarme lo justo para quitarme el vestido. Ya vuelvo a estar prácticamente desnuda para él, en su cama, y es una sensación que me llena a niveles que ni siquiera sospechaba que existían. Le desabrocho los pantalones y se los bajo junto a los bóxers, lo suficiente para que él pueda deshacerse de ellos.

Sin dejar de besarme, pasea sus manos por todo mi cuerpo.

Siento calor. Mi piel se enciende bajo el contacto de sus dedos.

Ryan fabrica un reguero de besos desde mis labios hasta mi vientre. Siento su boca, sus dientes acariciándome, y me sume lentamente, beso a beso, bocado a bocado, en un mar de placer.

Jadeo. Gimo.

Se deshace de mis bragas y me da un dulce beso en el vello púbico.

Vuelvo a gemir soliviantada. Nunca entenderé cómo puede hacerme sentir así tan rápido.

Sonríe y me besa agónicamente lento hasta llegar al centro de mi sexo. Sopla con suavidad y una brisa cálida me hace estremecer. Antes de que el placer se disipe, hunde su lengua en mi clítoris.

Gimo de nuevo.

Ryan desliza su lengua por todo mi sexo, acariciando cada una de mis terminaciones nerviosas. Toma mi clítoris entre sus labios y tira suavemente de él. Cielo santo, es increíble.

Mi cuerpo se arquea contra el suyo una vez más y mi pelvis se levanta contra su boca.

—Ryan —susurro.

Pierdo mis manos en su pelo tirando de él con fuerza cada vez que su experta lengua me hace casi temblar.

Vuelve a tirar de mi clítoris.

Estiro los brazos por el colchón intentando sin éxito buscar algo donde agarrarme. Cuando mis dedos encuentran las sábanas, se lían en ella y tiro con fuerza.

Haciendo el juego aún más endiabladamente exquisito, sin dejar de besarme introduce dos de sus dedos dentro de mí.

Grito por la deliciosa invasión. Ryan pasea su brazo por mi cintura y ancla mis caderas a la cama, inmovilizándome.

Continúa moviéndose, besándome, deslizando su lengua una y otra vez. Saboreándome. Mi sexo palpita y todo mi cuerpo se retuerce, retorciendo con él las sábanas.

Aumenta el ritmo e incluso muestra delicadamente los dientes. Estoy en el paraíso. Noto el sudor bañando mi cuerpo, mis muslos tensándose y mis caderas bajo su brazo vibrando hasta casi enloquecer.

Ryan deja sus dedos dentro, los gira para extender su increíble poder a cada rincón de mi sexo y yo exploto en torno a ellos. Grito y cierro los ojos disfrutando de sus caricias, que no se detienen ni un segundo para sacar de mí hasta la última gota de placer.

Mis caderas se convulsionan cada vez que su lengua vuelve a pasar por mi clítoris.

—Ryan —lo llamo con una sonrisa satisfecha y feliz.

Pero él no se detiene, parece divertirse hacer y deshacer así con mi cuerpo. Le tiro del pelo y, como respuesta, su mirada se encuentra con la mía. Es tan sexy y provocativa que me deja sin respiración al instante.

Me da un último y dulce beso y comienza a avanzar sobre mí hasta que sus ojos azules miran desde arriba los míos verdes. Sus labios brillan con los restos de mi placer y todo mi cuerpo se enciende de nuevo cuando desliza su lengua por ellos, saboreando mi esencia, y me dedica una vez más esa sonrisa que parece decirme «¿te has divertido?, pues ahora viene lo mejor».

Entra en mí de un solo movimiento fluido. Mi cuerpo sobreestimulado se arquea y todo el placer vuelve de golpe.

Grito.

Ryan no se mueve, esperando a que mi cuerpo deje de temblar.

—Mírame —me ordena.

Abro los ojos porque no podría negarme a nada que esa voz me pidiese. Cuando nuestras miradas se entrelazan, me quedo absolutamente prendada. Sus ojos están llenos de deseo, de fuerza, y me miran como si fuera lo único sobre la faz de la tierra, como si fuese algo extraño y precioso que hay que mimar. Me confirman que soy su oscuro objeto de deseo como él es el mío.

Se mueve de nuevo, entrando profundo, casi saliendo del todo antes de volver a embestirme con fuerza.

Vuelvo a gritar mientras mi respiración entrecortada se solapa a la suya.

Lo siento duro y perfecto, casi mágico, llenándome de placer.

Usa un ritmo deliberadamente lento, disfrutando de mí, de cada centímetro que conquista. Me estoy derritiendo bajo su peso y su placer.

—¿Qué me has hecho, Maddie? —susurra mirándome a los ojos, a escasos centímetros de mis labios—. Has cambiado todo mi mundo.

Sonrío. No soy capaz de articular palabra y me aferro aún con más fuerza a su cuerpo. Quiero sentirlo todo lo cerca que pueda.

Ryan entiende a la perfección mi suplica silenciosa y aumenta el ritmo. Pasea sus manos hasta llegar a mi trasero y ancla sus dedos con fuerza en él, levantándome para hacerme sentirlo aún más profundo.

Mis caderas salen a su encuentro.

Gimo más rápido.

Grito más fuerte.

Mi cuerpo comienza a tensarse y, antes de que el placer cristalice en el fondo de mi vientre, estalla en cada pedazo de mí y me sume en una maravillosa euforia donde mi piel sólo existe si Ryan la toca.

Sus dedos me aprietan con más fuerza. Noto sus caderas volverse más rudas y con sus dientes en mi cuello ahoga un grito mientras llega al clímax en mi interior.

Grito de dolor, de placer, no lo sé, no me importa. Me está dando el mejor sexo de toda mi vida.

Ryan sale de mí y se deja caer a mi lado. Sin embargo, apenas unos segundos después se levanta y de prisa se pone los bóxers y los pantalones.

—Tengo que trabajar —me aclara.

Otra vez parece cansado, muy cansado, y es algo más allá del esfuerzo físico que acaba de hacer o del trabajo. Me pregunto cuántas veces le he visto así y me doy cuenta de que son demasiadas.

También me incorporo y de la cama recupero mis bragas y su camisa. Me la abotono en silencio. No quiero presionarle para que me cuente qué le pasa, aunque es obvio que algo hay.

Ryan se pasa la mano por el pelo y la deja en la nuca a la vez que pierde la mirada en la ventana.

—¿Qué ocurre? —pregunto llena de dulzura, levantándome para estar frente a él.

Ryan me observa unos segundos y ágilmente me tumba de espaldas y se queda de lado junto a mí. Deja su mano en mi costado y continúa mirándome en silencio. Sus ojos están clavados en los míos. ¿Qué te preocupa, Riley?

—Ryan —susurro alzando la mano y acariciándole la mejilla—, ¿estás bien?

—Sí.

Sé que me está mintiendo.

—Ryan...

—Me muero de hambre —me interrumpe. Una vez más no quiere hablar—. La señora Aldrin me ha dicho que tú tampoco has cenado.

Me debato entre seguirle el juego o intentar sacarle la verdad. Lo cierto es que la segunda opción siempre ha acabado en pelea y probablemente lo que más necesite ahora es que le ayude a evadirse de los problemas, no crearle más.

—Te estaba esperando —digo al fin con una tenue sonrisa.

—Pues aquí me tienes —responde levantándose y tirando de mí para que haga lo mismo.

—¿Quieres cenar *ratatouille* a las —hecho un rápido vistazo al reloj de la mesilla— dos de la madrugada?

No sé si estoy más sorprendida o alarmada.

—No. —Me estrecha con fuerza entre sus brazos—. Quiero cenar *ratatouille* contigo a las dos de la madrugada mientras me imagino cómo de alto vas a gritar cuando te folle sobre la encimera de mi cocina.

Uau.

—Vamos —concluye con una provocadora sonrisa mientras toma mi mano y me saca de la habitación.

Me sorprende que, después de oír lo que he oído, haya sido capaz de echar a andar.

Una vez recuperada de la conmoción, aunque no de la excitación de semejante promesa, bajamos a la cocina entre risas. Principalmente por la hora, pero también porque Ryan se ha ofrecido a recalentar la comida en el microondas.

—¿No confías en mis capacidades culinarias? —pregunta socarrón.

Llegamos hasta la isla de la cocina y me hace un gesto para que me siente en el taburete. Mientras, él saca del frigorífico una bandeja redonda de cristal cubierta con papel de aluminio y la pone sobre la encimera.

—El microondas me parece alta tecnología para alguien que no sabía dónde estaba el rayador de queso —apunto.

—Son conceptos diferentes.

Ayudándose de una pala de madera, comienza a servir dos platos. La pinta deliciosa de la comida ha hecho que mi estómago se despierte con un rugido. Llevo la mano hasta la fuente para coger sólo una de esas verduritas exquisitamente cortadas pero, antes de que pueda alcanzarla, Ryan me da en la mano con la pala.

Suelto un «ay» y me llevo la mano a la boca. Sin embargo, mis ojos se han quedado hipnotizados por los de Ryan. Involuntariamente me muerdo el labio y él deja escapar un levísimo suspiro.

—Es una perversa, señorita Parker.

—He aprendido del mejor, señor Riley.

Y efectivamente en menudo lío nos estamos metiendo. Acaba de excitarnos que me golpeará con una pala de cocina.

Finalmente Ryan decide salvarnos a los dos, se da la vuelta y mete los platos en el microondas. Oigo cómo ahoga una risa nerviosa en un jadeo y, sin poder evitarlo, hago lo mismo.

—¿Has tenido algo que ver con que la señora Aldrin cocinara este plato en particular? —pregunto para cambiar de tema.

—Ya te dije que creo que te gustará y como en el restaurante no tuviste oportunidad de probarlo...

Me guiña un ojo y yo frunzo los labios. No tuve oportunidad de probarlo porque cierto director ejecutivo irascible y malhumorado se puso celoso y acabamos discutiendo.

—¿Y quién tuvo la culpa?

—Un hombre de increíble encanto, sin duda —responde socarrón.

Justo en ese instante se quema con el plato que está sacando del microondas y lo suelta contra la encimera.

—Y con mucha mano en la cocina —replico sonriendo.

Ahora es él quien frunce los labios y, la verdad, no podría ser más sexi.

Coge los cubiertos y, con la precaución de ayudarse de un trapo, pone los dos platos humeantes sobre la isla.

—Muchas gracias.

—¿Vino? —pregunta.

—¿Por qué no? Ya que cenamos a las dos de la mañana, hagámoslo bien.

Con una incipiente sonrisa en los labios, Ryan abre uno de los armarios de la cocina y saca dos copas. Camina un par de pasos y de otro coge una botella de vino. Un Dominus del 2007, me parece leer en la etiqueta.

Cuando lo sirve, me doy cuenta de que tiene manchado el reloj de salsa de tomate, probablemente de cuando dejó caer el plato.

—Te has manchado el reloj —le indico.

Ryan lo mira, se lo quita y lo limpia con cuidado. Mientras lo contemplo distraída, veo que tiene una marca en el interior de la muñeca.

—¿Tienes un tatuaje? —pregunto sorprendidísima.

Parece una fecha.

Ryan sonríe y extiende la mano para mostrármelo. Sí, es una fecha: «02/05/2000».

—¿Qué significa?

—Es el día que murió el padre de Bentley.

Su rostro se endurece por un segundo.

—¿El padre de Bentley?

Creo que era la última respuesta que me esperaba.

Ryan suspira hondo. Nunca he conocido a una persona que deteste más hablar sobre sí misma. Finalmente me mira y su expresión se relaja.

—Su padre murió cuando teníamos diecisiete años. Él estaba hundido. Yo no sabía qué decirle, pero tampoco podía verlo tan mal, así que compré dos carnés falsos, le robé el coche a mi padre y lo llevé a Atlantic City. Nos emborrachamos, perdimos un montón de dinero y, cuando estábamos al borde del coma etílico y sin blanca, nos metimos en un salón de tatuajes de mala muerte, lo miré muy seriamente y le dije «vamos a tatuarnos este día, porque quiero que sepas que tú eres mi hermano y tu dolor es mi dolor».

Ambos sonreímos.

—Fui un poco dramático —se disculpa divertido—. Nunca se me ha dado muy bien eso de decir cómo me siento —me mira de reojo y sonríe—, pero quería que supiera que estaba ahí para él.

Eres el hombre más maravilloso del mundo, Ryan Riley.

—Es precioso —le digo llena de ternura y él vuelve a sonreír mientras rodea la isla y se sienta a mi lado—. ¿Y tu padre qué dijo?

—Me alegra que hayas afrontado el problema como un hombre, con una buena juerga, pero la próxima vez que me robes el coche haré que te metan en una prisión federal.

Volvemos a sonreír hasta casi reír.

—Nunca hubiera imaginado que tuvieras un tatuaje, y menos por ese motivo.

Ryan me sonrío una vez más y comienza a comer dando la conversación por terminada. Yo por fin pruebo el *ratatouille* y lo cierto es que está delicioso. Acabo con mi plato en unos minutos ante la divertida mirada de Ryan.

—Parece que te ha gustado —comenta burlón—. Diría que al final sí conozco tus gustos culinarios.

Le hago un mohín de lo más infantil y me bajo del taburete.

—Esta tarde te compré un regalo —le digo caminando hacia la enorme mesa del salón.

—¿Un regalo?

Suena ilusionado.

Regreso hasta él algo tímida con el DVD entre las manos. Después de descubrir la colección que tiene, imagino que esto le parecerá una estupidez.

—Que quede claro que te lo compré antes de ver la inmensa colección que tienes ahí —aclaro señalando vagamente en dirección a la pequeña salita.

—¿Colección? —pregunta confuso.

Le entrego la película y sonrío al entender a qué me refiero.

—Dijiste que sólo la habías visto de pasada en televisión. La encontré por casualidad y pensé que podríamos verla juntos.

¿Por qué estoy dando tantas explicaciones?

—Me encanta —me interrumpe tirando de mis caderas para que quede entre sus piernas.

Clava sus ojos en mí y por algún motivo me ruboriza. ¿Cómo puede seguir teniendo ese efecto sobre mí después de todo lo que hemos hecho?

—Genial —musito.

—Así que has estado explorando la casa.

—Sólo un poco —me defiendo— y con buena intención.

Ryan sonrío.

—¿Por qué hay una habitación vacía en el piso de arriba? Sólo hay cosas de arquitecto embaladas. —Entonces recuerdo mi descubrimiento principal—. ¿Y por qué no me dijiste que tú habías diseñado esta casa? —pregunto retomando la sorpresa que sentí cuando vi los planos—. Es sencillamente increíble.

—¿He de entender que te gusta la casa, entonces? —pregunta divertido.

—Muchísimo —respondo sin dudar—, pero me gustaría más que alguna vez contestaras a mis

preguntas.

—Alguna vez —responde sonriéndome provocador.

Ryan sube su mano por mi espalda y la sumerge en mi pelo hasta llegar a mi nuca. Hipnotizada por sus ojos azules, pierdo mi mirada en sus labios cuando él hace lo mismo con los míos.

—Y ahora, si no recuerdo mal, tenemos una cuenta pendiente con la encimera.

Ryan vuelve a sonreírme de esa manera tan enloquecedoramente seductora justo antes de besarme. Yo rodeo su cuello con mis brazos y gimo cuando enrolla mi pelo alrededor de su mano y tira de él para tener mejor acceso a mi boca.

Sin ningún esfuerzo, me sienta en la encimera, se coloca entre mis piernas y me hace ver el cielo dos veces más sobre el mármol italiano.

Es un golpe sordo. Molesto. Tengo sueño. Mucho sueño. El sonido vuelve, pero ya no es un golpe, ahora son muchos. Estoy cansada. Se repite. Tengo sueño. Mucho sueño. Una voz.

—Maddie... —Mmm, Maddie soy yo—. Maddie —el sonido es más fuerte—, Maddie.

Abro los ojos. Están llamando a la puerta. Estoy sola en la habitación. ¿Dónde está Ryan? Vuelvo a reparar en la puerta. Siguen llamando con insistencia y reconozco la voz de la señora Aldrin.

—Un segundo —le pido.

Me levanto y me observo. Sólo llevo las bragas. Miro a mi alrededor y deprisa cojo la camisa de Ryan. Abro la puerta y asomo la cabeza manteniendo la camisa cerrada hasta el cuello con una mano e intentando que no vea que no llevo pantalones.

—¿Sí, señora Aldrin?

—Son las siete. El señor Riley me pidió que la llamase. Dice que hoy es un día muy importante en la oficina.

—Muchas gracias.

La señora Aldrin sonríe y gira sobre sus talones para marcharse.

—Señora Aldrin —la llamo—, ¿Ryan no está?

—No, se marchó hace horas, *ma petite*.

Asiento como respuesta mientras me devano los sesos preguntándome a qué hora se habrá ido y por qué no me ha despertado para despedirse.

Cierro la puerta. No era así como esperaba empezar la mañana, la verdad.

Resignada, me meto en la ducha. Estoy bajo el agua exactamente nueve minutos. Después me seco el pelo con la toalla y corro hasta el vestidor. Elijo mi vestido blanco con la mariposa bordada en la espalda y de nuevo mis sandalias marrones.

En la cocina me espera sonriente la señora Aldrin. Me anuncia que ha hecho *macaroons* y me pregunta si me gustó la cena de anoche. Sonrío y me ruborizo al recordar la cena y, sobre todo, al comprobar cuánto me ha excitado posar las manos sobre la misma encimera donde ayer estuvo todo mi cuerpo.

Tras desayunar, rápidamente vuelvo al dormitorio, me cepillo los dientes y me retoco el pelo con los dedos. Decido dejármelo suelto. Me maquillo pero sólo un poco, muy sencillo, lo único que destaca es el brillo de labios.

Mientras busco a *Lucky* por toda la casa, Finn me encuentra a mí.

—Maddie —me llama educadamente—, si no salimos ya, va a llegar tarde.

—¿Vas a llevarme? —pregunto sorprendida y, la verdad, algo inquieta.

—Sí, y no se preocupe: el señor Riley me ha indicado que las instrucciones de la última vez se mantienen y debo dejarla a una manzana de la oficina.

—Gracias —musito.

Me siento como una idiota. Quizá lo mejor sería contarle todo de una vez.

—Sólo dame un minuto. Tengo que encontrar a *Lucky* —le pido mirando una vez más a mi alrededor.

—Pierda cuidado. Lo saqué esta mañana temprano y ahora debe estar correteando por el patio.

—Muchas gracias, Finn. Supongo que ya podemos irnos.

Finn asiente y se echa a un lado cortésmente para dejarme paso. Lo cierto es que no sé si podré llegar a acostumbrarme a esto.

Camino de la oficina repaso en mi iPhone algunos datos más sobre Frank Ghery.

Gracias a Finn, que se enfrenta al despiadado tráfico de Manhattan, llego puntual. Esperaba poder ver a Ryan antes de ir a mi mesa pero, cuando las puertas del ascensor se abren, me encuentro cara a cara con Bentley que lo esperaba para bajar.

—Maddie, genial que ya hayas llegado. —Entra en el ascensor esquivando a todos los que salen y pulsa el botón de la planta baja—. ¿Preparada?

—Para todo —respondo con una sonrisa.

—Pues la cosa es así: en cinco minutos Ryan y yo salimos hacia el aeropuerto para recoger a Frank Ghery. Iremos directamente a Queens. Necesito que dirijas la reunión de redactores. Habla con Max y dile que no se duerma con la maquetación. Quiero la prueba de color mañana. Ya he revisado mi dirección de correo electrónico y te he reenviado dos correos bastante importantes que quiero que imprimas y llesves a Spencer. Y, por último, un enorme favor personal.

Se detiene esperando algún gesto que le indique que no lo mandaré al cuerno.

—¿Dé que se trata? —pregunto solicita.

—Te adoro. —Ambos sonreímos—. No tengo traje para mañana. Necesito algo, según Lauren, con lo que parezca que merece la pena esperar hasta el matrimonio, pero no puedo estar más guapo que ella, porque es ella quien me hace esperar a mí y no al revés.

Bentley me mira dándome a entender con su expresión que para él no tienen ningún sentido las palabras que acaba de repetir automáticamente. Mi sonrisa se ensancha. Desde luego es un comentario muy de mi queridísima amiga.

—No te preocupes, daré en el clavo. ¿Talla?

La puerta del ascensor se abre y Bentley sale escopetado.

—Pregúntale a Lauren —grita justo antes de desaparecer de mi campo de visión.

Pulso otra vez el botón de la planta veinte y suspiro profundamente. Parece que no podré ver a Ryan en toda la mañana.

Afortunadamente las horas pasan rápido. Hago todo lo que me encarga Bentley y pierdo un poco el tiempo con Lauren en la sala de descanso con la excusa de pedirle la talla de ropa y zapatos de mi jefe.

A la una, mientras regreso de llevar los correos a Spencer, mi móvil comienza a sonar. La cara se me ilumina cuando leo «Ryan» en la pantalla.

—Hola.

—Hola, nena.

—¿Qué tal la mañana?

—Intensa —responde en un golpe de voz—. ¿Y por la oficina?

—Genial. Como el jefe no está, no hemos parado de beber margaritas y bailar en ropa interior.

Lo escucho sonreír al otro lado.

—¿Qué voy a hacer contigo? —protesta.

—Lo que quieras —respondo sin pensar.

Mi libido está sobrealimentada.

—Nena —me reprende en un susurro ronco.

Parece que no es la única.

—¿Me has llamado para algo en concreto? —pregunto fingidamente impertinente entrando en mi oficina.

—Llamaba para llevarte a comer a Of Course, pero ahora mis intenciones han cambiado ligeramente.

—Diría que son planes complementarios.

—Me alegra que lo pienses, porque Finn te está esperando en el garaje.

—Puedo ir en metro, ¿sabes?

—El metro está lleno de pirados —replica tan divertido como presuntuoso.

Río escandalizada.

—Móntate en el puto coche y ven ya —continúa en el mismo tono de voz—. Se me está poniendo dura sólo de escucharte.

—Ryan, eres un perverso —finjo quejarme.

—Y eso te encanta.

Sin decir nada más, cuelga y yo me quedo mirando el teléfono con la sonrisa más estúpidamente grande colgada del rostro.

Sobra decir que bajo y me monto en el coche encantadísima.

Finn me deja en la puerta del restaurante. Imagino que Ryan me espera dentro y entro. La *maître* me asesina con la mirada cuando le pregunto por el señor Riley. Todo lo agriamente que puede sin llegar a ser descortés, me explica que Ryan ha llamado para decir que llegará en unos minutos y que, por favor, le espere en su reservado.

Sonrío satisfecha y en clara defensa de mi territorio. Aunque debería no darle importancia, porque si no acabaré en guerra declarada con medio estado de Nueva York.

La *maître* llama a un camarero que me sonrío solícito y me pide que lo siga. Asiento y comenzamos a caminar atravesando el local.

—Maddison Parker —oigo que me llaman desde algún punto de la barra.

Me giro y veo acercarse a un chico, un ejecutivo con un traje demasiado caro que no sabe llevar. Su cara me es familiar, pero tardo en reconocerlo. Es Matthew Newman, un compañero de facultad. Nunca fuimos amigos, así que no entiendo esta efusividad.

—Hola, Matthew.

Me abraza y ciertamente me incomoda. No compartimos más de diez frases en cuatro años.

—¿Qué tal estás? —inquire.

—Bien, muy bien.

Un incómodo silencio se abre paso entre nosotros.

—¿Y tú qué tal? —pregunto por total compromiso.

—Genial.

—Me alegro. Tengo que marcharme —digo señalando al camarero.

Él asiente y yo comienzo a caminar.

—Maddison —vuelve a llamarme.

Suspiro levemente y me giro otra vez.

—Tal vez podríamos quedar para tomarnos algo.

—Te lo agradezco, pero no.

—¿Segura?

—Lo cierto es que salgo con alguien.

Espero que mi sinceridad sirva para cortar esto de raíz.

—Está bien. —Alza las manos en señal de rendición y da un paso hacia atrás—. Me ha gustado verte.

—Gracias. Disfruta del almuerzo.

Camino deprisa pero noto que me toman del brazo. ¿Se puede ser más pesado? Me giro dispuesta a abandonar mi tono amable y poner en práctica todo lo que he aprendido de Álex estos años cuando veo que se trata de Ryan.

—Ryan —le saludo feliz.

—¿Quién era ese tío? —pregunta extrañado mirando a Matthew, que ha vuelto a la barra.

—No es nadie —comento desenfada—. Sólo un compañero de facultad.

He omitido el hecho de que me ha invitado a salir. No creo que le hiciera mucha gracia al señor irascible.

—¿Comemos? Estoy muerta de hambre —le apremio.

Ryan asiente desconfiado, como si algo no terminara de cuadrarle. Finalmente le hace un imperceptible gesto al camarero y se inclina para besarme.

Toma mi mano y me lleva con paso decidido hasta el reservado. Suspiro mentalmente porque haya dejado pasar el tema Matthew. Tenemos poco tiempo para pasar juntos y no quiero hacerlo discutiendo.

Ryan retira la coqueta silla morada para que me siente. El camarero se acerca diligente, espera a que Ryan tome asiento y nos entrega la carta.

—¿Saben que beberán?

—Vino. Un Le Dôme del 2009 y San Pellegrino sin gas para los dos.

—En seguida.

El camarero se retira.

—¿Qué tal con Ghery? —pregunto ignorando la carta como el perfecto francés en el que está escrita me ignora a mí.

—Muy bien. Es un tipo fantástico. Muy creativo. Desde que hemos llegado no ha parado de proponer cosas, de medir, de mover muebles. Ha vuelto a Sara completamente loca.

Ambos sonreímos.

—Vas a cambiarle la vida a esa familia, ¿lo sabes? —pregunta y hay cierto tono de orgullo en su voz.

—Sólo van a reformarle la casa.

—Es mucho más que eso. Prácticamente vamos a reconstruirla y ahorrará dinero cada mes, por lo que vivirá un poco mejor, y todo gracias a ti.

—Gracias a todos. Yo sólo tuve la idea. Además, tú eres el que va a correr con todos los gastos. —Hago una pequeña pausa—. Tú eres el que intenta cambiar el mundo, ¿recuerdas?

—Parece que contigo cerca se me da un poco mejor.

Sus palabras me hacen sentir orgullosa. Que un hombre como él, con todo lo que hace, considere que yo le allano el camino hace que cada día de trabajo haya valido la pena. Y no tiene nada que ver con estar enamorada de él, es algo exclusivamente profesional.

Lo miro con esa mezcla de felicidad y admiración, y él me devuelve una sonrisa radiante.

El camarero regresa con las bebidas. Descorcha el vino ceremonioso, se lo da a probar a Ryan y, ante su gesto afirmativo, llena las copas.

—¿Han decidido qué comerán?

—La señorita tomará *poulet avec croquant de boletus et sauce du pommes* y para mí *filet de boeuf avec cubes de tomate et poivre blanc*.

Lo observo pícaro por encima del borde de mi copa de vino mientras habla francés. Me resulta tan sensual.

El camarero retira las cartas y se marcha. Ryan da un trago a su copa de vino y entrelaza su mirada con la mía.

—Espero que eso impronunciado que me has pedido para comer esté rico.

—Te encantará.

Deja su copa sobre la mesa y se inclina hacia adelante. Yo le doy un nuevo sorbo a la mía. Este vino está delicioso.

—Deberían prohibir que las chicas como tú vistiesen de blanco. Pareces el pecado original.

Tengo que toser para no atragantarme con el vino. Ryan me sonríe victorioso y seductor mientras observa cómo me ruborizo ante su mirada. Estoy hipnotizada. Mi cuerpo clama por él y la idea de pedirle que se levante, cierre la puerta y me haga el amor en este reservado cada vez me resulta más tentadora.

Mi respiración se acelera.

—Maddie —susurra con esa provocadora sonrisa, inclinándose aún más, con su voz todavía más ronca, más salvaje.

—¿Qué? —musito sin poder apartar mis ojos de los suyos.

—¿No vas a cogerlo? —¿Qué?—. Tú móvil, está sonando.

¿Mi móvil? Miro a mi alrededor y por fin el sonido entra en mi realidad. Ryan sonríe tan arrogante como satisfecho al comprobar una vez más lo que es capaz de hacerme, y yo, nerviosa y con el corazón aún martilleándome en el pecho, me inclino y saco mi iPhone del bolso. Es Lauren.

—Hola.

—Hola.

El móvil de Ryan comienza a sonar. Lo saca del bolsillo interior de su chaqueta y mira la pantalla.

—Riley —contesta.

Yo retomo mi conversación.

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Sean ha estado aquí preguntando por ti —me dice sin más.

—¿Qué? —Y agradezco no haber repetido automáticamente su frase en señal de asombro.

En ese mismo instante, Ryan clava sus ojos en los míos. Su mirada se ha endurecido. Ya no hay rastro de la chispa sexy y juguetona de hace unos segundos. ¿Acaso ya no soy el pecado original?

—¿Qué quería? —le pregunto a mi amiga.

—Invitarte a comer, y te traía un paquete.

—¿Un paquete?

—Sí. Me ofrecí a dártelo yo, pero dijo que prefería regresar más tarde.

Ryan asiente un par de veces.

—Perfecto. —Cuelga y le da un largo trago a su copa de vino.

Suspira hondo. Parece que la llamada le ha contrariado. Supongo que yo debo dar la misma impresión.

—Lauren, tengo que colgar. Nos vemos en un rato.

—De acuerdo.

Cuelgo y me quedo en silencio. De repente me siento tímida, incluso avergonzada, y ni siquiera entiendo por qué. Para mí Sean es sólo un amigo y todo esto es ridículo. No tengo nada que esconder.

—Sean ha estado en la oficina —comento intentado restarle importancia.

—Lo sé.

¿Qué?

Recapacito unos segundos y entonces lo entiendo.

—¿La llamada era de la oficina? —No le doy oportunidad de contestar—. ¿Has pedido a los de seguridad que te avisen si Sean iba a verme?

Nos miramos a los ojos por un instante. Noto algo de frustración en los suyos, pero la soberbia gana la partida.

—No pienso disculparme. Ese tío está enamorado de ti.

—Sean no está enamorado de mí.

Vale. Está enamorado de mí, pero yo de él no y es mi amigo y, sobre todo, es el hermano de James y Álex. Los Hannigan son como mi segunda familia, así que no pienso deshacerme de uno de ellos.

—Por favor —se queja.

Cambio de táctica.

—¿Y qué pasa con todas las chicas que están enamoradas de ti?

—Ésa no es la cuestión.

—Tienes razón. La cuestión es que no puedes controlarme así.

—¿Por qué te importa tanto Sean Hannigan? —me espeta furioso ignorando por completo mi comentario, lo que me enfada aún más—. No es más que un capullo presuntuoso.

—Claro, porque tú eres todo amabilidad —replico llena de ironía.

—Si no recuerdo mal, eso te encanta de mí. Nunca he escuchado quejas, más bien escucho «más, más».

Otra vez esa arrogancia.

—Eres un imbécil.

Ahora mismo ni siquiera quiero verlo.

—Un imbécil, un capullo, un gilipollas, pero algo habrá que te guste de mí cuando antes casi hago que te corras sin ni siquiera tocarte.

Le odio. Le odio. Le odio.

Nos miramos llenos de ira, los dos tan enfadados que la tensión entre nosotros puede llegar a ahogar.

El camarero entra en el reservado y deja los platos en la mesa sin decir una palabra. Por cómo se comporta, creo que estaba en la puerta con los platos en la mano esperando a que dejáramos de discutir para poder entrar.

Se retira sigiloso.

En realidad, no sé qué hago aquí todavía. No quiero estar en este reservado ni un segundo más.

—¿No piensas comer? —pregunta tosco.

—No.

—Genial. —Tira la servilleta con fuerza contra la mesa—. La cuenta —le pide al camarero.

No dejo que me aparte la silla ni que me abra la puerta del reservado o del restaurante. Me anticipo cada vez y sé que eso le molesta muchísimo, como si atacase directamente a su hombría.

Ryan camina con paso decidido hacia el coche. Finn abre la puerta al vernos. Yo me detengo en seco a unos pasos. No pienso ir con él. Al darse cuenta de que no ando a su lado, Ryan se detiene y se gira.

—Maddie —me reprende exasperado.

—Me voy a la oficina en metro. Nos veremos allí.

Si realmente quiero hacerlo, debería comenzar a caminar, pero su manera de mirarme, toda su postura en realidad, con las manos apoyadas en las caderas y la chaqueta abierta, me mantienen clavada al suelo.

—Métete en el coche.

—Me estoy cansado de esto, Ryan. Lo único que hacemos es follar y discutir. Ni siquiera somos capaces de comer en un maldito restaurante.

Ryan continúa mirándome. Sus ojos reflejan la misma rabia, la misma frustración de hace unos segundos; sin embargo, tengo la sensación de que ahora los motivos son diferentes.

—Métete en el coche —repite y en su voz también hay algo diferente.

Sé que debería decirle que no, quedarme aquí hasta que habláramos, hasta que me dijera cómo se siente, pero por algún extraño motivo me da miedo que hablar signifique que nos demos cuenta de que no hay futuro para nosotros. Lo cierto es que mi pobre corazoncito prefiere mil veces esto a estar sin él.

Comienzo a caminar hasta el coche. Sigo estando furiosa y sigo mostrándoselo en mi mirada, pero al final me subo.

El camino es triste e incómodo. No soporto el hecho de que estemos tan cerca y no podamos tocarnos. No es como al principio, cuando creía que él no pensaba en mí, ahora sé que el sentimiento es mutuo, que él también quiere tocarme, y eso hace que todo sea aún más amargo.

Finn se detiene a una manzana de la oficina. Miro a Ryan y me devuelve la mirada, pero no dice nada. Suspiro y abro la puerta del coche. Voy a moverme para salir, pero Ryan tira de mí, me sienta

en su regazo y me besa con pasión hundiendo las manos en mi pelo, atrayéndome hacia él.

—Follamos y discutimos, ¿y a quien coño le importa si nuestra relación funciona así? Te deseo cada minuto de cada día y cada minuto de cada día me desesperas y me vuelves completamente loco, pero no cambiaría ni uno solo de los momentos que he pasado contigo por una vida tranquila con cualquier otra mujer.

Sonrío sin poder desentrelazar mi mirada de la suya, porque yo tampoco cambiaría ni un solo segundo de mi vida con él.

—Yo tampoco te cambiaría absolutamente por nadie.

—Aunque suene un poco ridículo teniendo en cuenta lo que ha pasado hoy, lo sé. Ordené que me avisaran si Sean Hannigan preguntaba por ti la misma noche de tu cumpleaños.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

Ryan asiente.

—Pero eso no significa que ahora me guste que venga a verte.

—Lo sé, pero es mi amigo y el hermano de Álex y James. No puedo echarlo de mi vida sin más.

—Supongo que al final tendré que echarte un polvo donde pueda vernos. —Ambos sonreímos—. Trabaja en un hospital, ¿verdad?

—Ryan —le reprendo golpeándole en el hombro, pero él sencillamente vuelve a besarme.

Nuestros arrumacos se ven interrumpidos diez minutos después por el móvil de Ryan. Tess le recuerda su reunión en el Meatpacking District, así que nos damos un último beso y salgo del coche.

De vuelta al edificio del Riley Group, saludo a Ben y espero paciente al ascensor. Estoy a punto de entrar en él cuando el guardia de seguridad me llama. Al girarme, veo al mayor de los Hannigan al otro lado del mostrador.

—Sean —le saludo con una sonrisa acercándome a él.

—Maddie —me responde de igual modo saliendo a mi encuentro.

—¿Qué haces aquí?

—Mi madre te envía esto —dice entregándome un paquete.

Lo abro curiosa, apoyándolo en el mostrador, y resultan ser unos preciosos zapatos. Los reconozco de la muestra de moda *pin-up* que Mira organizó para nosotras.

—Me dijo que confundiste las cajas.

—Muchas gracias por traérmelos.

—No tiene importancia.

Le sonrío por respuesta.

—También venía a invitarte a comer, pero Lauren me dijo que ya te habías ido.

—Sí, tenía planes.

Ambos sonreímos nerviosos y el silencio se abre paso entre nosotros. Incómoda, pierdo la mirada a mi alrededor y me doy cuenta de que el vestíbulo se ha quedado desierto. Ni siquiera Ben está. Los ascensores parecen haberse quedado bloqueados porque nadie baja de ellos ni tampoco los

espera. ¿Qué está pasando aquí?

Contengo involuntariamente la respiración cuando veo a Ryan entrar en la oficina y caminar con paso decidido hacia mí. Coloca su mano en mi cintura, me estrecha contra él y me besa tomándome por sorpresa. Me siento como en una película de Hollywood. Al separarse, aún me tiemblan las rodillas. Ha sido un beso maravilloso.

—Había olvidado dejarte unos papales, nena —comenta aún cerca de mí.

Ryan sonrío provocador. No se ha molestado en buscarse una excusa decente. ¡Ni siquiera trae papeles!

—Vaya, esto parece un poco vacío —comenta con cierto aire travieso.

Y de repente lo comprendo todo. Ha sido él quien ha mandado desalojar el vestíbulo para poder venir y hacer lo que ha hecho sin que se descubra nuestro secreto.

Carraspeo nerviosa y miro de reojo a Sean. No puede ocultar que está decepcionado y yo me siento fatal. Tendría que habérselo contado antes.

—Ryan, él es Sean Hannigan.

—Sean, él es Ryan Riley.

Se dan un seco apretón de manos.

—En realidad ya lo conocía —comenta Sean—. Cualquiera que lea el *Times* lo hace.

Ryan sonrío, pero es su sonrisa fría de director ejecutivo. Está marcando su territorio. Al verle hacer lo mismo que yo hice con la *maître* hace unas horas, me sorprende muchísimo porque siempre pensé que Ryan daba por hecho que me tenía en la palma de la mano.

—Bueno, ya me voy —se despide Sean—. Quiero pasar a ver a James. No sé nada de él desde hace semanas. Aunque supongo que, si espero un poco, acabará apareciendo para pedirme otros setecientos dólares.

No sé qué decir. Sonrío incómoda y nerviosa. Los setecientos dólares eran para mí, no para James, pero no creo que a Ryan le hiciera ninguna gracia saber que fue él quien me los prestó, aunque fuese indirectamente.

Sean se despide de nosotros y sale de la oficina. Ryan y yo lo observamos alejarse calle abajo. No tengo claro que me haya gustado lo que acaba de pasar aquí. Hubiera preferido explicarle a Sean que salía con alguien con un poco más de tacto. Ryan me mira. En sus ojos sigue brillando esa chispa pícaro que se acentúa cuando se muerde el labio inferior. ¿En qué está pensando? Pero, antes de que pueda preguntárselo, me da un rápido beso en los labios y comienza a caminar hacia la puerta.

—Tengo que marcharme a la reunión.

Me veo en mitad del desierto vestíbulo y me siento como si hubiera pasado un huracán.

La actividad se reanuda. La gente vuelve a entrar por la puerta principal, Ben regresa a su puesto de trabajo y el pitido de los ascensores se intercala con el murmullo que provoca el trasiego de personas. Distintos ejecutivos se quejan de que el elevador se haya quedado parado de repente y otros de que las puertas de las escaleras estuvieran bloqueadas. Definitivamente ha pasado un huracán, un huracán llamado Ryan Riley.

Regreso a mi mesa y termino el trabajo que tenía pendiente. Tengo que asegurarme de dejarlo

todo en orden, ya que mañana no vendré a trabajar. Todos los empleados tenemos el día libre como parte de las celebraciones por el aniversario de la compañía.

El encargado de la tienda de ropa para caballeros más *in* de la ciudad llega puntual con su traje para Bentley. Mi jefe se lo prueba mientras yo espero paciente sentada en mi mesa.

—Bentley, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —contesta al otro lado de la puerta de su despacho.

—¿Ryan siempre ha sido celoso? Con las chicas, quiero decir.

Soy consciente de que no es la mejor manera, que lo ideal sería hablarlo con él, pero sé que eso no va a funcionar y yo necesito algunas respuestas.

Oigo reír a Bentley.

—La verdad es que no. Ryan ha estado con muchas chicas, pero con ninguna de ellas lo he visto comportarse como se comporta contigo. —Hace una pequeña pausa—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Hace que te sientas incómoda? —inquire algo preocupado.

Me ruborizo al instante. La respuesta es más que obvia.

—No —musito tímida, aunque sin poder ocultar una sonrisa.

—Lo que imaginaba —se queja—. Vaya par de locos.

—Hoy me he encontrado con un compañero de facultad y me ha invitado a salir. Por suerte Ryan ha llegado después, pero nos ha visto despidiéndonos y, cuando me ha preguntado quién era, le he contado la verdad —aclaro rápidamente—, pero he omitido la parte importante. Sé que ha sido una estupidez y una chiquillada. No quería que se enfadase, pero tampoco me gusta haberle mentido.

—Bueno, tal y como yo lo veo, no ha sido precisamente una mentira, ¿no?

Bentley abre la puerta y camina hasta mí. El traje le sienta de escándalo y, por supuesto, cumple con todas las especificaciones de Lauren.

—¿Qué tal estoy? —pregunta aunque me da la sensación de que el muy engreído ya sabe la respuesta.

—Estás genial, jefe.

—Y otra vez gracias a ti. Te debo una, ayudante. —Ambos sonreímos—. Y con respecto a Ryan, no le des más vueltas. Últimamente está muy presionado con temas del trabajo y por su padre. Lo mejor que has podido hacer es quitarle un problema de la cabeza.

Sonrío de nuevo, pero no me llega a los ojos. Sin quererlo, Bentley acaba de confirmarme lo que en parte ya sospechaba.

Poco después de la cinco estoy lista para marcharme. Ryan aún no ha regresado de su reunión, así que decido darle una sorpresa y esperarlo directamente en Chelsea. Camino hasta la parada dispuesta a coger el metro, pero no tengo oportunidad. Finn y el magnífico Audi A8 negro me esperan allí.

Estoy jugando con *Lucky* en el enorme salón de la casa de Ryan cuando suena mi teléfono. Es James.

—¡Hannigan! —lo saludo animada.

—Parker ¿o debería decir Riley? —Suena algo molesto—. Lo digo básicamente por el cheque de setecientos dólares que el gran Gatsby acaba de hacerme llegar.

¿Qué?

—No me malinterpretes, no me quejo, pero creía que nuestros asuntos personales eran entre tú y yo. No entre él, tú y yo.

—Y lo son —me apresuro a responder—. Yo no le he pedido que hiciera nada.

¿Cómo ha podido atreverse?

—Pues peor me lo pones.

—James, lo siento de verdad.

Ahora mismo estoy demasiado nerviosa. Sólo quiero que Ryan regrese y tirarle algo a la cabeza.

—No te preocupes —continúa con el tono más relajado—. Está todo bien. Hablamos mañana, ¿de acuerdo?

—Claro.

Cuelgo el teléfono. Estoy furiosa. ¿Cuándo va entender que no quiero su dinero? No creo que sea tan difícil de comprender, ¡pero es tan testarudo! Ahora mismo tengo ganas de gritar; sin embargo, me concentro, suspiro hondo e intento calmarme. No pienso desperdiciar ni una pizca de esta ira porque, cuando llegue, vamos a hablar y necesito seguir muy enfadada para que no me despiste con el sexo.

Tarda más de dos horas en regresar y, cuando finalmente oigo abrirse la puerta principal, mi ira está en su punto álgido. Al verme en el centro del salón, se acerca a mí con una sonrisa.

—Preciosa...

—¿Cómo has podido atreverte? —lo interrumpo furibunda.

—¿Qué pasa? —me pregunta confuso pero claramente poniéndose en guardia.

—James me ha llamado. Le has mandado un cheque. ¿Qué derecho tenías a hacerlo? Te lo he dicho un millón de veces —mi enfado va in crescendo—: ¡No quiero tu maldito dinero!

—¿Estás de broma? —pregunta ya claramente enfadado—. ¿Y por qué demonios puedes aceptar el dinero de Sean Hannigan y no el mío?

—Porque yo no me acuesto con Sean —respondo como si fuera obvio.

—A él le encantaría.

—A lo mejor no quiero que tú me cuides porque no lo haces por mí, lo haces por ti, y ni siquiera lo entiendo.

—Me vuelve loco pensar que algo malo pueda ocurrirte —alza la voz exasperado—. ¿Lo entiendes ahora? Por eso te cuido, por eso prefiero discutir contigo por ser posesivo o irracional antes de pensar que puedas estar en peligro.

Su confesión me deja sin palabras. Por eso dijo que lo hacía por él. Dios, y si le ocurre eso, ¿no significa que siente algo más profundo por mí? Cada vez que hablamos tengo la sensación de que consigo una respuesta y nacen diez preguntas nuevas.

—Maddie —continúa intentando sonar más calmado—, estás siendo muy injusta. Dejas que los Hannigan cuiden de ti pero te molesta si soy yo quien lo hace.

—Y qué tal si yo me encargo de mí misma.

—Maddie, por el amor de Dios —dice lanzando una breve sonrisa irónica—, eres incapaz de cuidar de ti misma. Desde que te conozco no has tomado una buena decisión.

—Y la peor de todas ha sido acostarme contigo.

Sé que mi frase le ha dolido, pero ahora mismo no me importa porque la suya me ha dolido mucho más.

Ninguno de los dos dice nada. Nos dedicamos a mirarnos separados por unos metros. Los dos furiosos, dolidos, tristes.

Finalmente giro sobre mis pasos y subo todo lo deprisa que puedo las escaleras. Voy hasta el dormitorio y me tiro en la cama. Odio discutir con él, pero hay cosas que no puedo permitir y que se comporte como si fuera una de sus empresas, saneando mis cuentas, es una de ellas.

Me duermo triste, echando de menos la habitación 5.932 del hotel Hilton en Santa Helena. Últimamente sólo sabemos discutir.

Me despierta mi teléfono. Adormilada, me arrastro por la cama hasta la mesilla y cojo mi iPhone. Es Lauren.

—Hola —tengo la voz ronca por el sueño.

—El eficiente Finn no me deja subir a despertarte porque el señor irascible ha dado orden de que no se te moleste, así que baja.

Lauren cuelga sin darme oportunidad de responder. Yo me quedo mirando la pantalla del teléfono aturdida. ¿Qué hora es? Observo el reloj del móvil. Son las diez y media. Miro a mi alrededor. Ryan debió quitarme los zapatos y meterme bajo las sábanas; sin embargo, no hay rastro alguno de que él haya dormido aquí. ¿Dónde ha pasado la noche? Necesita descansar. Francamente me preocupa el ritmo que lleva. Aunque quizá estaba tan enfadado que no quiso dormir en la misma habitación que yo. La casa es grande, tuvo donde escoger. Suspiro profundamente. Vaya manera más horrible de empezar el día.

Me recojo el pelo en un moño alto y, todavía descalza, bajo al salón. Lauren me espera sentada en el impresionante sofá.

—Por fin bajas, bella durmiente —se queja.

—¿Habíamos quedado? —pregunto. Si es así, lo cierto es que no lo recuerdo.

—No —dice levantándose—, y me ofende que consideres la posibilidad de haber olvidado que has quedado conmigo.

Ambas sonreímos.

—¿Me invitas a desayunar? —pregunta.

—Claro.

Camino hasta la cocina dispuesta a preparar dos tazas de café pero, antes de que pueda llegar, la señora Aldrin aparece.

—Maddie, yo les prepararé el desayuno.

—De verdad que no hace falta —insisto.

—Sí que hace. Es mi trabajo.

Creo que está dejando de hacerle gracia que insista tanto en que no tiene que hacer nada por mí, así que decido rendirme y le indico a Lauren que nos sentemos en los taburetes de la isla de la cocina.

—No tienes buena cara —comenta Lauren—. ¿Estás bien?

—No, la verdad es que no.

Observo a la señora Aldrin trabajar en la cocina mientras canturrea algo muy bajito en francés. No sé si quiero dar el paso que estoy pensando dar, pero necesito saber dónde ha pasado la noche Ryan.

—Señora Aldrin, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

La cocinera camina hasta colarse frente a mí. Aprovecha para secarse las manos con un paño de cocina blanco y grueso.

—¿Sabe si Ryan ha dormido en uno de los cuartos de invitados? —pregunto intentando que mi voz suene firme y que, sobre todo, no se note lo avergonzada que me siento ahora mismo.

Lauren me mira boquiabierta y la señora Aldrin, con una ternura que me hace pensar que siente cierta empatía por mí, como si estuviera metiéndome en algo que de antemano sabe que va a acabar mal para mí. No es la primera vez que lo noto. Ocurrió lo mismo cuando me llamó *ma petite*.

—Ryan pasó toda la noche en su estudio. No quiso cenar. Esta mañana, cuando desperté, ya se había marchado a trabajar.

—Gracias —musito.

La señora Aldrin vuelve a sus quehaceres y yo suspiro profundamente.

—Maddie, ¿qué ocurre? —me pregunta Lauren preocupada.

—Ayer discutimos. Mucho. Primero por Sean y después porque tuvo la brillante idea de mandarle un cheque a James por los setecientos dólares que me prestó.

Me levanto del taburete y voy hasta la chimenea. No me gusta la idea de que la señora Aldrin pueda oírnos. Lauren me sigue.

—No te va a gustar lo que te voy a decir, pero creo que te estás equivocando.

—¿Qué? —inquiero sorprendida.

—La primera vez que pagó tus facturas me pareció horrible. Tenías toda la razón en enfadarte y yo misma te convencí para que hablaras con los Hannigan, pero ahora la situación es muy diferente, estáis juntos. Si quiere correr a ayudarte, deberías dejarle hacerlo.

—No quiero su dinero.

—Pues, en cuanto puedas, devuélveselo —responde como si fuera la solución obvia—, pero no dejes que los Hannigan se ocupen de ti y él no.

Sonrío fugaz y triste.

—Es la misma frase que me dijo Ryan.

Lauren sonrío indulgente y, cuando estoy a punto de claudicar, recuerdo otras cosas que dijo, entre ellas, que no sé cuidar de mí misma. Mi enfado vuelve como un ciclón.

—De todas formas pasaron más cosas de las que no me apetece hablar —me adelanto a su interrupción.

—Como quieras.

Asiento refrendando mi último comentario y ambas caminamos de nuevo hacia la isla de la cocina.

—Oye, la semana pasada pagué la comida de las dos, así que, ¿esto cómo va?, ¿tú avisas a Ryan o tengo que pasarle una factura pormenorizada para que me devuelva los diez dólares? —cometa socarrona.

—Lauren, no estoy de humor —le advierto sentándome en el taburete.

Mi amiga me ignora y se sienta a mi lado.

—Gruñona —protesta.

La señora Aldrin pone frente a nosotras dos tazas de café humeantes y un plato de *macaroons*.

—¿Te hacen *macaroons* para desayunar? —exclama Lauren—. ¿Y todavía te quejas? Por favor, convence a Ryan de que se haga bígamo. Viviríamos los tres juntos. Renuncio al sexo, sólo quiero los *macaroons*.

La señora Aldrin sonrío y, ante las palabras de Lauren, no tengo más remedio que hacer lo mismo.

—Mejor, *ma petite* —se despide con dulzura ante mi sonrisa justo antes de salir de la cocina.

Ese «ma petite» se queda flotando en el aire. Tengo la sensación de que para ella es demasiado obvio que voy a sufrir y, si fuera algo que me transmitiese cualquier otra persona, no me importaría, pero tratándose de alguien que lo conoce tan bien, que vive en su casa, viéndolo a él y lo que hace cada día no puedo evitar asustarme.

Terminamos de desayunar y nos vamos a casa de Álex. Como es la única de nosotras que está desempleada, se ha pasado toda la semana viendo vídeos de YouTube sobre cómo hacer peinados y maquillajes *pin-up*.

Nos pasamos horas haciéndonos pruebas de maquillaje y peinados mientras escuchamos grandes éxitos de las The Andrews Sisters, según Álex, para meternos en situación. Me siento tentada de llamar a Ryan unas quince veces, pero siempre acabo soltando el iPhone antes de hacerlo. Sigo muy enfadada.

A eso de las ocho, estamos listas. Hemos almorzado comida china, hemos bebido un Martini Royale y, después de una relajante ducha, nos hemos metido en unos fabulosos trajes y nos hemos subido a unos fantásticos tacones.

Álex ha hecho un trabajo fantástico. Llevo mi melena castaña peinada con ondas al agua adornada con una flor de fieltro roja. Hace juego con mi vestido del mismo color con algunos adornos negros. Me he pintado los labios de un ardiente rojo *pin-up*, esta vez totalmente justificado, y las tres llevamos medias negras con costura trasera que nos hemos esforzado en dejar lo más recta posible.

Cuando salimos a la calle en busca de un taxi, me enorgullece poder decir que acaparamos varias miradas. Estamos espectaculares.

El taxista nos deja en la puerta del Radio City Music Hall, alquilado para la ocasión por el Riley Group. Sonriente, se niega a cobrarnos la carrera porque dice que le hemos recordado tiempos mejores. Las tres le dedicamos nuestra mejor sonrisa y salimos del coche con el ánimo y la autoestima por las nubes.

En la puerta vemos a algunos compañeros de trabajo. James y Charlie nos esperan allí. Álex corre a su encuentro y se besan. Por un momento parecen una fotografía de celebración de la victoria en la segunda guerra mundial.

James esta guapísimo con un traje oscuro de doble abotonadura y una gorra como la que Robert Redford lucía en *El golpe*. Las chicas de Contabilidad cuchichean y lo miran encantadas. Él sonrío al vernos y se acerca a nosotras.

—Aquí hay dos muñecas preciosas y yo tengo dos brazos. ¿Hacemos cuentas? —comenta fingidamente seductor, como si de repente se hubiera convertido en un detective de película en blanco y negro.

—Muy bien Hannigan, muy años cuarenta —le respondo rodeando su brazo con el mío.

—A mí me has seducido —replica Lauren rodeando el otro.

Los tres atravesamos la puerta del teatro más importante de la ciudad y lo que nos espera al otro lado es sencillamente increíble. El salón está lleno de pequeñas lucecitas blancas. Hay portavelas en cada una de las mesas redondas de metal brocado con cuatro sillas a juego que rodean la pista de baile, y una tarima de impecable madera clara. Un grupo de tres chicas acompañadas de una orquesta de al menos veinte músicos, cada uno encuadrado en un atril blanco adornado con una nota musical negra, canta grandes éxitos de los años cuarenta.

—Qué os dije —comenta Álex a nuestra espalda cuando comienza a sonar *In the mood*, de The Andrews Sisters—. Tengo el espíritu de una organizadora de galas benéficas en mi interior.

Todos sonreímos y decidimos acercarnos a la barra a por algo de beber. Mientras cruzamos el salón, miramos divertidos a nuestro alrededor. Todo el mundo ha seguido al pie de la letra la única indicación sobre el vestuario y el salón principal del Radio City Music Hall parece haber dado marcha atrás en el tiempo.

Estamos a unos metros de la barra cuando Álex nos hace un gesto para que nos acerquemos a saludar a sus padres, a unos pasos de nosotros.

—Chicas, estáis fabulosas —comenta Mira.

—Desde luego, el haber aguantado a mi esposa hablando de trajes y zapatos durante días ha valido la pena —añade Miles, a lo que ella responde suspirando fingidamente exasperada.

Todos sonreímos. En ese momento Meredith Riley se acerca a Mira. Yo doy un disimulado y prudente paso atrás. Ahora que Ryan y yo estamos juntos no puedo evitar sentirme algo intimidada por su madre. Sin embargo, nada puedo hacer cuando ella repara en mí.

—Maddie, querida, ¿qué tal estás?

—Muy bien, señora Riley —respondo con una sonrisa.

Ella asiente con dulzura y continúa hablando con las chicas.

Mi cuerpo se enciende antes siquiera de que pueda verlo. Lleva un impresionante traje con chaleco a juego gris marengo, camisa blanca y una preciosa corbata rojo oscuro. Una versión 1940 del día que lo conocí. Juguetea con un sombrero entre sus manos. Se acerca hasta nosotros y saluda a su madre.

—Hola, tesoro —dice ella colocando la mano en la mejilla de su hijo cuando él la besa.

—Señores Hannigan —saluda educadamente.

Ambos sonríen.

Ryan lleva entonces su vista hacia nosotros. Primero Lauren, después Álex, Charlie, James y finalmente yo. Nos miramos durante poco más de unos segundos. Quiero correr hacia él, abrazarlo y no soltarlo jamás, pero una parte de mí aún está demasiado furiosa.

—La fiesta ha quedado genial —le felicita Miles.

El cumplido nos saca de nuestra ensoñación. Ryan sonrío y se centra en el señor Hannigan, haciendo gala de su perfecto autocontrol.

—En realidad yo no he hecho nada. Todo el mérito es del departamento de Relaciones Públicas.

Miles sonrío de nuevo.

—Si me perdonáis —continúa Ryan—, me esperan en la barra.

Automáticamente me giro hacia el bar. ¿Quién le espera? Mentalmente suspiro aliviada cuando veo a Spencer y Bentley y automáticamente también veo la arrogante sonrisa de Ryan mientras camina hacia ellos. Una vez más, le he dado exactamente lo que quería.

—¿Una copa? —pregunta James.

Asiento pero, durante un instante, continúo mirando a Ryan. Esto es agotador, casi tanto como discutir con él. Quiero tirarme en sus brazos pero al mismo tiempo estoy furiosa por todo lo que me dijo. Es frustrante.

Ryan comenta algo con Bentley y comienza a caminar en nuestra dirección. Es demasiado pronto para un segundo asalto con el hombre más atractivo del mundo. Comienzan a cantar *Sing, sing, sing* y tengo una inspiración.

—Hannigan —lo llamo muy convencida—, sácame a bailar.

James me mira confuso pero, al comprender que hablo completamente en serio, le da un trago a su copa y me tiende su brazo, sonriente.

—Será un placer.

Acepto su brazo y vamos hasta la pista de baile. Me sorprende lo bien que se mueve. Todo un experto en bailar *boogies*, me atrevería a decir.

—¡Hannigan! —exclamo cuando me hace girar sobre mí misma—. Me tienes impresionada.

—Si eres el hijo de Mira Hannigan, sabes cómo moverte en un salón de baile, créeme.

Aunque ésa no era la idea cuando el ritmo de la canción se relaja y James me balancea entre sus brazos, no pueda evitar mirar de reojo a Ryan. Charla con Max y Bentley, pero me está mirando a mí. Y yo lo miro a él. Y entonces me doy cuenta de que, al final, entre nosotros todo se reduce a ese magnetismo animal que desprende y me atrapa.

Recuerdo las palabras de Lauren esta mañana y vuelvo a pensar que quizá estoy siendo injusta con él. Ahora mismo todo parece relativizarse, diluirse cuando siento cuánto me desea.

Noto que James ha dejado de moverme. Lo miro y tiene una sonrisa indulgente en los labios. Sin duda se ha dado cuenta de a quién observaba.

—Lo siento, James —me disculpo.

—No te preocupes, ve con él.

Asiento e, intentando que mi ansiedad no gane a mi disimulo, camino hacia Ryan.

Me detengo a unos metros de él. Ha contemplado cómo daba cada paso. Sus ojos están oscurecidos, conteniendo un deseo desbocado. Sin decir nada, comienzo a caminar de nuevo, llego hasta las escaleras y me paro en mitad de ellas para asegurarme de que me sigue. Cuando discretamente lo veo subir el primer escalón, yo continúo haciéndolo.

Toda esta situación está teñida de un halo de sensualidad. Camino por el prácticamente desierto segundo piso del Radio City Music Hall y cada paso suyo que oigo a mi espalda enciende mi piel.

Veó a un grupo de chicas de las inmobiliarias venir hacia nosotros. Sonríó por adelantado y todo mi cuerpo entra en tensión. Las saludo sin detenerme y oigo cómo todas, nerviosas y tímidas, dicen un casi unísono «buenas noches, señor Riley».

Ahora mismo la adrenalina atraviesa mi cuerpo como un ciclón, casi no puedo pensar. Estoy nerviosa, excitada. Alguien podría vernos. En ese momento Ryan me agarra del brazo y tira de mí hacia una de las puertas que rompen la monotonía de las paredes color crema del pasillo. Lo miro y por un instante el deseo se hace tan atronador que todo a nuestro alrededor se difumina.

La habitación en la que entramos está completamente vacía. Es un salón de ensayos o algo parecido, partido por decenas de columnas y con un inmenso ventanal que ocupa todo el largo de la pared frontal y baña de una suave luz la estancia.

Ryan me suelta y en silencio gira sobre sus pasos para cerrar la puerta. Al mirarme de nuevo, puedo sentir toda esa electricidad dominando el ambiente, a nosotros separados sólo por unos pasos en una habitación prácticamente en penumbra.

—Tenemos que hablar. —Intento sonar firme y decidida, pero es muy complicado.

Ryan camina sensual y amenazante hacia mí.

—Estás preciosa —susurra salvaje.

Un tirón familiar sacude mi vientre. ¿Cómo puede estar su voz conectada con todo mi cuerpo de semejante forma?

—Lo estoy diciendo muy en serio —me reafirmo, pero mi voz comienza a tambalearse presa de su proximidad—. Si no hablamos, yo...

Está a un único e ínfimo paso de mí. Su olor me embriaga y toda la calidez de su cuerpo, la idea de que no hay un lugar mejor en el mundo que sus brazos, me invade.

—Tú, ¿qué?

—Me marcharé. —Tengo que hacer un enorme esfuerzo porque mi voz suene mínimamente segura.

—Hazlo —me desafía sin levantar sus ojos de los míos.

Pero sabe que no lo haré, sabe que no podría marcharme aunque fuese lo que realmente quisiese. Clavo mi mirada en el suelo y suspiro hondo. Ryan también lo hace. Levanta su mano y pasea el pulgar por mi labio inferior. Gimo cuando noto su contacto y alzo la cabeza. Mis ojos inevitablemente se pierden en el azul de los suyos, que me miran con ese deseo desgarrador y salvaje. Ya sólo puedo rendirme a él.

Se inclina sobre mí y se detiene justo antes de besarme, dejando que su cálido aliento me abrase. Todo el deseo, toda la excitación, todo el amor que me hace sentir me atraviesan por dentro. Ya no sé cómo me siento al margen de él y, aunque me asusta muchísimo, también me llena de una manera que nunca pensé que sería posible. Me hace sentir viva.

Por fin me besa y todo se vuelve eléctrico.

Siento sus manos en mi piel. Su boca sobre la mía. Lo siento a él. A todo mi cuerpo aturdido

buscando más, como si necesitara del suyo para respirar.

Me lleva hasta una de las columnas y me estrecha contra ella. Sus enérgicos movimientos hacen que la luz aparezca y desaparezca de él.

Podría entrar cualquiera, pero la penumbra se vuelve nuestro cómplice y me libera.

Levanta mi vestido y sigue el curso de una de mis medias con los dedos. Se detiene cuando llega a una de las presillas de mi ligero y sonrío sexi.

—¿Llevas un ligero de presillas? ¿Es que quieres matarme?

Sonrío encantada porque, a pesar de estar enfadada con él, cuando me lo puse esta tarde lo hice pensando única y exclusivamente en su reacción.

Continuamos besándonos primarios. Ryan toma una de las presillas, tira de ella y la suelta contra la piel de mi muslo.

El chasquido y mi gemido resuenan en toda la estancia.

Llevo mis manos hasta su pantalón e intento desabrocharlo, pero no soy capaz. Ryan une sus manos a las mías y consigue liberar su erección. La agarro con fuerza y él gruñe. Es mi instrumento de placer y pecado.

Quiero seguir besándolo, pero mi respiración entrecortada me hace separar mis labios de los suyos. Le deseo.

Ryan pone sus manos en mi trasero y me levanta. La punta de su sexo choca contra mi ropa interior.

Gimo.

Atropellada, bajo mi mano, la coloco entre ambos y aparto la tela de mis bragas para dejarlo entrar. Estoy a punto de gritar, pero mi mente reacciona a tiempo y me lo impide; aun así, la intensidad del momento me supera. Todo mi cuerpo se arquea, echo la cabeza hacia atrás y, sin quererlo, me golpeo con la pared.

Lo noto sonreír y yo también lo hago, nerviosa y vencida por todo el anhelo que siento ahora mismo. Nos miramos directamente a los ojos y empieza a moverse.

Levanta mi pierna y me embiste con fuerza. Lo siento profundo.

Tengo que cerrar los ojos y concentrarme muchísimo en no gritar.

Ryan gruñe desde el fondo de la garganta y me estrecha aún más contra su cuerpo.

—Joder, nena —murmura salvaje.

Intento controlar mi respiración, pero es una batalla perdida.

La puerta suena y los dos nos paramos en seco. Se oyen dos pares de pies caminar y a alguien reír. Ryan me mira a los ojos. Yo me siento inquieta y al mismo tiempo extrañamente protegida por la penumbra. Los desconocidos comienzan a charlar de forma animada. Se trata claramente de un hombre y una mujer.

Ryan continúa mirándome. En sus ojos veo una chispa juguetona y sugerente y, antes de que pueda decir nada para impedirlo, vuelve a embestirme.

Me muerdo el labio con fuerza para no hacer ningún sonido.

Él sonrío provocador, satisfecho. Espera que mi cuerpo se calme y vuelve a entrar con fuerza dentro de mí.

Me estiro contra la columna en un acto reflejo, intentando que el grito que me abrasa la garganta suba por mis brazos y salga de mí.

La pareja continúa charlando ajena a todo. Ryan los observa un segundo para asegurarse de que no han reparado en nuestra presencia y vuelve a centrarse en mí.

—Vas a tener que portarte muy bien y no hacer ningún ruido, nena —susurra.

Quiero decirle que pare, que no lo haga, pero esa parte de mi cuerpo que siempre me sorprende, la que está dispuesta a dejarse atar, a masturbarse para él, a usar todo tipo de juguetitos cada vez brilla con más fuerza.

Clava sus dedos en mis caderas y comienza a moverse.

Hundo mi cara en su cuello e intento controlar mi respiración, mis gemidos, mi placer, pero todo es inútil.

Ryan mece sus caderas y mi cuerpo comienza a tensarse.

Siento mucho calor.

Se mueve implacable. Son embestidas sordas y profundas que cortocircuitan mi mente y me llenan de placer. Clavo mis uñas en su espalda, tratando de aferrarme a algo que me mantenga en esta realidad.

El calor aumenta y con él una sensación de vértigo, como si estuviera al borde de un precipicio.

Ryan entra una vez más y yo salto al placer. Un orgasmo estalla dentro de mí y recorre mi columna vertebral, mis piernas, mis brazos, la punta de cada uno de mis dedos. Y el hecho de no poder verbalizarlo lo hace mucho más intenso, casi desgarrador.

El continúa moviéndose hasta que los músculos de sus hombros se tensan bajo mis manos. Me embiste con una dureza inusitada que hace que casi vuelva a correrme, y se pierde en mí.

Lee perfectamente en mi cuerpo cómo me ha hecho sentir ese último movimiento y, sin sacar su miembro de mí, baja rápidamente su mano y desliza sus dedos sobre mi clítoris.

Yo misma me tapo la boca para no gritar y clavo los ojos en los suyos, tan azules. Me mira excitado, divertido, satisfecho, provocando una mezcla demasiado perfecta.

Tira de mi clítoris con sus dedos y tengo que cerrar los ojos para controlarme y no gritar soliviantada.

Mis músculos más íntimos se tensan alrededor de su miembro y un segundo orgasmo, igual de intenso que el anterior, me devora por dentro hasta que sólo soy una nube de placer y respiración desordenada.

Ryan sonrío, retira sus dedos de mi interior y se los lleva a la boca ante mi mirada. Como siempre que hace eso, tengo la sensación de estar ante la sensualidad personificada.

Rápidamente alza la cabeza y observa a las dos personas. La puerta vuelve a sonar y se oye una tercera voz. Temo que enciendan las luces en cualquier momento y nos descubran contra la columna de cemento, pero afortunadamente, después de una breve charla, los tres se marchan.

Ryan sale de mí despacio y todo mi cuerpo se estremece ante su pérdida. Me sostiene con cuidado hasta que mis pies tocan el suelo.

—Ha estado bien —se jacta abrochándose los pantalones.

—Ha sido una locura —replico.

Aunque intento parecer mínimamente enfadada, la sonrisa indisimulable de plena dicha postorgásmica me delata.

Me arreglo la ropa e intento hacer lo mismo con mi pelo. Ryan alza las manos y me coloca bien la flor. En ese instante aprovecha para mirarme de arriba abajo a mí y a mi espectacular vestido rojo y negro.

—Por vestidos como éste ganamos la segunda guerra mundial. —Sonrío encantada—. ¿Y sabes lo que iría muy bien con él? Esto.

Saca del bolsillo interior de su chaqueta una pequeña cajita y me la entrega. La abro curiosa y mi cara se ilumina cuando veo la pulsera que me regaló por mi cumpleaños, la que me compró en el bazar chino.

—Ryan —murmuro sorprendidísima—, fui a buscarla al día siguiente y no la encontré. Creí que la había perdido.

No sé cómo expresar lo sorprendida, encantada y emocionada que me siento ahora mismo.

—Cuando te marchaste, la recogí. En la joyería casi les da un ataque por llevarles una baratija hecha añicos, pero conseguí que la arreglaran.

—Gracias, muchas gracias —digo abrazándolo con fuerza—. Es perfecta.

Al separarme de él, lo miro con la sonrisa más grande del mundo.

—¿Me la pones? —pregunto extendiendo mi muñeca, feliz.

Me pone la pulsera y, como pasó la primera vez, deja sus dedos sobre mi piel un poco más.

—Tenías razón —digo sin más.

Ryan me mira con el ceño fruncido, confundido.

—Cuando dijiste que estaba dejando que los Hannigan cuidaran de mí y tú no —continúo.

Su expresión se relaja antes de descubrir una incipiente sonrisa.

—Pero eso no significa que vaya aceptar tu dinero. Te lo devolveré. Y la próxima vez, por favor, consúltame.

—Maddie, no voy a consultarte y no pienso aceptar tu dinero. Es así de simple. Ni ahora ni nunca. Podemos discutirlo durante horas —me reta divertido—, pero no cambiaría nada.

Pongo los ojos en blanco, exasperada.

—Ryan Riley, te soporto porque me das más orgasmos que problemas, pero la distancia no es muy larga.

—Bueno —replica con total naturalidad—, empezaré a preocuparme cuando sea muy corta.

Río escandalizada y Ryan aprovecha para besarme de nuevo.

Salimos de la estancia y caminamos de vuelta al salón. A unos escalones de volver definitivamente a la realidad, Ryan aprovecha que nadie repara en nosotros y acelera el paso hasta colocarse a mi lado.

—¿Me concede este baile, señorita Parker?

—¿Qué? —pregunto sorprendida. Aquí, ¡delante de todo el grupo empresarial!

—Quiero bailar contigo —dice sin más poniéndose el sombrero. Lo echa hacia atrás desenfadado dejando que su cabello dorado se asome casual. Se quita la chaqueta y la cuelga de la barandilla.

—Pero nos verán.

—No voy a follarte en mitad de la pista, Maddie. Sólo vamos a bailar.

A mi cuerpo traidor la sola idea le ha sobreestimulado.

—¿No has tenido suficiente? —pregunta peligrosamente cerca.

—Parece que yo tampoco tengo nunca suficiente de ti.

—No sabes cómo me alegra oír eso —responde arrogante y sugerente—. A bailar. —Y ahora sí lo ordena, pero rodeándose de toda esa provocación.

Me tiende la mano y la acepto.

Caminamos hasta la pista y comenzamos a movernos al ritmo de *Boogie woogie bugle boy of Company B*. Al principio pasamos inadvertidos, pero la gente no tarda en reparar en que el dueño del mundo está bailando con la ayudante del editor.

Trato de ignorarlo todo a mi alrededor y sólo me concentro en lo bien que me siento entre sus brazos. Es divertido comportarnos como una pareja normal. Además, a Ryan no se le da nada mal. Parece que las clases de bailes de salón están atestadas de los hijos de los ricos de este estado.

Pero, a pesar de mis intentos, no puedo evitar ruborizarme. Estamos siendo el centro de atención.

—No te preocupes —susurra divertido—. Si no bajo la mano de aquí —la mueve suavemente en mi cintura—, nadie sospechará.

Sonrío y dejo que me siga llevando por la pista.

La canción está a punto de acabarse. La orquesta toca los últimos acordes cuando Ryan me hace girar sobre mí misma y, después, me inclina sobre su brazo.

—Sería interesante ver cómo reaccionarían si te besara ahora.

Río nerviosa y sus labios se curvan en una sonrisa. Otra vez he reaccionado exactamente como esperaba.

Ryan me incorpora de nuevo.

—Gracias por el baile, señorita Parker —se despide cortés.

—De nada, señor Riley.

Nos alejamos el uno del otro mientras comienza a sonar una nueva canción.

Decido que necesito ir a refrescarme un poco. Camino del baño puedo ver en la barra a una

Lauren sonriente, casi exultante, que alza su copa discretamente brindando por mi baile público.

Hay otras dos chicas en el baño. Las conozco de vista de la oficina, creo que del departamento de I+D. Nos saludamos con una sonrisa. Me miro en el espejo y comienzo a retocarme el maquillaje. El peinado de Álex está aguantando bastante bien, la verdad.

Al marcharse las chicas, se cruzan con otras dos que entran. No conozco de nada a una, pero la otra me resulta familiar. Ella parece no conocerme de nada a mí. Empiezan a charlar y yo vuelvo a concentrarme en mi aspecto.

Tardo en comprender que se trata de Marisa Borow. Decido no darle importancia y me meto en uno de los aseos individuales para colocarme bien las presillas del liguero. Ellas continúan charlando.

—Y ahora que estamos solas, dime la verdad: ¿cómo fue todo? —le pregunta la desconocida.

—¿Qué pasa? ¿Acaso quieres saber todos los detalles? —responde Marisa. Por su tono de voz parece estar contentísima.

—Por supuesto que quiero, Marisa. Va a ser el acontecimiento del año, qué digo del año, del siglo.

—Va a ser maravilloso —sentencia.

—Ni que lo digas. ¡Vas a casarte con Ryan Riley! ¡Por fin!

¿Qué? No puede ser ¿Ha dicho Ryan Riley? No puede ser. Siento como si me ahogase. Estoy paralizada con la mirada clavada en la puerta. Marisa y su amiga siguen charlando, pero la conversación deja de tener sentido para mí.

Todo se impregna de una densa neblina.

Las oigo salir entre risas y automáticamente lo hago yo.

Las piernas me tiemblan. Tengo la boca seca. Abro el grifo con la mano temblorosa y escucho el agua correr. La siento lejana. Alzo las manos y, despacio, las llevo hasta el agua.

El frío me despierta, la neblina se dispersa.

Salgo decidida del baño. Esta situación se acabó. Se acabó con mayúsculas. No quiero hablar con él. No quiero explicaciones. No quiero un último beso. Cierro los ojos un segundo. Eso sí lo quiero.

«Esta vez no hay medias tintas, Parker. Se acabó.»

Abro los ojos y recupero el paso firme.

«Y una última cosa, Parker: no llores.»

Regreso al salón principal y lo cruzo como una exhalación. Mis pies van rápido, muy rápido, y yo sólo me concentro en ellos, en hacer que uno siga al otro.

Sé que me ha visto cruzar el salón. Todo mi cuerpo se ha erizado bajo su mirada.

Abro la puerta con fuerza, con rabia más bien. Ya estoy en la calle y puedo sentir el aire fresco, siempre ha sido mi aliado. Recuerdo todas las veces que lo he necesitado, todas las veces que he sentido que Ryan Riley me superaba. Sin embargo, esta vez es diferente, esta vez se ha acabado.

—Maddie.

Ryan me toma del brazo y me detiene. Yo me giro y clavo mi mirada en la suya un segundo. Mis ojos están embargados por la rabia que siento, por todo el dolor.

Me zafó de su mano con un movimiento brusco. Él, confuso, me deja hacerlo.

Continúo caminando sin mirar atrás. Hay varias personas de la oficina hablando por el móvil o fumando, pero ya no me importa que nos vean. Ahora debe preocuparle a él. Al fin y al cabo, es quien va a casarse.

Siento ganas de vomitar.

—Maddie —vuelve a llamarme—. ¡Maddie! —Alza la voz y todos reparan en nosotros. Yo los miro a ellos y después a él furiosa, dolida, y emprendo de nuevo el paso sin decir una palabra—. ¿Sabes? Me estoy cansado de correr siempre detrás de ti.

—¡Pues no lo hagas!

Estallo.

Atrapa mi mirada con sus ojos azules. Su rostro se tensa y tiene la mandíbula apretada. Parece no creer lo que acabo de pedirle y, aunque su mirada se endurece, puedo ver la tristeza que hay en ella.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Pasa que lo sé todo, Ryan.

—¿Qué sabes?

—¡Qué vas a casarte con ella!

En décimas de segundo su expresión cambia.

—No es lo que piensas —me advierte con la voz suave, como si fuera un cervatillo al que intentan tranquilizar para sacar de un cepo.

—Ryan, la escuché mientras hablaba con una amiga en el baño.

Aunque es lo último que quiero, estoy a punto de romper a llorar.

—Maddie —me interrumpe—, necesito que mi padre convenza a Eric Borow de comprar Maverick Incorporated cuando se reúnan el próximo lunes. Así que le he prometido que, si lo hace, me casaré con Marisa.

Ahora la expresión que cambia en milésimas de segundos es la mía. Una parte de mí se negaba a creerlo, pero ahora, Dios, ¡es todo cierto!

—Pero obviamente no voy a hacerlo —aclara con un convencimiento absoluto—. Sólo se lo he dicho para ganar tiempo.

Eso resulta igual de horrendo. Es mezquino.

—Ryan, nunca, jamás, a pesar de todo lo que ha ocurrido, he dudado de que fueras una buena persona, pero ahora veo que estaba equivocada. Esa chica está ilusionadísima. Vas a romperle el corazón y ni siquiera te importa.

—Ella no tenía que saberlo.

—Eso no es excusa.

—Hice lo que tenía que hacer —me espeta.

Ni siquiera ahora se arrepiente.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Te has preguntado cómo me he sentido oyéndola hablar? ¿Cómo me siento ahora?

—Esto no tiene nada que ver contigo, Maddie.

¿Qué? No puedo creerme que sea incapaz de entenderlo.

—Acabamos de acostarnos. Hemos follado en el piso de arriba mientras esa chica planeaba su boda contigo en la planta baja.

Siento náuseas.

—Maddie...

—Si yo no estuviera, ¿te casarías con ella?

Duda. No quiere darme la contestación que sabe que en el fondo no quiero escuchar.

—¡Contéstame!

—¡Sí, probablemente sí, joder! —Tengo la sensación de que me han robado todo el oxígeno a mi alrededor—. Pero no por los motivos que tú crees.

—Y has tenido una relación con ella, ¿verdad? Tuvisteis que ser novios en algún momento porque, si no, no tiene ningún sentido. Tu padre no entendería que te casaras con ella si nunca hubiese habido nada entre vosotros.

—Fue hace mucho tiempo, Maddie.

—Me mentiste. Te pregunté si habías tenido algo con ella y me dijiste que no.

—¿Y qué querías que hiciera? Lo que hubo entre nosotros fue hace años y ahora necesitaba estar en contacto con ella para que me ayudara a convencer a su padre.

—Podrías haber encontrado otra solución. No esta horrible mentira. —Suspiro hondo. De pronto me siento demasiado cansada. Sólo quiero irme a casa—. Parece que al final tenías razón. Debajo de ese cuerpo no hay un hombre mejor.

La mirada de Ryan se ha endurecido hasta parecer casi metálica, pero en el fondo de esos ojos azules la tristeza y la más absoluta sensación de pérdida comienzan a abrirse paso. Algo dentro de mí me dice que no es porque me marchó, si no porque de alguna manera he dejado de creer en él.

Camino tan rápido como mis tacones me permiten pero no es suficiente. Necesito alejarme de él. Aún puedo sentir su olor, su proximidad. Puedo imaginarlo tocándome. Me inclino, me quito los tacones y salgo corriendo.

Por fin escapo de *Ryan Riley*.

Llego a mi apartamento, cierro con un fuerte portazo y por inercia camino hasta el centro del salón. Miro a mi alrededor y suspiro profundamente. Repito la misma operación al menos una docena de veces. ¿Qué hago ahora? ¿Qué demonios hago ahora si ni siquiera en mi propia casa me siento lejos de él? En esa cocina desayunamos juntos por primera vez. Me besó contra esa puerta diciendo que no deseaba a ninguna mujer como me deseaba a mí. Y en el sofá vimos juntos el catálogo de *Le Sensualité*, uno de los momentos más eróticos de mi vida.

Tengo que salir de aquí.

Abro la puerta del pasillo y camino deprisa hasta el dormitorio. Cuando me encierro en él, aún apoyada contra la puerta, alzo la cabeza y me doy cuenta de que he saltado de la sartén para caer en las brasas. Aquí cada centímetro de aire lleva su nombre.

Me meto en la cama y me tapo hasta las orejas con mi fina colcha de *patchwork*. Cuando la saqué del armario, a pesar del calor que hacía, no fue por mera decoración como pretendí autoconvencerme. Creo que inconscientemente sabía que, más tarde o más temprano, acabaría necesiéndola.

Hace calor pero no me importa. Necesito aislarme de esta habitación, de este apartamento, del mundo.

Me despierta el sonido insistente del timbre. No sé qué hora es. Tampoco me importa. Como

tampoco lo hace el hecho de que llevo la ropa de ayer y de que debo tener un aspecto horrible. Sea quien sea pienso mandarlo bien lejos. Hoy no estoy de humor para nadie.

Abro la puerta y Lauren entra decidida y sin pronunciar palabra. Creo que es la primera vez que eso ocurre.

—Dúchate y ponte guapa. Nos vamos a trabajar.

—Yo no voy a ninguna parte.

Ni siquiera me molesto en dar excusa alguna. No pienso moverme de aquí.

—Sí que vas. Tenemos que trabajar.

—Lauren, no quiero salir. No estoy de humor.

—Maddie, escúchame. Eres una profesional. A pesar de todo lo que te ha pasado, siempre lo has sido, y vengo a ocuparme de que no pierdas eso porque, si no, te arrepentirás.

—Lauren —refunfuño.

—Maddie —responde de igual modo cruzándose de brazos.

Nos pasamos unos segundos desafiándonos en silencio.

—Joder —claudico malhumorada.

Ella sonrío débil aunque victoriosamente.

Treinta y cinco minutos después, me lo he tomado con calma, regreso lista al salón. Me he puesto un vestido muy sencillo de mangas cortas azul marino con un cinturón marrón oscuro a juego y mis sandalias planas de cuero también marrones. Apenas me he maquillado y me he dejado el pelo suelto.

—Ya estoy lista —anuncio—, pero te advierto que no quiero ver a Ryan.

—Teniendo en cuenta que es el dueño de la empresa, no prometo nada.

—Me vuelvo a la cama —contesto girando sobre mis talones y caminando de nuevo hacia el dormitorio.

—Maddie, Ryan no está —me aclara apiadándose de mí.

—¿No está?

La pregunta escapa de mis labios más rápido de lo que me hubiera gustado y también suena más desesperanzada. ¿No está, ha ido a una reunión? ¿No está, ha cogido su jet privado y ahora está haciendo surf en Hawái? ¿O, simplemente, no está porque está en casa y no quiere saber nada de la *asistentucha* digna y dramática que tiene por novia? ¿Tiene o tenía? La cabeza me da vueltas.

—Está en una reunión en el centro.

Alivio, puro alivio.

—Es curioso —continúa—, para no querer verlo...

La asesino con la mirada antes de que pueda terminar la frase y vuelvo a recordarle mi mantra de hoy: no estoy de humor.

Bajamos sin decir nada más y lo mismo ocurre en el viaje en metro. No tengo ganas de hablar. Me encuentro enfadada y malhumorada. Lo cierto es que estoy imposible, pero lo que pasó ayer me

dejó un sabor demasiado amargo en la boca para poder olvidarlo.

No hablé con Ryan en toda la noche. Él tampoco me llamó. Aun así, no quiero que esto se acabe. Es la primera vez que me permito ese pensamiento desde que me marché de la fiesta, y me abrume.

Llegamos a la oficina, saludamos a Ben como de costumbre y subimos a la planta veinte. Estoy nerviosa. No quiero estar aquí. Cuando el ascensor anuncia que las puertas se abrirán, involuntariamente me llevo la mano a la boca, jugando con la posibilidad de morderme las uñas. Hacía años que no lo hacía.

—Vamos al archivo —propone Lauren—. Unos minutos de paz antes del tedio absoluto.

Asiento. El archivo me parece el lugar ideal donde esconderme el resto del día.

Como siempre, me sorprende la habilidad de Lauren para subirse en los archivos y abrir la minúscula ventana.

—Sé cosas —me suelta sin más enciendo su Marlboro Light.

—¿Qué cosas? —pregunto, aunque en realidad me faltan ganas para ser parte amena de una conversación.

—Cosas que sabe una chica cuando el mejor amigo de su chico se presenta en casa de éste a las cuatro de la mañana.

Me mira esperando mi reacción, pero no llega, no la dejo salir. Me niego a hablar de Ryan, aunque... ¿las cuatro de la mañana?

—No es un poco tarde... —comento intentando sonar indiferente.

—Sí, un poco tarde —me responde dedicándome una expresión entre perspicaz y al borde de la risa.

No va a ponérmelo fácil.

—¿Te dijo algo? —pregunto al fin.

—Venía de casa de su padre, de explicarle que no se casaría con Marisa, y también de hablar con ella. Sentía que le debía una explicación.

Aunque sienta una punzada de celos al imaginarlos juntos, soy la primera en reconocer que se merecía que le contasen la verdad y que fuera él quien lo hiciera.

—¿Está bien?

—Se pasaron bebiendo bourbon hasta más de las seis.

Una respuesta bastante ilustrativa.

—¿Habéis roto?

—No —me apresuro a responder—. ¿Él te dijo que habíamos roto?

En la milésima de segundo que Lauren tarda en contestar, el miedo domina mi cuerpo.

—No.

Suspiro aliviada. Un gesto que mi amiga descifra sin ninguna dificultad.

—Maddie, no lo entiendo. Es obvio que Ryan no ha hecho las cosas bien, pero castigándolo así

también te estás castigando a ti. Te mueres de ganas de verlo.

—Es más complicado.

Lauren no pronuncia una palabra más, sólo continúa observándome, y yo empiezo a preguntarme si realmente es más complicado.

—Supongo que tenemos que hablar.

—Me alegra que digas eso —dice bajándose de un salto—, porque Ryan está aquí.

¿Qué?

—Me dijiste que estaba en una reunión en el centro —mascullo enfadada.

—Lo hice para que vinieras —se disculpa—. No voy a dejar que te pases el día entero llorando y viendo películas malas por la tele cuando la solución es más sencilla.

Tiene razón, pero, aun así, sigo furiosa. Estoy cansada de que decidan por mí.

—¿Estás muy cabreada? —me pregunta.

—Mucho, pero se me pasará —digo relajando el tono de voz.

Lauren sonrío aliviada.

—Y ahora, si me perdonas —le pido—, tengo que irme a trabajar.

—Valor —me arenga.

Salgo del pequeño archivo, cruzo la redacción y entro en mi oficina.

—Buenos días, ayudante.

—Buenos días —respondo colgando mi bolso en el pechero—. Disculpa la hora, sé que llego tardísimo. ¿Con qué quieres que me ponga primero?

—Empieza por un clásico: agenda, correo y preparar dos reuniones.

Asiento y me siento a mi mesa.

Estoy sumida de lleno en esas tareas, pero la conversación de hace unos minutos con Lauren revolotea sobre mí. Habló con su padre, habló con Marisa. Tal vez ahora nos toque el turno a nosotros. Sigo enfadada, muy enfadada, pero también tengo que reconocer que el instante en que pensé que habíamos roto fue uno de los peores de mi vida.

Me levanto decidida, le doy una pobre excusa a Bentley y cruzo la redacción hasta el despacho de Ryan. Me preocupaba que la gente que nos vio discutir en la puerta del Radio City Music Hall hubiera extendido el rumor como la pólvora, pero la verdad es que todo parece exactamente igual. No he oído ni un solo comentario y nadie me ha mirado de una manera diferente.

En su puerta tengo un último ataque de dudas. Me paseo nerviosa de un lado a otro para intentar aclarar una vez más mis ideas. Una misión demasiado complicada. Pero finalmente me dedico dos o tres frases motivacionales de anuncio de refresco, entro decidida y camino hasta colocarme frente a la mesa de Tess.

Antes de que pueda decir nada. La puerta del despacho de Ryan se abre y salen Marisa y el propio Ryan. La sangre me hierve. Nunca me había sentido así de posesiva. ¿Qué hace aquí? Se supone que hablaron anoche. ¿Y si Ryan se ha dado cuenta de que Maverick le importa más que yo y

decide seguir adelante con la boda? Dios, esto es horrible. Tengo el estómago atenazado y me cuesta respirar.

Reúno el poco valor que me queda y alzo mi mirada para encontrarla con la de Ryan. Él me observa con cautela. Está nervioso e impaciente. Acelera la despedida, aunque sin llegar a ser descortés. Ella le da un beso en la mejilla y yo siento ganas de golpearle en la cara con algo metálico. Finalmente se atusa su larga y rubia melena y pasa junto a mí en dirección a la puerta. No repara en mi presencia. Yo tampoco lo haría.

—Señorita Parker, entre en mi despacho —me pide Ryan.

No me atrevo a mirar a Tess. Creo que es demasiado evidente cómo me siento y, si le doy la oportunidad de mirarme a los ojos, lo descubrirá.

Ryan cierra la puerta tras de mí y me observa a una distancia prudencial. Yo también lo hago y es el peor error que puedo cometer. Está más que guapo. Su mejor traje, su mejor camisa, su mejor corbata. Todo se ajusta a su espectacular cuerpo como un guante.

Le quiero y le echo de menos. Me estoy muriendo de celos y mi mente está embotada por las preguntas que siempre se niega a responder, por el miedo que tengo a perderlo.

Sus ojos azules me encuentran una vez más. Le quiero.

Sin mediar palabra, Ryan corre hacia mí y, tomando mi cara entre sus manos, me besa desmedido. Gimo contra sus labios y sumerjo mis manos en su pelo. No tengo ni idea de lo que va a pasar, pero necesito estar con él una vez más.

Nos tumba sobre el suelo de parqué. Le obligo a girarse hasta que quedo encima. Quiero estar aún más cerca de él a pesar de que no hay un milímetro de aire libre entre nosotros, y me asusta porque es un sentimiento irracional y ridículo, pero después de prometerle que nunca me enamoraría de él, de todo lo que pasó ayer, de ver cómo ella salía de este despacho, me atemoriza pensar que él haya decidido que es mucho más fácil alejarse de mí. La cabeza me da vueltas. No quiero pensar. No quiero pensar. Sólo quiero sentirlo.

Lo beso con más ansia. Ryan me responde pero, sin quererlo, sollozo.

—Maddie.

No quiero llorar. No ahora. No delante de él.

Intento esconder mi cara en su cuello, pero Ryan se mueve y ágilmente vuelve a tumbarme de espaldas, sujetándome las muñecas a ambos lados de mi cabeza. Las lágrimas ya corren libremente, pero mi pelo indómito me cubre los ojos.

—Maddie, ¿qué pasa?

Está realmente preocupado.

—Nada —musito.

Me suelta las manos y, con suavidad, me aparta el pelo de la cara. Llevo mis manos rápidamente contra las suyas para que no me despoje de mi última defensa, pero no llego a tiempo y me limito a colocarlas sobre las de él.

—Nena, ¿qué ocurre? —pregunta lleno de compasión.

—Nada.

Prefiero decir nada porque no sé cómo explicarle todo lo que siento ahora mismo, que me siento enfermizamente celosa de cada chica que se le acerca, que he prometido hacer algo que estoy lejos, lejísimos, de poder cumplir o que quiero que me quiera desesperadamente como yo le quiero a él. Sin condiciones, sin tratos, sin promesas. Prefiero decir nada.

—Estoy bien.

Coloca su mano en mi mejilla y me seca una lágrima con el pulgar mientras me observa con la expresión endurecida.

—Voy a perderte, ¿verdad?

Quiero decirle que no, pero lo cierto es que no lo sé. No puedo seguir así. Sin saber a qué atenerme. Follando como locos y discutiendo como locos. Me estoy rompiendo por dentro.

—Ryan, no puedo seguir así.

Sus ojos se llenan de un miedo atroz. Me mira de la misma manera que cuando prometió no volver a tocarme.

—Quiero irme.

No sueno muy convencida, porque en el fondo no quiero hacerlo, pero sé que es lo mejor. Él no me suelta, no se mueve ni un ápice, no me libera de su mirada.

—Por favor, Ryan, deja que me vaya.

—Maddie, escúchame.

Siento la sal de mis lágrimas bajar ardientes por mis mejillas. Cabeceo y forcejeo mínimamente. No debería escucharlo. No será bueno para mí, me robará la poca determinación que siento.

—Marisa no es nadie. Son sólo negocios. Necesito salvar esa empresa.

Hasta ahora no había sonado desesperado. Necesita que crea que no siento nada por Marisa y lo hago, pero al final ése no es el verdadero problema.

—Odio sentirme así. Siento que todo esto me está consumiendo poco a poco.

No me refiero sólo a los últimos acontecimientos. Sé que él lo ha entendido.

—Por eso quería mantenerme alejado de ti, Maddie, y ahora ya no soy capaz de hacerlo.

Otro mensaje cifrado. Otra verdad a medias. Necesito que sea sincero.

—Ryan, tienes que hablar conmigo, por favor —le suplico entre lágrimas—. ¿Qué temas que nos pase?

Sus ojos azules se tiñen de compasión y dolor.

—Sólo quiero protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—¡De mí!

¿Qué? No entiendo nada. De pronto el corazón me ha dejado de latir o late tan deprisa que ya no lo siento. Quiere protegerme de él, ¿por qué?

—Sé que acabaré haciéndote daño. —Está frustrado, furioso—. Maddie, ¿no lo entiendes? Volvería a hacer lo que hice porque tengo que salvar esa empresa. El hombre implacable, duro,

insensible a todo, ése soy yo, no hay más.

Pronuncia cada palabra lleno de dolor.

—Los negocios son los primero, ¿no? —comento con cierta amargura—. Eso es sobre lo que quisiste advertirme en Santa Helena. No te referías a que pasaría mucho tiempo sola. Hablabas de esto, de que acabaría viendo esta cara de ti.

Ryan asiente.

—Lo que no imaginaba cuando hablamos en la habitación del hotel es que me dolería tanto darme cuenta de que te había decepcionado.

Lo miro confusa, conmocionada.

—Te avisé a ti pero nadie me avisó a mí —continúa—. Antes de conocerte jamás me habría planteado si lo que hice para tratar de mantener Maverick abierta estaba bien o mal. Pero tú me miraste de una manera que hizo que me lo replantease todo.

Las piezas del puzle comienzan a encajar.

—¿Por eso me hiciste prometer que no me enamoraría de ti?

—Maddie, eres tan dulce. Todavía tienes fe en el mundo y en las personas. Por Dios, si hasta la tenías en mí —masculla con amargura—. Si esto se acaba, tengo que saber que no te arrebaté eso, no me lo perdonaría.

Le miro directamente a los ojos y me doy cuenta de que no podría quererlo más de lo que lo hago en este momento. No quería que sufriera, no quería que me desencantara del mundo por su culpa.

Él tampoco despega sus ojos de mí.

—Pero, dicho todo esto, Maddie, yo soy así. No quiero volver a decepcionarte pero hay determinadas cosas que simplemente tengo que hacer. Así que tienes que decidir si te compensa o no.

Y ésa es la auténtica pregunta, la que nos mantiene tumbados en el suelo.

—Me compensa —contesto rápida, decidida, sin atisbo de duda.

—Vas a tener que renunciar a muchas cosas.

Sé que esas «muchas cosas» se refieren a él. Aceptar todas las veces que me despertaré sola, que me dormiré sola. Su hermetismo. Al final son sus condiciones otra vez, pero no me importa. Pensé que lo había perdido y el dolor fue indecible. Le quiero y, si esto es lo que me puede ofrecer, lo acepto. Ya lo hice una vez, sólo que ahora entiendo lo que hay detrás de cada cláusula.

—No me importa.

Ryan sonríe. Él tampoco tiene atisbo de duda de que estoy entregada a él en todos los sentidos.

—Y sigo creyendo en ti. —Clava sus ojos azules de nuevo en los míos y me observa con cautela—. Ni el fuego me arrancaría la idea que tengo de ti. Eres un hombre maravilloso, Ryan, y no sabes cómo me gustaría que te vieras un solo segundo como te veo yo.

Sonríe pero esta vez no le llega a los ojos. Parece que la opinión que tiene sobre sí mismo también está grabada a fuego. Sin embargo, sé que puedo hacer que se vea como realmente es, esa parte de sí mismo que parece haber olvidado.

Ryan se incorpora quedando sentado en el suelo y tira de mí para que haga lo mismo en su regazo. Me estrecha con fuerza y yo me dejo envolver por su abrazo. El mejor lugar del mundo.

—¿Todavía estás enfadada? —pregunta a escasos centímetros de mis labios.

Yo me limito a asentir nerviosa. No tengo fuerzas para otra cosa. Mi cuerpo y mi mente acaban de entrar en un profundo alivio.

Ryan me dedica su espectacular sonrisa y acaricia mi nariz con la suya.

—A ver qué se me ocurre para solucionarlo.

Estoy completamente rendida a él. Está demasiado cerca para que pudiera ser de otra forma. Noto su aliento sobre mis labios, todo su cuerpo llamando al mío, pero, justo antes del ansiado beso, se incorpora rápidamente y me levanta con él.

—Dile a Bentley que te vienes a una reunión conmigo y espérame en el garaje —ordena separándose.

No entiendo nada. Ryan, sonriente, da la vuelta al escritorio y coge algunas carpetas.

—¿Me has oído, Maddie? —pregunta con cierto aire burlón.

—Sí.

Doy la vuelta y salgo del despacho. ¿Qué ha pasado? ¿Y mi beso?

Bentley no pone muchas pegas porque el número de la revista está muy bien encarrilado. Sólo falta el artículo de Ghery, y de eso se encarga él personalmente. Además, siendo el día después de la fiesta de aniversario, todo va perezosamente lento en la oficina, como si cada empleado necesitara un par de mimosas para superar la mañana.

Finn me espera en el garaje. Me abre profesional la puerta de atrás del Audi A8 y yo me siento a aguardar a Ryan, que llega a los pocos minutos.

Nos ponemos en marcha y, apenas diez minutos después, el elegante coche se detiene delante de la puerta del hotel Carlyle.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto con una atónita sonrisa en los labios.

—Es un hotel de lujo, señorita Parker. Aquí se pueden hacer muchas locuras —me responde pícaro justo antes de bajarse del coche.

Finn me abre la puerta y también bajo. El hotel se levanta imponente sólo a unos pasos. Ryan me toma de la mano y tira de mí, sacándome de mi ensoñación.

No nos paramos en recepción, atravesamos el lujoso vestíbulo hasta los ascensores del fondo. Al vernos, un hombre impecablemente enchaquetado se acerca a nosotros.

—Señor Riley, tiene la *suite* del ático, como pidió.

Ryan asiente. El hombre le entrega una llave junto a una tarjeta y se retira.

Las puertas del ascensor se abren automáticamente. Entramos y Ryan pasa la tarjeta por la consola del ascensor. Éste se cierra y, sin parar en ninguna otra planta, alcanza la última.

Estoy emocionadísima. Ryan me conduce por el pasillo hasta una enorme puerta de madera

maciza lacada en blanco. Introduce la llave en la rendija del pomo y se abre ante nosotros.

—No es la habitación 5.932 del Hilton de Santa Helena en Carolina del Sur, pero servirá.

Entro y observo el interior de la *suite* fascinada, más aún con las palabras de Ryan flotando en el ambiente.

La habitación es espectacular. Tiene tres estancias separadas pero que comparten una inmensa terraza desde la que se ve todo Manhattan. La primera, donde nos encontramos ahora, es un salón con lujosos muebles, una chimenea y los dos sofás más inmensos que he visto en mi vida.

La segunda es la más pequeña y hace de separador de espacios entre el dormitorio y el salón. Tiene una mesita y dos sillones orientados al ventanal para disfrutar de las vistas. Lo más sorprendente lo descubro al mirar al techo. Está decorado con un fresco que imita minuciosamente el cielo de Manhattan. Suspiro al contemplarlo y Ryan sonrío a mi espalda.

La última estancia es un maravilloso dormitorio con una lujosa cama *king size* y calculo que unos dos millones de almohadones.

—Ryan, ¿qué hacemos aquí? —vuelvo a preguntar casi por inercia; todavía estoy perpleja.

—Perdernos de todo aunque sólo sea un día. Ayer no podía dejar de pensar en lo felices que éramos en aquella habitación de hotel. Conseguimos olvidarnos de todo.

—¿Y qué pretendes? —digo acercándome a él—. ¿Qué nos quedemos a vivir aquí?

—De momento.

Ryan me estrecha entre sus brazos y me besa. Yo le respondo encantada y, antes de que me dé cuenta, estamos tumbados en la cama. Ya no llevo mi vestido y con torpeza le quito los pantalones y los bóxers y los lanzo junto al resto de su ropa desperdigada por la habitación.

Sigue besándome salvaje, ansioso, y yo lo necesito así para calmar todos los temores que se han despertado en mí a lo largo de estas horribles horas.

Se toma su tiempo mientras baja por mi cuerpo. Mi mandíbula, mi cuello, mis pechos.

Mmm. Todo mi cuerpo se arquea.

Ryan me quita el sujetador y acaricia mis pezones haciendo que se yergan por él. Sigue bajando por mis costillas, mi vientre, mis caderas.

Se arrodilla entre mis piernas y clava sus provocativos ojos azules en los míos antes de liar los dedos en la cintura de mis bragas y tirar con fuerza de ellas.

Lanzo un gemido largo y pausado cuando noto la tela rasgarse sobre mi piel.

—Maddie —susurra hundiendo su nariz en mi vello púbico.

Comienza a besar cada centímetro de mi piel hasta que su lengua toca mi clítoris.

Gimo más fuerte.

Hundo las manos en su pelo y tiro brusca cuando a los labios añade sus dedos, que se deslizan dentro de mí. Los gira en círculos sugerentes mientras sus labios imitan con sus besos los mismos movimientos.

Jadeo. Gimo.

Siento calor. Una tensión maravillosamente familiar que comienza a arremolinarse en mi vientre. Involuntariamente, comienzo a mecer las caderas mientras él intensifica sus movimientos.

Es una locura.

Súbitamente se pone de nuevo de rodillas. Clava otra vez sus ojos en los míos y libera su erección. Me agarra con fuerza de las caderas y eleva mi trasero hasta que nuestros sexos chocan.

Gimo de nuevo. Ha rozado el punto exacto y me ha hecho ver el cielo.

Repite el movimiento y yo vuelvo a gemir. Sus ojos están llenos de deseo y una lujuria abrasadora. Puedo ver cuánto disfruta haciéndome sentir tanto placer.

Libera una de sus manos y guía su maravilloso miembro hasta mi interior. Entra brusco y se queda dentro inmóvil, torturador.

Cierro los ojos y grito de placer.

Con su mirada provoca el fuego en cada trozo de mi cuerpo, observándome, saboreándome en la distancia.

—Muévete —suplico.

Sonríe.

—Parece que me has echado de menos —susurra arrogante.

Abro los ojos y le dedico la peor de mis miradas que, sin embargo, no le borra la sonrisa ni por un instante. Intento moverme, conseguir algo de fricción, pero Ryan me mantiene sujeta por las caderas sin ningún esfuerzo.

Mi libido perversa me recuerda que, si quiere torturarme, ésa es una carretera de doble sentido. Me llevo dos dedos a los labios y comienzo a chuparlos suavemente.

Él entreabre los suyos y suelta un leve suspiro.

Bajo esos mismos dedos por mi mandíbula, mi cuello y mis pechos y la sensación de humedad que los sigue me excita aún más. Ryan los sigue con ojos ávidos.

Dejo que mi cuerpo se arquee cuando tiro de mi pezón a la vez que cierro los ojos. No dice nada, pero sé que está funcionando. Su polla palpita en mi interior cada vez con más fuerza.

Continúo bajando y los deslizo sobre mi sexo. Lanzo un interminable «mmmm» y dejo que mi cuerpo vuelva a arquearse. Comienzo a acariciarme haciendo círculos cada vez más largos pero con dedos perezosos, llenos de placer.

Ryan gruñe de nuevo y cuando gimo una vez más, sus dedos se aferran aún con más fuerza a mis caderas.

Pellizco mi clítoris y llevo mi otra mano hasta mi pecho. Gimo con fuerza y me humedezco los labios justo antes de abrir los ojos y sonreírle todo lo sensualmente que soy capaz.

—Joder, Maddie, vas a matarme.

Se abalanza sobre mí y me besa salvaje a la vez que me embiste con fuerza, brusco y, gracias a Dios, no se detiene. Rodeo sus caderas con mis piernas y pierdo mis manos en su espalda.

Se mueve sin ninguna piedad, sin ninguna tregua.

Lo beso y paseo mis dientes por sus hombros. Huele deliciosamente bien y sabe aún mejor.

Siento mucho calor.

Ryan sale de mi interior, ágilmente me gira y vuelve a tirar de mí hasta que quedamos de rodillas a los pies de la cama. Respira brusco a mi espalda y yo me pierdo en ese sonido.

Alzo las rodillas del suelo cuando me embiste.

Grito de placer.

Comienza a besarme la nuca, los hombros.

Apoyo las manos en la cama y me agarro a la sabana con fuerza, retorciendo la tela entre mis dedos.

Está siendo implacable, salvaje. Mi dominante dios del sexo en estado puro.

Se separa un poco de mí y, sin dejar de penetrarme, pasea sus dedos por mi trasero. Soy plenamente consciente de a dónde se acerca. Quiero pedirle que pare, pero no lo hago. Estoy nerviosa, pero también demasiado expectante. Siempre ha provocado un loco placer en mí con cada cosa que me ha descubierto, ¿por qué iba a ser diferente ahora?

Sin embargo, no se detiene y prolonga su caricia por toda mi columna vertebral hasta llegar a mi cuello.

Ya no aguantaré mucho más. Esa caricia ha enardecido aún más mi piel. Todo mi cuerpo se tensa. Ryan me embiste con fuerza haciéndome alzar las rodillas de nuevo.

Tengo la sensación de que en cualquier momento me romperé.

—Maddie, córrete, quiero oírlo.

Su exigencia es todo lo que necesito y, con una embestida aún más poderosa, me embarco en un maravilloso orgasmo que se alarga más y más cuando noto que él también lo alcanza.

Nos dejamos caer en el suelo, exhaustos. Tengo la cabeza apoyada en su pecho y lo noto subir y bajar preso de una respiración totalmente desbordada.

Ha sido increíble.

—Los hoteles se nos dan realmente bien —comento jadeante.

Ryan sonríe, abre los ojos, mira a su alrededor y tira del cable del teléfono hasta que el aparato cae sobre el parqué. Pulsa un botón y se lo lleva al oído.

—Llamo de la *suite* del ático. Quiero encargar algo de comer... Entrecot y verduras del chef para dos. Traíganos vino, un Artadi del 98... ¿Tienen tarta de limón y merengue? —pregunta divertido—... Genial, traigan dos porciones y *champagne*, Dom Pérignon Rosé.

—Ryan —exclamo contagiada de su humor.

—Quiero celebrar lo bien que se nos dan los hoteles.

Sonrío como una idiota mientras lo observo levantarse y cojo la mano que me tiende para hacer lo mismo.

Me pongo su camisa y me paseo por la *suite*. Llego hasta el sofá y me apoyo en él. Desde aquí puedo contemplar todo el salón. Desde luego es uno de los más lujosos que he visto nunca.

Ryan no tarda en acercarse, me abraza a mi espalda y hunde su nariz en mi pelo.

—No pienso dejarte salir de aquí en una semana.

Está pletórico y sospecho que hay algo más que le tiene de tan buenísimo humor.

Me giro entre sus brazos y coloco mis manos sobre su torso. Sus ojos brillan. Su ánimo es contagioso y acabo sonriendo.

—¿Qué ocurre? —pregunto al fin divertida.

—¿Qué ocurre con qué? —inquire del mismo modo.

Su sonrisa se ensancha. Sabe de sobra a lo que me refiero.

—Ryan, es obvio que hay algo que te tiene de muy buen humor.

—Estoy contigo en una habitación de hotel.

—¿Y?

—Acabas de correrme en mis brazos.

—¿Y?

—Me encanta la tarta de limón y merengue.

Pongo los ojos en blanco, sonrío y vuelvo a girarme dándome por vencida. No va a contármelo. Ryan me estrecha contra su cuerpo y se inclina hasta que sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

—Y he encontrado la manera de salvar Maverick.

Al oír sus palabras, boquiabierta, me giro una vez más. Él me observa con esa espectacular sonrisa.

—¿De verdad? —pregunto sorprendida.

—Voy a hacer una oferta por una empresa llamada Bloomfield Industries. Rediseñaré su plan de producción y, con los beneficios y las subcontratas, salvaré Maverick.

—Ryan, eso es fantástico. Estoy muy orgullosa de ti.

—Lo sé.

No dice más y, con una sonrisa serena e incommensurable, me besa. Yo sonrío contra sus labios y rodeo su cuello con mis brazos. Ni siquiera sé por qué me he sorprendido. Es persistente y brillante, sólo era cuestión de tiempo que diera con la solución adecuada.

Llaman a la puerta y se interrumpen mis planes. Por la manera en la que Ryan gruñe contra mis labios, creo que también se han interrumpido los suyos.

Ordena que nos sirvan la comida en la terraza. Un almuerzo sin ropa interior delante de las mejores vistas de la ciudad. Me parece una excelente manera de continuar el día.

La comida está deliciosa y la conversación a su altura.

—La tarta está buenísima —digo llevándome el tenedor de nuevo a la boca para saborear los restos de merengue.

Tengo los pies en su regazo. Ryan me sonrío provocador o a lo mejor he sido yo quien le ha provocado, quién sabe, pero es un juego exquisito al que me encanta jugar. Y, puestos a jugar, me

levanto y lo miro traviesa a la vez que camino hacia la habitación.

En cuanto pongo mis pies sobre el parqué, me giro y lentamente voy desabotonándome la camisa. Ryan se acaricia la barbilla mientras observa mis dedos avanzando botón tras botón.

Al desabrochar el último, Ryan se levanta, coge la copa de *champagne* y camina hacia mí. Empujo la camisa por mis hombros y, para cuando cae al suelo, lo hace a los pies de los dos. Una vez más estoy completamente desnuda frente a él.

Ryan bebe un trago de la copa y me la ofrece. Yo bebo un sorbo. Me humedezco los dedos con los restos de *champagne* de mis labios y, ante la mirada de Ryan, marco un sendero por mi cuerpo desde mi boca hasta mi ombligo.

Me mira hambriento, acelerando mi respiración.

—Tumbate en la cama —me ordena con la voz llena de deseo.

Sin dudar, hago lo que me dice. Ryan continúa contemplándome. Su mirada hace arder toda mi piel. Estoy excitadísima.

Poco a poco se abre paso por mi cuerpo hasta que queda suspendido sobre mí con sus ojos clavados en los míos.

Me besa una vez en los labios, un beso corto y dulce, y comienza a bajar siguiendo la estela marcada con Dom Pérignon Rosé.

—Estás volviéndome loco, Maddie —susurra contra mi cuello—. Has conseguido que ya no sepa vivir sin esto.

Gimo por el placer que me provocan sus palabras. Yo tampoco podría vivir sin esto, ni un solo segundo.

Continúa bajando. Se demora en mis pechos, rodeando mi pezón con su lengua, tirando de él, chupándolo y después prestándole las mismas atenciones al otro. Sigue por mi vientre y finalmente mi ombligo. Lo llena de besos.

Mis jadeos se avivan.

—Ahora me toca a mí dibujar el camino —dice mientras se inclina para mojar sus dedos en la copa de *champagne* que ha dejado en el suelo junto a la cama.

Pasea sus dedos húmedos de una a otra de mis caderas por la delicada frontera bajo mi ombligo. Después baja por el interior de uno de mis muslos y sube por el otro. Me incorporo apoyándome en los codos para ver cómo los labios de Ryan siguen la estela del *champagne*.

Es delicioso sentir su cálido aliento, sus labios humedecidos.

Cierro los ojos y, jadeante, echo la cabeza hacia atrás henchida de placer. Lo siento en mi vientre, en un muslo y después en el otro. Mi sexo se derrite y clama por sus caricias.

Ryan se detiene y yo abro los ojos. Ha humedecido de nuevo los dedos en el *champagne* y los acerca a mis pechos. Deja caer unas gotas sobre mis pezones. Están duros y estimulados y esas pocas gotas me llenan otra vez de placer, obligándome a arquear la espalda.

Sonríe y se encarga de recoger con sus labios el *champagne* que cae por mis pechos y humedece mis costados.

A pesar de todo, sé que lo mejor está por llegar.

Retuerce entre sus dedos uno de mis pezones.

Gimo con esa mezcla de placer y dolor.

La sensación va diluyéndose y entonces me muerde el otro pezón, multiplicando mi placer por mil.

Dios, es exquisito.

Vuelve a retorcer uno de mis pezones con sus dedos, vuelve a morderme el otro y, cuando creo que va a dejar que me relaje, sin previo aviso, me penetra brusco una sola vez.

Grito extasiada, colmada.

Antes de poder recuperarme, toma de nuevo entre sus dedos uno de mis pezones, muerde el otro y me penetra. Otra vez una sola embestida, brusca y profunda.

Grito llena de placer, de calor.

Mi cuerpo comienza a temblar sobrealimentado de placer y deseo, absolutamente rendido a él.

Ryan espera a que deje de convulsionarme y vuelve a repetirlo. Cada vez que entra, siento como si conquistara todo mi interior.

El temblor regresa con mis gritos y jadeos.

Paciente y torturador, espera a que desaparezca y vuelve a empezar.

No aguantaré mucho más. Cada vez que entra en mí, todo mi cuerpo se tensa. A la quinta embestida los temblores no se detienen y un atronador orgasmo invade todo mi cuerpo. Es fuerte, casi desgarrador, pero me libera de un modo en el que sólo el placer tiene cabida en mi cuerpo.

Abro los ojos y la sonrisa de Ryan me espera. Coge mi ahora lánguido cuerpo y lo sienta en su regazo. Sólo necesito sentir su duro miembro chocar contra mi sexo para encenderme de nuevo. Rodeo su cuello con mis manos y él hace lo mismo con mi cintura. Me coloco a horcajadas sobre él y lentamente le hago entrar.

Suspiro despacio henchida de placer.

Gruñe desde el fondo de su garganta cuando me tiene ensartada. Lo beso llena de intensidad antes de volver a subir e iniciar un delicioso ritmo. Sus manos en mis caderas controlan cada uno de nuestros movimientos.

—Joder —murmura—, joder, joder.

Sin salir de mí, nos deja caer sobre la cama. No hay un solo centímetro de aire entre nosotros. Mis manos se pierden en su espalda, en su pelo, y él me abraza, haciendo que sus perfectos brazos me envuelvan por completo.

Me siento como si estuviera en un mar de perversión, placer y pecado del que no querría salir por nada del mundo.

Entra y sale de mí fluido, profundo, con un tempo delicioso. Su boca conquista la mía y su cálido aliento devora mis gemidos.

Comienza a hacer sugerentes círculos con sus caderas y el placer se expande hasta el último rincón de mi cuerpo. Ya no puedo más. Hunde su cara en mi cuello y me besa y me lame, enseñando

los dientes, dejándome marcas por toda la piel.

Levanto las caderas para salir en busca de uno de sus sugerentes círculos, pero cambia el ritmo una vez más, me penetra con fuerza y me lanza a un maravilloso y espectacular orgasmo que me hace gritar, volver a temblar y sentir placer en cada uno de mis huesos.

Ryan apoya los codos a ambos lados de mi cabeza y vuelve a embestirme con la misma intensidad, reavivando los rescoldos de mi clímax.

Vuelvo a gritar y echo la cabeza hacia atrás absolutamente desbocada.

Aprieto los muslos alrededor de sus caderas.

Esto es una locura.

Me embiste de nuevo. Mi cuerpo tiembla. Grito.

Una nueva estocada. No creo que sea capaz de soportarlo. Todo mi cuerpo se tensa. Ryan me penetra otra vez, no se detiene y con un nuevo movimiento nos corremos los dos salvajemente, enredados en las sábanas, en el otro, sumergidos de nuevo en un placer abismal y crápula que nos roba hasta el último átomo de oxígeno.

No puedo evitar comenzar a reír como una idiota. No es voluntario, es la dicha poscoital tomando el control de mi cuerpo. Ryan me aparta mi pelo indomable de la cara. No puedo dejar de reír y, cuando al fin nuestros ojos se encuentran, una sonrisa incipiente asoma en mis labios. Sí señor, lo he pasado muy bien.

—Me alegra ver que te has divertido —comenta socarrón dejándose caer a mi lado.

—Mucho.

Nuestras piernas no son más que una maraña sobre las sábanas blancas. Mis carcajadas se calman pero mi sonrisa sigue ahí, indisimulable. Me llevo el dorso de la mano a los labios y por un momento me ruborizo ante su mirada.

Ryan se inclina sobre mí y me besa. Todavía sabe a *champagne*.

Pasamos los minutos tratando de recuperar la monotonía de nuestras respiraciones. Lo observo en silencio. Está guapísimo con la mirada perdida en el techo y el pelo casi rubio revuelto.

—¿Qué dijo Marisa cuando le contaste la verdad?

No quiero estropear el momento, pero una parte de mí necesita saberlo.

Ryan frunce el ceño y su mandíbula se tensa al instante. Aun así, intenta aparentar toda la normalidad que es capaz.

—Lo entendió —responde sin más.

No comprendo por qué sigo torturándome con este tema.

—Maddie —sigue con la vista clavada al frente—, hay cosas que han cambiado y ni siquiera soy capaz de entenderlo, pero mi madre tuvo que esperar veinte años para poder ser feliz con mi padre y no quiero que eso te pase a ti.

—Si esos veinte años son a tu lado, merecerán la pena.

Ryan gira la cabeza y me mira directamente a los ojos. Los suyos azules son un reguero de emociones que los cruzan demasiado rápido. Se adueña del silencio como si fuera a decir algo, pero

en lugar de eso me besa apremiante y desbocado, comenzando el camino para llenarnos de pasión y placer una vez más.

Ya es de noche. Me despierto algo aturdida. No sé qué hora es. Ryan no está. La temperatura de la habitación es perfecta, pero aun así me envuelvo en la sábana al levantarme. Me apetece sentir su suave tacto sobre mi piel.

Camino por la habitación esperando ver a Ryan, pero no lo encuentro. Cuando paso a la segunda estancia, me sorprende al encontrar sobre la pequeña mesita una especie de corsé negro. Tiene una tira de cuero que rodea el cuello y de ella salen otras tres. Una entre los pechos y las otras dos van hasta la espalda, donde las tiras se unen con una nueva correa. La cinta que pasa por el centro baja hasta un entramado de otras más finas que cubre hasta el ombligo. A partir de ahí cuelgan de un extremo otras cuatro tiras doradas. Las toco con cuidado y expectación y me doy cuenta de que en la última tira pone Cartier. ¡No son doradas, son de oro! También hay unas delicadas medias de seda negra y unos tacones de infarto del mismo color.

Escondida entre las tiras de cuero hay una caja roja. La giro entre mis dedos y ahogo un suspiro impresionada cuando leo de nuevo Cartier en letras doradas sobre ella. La abro con delicadeza y veo tres preciosas pulseras de oro, anchas, y una de ellas sinuosamente labrada. Sin duda alguna el complemento perfecto.

Junto al corsé, hay una nota de Ryan:

«He tenido que volver a la oficina. Estaré de vuelta sobre las nueve. Cuando regrese, quiero verte sólo con esto.»

Sonríó encantada. Echo un vistazo al reloj. Son algo más de las ocho. Cojo mi nuevo vestuario y voy hacia el baño.

Antes de meterme en la ducha me coloco frente al espejo y me recojo el pelo pensando qué haré con él. Quiero estar guapa para Ryan. Acaricio el corsé que he dejado sobre el mármol del lavabo y sólo su tacto ya es muy sensual. Un tirón familiar atraviesa mi vientre al imaginarme con él puesto. Definitivamente tengo que estar espectacular. Entonces recuerdo que ni siquiera tengo maquillaje, sólo el brillo de labios que suelo llevar en el bolso.

Rápidamente regreso a la habitación, cojo el teléfono y llamo al servicio de habitaciones.

—Servicio de habitaciones —responden al otro lado.

—Hola. Llamo de la *suite* del ático.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Parker? —Su tono de voz se vuelve más que solícito.

—Quería saber si era posible que me subieran algo de maquillaje.

Sueno nerviosa. Lo estoy. No sé hasta qué punto maquillaje es una petición común, aunque por otra parte seguro que no es la más rara que les han hecho.

—Por supuesto. ¿Qué desearía?

—Un poco de todo y también horquillas —recuerdo.

—En seguida, señorita Parker.

—Muchas gracias.

Cuelgo y regreso al baño. Me doy una ducha rápida y me envuelvo en un mullido albornoz.

Mientras me estoy secando el pelo, llaman a la puerta. Corro a abrir y un botones me espera al otro lado. Sonriente, me entrega un maletín como los que usan los maquilladores profesionales. Le doy las gracias y me giro en busca de mi bolso. Le entrego mis únicos diez dólares de propina. Supongo que esperaba algo más, pero aun así vuelve a sonreírme.

El maletín parece fantástico. Lo apoyo también sobre el mármol del lavabo y lo abro con cuidado. Es mucho mejor de lo que esperaba. Hay *gloss* y pintalabios de todos los colores, diferentes máscaras de pestañas, coloretes, sombras de ojos y más. Todo de Chanel. También hay horquillas y otros adornos para el pelo, e incluso un pequeño muestrario de diferentes marcas de colonias. Las huelo todas y me decanto por Miss Dior.

Doy palmaditas feliz y comienzo a arreglarme.

A las nueve menos diez oigo la puerta abrirse. Suspiro hondo y me retoco el pintalabios suavemente con los dedos. Salgo del baño y con paso lento y cadencioso camino hasta colocarme bajo el umbral de la puerta del dormitorio.

Ryan suspira brusco al verme. Está descalzo y sin chaqueta, aflojándose la corbata. Me mira de arriba abajo y yo me emborracho de poder al verme sexy a través de sus ojos.

Una sonrisa incipiente, provocativa y salvaje va creciendo en sus labios. Camina hasta colocarse bajo el umbral de la puerta del salón y se apoya en el marco. Estamos frente a frente, separados únicamente por la segunda estancia.

Sin levantar sus ojos de mí, se quita los gemelos y los guarda en el bolsillo de los pantalones.

—Estás perfecta. Aún mejor de lo que llevo imaginando toda la tarde.

Sus palabras suenan tan roncadas, tan primarias, que toda mi piel arde por ellas.

Ryan anda la pequeña distancia que nos separa y se detiene frente a mí. Alza su mano y la sumerge en mi pelo hasta llegar a mi nuca. Me atrae con deliciosa brusquedad hasta él y me besa. Sus labios me devoran y me rindo sin condiciones una vez más. Baja su otra mano por mi costado pasando por cada cuerda hasta que finalmente llega a las cadenas de oro que se mecen y contonean por su contacto.

—Tumbate en la cama —me ordena, y está tan cerca que, aunque quisiera, no podría escapar de sus ojos azules y su delicioso olor.

Giro, camino hacia la cama y me tumbo justo en el centro. A los segundos, Ryan me sigue. Se queda de pie junto a la cama, estira los brazos y, con delicadeza, me quita los tacones que resuenan sobre el parqué perfectamente acuchillado cuando los deja caer al suelo. Después las medias. Araña suavemente mi piel con sus dedos mientras las desliza por mis piernas.

Suspiro suavemente.

Ryan se tumba sobre mí y siento el peso de su cuerpo en el mío. Gruñe al notar cómo nos acoplamos perfectamente.

Me besa salvaje, primario. La tela de sus pantalones a medida roza mis muslos desnudos.

Mi respiración se acelera y gimo contra sus labios.

Se coloca a horcajadas sobre mí, tira de una de las cintas de cuero del entramado sobre mi vientre y la saca con suavidad.

—Une las muñecas por encima de la cabeza —ordena.

Me las ata con un extremo de la tira de cuero y después anuda el otro al cabecero de cama. Tensa la última atadura y mis brazos se estiran.

Suspiro con fuerza al notar ese dulce tirón.

Ryan acaricia mi mejilla y se inclina sobre mí. Su expresión es dura, pero también está llena de deseo. Por un momento tengo la sensación de que va a decirme algo, pero no lo hace. En lugar de eso me acaricia el labio inferior con el pulgar y continúa bajando su mano hasta llegar a la tira central, situada entre mis pechos. Sin previo aviso, tira de ella y mi cuerpo se arquea.

Gimo. Me excita. Disfruto.

Ryan vuelve a inclinarse y me besa cada pezón, sólo una vez, justo antes de dejarme caer lentamente de nuevo contra la cama.

Saca otra de las cintas del entramado ante mi atenta y expectante mirada, la pone sobre mis pechos y la desliza por debajo de la tira central. Una especie de prendedores metálicos quedan sobre mis pezones.

Ryan se quita la camisa. Se toma su tiempo y la espera no hace sino alimentar mi deseo. Baja por mi cuerpo hasta quedar entre mis piernas. Juguetea con las cadenas entrelazándolas en sus dedos.

Mi respiración poco a poco va transformándose en jadeos que se solapan suavemente.

Se inclina una vez más y comienza a besarme las caderas, bajando torturadoramente por mis muslos. Cuando está a punto de llegar a mi sexo, pasa a la otra pierna e imita el mismo reguero de besos.

No puedo soportarlo más. Necesito sentirlo dentro de mí.

Muevo las caderas intentando provocarlo, pero se limita a sonreír contra mi piel. Sabe perfectamente lo que está haciendo.

—No te muevas —me advierte en un salvaje susurro alzando sus ojos azules— o pararé.

Gimo al escuchar su voz y hago un titánico esfuerzo por quedarme quieta. No quiero que pare por nada del mundo.

—¿Lo has entendido? —me apremia.

Tengo que concentrarme muchísimo para conseguir asentir.

—Buena chica —responde con una sonrisa dura y sexy en los labios.

Me besa el interior de los muslos, demorándose, dejando que el deseo me nuble la mente.

Estoy a punto de explotar.

Entonces, al fin, siento sus besos en mi sexo. Primero efímeros, casi furtivos, para poco a poco hacerse cada vez más profundos.

Gimo, jadeo descontrolada, aun más cuando introduce dos dedos dentro de mí.

Sin detener su lujuriosa mano, se incorpora. Me besa entre cada una de las tiras de cuero hasta que llega a mi cuello. Besa y muerde cada centímetro de mi piel mientras sus dedos entran y salen de mí y su pulgar solivianta mi clítoris.

Cierro los ojos. Estoy perdida en este mar de placer.

Oigo cómo se deshace de sus pantalones y los bóxers. Gloriosamente desnudo, para en sus caricias para guiar su miembro hasta mi sexo y entra brusco y profundo.

Grito al sentirlo. Tiene tanta fuerza que enardece mi interior, le hace rebelarse contra todo mientras sólo pide más y más.

Apoya sus brazos a ambos lados de mi cabeza y comienza a moverse rápido, hosco. Me embiste con fuerza y mis gritos aumentan. Adoro sentirlo así de salvaje.

—Ryan —susurro—, oh, Dios, Ryan.

Tiro inconscientemente de las muñecas olvidando que estoy atada. Quiero tocarlo. Tocar su cuerpo sobre el mío bañado en esa fina capa de dulce sudor.

Gimo aún más. Intento controlar mi respiración pero no soy capaz.

En mitad de todo ese placer, deseo y jadeos, Ryan tira de la cinta sobre mis pechos. Los prendedores se cierran y aprisionan mis pezones.

Mi cuerpo se arquea haciendo que mis brazos se estiren al máximo.

Dios, es una sensación espectacular.

Grito. Lo hago de puro placer.

Ryan me embiste con fuerza. Sus caderas chocan contra mis muslos una y otra vez. No está teniendo piedad. Se mueve más rápido, más duro.

Echo la cabeza hacia atrás y vuelvo a tirar de la atadura de las muñecas. Quiero tocarlo, pararlo, no lo sé. Mi libido arde por todo el placer que está concentrando en mí.

—Por favor —suplico, pero ni siquiera sé qué pido.

Sin bajar un ápice la intensidad de sus embestidas, vuelve a tirar de la cinta de cuero. Los prendedores se cierran otra vez, atrapan mis duros pezones y yo me pierdo en todo el placer y el dolor yuxtapuestos que me provocan. Un placer tan intenso que puede llegar a doler, un dolor tan delicioso que causa placer.

Hunde la cara en mi cuello y comienza a besarme. Cada vez que me muerde, su lengua me compensa acariciándome caliente y experta.

No puedo más. El placer me supera.

Ryan me toma por las caderas y me da la vuelta. Me quedo de rodillas con el vientre pegado a los muslos y los brazos y la espalda completamente estirados.

Me penetra de nuevo.

Grito desbocada.

En esta posición lo siento aún más lejos, más profundo.

Apenas puedo moverme y eso lo intensifica todo.

Suelta todos los broches y las tiras de cuero se deslizan por mi piel. Sólo ha dejado las de mis muñecas y la que rodea mi cintura y de la que cuelgan las cadenas. Pasea sus manos por mi espalda desde mi nuca hasta mis caderas, donde las ancla con fuerza. Sé que me dejará marcas y algo dentro de mí sonrío satisfecho.

Las cadenas suenan una y otra vez al chocar entre sí cuando me embiste.

—Nena, eres la cosa más sexy e increíble que he visto nunca —me susurra al oído, inclinando su cuerpo sobre el mío.

Deja una de sus manos en mi cadera y sube la otra por mi costado hasta uno de mis pechos. Lo masajea con fuerza y retuerce mi pezón entre sus dedos.

Grito de nuevo y me aprieto contra él, contra su increíble miembro.

Vuelve a embestirme, vuelve a tirar de mi pezón, vuelvo a gritar.

—Ryan —repite sus movimientos y el placer estalla dentro de mí— ¡Dios, Ryan!

Un orgasmo espectacular, maravilloso, casi perverso, me recorre el cuerpo y estalla en mi sexo colmado con su miembro, en mi cadera marcada por su mano, en mi pezón retorcido entre sus dedos pero, sobre todo, en mis muñecas atadas, rendidas a él y a cualquier cosa que quiera hacerme.

Ryan se incorpora, se aferra de nuevo con las dos manos a mis caderas y aumenta este demencial ritmo hasta que se corre violentamente en mi interior, gruñendo una torpe y jadeante versión de mi nombre.

Me desata las muñecas y se deja caer a mi lado. Como siempre, me toma de nuevo las manos y las acaricia dulcemente, intentado aliviar la piel que rozó con el cuero y comprobando que no me ha hecho ningún daño.

No es capaz de mantener los ojos abiertos, está exhausto, pero sé que se mantendrá despierto hasta inspeccionar cada centímetro. Yo sonrío y, feliz, lo observo hasta que el sueño me vence.

Oigo algo de ruido, pero me niego a abrir los ojos. Estoy en el paraíso. La temperatura es ideal, la tela de las sábanas acaricia mi piel y estoy rodeada de decenas de almohadones en la cama más cómoda del mundo.

Me parece oír la puerta principal. Escucho pasos y voces. Poco después noto cómo la puerta del dormitorio se abre. Es Ryan. Sé que es Ryan. Mi cuerpo siempre sabe que es él. Se sienta a mi lado y me besa con dulzura en el hombro.

—Despierta, dormilona —susurra contra mi piel—. Han traído el desayuno.

Abro los ojos perezosa y sonrío.

Ryan coloca su mano en mi espalda y baja hasta encontrarse con las cadenas, reminiscencias de la lujuria de anoche que aún llevo puestas y descansan sobre la curva de mi trasero.

—Desnuda a excepción de cadenas de oro de veinticuatro quilates de Cartier sobre este espectacular culo. Desde luego, no se me ocurre nada mejor para empezar el día —comenta con total naturalidad.

Sonrío de nuevo y ruedo para levantarme por el otro lado de la cama. Las cadenas tintinean al chocar entre sí. Me pongo de pie, cojo su camisa del suelo y me meto en el baño. Todo ante su atenta mirada.

Frente al espejo me recojo el pelo en un moño alto y me lavo la cara con agua helada. Me abrocho su camisa y estoy a punto de quitarme las cadenas, pero decido que será mejor que lo haga él. Mi sonrisa se ensancha. Sí, espero más sexo salvaje esta mañana.

Salgo de nuevo a la habitación, pero no está. Camino por la *suite* y lo veo en la terraza. Ha mandado que nos sirvan allí un succulento desayuno. Él está sentado con los pies descalzos apoyados en la silla de enfrente, leyendo el *Times*. Lleva una camiseta de mangas cortas blanca y el pantalón gris de ayer. Tiene el pelo revuelto por la suave brisa y se le ve más rubio bajo este sol de justicia. Como cada día desde que lo conocí, está increíblemente guapo.

Camino hasta él feliz como una niña sólo con pensar que es todo para mí.

—¿Me ayudas? —pregunto traviesa de pie junto a él, levantando la camisa para que quede al descubierto el broche de la última cinta justo encima de la cadera.

Ryan deja el periódico despacio sobre su regazo. Se humedece los labios aún más despacio y me dedica su sugerente sonrisa. El corazón ya me va a mil y ni siquiera me ha tocado. Alza sus hábiles dedos y suelta el broche. Las cadenas se deslizan por mi piel y caen al suelo. Ryan apoya su mano en mi cadera y me acaricia siguiendo el movimiento de las cadenas hasta que finalmente me da una palmada en el trasero.

—A desayunar —me ordena sensual, volviendo a coger el periódico con esa sonrisa provocadora en el rostro.

Mmm, acaba de salirme el tiro de la culata. Debería aprender que no puedo jugar con él.

—¿Has descansado? —pregunta dejando finalmente el periódico sobre la mesa.

Asiento.

—¿Y tú? —pregunto mientras cojo una tostada y la unto con mermelada de arándanos.

—Mucho. Más de lo que debería, pero no era capaz de levantarme y dejarte en la cama. Ronroneabas como un gatito —concluye socarrón.

—Yo no ronroneo —me quejo.

—Sí lo haces y me encanta —sentencia y me roba la tostada.

—Ey —me quejo y le dedico mi mejor mohín, lo que le hace sonreír.

Le da el primer bocado cuando suena un mensaje en su móvil. Ryan desliza el dedo sobre la pantalla del iPhone y lee con atención.

—¿Todo bien? —pregunto.

Asiente y me hace un gesto para que me siente en su regazo. Lo hago inmediatamente y él rodea mi cintura con su brazo.

—Vamos a tener que volver al trabajo —comenta—. Bentley va a matarme si te sigo acaparando.

—Eso creo.

Pero ninguno de los dos hace el más mínimo ademán de moverse.

—¿Tenemos tiempo para una ducha? —pregunto fingidamente inocente.

Lo noto sonreír a mi espalda.

—Tenemos —responde sensual.

Nos levantamos y vamos hasta el baño.

Salimos casi una hora después con la felicidad renovada en todos los sentidos.

Yo vuelvo al baño. Me cepillo los dientes, me seco el pelo y me maquillo. Cuando regreso al salón, Ryan me espera ya vestido, observando por la ventana.

—Casi estoy —me excuso—. Sólo tengo que encontrar mi vestido —anuncio escrutando el suelo de la habitación.

—Tienes ropa limpia en la bolsa que hay sobre la cama.

Sonrío encantada. No me apetecía ponerme el mismo vestido. Reviso la bolsa y hay un conjunto de ropa interior y un vestido azul marino con pequeños lunares blancos. Combina a la perfección con las sandalias que llevaba ayer. Es uno de los vestidos de Tommy Hilfiger que están en casa de Ryan, así que imagino que la señora Aldrin o Finn habrán hecho la maleta para los dos.

Me visto rápidamente y, poco después, estamos abandonando nuestro nidito de amor de la última planta del Carlyle.

—Voy a echar de menos esta habitación —comento mientras esperamos el ascensor—. Eres increíblemente rico, podrías comprarla.

Ryan sonríe.

—Lo tendré en cuenta para tu próximo cumpleaños.

Le devuelvo la sonrisa y él me observa juguetón mientras me cede el paso para entrar en el ascensor.

Finn nos espera en la puerta del hotel junto al Audi A8. En el camino, Ryan no para de recibir llamadas, así que el trayecto se me hace algo aburrido. Afortunadamente no es muy largo y suena la canción de Of Monsters and Men, *Little Talks*. Canturreo mientras observo Manhattan por la ventanilla tintada.

A una manzana del edificio del Riley Group, Finn detiene el coche. Ryan aún continúa al teléfono pero, al ver que nos hemos detenido y el chófer me abre la puerta, se deshace de la última llamada y cuelga.

—Su parada, señorita —comenta guardando el iPhone en el interior de su chaqueta.

—Eso es.

—Si te portas bien, te llevaré a comer.

—Si tú te portas bien, a lo mejor te dejo que me lleves.

De reojo veo a Finn disimular una incipiente sonrisa provocada por mi comentario. Ryan también intenta ocultar la suya a la vez que cabecea divertido.

— Qu e voy hacer contigo? —pregunta fingidamente exasperado.

—Ya sabes que lo que quieras —respondo justo antes de bajarme del coche.

Ya de pie, le lanzo un beso, giro sobre mis talones metidos en mis geniales sandalias de cuero y comienzo a caminar.

Los ascensores se abren en la planta veinte mostrando en la redacción el mismo bullicio de siempre. Camino relajada hasta mi oficina, dejo el bolso en el perchero y me asomo para saludar a Bentley. Sin embargo, cuando alzo la cabeza en el umbral de su despacho, estoy a punto de gritar antes de estallar en risas al ver a mi jefe y a mi queridísima amiga Lauren colocándose a toda prisa la ropa. Están descalzos y despeinados.

—Chicos —me quejo divertida.

Cierro la puerta y me siento a mi mesa. A los segundos, ambos salen visiblemente abochornados. Los dos me miran esperando a que diga algo, pero yo, haciendo un esfuerzo monumental por no reír, continúo pasando papeles y esperando a que el ordenador se encienda.

Finalmente Lauren suspira de alivio pensando que se ha librado y se dirige hacia la puerta.

—Sólo dos consejos —comento socarrona haciendo que se detenga justo en la puerta y suspire bruscamente—: no os quit eis los zapatos y, por el amor de Dios, cerrad la puerta con pestillo.

No puedo evitarlo y estallo en carcajadas. Lauren finge una sonrisa y sale enfurru nada.

—Pienso contárselo a los Hannigan —le grito.

—Ni se te ocurra —vuelve para amenazarme índice en alto.

Ya sólo quedamos Bentley y yo. Intento dejar de reír porque al fin y al cabo es mi jefe, pero la sonrisita insolente es muy difícil de ocultar.

—Agenda, correo y correcciones —me dice sin ni siquiera mirarme antes de meterse en su oficina.

—A la orden, jefe.

Decido no hacer más leña del árbol caído. Ya se le ve lo suficientemente avergonzado.

Me levanto dispuesta a salir en busca de las correcciones cuando suena el teléfono de mi mesa.

—Despacho de Bentley...

—Ven a mi despacho —me interrumpe Ryan.

—Claro.

Sin decir nada más, cuelga. Me preocupo automáticamente. Sonaba demasiado serio, nada que ver con el Ryan que dejé en el coche.

Cruzo la redacción y llego hasta su oficina. Antes de que diga nada, Tess me indica que pase. Aun así, llamo. Toda la situación parece extrañamente tensa.

Después de escuchar un frío «adelante» entro y cierro la puerta tras de mí. Ryan está de pie, ligeramente apoyado en el lateral de la mesa. Tiene los brazos cruzados y la mirada perdida en el *skyline* de Manhattan. Ya no lleva chaqueta, se ha aflojado la corbata y remangado la camisa. ¿Qué ha podido ocurrir en tan poco tiempo?

—¿Querías verme? —susurro.

Me siento algo intimidada ahora mismo.

—¿Quién es Matthew Newman? —pregunta haciendo caso omiso de mis palabras.

Durante un segundo entorpecido los ojos confusa. La última tarde en el Of Course se proyecta en mi mente. No puede ser que esté tan enfadado por eso.

—Es un compañero de facultad.

—El chico con el que te vi hablando en el restaurante —afirma y lo hace en un susurro como si estuviese hablando para sí.

—Ryan, ¿qué está pasando?

Comienzo a ponerme nerviosa. Ni siquiera me ha mirado desde que entré.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti, ¿no crees?

—Ryan, no entiendo nada.

Mi comentario parece enfadarlo, porque al fin se gira y me mira directamente a los ojos. Está más que furioso.

—No se te ocurra hacerte la inocente, Maddie —me advierte con esa voz tan suave y a la vez tan intimidatoria que hace que suene peor que un grito—. Eso se acaba.

Diablos, ¿a qué se refiere? Esto es ridículo.

—No me estoy haciendo la inocente. De verdad, no sé de qué estás hablando.

—Borow Media ha comprado Bloomfield Industries —me interrumpe alzando la voz— y qué casualidad que lo hace un día antes de lo que yo tenía pensando, con la misma idea de rediseño y subcontratas y menos de una semana después de que te encontraras con ese tío que, casualmente, es la mano derecha de Marisa.

¿Qué? ¿Cómo puede pensar algo así de mí?

—Te estás equivocando —intento que mi voz no se quiebre—. No te dije nada de Matthew Newman porque me invitó a salir, pensé que te enfadarías y no quería que discutiésemos más. ¿Cómo puedes creer que yo te traicionaría así?

Ryan me observa, pero es obvio, por la manera en la que lo hace, que no está creyendo una sola de mis palabras.

—Sólo lo sabíais mi padre y tú. No confié en nadie más —me espeta furioso.

Cabecea con el gesto temerario, endurecido. Está terriblemente dolido.

—No sé cómo no pude darme cuenta antes —vuelve a comentar para sí mismo.

—Ryan, por Dios, tienes que creerme. Yo no le dije nada a nadie.

—Llamaron del Carlyle. Olvidaste tu móvil en la habitación. —Ryan saca mi iPhone del bolsillo del pantalón y lo tira sobre la mesa—. Hay siete llamadas perdidas de Newman. Supongo que está deseando que le cuentes cómo ha ido todo.

—Ryan, no sé de qué estás hablando. No veía a Matthew Newman desde la facultad. Jamás me había llamado antes. Por Dios, ni siquiera sabía que trabajaba en Borow Media.

—¡He hablado con Marisa! ¡Lo sé todo!

Ya no puede controlar más su enfado.

¡Esto es ridículo! Y por supuesto esa mujer está detrás de todo.

—No sé qué es lo que crees que sabes, pero yo no le he contado nada a nadie. Nunca te traicionaría así.

Pero no me mira. Creo que ni siquiera me escucha. Rodea su mesa ignorándome por completo y centra su atención en los papales esparcidos sobre ella.

—Ryan —lo llamo pero no obtengo respuesta—, Ryan —me acerco para llamar su atención—, ¡Ryan! —grito frente a él.

Al fin alza la mirada y clava sus ojos azules en los míos. Nunca los había sentido tan fríos. Ya no hay nada en ellos, nada de lo que antes veía. Me dejan sin palabras. Se acabó, realmente se acabó.

—Sal de aquí. De la empresa y de mi vida. No quiero volver a verte nunca.

No hay ni una sola gota de compasión en su voz.

Doy un paso atrás y asiento. Aunque es lo último que quiero, las primeras lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Me siento rota por dentro. Dolida, sola, triste, muy triste, demasiado triste.

En silencio, sin volver a mirarlo, me giro y camino hacia la puerta de su despacho. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y salgo. La puerta se cierra a mi espalda y el dolor parece hacerse aún mayor.

Es la última vez que veré a Ryan.

Con el paso acelerado, voy hasta mi despacho. Cojo mi bolso, lo suelto sobre la mesa y la rodeo. Abro los cajones con fuerza buscando las pocas pertenencias que he acumulado en ellos. La tristeza se instala en el fondo de mi estómago y tira de él, pero poco a poco mi enfado también crece. Mi dignidad y mi orgullo reaparecen a tiempo de hacerme ver que no ha dudado ni un solo segundo que yo le hubiera traicionado de esa manera. ¿Ésa era toda la confianza que tenía en mí?

—Maddie, ¿qué ocurre?

La voz de Bentley me saca de mi ensoñación.

—No ocurre nada —me apresuro a responder con la respiración agitada por el llanto.

Metó todo en mi bolso y camino hacia la puerta.

—Ha sido genial trabajar contigo —me despido.

Salgo y no miro atrás, desoyendo las llamadas de Bentley. De reojo lo observo salir corriendo, pero no lo hace tras de mí, si no en dirección al despacho de Ryan.

Hago un esfuerzo titánico para no derramar una sola lágrima en mitad de la redacción. Al fin, las puertas del ascensor se abren y por suerte está vacío. Entro, pulso el botón de la planta baja y me dejo caer contra la pared.

Me dejo invadir por toda la tristeza y la impotencia que siento y mis ojos y mis mejillas se llenan al instante de lágrimas. El ascensor se detiene en la planta diecisiete y entra un grupo de ejecutivos. Me limpio bruscamente con el dorso de la mano e intento controlar mi respiración. Uno de ellos repara en mí, aunque no más de un segundo. Supongo que una cara llena de lágrimas en el fondo de un ascensor no invita a muchas preguntas.

Nos paramos en la planta quince, catorce, doce, diez, siete, dos y al fin la baja. Cuando oigo el punzante pitido de aviso, me yergo y doy el primer paso hacia la salida. Uno más para poder llegar a mi cama, meterme bajo la colcha y llorar. Es lo único que quiero hacer.

Me despido de Ben, que no entiende mi estado de ánimo. Ignoro sus preguntas y le doy un abrazo.

Ya en la calle, me acerco a la carretera en busca de un taxi. No quiero caminar y me parece una excelente manera de celebrar mi nueva condición de desempleada. Mucho mejor que llorando delante de una decena de desconocidos en un vagón de metro.

Como no podía ser de otra manera, no aparece un solo taxi libre. Me paso al menos cinco minutos al pie del bordillo de la acera hasta que, por fin, girando por la Séptima Avenida, veo uno. Alzo la mano y se para junto a mí.

—¡Maddie! —le oigo llamarme justo cuando abro la puerta y mi corazón da un vuelco. Late deprisa, desbocado.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no girarme. Esta vez ya he tenido suficiente. Mi corazón está destrozado de demasiadas maneras.

Sus pasos apresurados suenan cada vez más cerca.

—Maddie —vuelve a llamarme y esta vez me toma del brazo para obligarme a girarme.

—¿Qué quieres?

No estoy enfadada. No alzo la voz. Es un sentimiento más profundo. Estoy decepcionada,

desencantada.

Me zafó de su mano y doy un paso atrás.

—Maddie, tienes que escucharme.

Está nervioso, acelerado.

—¿Cómo me has escuchado tú?

Hace una mueca de puro dolor y me mira intentado leer en mis ojos si todo está perdido o no. Yo ahora mismo sólo puedo recordar la expresión tan fría que vi en los suyos hace un momento.

—No debí dudar de ti. Mi padre acaba de confesarme que fue él quien habló con Eric Borow.

Sonrío llena de tristeza y pierdo mi vista en la bulliciosa ciudad.

—Maddie, me sentí tan dolido que creí que iba a volverme loco. Confío en ti. Sólo fue un maldito segundo.

Y ese maldito segundo ha destrozado mi vida.

—¿Y cómo sé que no volverá a pasar?

—Porque no volverá a pasar —me dice sin dudar, haciendo énfasis en cada palabra.

Me gustaría poder creerlo. Cerrar los ojos, asentir y volver a ser feliz, pero sencillamente no puedo.

—Ryan, tú no confías en mí. Nunca lo has hecho. Yo quise convencerme de que era tu forma de ser, pero no es cierto.

—Maddie...

—Si tu padre no te hubiera contado la verdad, seguirías pensando que te vendí.

Mis palabras caen entre los dos como la horrible verdad que son.

—Entonces, ¿se acabó?

Asiento temerosa y titubeante. Es lo mejor. Es lo mejor para los dos pero, sobre todo, es lo mejor para mí. Ryan no me conviene. Él, todos en realidad, intentaron advertírmelo, incluso yo misma, pero le quiero demasiado hasta no querer entender el peligro que corría mi pobre corazón.

Me giro para meterme en el coche, pero Ryan me toma por el brazo y me obliga a girarme una vez más.

—No quiero perderte.

Apoya su frente en la mía y yo cierro los ojos y vuelvo a sentirme invadida por todo lo que me hace sentir, por su olor, por su tacto, por su cálido aliento.

—No puedo perderte —vuelve a susurrar.

Y sé que, si me quedo un segundo más, no seré capaz de irme.

—Ryan, no —musito con la voz rota de dolor.

Me separo llena de dudas y de todo el amor que siento por él. En mi mente comienza a cristalizarse la idea de que me estoy despidiendo para siempre de él, de Ryan Riley, del amor de mi vida. Despacio, apoyo las manos en su pecho, me pongo de puntillas y le beso en la mejilla.

Involuntariamente alargó mi beso unos segundos de más porque mi destrozado corazón y mi cuerpo se niegan a alejarse de él. Dios, todo esto duele demasiado.

—Te quiero —susurro contra su piel.

Cuando me separo, sus ojos azules clavados en los míos centellean confusos y sorprendidos.

—Lo siento —musito con la sonrisa más triste del mundo—. No pude cumplir mi promesa.

Necesitaba decirlo aunque sólo fuera una vez antes de recobrar mi malogrado sentido común e intentar reconstruir mi corazón hecho pedazos lejos del único hombre al que he amado.

—Adiós, Ryan —me despido metiéndome en el coche.

Él me observa a través del cristal y apoya la punta de sus dedos en la ventanilla. Yo quiero decirle al taxista que arranque, que nos marchemos de aquí, pero tengo mucho miedo, tanto que me inmoviliza. Suspiro bruscamente. Tengo que ser fuerte. Esta relación estaba avocada al fracaso, ¿por qué alargar más la agonía?

—Arranque —musito.

El chófer asiente y nos alejamos del edificio del Riley Group, de Ryan. Rompo a llorar desconsolada antes de que el coche tome la primera esquina. Cuando finalmente se detiene frente a la puerta de mi apartamento y abro la cartera para pagar, me doy cuenta de que no llevo dinero. Justo en ese momento recuerdo dónde gaste mis últimos diez dólares: la propina al botones. Entonces esperaba a Ryan en el hotel, feliz. Lloro aún más.

El pobre taxista decide aceptar mis casi ininteligibles explicaciones y me perdona los ocho dólares. Apuesto a que soy la chica que más ha llorado hoy en su taxi.

Subo los ocho tramos de escaleras hasta la cuarta planta. Tengo la sensación de que mis pies pesan cien kilos. Ha sido un esfuerzo sobrehumano llegar hasta aquí. Busco la llave en mi bolso, pero entonces me pregunto si realmente quiero entrar. ¿Quiero estar en un apartamento donde cada centímetro me recuerda a él? Apoyo mi cabeza y los puños contra la puerta. Siento el frío de las llaves en mi palma y, al llevar mi mirada hasta ellas, la veo, la pulsera que me regaló Ryan y ya no puedo más. Me dejo caer hasta sentarme en el suelo, totalmente abatida, mirando la pulsera con los ojos tristes y el corazón hecho pedazos. Antes de que pueda pensar con claridad, rompo a llorar de nuevo.

Debí parar, debí alejarme de él antes de que la desgarradora verdad de que le quiero como nunca he querido en mi vida pesase más, más que mi vida antes de Ryan, más que mi propio futuro, más que yo.

Oigo una puerta abrirse tras de mí. Intento recomponerme, pero es una empresa inútil.

—Maddie.

Álex me llama y corre hasta arrodillarse junto a mí. Me quita las llaves de la mano y me ayuda a levantarme.

—James, llévatela a casa de papá. Yo recogeré sus cosas y nos veremos allí.

James asiente las instrucciones de su hermana y con ternura me rodea con su brazo y me obliga a caminar.

Sé por qué Álex está haciendo esto. Las dos sabemos que Ryan volverá a buscarme y en este

estado no sería capaz de soportar un segundo asalto.

Ya montados en el Camaro de James, consigo relajarme lo suficiente para dejar de llorar. Aun así, mi respiración es todavía convulsa y mi pecho se mueve arriba y abajo sin ton ni son.

Estamos saliendo de Manhattan. Aún más lejos de Ryan.

—Lauren nos llamó —me aclara James.

En realidad lo imaginaba. Es la única manera en la que podían haberlo sabido.

—¿Quieres hablar de ello?

Niego con la cabeza.

James no insiste y se lo agradezco. No me apetece hablar.

Una hora después, llegamos a la mansión Hannigan. Durante unos minutos dejo que el sonido de la gravilla bajo las llantas sea lo único a lo que le presto atención.

—James, no sé si quiero estar aquí —musito—. No me gustaría que tus padres me viesen así.

—Tranquila. Mis padres están de vacaciones. No volverán en una semana.

Eso me alivia.

James aparca junto a la entrada principal y espera a que me baje del coche. Cruzamos la enorme casa y subimos por las escaleras de la cocina hasta la primera planta.

—Me gustaría descansar —le pido a James.

—Te gustaría llorar —me corrige.

—James...

Las lágrimas interrumpen mi propia voz. Esto duele demasiado.

—Si crees que voy a dejar que te encierres en una habitación y te pases dos días llorando, estás muy equivocada. Vamos a ponernos un bañador, vamos a tirarnos en una tumbona y vamos a beber cócteles hasta que resulte peligroso que estemos cerca de una piscina.

Mis labios se arquean formando una débil y fugaz sonrisa, pero pronto las lágrimas pesan más.

—James.

Me tiro en sus brazos y rompo a llorar de nuevo. Mi amigo me devuelve el abrazo y, haciendo caso omiso de su propio plan, me lleva hasta la salita y nos sienta en el sofá.

Por la tarde Álex y Lauren llegan a la mansión. Las conozco y sé que han venido todo el camino discutiendo si contarme o no lo que pasó en la oficina después de que me marchara.

—Hemos traído comida china —anuncia Álex enseñando un par de bolsas del Tang Pavillion.

—También dos docenas de cervezas heladas y una botella de tequila —añade Lauren.

—Tú sí que sabes —certifica James.

Yo los observo pero no digo nada.

—¿Por qué no me ayudas a prepararlo todo? —le pide Álex a su hermano.

Éste asiente y salen de la salita.

Lauren saca dos botellines de cerveza de la bolsa, los abre y me entrega uno. Le doy un largo trago. Realmente está helada y realmente la necesitaba.

—¿Qué tal estás?

—Preferiría que no le contaras a Bentley dónde estoy —le pido obviando su pregunta.

—No te preocupes —responde tajante—. Estás a salvo.

Asiento mientras clavo mi vista en el botellín con el que jugueteo nerviosa. Dudo si hacer la pregunta que quiero hacer, pero una parte de mí necesita saberlo.

—¿Qué pasó cuando me marché? —musito.

—¿Quieres decir con Ryan? —noto cómo duda si pronunciar o no su nombre.

Yo me limito a asentir.

—Subió hecho una verdadera furia y se encerró con Spencer en su despacho. Los ejecutivos y directores de departamento entraban y salían. Había mucha actividad.

—Probablemente intenta buscar una solución para salvar Maverick Incorporated. El plazo se acaba en tres días.

—Creo que no. A lo mejor me equivoco, pero, por lo poco que he oído, creo que Ryan está intentado hacer algo contra Borow Media.

Involuntariamente sonrío con cierta malicia.

—Marisa fue quien le dijo a Ryan que yo había hablado con Matthew Newman.

—Menuda zorra.

Lauren le da un trago a su cerveza.

—¿Bentley te ha contado algo más?

No sé por qué me estoy torturando de esta manera. Saber todo tipo de detalles acerca de la reacción de Ryan no me va a ayudar. Sin embargo el hecho de que Lauren esté dudando en contestar me preocupa.

—Lauren, ¿qué pasa? —la premio.

—Maddie, Bentley y Ryan se han peleado. Los gritos se oyeron en toda la redacción. Ahora no se hablan.

Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el sofá y suspiro bruscamente. Eso era lo último que quería.

—Es horrible. Bentley y Ryan son amigos desde críos y se han peleado por mi culpa.

Odio la simple idea.

—Maddie, no ha sido por tu culpa. Y no te preocupes, son como hermanos, lo solucionarán. — Lauren hace una pequeña pausa—. Además, tengo otra cosa que decirte: Ryan envió a Spencer a hablar conmigo.

Vuelvo a suspirar, esta vez para prepararme mentalmente. No quiero volver a romper a llorar.

—Ryan quiere que sepas que ha dado orden a Recursos Humanos de que puedes recuperar tu trabajo cuando quieras.

—No voy a volver —contesto tajante.

—También imaginó que dirías eso, así que le dio el cheque por tu finiquito para que te lo hiciera llegar.

Lauren mete la mano en su bolso y con dedos casi temblorosos saca un trozo de papel doblado y me lo entrega. Dejo la cerveza sobre la pequeña mesa de centro, lo desdoble con cuidado y me quedo completamente paralizada cuando veo que se trata de un cheque a mi nombre por valor de diez mil dólares.

—Son diez mil dólares —balbuceo.

—Lo sé.

De pronto el cheque me quema entre los dedos.

—No lo quiero —digo devolviéndoselo.

Lauren alza las manos en señal de que no piensa cogerlo. Frunzo los labios y lo dejo sobre la mesa.

—Puedes devolvérselo a Ryan, porque no pienso aceptarlo.

Comienzo a enfadarme. Ni siquiera ahora que hemos roto va a entender que no quiero su maldito dinero.

—Pues deberías hacerlo. Después de cómo te lo ha hecho pasar, que te costee unas vacaciones en Cabo.

—No lo entiendo —me levanto como un resorte, enfadadísima—. ¿Cómo puede seguir comportándose así?

—Ryan es Ryan, Maddie, y siempre va a serlo.

Las palabras de Lauren son breves pero dolorosamente certeras. Ryan siempre va a ser Ryan. El motivo principal por el que no pienso aceptar el cheque y por el que romper ha sido lo mejor para mí, pero, entonces, ¿por qué me siento así?

Antes de que pueda responder mi propia pregunta, las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas. Me las seco rápidamente y miro de nuevo a Lauren.

—Por favor, llévate ese cheque.

—Hagamos una cosa.

Lauren se levanta y engancha el cheque en el marco de una foto de Álex y James de pequeños, en la estantería frente a nosotras.

—No lo cobres, pero tampoco lo devuelvas. Piénsatelo.

—Haz lo que quieras —respondo automática.

En ese momento regresan Álex y James. Entre los tres intentan convencerme para que cene y después para que acepte el cheque. Me niego a ambas cosas.

Le pido a Lauren que apague mi teléfono y lo esconda en el fondo de algún cajón. No quiero

tener la posibilidad de torturarme. Previsora, hace lo mismo con el suyo. Supongo que quiere eliminar la opción de que me martirice a través de su Smartphone.

Después de que bebamos una cantidad casi indecente de cervezas, nos vamos a dormir. Comparto cama con Lauren y Álex en su gigantesca habitación.

No consigo pegar ojo.

Durante toda la noche mi mente se convierte en un proyector y recuerdo cada minuto de cada día que pasé con Ryan. Una auténtica tortura.

A las siete de la mañana me canso de autoconvencerme de que conseguiré dormir en algún momento y me levanto. Rebusco en la mochila que Álex trajo con mi ropa y me pongo unos vaqueros gastados y una camiseta. Cojo mis gafas de sol y salgo de la habitación.

Al ser tan temprano y, sobre todo, por estar rodeados de esta fantástica arboleda, hace algo de frío, así que, con cuidado, entro en la habitación de James y le robo una sudadera.

No es hasta que me la pongo, ya en la tumbona junto a la piscina, que me doy cuenta de que es la misma sudadera roja de capucha que llevaba en las fotos de Santa Helena, las que por error le envié a Ryan cuando apenas nos conocíamos. Sonríó con tristeza al recordar que guardó una.

No quiero empezar el día como lo terminé, llorando, así que, cuando siento que los ojos se me inundan de lágrimas, suspiro hondo e intento dejar la mente en blanco. ¿Cómo es posible que ya lo eche de menos? No dejo de hacerme la misma pregunta, pero es la verdad más desgarradora y absoluta. Lo echo de menos de una manera insensata y temeraria.

Y todo este dolor, ¿por qué demonios me siento así? Enferma, con gripe, el corazón destrozado y la mente embotada. Todo a la vez. Es indescriptiblemente horrible.

Lauren y Álex se despiden de mí antes de marcharse a la ciudad.

James baja al poco tiempo. Nos pasamos el resto de la mañana en las tumbonas. No hablo mucho, no me siento con ánimos, pero agradezco la compañía.

Como cada vez que bajo la guardia, los recuerdos comienzan a asaltarme. Antes de que pueda darme cuenta, mi respiración comienza a entrecortarse y vuelven las lágrimas.

—Maddie —me llama James sentándose en el lateral de su tumbona para estar frente a mí—, tienes que intentar dejar de llorar —me pide con la voz llena de dulzura.

—Debo parecerle una estúpida. —Continúo limpiándome las lágrimas con el puño de la sudadera.

James sonrío dulcemente.

—No me pareces ninguna estúpida. Pero tienes que intentar animarte.

—Pues tú deberías aplicarte tus propios consejos, ¿sabes?

Su sonrisa se transforma y rápidamente vuelve a echarse sobre la tumbona. Automáticamente yo me incorporo sobre la mía.

—Está claro que no soy la única que necesita hablar.

—Déjalo, por favor.

—Pero, James, es obvio que tú tampoco estás bien.

—Maddie —me reprende.

—Además, es muy injusto que no me dejes tocar fondo y regodearme en mi merecida autocompasión como corresponde, entre lágrimas y alcohol —sin quererlo, sonrío por mi gráfica descripción—, cuando tú llevas torturándote días y días.

No me contesta. Se limita a suspirar hondo y perder su vista al frente.

—¿Quién es? —pregunto.

—Maddie —me reprende de nuevo.

—Vamos, dime quién es. ¿Quieres que deje de llorar? Pues dame conversación.

—Ahora no —intenta justificarse.

—¿La conozco? —No contesta—. ¿Del curro, entonces? ¿Está casada?

Me cruzo de brazos y suspiro con fuerza. ¿Por qué no quiere contármelo? Es ridículo. Nosotros siempre nos lo hemos contado todo.

—Me parece fatal que no quieras contármelo —me quejo—. Yo te lo he contado todo siempre y tú ahora me mantienes al margen. ¿Estás enfadado conmigo por algo?

—No —responde alargando un poco más la mano, clara muestra de que está comenzando a cansarse, pero yo ya me siento ávida de información. Algo dentro de mí acaba de desarrollar la estúpida idea de que, si soluciono sus problemas sentimentales, ocurrirá lo mismo con los míos como por arte de magia.

—¿Quién es?

—No voy a decírtelo.

—James, ¿quién es?

—Dios, déjalo ya —contesta revolviéndose exasperado en su tumbona.

—Vamos, dime quién es, ¿quién es?

—¡Eres tú! —¿Qué?—. ¿Contenta?

De repente el ambiente se llena de un silencio atronador.

—Joder, Maddie eres tú y me has hecho decírtelo cuando claramente no era el puto momento. Mírate, estás hecha polvo y yo acabo de... ¡joder!

Estoy paralizada. Mi mente no reacciona, mi cuerpo tampoco.

Lo miro a los ojos. Sigo esperando a que en cualquier momento rompa a reír y me diga que todo es una broma, pero no lo hace.

Todo me da vueltas. No, no, no. No puede ser. James no.

—¿Yo? —artículo al fin.

—Ni siquiera sé como ha pasado, ¿vale? Tú estabas mal por Ryan y yo creí que estaba mal por ti, por pura empatía, pero, cuando empezasteis a salir y tú parecías feliz, yo seguía mal y entonces me di cuenta de lo que verdaderamente sentía por ti.

Los dos sonamos terriblemente nerviosos, casi angustiados.

—James, lo siento.

No sé exactamente por qué me estoy disculpando, pero siento la imperiosa necesidad de hacerlo. No sé si me disculpo por haberle presionado para que me lo contara, porque es un sentimiento que no correspondo o por haberle torturado con cada detalle de mi relación con Ryan.

De pronto siento que me ahogo. Demonios, ¡James no! Sin pensarlo, me levanto como un resorte. Ni siquiera sé dónde ir.

—Maddie —me llama.

—James, no puedo —digo con la voz envuelta en lágrimas, aunque hago un esfuerzo enorme por no llegar a llorar.

Quizá mi mente se adelantó a mis actos y me estaba disculpando precisamente por esto, por largarme así y dejarlo en mitad del jardín. Pero no he mentido cuando he dicho que no puedo, es cierto, no sé cómo gestionar todo esto, cómo hablar con él, cómo decirle que jamás podré querer a otro hombre que no sea Ryan. Es James, es mi mejor amigo y por nada del mundo quiero hacerle daño.

Vuelvo a la mansión. Tengo que salir de aquí. Camino todo lo deprisa que puedo. Cruzo la cocina y el enorme salón y, cuando pongo un pie en el majestuoso vestíbulo, ya sólo a unos metros de la puerta principal, ésta se abre. Son Lauren y Álex.

—Chicas —las llamo aliviada. Ahora mismo son mi salvavidas.

—Maddie, me alegra verte tan bien, chica. La verdad, te imaginaba pegada al hombro de James llorando como una magdalena —comenta Lauren.

—¿Por qué no nos vamos? —propongo nerviosa, muy nerviosa—. Larguémonos de aquí. Vayámonos a algún sitio soleado. A los Hamptons.

—Me apunto —se anima Lauren.

—¿Los Hamptons? —pregunta extrañada Álex.

—Tus padres tiene una casa allí, ¿no? —Álex asiente—. Pues vayámonos las tres. Bebamos cócteles a pie de playa y tomemos el sol.

—Básicamente lo que hacemos aquí, pero con más clase —añade Lauren.

Álex nos observa pensativa.

—¿Qué dices? —la apremio.

—Está bien. Vayámonos.

Suspiro aliviada, pero quiero, necesito, que nos vayamos ya.

—Voy a buscar a James.

—No —me apresuro a interrumpirla.

Las dos me miran perplejas, incluso algo confusas. En ese momento James aparece con el paso rápido, titubeante. Sin duda alguna me estaba buscando. Su expresión cambia por completo cuando ve que Lauren y Álex están conmigo.

—¿Qué ocurre, Maddie? —me pregunta Álex perspicaz.

Conozco esa voz y conozco esa mirada. No sobreviviré a uno de sus interrogatorios.

—Llevo toda la mañana intentando convencerlo de que nos vayamos a la playa y no ha habido manera.

Las dos dejan de mirarme a mí para mirarlo a él. Suena demasiado raro que James me dijera que no a la playa. Yo clavo mis ojos en los suyos. Estoy aterrorizada. Necesito alejarme de él. Sin voz articulo el «por favor» más triste y asustado del mundo y la mirada de James se tiñe de una compasión absoluta.

—Sí, es el trabajo. No puedo faltar tantos días.

—¿El trabajo? Di más bien esa chica que te trae loco —apunta su hermana.

James sonrío pero no le llega a los ojos.

—Algún día tendrás que decirnos quién es —se queja Lauren.

—Claro —repite automático mientras avanza entre ellas—. Ahora tengo que salir. Os veo a la vuelta, chicas.

Pasa por mi lado y creo que en esos segundos he dejado de respirar.

James no, por favor, James no. No puedo dejar de pensarlo.

Una hora después hemos recogido todo lo necesario y estamos montadas en el Mini Cooper vainilla de Álex.

Estoy sentada en el asiento trasero con la mirada perdida en la ventanilla. He huido de James porque, a pesar de que es maravilloso en todos los sentidos, no puedo quererlo. Jamás podré querer a nadie que no sea Ryan. Mi suerte está echada y tengo la sensación de que he perdido a mi mejor amigo en el camino.

Todo está siendo demasiado complicado. Mientras, el único sentimiento que sobrevive a todo, duro y sordo en el fondo de mi estómago, es cuánto echo de menos a Ryan.

Lauren ha encendido la radio. Suena *Say Something*, de A Great Big Love, y yo me siento exactamente así; en realidad, como todas las canciones de amor que suenan en la radio. Me siento devastada.

Epílogo

La vida básicamente pasa a mi lado, me saluda con sorna y sigue su camino. Me paso el día en la cama o, en su defecto, en el sofá bebiendo burbon. Mi padre ha dejado varios mensajes en el contestador. En el primero me pide amablemente que vaya a casa a comer por mi cumpleaños. En el segundo, casi me lo exige, y en el tercero, me lo ordena. Después ha llamado mi madre diciéndome que no haga caso de mi padre y que, por favor, vaya a casa. No voy a ir. No quiero ir.

Lucky se ha contagiado de mi estado de ánimo y se pasa el día tumbado en el suelo junto a mí. No creo que a Maddie le gustara mucho. No sé por qué no se lo llevó con ella. Creo que es una manera de torturarme.

Cada vez que lo veo recuerdo el día que se lo regalaron, la recuerdo sonreír. Cuando estaba arrodillada echándole de comer la mañana después de nuestra primera noche juntos.

Ahora pienso con amargura cómo lloró porque yo fui tan gilipollas como para decirle que no podía quedarme. ¿Por qué siempre tuve que comportarme así, fingiendo que no me importaba? Esa noche me dormí feliz teniéndola en mis brazos, aunque fui tan estúpido de no entenderlo.

Cuando me desperté en mitad de la noche, me pasé casi una hora mirándola dormir. Acariciándole suavemente la nariz para verla arrugarla. La besé dulcemente como no me permitía besarla despierta. Dios, qué estúpido era.

Me duermo llamándome gilipollas, y lo merezco.

Spencer me llama una docena de veces. Al final me amenaza con dejar a la pequeña Olivia en la puerta, tocar el timbre y salir corriendo. Escucho la voz de Thea advirtiéndome a lo lejos de que, si va a torturarme, que lo haga bien y lleve también a Chase y el Bop it!, el horrible juguete que les regalé por Navidad.

Les he dado vacaciones a Finn y a la señora Aldrin, así me aseguro de que nadie intentará convencerme de que coma o que deje de beber.

En las noticias han anunciado la adquisición de Borow Media por el Riley Enterprises Group. No han mencionado una palabra del despido de Marisa. Me gustaría llamar a Maddie y contárselo. Por nada del mundo quiero que piense que hay algo entre Marisa Borow y yo, pero es inútil, no me coge el teléfono.

Lo peor, sin duda alguna, es no saber dónde está. Su apartamento lleva días cerrado a cal y canto, y tampoco parece haber mucho movimiento en el de los Hannigan ni en el de Lauren. Sí, mi nivel de acosador ya ha ascendido a modo experto.

Seguramente los Hannigan la habrán escondido. Odio a los Hannigan. Odio a Sean Hannigan. En este momento debe estar con ella, haciéndole carantoñas y buscando la oportunidad de besarla o abrazarla. Tengo que parar esta línea de pensamientos, porque lo siguiente que me imagino es asesinandolo. Si le toca un solo pelo, yo... Dios. Burbon, necesito burbon.

El día de mi cumpleaños me lo paso en el sofá viendo *California Suite*, otra vez. No me gusta, pero me recuerda a Maddie sentada a horcajadas sobre mí en aquel hotel de Santa Helena,

murmurando los diálogos. Su pelo húmedo empapaba mi camiseta, pero no me importaba lo más mínimo. Era feliz.

Imagino que toda mi familia me llamará para que vaya a comer, así que apago el iPhone y desconecto el teléfono.

Por la tarde llaman a la puerta. No pienso abrir pero la insistencia me hace gritar un sonoro «qué te den». Oigo la cerradura y, unos pocos segundos después, Bentley se planta frente a mí. Nos miramos y se deja caer a mi lado en el sofá. Aún recuerdo cómo me miró cuando me dijo que había sido tan estúpido de perder a la única chica que me había importado, pero que en el fondo se alegraba por ella porque había estado destrozándole la vida y ella estaba tan enamorada de mí que había estado permitiéndomelo. Me abrió los ojos de golpe y también me hizo ver lo cabreado que estaba conmigo.

—Te traigo estofado de ternera de parte de tu madre y una botella de Jack Daniel's Sinatra de tu padre.

—Bentley...

No sé cómo seguir.

—Cállate —continúa por mí—. Que eres un gilipollas está claro, pero no debí decírtelo.

—Yo creo que sí.

—Yo también, pero quería ser amable.

Ambos sonreímos.

—Joder, tienes una pinta horrible —se queja mirándome de reojo mientras abre la botella que me ha enviado mi padre y le da un trago.

—¿Sabes algo de ella?

Bentley niega con la cabeza.

—No sé nada.

—¿Dónde está, Bentley?

He sonado absolutamente desesperado pero me importa una mierda.

—Te juro que no lo sé. Lauren no suelta prenda —Bentley hace una pequeña pausa—. Eric Borow estuvo en las oficinas y tu padre lo echó.

¿Qué?

—¿En serio?

Estoy sorprendido. No me lo esperaba.

—Se mostró educado, pero le dijo que su relación laboral y personal acababa en ese punto y apoyó tu OPA hostil sin resquicio de duda.

—Bien —musito pensativo.

Nunca imaginé que mi padre reaccionaría así. Cuando le pedí a Spencer que me ayudara con esto, no lo dudó, pero durante todos estos días he pensado que mi padre buscaba el momento adecuado para echarme un sermón sobre tomar decisiones laborales por motivos personales y cosas

por el estilo.

Bentley se levanta de un salto y me saca de mi ensoñación. Va hasta la cocina, coge una caja y mete las botellas que encuentra todavía con algo de alcohol.

—Tómame ese estofado, dúchate y ven a mi casa. El bourbon y yo te esperaremos allí.

Frunzo el ceño y protesto con la mirada, pero Bentley no atiende a ninguna de mis quejas y, sin más, se dirige hacia la puerta.

—Y, por Dios, dale de comer —dice en referencia a *Lucky*—. No le mates al perro.

Bentley se marcha y yo sopeso la situación. El olor a estofado es sugerente pero no tengo hambre. Finalmente se lo doy a *Lucky* y me meto en la ducha. No quiero ver a nadie pero se ha llevado el burbon. ¿Qué puedo hacer?

Cojo al perro y salgo de casa. El *snob* reconvertido de mi mejor amigo no ha renunciado a su apartamento en el Upper East Side, así que cojo el coche, el Mustang, el preferido de Maddie.

Cuando Bentley abre la puerta, dejo en el suelo a *Lucky*, que entra corriendo, y le doy un trago a la botella que he comprado en la licorería.

—Le he dado el estofado al perro y me he comprado otra botella.

—Entiendo entonces que has venido por la compañía.

DESDE LA MIRADA DE RYAN

Le doy un par de billetes al botones y se retira con una sonrisa. Camino de vuelta a la estancia intermedia. Sonríó y me humedezco el labio inferior fugazmente. Desde que hablé hace poco menos de una hora con los de *Le Sensualité*, no he parado de imaginar cómo le quedaría.

Paso los dedos entre las cadenas de oro que cuelgan del corsé e inmediatamente pienso en la piel de Maddie, en las cadenas contoneándose sobre sus caderas. Joder, se me pone dura sólo de imaginarlo.

La oigo moverse y me asomo a la habitación. Sigue profundamente dormida. Camino hasta la cama y me siento en el borde. Le aparto suavemente el pelo de la cara y ella ronronea y medio habla en sueños. No puedo evitar sonreír. Ahora mismo soy el gilipollas más feliz del mundo mirándola dormir.

Nunca había pensado que me sentiría así por alguien. Es agotador. La mitad del tiempo estoy preocupado pensando que algo pueda pasarle. La otra mitad estoy tan feliz que casi sin darme cuenta me pongo a sonreír como un idiota. Y siempre, siempre tengo ganas de tocarla, de sentirla de algún modo. Muchas veces me siento abrumado y no sé cómo gestionarlo, pero entonces hace alguna tontería, como uno de esos mohines, o simplemente sonríe, y todo se esfuma. Bueno, todo no. Las ganas de tocarla se multiplican. Joder, esas nunca se apagan. Nunca me había sentido así.

El móvil vibra en el bolsillo interior de mi chaqueta. Miro la pantalla. Es Mackenzie. Tengo esa maldita reunión. Lo único que querría hacer ahora mismo es meterme en la cama con ella y no salir en tres días.

Vuelvo a la estancia, le escribo una pequeña nota diciéndole que volveré sobre las nueve y la dejo junto al corsé.

Me monto en el coche y le hago un leve gesto a Finn para que arranque. Ahora mismo estoy de un humor de perros. No quiero salir del maldito hotel, aunque, por otra parte, creo que también me vendrá bien. A veces me siento como un puto yonqui. No soy capaz de mantenerme alejado de ella, de tener una actitud fría, y eso me preocupa. No estoy acostumbrado a que alguien me remueva de esa manera y no me gusta. Pero cuando ayer discutimos y, sobre todo, cuando esta mañana se derrumbó en el suelo de mi despacho, una sensación extraña me llenó los pulmones. Estaba enfadado, frustrado pero, sobre todo, estaba muerto de miedo. Estaba aterrado, joder, pensando que podía perderla. Odié esa sensación, incluso creo que la odié un poco a ella. Hizo que me sintiera vulnerable.

Después todo se arregló y todas las sensaciones se transformaron. Otra vez una puta montaña rusa. De cero a cien en un segundo. El corazón me martilleaba con fuerza contra las cotillas y la sangre me recorría el cuerpo tan caliente que mi respiración se aceleró. Todo eso es demasiado nuevo para mí.

En la reunión llevo un ritmo de locura, pero es que quiero terminar cuando antes. Miro el reloj en intervalos de dos minutos y no dejo que ninguno de los directores de departamento diga una palabra. Normalmente me aburren soberanamente, pero hoy me están molestando. El tiempo que estoy aquí con ellos no estoy en el Carlyle con Maddie y ahora mismo sólo puedo pensar en esa habitación de hotel.

—Señor Riley —comenta Miller—, pero el juego de acciones caerá un catorce por ciento con la revalorización.

Y entonces lo miro preguntándome seriamente por qué sigo pagando a este gilipollas.

—Señor Miller —respondo armándome de paciencia—, la revalorización nos hará perder dinero del capital imponible, no del comercializado. El catorce por ciento no es nada si las sinergias nos aportan en torno a un veinte más todos los beneficios de renta variable del acuerdo directo.

Lo miro mal, él asiente y vuelve su vista a los papeles. No tendría por qué explicarle esto. No lo despido porque tengo prisa, joder.

—¿Alguna estupidez más? —pregunto.

Ya lo he dicho. Estoy de un humor de perros.

—La reunión se ha acabado.

Me levanto y todos lo hacen. Me pongo los ojos en blanco mentalmente. Son como putos perritos. Todos empiezan a salir y me doy cuenta de que Stevens sigue sentada en su silla. ¿Por qué no se larga? Normalmente sale disparada en cuanto puede, como si el maldito edificio estuviese en llamas.

Reviso los papales de la compraventa mientras noto cómo me observa.

—¿Quiere algo, señorita Stevens? —pregunto sin mirarla.

Ella espera a que salga el último ejecutivo, se levanta y camina hasta colocarse frente a mí. Se cruza de brazos. Yo alzo la cabeza. Está enfadada y quiere demostrármelo. Me aguanta la mirada pero, tras un par de segundos, flaquea y traga saliva. Aun así, no se amilana. Me gusta esta chica, sabe echarle valor. Llegará lejos.

—Ayer se pasó muchísimo —me dice sin más.

—¿A qué se refiere?

Sé de sobra a qué se refiere, pero quiero saber si es capaz de decírmelo.

—A la fiesta, a Maddie.

Cierro la carpeta de golpe y la miro dejándole claro que se está metiendo en terreno pantanoso.

—Señorita Stevens, eso no es asunto suyo.

Me armo de paciencia porque es la mejor amiga de Maddie, la novia de Bentley y muy en el fondo me cae bien.

—Sabe que le ha tocado la lotería con ella, ¿verdad?

—Y usted sabe que está tentando a la suerte, ¿verdad?

Ella asiente, da media vuelta y sale de la sala de conferencias con el paso seguro.

Yo resoplo y no puedo evitar sonreír sincero. Debería despedir a Miller y poner el departamento de Contabilidad en manos de Stevens, desde luego es mucho más inteligente que él y acaba de demostrarme que se amilana menos. Resoplo de nuevo. Seguro que acabaría proponiéndome que los viernes los empleados vinieran a trabajar en ropa interior o algo por el estilo.

De camino al hotel me revuelvo en el asiento un par de veces. Estoy incómodo. Joder, estoy incomodo de la hostia. El trayecto es ínfimo pero se me está haciendo eterno. Quiero verla, tocarla, follármela.

«Eres un yonqui, Riley, eres un puto yonqui.»

A las nueve menos cuarto cruzo el vestíbulo del Carlyle intentando contener el paso para no salir corriendo. Abro la puerta de la *suite*. Me descalzo a toda prisa y me quito la chaqueta mientras la busco con la mirada. Otra vez todo mi cuerpo ruge como si estuviera hecho de adrenalina pura y sangre caliente.

Me aflojo la corbata. Suena la puerta del baño. Me desabrocho los primeros botones de la camisa y entonces la veo. Joder, es un puto sueño.

Suspiro brusco intentando controlarme para no abalanzarme sobre ella.

Lleva el corsé y las cadenas caen sobre su piel, las hace brillar, porque si algo resplandece y da luz a lo demás es ella. Las medias, los tacones, las pulseras. Está preciosa.

Sé exactamente lo que quiero hacer con ella y sé que ella me va a dejar hacerlo. Por eso funcionamos tan bien cuando estamos juntos, es como si mi cuerpo estuviera muerto de sed y el suyo estuviera hecho de agua fresca.

Sonrío y mi gesto tiene un eco directo en ella. Camino hasta colocarme bajo el umbral de la puerta del salón y me apoyo en el marco. Estamos frente a frente, separados únicamente por la segunda estancia.

Me quito los gemelos y me los guardo en el bolsillo de los pantalones.

—Estás perfecta. Aún mejor de lo que llevo imaginando toda la tarde.

Cubro la pequeña distancia que nos separa y me detengo frente a ella. Alzo la mano y la sumerjo en su pelo sedoso hasta llegar a su nuca. Ella gime bajito y en sus ojos verdes puedo ver las ganas que tiene de esto, de mí. Esa sensación me llena de poder y me vuelve loco al mismo tiempo. Es mía. Es sólo mía.

La beso con brusquedad, acelerado porque el deseo me está comiendo por dentro y ahora mismo sólo puedo hacer todo lo que esté en mi mano por tenerla lo más cerca posible. Siempre me ha gustado follar, ser brusco, ponerlas un poco al límite, jugar. Pero con ella a veces sencillamente no puedo controlarme y el hundirme en su interior deja de ser un juego y se convierte en una necesidad.

Me separo y la miro directamente a los ojos.

—Tumbate en la cama —le ordeno.

Necesito un puto segundo. Retomar el control.

Se tumba en la cama y me mira. Es la cosa más sensual que he visto nunca. Sonrío y automáticamente decidido que esta noche voy a torturarla. Quiero que se corra tan fuerte que pierda el conocimiento.

Suspira esperando mi próximo movimiento. Me divierte que sea tan receptiva. Le quito los tacones y después las medias. Araño suavemente su piel con mis dedos mientras las deslizo por sus piernas.

Vuelve a suspirar suavemente.

Me tumbo sobre ella y nuestros cuerpos se acoplan perfectamente. El agua y la sed. Joder, es una locura lo bien que sienta. Y, antes de que pueda darme cuenta, vuelvo a besarla salvaje y primario. Sus labios saben dulce por el pintalabios. Ella sonrío y el sonido hace que los pantalones

estén a punto de estallarme. Balanceo las caderas y me pierdo entre sus muslos.

Su respiración se entrecorta, gime contra mi boca y yo estoy a punto de volver a descontrolarme y simplemente devorarla. La beso con fuerza una vez más y le muerdo el labio. Aprieto hasta que vuelve a gemir y entonces lo suelto, dejándola sacudida por el pequeño dolor y todo ese placer.

Me coloco a horcajadas sobre ella, tiro de una de las cintas de cuero del entramado sobre su estómago y la saco con suavidad.

—Une las muñecas por encima de la cabeza —ordeno.

Quiero atarla. Quiero que se sienta absolutamente entregada. Quiero que sepa que el control lo tengo yo. Que me pertenece.

Suspiro con fuerza cuando tenso las cuerdas y tengo que volver a concentrarme para mantener el autocontrol. Con ella el deseo lo nubla todo. Le acaricio la mejilla. Me ha tocado la lotería, es la pura verdad, con Maddie me ha tocado la lotería, el premio gordo, y he ganado la jodida superbowl.

«Es lo mejor que te ha pasado en la vida, Riley.»

Le acaricio el labio inferior con el pulgar y continúo bajando mi mano hasta llegar a la tira central situada entre sus increíbles pechos. Sonrío. Vamos a empezar a jugar. Sin previo aviso, tiro de la cinta y su cuerpo se arquea.

Gime y el sonido atraviesa mi cuerpo.

Vuelvo a inclinarme y le beso cada pezón, sólo una vez, justo antes de dejarla caer lentamente de nuevo contra la cama.

La observo. Joder, es perfecta, es absolutamente perfecta.

Saco otra de las cintas del entramado ante su atenta y expectante mirada. Me fascina que sea tan valiente, aunque en realidad lo que me vuelve loco es que confíe en mí de esa manera. Sé que nunca me diría que no a nada. Ya he tenido esa misma sensación con otras chicas, pero la diferencia es que con ellas era algo con lo que poder divertirme y con Maddie siento que es el mejor regalo del mundo.

Pongo la cinta sobre sus pechos y la deslizo por debajo de la tira central. Los prendedores metálicos quedan sobre sus pezones.

Ella suspira. El deseo la está consumiendo. Quiero que esté así, expectante, pensando en todo lo que voy a hacerle, imaginándolo.

Decido quitarme la camisa y tomarme mi tiempo para hacerlo. Por dentro sonrío divertido. No puede más y me siento satisfecho porque yo tampoco puedo más.

Bajo por su cuerpo. Huele a flores. Después de estar con ella su olor se impregna en mi ropa y es una auténtica tortura, porque hace que no pueda dar un solo paso sin querer volver donde esté y follármela contra la primera pared que vea.

Jugueteo con las cadenas, las entrelazo en mis dedos. Su respiración poco a poco va transformándose en jadeos que se solapan suavemente. Me pone muchísimo, pero todavía no. Quiero torturarla un poco más.

Me inclino una vez más y comienzo a besarle las caderas, bajando despacio por sus muslos, pero, cuando estoy a punto de llegar a su sexo, paso a la otra pierna e imito el mismo reguero de

besos.

Ella mueve las caderas buscando mi atención. Sonrío. Es lo mejor de todo. Sentir que se deshace lentamente entre mis brazos. Podría pasarme días así.

—No te muevas o pararé.

Gime ante mis palabras y se queda muy quieta. Algo dentro de mí se siente casi invencible. Tener el control en la cama me gusta. Tener el control sobre ella me vuelve loco.

—¿Lo has entendido? —la apremio.

Quiero ver su reacción.

Asiente despacio y otra vez tengo que controlarme para no follármela ahora mismo. Otra vez de cero a cien en un maldito segundo.

—Buena chica —respondo con una sonrisa dura en los labios.

Sigo besándola y me pierdo en su sexo. El puto centro de mi universo.

Sus gemidos me llaman como si fueran cantos de sirena. Sin dejar de penetrarla con los dedos, avanzo por su cuerpo besando y mordiendo cada centímetro de piel que encuentro a mi paso.

Cierra los ojos.

Sigue gimiendo y todo su cuerpo se mueve coordinado, lleno de placer. Joder, es el mejor espectáculo del mundo y ya no puedo más. Me deshago de los putos pantalones y los bóxers y la embisto brusco, intentando serenarme.

Grita al sentirlo.

Yo soy la sed y ella el agua más pura del mundo.

Mi cuerpo se solivianta, quiere más del suyo. Apoyo los brazos a ambos lados de su cabeza y comienzo a moverme rápido, hosco.

Grita más fuerte y de pronto sus labios susurran:

—Ryan, oh, Dios, Ryan.

Y no hay un sonido mejor en el mundo. Desde la primera vez que lo oí es el puto motor de mi existencia.

Tira inconscientemente de las muñecas olvidando que está atada. Sé que quiere tocarme. Sonrío y tiró de la cinta sobre sus pechos. Los prendedores se cierran y aprisionan sus pezones. Su cuerpo se arquea haciendo que sus brazos se estiren al máximo y puedo sentir su placer acariciando mi polla perdida en su interior húmedo y caliente.

Dios, es una sensación espectacular.

La embisto con fuerza. Quiero hacerlo. Necesito hacerlo, joder.

—Por favor —suplica.

Continúo follándomela como el loco yonqui de su piel en el que me ha convertido. Hundo la cara en su cuello. Cada vez que la muerdo, aprieto un poco más porque quiero llegar un poco más lejos, ponerla al límite, hacerle sentir todo este deseo insaciable que me arrolla por dentro.

Esta noche quiero que se quede grabada a fuego en su cabeza y cada letra lleve mi nombre y

todo su placer.

La tomo por las caderas, le doy la vuelta y vuelvo a embestirla. El corsé me molesta. Quiero tocar su piel. Sólo deseo sentirla a ella. Suelto todos los broches y las tiras de cuero se deslizan por su cuerpo. Recorro su nuca, su espalda y acabo cogiéndome con fuerza a sus caderas. Algo dentro de mí sonrío satisfecho al saber que mis dedos se quedarán marcados en su piel. Sé que soy un posesivo irracional, pero me importa una mierda.

—Nena, eres la cosa más sexy e increíble que he visto nunca —le susurro porque las palabras arden en mi garganta y casi no me dejan respirar.

Una de mis manos se pierde en su pecho. Se aprieta contra mí. ¡Joder!

—Ryan —grita—, ¡Dios, Ryan!

Y se corre gimiendo mi nombre, estrechando su sexo alrededor de mi polla, haciendo que mi deseo crezca más porque ahora mismo, para mí, sólo existe ella en todo el maldito universo.

Me aferro a sus caderas. Aumento el ritmo. La miro. Joder, la contemplo. Es preciosa, perfecta, única, mía. Y el placer estalla, me recorre la columna vertebral, me llena los pulmones y me corro dentro de ella gruñendo su nombre.

Joder, joder, joder.

Le desato las muñecas y me dejo caer a su lado. Observo sus manos para asegurarme de que no le he hecho daño y le acaricio la piel.

Ella me observa, sonrío feliz y, cansadísima, cierra los ojos. Yo la miro y también sonrío. Está preciosa y yo estoy loco por ella, debería empezar a asumirlo. Suspiro. No he estado más asustado en toda mi vida.

La veo alejarse hacia la entrada del Riley Group y sonrío como un idiota. Me hace feliz, joder. Me llena de una manera que ni siquiera entiendo. Veo de reojo a Finn con una disimulada sonrisa en los labios y me pregunto si no estaré volviéndome demasiado transparente. Entorno la mirada y Finn ocupa su asiento rápidamente y nos incorporamos al tráfico.

No puedo evitar pensar que, si Maddie estuviera aquí, me habría dicho que me he comportado como el señor irascible y antes de que me dé cuenta estoy sonriendo otra vez. Suspiro frustrado y me paso las manos por el pelo. Joder, ya la echo de menos. ¿Cómo es posible? No hace ni quince minutos que se ha bajado del maldito coche. Esto es una locura.

Pierdo mi vista en la ventanilla y suspiro con fuerza. Todavía no tengo claro que me guste lo que siento, depender así de alguien, dejarle que forme parte de mi vida de esta forma. Ha conseguido que no pueda vivir sin sentirla de la manera que sea, de una manera en concreto, en realidad. No sé si es su piel, su olor, su voz, pero, después de estos días en el Carlyle, soy aún más consciente de que ella es todo lo que necesito. Maddie Parker es todo lo que necesito y ni siquiera entiendo cómo ha pasado. Es un sentimiento que no puedo controlar y no estoy acostumbrado a eso.

Mi teléfono suena sacándome de mi ensoñación. Cojo el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y miro la pantalla. Es Mackenzie.

—Riley —respondo.

—Señor Riley, ha llamado nuestro hombre de la Oficina de Regulación del Ejercicio Bursátil. Borow Media ha comprado Bloomfield Industries.

Mi mente comienza a trabajar a mil kilómetros por hora.

—¿Cuándo ha sucedido?

—Hace poco menos de una hora. Ha sido una compra compuesta. Se han hecho con casi el ochenta y seis por ciento del accionariado.

Cuelgo y me llevo el reverso del dedo índice a los labios. Mis planes empresariales acaban de irse al traste, pero tiene que haber un motivo. Siempre lo hay. Esto es oferta y demanda. Es algo más conciso que las putas matemáticas.

¿Por qué Marisa ha comprado esa empresa? Para ella no tiene el más mínimo interés. Una idea atraviesa mi mente como un rayo, pero me niego a creerla. Sigue pensando, Riley. Sigue pensando.

El móvil de Finn suena. No lo oigo pero le veo activar el botón del manos libres tocándose el pecho. Habla discreto con la mirada fija en la carretera.

Una desagradable sensación se está asentando bajo mis costillas. No quiero creerlo. Me niego a creerlo. ¿Por qué Borow Media ha comprado Bloomfield Industries? No tiene ningún sentido. A ellos no les sirve de nada, a menos que...

Me interrumpo a mí mismo. Me saco el iPhone del bolsillo y llamo a Mackenzie.

—Señor...

—¿Revisa las operaciones bursátiles de esta mañana? —lo interrumpo. No estoy para gilipolleces—. ¿Borow Media ha comprado algo más? Acciones sueltas, bonificaciones, participaciones, lo que sea.

Mi voz suena endurecida. Es un reflejo exacto de cómo me siento. Mackenzie guarda silencio e imagino que revisa los datos. Miro impaciente la ciudad. Si tarda un minuto más le pongo en la calle antes de cruzar la 57.

—Todos sus movimientos después de Bloomfield Industries han estado orientados a intentar controlar la junta directiva de Astilleros Landis.

Conozco esos putos astilleros. Es una empresa del corte de Maverick Incorporated.

Joder. Joder. Joder.

Cuelgo e inspiro con fuerza. No puede ser. Me revuelvo en el asiento. No. No. No. Sólo mi padre y ella lo sabían.

¡Joder!

Finn llama mi atención y me dice que acaban de llamar del Carlyle para avisar de que han encontrado un móvil en la *suite*. Debe ser el teléfono de Maddie.

—Déjame en las oficinas y ve a buscarlo.

Asiente.

Tiene que haber otra explicación. Ninguno de los dos me traicionaría de esa manera.

Cruzo el vestíbulo de las oficinas como un ciclón. Mackenzie, que me esperaba junto a los ascensores, se suma a mi paso y en las veinte plantas hasta mi despacho me pone al día. Borow Media no ha comprado esa empresa por casualidad. Es la misma estrategia de mercado que pensaba usar yo, las mismas sinergias, los beneficios, las reentradas, todo. ¡Todo, joder! ¡Todo! Y sólo lo sabían dos personas.

Me encierro en mi despacho. Necesito una solución pero, sobre todo, necesito saber qué demonios ha ocurrido.

De pie tras la mesa de mi despacho, descuelgo el teléfono. Dudo, pero finalmente llamo a la única persona que puede aclararme todo esto. Dos tonos después, contesta.

—¿Sí?

Resoplo.

—Marisa, soy Ryan.

Hay un segundo de silencio.

—¿En qué puedo ayudarte?

Sabe perfectamente en qué puede ayudarme. Su voz ha cambiado por completo. Siempre me ha resultado transparente.

—Has comprado Bloomfield Industries —digo sin más—. ¿Por qué?

—Porque he tenido un buen soplo y he querido aprovecharlo.

Está mintiendo y yo estoy empezando a cansarme.

—Marisa, no estoy para gilipolleces. Hoy no y menos con esto. Has comprado esa empresa, dime por qué.

—Eres mi competencia directa. No tengo por qué compartir mis estrategias empresariales

contigo, Ryan, y tú tampoco deberías hacerlo.

Resoplo más fuerte. Tengo la sensación de que sólo respiro rabia.

—¿Quién? —pregunto.

—No lo sé. Newman, mi director ejecutivo, me lo dijo.

—Matthew Newman.

Ella cree que es una pregunta y contesta con un escueto «sí», pero no lo ha sido. Sabía que había escuchado ese maldito nombre antes.

Cuelgo e intento ordenar mis ideas, pero no soy capaz. No quiero creérmelo. Me niego a aceptarlo. Me paso las dos manos por el pelo y, antes de que me dé cuenta, estoy dando paseos cada vez más cortos y más inconexos. La sensación bajo mis costillas se agudiza. Estoy acelerado, enfadado, nervioso. Tiene que haber algo que se me está escapando, algo que lo explique todo.

Tess me avisa por el intercomunicador de que Finn ha llegado. Le doy paso y, diligente, deja el móvil sobre mi escritorio.

—Me han dicho que no ha parado de sonar en toda la mañana —comenta, y se retira cerrando la puerta tras de sí.

Miro el Smartphone y, antes de que la idea cristalice en mi mente, lo desbloqueo y chasqueo la lengua contra el paladar cuando veo el nombre de ese maldito gilipollas escrito en la pantalla de su iPhone. Siete jodidas llamadas perdidas de Matthew Newman.

Dejo el móvil sobre la mesa y suspiro con fuerza a la vez que apoyo ambas manos en la carísima madera de mi escritorio. Quiero destrozarle la vida a ese maldito hijo de puta. Las manos me arden. Quiero darle la paliza de su vida. Cierro los puños con fuerza. Siento la rabia ahogándome, la furia, pero, sobre todo, la decepción más absoluta.

¿Cómo ha podido ser ella capaz de hacerme algo así?

«Esto es lo que pasa cuando pierdes el control, Riley. Cuando dejas que alguien que te descoloca entre en tu vida. Cuando te olvidas de tus reglas. Cuando ni siquiera eres capaz de darte cuenta de que nadie puede ser tan inocente ni tan dulce. Cuando dejas que alguien te haga creer que puede darle sentido a tu vida. Resoplo con fuerza.

»Que esto te sirva para aprender.»

De nuevo me paso las manos por el pelo y resoplo por enésima vez. Tengo que volver a pensar con claridad de una puta vez. Es más que obvio que llevo semanas sin hacerlo.

Me guardo el teléfono de Maddie en el bolsillo y la llamo para que venga a mi despacho. No tarda más de unos minutos. Llama a la puerta y yo no puedo evitar sonreír decepcionado. Joder, me ha engañado demasiado bien.

Le doy paso y ella entra y cierra tras de sí. Sigo con la mirada perdida en el cielo de Manhattan. Mi cuerpo reacciona al suyo de una manera que ahora aborrezco. Ni siquiera quiero mirarla, pero una parte de mí no para de gritarme que es Maddie, la chica que estaba entre mis brazos en el Carlyle hace sólo un par de horas, la chica a la que regalé una bola de nieve, la chica que llevé a Carolina del Sur.

Trago saliva. Esto es demasiado complicado.

—¿Querías verme? —susurra.

—¿Quién es Matthew Newman? —pregunto ignorando sus palabras.

Lo mejor es terminar con esto cuanto antes. Sin embargo, por un momento me encuentro suplicando para que me diga algo, lo que sea, que explique todo esto.

—Es un compañero de facultad —responde.

Y entonces me doy cuenta de que, por mucho que yo quiera que las cosas sean diferentes, no lo son.

—El chico con el que te vi hablando en el restaurante —afirmo.

—Ryan, ¿qué está pasando?

Está empezando a ponerse nerviosa. Supongo que no esperaba quedarse al descubierto tan pronto. No puedo dejar de preguntarme cuánto le habrá pagado Matthew Newman por engatusarme y pasarle información. Un escalofrío helado de pura rabia me recorre la columna.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti, ¿no crees?

—Ryan, no entiendo nada.

No, no, no. No puede seguir jugando.

—No se te ocurra hacerte la inocente, Maddie —le advierto furioso—. Eso se acabó.

—No me estoy haciendo la inocente —trata de convencerme—. De verdad, no sé de qué estás hablando.

—Borow Media ha comprado Bloomfield Industries —le interrumpo casi en un grito— y qué casualidad que lo hace un día antes de lo que yo tenía pensando, con la misma idea de rediseño y subcontratas y menos de una semana después de que te encontraras con ese tío que, casualmente, es la mano derecha de Marisa.

Y tú me has traicionado. Creo que nada me había dolido tanto en toda mi vida, aunque no voy a ser tan gilipollas de decirlo en voz alta y hacer más grande su triunfo.

—Te estás equivocando. No te dije nada de Matthew Newman porque me invitó a salir, pensé que te enfadarías y no quería que discutiésemos más. ¿Cómo puedes creer que yo te traicionaría así?

—Sólo lo sabíais mi padre y tú. No confié en nadie más.

Cabeceo. La rabia y la decepción lo inundan todo. Casi no puedo pensar.

—No sé cómo no pude darme cuenta antes —sentencio.

Soy un maldito gilipollas.

—Ryan, por Dios, tienes que creerme —suplica—. Yo no le dije nada a nadie.

Su voz suena tan apesadumbrada que consigue removerme por dentro, pero me recupero rápido. Ya no puede seguir engañándome.

—Llamaron del Carlyle. Olvidaste tu móvil en la habitación. —Me saco su iPhone del bolsillo del pantalón y lo tiro sobre la mesa—. Hay siete llamadas perdidas de Newman. Supongo que está deseando que le cuentes cómo ha ido todo.

La miro. Duele, duele mucho más de lo que nunca imaginé que me dolería nada en la vida.

—Ryan, no sé de qué estás hablando. No veía a Matthew Newman desde la facultad. Jamás me había llamado antes. Por Dios, ni siquiera sabía que trabajaba en Borow Media.

¿Por qué no para ya con esta puta mentira?

—¡He hablado con Marisa! ¡Lo sé todo!

—No sé qué es lo que crees que sabes, pero yo no le he contado nada a nadie. Nunca te traicionaría así.

Se acabó, no puedo seguir más con esto. No quiero. Es una agonía absurda y un sinsentido. Rodeo mi mesa y centro mi atención en los papeles esparcidos sobre ella.

—Ryan —me llama.

Espero que el dinero que le haya dado Matthew Newman le sepa bien. Joder, ¿cómo ha podido engañarme así? Soy un maldito gilipollas.

—Ryan.

Se acerca pero sigo sin mirarla. Esto se ha acabado.

—¡Ryan! —grita frente a mí.

Alzo la mirada y clavo mis ojos en los suyos. Ya no hay vuelta atrás.

—Sal de aquí. De la empresa y de mi vida. No quiero volver a verte nunca.

La presión bajo mis costillas crece. Hay rabia, hay ira y, por primera vez en treinta años, hay tanto dolor que casi no puedo respirar.

Da un paso atrás y asiente. Joder, casi me creo que de verdad le duele alejarse de mí. Aunque sólo por la mirada que era capaz de fingir cuando la besaba se merece un puto Oscar.

Al fin se marcha.

Es la última vez que veré a Maddie. Resoplo con fuerza y me dejo caer en el asiento a la vez que me tapo los ojos con las palmas de las manos. Joder, creí que era diferente, que con ella yo podía ser diferente.

La puerta de mi despacho se abre y Bentley entra como un ciclón.

—¿Qué coño has hecho, Ryan? —casi me grita.

Me levanto de un salto y me pongo claramente en guardia. Esto es lo último que necesito.

—No tengo por qué darte explicaciones. He hecho lo que tenía que hacer, joder.

—Ayer mismo te la llevaste a un hotel y ahora la pones en la calle. Deja de jugar con ella, tío. No se lo merece —sentencia.

—¿Qué no se lo merece? —repito ahogando una sonrisa nerviosa y mordaz en un fugaz suspiro. Estoy a punto de explotar.

—Es una buena chica.

—¡Me ha vendido, joder! —estallo.

Bentley me mira como si no pudiese creérselo.

—¿Crees que para mí es fácil? —le pregunto casi en un grito, pero rápidamente me recupero.

No quiero hablar de cómo me siento. No lo necesito. Este dolor pasará. Tiene que pasar, joder.

—¿De qué coño estás hablando?

—Marisa Borow me ha copiado una estrategia empresarial de millones de dólares porque Maddie le pasó la información.

—Eso es una estupidez —me espeta sin asomo de duda.

—¡Yo mismo la vi hablando en el restaurante con Matthew Newman, el director ejecutivo de Borow Media! —recuerdo, y mi voz involuntariamente se llena de desdén.

No sé por qué tengo que darle tantas jodidas explicaciones.

Bentley sonrío sardónico y fugaz.

—No te contó nada de lo de Matthew Newman porque la invitó a salir y tenía miedo de que tú te enfadarás. Me lo dijo el mismo día en que ocurrió —me contesta si levantar sus ojos de los míos.

Por un momento su respuesta me deja fuera de juego. Aun así, eso no cambia las cosas.

—¿Qué coño pasa contigo, Bentley? ¿Crees que me desharía de Maddie porque sí!

Él vuelve a sonreír de esa manera tan mordaz y yo doy un paso hacia él. ¿A qué está jugando?

—Tú te desharías de cualquier cosa que te haga sentir de verdad.

Entorno la mirada. Joder, nunca había tenido tantas ganas de partirle la cara.

En ese momento Spencer y mi padre entran en mi despacho. Mi hermano se encarga de cerrar la puerta y se acerca a nosotros.

—¿Qué coño os pasa? —pregunta Spencer sorprendido—. Se os oye gritar desde la redacción.

Me separo unos pasos y me vuelvo a la vez que resoplo. No necesito esto, joder.

—Se ha deshecho de Maddie porque cree que le vendió —explica Bentley malhumorado.

Me giro hacia él. No puedo hablar de esto como si hubiera sido un capricho. Yo quería estar con ella. Hubiera estado con ella hasta que se hubiese acabado el mundo, joder.

Voy a dar otro paso más, pero Spencer se coloca frente a mí y me empuja de nuevo hacia atrás. Sabe lo que estoy pensando hacer. Cierro los puños con rabia.

—Eh, mírame —me llama mi hermano.

Yo quería estar con ella. Es lo único que quiero en realidad.

—¡Ryan, joder! —me grita.

Me obligo a mirarlo.

—¿Qué es eso de que Maddie te vendió?

—Borow Media ha conseguido mi estrategia de mercado.

—¿Y por qué estás tan seguro de que ha sido ella?

—¡Porque sólo confié en dos personas! —grito. No quiero seguir con esa puta agonía—. ¿Por qué no os largáis todos de aquí, joder? —mascullo alejándome de ellos.

Spencer y Bentley se miran. Mi hermano tampoco puede terminar de creerse que ella haya hecho algo así. Parece que no soy el único al que tenía bien engañado.

Aprieto los puños con más fuerza. Tengo que controlarme. Sólo quiero que se larguen de aquí. Sólo quiero que este dolor se vaya. Sólo quiero que ella vuelva.

De pronto mi padre da un paso al frente y con ese simple gesto capta la atención de los tres.

—Ryan —me llama—, yo hablé con Eric Borow —dice sin más.

Un silencio tenso y duro se apodera de la habitación.

—¿Qué? —susurro por inercia con la voz endurecida y la mandíbula apretada.

La rabia bajo las costillas se agudiza y las agujerea.

—No lo hice con la intención de pasarle información —me aclara—. Sólo fue una charla con un amigo de hace más de veinte años.

No me puede creer lo que está diciendo.

—Y ahora, ¿qué? —me espeta Bentley lleno de desdén—. Eres un gilipollas que acaba de arruinar lo mejor que le había pasado en la vida.

Lo miro e inspiro despacio. Tiene razón y me lo merezco.

—No pensaba decirte esto —continúa—, pero, ¿sabes qué?, a ella le has hecho un favor. Desde que la viste por primera vez has estado destrozándole la vida y ella está tan enamorada de ti que te lo ha estado permitiendo.

Sale del despacho y yo miro a mi alrededor. Tiene razón. Desde que la conocí sólo he conseguido hacerla sufrir. Ella no se vuelve. Yo no me la merezco. Pero es Maddie, la chica que estaba entre mis brazos en el Carlyle hace sólo un par de horas, la chica a la que traje una bola de nieve, la chica que llevé a Carolina del Sur.

No puedo perder eso.

Salgo como una exhalación y cruzo la redacción. El ascensor no está en planta, así que corro hacia las escaleras y bajo los veinte pisos prácticamente en dos segundos.

No quiero perderla. No puedo perderla.

Atravieso el vestíbulo y salgo a la calle. La busco con la mirada. Está a punto de montarse en un taxi.

—¡Maddie! —grito.

Ella no se gira.

—Maddie —vuelvo a llamarla y esta vez la tomo del brazo para obligarla a girarse.

—¿Qué quieres?

No me grita. Es mucho peor. Está decepcionada. La miro a los ojos y siento el dolor recorrerme cada hueso de mi cuerpo cuando compruebo que ha estado llorando. Sus enormes ojos verdes están enrojecidos y tiene la mirada más triste del mundo. Joder, soy un maldito gilipollas.

Se zafa de mi mano y da un paso atrás.

Déjala marchar, Riley, me grita la voz de mi conciencia. A tu lado sólo va a sufrir. Pero no puedo. Sencillamente no puedo. Esa idea no hace sino confirmarme que soy un auténtico hijo de puta, pero es que ya no sé vivir sin ella.

—Maddie, tienes que escucharme.

Sueno nervioso, acelerado, pero no me importa. Por primera vez no me importa parecer vulnerable delante de alguien.

—¿Cómo me has escuchado tú?

Sus palabras me atraviesan.

—No debí dudar de ti. Mi padre acaba de confesarme que fue él quien habló con Eric Borow.

Sonríe llena de tristeza y por un momento desune nuestras miradas. Trago saliva. Tengo que dar el paso. Tengo que hablar, joder. Tengo que decirle cómo me sentí o voy a perderla.

—Maddie, me sentí tan dolido que creí que iba a volverme loco. Confío en ti. Sólo fue un maldito segundo.

—¿Y cómo sé que no volverá a pasar? —me replica.

—Porque no volverá a pasar.

Jamás volveré a dudar de ti. El dolor ha sido sobrehumano.

Ella se mira nerviosa sus manos y finalmente se atreve a mirarme a los ojos. Siempre me ha parecido tan dulce y tan inocente, algo tan fresco, y ahora simplemente está destrozada, como yo, y todo por mi culpa.

—Ryan, tú no confías en mí —se atreve a decirme—. Nunca lo has hecho. Yo quise convencerme de que era tu forma de ser, pero no es cierto.

Confío en ti, joder. Confío en ti.

—Maddie...

—Si tu padre no te hubiera contado la verdad, seguirías pensando que te vendí.

Ojalá pudiera decir que no, pero es cierto. Suspiro. Ella no va a perdonarme.

—Entonces, ¿se acabó?

Se gira para meterse en el coche. Va a marcharse.

Riley, reacciona. ¡Reacciona, joder!

La tomo por el brazo y la obligo a volverse una vez más.

—No quiero perderte.

Apoyo mi frente en la suya y la acerco a mi cuerpo. Sólo sintiéndola entre mis brazos todo tiene sentido.

—No puedo perderte —susurro.

Sólo puedo ser yo si estoy con ella.

—Ryan, no —musita con la voz rota de dolor.

Se separa de mí pero nuestras miradas siguen unidas. Despacio, apoya las manos en mi pecho, se pone de puntillas y me besa en la mejilla. Involuntariamente alarga su beso unos segundos de más. Dios, sólo quiero estrecharla contra mi cuerpo, tocarla. No puede irse. El dolor se recrudece. Es mil veces peor que el que sentí en mi despacho. La estoy perdiendo.

—Te quiero —susurra contra mi piel.

¿Qué? Todo mi cuerpo se paraliza un instante. Creo que incluso el corazón me deja de latir. Esas dos palabras me llenan de una manera que ni siquiera pensé que sería posible.

—Lo siento —musita con la sonrisa más triste del mundo—. No pude cumplir mi promesa.

No soy capaz de reaccionar. Ella me quiere y yo no me la merezco. He dudado de ella porque soy un gilipollas incapaz de comprender que ella sería la última persona que me traicionaría y ahora va a marcharse y sólo yo tengo la culpa.

—Adiós, Ryan —se despide metiéndose en el coche.

La observo a través del cristal y apoyo la punta de los dedos en la ventanilla. Quiero hablar. Quiero decirle tantas cosas que las palabras se agolpan en mi garganta y me ahogan. Quiero decirle que lo siento. Que es lo mejor que me ha pasado en mi vida. Que me alegra que no cumpliera su promesa. Que saber que me quiere me hace feliz. Pero no digo nada porque ella se merece ser feliz y está claro que conmigo no va a poder serlo.

—Arranque —musita.

El chófer asiente y el taxi se leja. La observo hasta que toma la esquina. No voy a volver a verla. La rabia, la desesperación, el enfado, el dolor, todo sigue ahí, pero también todo ha quedado velado por una sensación de desahucio que me asola por dentro. Me siento como si el mundo hubiese dejado de girar o siguiese girando pero lo hiciese sin mí. Ya no voy a poder volver a tocarla, a verla dormir, a sentirla reír contra mi pecho. He perdido a la única chica que me hacía sentir como todas las canciones de amor que suenan en la radio. La única que me hacía sentir invencible.

Todas las canciones de amor que aún suenan en la radio

Do you ever feel like a plastic bag, drifting through the wind, wanting to start again?

Me siento exactamente así. La suave voz de Boyce Avenue versionando la canción *Fireworks* inunda la habitación y mis oídos. Estoy tumbada en un colchón *king size* tirado en el suelo, entre Álex y Lauren. Hemos dejado la puerta del balcón abierta y el ruido del mar llega con más fuerza. El calor es insoportable. En la penumbra que las estrellas no dejan que sea oscuridad total, no puedo dejar de pensar que me siento exactamente así. Soy como una bolsa de plástico movida por el viento esperando su turno para empezar de nuevo, sin Ryan. No quiero empezar sin Ryan. No quiero amar sin Ryan. Me cuesta respirar sin Ryan.

Hace exactamente cinco días desde que vi su maravilloso rostro mirarme a través de la ventanilla del taxi. La chica que lloraba en el coche me parece muy lejana y, en cierta absurda manera, la detesto, ella fue la que se montó en el taxi, la que dijo «arranque».

Lo cierto es que no creo que vaya a superarlo nunca, ni siquiera sé si quiero. Durante el día, mientras estamos en la playa o charlando, finjo estar bien, finjo ser la misma chica despreocupada, pero Lauren y Álex saben que no es verdad. Si no fuera así, cada una estaríamos durmiendo en una habitación y no las tres en este gigantesco colchón. Creo que temen que haga una locura, como conducir en plena noche hasta Nueva York. La idea me taladra la mente cada noche hasta que consigo dormirme. Ir a Nueva York, ir a Chelsea, tirarme en sus brazos y no volver a salir de su cama.

Ya no puedo más.

Me levanto con cuidado y voy hasta el salón. Me pongo unos vaqueros y me dejo la misma camiseta con la que intentaba dormir. Me recojo el pelo y cojo las llaves del mini de Álex. Valoro la posibilidad de dejarles una nota, pero prefiero que no sepan dónde encontrarme.

Justo cuando voy a agarrar el pomo de la puerta, me detengo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué demonios estoy haciendo? Me presento en Chelsea y ¿qué? Ryan no va a cambiar. Sigue siendo el mismo hombre irascible, malhumorado, arrogante y ya está... porque ya no es un mujeriego, ¿o sí? Yo me lo imagino sufriendo como en las novelas de las hermanas Brontë, dispuesto a acogerme de nuevo entre sus brazos, y quién sabe si ya hay una o varias rubias calentándole la cama. Un sudor frío recorre mi cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies. ¿Por qué me martirizo así? No confía en mí. Es hermético, arrogante y controlador. No va a cambiar y yo debería empezar a asumir que estar así no es bueno para mí.

«Supéralo, Parker.»

Me doy la vuelta enfadadísima, dejo con rabia las llaves sobre la mesita de la entrada y me quito los vaqueros prácticamente peleándome con ellos. La luz se enciende y doy un brinco en bragas y conteniendo el aliento.

—Joder —mascullo de alivio cuando veo a Lauren de pie junto al interruptor de la cocina.

—¿Una copa? —murmura adormilada caminando hacia uno de los armarios.

Yo recupero mis pantalones cortos, me los pongo y me siento en uno de los taburetes.

En silencio, Lauren sirve dos copas de vodka. En efecto, ante la imposibilidad de encontrar o fabricar nuestros propios Martini Royale, como rudas mujeres ricas de playa y campo, llevamos casi una semana emborrachándonos con sórdidos chupitos del vodka Grey Goose de la bodega personal

del padre de Álex.

—¿Cuántas veces van ya? —pregunta como quien no quiere la cosa, dejando su vaso vacío sobre la encimera.

El vodka triplemente destilado me abrasa la garganta cuando baja, pero ya me siento mejor. ¿Me estaré convirtiendo en una alcohólica? La idea me preocupa, pero la deshecho rápidamente. Aunque la respuesta fuera sí, actualmente sería el menor de mis problemas.

—Siete —respondo dejando mi vaso junto al suyo.

Lauren desenrosca la botella. Se toma su tiempo para hacerlo y para continuar hablando.

—Siete veces en cinco días que te vistes, le robas el coche a una de tus mejores amigas y te dispones a largarte a Nueva York en mitad de la noche.

Asiento y me bebo a la vez que ella el segundo chupito de un trago. Siete veces. Creo que lo más deprimente es que he llevado la cuenta.

Lauren se dispone a llenar de nuevo los chupitos, pero farfulla algo ininteligible, se levanta de mala gana, saca dos tazas de porcelana china de uno de los armarios y vuelve a sentarse.

—Mejor así —concluye llenándolas—. Ya sólo nos falta llevarlo en la botella de deporte para parecer dos adolescentes descarriadas de telefilme de sobremesa.

Sonrío.

—No te preocupes, al final una de las adolescentes siempre se salva.

—Sí, pero la otra tendrá que morir en un fatal accidente de tráfico provocado por el alcohol para que la superviviente reaccione.

—Hoy te toca a ti —digo tras dar un trago—. Ayer moría yo en una habitación de motel por acceder, borracha, a irme con un tío que conocía en una discoteca.

—Cierto —contesta sosteniendo la taza entre las dos manos.

Me observa mientras me llevo de nuevo la fina porcelana a mis labios.

—Levanta el meñique, por Dios —me riñe—. Estamos en un sitio con clase.

Ya no podemos más y ambas nos echamos a reír. Las charlas más absurdas de nuestras vidas las estamos manteniendo estos días en esta cocina a horas similares.

—Y si tantas ganas tienes de verlo, ¿por qué no lo haces?

—No puedo, Lauren.

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—¿Por qué?

—Porque Ryan sigue siendo Ryan. No va a cambiar, ni siquiera creo que quiera, y no sé si podría volver a estar al lado de alguien que se lo calla todo y que controla la situación y la manipula para obtener siempre lo que quiere. Es arrogante, irascible, complicado...

—Y estás enamoradísima de él —me interrumpe.

La miro mal, exasperada, y ella se queda irónicamente boquiabierta fingiendo que le sorprende lo que acaba de decir.

—No puedo volver con él —sentencio.

—Está bien. No lo hagas.

Su cambio de punto de vista me pilla por sorpresa.

—¿Qué?

—Lo que has oído, no lo hagas. Quédate aquí, lámete las heridas y recupérate. Algún día sucederá. De repente una noche no te levantarás a las tres de la madrugada —mira el reloj para confirmar que no se ha equivocado— con la necesidad imperiosa de correr a sus brazos y pensarás que eres feliz, pero entonces tendrás que regresar a Nueva York y un día lo verás y él estará jodidamente guapo como siempre y te mirará con esos ojos azules y te sonreirá de esa manera que hace que todas las chicas tengan la necesidad de rendirle sus bragas como ofrenda y tú volverás a caer. Ryan siempre va a ser Ryan, pero tú, queridísima Maddison Parker, siempre vas a ser Maddison Parker, y estás loca por él.

Vaya.

—Bonitas palabras —le respondo cogiendo de nuevo mi vodka.

—Y ciertas. —Me mira desafiante por encima de su taza.

—No lo veré nunca más.

—Te buscará.

—Me mudaré.

—Te encontrará.

—Me iré de la ciudad.

—Dudo que eso lo frene.

—Del país —replico absolutamente exasperada.

—Tiene un jet privado.

—No lo entiendo —digo al fin—. ¿Tú no deberías estar maldiciendo su nombre por todo el daño que me ha hecho?

—Y lo hago, en privado, como buena amiga, pero quiero que seas feliz.

—Ése es el problema, con él soy más feliz que nunca y también demasiado desgraciada, y no sé si me compensa.

—Tendrás que averiguarlo. Tómate tu tiempo. Me gusta vivir en los Hamptons.

—¿Cuántas botellas de vodka nos quedan?

—Semana y media.

Ambas sonreímos.

—No me compensa, pero le quiero —digo después de lo que parece una eternidad sin hablar.

—Pues estás bien jodida —concluye.

—Ésas sí que son palabras muy ciertas.

—Lo sé y lo siento.

Vuelvo a sonreír y hundo mi cabeza en mis brazos cruzados sobre la encimera. Odio mi vida ahora mismo.

Nos levantamos cuando el sol se hace insoportablemente presente en la habitación. La boca aún me sabe a vodka. Esto no puede ser sano.

Me doy una ducha rapidísima y me cepillo los dientes. Vuelvo a ser persona o casi.

Cuando llego a la cocina, Lauren está viendo las noticias. Está enfurruñada y con el mismo intento de recogido griego que trató de hacerse anoche antes de acostarse cuando su coordinación «me sostengo horquilla entre los dientes, recupero la horquilla de entre los dientes» no era muy buena. Sin duda alguna por culpa del Grey Goose.

—Voy a hacerte una foto y subirla a Facebook.

Sin ni siquiera mirarme, me manda a callar llevándose el mando a distancia a los labios. Yo pongo los ojos en blanco y vuelvo a ocupar mi taburete de borracheras nocturnas. Álex me sonríe al otro lado de la cocina mientras pasa desganada las páginas de la única revista de cotilleos que tenemos en la casa. La hemos leído una decena de veces cada una.

—En otro orden de cosas, pasemos a las noticias económicas —anuncia la presentadora de la CNN.

No me puedo creer que tenga ánimos para escuchar las noticias. Yo tengo aún la cabeza embotada, sumergida en una bruma de porcelana china. Prácticamente no puedo pensar.

Me levanto de un salto, del que me arrepiento al instante, y voy a preparar café.

—La noticia ha sorprendido a todos. —Hasta la presentadora parece estarlo—. Nadie esperaba esta mañana que Lionell Mackenzie, el jefe de prensa del Riley Enterprises Group, anunciara a primera hora la OPA hostil que el grupo empresarial ha lanzado sobre Borow Media, su competidor pero siempre supuesto amigo.

La bruma se disipa por completo o aumenta hasta cegar todo, no lo sé. Dejo la taza de café sobre la encimera y corro hasta colocarme junto a Lauren.

—Todo parece indicar que la adquisición de una pequeña pero prometedora empresa, Bloomfield Industries, podría haber sido el detonante de lo ocurrido.

Bloomfield Industries no, el detonante he sido yo.

—En cualquier caso, el brillantísimo Ryan Riley acaba de conseguir que su grupo empresarial se convierta en uno de los más importantes de todo el país.

La presentadora continúa con otra noticia. Lauren apaga el televisor y deja caer el mando sobre el sofá.

—Esa zorra tiene lo que se merecía —sentencia.

No voy a negar que se lo mereciera, pero no me parece bien. Ryan ha actuado por venganza, no ha tomado la decisión pensando en la empresa. Él no es así y puede que acabe arrepintiéndose.

—Ryan no ha debido hacerlo —protesto.

—¿Por qué? —se queja Álex.

—Porque no lo ha hecho por algo profesional. Esa OPA no ha sido negocios para él.

—Tú no tienes que pensar en eso ahora —me recuerda Lauren—. Ha sido su decisión y ella lo ha pedido a gritos —añade llena de desdén.

Inevitablemente su último comentario me hace sonreír.

Aprovechando nuestro silencio, el sonido de una canción a lo lejos se cuele por las puertas del salón que dan acceso a la playa. No reconozco la música.

Álex va a hacer un comentario pero Lauren la chista con rotundidad.

—Escuchad.

Aún sin hacerlo, Álex y yo ya sabemos a qué se refiere. Nos miramos y suspiramos tan divertidas como exasperadas.

—Otra vez la misma canción. *Every breath you take*. Os lo digo, he investigado un poco, Sting tiene una casa en la zona. Seguro que la pone a todo volumen cuando se siente nostálgico.

Álex y yo la miramos como si nos estuviera contando que Santa Claus, el Grinch y Scrooge existen y todos se han ido de copas con ella.

Lauren pone los ojos en blanco, tira de mi mano y, con brusquedad, salimos a la terraza.

—Si seguimos el sonido de la música, encontraremos su casa.

Tal y como escucho el plan, desde luego al más puro estilo Lauren Stevens, tiro de la mano de Álex y la arrastro con nosotras. De acuerdo que estamos exiliadas en los Hamptons por mi culpa, pero no va a librarse de esta singular caza al hombre.

Mientras atravesamos la calle principal de los Hamptons, no puedo evitar quedarme mirando los lujosos vallados y las grandiosas entradas que la flanquean a ambos lados. Es alucinante, como un país propio. Los Hamptons son el exceso hecho verano y resulta increíble.

De nuestras pintas, sin embargo, no puede decirse lo mismo. Las tres con pantalones cortos de colores y camisetas de tirantes. El pelo recogido de cualquier manera y chanclas. Quiero autoconvencerme de que el *glamour* se lleva dentro, no es la ropa que vistes, pero quien dijo esa frase claramente no se ha topado con nosotras esta mañana.

La canción deja de sonar justo cuando Lauren dobla la esquina que conduce a la calle que alberga la primera línea de playa. En esta zona las casas son más modestas. Son las primeras que se construyeron cuando los Hamptons simplemente era una zona de costa como tantas otras.

Sin embargo, para mí son las más bonitas. No porque tengan salida directa a la playa, sino porque su intención es completamente diferente. Estas casas viven para el mar, para contemplarlo, para disfrutar de él. Entre la gente que habita las grandes mansiones es habitual oír que ni siquiera pisan la playa. Vienen aquí por el ambiente, las fiestas. Una idea completamente diferente.

Lauren se para en mitad de la calle escuchando atentamente, esperando que The Police vuelva a sonar, pero nada.

—¿Podemos irnos a casa, loca desquiciada? —se queja Álex mientras se gira y comienza a caminar de vuelta.

Lauren se encoje de hombros y, desilusionada, suspira profundamente.

Mientras caminamos de vuelta, Álex se agarra a mi abrazo.

—¿Y tú qué tal lo llevas?

—Bien.

—Necesitamos algo más concreto —comenta Lauren—. Del uno al diez, ¿cómo estás? Tienes que saber que el uno es Rose cuando acaba de descubrir que Jack ha muerto congelado entre restos del *Titanic* con su mano fría e inerte agarrada a la suya.

Lauren se lleva la mano al corazón y finge la mueca de tristeza más grande del mundo, lo que nos hace sonreír.

—¿Y el diez? —pregunta Álex.

—El diez es Scarlett Johansson cuando Ryan Reynolds la dejó. Estás triste pero sabes que encontrarás a alguien mejor.

Volvemos a sonreír.

—¿Y? —me apremia.

Lo pienso unos segundos.

—Soy un tres.

Las dos me miran pero ninguna dice nada. Yo suspiro. ¿A quién pretendo engañar? Soy un total y absoluto uno. Aún intento despertar a Jack.

Justo cuando estamos a punto de abandonar la calle, escuchamos una canción que inmediatamente nos es familiar a las tres. El corazón me da un vuelco sólo con recordar la última vez que la oí.

—¿Ésa no es una de las canciones que tanto le gustan a tu padre? —le pregunta Lauren a Álex.

—Sí, la he escuchado un millón de veces, pero nunca recuerdo cómo se llama.

—*Il tempo de morire* —respondo en un susurro.

Mis ojos se llenan de lágrimas a la vez que mi mente cruel se recrea en la voz de Ryan cantándola suavemente mientras sus brazos rodean mi cintura, en su estudio, en su casa, en Chelsea, en un tiempo en el que era feliz.

Antes de que pueda reaccionar, la puerta de un garaje se abre y un perro sale disparado hacia nosotras. Todo mi cuerpo, mi corazón, se anticipan a lo que de alguna extraña manera ya saben que va a pasar.

Se oyen pasos acelerados salir tras el perro y una voz que lo llama:

—*¡Lucky!* —Su voz, cómo pude pensar siquiera que podría llegar a olvidarla.

Ryan sale del mismo garaje, corre unos pasos más y entonces se detiene en seco. Nuestras miradas se cruzan por un instante. Por Dios, está guapísimo.

Tengo que dejar de mirarlo. Todo el momento me está envolviendo y todo lo que lo he echado de menos, todo el amor que siento por él, está concentrándose en mi garganta y casi me impide respirar.

Me agacho y recibo a mi cachorro encantada. Ha crecido muchísimo. Sonrío mientras lo

acaricio una y otra vez, pero no me llega a los ojos. No quiero romper a llorar y tengo la esperanza de que, si no dejo de reír, mis propias emociones pillaran la indirecta.

Lauren y Álex se quedan petrificadas. Lo miran a él y me miran a mí, tratando por todos los medios de fingir que esta situación no es real, que Ryan no está a unos pasos de mí.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin un montón de personas especiales que me han dado su apoyo en cada página.

A Giuseppe, mi marido. El hombre de mi vida. Que me aguanta cada día. Que nunca se ha quejado por todas las veces que se me escapaban las horas leyendo y escribiendo. Por dedicarme siempre una sonrisa y estar dispuesto a ayudarme. Te quiero.

A mi pequeñajo Pasquale. Cuando te miro, nada más importa.

A mi familia, en especial a mis padres, por ayudarme absolutamente en todo.

A mi familia italiana. Habéis conseguido que sienta Nápoles como mi hogar.

A Carmen, mi lectora beta original. Este libro también es un poquito tuyo.

Y a Esther Escoriza y toda la gente de Zafiro, por creer en mí y hacerlo posible.

Realmente he cumplido un sueño.

Sobre la autora

Cristina Prada tiene 30 años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual ha devorado todos los libros que caen en sus manos. En la trilogía «Todas las canciones de amor» decidió unir tres de sus grandes pasiones: la escritura, la literatura romántica y la música.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:
www.facebook.com/todaslascancionesdeamor

[@everysonwhich](#)

Todas las canciones de amor que suenan en la radio

Cristina Prada

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Cristina Prada, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13490-9

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

Table of Contents

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)

[Epílogo](#)

[DESDE LA MIRADA DE RYAN](#)

[Todas las canciones de amor que aún suenan en la radio](#)

[1](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)